

PATRICK O'BRIAN

LA FRAGATA SURPRISE



Aubrey y Maturin
III





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

El título no se escoge al azar. La fragata *Surprise* narra sobre todo la vida en un barco, los lazos de unión, de solidaridad y de amistad que van estableciéndose a bordo de una nave y cómo éstos vínculos hacen que el barco acabe por cobrar vida propia y sea capaz de superar las adversidades más terribles. Las reflexiones sobre las cualidades que debe tener un buen capitán (o cualquier persona que quiera ejercer una autoridad de forma efectiva y eficaz, y al mismo tiempo ser respetado por los subordinados), las observaciones sobre temas tan variados como el dinero, el sexo o el amor y la profundización en los aspectos más humanos de los personajes son algunos de los puntos fuertes de esta novela. Sin embargo, como no podía ser de otra manera, no carece de acción, sino más bien al contrario: Durante un viaje a las Indias Orientales, Aubrey deberá enfrentarse a los navíos enviados por Napoleón para aniquilar la flota inglesa que opera en Francia. Y el enfrentamiento no sólo se produce en el mar, también resultará decisiva la información secreta que se pueda conseguir en tierra.

L≡LIBROS

Patrick O'Brian

La fragata Surprise
Aubrey y Maturin III

Para Mary con amor

Nota a la edición española

Ésta es el tercer relato de la más apasionante serie de novelas históricas marítimas jamás publicada; por considerarlo de indudable interés, aunque los lectores que deseen prescindir de ello pueden perfectamente hacerlo, se incluye al final del libro un amplio y detallado Glosario de términos marinos.

Se ha mantenido el sistema de medidas de la Armada real inglesa, como forma habitual de expresión de terminología náutica.

1 yarda = 0,9144 metros

1 pie = 0,3048 metros - 1 m = 3,28084 pies

1 cable = 120 brazas = 185,19 metros

1 pulgada = 2,54 centímetros - 1 cm = 0,3937 pulg

1 libra = 0,45359 kilogramos - 1 kg = 2,20462 lib

1 quintal = 112 libras = 50,802 kg

Capítulo 1

—Creo sinceramente, milord, que el dinero de los botines es de vital importancia para la Armada. La posibilidad de conseguir una fortuna en alguna acción brillante es un gran estímulo para sus hombres, les hace trabajar con mayor diligencia y atención. Seguro que los miembros de la Junta estarán de acuerdo conmigo en esto —dijo, paseando la mirada alrededor de la mesa.

Varias figuras de uniforme levantaron la vista. Hubo un murmullo de aprobación, pero no fue general. Algunos civiles mantuvieron una expresión grave e impenetrable y uno o dos marinos permanecieron con los ojos fijos en las hojas de papel secante que tenían delante. Era difícil conocer la opinión del grupo, en caso de que alguna hubiera logrado imponerse, pues aquella no era una reunión de carácter restringido, como la que los lores al mando del Almirantazgo solían celebrar, sino la primera en que participaban diversos representantes de la nueva administración, la primera desde que lord Melville se había marchado, en la que estaban presentes algunos miembros nuevos y de otras juntas y jefes de numerosos departamentos, por eso todos se mostraban muy reservados y cautelosos. Era difícil conocer su opinión, y aunque sabía que no todos estaban de su parte, notaba que no se oponían rotundamente sino que estaban indecisos y confiaba en que la fuerza de su propia convicción le permitiría lograr su objetivo, a pesar de la falta de entusiasmo del *First Lord*.

—En una larga guerra, uno o dos casos notables como éste son suficientes para que todos en la Armada, durante años, realicen con mayor celo sus duras tareas. En cambio, si eso se les niega, forzosamente... forzosamente se producirá el efecto contrario.

Sir Joseph era un alto cargo de los servicios secretos navales, un hombre competente y de mucha experiencia, pero no era un buen orador, sobre todo si estaba frente a una gran audiencia. No había encontrado la frase perfecta ni las palabras adecuadas y advertía en el ambiente cierta predisposición al rechazo.

—Creo que sir Joseph no tiene mucha razón al decir que los oficiales de nuestra Armada actúan por interés —señaló el almirante Harte, inclinando la cabeza hacia el *First Lord* en señal de deferencia.

Los otros miembros de las fuerzas navales dirigieron sus ojos hacia él y luego se miraron entre sí, ya que Harte era el más ávido cazador de botines de toda la

Armada y siempre estaba dispuesto a apoderarse de cualquier embarcación, desde un gran arenquero holandés a un pequeño pesquero bretón.

—He tomado como referencia otros casos precedentes —dijo el *First Lord* volviendo su rostro lampiño e inexpresivo hacia Harte primero y hacia sir Joseph después—, por ejemplo, el caso de la *Santa Brígida*...

—La *Thetis*, milord —le susurró su secretario particular.

—La *Thetis*, eso es. Y mis consejeros legales opinan que mi decisión es acertada. Debemos respetar las normas del Almirantazgo: si la presa fue capturada antes de la declaración de guerra, el botín debe entregarse a la Corona, le pertenece a ésta por derecho.

—Una cosa es lo que dicen las normas, milord, y otra la equidad. Los marinos no saben nada de normas, pero están más apegados a las costumbres que los miembros de cualquier otra institución y tienen un particular sentido de la equidad. A mi modo de ver, y también al suyo, lo que ocurrió fue que Sus Señorías, al conocer las intenciones de España de entrar en la guerra como aliada de Bonaparte, aprovecharon la ocasión que se les presentó. Las naves españolas traían un gran tesoro desde Río de la Plata, que España necesitaba para luchar en la guerra como una fuerte potencia, y Sus Señorías ordenaron que éstas fueran interceptadas. Era de vital importancia actuar sin perder un minuto, pero la flota del Canal estaba dispuesta de tal forma que... en resumen, lo único que pudimos enviar fue una escuadra compuesta por las fragatas *Indefatigable*, *Medusa*, *Amphion* y *Lively* con las órdenes de apresar las naves españolas, que eran más potentes, y llevarlas a Plymouth. Gracias a numerosos esfuerzos y, debo decirlo, con la ayuda de un plan bien ideado por el cual no pretendo atribuirme ningún mérito, la escuadra llegó al cabo de Santa María a tiempo, entabló combate con los navíos españoles, hundió uno y apresó los otros después de un arduo combate, no sin sufrir algunas bajas, lamentablemente. Sus miembros cumplieron las órdenes: dejaron al enemigo sin recursos para hacer la guerra y trajeron a nuestro país cinco millones de reales. Si ahora se les dice que ese dinero, esos reales, en contra de lo que es costumbre en la Armada, no se consideran un botín sino que pertenecen por derecho a la Corona, esto tendrá un efecto nefasto en toda la flota.

—Pero debido a que la batalla tuvo lugar antes de la declaración de guerra... —empezó a argumentar un civil.

—¿Y qué me dicen de la *Belle Poule* en 1778? —preguntó el almirante Parr.

—Los oficiales y marineros de nuestra escuadra no tenían nada que ver con ninguna declaración —replicó sir Joseph—. No debían meterse en los asuntos de estado sino cumplir estrictamente las órdenes de la Junta. A ellos les dispararon primero, y entonces siguieron las instrucciones, cumplieron con su deber, sufriendo no pocos perjuicios y aportando enormes beneficios al país. Y si se les

niega la acostumbrada recompensa, si la Junta, bajo cuyas órdenes actuaron, se queda con ese dinero, la influencia de este hecho sobre los oficiales que participaron en la batalla, que creían tener ya cubiertas todas sus necesidades y, sin duda, confiaban en que se respetaría ese acuerdo, será... —se interrumpió y trató de buscar la palabra adecuada.

—Nefasta —dijo un contraalmirante.

—Nefasta. Y esa influencia se extenderá mucho más y llegará a toda la flota, que ya no contará con el excelente ejemplo de lo que puede obtenerse con decisión y empeño. La solución de este asunto es discrecional, milord, y a que los casos precedentes se han resuelto de manera muy distinta y ninguno se ha juzgado en los tribunales. Creo sinceramente que lo mejor sería que la Junta favoreciera a los oficiales y marineros que participaron en esa batalla. No supondría una gran pérdida para el país y, al tomarse como ejemplo, reportaría un beneficio cien veces mayor.

—Cinco millones de reales —dijo el almirante Erskine, muy impresionado, en medio de un clima general de duda—. ¿Era tanto, en realidad?

—¿Quiénes eran los oficiales responsables? —preguntó el *First Lord*.

—Los capitanes Sutton, Graham, Collins y Aubrey, milord —respondió el secretario—. Aquí están sus expedientes.

Mientras el *First Lord* hojeaba los documentos se hizo un profundo silencio, quebrado solamente por el chirrido de la pluma del almirante Erskine, que convertía los cinco millones de reales en libras esterlinas y dividía el resultado entre el número de oficiales que, según las normas, debían compartir el botín, obteniendo una cifra que le hizo dar un silbido. Al ver los expedientes, sir Joseph comprendió que todo estaba perdido, pues aunque el nuevo *First Lord* no sabía nada de la Armada, era un parlamentario con experiencia y un político astuto y encontraría en ellos dos nombres aborrecidos por la actual administración: Sutton y Aubrey. Ambos pondrían en la inestable balanza el gran peso de la política, y los otros dos capitanes no tenían ninguna influencia, ni en el Parlamento ni en la sociedad ni en la Armada, que pudiera contrarrestarlo.

—A Sutton le he visto en el Parlamento —dijo el *First Lord* y, frunciendo los labios, escribió una nota—. Y en cuanto al capitán Aubrey..., su nombre me resulta familiar.

—Es el hijo del general Aubrey, milord —le susurró el secretario.

—Sí, sí, ese miembro del Parlamento por Great Clanger que lanzó un furioso ataque contra el señor Addington. Mencionó a su hijo en su discurso contra la corrupción, lo recuerdo. A menudo menciona a su hijo.

Cerró los expedientes individuales y, tras echar un vistazo al informe general, continuó:

—¿Quién es el doctor Maturin?

—El caballero de quien hablaba en la nota que le envié a Su Señoría la

semana pasada —respondió sir Joseph.

Y enseguida, con un ligero énfasis, que en tiempos de Melville habría tenido el mismo valor que lanzarle un tintero a la cabeza al *First Lord*, añadió:

—Era una nota en un sobre amarillo.

—¿Es normal que a un médico se le otorgue temporalmente el cargo de capitán de navío? —observó el *First Lord* haciendo caso omiso del énfasis y del significado de un sobre amarillo.

Todos los miembros de la Armada levantaron la vista de inmediato y se miraron unos a otros.

—Se le otorgó a sir Joseph Banks y al señor Halley, milord, y creo que también a otros hombres de ciencia. No es una medida nueva ni mucho menos, aunque es excepcional.

El *First Lord* advirtió algo en la mirada fría y cansada de sir Joseph que le hizo darse cuenta de que había cometido un desliz.

—¡Ah! —exclamó—. Entonces esta medida no se ha tomado sólo en este caso.

—No, milord. Y volviendo al capitán Aubrey, si me lo permite, puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que las ideas de su padre no coinciden en absoluto con las suyas.

Afirmó esto no con la esperanza de que podría mejorar la situación sino para que la atención se desviara hacia otra cosa y el desliz pasara desapercibido. Y no le disgustó oír que el almirante Harte, deseoso de ganarse el favor de los demás y a la vez de satisfacer su malévolo instinto, preguntaba:

—¿No sería conveniente pedirle a sir Joseph que nos dijera si tiene algún interés personal en este asunto?

—No, señor. Es una sugerencia completamente fuera de lugar, por Dios —dijo el almirante Parr, mientras su rostro bronceado tomaba un color púrpura. Tosió y siguió refunfuñando, cada vez en voz más baja, aunque pudo oírse parte de lo que decía: «horrible presunción..., un nuevo miembro..., un simple contraalmirante..., una mierda».

—Si el almirante Harte insinúa que tengo algún interés por la riqueza personal del capitán Aubrey —dijo sir Joseph, con una mirada glacial—, se equivoca. Ni siquiera conozco a ese caballero. Lo único que me interesa es el bien de la Armada.

A Harte le sorprendió desagradablemente la acogida dispensada a su observación, que a él le parecía tan aguda, y enseguida intentó la retirada, tan agobiado como bajo el peso de los cuernos que le habían puesto tantos hombres, entre ellos el propio capitán Aubrey. Dio innumerables disculpas y repitió que no había querido decir..., no había querido insinuar..., su verdadera intención no era..., no pretendía en lo más mínimo calumniar a tan honorable caballero...

El *First Lord*, algo molesto, dio una palmada en la mesa y dijo:

—En cualquier caso, no creo que cinco millones de reales sean una pérdida insignificante para el país. Además, como ya he dicho, nuestros consejeros legales aseguran que pertenecen a la Corona por derecho. Aunque, personalmente, me gustaría mucho aceptar la magnífica y convincente propuesta de sir Joseph, me temo que debemos tomar como referencia los casos precedentes. Es una cuestión de principio. Lamento enormemente decir esto, sir Joseph, porque sé que esa misión de tan rotundo éxito se llevó a cabo bajo sus auspicios y, además, porque deseo más que nadie que los miembros de la Armada tengan riqueza y prosperidad. Pero, por desgracia, tenemos las manos atadas. No obstante, debe servirnos de consuelo pensar que quedará una considerable suma para repartir; no ascenderá a millones, desde luego, pero no cabe duda de que será considerable. Y después de pensar en algo tan agradable, caballeros, creo que debemos ocuparnos de...

Comenzaron a ocuparse de cuestiones técnicas relacionadas con la leva, la compra de naves y su dotación. Y puesto que estas cuestiones no eran de su competencia, sir Joseph se acomodó en la silla y se puso a observar a quienes tomaban la palabra para apreciar sus cualidades. En general, eran mediocres. Además, el nuevo *First Lord* era un tonto, un simple político, y a sir Joseph, que había servido bajo las órdenes de Chatham, Spencer, Saint Vincent y Melville, le parecía mucho peor que ellos. Todos habían cometido errores, especialmente Chatham, pero todos habrían comprendido la situación: la pérdida la sufrían los españoles, a expensas de los españoles la Armada real contaría con el excelente ejemplo de cuatro jóvenes capitanes de navío nadando en un mar de oro, y el dinero, después de todo, se quedaría en el país. En la Armada había muy pocas fortunas, y casi todas estaban en manos de los almirantes, que gracias a las misiones con éxito habían recibido parte del botín de innumerables presas, sin haber participado siquiera en su apresamiento. A los capitanes que capturaban las presas era a quienes debía estimularse. Quizás no había expuesto su argumento con claridad o con la necesaria contundencia, pues no estaba en forma después de pasar la noche en vela leyendo siete informes de Boulogne. En cualquier caso, ningún otro *First Lord*, tal vez excepto Saint Vincent, habría convertido el asunto en una cuestión política. Y, sin duda, a ningún otro se le habría escapado el nombre de un agente secreto.

Tanto lord Melville (un hombre que realmente entendía los servicios secretos) como sir Joseph apreciaban mucho al doctor Maturin, su consejero sobre los asuntos españoles y, sobre todo, catalanes. Era un agente extraordinario, totalmente desinteresado, valiente, prudente, fiable y muy bien preparado, que nunca había aceptado ni la más mínima recompensa por sus servicios... ¡sus excelentes servicios! Precisamente él les había dado la información que había hecho posible aquel impresionante combate. Sir Joseph y lord Melville habían decidido darle aquel cargo temporal, pues de ese modo le obligaban a aceptar

parte de la fortuna que le arrebatarían al enemigo. Y ahora su nombre, por torpeza, había sido mencionado en público, no en una reunión privada de la Junta sino en otra mucho más heterogénea, y se le había preguntado por él al jefe de los servicios secretos de la Armada. Era incalificable haber confiado en la sensatez de los marinos, quienes pensaban que la única forma de vencer a un enemigo tan astuto como Bonaparte era volar sus naves, y sobre todo era incalificable haber confiado en la de los civiles, políticos locuaces cuya noción del peligro equivalía a estar en el acantilado de Dover observando con un telescopio el ejército invasor de Bonaparte, de doscientos mil hombres, acampado al otro lado del Canal. Observó sus rostros uno a uno mientras discutían, cada vez más acaloradamente, sobre cuáles debían ser sus respectivas jurisdicciones cuando se hiciera la leva. Las voces de los almirantes, gritándose unos a otros, podían oírse en Whitehall, y el *First Lord* parecía incapaz de poner orden en la reunión. Sir Joseph sintió un gran alivio al verles así, pues seguramente se olvidarían del desliz. Pero mientras dibujaba en su carpeta la metamorfosis de una vanesa roja (huevo, oruga, crisálida y estado perfecto) pensaba: «¿Qué voy a decirle cuando nos veamos? ¿Qué puedo decirle?».

* * *

Sobre Whitehall y el Almirantazgo caía una gris llovizna, pero en Sussex el aire era seco y estaba en calma. En Mapes Court, el humo de la chimenea de la pequeña sala de estar se elevaba unos doscientos pies, formando una larga pluma, y luego se alejaba por detrás de la casa, dispersándose como la bruma por las hondonadas y los *downs*^[1]. Los árboles estaban cubiertos de hojas todavía, pero no sería por mucho tiempo. Y del árbol que había junto a la ventana se desprendían de vez en cuando hojas amarillentas, que caían muy lentamente, balanceándose en el aire, y formaban a su alrededor una alfombra dorada. En medio del silencio, un silencio sepulcral, se escuchaba el murmullo de cada hoja al caer.

—En cuanto sople el viento, todos los árboles se quedarán sin hojas —dijo el doctor Maturin—. En cierto modo, el otoño es una especie de primavera, no hay ninguno que termine sin que aparezcan nuevos brotes. Más al sur esto se aprecia mejor. En Cataluña, por ejemplo, adonde tú y Jack iréis en cuanto termine la guerra, las lluvias de otoño hacen crecer la hierba como puntiagudas lanzas. Allí... Por favor, querida, un poco menos de mantequilla, pues he comido y ya mucha grasa.

Stephen Maturin había comido con las damas que vivían en Mapes, la señora Williams, Sophie, Cecilia y Frances (tenía restos de sopa de Windsor, bacalao,

pastel de pichón y flan en la corbata, la chaqueta color tabaco y los calzones grises, porque era muy descuidado al comer y la servilleta se le había caído antes de que terminara el primer plato, a pesar de los esfuerzos de Sophie para que la conservara), y ahora estaba sentado junto a la chimenea tomando el té, mientras Sophie, a su lado, inclinada hacia las llamas de color rosa y plata, tostaba bollos, procurando no acercarlos ni alejarlos demasiado para que no se quemaran ni se resecaran. En la penumbra, las llamas iluminaron su redondeado antebrazo y su hermosa cara, acentuando la anchura de la frente, la forma perfecta de los labios y la suave tonalidad rosa de la piel. La preocupación por los bollos había cambiado su habitual expresión reservada; tenía la misma costumbre que su hermana pequeña de sacar la punta de la lengua cuando estaba concentrada, y esto, combinado con su gran belleza, aumentaba inexplicablemente su atractivo. Stephen la miró satisfecho, pero de repente le invadió un extraño sentimiento, un sentimiento que no podía definir. Ella era la prometida de su íntimo amigo, el capitán Aubrey, de la Armada real, y también una paciente. Se tenían gran afecto, el más profundo que un hombre y una mujer podían sentir sin que mantuvieran una relación amorosa, quizás más profundo que si hubieran sido amantes.

—Este bollo está muy bueno, Sophie —dijo—, pero tiene que ser el último, y te recomiendo que tú tampoco tomes otro. Estás engordando mucho. Hace apenas seis meses estabas demacrada y tenías un aspecto lamentable, pero me parece que la idea de contraer matrimonio ha tenido un efecto beneficioso sobre ti. Debes de haber engordado media docena de libras, y la piel... Sophie, ¿por qué estás pinchando otro bollo para tostarlo? ¿Para quién es? Te he preguntado para quién es ese bollo.

—Para mí, amigo mío. Jack dijo que debía tener firmeza. Jack admira la firmeza de carácter. Dijo que lord Nelson...

A través del aire casi helado y en calma llegó el sonido de un cuerno de caza desde el lejano Polcary Down.

—¿Habrán matado ya al zorro? —preguntó Stephen—. Si Jack estuviera aquí, sabría decirnos qué ha pasado con el animal.

—Estoy muy contenta de que no esté en ese horrible bosque —dijo Sophie—. Siempre que iba allí sufría una caída. Temía que se rompiera una pierna, como el joven Savile. Por favor, Stephen, ¿me ayudas a correr la cortina?

«Ha madurado mucho», pensó Stephen, y luego dijo en voz alta:

—¿Cómo se llama ese árbol exótico, de tronco delgado, que está en el jardín?

—Le llamamos el árbol de las pagodas. No lo es realmente, pero lo llamamos así. Mi primo Palmer, el viajero, lo plantó; según él, se le parece mucho.

En cuanto terminó de hablar, Sophie se arrepintió de haberlo hecho, o quizá se había arrepentido ya antes de acabar la frase, porque sabía que aquella palabra podría traerle recuerdos a Stephen.

Los malos presentimientos a menudo se confirman. Cualquiera que tuviera un mínimo conocimiento de la India asociaría con ella la sófora, el árbol de las pagodas, ya que en la India llamaban pagodas a unas monedas de oro pequeñas que se asemejaban a sus hojas y era corriente la expresión «sacudió el árbol de las pagodas» para indicar que un europeo se había convertido allí en un *nabab*, es decir, en un hombre extraordinariamente rico. Tanto Sophie como Stephen se interesaban por la India porque corría el rumor de que Diana Villiers vivía allí con su amante Richard Canning. Diana, una joven esbelta, de gran hermosura y muy decidida, era prima de Sophie y en otro tiempo había rivalizado con ella por el cariño de Jack Aubrey, pero además era el objeto de la desenfrenada pasión de Stephen. Había formado parte de sus vidas hasta su fuga con Canning, pero ahora era la oveja negra de la familia y su nombre ya no se mencionaba en Mapes; sin embargo, era sorprendente que ellos conocieran tan bien sus movimientos y pensarán tanto en ella.

Por los periódicos se habían enterado de muchas cosas, ya que el señor Canning era casi un personaje público, un hombre que tenía una gran fortuna, barcos de transporte y acciones de la Compañía Británica de las Indias Orientales, influencia política (mediante la corrupción, él y su familia controlaban tres municipios, donde eran elegidos miembros del Parlamento que les representaban, ya que ellos, por ser judíos, no podían ocupar escaños) y una relevante posición social, pues pertenecía al círculo de amigos del príncipe de Gales. Y por los rumores que llegaban del condado vecino, donde vivían sus primos, los Goldsmid, se habían enterado de más cosas. Pero estos datos no eran comparables a la información que poseía Stephen Maturin, pues a pesar de su aparente ingenuidad y su gran devoción por la historia natural, tenía importantes contactos y gran habilidad para utilizarlos. Sabía cómo se llamaba el barco de la Compañía en que la señora Villiers había viajado, cuál era la posición de su camarote, los nombres de sus dos doncellas y algunos datos sobre su familia y su educación (una era francesa y tenía un hermano militar que había sido capturado al comienzo de la guerra y ahora estaba encarcelado en Norman Cross), y cuántas facturas había dejado de pagar y su importe. Además, estaba enterado del furioso vendaval que había azotado a las familias Canning, Goldsmid y Mocatta y que aún causaba estragos, porque la señora Canning (miembro de la familia Goldsmid) no admitía la pluralidad de esposas y había pedido a todos sus familiares que la defendieran enérgicamente. Ante aquel vendaval, Canning había decidido irse a la India con una misión oficial relacionada con las posesiones francesas en la costa de Malabar, un lugar estupendo para conseguir pagodas.

Sophie tenía razón. A la mente de Stephen acudieron todos esos recuerdos cuando oyó el nombre del desafortunado árbol, y luego, mientras permanecía silencioso junto al fuego, acudieron muchos más. Pero no habían hecho un largo

recorrido, pues la mayor parte del tiempo se encontraban muy cerca, dispuestos a aparecer cada mañana, cuando se despertaba preguntándose el motivo de su congoja. Y cuando no aparecían, su ausencia estaba marcada por un dolor físico en una zona del diafragma que podía cubrir con la palma de la mano.

En un cajón secreto de su escritorio, tan lleno que era difícil abrirlo y cerrarlo, había dos informes con los nombres de *Villiers, Diana, viuda de Charles Villiers, muerto en Bombay* y *Canning, Richard, de Park Street y Coluber House, Bristol*, que tenían tan amplia documentación como si pertenecieran a dos supuestos informadores de los servicios secretos de Bonaparte. Parte de los documentos los había conseguido gracias a una desinteresada colaboración, pero muchos los había obtenido por el medio más habitual y le habían costado un dineral. Stephen no había escatimado en gastos para hacerse más infeliz, para dejar aún más clara su posición de amante rechazado.

«¿Por qué me provocho estas heridas?», se preguntó. «¿Con qué motivo? Indudablemente, en toda guerra obtener información supone una ventaja, y este asunto lo considero una guerra particular. ¿Será que trato de convencerme a mí mismo de que todavía puedo luchar aunque me hayan derrotado en el campo de batalla? Tiene bastante lógica, pero es falso... es demasiado sencillo».

Pensó todo esto en catalán, pues al ser poliglota podía estructurar su pensamiento en la lengua que más se adecuara a su contenido. Su madre era catalana y su padre un oficial irlandés, por lo que pensar en catalán, inglés, francés y castellano era tan natural para él como respirar, y no tenía preferencia por ninguna lengua, sino que las elegía según la naturaleza de sus ideas.

«¡Cuánto me gustaría haberme quedado callada!», pensó Sophie, mirando ansiosamente a Stephen, que seguía sentado junto a la chimenea, con los ojos fijos en la cavidad iluminada de rojo que había bajo el tronco. «¡Pobrecillo! ¡Está tan necesitado de cariño, tan necesitado de alguien que le cuide! Realmente no está hecho para vagar por el mundo solo, eso es algo demasiado duro para las personas sensibles. ¿Cómo pudo ella ser tan cruel? Lo que ha hecho es como pegarle a un niño... a un niño. Los conocimientos les sirven de muy poco a los hombres... Él sabe muy poco de esto; lo que tenía que hacer era haberle dicho el verano pasado “Por favor, cástate conmigo” y ella habría exclamado “¡Oh, sí, encantada!”. Se lo dije. Aunque no le habría hecho feliz, la muy...» La palabra «zorra» pugnó en vano por salir de sus labios. «Ya no me gusta el árbol de las pagodas. ¡Nos sentíamos tan bien juntos! Pero ahora parece que el fuego se hubiera acabado... se acabará si no pongo otro tronco. Y hay mucha oscuridad». Extendió la mano para tocar la campanilla y pedir velas, pero, tras vacilar unos instantes, volvió a ponerla sobre su regazo. «Es horrible que las personas sufran tanto. Soy muy afortunada, y eso a veces me aterroriza. Queridísimo Jack...». En su mente apareció una clara imagen de Jack Aubrey, alto y erguido, alegre, lleno de vida, cariñoso. Podía ver su rubio pelo cayendo sobre la charretera de

capitán de navío y su bronceado rostro con una amplia sonrisa y una horrible cicatriz desde la mandíbula hasta el comienzo del cuero cabelludo. Veía todos los detalles de su uniforme, la medalla que había recibido por la batalla del Nilo y el sable que le había regalado la Asociación Patriótica por haber hundido el *Bellone*, y también sus ojos azules, que cuando se reía quedaban casi ocultos por completo, como dos puntos brillantes, y parecían más azules sobre su cara enrojecida por la risa. Ninguna otra persona le había hecho pasar a Sophie momentos más divertidos, ninguna otra persona se reía así.

Aquella imagen se desvaneció cuando la puerta que daba al pasillo se abrió y la luz entró a raudales. En el umbral apareció la rechoncha figura de la señora Williams y se escuchó su potente voz:

—¿Qué significa esto? ¿Por qué están solos en la oscuridad?

Su mirada pasó rápidamente de un rostro al otro, tratando de confirmar lo que sospechaba desde que ellos se habían quedado en silencio, un silencio que había advertido porque les estaba escuchando desde la biblioteca, a través de un compartimento que, cuando estaba abierto, permitía oír lo que se decía en la salita. Pero por la expresión tan sorprendida de sus rostros, la señora Williams comprendió que se había equivocado.

—Una dama y un caballero solos en la oscuridad —dijo, riéndose—. Eso nunca se hubiera visto en mis tiempos. Los caballeros de la familia le habrían pedido una explicación al doctor Maturin. ¿Dónde está Cecilia? Debería haberse quedado aquí acompañándoles. Esta oscuridad... Seguro que te preocupaba gastar velas, Sophie. Buena chica.

Entonces se volvió hacia Stephen con una expresión cortés, pues aunque éste no podía compararse con su amigo, el capitán Aubrey, tenía un castillo en España (¡un castillo en España!) con el baño de mármol y podría ser un buen partido para Cecilia. (Si Cecilia hubiera estado sentada en la oscuridad con el doctor Maturin, ella no habría irrumpido en la salita).

—No se imagina usted cómo han subido las velas. Seguramente Cecilia habría pensado lo mismo. He enseñado a todas mis hijas a economizar, doctor Maturin; en esta casa no hay despilfarro. No obstante, si hubiera sido Cecilia quien hubiera estado aquí con un pretendiente, eso sería otra cosa y, por supuesto, habría sido mejor gastar la vela. No, no puede usted imaginarse cómo ha subido el precio de la cera desde que empezó la guerra. A veces he estado tentada de volver a utilizar sebo, pero a pesar de que somos pobres no me resigno a usarlo, sobre todo en las salas de la casa que no son privadas. Pero tengo dos velas encendidas en la biblioteca y puedo darles una, así no será necesario que John encienda los candelabros de pared. Tenía que usar dos velas, doctor Maturin, porque he estado reunida con mi agente de negocios todo este tiempo... casi todo este tiempo. Las escrituras, los contratos y las negociaciones de las condiciones económicas del matrimonio llevan mucho tiempo y son complicadas, y además,

soy una ignorante en esas cuestiones. (A pesar de ser una ignorante, sus propiedades se extendían fuera de los límites del municipio, hasta Starveacre. Y los niños de todos sus arrendatarios, cuando oían decir: «Que viene la señora Williams a buscarte», enmudecían horrorizados). El señor Wilbraham ha hecho una serie de importantes observaciones sobre nuestra situación y lo que él llama *dilatatoria*, aunque creo que no tenemos culpa de eso, lo que ocurre es que el capitán Aubrey se encuentra muy lejos.

Salió apresuradamente de la habitación para buscar la vela, mientras mantenía los labios fruncidos. Esas negociaciones se estaban alargando, pero no debido a la susceptibilidad del señor Wilbraham sino a la férrea determinación de la señora Williams de no entregar la virginidad de su hija ni sus diez mil libras de dote hasta que las «adecuadas especificaciones», las llamadas capitulaciones matrimoniales, estuvieran firmadas y selladas, y sobre todo hasta que el dinero se hubiera recibido.

Era esa, precisamente, la causa de tanto retraso, pues a pesar de que Jack había aceptado todas las condiciones, por leoninas que fueran, y con generosidad, como si fuera un desheredado de la fortuna, había renunciado a su salario, sus botines y sus propiedades futuras, en beneficio de su viuda y los hijos que nacieran de aquella unión, a pesar de todo, el dinero que debía entregar no se había recibido. La señora Williams no daría un paso hasta que no lo tuviera en sus manos, no en forma de promesas sino de monedas de oro o de cobre acuñadas por el Banco de Inglaterra.

—Aquí está —dijo al volver, y observó que Sophie había echado otro tronco al fuego—. Una será suficiente, ¿verdad?, a menos que quieran leer. Pero seguro que todavía tendrán mucho de qué hablar.

—Quisiera preguntarte algo —dijo Sophie cuando volvieron a quedarse solos—. Desde que llegaste, he tratado de llevarte aparte... Es horrible ser tan ignorante, y por nada del mundo permitiría que el capitán Aubrey lo supiera. Tampoco puedo preguntárselo a mi madre. Pero contigo las cosas son muy diferentes.

—Uno puede decirle todo a su médico —dijo Stephen, y su mirada tierna y afectuosa dio paso a otra más grave, la de un profesional.

—¿A su médico? —preguntó Sophie—. ¡Ah, sí! Desde luego, claro que sí. Pero lo que deseaba preguntarte, querido Stephen, tiene relación con la guerra. Esta guerra ha durado una eternidad, sólo ha cesado durante un corto intervalo. Ha durado una eternidad, años y años... ¡Cuánto me gustaría que terminara!... Existe desde que alcanzo a recordar y, sin embargo, creo que no le he prestado la atención que debía. Naturalmente, sé que los franceses son malos, pero hay muchos más que alternativamente entran y se retiran de ella: los austriacos, los españoles, los rusos... Dime, ¿son buenos los rusos ahora? Sería espantoso, una traición, sin duda, que rezara por los enemigos. Además, hay todos esos

italianos... y el pobre Papa. Y Jack mencionó también a Pappenburg; justo el día antes de marcharse, dijo que había izado la bandera de Pappenburg como estratagema de guerra, así que Pappenburg debe de ser un país. Fui una despreciable farsante, pues con una mirada expresiva y asintiendo con la cabeza exclamé: « ¡Ah, Pappenburg! ». Tengo mucho miedo de que crea que soy una ignorante; lo soy, desde luego, pero no soportaría que él lo supiera. Estoy segura de que hay montones de jóvenes que saben dónde está Pappenburg, y Batavia, y la República de Liguria, pero nosotras nunca estudiamos esos lugares con la señorita Blake. Ni tampoco el Reino de las Dos Sicilias..., por cierto que sólo he podido encontrar una en el mapa. Por favor, Stephen, hálbame de la situación actual del mundo.

— ¡Ah, quieres conocer la situación actual del mundo, amiga mía! —exclamó Stephen, sonriendo, ya sin aquella mirada de profesional—. Bueno, por el momento es bastante clara. De nuestro lado están Austria, Rusia, Suecia y Nápoles, que forma parte de las Dos Sicilias, y del suyo están una serie de pequeños estados, Bavaria, Holanda y España. Pero estas alianzas no tienen demasiadas consecuencias para ninguno de los dos bandos: los rusos estuvieron primero con nosotros, luego en contra de nosotros, hasta que el zar fue estrangulado, y ahora nuevamente con nosotros, y creo que cambiarán otra vez cuando se les antoje. Los austriacos se retiraron de la guerra en 1797 y otra vez en 1801, después de lo ocurrido en Hohenlinden, y puede volver a pasar lo mismo en cualquier momento. Holanda y España son los países que realmente nos importan, porque tienen armadas, y quienquiera que gane esta guerra ha de ganarla en el mar. Bonaparte tiene aproximadamente cuarenta y cinco navíos de línea y nosotros más de ochenta, lo cual es bastante alentador; pero los nuestros están dispersos por todo el mundo y los suyos no. Por su parte, los españoles tienen veintisiete, y los holandeses otros tantos. Es fundamental evitar que se unan, porque si Bonaparte logra reunir una fuerza superior a la nuestra en el Canal, aunque sea por breve tiempo, el ejército invasor podría cruzarlo, que Dios no lo quiera. Por eso Jack y lord Nelson recorren la zona cercana a Tolón, tratando de evitar que monsieur de Villeneuve, con once navíos de línea y siete fragatas, se una a los españoles en Cartagena, Cádiz o El Ferrol. Me reuniré con Jack allí en cuanto solucione un par de asuntos de negocios en Londres y compre gran cantidad de rubia, así que si quieres enviarle algún mensaje, éste es el momento de dármelo, Sophie, porque me voy volando.

Se levantó y las migas se esparcieron por el suelo. El reloj de pie dio la hora.

— ¡Oh, Stephen! ¿Tienes que irte? —inquirió Sophie—. Te pasaré un poco el cepillo. ¿Por qué no te quedas a cenar? Por favor, quédate, te prepararé tostadas con queso.

Desde que había sufrido aquel desengaño era muy descuidado con su ropa interior, había perdido la costumbre de cepillar los trajes y las botas y no tenía

muy limpias ni la cara ni las manos.

—No, querida, pero eres muy amable —respondió Stephen, y mientras ella le cepillaba permaneció inmóvil, como un caballo manso, con el cuello doblado y la cabeza pegada a la corbata—. Si me doy prisa, puedo llegar a tiempo a la reunión de la Sociedad entomológica. Ya, ya, querida, ya está bien. ¡Jesús, María y José! ¡Que no voy a ir a la Corte...! Los entomólogos no presumen de elegantes. Y ahora dame un beso, como una niña buena, y dime qué quieres que le diga a Jack..., qué mensaje quieres enviarle.

—¡Cuánto me gustaría ir contigo! ¡Oh, cuánto me gustaría...! Supongo que no vale de nada pedirle que sea prudente, que no corra riesgos.

—Se lo diré, si quieres. Pero créeme, cariño, en el mar Jack no es un hombre imprudente. Nunca corre ningún riesgo sin haberlo considerado cuidadosamente, quiere mucho a su barco y a sus hombres, mucho, para exponerlos a un peligro sin haber reflexionado antes. No es uno de esos saqueadores temerarios y agresivos.

—¿No cometería nunca una imprudencia?

—Nunca en la vida. Esa es la verdad, la pura verdad, créeme —insistió, al ver que Sophie no estaba completamente convencida de que en el mar Jack fuera una persona distinta que en tierra.

—Está bien —dijo, e hizo una pausa—. ¡Este tiempo me parece tan largo! ¡Todo parece tardar tanto!

—¡Tonterías! —dijo Stephen en tono animado—. Las sesiones del Parlamento terminarán dentro de pocas semanas, así que el capitán Hammond volverá a su barco y Jack será arrojado de nuevo a la playa. Podrás verle tan a menudo como desees. Ahora, dime, ¿qué quieres que le diga?

—Dile que siento un gran amor por él, te lo ruego. Y, por favor, por favor, cuidate mucho tú también.

* * *

El doctor Maturin llegó a la reunión de la Sociedad entomológica cuando el reverendo Lamb comenzaba a leer su trabajo titulado *Algunos insectos no descritos encontrados en la costa de Pringlejuxta-Mare en 1799*. Se sentó al fondo de la sala y estuvo escuchando atentamente durante unos minutos. Pero el reverendo se salió del tema (como todos esperaban) y ahora trataba de despertar el interés de la audiencia por la emigración de las golondrinas, pues había encontrado un nuevo dato que apoyaba su teoría. Según él, no sólo volaban en círculos cada vez menores, formaban grupos compactos y se sumergían en las profundidades de tranquilas lagunas sino que se refugiaban en los pozos de las

minas de estaño... «¡Sí, caballeros, de las minas de estaño de Corwall!» . Stephen dejó de prestarle atención y paseó su mirada por los inquietos entomólogos. Conocía a algunos: el extraordinario Musgrave, que le había regalado una excelente *Carena quindecimpunctata*, el señor Tolson, famoso por su estudio del ciervo volante, Eusebius Piscator, un gran científico sueco. Y aquel otro de espalda ancha y coleta empolvada le resultaba familiar. Pensó que era curioso cómo los ojos pueden apreciar y retener innumerables medidas y proporciones, permitiéndonos reconocer una espalda casi lo mismo que una cara. Y también una forma de andar, una postura, un modo de erguir la cabeza... ¡Cuántas referencias en cada movimiento! Aquel hombre tenía la espalda curvada en una extraña posición y la mano izquierda apoyada de tal forma en la mandíbula que parecía que intentaba ocultar su rostro, y precisamente esa extraña posición había llamado su atención. Sin embargo, Stephen no recordaba haber visto nunca a sir Joseph adoptar semejante postura en ninguna de sus reuniones.

—... por tanto, caballeros, creo que puedo afirmar que la emigración de las golondrinas para invernar, lo mismo que la de todos los demás hirundos, es un hecho probado —dijo el señor Lamb con una mirada desafiante.

—Sin duda, todos le estamos muy agradecidos al señor Lamb —dijo el presidente, en un clima de gran descontento, mientras los presentes se movían nerviosos en sus asientos y murmuraban—. Y aunque me temo que disponemos de poco tiempo y tal vez no podrán leerse todos los trabajos, permítanme pedirle a sir Joseph Blain que nos hable del auténtico ginandromorfo que ha añadido recientemente a su colección.

Sir Joseph se incorporó a medias en su asiento y rogó que le disculparan, pues había olvidado traer sus notas. Dijo que no quería abusar de la paciencia del público hablando sin ellas y que, además, no se sentía muy bien y deseaba retirarse. Luego añadió que sólo tenía una ligera indisposición, tratando de tranquilizar a sus compañeros. Pero a sus compañeros les daba igual que tuviera lepra, y tres de ellos ya se habían puesto de pie, ansiosos por quedar inmortalizados en las actas de la Sociedad.

«¿Qué significa esto?», se preguntó Stephen cuando sir Joseph pasó por su lado y le saludó secamente con una inclinación de cabeza. Luego, mientras escuchaba un estudio sobre coleópteros brillantes llegados recientemente de Surinam (un estudio interesantísimo que más tarde leería con suma atención), le asaltó un mal presentimiento y se sintió angustiado.

Salió de la reunión sintiéndose todavía angustiado, y apenas había caminado cien yardas cuando un mensajero se le acercó discretamente y le dio una tarjeta con un monograma y una invitación de sir Joseph para que se reuniera con él, pero no en su vivienda oficial sino en una casita detrás de Shepherd Market.

—Ha sido usted muy amable al venir —dijo sir Joseph, indicándole a Stephen

un asiento junto a la chimenea de la sala de estar que, sin duda, era también biblioteca y estudio.

La casa era confortable e incluso lujosa y el estilo de la decoración era de cincuenta años atrás. En sus paredes se alternaban cuadros con ejemplares de mariposas y cuadros pornográficos, prueba inequívoca de que era una vivienda privada.

—Ha sido usted muy amable... —repitió, visiblemente nervioso y preocupado—. Muy amable...

Stephen permaneció en silencio y sir Joseph continuó:

—Le rogué que viniera aquí porque éste es, digamos, mi refugio, y creo que debo darle en privado la explicación que merece. No esperaba encontrarme con usted esta tarde, y me sentí muy turbado al verle porque tengo muy malas noticias que darle, tan malas que hubiera preferido que otro se las diera, pero debo hacerlo yo. Me había preparado para comunicárselas en nuestro encuentro de mañana, y seguramente lo habría hecho sin mucha dificultad, pero al verle allí de improviso, en aquel ambiente...

Cesó de atizar el fuego, dejó a un lado el atizador y prosiguió:

—Se ha cometido una terrible indiscreción en el Almirantazgo: su nombre fue mencionado y repetido con insistencia en una reunión general y se le relacionó con el combate naval frente a Cádiz.

Stephen asintió con la cabeza, pero siguió guardando silencio. Entonces sir Joseph, mirándole de soslayo, dijo:

—Naturalmente, traté de que la indiscreción quedara olvidada enseguida y luego di a entender que estaba usted a bordo por casualidad, porque iba a algún lugar de Oriente con una misión científica o semidiplomática. Les expliqué que era necesario otorgarle un cargo por la posición que ocupaba y por si debía tomar parte en negociaciones, y cité casos precedentes como los de Banks y Halley. Les aseguré que esto tuvo relación con aquel incidente por pura coincidencia, porque se trataba de ahorrar tiempo. Les dije que esta historia era absolutamente cierta, que sólo la conocían algunos iniciados, porque era un secreto más importante que la propia intercepción de las naves, y no debía divulgarse bajo ningún concepto. Creo que convencí a todos los marinos y civiles que estaban presentes. Pero a pesar de mis esfuerzos, ya está usted marcado de alguna manera, por lo que es preciso reconsiderar nuestro plan.

—¿Quiénes eran los caballeros que estaban presentes? —inquirió Stephen, y sir Joseph le pasó una lista—. Un grupo numeroso... Es una ligereza, una grave irresponsabilidad —hablaba pausadamente— jugar de ese modo con las vidas de los hombres y con toda la estructura de los servicios secretos.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo sir Joseph—. Es monstruoso. Y lo que más me duele es que, en parte, yo mismo he tenido la culpa, pues le había escrito al *First Lord* sobre el asunto, confiando en su absoluta

discreción. Pero es que estaba acostumbrado a tener jefes en quienes tenía una confianza total, y entre ellos ninguno más discreto que lord Melville. Un gobierno parlamentario no puede tener buenos servicios secretos: siempre hay hombres nuevos, más políticos que profesionales, con quienes compartir la información. Son las dictaduras las que tienen los mejores servicios secretos; Bonaparte está mucho mejor informado que Su Majestad. Pero no debo omitir la otra noticia desagradable. Aunque será del dominio público dentro de unos días, considero mi deber decirle que, a juicio de la Junta, el tesoro español pertenece por derecho a la Corona, o sea, no será distribuido como botín. Hice todo lo posible porque cambiaran de parecer, pero me temo que su decisión es irrevocable. Le he dicho esto con la esperanza de evitar que usted, pensando que las cosas iban a ser diferentes, adquiriera compromisos; además, advertirle de ello con algunos días de antelación es mejor que con ninguno. Lamento mucho haber tenido que darle esta noticia, pues sé que este..., este asunto afecta también a otros intereses suyos. Aunque sin mucha convicción, espero que mi advertencia tenga alguna..., usted ya me entiende. Le aseguro que siento tanta pena y tanta decepción que no encuentro palabras con que expresar, aunque sólo sea mínimamente, su intensidad.

—Es usted muy amable —dijo Stephen—, y le agradezco mucho esta prueba de confianza. No puedo decir que la pérdida de una fortuna sea algo que deje indiferente a ningún hombre, y aunque estoy seguro de que con el tiempo experimentaré otros sentimientos, de momento sólo me he llevado un disgusto. Pero esos otros intereses a los que usted cortésmente se ha referido son un asunto diferente, y si me permite se lo explicaré. Tenía grandes deseos de favorecer a mi amigo Aubrey. Su agente de negocios se fugó con todo el dinero de sus botines y el tribunal de apelación no permitió la confiscación de dos barcos neutrales, por lo que contrajo una deuda de 11.000 libras. Esto ocurrió cuando iba a dar promesa de matrimonio a una encantadora joven. Se quieren mucho, pero debido a que la madre de ella, una viuda con numerosas propiedades que están bajo su control personal, es una mujer sumamente estúpida, tacaña, intolerante, codiciosa y obstinada, una repugnante y despreciable avara, una arpía, no hay esperanza de matrimonio hasta que él tenga una buena posición económica y pueda entregarle a ella el dinero estipulado en las capitulaciones. Esa situación era la que me vanagloriaba de haber cambiado, aunque, realmente, eran usted, las circunstancias y el destino los que lo habían logrado. Y también la creían cambiada todos los afectados por ella. ¿Qué voy a decirle a Aubrey cuando me reúna con él en Menorca? ¿Le corresponde algo por haber tomado parte en esa acción de guerra?

—¡Oh, sí, por supuesto! Se repartirá cierta cantidad *ex gratia* que le permitirá saldar la deuda que usted ha mencionado, o casi, pero no será una fortuna, ni muchísimo menos. A propósito, amigo mío, ha mencionado usted Menorca.

¿Significa esto que piensa continuar con nuestro plan original a pesar de este desagradable contratiempo?

—Sí —dijo Stephen y sus ojos recorrieron de nuevo la lista—. Podemos sacar mucho provecho de nuestros recientes contactos y perder mucho si no... Creo que en este caso es fundamental el tiempo; estoy casi seguro de que tomaré la delantera a habladurías y rumores, porque zarparé mañana por la noche, y además, una noticia filtrada no se propaga con la misma rapidez con que se desplaza un viajero. Por otra parte, creo que ha sabido usted controlar a los más indiscretos. Éste es el único —señalaba un nombre en la lista— que me preocupa. Es un homosexual, como usted sabe. No tengo nada en contra de los homosexuales, cada hombre puede tener su propio concepto de la belleza y mientras más amor haya en el mundo, mejor, pero todos sabemos que los homosexuales tienen que soportar presiones que otros hombres no sufren. Si se vigilara discretamente a ese caballero cuando se reúne con monsieur de la Tapetterie y, sobre todo, si se aislara a monsieur de la Tapetterie durante una semana, no dudaría en llevar a cabo nuestro plan original. Incluso sin esas precauciones, dudo que lo pospondría, porque, después de todo, sólo estaría basándome en simples conjeturas. Además, no serviría de nada enviar a Osborne o Schikaneder, pues Gómez sólo se fiaría de mí, y sin ese contacto el nuevo sistema se vendría abajo.

—Eso es cierto. Y, naturalmente, comprende usted la situación del lugar mucho mejor que nosotros. Pero no desearía que corriera usted este enorme riesgo.

—Es un pequeño riesgo, suponiendo que exista en realidad, y llegaría a ser insignificante si soplan vientos favorables y usted evita la propagación de la noticia que presumiblemente se ha filtrado. De todos modos, no tiene ninguna importancia en este viaje, en el que son más numerosos los riesgos normales de la profesión. Por otra parte, si los rumores tienen su efecto habitual, no seré útil durante cierto tiempo, no lo seré hasta que usted me haya rehabilitado asignándome esa misión científica o semidiplomática en Tartaria... ¡Ja, ja! Y al regresar de ella publicaré unos estudios sobre los criptogramas de Kamchatka de tal profundidad que nadie volverá a sospechar que soy un agente secreto.

Capítulo 2

De un lado a otro, de un lado a otro, las fragatas de la escuadra encargada de vigilar Tolón, los ojos de la flota del Mediterráneo, iban desde el cabo Sicié hasta la península de Giens, viraban en redondo y regresaban, todos los días, una semana tras otra, un mes tras otro, fuera cual fuera el tiempo; salían a alta mar navegando en línea, después del cañonazo de la tarde, y volvían al amanecer, con sus gaviás ondeando sobre el horizonte, por el sur, mientras Nelson seguía esperando la salida del almirante francés.

Desde hacía tres días soplaban el mistral. El mar estaba más blanco que azul y el viento de alta mar formaba pequeñas olas que cubrían de espuma el combés de las fragatas. Las tres habían reducido velamen a mediodía, pero aun así navegaban a siete nudos y tan escoradas a estribor que la espuma llegaba al pescante.

La silueta ya familiar del cabo Sicié estaba cada vez más cerca. El aire era tan límpido y el cielo estaba tan luminoso que podían verse las casitas blancas y el camino que llevaba hasta el puesto de señales y las baterías, por donde subían con dificultad los carros. Ahora estaban aún más cerca, casi al alcance de sus altos cañones de cuarenta y dos libras, y llegaban ráfagas de terral desde la zona alta.

—¡Cubierta! —gritó el serviola desde el tope—. ¡La *Naiad* está haciendo señales, señor!

—¡Todos a virar en redondo! —dijo el teniente al mando de la guardia, por pura formalidad, pues no sólo la tripulación de la *Lively* había trabajado junta durante años sino que había hecho esa maniobra cientos de veces, en ese mismo lugar, y la orden era innecesaria. Aunque, debido a la rutina, los tripulantes trabajaban con menos ahínco, seguían siendo muy eficientes, y el contramaestre tenía que decirles: «Despacio, despacio con esa condenada escota», pues se corría el riesgo de que la botavara del foque atravesara el pasamanos de la *Melpomene*, que iba justo delante y no tenía grandes cualidades para la navegación.

La *Naiad*, la *Melpomene* y la *Lively* viraron en redondo una detrás de otra, girando cada una donde lo había hecho la anterior, luego orzaron, volvieron a colocarse en línea y pusieron rumbo a Giens una vez más.

—Detesto este ir y venir —le dijo un delgado guardiamarina a otro delgado guardiamarina—. Eso no le da a uno ninguna oportunidad; no tenemos nada que ver, no hay ni una salchicha, ni una sola... no podemos ni siquiera oler una —miraba entre la jarcia y las velas hacia el espacio que separaba la península de la isla de Porquerolles.

—¡Salchichas! ¡Oh, Butler, no deberías decir esa palabra! —gritó entre el rumor del viento, inclinándose sobre la batayola y mirando también hacia aquel paso por donde era probable que apareciera la *Niobe*, que a su regreso de un crucero se aprovisionaría de agua en Agincourt Sound y volvería a recorrer la costa italiana, acosando al enemigo y recogiendo todas las provisiones que pudiera encontrar, y después de ella le tocaría el turno a la *Lively*—. ¡Salchichas calientes, crujientes, jugosas! ¡Bacon! ¡Setas!

—¡Cállate, gordo! —le susurró su amigo, dándole un terrible pellizco—. ¡Qué Dios te perdone!

El oficial de guardia se fue a babor cuando oyó presentar armas a los infantes de marina que estaban de centinelas. Unos momentos después, Jack Aubrey salió de su cabina envuelto en una bufanda y con un telescopio bajo el brazo y comenzó a pasearse por el lado de barlovento del alcázar, el lugar sagrado del capitán. De vez en cuando levantaba la vista hacia las velas, mecánicamente, pero no encontraba nada criticable, ya que la fragata era una máquina eficiente que navegaba sin ninguna dificultad. En este tipo de servicio, la *Lively* podía funcionar a la perfección aunque él se quedara en el coy todo el día. No era posible hacer reproches, ni aunque estuviera tan iracundo como Lucifer después de su caída, lo cual distaba mucho de la realidad. Tanto él como los hombres bajo su mando, a pesar de la tediosa tarea de mantener un bloqueo, la más dura y fatigosa en la Armada, habían estado muy animados durante todas aquellas semanas y meses. Esto se debía a que pensaban en la riqueza que les aguardaba por haber capturado en septiembre un navío con un enorme tesoro, y si bien la riqueza no da la felicidad, la idea de obtenerla en breve produce un sentimiento muy similar. En su mirada había una gran benevolencia, aunque no aquella ternura con que contemplaba la *Sophie*, una embarcación pequeña y estanca que no navegaba bien de bolina, la primera que había estado bajo su mando. La *Lively*, en realidad, no le pertenecía; él estaba al mando temporalmente, como capitán suplente, hasta que su titular, el capitán Hammond, volviera de Westminster, donde ocupaba un escaño por la circunscripción de Coldbath Fields, representando los intereses de los *Whigs*. Y aunque Jack apreciaba y admiraba la eficiencia de la fragata y su silenciosa disciplina (desplegaba todo un conjunto de velas con la simple orden: «¡Zarpar!») y sólo en tres minutos cuarenta y dos segundos) no se acostumbraba a ellas. La *Lively* era un ejemplo excelente, claramente representativo de la estructura mental de los *Whigs*, y Jack era un

Tory. Sentía admiración por ella, pero a la vez le parecía distante, como si fuera la esposa de un oficial compañero suyo, una mujer casta, elegante y falta de imaginación que organizara su vida según principios científicos.

El cabo Cépet estaba a babor. Jack se colgó el telescopio, se encaramó a los flechastes, que se doblaron bajo su peso, y subió jadeando hasta la cofa del palo mayor. Los gavieros le esperaban y habían enrollado un ala para que se sentara.

—Gracias, Rowland. Hace fresquito, ¿verdad? —dijo, dejándose caer en ella, todavía jadeante.

Apoyó el telescopio en la vigota más alta de los obenques del mastelero y enfocó el cabo Cépet. Enseguida apareció ante sus ojos, con gran nitidez, el puesto de señales, y a la derecha la zona este de la rada grande, donde se encontraban cinco navíos de guerra de setenta y cuatro cañones, tres de ellos ingleses: el *Hannibal*, el *Swiftsure* y el *Berwick*. A bordo del *Hannibal*, la tripulación practicaba cómo hacer rizos en las velas, y en el *Swiftsure* una gran cantidad de hombres subía por la jarcia, probablemente campesinos en el proceso de adiestramiento. Casi siempre los franceses tenían los barcos capturados en la rada exterior; lo hacían para molestar, lo cual indudablemente conseguían. A Jack le molestaban, y mucho, dos veces al día, pues subía a la cofa para observar la rada todos los días por la mañana y por la tarde. Subía, en parte, por celo profesional, si bien no existía ninguna posibilidad de que los franceses salieran, a menos que una fuerte tempestad y un furioso vendaval apartaran de su puesto a la flota inglesa; pero también subía porque de ese modo hacía un poco de ejercicio. Estaba engordando otra vez, pero no tenía ninguna intención de dejar de subir y bajar por la jarcia, como hacían algunos capitanes gruesos, pues le hacía inmensamente feliz sentir los obenques entre las manos y el constante movimiento de los aparejos y balancearse con el vaivén del barco mientras ascendía a la cofa.

Los restantes navíos anclados allí aparecían ahora ante su vista, y Jack, frunciendo el entrecejo, dirigió el telescopio hacia las fragatas enemigas para observarlas atentamente. Todavía había siete, y sólo una se había movido de su posición del día anterior. Eran embarcaciones muy hermosas, aunque, en su opinión, tenían los mástiles demasiado inclinados. Se acercaba el momento. La torre de la iglesia estaba casi en línea con la cúpula azul, y Jack enfocó de nuevo el telescopio concentrando toda su atención. Daba la impresión de que la tierra no se movía, pero poco a poco se abrieron los brazos de la pequeña rada y pudo verse el puerto interior, un tupido bosque de mástiles; las vergas estaban ya colocadas en ellos, y todo parecía preparado para salir y luchar. Había una bandera de vicealmirante, una de contraalmirante y el gran estandarte de un comodoro; nada había cambiado. Los brazos iban cerrándose; se deslizaron imperceptiblemente hasta juntarse, y la pequeña rada se cerró.

Jack dirigió entonces el telescopio hacia la colina del faro, luego hacia la que

estaba detrás, y trató de encontrar el camino que llevaba a aquella pequeña taberna donde él, Stephen y el capitán Christy-Palliére habían comido y bebido tan maravillosamente no mucho tiempo atrás, junto con otro oficial francés cuyo nombre había olvidado. Hacía mucho calor entonces; hacía mucho frío ahora. La comida había sido extraordinaria entonces (¡Dios santo, habían comido a reventar!) y ahora era muy escasa. Al pensar en aquella comida, sintió una punzada en el estómago, pues la *Live!y*, a pesar de ser considerada la embarcación mejor aprovisionada del puerto y mantener una actitud desdeñosa frente a las peor dotadas de la escuadra, tenía escasez de alimentos frescos, tabaco, leña y agua, lo mismo que el resto de la flota. Además, debido a la epidemia que se había extendido entre las ovejas y la cisticercosis que había atacado a los cerdos, incluso las provisiones de los oficiales habían sido reemplazadas por la horrible carne de caballo salada que comía en sus días de guardiamarina, y los marineros ya llevaban mucho tiempo comiendo sólo galletas. No obstante, quedaba una pequeña paletilla para la cena de Jack «¿Debo invitar al oficial de guardia? Hace tiempo que no invito a nadie a mi cabina, excepto para desayunar», pensó. También hacía tiempo que no hablaba de igual a igual con nadie ni intercambiaba ideas. Sus oficiales, mejor dicho, los del capitán Hammond, porque Jack no les había escogido ni les había formado, le invitaban a cenar en la sala de oficiales una vez por semana y él les invitaba bastante a menudo a su cabina, y casi siempre desayunaba con el oficial y el guardiamarina de guardia, pero esos encuentros no resultaban divertidos. Todos los oficiales eran caballerosos, estaban un poco influenciados por Bentham y seguían estrictamente el protocolo naval, que prohibía a todo subordinado hablar con su capitán si éste no le dirigía antes la palabra, y por otra parte, estaban acostumbrados a tratar con el capitán Hammond, a quien, por su modo de pensar, ese rigor le resultaba agradable. Además, eran orgullosos (muchos podían permitirse serlo) y detestaban la adulación y la pugna por conseguir favores que solía haber en otros navíos. En cierta ocasión, llegó como tercero de a bordo un teniente tan adulator que le obligaron a cambiarse al *Achilles* a los dos meses. Mantenían en todo momento esa actitud distante, y aunque no les desagradaba en lo más mínimo el capitán suplente (en realidad, le consideraban un gran marino y un arrojado capitán) inconscientemente le veían como a un dios del Olimpo. Por todo ello, Jack vivía rodeado de un gran silencio que a veces le hacía sentirse muy triste. Pero sólo a veces, porque no permanecía inactivo mucho tiempo; había tareas que no podía dejar en manos del primer oficial, aunque fuera perfecto, y además, por las tardes supervisaba las clases de los guardiamarinas en su cabina. Eran jóvenes simpáticos, y ni la presencia de su capitán, un ser divino para ellos, ni la severidad de su maestro, ni el digno ejemplo de sus mayores conseguían que reprimieran su alegría. Ni siquiera podía conseguirlo el hambre, y tenían tanta que comían ratas desde hacía más de

un mes. Las ratas las cazaba el encargado de la bodega, y ya sin piel, abiertas y limpias, como corderitos, las ponía a la venta; su precio subía de semana en semana y había llegado a alcanzar la asombrosa cifra de cinco peniques el cuarto.

Jack sentía simpatía por los jóvenes, y como muchos otros capitanes se ocupaba de su educación, su asignación económica, su formación profesional e incluso moral. Pero su asidua presencia en las lecciones no era totalmente desinteresada; de niño no se le daban bien las matemáticas, a bordo no había tenido una buena enseñanza, y aunque era un marino nato, había aprobado el examen de teniente porque se había aprendido todo de memoria y le habían ayudado la Providencia y dos capitanes del tribunal que estaban de su parte. A pesar de que su amiga Queenie le había explicado pacientemente qué era una tangente, una secante y un seno, nunca había entendido muy bien los principios de la trigonometría. En realidad, había aprendido a navegar de modo empírico, partiendo desde un nivel muy elemental, pero por suerte, como a muchos otros capitanes, la Armada siempre le proporcionaba la ayuda de un oficial experto en navegación. Sin embargo, ahora, influenciado quizá por el interés que existía en la *Lively* por la ciencia en general y por la hidrografía, estudiaba matemáticas, y como otros estudiantes tardíos, avanzaba a un ritmo muy rápido. El maestro enseñaba muy bien cuando estaba sobrio, y aunque los guardiamarinas no siempre atendían a sus clases, Jack sí que sacaba provecho de ellas. Por las noches, después del relevo de la guardia, observaba la luna o leía con auténtico deleite *Secciones cónicas*, de Grimble, cuando no le escribía a Sophie o tocaba el violín. « ¡Qué asombrado se quedaría Stephen! », pensó. « Ahora podría hablarle como un filósofo. ¡Cuánto me gustaría que estuviera aquí! ».

Pero la pregunta de si debía invitar al señor Randall a cenar estaba aún sin respuesta, y cuando estaba a punto de decidirse, oyó toser fuertemente al capitán de la cofa.

—Perdone, Su Señoría —dijo—, pero me parece que la *Naiad* ha avistado algo.

Tenía un acento *cockney*, en claro contraste con su rostro amarillento y sus ojos rasgados. Esto se debía a que la *Lively*, por haber pasado muchos años en los mares orientales, tenía tripulantes de raza amarilla, cobriza y negra, además de blancos, y todos, por haber trabajado tanto tiempo juntos, hablaban con el acento de Limehouse Reach, Wapping y Deptford Yard.

El Alto no era el único que había visto mucho movimiento en la cubierta de la fragata que les precedía. El hijo del señor Randall, completamente empapado, también lo observó desde el penol de la verga de la cebadera y abandonó su puesto, atravesó corriendo la cubierta y se reunió con sus compañeros.

—¡Está doblando el cabo! ¡Está doblando el cabo! —gritó, y su aguda vocecilla, propia de sus siete años, pudo oírse desde la cofa.

La *Niobe* apareció como por arte de magia entre la niebla que cubría las islas Hyères, navegando con las mayores y las gavias y formando a proa enormes olas blancas. Quizá traía comestibles, quizá alguna presa (todas las fragatas habían acordado compartir los botines), pero en cualquier caso les haría salir de la terrible monotonía y por eso era bienvenida.

—¡Y ahí está el *Weasel*! —añadió el niño.

El *Weasel* era un cúter grande que ocasionalmente hacía de mensajero entre la flota y las fragatas que estaban en los puertos. Seguramente también él traía provisiones y noticias del mundo exterior. ¡Qué feliz coincidencia!

El cúter navegaba bajo una nube de velas, escorado cuarenta y cinco grados, y la escuadra, que estaba en facha frente a Giens, le animó con sus gritos al ver que alcanzaba la estela de la *Niobe* y viraba a barlovento con la intención de adelantarla. En la fragata aparecieron las juanetes y el fofoque, pero la juanete de proa se desgarró cuando le ataban las empuñaduras, y antes de que los nerviosos tripulantes de la *Niobe* pudieran calmarse, el *Weasel* se encontraba cerca de la amura de estribor, a punto de adelantar a la fragata y de causarle una gran humillación. Las olas que se formaban a proa de la *Niobe* disminuyeron, y el cúter pasó a su lado como una bala, dando entusiastas vivas, para deleite de todos. Éste llevaba a bordo una señal con el número de la *Lively*, lo que indicaba que tenía órdenes para ella, y fue aproximándose a la escuadra hasta quedar situado a sotavento de la fragata, con su enorme vela mayor dando gualdrapazos y crujidos como los de una galería de tiro.

Pero no hubo preparativos para bajar un bote, sino que el capitán gritó que le lanzaran un cabo.

«¿No trae provisiones?», se preguntó Jack, frunciendo el entrecejo, sentado en la cofa. «¡Maldita sea!», pensó mientras sacaba un pie de allí y trataba de apoyarlo en las arraigadas. Pero alguien vio asomar por la escotilla principal del cúter la conocida saca color púrpura y gritó: «¡El correo!», y al oírlo, Jack se agarró al brandal y se deslizó rápidamente por él hasta la cubierta como si fuera un guardiamarina, olvidando su dignidad, mientras en sus delicados calcetines blancos se formaban carreras. Permaneció de pie, a una yarda de los oficiales de derrota y el centinela de guardia, esperando a que las dos sacas, balanceándose, cruzaran por encima del mar.

—¡Echad una mano! ¡Echad una mano! —gritó.

Y cuando por fin las sacas estuvieron a bordo, tuvo que hacer un gran esfuerzo por reprimir su impaciencia y esperar a que el guardiamarina las entregara solemnemente al señor Randall y éste las llevara hasta el alcázar.

—El *Weasel* ha traído esto del buque insignia, señor, con su permiso —dijo el señor Randall, quitándose el sombrero.

—Gracias, señor Randall —dijo Jack, llevándoselas a su cabina con gran

cuidado.

Una vez allí, quitó de un tirón el sello de la saca del correo, desató la cuerda y echó un vistazo a las cartas, pasando con rapidez una tras otra. En tres estaba escrito: «Capitán Aubrey, *Lively*, navío de Su Majestad» con la letra de trazos redondeados pero firmes de Sophie, y eran muy abultadas, por lo menos el triple de una carta normal. Se las guardó en el bolsillo, sonriendo, y cogió la pequeña saca oficial o, mejor dicho, la bolsita, abrió la envoltura de lienzo alquitranado, después la de seda lubricada y por último el pequeño sobre que contenía sus órdenes. Las leyó, frunció los labios y luego volvió a leerlas.

—¡Hallows! —gritó—. Avise al señor Randall y al segundo oficial. Entregue estas cartas al contador para que las reparta. ¡Ah, señor Randall! Por favor, haga señales a la *Naiad* comunicándole que tenemos permiso para abandonar la escuadra. Señor Norrey, tenga la amabilidad de poner rumbo a Calvette.

* * *

Por primera vez no había prisa, por primera vez no había aquella «sensación de agobio, de no tener ni un minuto que perder» de la que tan a menudo Stephen se había quejado. En esa época del año, en el Mediterráneo occidental soplaban casi ininterrumpidamente vientos del norte: el mistral, el gregal y la tramontana, todos favorables para navegar rumbo a Menorca, adonde se dirigía la *Lively*. Sin embargo, era importante no llegar a la isla demasiado pronto ni mantenerse cerca de la costa, levantando sospechas. Y puesto que las órdenes, que incluían las instrucciones de «causar daños a la flota, las comunicaciones y las instalaciones del enemigo», le daban a Jack una gran libertad de acción, ahora la fragata atravesaba el golfo de León rumbo a la costa de Languedoc, con todo el velamen desplegado que podía llevar, mientras la blanca espuma cubría de cuando en cuando el pasamanos por sotavento. La práctica con los cañones como cada mañana, una descarga tras otra en las solitarias aguas, y la agradable sensación que producía desplazarse velozmente bajo un sol brillante habían hecho desaparecer las expresiones malhumoradas y los murmullos de descontento del día anterior porque se habían quedado sin provisiones y sin crucero. Esas condenadas órdenes les habían arrebatado de las manos un crucero justo cuando les correspondía hacerlo y todos maldecían al odioso *Weasel* por sus inoportunas cabriolas y su exagerado despliegue de velamen que reflejaban la presunción de sus tripulantes, unos estúpidos de poca categoría. Dick *El Javanés* había comentado: «Si hubiera llegado navegando como un barco cristiano y no como uno turco, ya estaríamos a mitad de camino de la isla de Elba». Pero eso había sido el día anterior; el ejercicio, la posibilidad de encontrar algo bueno en cada

nueva milla del amplio horizonte y sobre todo la placentera idea de que muy pronto serían ricos, habían logrado que los tripulantes de la *Lively* olvidaran rápidamente lo ocurrido y les habían devuelto la alegría. El capitán lo advirtió al dar el último recorrido por la cubierta antes de irse a su cabina para recibir a sus invitados y sintió una sensación extraña, difícil de definir. No era envidia, puesto que él era más rico que muchos de ellos juntos. « Más rico *in posse* », pensó y cruzó los dedos, un gesto habitual en él. Pero, en parte, tal vez era envidia, porque ellos tenían un barco y formaban un grupo muy unido; ellos tenían un barco y él no. No, no era envidia exactamente, no sería esa la definición de la envidia... Una sucesión de excelentes definiciones quedó interrumpida cuando el infante de marina, en el momento en que la ampolla del reloj se quedó vacía, fue hasta proa y tocó las cuatro campanadas, a la vez que el guardiamarina de guardia halaba la corredera. Jack corrió a su cabina de día y observó la larga mesa colocada de través; las bandejas de plata brillaban tanto con la luz del sol que los destellos llegaban hasta el techo, juntándose con el reflejo de las olas (¿cuánto tiempo resistiría el metal tanto brillo?). Las fuentes, los vasos y los platos estaban ya colocados y bien sujetos con barras de madera para que no se cayeran; el dispensero y sus ayudantes estaban de pie junto a las jarras, como petrificados.

—¿Todo preparado, Killick? —preguntó.

—Hasta el último detalle, señor —respondió el dispensero, y enseguida le indicó con la barbilla que mirara hacia atrás.

—Bienvenidos, caballeros —dijo Jack, volviéndose hacia donde señalaba la barbilla—. Señor Simmons, por favor, siéntese a la cabecera de la mesa; señor Carew, siéntese... ¡Cuidado, cuidado! —El pastor había perdido el equilibrio a causa de un bandazo a sotavento y había caído en su asiento con fuerza, como si fuera a moverlo por toda la cubierta—. Aquí, lord Garron; señor Fielding y señor Dashwood, por favor —les señalaba con la mano sus asientos—. Antes de empezar, quiero pedirles disculpas por esta cena —mientras hablaba, la sopa hacía un peligroso viaje de un lado a otro de la cabina—. A pesar de tener la mejor voluntad del mundo... Permítame, señor —sacó de la sopera la peluca del clérigo y le alcanzó a éste el cucharón—. Killick, traiga un gorro de dormir para el señor Carew, limpie esto y llame al guardiamarina de guardia. ¡Ah, señor Butler, mis felicitaciones al señor Norrey! Creo que podremos cargar la vela de mesana durante la cena. A pesar de tener la mejor voluntad del mundo, repito, esto se parece al banquete de Barmecida.

Esa frase le pareció muy buena y bajó la vista con modestia. Pero pensó que Barmecida no era famoso por ofrecerle carne fresca a sus invitados cuando vio allí, en el cuenco del pastor, la inconfundible forma de un botero, el más grande de los gusanos que se criaban en las galletas viejas, de cabeza negra y cuerpo liso y frío y de sabor peculiar. Y es que la sopa, naturalmente, la habían espesado con trocitos de galleta para contrarrestar el balanceo del barco. Como el pastor no

llevaba mucho tiempo en la mar, posiblemente ignoraba que aquel gusano no era dañino, ni tampoco amargo como el gorgojo, así que podría rechazar la comida.

—¡Killick, otro plato para el señor Carew! —gritó—. Hay un pelo en su sopa... Sí, el banquete de Barmecida... Pero tenía especial interés en invitarles porque quizá sea ésta la última vez que tengo el honor de hacerlo. Iremos a Gibraltar, pasando primero por Menorca, y en Gibraltar el capitán Hammond volverá al barco. —Hubo exclamaciones de sorpresa y alegría debidamente mezcladas con otras de pena—. Y ya que he recibido instrucciones de causar daños a las instalaciones del enemigo en la costa, así como a su flota, desde luego, no creo que nos quede mucho tiempo libre para cenar después que doblemos el cabo Gooseberry. ¡Cuánto deseo que encontremos algo digno de la *Lively*! Lamentaría entregarla sin llevar al menos un ramito de laurel en la proa, o donde sea más adecuado llevar los laureles.

—¿El laurel crece en esta costa, señor? —preguntó el pastor—. ¿Es laurel silvestre? Siempre creí que se daba en Grecia. En verdad, no conozco el Mediterráneo más que por los libros, pero por lo que recuerdo, los clásicos no mencionan la costa de Languedoc.

—Bueno, señor, allí lo han encontrado, según creo —dijo Jack—. Dicen que es muy bueno para el pescado. Y también dicen que una o dos hojas realzan el sabor, pero más de dos son como un veneno mortal.

Siguieron diversas consideraciones sobre los peces: el pescado era un alimento completo, aunque no gustaba a los pescadores... el lenguado de Dover era el mejor..., los cisnes, las ballenas y esturiones pertenecían por ley al Rey..., los papistas habían clasificado las marsopas, las ranas y los frailecillos como peces por motivos religiosos... Y el señor Simmons contó que se había, comido una ostra en mal estado en el banquete de lord Mayor.

—Este pescado, señores —dijo Jack, cuando retiraron la sopera y trajeron un atún—, es lo único que realmente puedo recomendarles; lo ha pescado ese chino que está en su división, señor Fielding, ese chino bajito. No es El Alto ni El Bajo ni...

—¿John Satisfacción, señor?

—Ese mismo. Un tipo alegre, muy listo y hábil. Rodeó un largo trozo de filástica con pelo de las coletas de sus compañeros y colocó en el anzuelo un pedazo de corteza de cerdo con la forma de un pez, y así lo pescó. Además, tenemos una botella de buen vino para acompañarlo. La elección de este vino no es mérito mío, fue el doctor Maturin quien lo escogió; él entiende de estas cosas, incluso tiene viñedos propios. A propósito, haremos escala en Menorca para recogerle.

Dijeron que les encantaría volver a verle..., tenían muchos deseos de encontrarse de nuevo con él..., esperaban que estuviera bien...

—¿Menorca, señor? —preguntó el pastor, con aire pensativo—. ¿Pero no le

habíamos devuelto Menorca a los españoles? ¿No es española ahora?

—Sí, así es —respondió Jack—. Creo que viaja con una autorización especial, ya que tiene propiedades en esas tierras.

—En esta guerra, los españoles se comportan mucho más civilizadamente que los franceses, por lo que se refiere a los viajes —afirmó lord Garron—. Un amigo mío que es católico obtuvo un permiso para ir de Santander a Santiago de Compostela a cumplir una promesa y viajó sin escolta, como un ciudadano normal, sin ningún problema. Aunque los franceses no son tan malos cuando se trata de hombres de ciencia. En el ejemplar de *The Times* que trajo el *Weasel* he leído que un científico de Birmingham fue a París a recibir un premio de la Academia francesa. Son los científicos los que viajan siempre, haya o no haya guerra; y según creo, señor, el doctor Maturin es una auténtica maravilla en todas las ciencias.

—¡Oh, desde luego que lo es! —exclamó Jack—. Es como el admirable Crichton: puede cortar una pierna en pocos minutos, decir el nombre en latín de todo ser viviente —miraba un amarillento gorgojo que caminaba rápidamente por el mantel— y habla tantas lenguas que es como una torre de Babel andante. Bueno, las habla todas menos la nuestra. ¡Dios santo! A estas alturas no sabe distinguir todavía babor de estribor —se rió con ganas—. Me gustaría que brindáramos por él.

—Con mucho gusto, señor —dijo el primer oficial, intercambiando con sus compañeros una mirada perspicaz que Jack había notado desde su llegada a la cabina—. Pero si me permite decírselo, señor, el ejemplar de *The Times* al que Garron ha aludido tenía otra noticia mucho más interesante, una noticia que nos ha llenado de entusiasmo a todos los oficiales, que guardamos un gran recuerdo de la señorita Williams. En nombre de todos, señor, quisiera darle nuestra más sincera enhorabuena y desearle felicidad. Y permítame sugerirle que antes del brindis por el doctor Maturin hagamos otro más importante.

* * *

Lively, en alta mar

Viernes 18

Amor mío:

Brindamos por ti, repitiendo tres veces tres hurras, el lunes pasado, porque el mensajero de la flota vino a traernos nuevas órdenes mientras vigilábamos el cabo Sicié, y también el correo, con tres hermosas cartas tuyas que compensaron mi frustración porque no fuimos autorizados a hacer un crucero,

como nos correspondía, y dejó un ejemplar de *The Times* con el anuncio de nuestro compromiso, aunque yo no lo sabía ni había visto el ejemplar.

Había invitado a cenar a la mayoría de los oficiales, y el bueno de Simmons dio la noticia y propuso que brindáramos por tu felicidad. Dijo cosas muy hermosas de ti —que todos tenían un gran recuerdo de la señorita Williams cuando había hecho el viaje por el Canal que, lamentablemente, había sido muy corto, y todos eran tus fieles...— y muy bien expresadas. Me puse colorado como un tapabocas recién pintado y bajé la cabeza pudorosamente como una doncella. Y poco faltó para que empezara a lloriquear y pareciera una de verdad, pues deseaba con vehemencia volver a tenerte a mi lado en esta cabina. Luego Simmons, en nombre de los oficiales, preguntó si preferías una tetera o una cafetera, que querían regalarte con una inscripción apropiada. Sin duda, brindar por ti me hizo recobrar el ánimo y le dije que me parecía mejor una cafetera, sugiriéndole que la inscripción podía ser: «La Lively guarda un gran recuerdo». Todos la acogieron con entusiasmo, incluso el pastor, que es un tipo muy soso.

Y esa noche nos acercamos a la costa con un viento apropiado para desplegar las juanetes, y cuando avistamos el cabo Gooseberry pusimos rumbo al puesto de señales; desembarcamos a unas dos millas de éste y atravesamos las dunas para atacarlo por detrás, pues, justo como sospechaba, sus cañones de doce libras estaban colocados de tal manera que sólo podían disparar hacia el mar o la zona de la costa que abarcaban con un giro máximo de 75°. Era un camino difícil, y la arena, arrastrada por el fuerte viento que suele soplar en aquellas tierras, se nos metía en los ojos, la nariz y el cañón de las pistolas. Dice el pastor que los clásicos no mencionan esa costa, y me parece que los clásicos eran muy listos y sabían muy bien lo que hacían... allí las horribles tormentas de arena se suceden una tras otra. Pero a pesar de todo, guiándonos por la brújula, logramos llegar hasta el puesto sin ser advertidos, y entre exaltados gritos lo tomamos enseguida. Los franceses huyeron en cuanto entramos, todos menos un alférez, que se defendió como un héroe. Pero Bonden le sorprendió por detrás y le agarró por el cuello, y entonces él estalló en lágrimas y bajó su sable. Luego clavamos los cañones, destruimos el semáforo, volamos el polvorín, cogimos su código de señales y volvimos apresuradamente a los botes en que habíamos llegado. Fue un trabajo excelente, pero lento, y si hubiéramos tenido que contar con las mareas, lo cual no era necesario allí, nos habríamos visto perdidos. Y aunque los tripulantes de la Lively no están acostumbrados a estas piruetas, tienen mucha voluntad, e incluso a algunos se les dan bien.

El alférez aún estaba furioso cuando le llevamos a nuestro barco. Dijo que no nos habríamos atrevido ni a asomarnos por allí si la Diomède, la fragata en que iba su hermano, hubiera estado todavía cerca de la costa, pues ella nos habría destrozado; creía que alguien nos había avisado, ya que había traidores en todas

partes, y afirmaba que él mismo había sido traicionado. Hizo referencia a la partida de la fragata hacia Port-Vendres, pero no entendimos bien si había zarpado hacia tres días o tres horas, porque hablaba muy rápido... y no en inglés, desde luego. En ese momento salíamos a alta mar, donde había bastante marejada, y ya no dijo nada más, el pobre, tuvo que callarse porque se había mareado.

La Diomède es una de sus más potentes embarcaciones, una fragata de cuarenta cañones de dieciocho libras. Siempre he anhelado encontrarme con ella, pero ahora lo anhelo más aún, porque —no pienses mal de mí, amor mío— debo dejar el mando de este barco dentro de pocos días y ésta es mi última oportunidad de destacarme para poder conseguir otro; y como ya se sabe, en tiempo de guerra, un barco es tan necesario para un marino como una esposa. No es preciso que lo consiga inmediatamente, desde luego, pero sí mucho antes de que todo termine. Así que pusimos rumbo a Port-Vendres (podrás encontrarlo en el mapa, está en el extremo inferior derecho de Francia, donde las montañas se unen con el mar, justo antes de empezar España), capturamos dos barcas de pescadores que encontramos en el camino y avistamos el cabo Béar poco después del crepúsculo, cuando aún había luz en las montañas que rodeaban la ciudad. Les compramos a los pescadores todo el pescado que llevaban y les prometimos que les devolveríamos sus barcalongas, pero eran tipos huraños y no les pudimos sacar nada. —¿Está la Diomède en Port-Vendres?... Sí, quizá... ¿Se fue a Barcelona?... Bueno, tal vez... ¿Son ustedes un atajo de tontos que no entienden ni el francés ni el español?... Sí, monsieur—, sólo abrían los brazos dando a entender que lo sentían pero que eran simplemente unos humildes pescadores. Y cuando le pedimos ayuda al alférez, adoptó una actitud altiva y se mostró sorprendido de que un oficial británico pudiera creer que él colaboraría en el interrogatorio de los prisioneros; luego hizo una serie de consideraciones sobre *honneur y patrie* que debían de ser muy edificantes pero que no entendimos en absoluto.

Así que mandé a Randall a entrar al puerto en uno de los barcos pesqueros. Es un puerto alargado, con el canal de acceso en forma de línea quebrada y una entrada muy estrecha protegida por un amplio malecón, una batería a cada lado y otra de cañones de veinticuatro libras en lo alto de Béar. A los barcos les resulta difícil entrar y salir de él, pues la infernal tramontana azota la estrecha entrada, pero está muy resguardado y sus aguas son profundas y llegan a la altura de los muelles. Al regresar, Randall dijo que había gran cantidad de barcos dentro del puerto y había visto uno muy grande de jarcia de cruz al final, y aunque no estaba seguro de que fuera la fragata Diomède, pues dos botes de guardia habían pasado por delante y estaba muy oscuro, era muy probable.

Para no aburrirte con detalles, mi queridísima Sophie, te diré que le atamos cinco guindalezas unidas por un extremo a nuestra mejor ancla, que dejamos

firmente asentada en el fondo arenoso para poder remolcar la fragata en caso de que la batería más alta nos arrancara algún palo, y antes de que amaneciera nos acercamos a la costa con viento moderado del NNE. Entonces comenzamos a disparar contra las baterías que protegían la entrada. Cuando hubo mucha más luz, y aquel era un día realmente luminoso, ordenamos a los grumetes que se pusieran las chaquetas rojas de los infantes de marina y fueran en los botes hasta un pueblo situado al otro lado del cabo más cercano; y como esperaba, todos los soldados de la caballería, dos escuadrones, empezaron a descender trabajosamente por el único y sinuoso camino que llevaba a la costa para evitar que desembarcaran. Pero antes de que se hiciera de día, ordenamos que las barcalongas, repletas de marineros bajo las escotillas, fueran hasta el otro lado del cabo Béar y luego se acercaran a la costa. Al recibir una señal se dirigieron a tierra rápidamente, navegando de bolina (con velas latinas se navega con asombrosa rapidez) y desembarcaron en una cala de aquel lado del cabo. Luego rodearon la batería situada al sur, lograron hacerse con su control, giraron los cañones y abrieron fuego contra la otra batería, o lo que quedaba de ella después de recibir los cañonazos de la fragata. Entretanto nuestros botes regresaron, y enseguida saltamos a ellos; y mientras la fragata disparaba hacia el camino que llevaba a la costa para impedir a los soldados volverse atrás, nosotros nos avanzamos hacia el puerto a la mayor velocidad posible. Tenía grandes esperanzas de poder llevarme a la Diomède, pero desgraciadamente la que estaba allí no era ella sino un enorme barco abastecedor, el Dromadaire, que no nos dio problemas. Pero cuando una brigada iba sacándolo del puerto con las gavias desplegadas, llegaron desde las montañas ráfagas de viento que lo azotaron por proa, y como era difícil de gobernar por su inmenso tamaño y navegaba mal de bolina, se quedó detenido en la entrada del puerto, junto al malecón, y empezó a hacer agua enseguida. Así que le prendimos fuego hasta la línea de flotación, quemamos todos los demás barcos, menos los de pescadores, volamos los puestos militares de ambos lados con su propia pólvora y recogimos a nuestros hombres. Killick había pasado parte del tiempo de compras, y traía leche fresca, pan, mantequilla, café y el sombrero lleno de huevos. Los tripulantes de la Lively tuvieron un buen comportamiento, no asaltaron las tabernas, y era estupendo ver a los infantes de marina formando en el muelle, tan bien alineados como si se fuera a pasar revista, aunque tenían un aspecto deplorable y muy extraño con las camisas de cuadros y los jerséis, de marinero. Regresamos a los botes muy tranquilos y sobrios y nos dirigimos hacia la fragata.

Pero la fragata se había alejado, porque le disparaban desde la fortaleza en lo alto del cabo Béar, y dos cañoneras se habían aproximado desde la costa para interponerse entre ella y nosotros y nos lanzaban metralla con sus cañones de dieciocho libras. No podíamos hacer otra cosa que acercarnos a ellas, y eso hicimos. Entonces, cuando estábamos a punto de abordar una, me quedé muy

sorprendido al ver lo que hacían los tripulantes de la lancha (y ya sabes que la mayoría son chinos o malayos, personas calladas, corteses y de buen comportamiento), pues la mitad de ellos se tiraron al agua y los otros fueron a agacharse junto a la borda. Solamente Bonden, Killick, el joven Butler y yo dimos una especie de grito de ataque cuando llegamos junto a la cañonera, y me dije: «Jack, estás perdido, has contado con un grupo de hombres que no te van a seguir». Pero no había alternativa, así que, entre débiles gritos, la abordamos.

Hizo una pausa..., la tinta de la pluma comenzó a secarse. Recordaba con viveza cómo los chinos habían subido por el costado segundos antes de que empezaran los disparos de mosquete y, desafiando las balas, silenciosamente, atacaban en parejas a los tripulantes: uno tumbaba a un hombre al suelo y el otro le cortaba la cabeza, y enseguida cogían a otro y repetían la operación. Llevaron a cabo el ataque de proa a popa, de forma sistemática y eficiente, sólo gritando a veces para comunicarse, no para expresar su rabia. Y justo después de comenzar el ataque, subieron por el otro costado los marineros javaneses, que habían pasado nadando por debajo de la quilla, y cuando los franceses vieron aparecer sus manos cobrizas a lo largo del pasamanos de la cañonera, empezaron a correr por la resbaladiza cubierta dando gritos, mientras la gran vela latina daba gualdrapazos. Y entretanto, lenta pero tenaz, continuaba aquella silenciosa lucha cuerpo a cuerpo, sólo con cuchillos y cuerdas. Recordaba cómo aquel marino que luchaba con él en la proa, un tipo achaparrado con un gorro de lana, había caído finalmente por la borda, tiñendo de rojo el agua. Entonces él había gritado: «¡Amarrar esas escotas! ¡Coger el timón! ¡Llevar los prisioneros bajo las escotillas!», y Bonden le había respondido asombrado: «No hay prisioneros, señor». Recordaba el intenso rojo de la cubierta, que brillaba al sol, a los chinos agachados en parejas junto a los muertos, despojándoles meticulosamente de sus pertenencias, a los malayos recogiendo las cabezas y formando montones redondos como balas, y a otro marinero hurgando en el vientre de un cadáver. Al timón había dos hombres, y a su lado, en un bulto, tenían su botín; las escotas ya estaban bien amarradas. Había visto escenas horribles... —la matanza a bordo de un navío de setenta y cuatro cañones en una encarnizada batalla de la Armada, numerosos abordajes, la bahía de Aboukir después de explotar el *Orion*— y, no obstante, sentía náuseas; la captura de un barco era un asunto profesional lo mismo que otros, pero le hacía sentirse asqueado de su profesión. Recordaba todo esto con viveza, pero ¿cómo podía describirlo con palabras si no se le daba bien escribir? A la luz de la lámpara observó la herida que tenía en el antebrazo, por cuyo vendaje todavía salía sangre, y reflexionó. Enseguida comprendió que, en realidad, no deseaba en absoluto describirlo, ni mucho menos. Para Sophie, la vida en la mar debía de ser, bueno, no como ir de picnic cada día, pero algo bastante parecido, con algunas dificultades, por supuesto (escasez de café, leche

fresca y vegetales), y de vez en cuando algunos cañonazos y cruces de sables que no herían a nadie; pensaría que los muertos tenían una muerte instantánea, a causa de heridas que no podían verse, y que eran simples números en la lista de bajas. Mojó la pluma y continuó escribiendo.

Pero me había equivocado. Abordaron el barco por ambos costados, tuvieron un comportamiento excelente y todo terminó en pocos minutos. La otra cañonera se retiró en cuanto recibió dos cañonazos desde la proa de la Lively. Entonces, con los botes a remolque, fuimos a reunirnos con la fragata, desplegamos las velas con gran rapidez, recuperamos las estachas y salimos a alta mar. Una vez allí, viramos al ESE $\frac{1}{2}$ E, pues no creí conveniente ir hasta Barcelona persiguiendo a la Diomède, ya que nos alejaríamos mucho de Menorca, por el oeste, y podría llegar tarde a mi cita, lo cual no sería correcto. En realidad, tenemos tiempo de sobra, porque esperamos avistar Fornells al amanecer.

Queridísima Sophie, confío en que me perdonarás estos borrzones; la fragata está en facha y tiene un fuerte cabeceo debido a la marejada, y además, me he pasado la mayor parte del día tratando de estar en tres lugares o más al mismo tiempo. Seguramente dirás que no debería haber desembarcado en Port-Vendres, que he sido un egoísta y un desconsiderado con Simmons; sé muy bien que un capitán debería dejar las acciones de ese tipo a su primer oficial, pues son las que ofrecen a éste la mejor oportunidad de destacarse. Pero no sabía cómo iban a comportarse ellos, ¿comprendes? No es que dudara de su buena conducta, pero creía que estaban más preparados para luchar a la defensiva o en un combate entablado por la escuadra, que les faltaba empuje y agilidad porque no tienen práctica, no han hecho incursiones rápidas. Por eso llevé a cabo el ataque en pleno día, porque era más fácil advertir las equivocaciones; y me alegré mucho de haberlo hecho, pues hubo momentos en que la lucha estuvo muy reñida. En general, todos tuvieron un buen comportamiento (los infantes de marina hicieron maravillas, como siempre) pero en una o dos ocasiones las cosas podrían haberse complicado. La fragata tiene el casco perforado en algunos puntos, las crucetas del palo trinquete destrozadas, la jarcia cortada en varias partes y ha perdido la verga de la mesana redonda, pero podría entablar un combate mañana mismo. Por otra parte, hemos tenido muy pocas bajas, como podrás comprobar por la carta que se hará pública, y en cuanto al capitán, sólo se ha visto afectado por una gran preocupación por su seguridad personal y la pérdida de su taza de desayuno, que se hizo añicos cuando la llevaban a la bodega durante el zafarrancho de combate.

Pero te prometo que no lo haré más. Y creo que el destino me ayudará a cumplir esta promesa, porque si se mantiene este viento, dentro de pocos días estaré en Gibraltar sin ningún barco con que volver a hacerlo.

«Volver a hacerlo», escribió otra vez. Entonces apoyó la cabeza sobre los brazos y enseguida se quedó dormido.

* * *

—Fornells a un grado por la amura de estribor, señor —anunció el primer oficial.

—Muy bien —dijo Jack en voz baja, con la sensación de que iba a estallarle la cabeza y sintiendo la tristeza que solía invadirle después de una batalla—. Manténgala en facha. ¿Ya está limpia la cañonera?

—No, señor, me temo que no —respondió Simmons.

Jack no dijo nada. El día anterior había sido muy duro para Simmons, pues se había desgarrado la piel de las espinillas en Port-Vendres cuando subía corriendo la escalera de piedra del muelle, y seguramente por eso estaba menos activo, pero aun así Jack se sorprendió de ello. Se acercó a un costado y miró hacia la presa; todo hacía indicar que no la habían limpiado. Observó que aquella mano cortada que antes tenía un color rojo brillante ahora estaba negruzca y encogida y por su aspecto podría confundirse con una enorme araña muerta. Se volvió y miró hacia el contramaestre y su brigada, que trabajaban en lo alto de la jarcia, luego hacia el carpintero y sus ayudantes, que tapaban un agujero de bala en el otro costado, y entonces, con una sonrisa forzada, dijo:

—Lo primero es lo primero. Probablemente la mandaremos a Gibraltar esta noche y me gustaría echarle un vistazo antes.

Esa era la primera vez que le hacía un reproche a Simmons, aunque fuera de manera indirecta. El pobre hombre, que cojeaba y apenas podía ir al paso de su capitán, se lo tomó muy mal, y su expresión era tan angustiada que Jack pensó decirle algo que le animara, pero en ese momento apareció Killick.

—El café está servido, señor —dijo en tono malhumorado.

Y mientras Jack corría hacia su cabina, le oyó decir: «... estará helado..., en la mesa desde las seis campanadas..., se lo he dicho una y otra vez..., tanto que ha costado conseguirlo y lo deja enfriar». Estas palabras parecían dirigidas al infante de marina que estaba de centinela, pero el horror de su mirada, proporcional a su respeto, casi su devoción por Jack, igual al que sentían todos los demás en el barco, indicaba que se negaba a prestarles atención y a apoyarlas.

En realidad, el café estaba todavía tan caliente que Jack casi se quemó la lengua.

—Excelente café, Killick—dijo, después de beberse toda la cafetera.

Killick dio un gruñido y luego, sin darse la vuelta, dijo:

—Supongo que querrá usted otra cafetera, señor.

¡Tan fuerte y caliente, qué bien le sentó! Notaba con placer que su embotada mente estaba cada vez más activa. Empezó a tararear un fragmento de *Figaro* y se interrumpió para ponerle mantequilla a una tostada. Killick era un maldito bastardo. Suponía que si intercalaba muchas veces la palabra «señor» en las frases, las otras palabras no tenían importancia. Pero lo cierto era que había conseguido café, pan, mantequilla y huevos en la costa y que se los había servido a la mañana siguiente de una dura batalla, a pesar de que todo permanecía encerrado en las bodegas y un costado de la cocina había quedado destrozado por los cañonazos del cabo Béar. Jack conocía a Killick desde que le habían dado su primer mando, y a medida que él había subido de categoría Killick se había vuelto más malhumorado. Ahora estaba más enfadado que de costumbre, porque Jack se había roto el uniforme —el tercero ya— y había perdido un guante.

—La chaqueta rota por cinco lugares... Este corte que el sable le hizo en la manga no sé cómo voy a zurcirlo. Este agujero de bala tiene el borde chamuscado, nunca podré quitar esas manchas de pólvora. Los calzones hechos trizas y todo lleno de sangre y asqueroso como si se hubiera revolcado en un establo, señor. ¡No sé lo que diría la señorita...! ¡Quisiera que Dios me dejara ciego! La charretera completamente destrozada. ¡Jesús, qué vida!

Desde fuera llegaba el ruido de las bombas y los gritos de: «¡Coger y pasar! ¡Coger y pasar!» mientras se extendía la manguera; todo indicaba que los lampaceros iban a subir a bordo de la cañonera. Y poco después, cuando Killick había acabado de repetirle el sermón del uniforme del día anterior, recordándole cuánto costaba, el señor Simmons mandó preguntarle si podía atenderle.

«¡Dios mío! ¿Habré sido demasiado rudo y severo?» , pensó, y luego en voz alta dijo:

—Dígale que pase. Pase, pase, señor Simmons. Siéntese. ¿Le apetece una taza de café?

—Gracias, señor —dijo Simmons, mirándole inquisitivamente—. ¡Qué aroma tan delicioso! Me he tomado la libertad de molestarle porque Garron encontró esto en un cajón cuando registraba la cabina del capitán de la cañonera. No tengo tantos conocimientos de francés como usted, señor, pero en cuanto le eché un vistazo pensé que debía usted verlo inmediatamente.

Entonces le pasó a Jack un libro ancho y delgado, con las tapas hechas de láminas de plomo.

—¡Oh! —exclamó Jack, con un intenso brillo en la mirada—. ¡Bendito sea Dios! ¡Hemos encontrado un tesoro! Señales secretas..., un código numérico..., señales luminosas..., de reconocimiento en la niebla..., de los españoles y otros aliados... ¿Sabe usted lo que quiere decir *bannière de partance*? El *pavillon de beaupré* es la bandera de proa. El *misaine* es el palo trinquete, aunque usted no lo crea. ¿Qué significará *hunes de perroquet*?. Bueno, al diablo las *hunes de perroquet* los dibujos están muy claros. Son estupendos, ¿verdad? —Volvió a

observar la portada—. Es válido hasta el día veinticinco. Probablemente lo cambiarán con la luna. Espero sacar provecho de él; es un tesoro, pero sólo mientras tenga validez. ¿Cómo va el trabajo en la cañonera?

—Muy adelantado, señor. Estará lista para recibir su visita en cuanto las cubiertas se hayan secado.

Existía en la Armada la superstición de que el suelo mojado era mortal para los oficiales superiores y que su peligrosidad aumentaba a medida que la graduación era más alta. Pocos primeros oficiales salían a la cubierta si no estaba casi terminada la limpieza de cada mañana y ningún capitán de fragata ni de navío subía hasta que las hubieran secado completamente con lampazos y rodillos de goma. Justo en ese momento secaban con lampazos las cubiertas de la cañonera.

—Pienso enviarla a Gibraltar al mando del joven Butler, acompañado de uno o dos cabos responsables y la tripulación de la lancha. Butler tuvo un destacado comportamiento —le disparó al capitán de la cañonera—, y también los otros, aunque siguiendo sus salvajes costumbres. Tener un mando le hará bien. ¿Tiene alguna observación que hacer, señor Simmons? —preguntó, mirando al teniente a los ojos.

—Bueno, señor, ya que ha tenido la delicadeza de preguntarme, le sugeriría que enviara otra tripulación. No tengo nada que decir en contra de esos hombres, son callados, atentos, están sobrios, no crean problemas y jamás se les ha llevado al enjaretado, pero capturamos a los chinos en un junco que iba armado y sin ninguna carga, seguramente un barco pirata, y a los malayos en un prao con las mismas características, y pienso que si les mandamos lejos podrían tener la tentación de volver a sus antiguos hábitos. Si hubiéramos encontrado alguna prueba, les habríamos ahorcado; llegamos a colocar la cuerda en un penol, pero el capitán Hammond, que también es abogado, sintió escrúpulos porque faltaban pruebas. Poco después corrió el rumor de que se las habían comido.

—¿Piratas? Ahora entiendo. Eso explica muchas cosas. Sí, muchas, desde luego. ¿Está usted seguro?

—No me cabe ninguna duda, tanto por las circunstancias en que les encontramos como por los comentarios que se les han escapado. En esos mares, desde el golfo Pérsico hasta Borneo, uno de cada dos barcos es pirata, o se comporta como tal si se presenta la ocasión. Allí tienen otro modo de ver las cosas. Pero, si le digo la verdad, no me gustaría ver ahora al Alto ni a John *Satisfacción* colgando de una cuerda con nudo corredizo, porque han cambiado mucho desde que están entre nosotros. Han dejado de rezar a los iconos y de escupir en la cubierta y escuchan con gran respeto los pasajes que les lee el señor Carew.

—¡Oh, no! ¡Ahora no es posible! —exclamó Jack—. Si el Juez Supremo de la Armada me dijera que ahorcara a un capitán de la cofa o tan siquiera a un

marinero de primera le diría... me negaría. Pero, como dice usted, no debemos propiciar que sientan esa tentación. Había pensado en ello como una mera posibilidad, pero tal vez sea mejor que la cañonera siga con nosotros. Sí, creo que es mejor. De todas formas, Butler irá al mando. Por favor, tenga la amabilidad de decirle que escoja una tripulación adecuada.

La cañonera siguió con ellos. Y cuando ya anochecía, el bote de la *Lively*, dando un rodeo por detrás de la popa, se dirigió hacia la costa, hacia la borrosa silueta de la isla. Desde su propio alcázar, el señor Butler dio la orden de saludar, y su voz, al principio muy grave, subió de tono hasta volverse chillona, porque por primera vez sentía la angustia que un mando traía consigo.

Jack estaba sentado en la popa del bote, envuelto en una capa alquitranada y con un farol de señales entre las rodillas. Se sentía contento por anticipado, pues iba a ver a Stephen Maturin después de mucho tiempo, un tiempo que le había parecido aún más largo debido a la horrible monotonía del bloqueo. ¡Qué solo se había sentido sin escuchar aquella voz áspera y desagradable! Había doscientos cincuenta y nueve hombres viviendo mezclados en la cubierta inferior y el que hacía el número doscientos sesenta era un ermitaño; pero ese era el destino de todos los capitanes, la culminación de la profesión de marino, y como tantos otros, cuando era teniente había puesto todo su empeño en conseguir ese absoluto aislamiento, aunque admitirlo no cambiaba en nada sus consecuencias. Filosofar no le servía de consuelo. Seguramente Stephen habría visto a Sophie hacía muy pocas semanas y tendría algún mensaje de ella, tal vez incluso una carta. Jack llevó la mano al rizo de pelo que tenía oculto en su pecho y se quedó ensimismado. Las olas moderadas llegaban por popa, empujando el bote hacia tierra, y Jack se adormeció con su vaivén y con el crujido y el movimiento acompasado de los remos. Y aun dormido sonreía.

Conocía bien aquella cala, lo mismo que la mayor parte de la isla, porque había estado de servicio en ella cuando era posesión británica. Se llamaba Cala Blau, y él y Stephen habían ido allí a menudo desde Puerto Mahón para ver una pareja de halcones de patas rojas que tenían su nido en lo alto del acantilado.

La reconoció enseguida, en el mismo momento que Bonden, su timonel, levantaba la vista de la brillante aguja náutica y daba una orden en voz baja para desviar apenas el rumbo. Allí estaba el curioso pico rocoso, la capilla en ruinas, recortándose sobre el horizonte, y un agujero muy oscuro en la parte baja del acantilado que era una cueva donde las focas fraile tenían a sus crías.

—¡Dejen de remar! —susurró, y movió el farol de señales en dirección a la costa, tratando de ver en la oscuridad.

No hubo ninguna señal luminosa en respuesta, pero eso no le preocupó. Entonces ordenó:

—¡Ciar!

Y cuando los remos se hundieron en el agua, acercó su reloj a la luz. Habían

calculado bien el tiempo: diez minutos para llegar. Pero Stephen no tenía, ni podría tener dada su propia naturaleza, el sentido del tiempo de un marino. De todas formas, ese sólo era el primero de los cuatro días en que podrían reunirse.

Volvió la mirada hacia el este. Vio las primeras estrellas de las Pléyades brillando en el horizonte y recordó que una vez que había recogido a Stephen en una playa desierta las estrellas brillaban así. El bote tenía un suave cabeceo y mantenía la popa hacia tierra con un simple toque de remos. Ahora las Pléyades habían subido y podía verse toda la constelación. Hizo otra señal. «Es muy probable que no pueda encender una luz», pensó, todavía sin inquietarse. «En cualquier caso, quisiera caminar por allí. Además, le dejaré un mensaje secreto». Entonces, en voz alta, dijo:

—Acerque el bote a la costa, Bonden. Espacio, espacio, sin hacer ruido.

El bote se deslizó por las oscuras aguas, donde se reflejaba la luz de las estrellas. Se detuvieron dos veces para escuchar; una de las veces se oyó el resoplido de una foca que salía a la superficie, y luego nada más, hasta que se escuchó cómo la arena arañaba la proa.

De un extremo a otro recorría la playa en forma de media luna, con las manos tras la espalda, dejando algunas señales secretas que harían sonreír a Stephen si faltaba al primer encuentro. Sentía cierta tensión, sin duda, pero ésta no se parecía en nada a la terrible ansiedad que le había invadido aquella noche mucho tiempo atrás, al sur de Palamós, cuando no sabía de lo que su amigo era capaz.

Saturno apareció por detrás de las Pléyades. Subió y subió hasta situarse casi a diez grados del horizonte. Por encima de su cabeza, Jack oyó un ruido de guijarros en el sendero que atravesaba el acantilado. Lleno de esperanza, levantó la mirada y, al distinguir una silueta que se movía, empezó a silbar muy bajo *Deh vieni, non tardar*.

No hubo una respuesta inmediata, pero poco después, desde arriba llegó una voz:

—¿Capitán Melbury?

Jack permaneció detrás de una roca, sacó su pistola y la montó.

—¡Baje! —dijo amablemente, y después se volvió hacia la cueva—. ¡Bonden, ven!

—¿Dónde está usted? —susurró la voz al pie del acantilado.

Cuando Jack estuvo seguro de que nada se movía en el sendero, dio varios pasos por la arena y alumbró con el farol a un hombre vestido con una capa marrón, de rostro cetrino y expresión cansada, acentuada por aquella luz en medio de la oscuridad. El hombre se adelantó con los brazos extendidos y repitió:

—¿Capitán Melbury?

—¿Quién es usted, señor? —preguntó Jack

—Joan Maragall, señor —susurró en inglés con acento menorquín, muy

parecido al inglés que hablaban en Gibraltar—. Me manda Esteban Domanova. Me encargó que le dijera: Sophie, Mapes, Guarneri.

Melbury Lodge era la casa que ambos habían compartido; Domanova era el segundo apellido de Stephen; y en cuanto a Guarneri, nadie más que Stephen sabía que había estado a punto de comprarse uno. Desmontó la pistola y la tiró hacia atrás.

—¿Dónde está?

—Ha sido capturado.

—¿Capturado?

—Sí, capturado. Me dio esto para usted.

A la luz del farol, Jack vio en el papel una serie de palabras dispersas e inconexas. Empezaba: « Querido J... », luego algunas palabras, filas de números y por último la firma, una « S » de sinuosas curvas con uno de los extremos saliéndose por la punta del papel.

—Ésta no es su letra —susurró, inmóvil en la oscuridad, con la certeza de que había ocurrido lo peor y sintiendo desconfianza otra vez—. Ésta no es su letra.

—Le han torturado.

Capítulo 3

En la cabina, a la luz de la oscilante lámpara, Jack observó atentamente a Maragall. Tenía el rostro curtido, de aspecto juvenil, con líneas muy pronunciadas y marcas de viruelas, y sus dientes estaban en muy malas condiciones. Uno de sus ojos tenía una horrible apariencia, pero el otro era grande y expresivo. ¿Qué debía pensar de él? Su inglés era fluido y perfectamente comprensible, pero con acento menorquín, un acento extranjero que impedía apreciar si hablaba con sinceridad. El trozo de papel que ahora se encontraba bajo la lámpara estaba escrito con carbón y casi todo el mensaje estaba emborronado o borrado: «No...», luego probablemente la palabra «esperar» y otras subrayadas de las que sólo quedaba la raya. Después «envía esto a» seguido de un nombre, ¿quizás Saint Joseph?, y «no te fíes». Seguían entonces cinco filas de números de las que sólo se veían algunos trazos, y por último la sinuosa «S».

Era posible que todo fuera una trampa muy bien ideada o un intento de incriminar a Stephen. Trató de encontrar el hilo de las frases, examinó el papel y consideró rápidamente todas las posibilidades. A veces Jack era tan insensato como un chiquillo, y esa faceta de su carácter le encantaba a Sophie, aunque nadie que le viera ahora o le hubiera visto en una batalla podría creer que existía.

Pidió a Maragall que continuara su relato. Contó que Stephen se había visto en apuros por primera vez cuando le habían denunciado a las autoridades españolas, pero todo se había resuelto gracias a que les había presentado un pasaporte estadounidense (el señor Domanova pasaba por un norteamericano de origen español) y a la mediación del vicario general; pero entonces habían intervenido los franceses y se habían llevado al sospechoso a su cuartel general a pesar de las airadas protestas. Según él, entre franceses y españoles, aunque eran aliados, había rivalidad en todos los ámbitos, entre sus administraciones, sus ejércitos, sus armadas e incluso su población civil; los franceses se comportaban como si estuvieran en territorio conquistado, y esto provocaba que incluso catalanes y castellanos se unieran. Sobre todo existía un enorme odio contra una supuesta comisión francesa para asuntos comerciales que, de hecho, era un grupo de los Servicios secretos, pequeño pero muy activo, al que se habían incorporado recientemente un tal coronel Auger (un estúpido) y el capitán Dutourd (un

hombre brillante), llegados directamente de París; el grupo se dedicaba afanosamente a reclutar informadores y era peor que la Inquisición. El odio a los franceses, cada vez mayor, era compartido por casi todos, excepto por algunos oportunistas y los líderes de Fraternitat, una organización que quería utilizarles a ellos en vez de los ingleses para enfrentarse a los castellanos, es decir, conseguir la independencia catalana con la ayuda de Napoleón en vez de Jorge III.

—¿Pertenece usted a una organización diferente, señor? —preguntó Jack.

—Sí, señor. Soy el jefe de la Confederació de la isla, por eso conozco tan bien a Esteban. Y por eso he podido verle en su celda y darle mensajes y llevar los suyos. Nuestra organización es la única que tiene un fuerte apoyo, la única que realmente hace algo aparte de pronunciar discursos y denunciar. Dos de nuestros hombres están en el cuartel general francés durante el día, y mi hermano, que es sacerdote, ha entrado varias veces. Incluso yo mismo he podido llevarle el láudano que había pedido y hablar con él a través de los barrotes; fue entonces cuando me dijo las palabras que debía pronunciar.

—¿Cómo está?

—Débil. Le tratan sin compasión.

—¿Dónde está? ¿Dónde está el cuartel general?

—¿Conoce usted Puerto Mahón?

—Sí, muy bien.

—¿Sabe usted donde vivía el comandante inglés?

—¿Está en la casa del señor Martínez?

—Exactamente. Se han apropiado de ella y utilizan la casita que está detrás del jardín para hacer los interrogatorios porque queda más lejos de la calle, aunque pueden oírse los gritos desde la iglesia de Santa Ana. A veces, a las tres o las cuatro de la madrugada, sacan cadáveres y los tiran en el puerto, detrás de las curtidерías.

—¿Cuántos hombres hay?

—Cinco oficiales y un guardián que se aloja en las barracas del rey Alfonso. Hay seis hombres de servicio en cada turno y el cambio de guardia es a las siete. No hay centinelas fuera para no llamar la atención; parece un lugar muy tranquilo. También hay algunos civiles: intérpretes, sirvientes, personas que se ocupan de la limpieza. Entre ellos, como ya le he dicho, hay dos de los nuestros.

Sonaron ocho campanadas; la guardia cambió en cubierta. Jack miró el barómetro, que cada vez bajaba más.

—Señor Maragall, escúcheme atentamente —dijo—. Le contaré cuál es mi plan y le ruego que haga las observaciones que crea oportunas. Tengo en mi poder una cañonera francesa que capturamos ayer; la llevaré a Puerto Mahón y una brigada desembarcará en el Rincón de Johnson o Boca Chica. Entonces los hombres, separados en varios grupos, irán por detrás de la iglesia de Santa Ana hasta el muro del jardín, tomarán la casa lo más silenciosamente posible y

volverán a la cañonera o rodearán la ciudad para ir a Cala Garau. Los puntos débiles son: la entrada al puerto, los guías y los caminos alternativos para la retirada. ¿Sabe usted si hay algún barco francés en el puerto? ¿Cómo se recibe a los barcos franceses, qué requisitos deben cumplir para entrar, quiénes les visitan, dónde atracan?

—Soy abogado y no sé mucho de esas cosas —respondió y luego hizo una larga pausa—. No, ahora no hay ningún barco francés. Cuando llegan frente al cabo de la Mola se comunican con la costa mediante señales, pero no sé cuáles son. Luego el práctico de puerto va a su encuentro y se comprueba si hay en ellos enfermedades o plagas; si tienen una buena patente de sanidad, se les guía hasta el atracadero, y si no la tienen, hasta donde deben pasar la cuarentena. Me parece que los franceses atracan frente a la aduana. El capitán presenta sus respetos al almirante del puerto, pero no sé cuándo. Podría averiguar eso y todo lo demás si me diera tiempo. Mi primo es el médico.

—No hay tiempo.

—Sí, señor, tiene que haber tiempo —dijo Maragall despacio—. Pero ¿cree que conseguirá entrar en el puerto? ¿Cree que no le dispararán, aunque vean señales extrañas, por el hecho de que lleve la bandera francesa?

—Entraré.

—Muy bien. Entonces, si me lleva a tierra antes de que amanezca, podré ir en el barco del práctico de puerto a reunirme con usted o le diré a mi primo lo que debe hacer. En cualquier caso, me reuniré con usted, averiguaré qué requisitos hay que cumplir y le informaré de los preparativos que haya hecho. Necesita usted guías, y por supuesto que les encontraremos. Y también caminos alternativos para la retirada. Tengo que pedir consejo.

—¿Entonces, cree usted que este plan es factible?

—Sí. Por lo que respecta a la entrada, sí. En cuanto a la salida..., bueno, conoce usted el puerto tan bien como yo: hay cañones aislados y baterías a lo largo de cuatro millas. A pesar de todo, es el único plan, y hay muy poco tiempo. Sería terrible que una vez dentro, por cualquier tontería que mis amigos le dijeran, usted desconfiara de nosotros. Tiene pocos deseos de llevarme a tierra, ¿verdad?

—No, señor. No soy un gran político ni sé juzgar a las personas, pero mi amigo sí. Es una satisfacción arriesgar mi cabeza por decisión suya.

Mandó buscar al oficial de guardia y le ordenó:

—Señor Fielding, ponga rumbo a tierra, a Cala Blau —dijo, mirando a Maragall, quien asintió con la cabeza—. A Cala Blau. Despliegue el máximo de velamen posible. Tenga preparado el cúter azul para utilizarlo en cualquier momento.

Fielding repitió la orden, salió apresuradamente, y cuando aún no había llegado donde estaba el centinela empezó a gritar:

—¡Todos a cubierta!

Jack se quedó escuchando las rápidas pisadas unos momentos y luego dijo:

—Mientras nos aproximamos a la costa, analizaremos los detalles. ¿Le apetece un poco de vino..., un sándwich?

—Cuatro campanadas, señor —dijo Killick, despertándole—. El señor Simmons está en la cabina.

—Señor Simmons —dijo Jack en tono grave—. Llevaré la cañonera a Puerto Mahón al atardecer. Por las características de la expedición, no le pediré a ninguno de los oficiales que venga conmigo. Además, creo que ninguno de ellos conoce bien la ciudad. Me gustaría que me acompañaran los tripulantes de la lancha que se ofrecieran voluntarios, pero hay que advertirles que ésta es una expedición... es una expedición algo peligrosa. La pinaza permanecerá en la cueva de Cala Blau desde esta medianoche hasta el siguiente atardecer, y entonces, a menos que reciba otras órdenes, deberá encontrarse de nuevo con la fragata en el lugar que he marcado aquí. La lancha esperará en Rowley's Creek y seguirá las mismas órdenes. Deben llevar provisiones para una semana. Después de enviar a ambas embarcaciones, la fragata virará a barlovento y se dirigirá al cabo de la Mola. Esperará frente a él hasta el amanecer y, con la bandera francesa izada, se acercará a la costa, sin ponerse al alcance de los cañones. Espero reunirme con ella entonces o durante el día, pero si a las seis no he llegado, deberá acudir al primer encuentro sin perder tiempo y después, tras recorrer la zona durante veinticuatro horas, pondrá rumbo a Gibraltar. Aquí están sus órdenes, y en ellas verá escrito claramente lo que voy a decirle: no habrá ningún intento de rescate.

La idea de ver desembarcar en una tierra desconocida a esos hombres nobles y valientes, pero sin empuje ni imaginación, y de que la fragata fuera presa de las cañoneras españolas o las grandes baterías del castillo de San Felipe o del cabo de la Mola, le hizo repetir de nuevo estas últimas palabras. Y después de una corta pausa, continuó en tono confidencial:

—Mi querido Simmons, éstos son algunos documentos personales y algunas cartas que, si no le es molestia, le rogaría que enviara desde Gibraltar si las cosas salen mal.

El primer oficial miró al suelo y luego otra vez a Jack. Estaba muy preocupado y, obviamente, buscaba palabras con que expresarse. Pero Jack no quería oírlas, porque aquel era un asunto suyo exclusivamente. Simmons, aparte de sus hombres más allegados, era el único a bordo que conocía hasta el último rincón de Puerto Mahón y sobre todo el único que había estado en el jardín de la casa de Molly Harte y en su sala de música, pero Jack, en aquel momento de gran tensión, no quería que nadie le mostrara sus sentimientos ni compartir los suyos con nadie tampoco.

—Tenga la amabilidad de hablar con los tripulantes de la lancha, señor

Simmons —continuó, con cierta impaciencia—. Los que deseen venir deben ser relevados de sus tareas, pues necesitan descansar. Además, quisiera hablar con mi timonel. Quiero que la cañonera se aborde con la fragata y en cuanto esté listo subiré a ella. Eso es todo, señor Simmons.

—Sí, señor —dijo Simmons.

Al llegar a la puerta se detuvo y se volvió, pero Jack ya estaba ocupado con los preparativos.

—¡Killick! —gritó—. Mi sable perdió el filo ayer. Llévaselo al armero y que me lo deje afilado como una navaja de afeitar. Pídele también que le eche un vistazo a mis pistolas. ¡Ah, Bonden, estás ahí! ¿Recuerdas Mahón?

—Con todo detalle, señor.

—Bien. Esta tarde llevaremos la cañonera allí. El doctor se encuentra prisionero en la ciudad y le están torturando. Ese libro que ves ahí contiene las señales de los franceses; mira cuáles son las banderas y los faroles de la cañonera y comprueba si todo está a bordo. Si no, consíguelo. Coge tu dinero y tu ropa de abrigo, ya que podemos ir a parar a Verdún.

—Sí, sí, señor. Aquí está el señor Simmons, señor.

El primer oficial le informó que todos los tripulantes de la lancha se habían ofrecido voluntarios, por lo que les había relevado de sus tareas. Y añadió:

—Por otra parte, señor, a los oficiales y marineros les disgustaría no acompañarle..., no ser escogidos por usted. Espero que no me decepcione a mí ni al grupo de oficiales, señor.

—Entiendo lo que sienten, Simmons, y eso les honra; incluso yo sentiría lo mismo. Pero ésta es una... expedición muy especial. Mis órdenes no varían. ¿Ya está abordada con nosotros la cañonera?

—Se encuentra junto a la aleta, señor.

—Dígale al señor West y a sus ayudantes que comprueben cómo está la jarcia antes de que suba a bordo, dentro de media hora. Y los tripulantes de la lancha deben llevar gorros de lana como se usan en el Mediterráneo —dijo, mirando el reloj.

—Sí, señor —dijo Simmons con voz triste y apagada.

Media hora después Jack subió a la cubierta con un uniforme descolorido, unas botas de Hesse, una capa y un sombrero de tres picos.

—Ya no volveré a la fragata hasta que no haya terminado todo en Puerto Mahón, señor Simmons. Cuando suenen las ocho campanadas de la guardia de tarde, mande la lancha. Adiós.

—Adiós, señor.

Se estrecharon las manos. Jack les hizo una inclinación de cabeza a los otros oficiales y se llevó la mano al sombrero; entonces le bajaron por el costado.

En cuanto subió a bordo de la cañonera cogió el timón y viró a sotavento. La cañonera comenzó a desplazarse rápidamente, con el viento por la aleta de

estribor, y cuando por el sur apareció la isla, que se extendía formando numerosos cabos, orzó describiendo una suave curva. No era como las cañoneras reglamentarias de Tolón ni como las pesadas cañoneras españolas que salían de Algeciras cuando había calma chicha, navegando con dificultad por las tranquilas aguas; tampoco era como esa especie de carro flotante con un solo cañón pesado que se encontraba en los puertos (si así fuera, Jack no la habría llevado hasta allí). En realidad, era una barcalonga de cubierta cortada, en la que había una gran puerta corrediza que permitía guardar el cañón junto al mástil, un mástil corto y grueso y un poco inclinado hacia delante. Era una embarcación perfecta para navegar por el Mediterráneo y capaz de entrar y salir de cualquier puerto.

Sin embargo, no era ninguna maravilla. Mientras Jack orzaba, notaba la resistencia que ofrecía el timón y el peso del cañón en la proa. Pero después de colocarse contra el viento, a menos de cinco grados de su dirección, la cañonera mantuvo su rumbo, sin desviarse ni perder velocidad, soportando valientemente el embate de las olas mientras su espuma, con un sonido sibilante, llegaba hasta la popa.

Ese era el tipo de cosas que él entendía. La inmensa vela latina con la verga curva no le resultaba tan familiar como la jarcia de cruz o la de un cúter, pero, en esencia, todas eran iguales. Se sentía como un jinete cabalgando en un brioso caballo que pertenecía a otra caballeriza. Hizo navegar a la cañonera de todas las formas posibles: normal, relajada, firme y segura, describiendo grandes curvas alrededor de la fragata hasta que el sol se ocultó por el oeste.

Entonces se aproximó a la *Lively* por sotavento, hizo una señal para avisar a la lancha y se fue abajo. Y sentado en la reducida cabina triangular del difunto capitán, consultaba las cartas marinas y los libros de señales, mientras los tripulantes con sombrero rojo subían a bordo. Sin embargo, no tenía mucha necesidad de consultarlos, pues, por un lado, conocía las aguas menorquinas como la palma de su mano y, por otro, recordaba muy bien la disposición de las banderas y las luces; realmente lo hacía porque, en esos momentos, cualquier contacto con el barco supondría perder parte de la fuerza que iba a necesitar dentro de pocas horas. Dentro de pocas horas..., si el descenso de la presión y el mal aspecto del cielo no eran signos de que iba a desatarse un vendaval.

Bonden le informó que se habían presentado todos los marineros y estaban sobrios. Entonces Jack subió a la cubierta, completamente absorto; movió la cabeza con impaciencia al oír algunos gritos espontáneos de saludo, viró el timón a estribor y puso rumbo al cabo más oriental de la isla. Vio a Killick rondando por allí, en contra de sus órdenes; tenía una expresión malhumorada y llevaba una cesta con comida y algunas botellas. Detrás de él Jack vio al oficial de derrota, le llamó, le entregó el timón y le dijo qué rumbo debía poner; entonces comenzó su habitual paseo de un lado a otro del barco, observando los cambios del viento, la velocidad de la cañonera y la silueta cambiante de la isla.

La costa se encontraba más o menos a una milla por estribor, y lentamente, como en un sueño, iban sucediéndose cabos, playas y calas que conocía muy bien. Los hombres estaban tranquilos. Jack tuvo la sensación de que su constante ir y venir en aquel silencio le apartaba de la realidad, impedía su concentración, entonces se fue abajo y, agachándose, entró en la cabina.

—Ya estás otra vez con tus malditas tonterías, por lo que veo —dijo secamente.

Killick, sin atreverse a decir nada, le sirvió cordero frío, pan y mantequilla y clarete.

«Tengo que comer», se dijo, y se forzó a sí mismo a empezar a comer. Pero sentía como si tuviera el estómago cerrado, e incluso el vino parecía pasar con dificultad por su garganta. Nunca le había ocurrido algo así, en ninguna batalla ni en ninguna situación de emergencia o crítica.

—Es inútil —dijo, dejando a un lado la comida.

Cuando subió de nuevo a la cubierta, el sol estaba sólo a un palmo de las montañas, por el oeste, y se veía el cabo de la Mola por la amura de estribor. El viento soplaba ahora en fuertes ráfagas y los hombres achicaban; sería difícil doblar el cabo y posiblemente tendrían que remar para aproximarse a la costa. Pero habían llegado en el tiempo previsto. Jack quería pasar frente a las baterías exteriores aún a la luz del día, con la bandera francesa bien visible, y entrar en el largo puerto cuando comenzara a oscurecer. Miró la bandera tricolor en la punta del mástil y los ganchos que Bonden ya había colocado en las drizas para las señales y entonces cogió el timón.

Ahora no había tiempo para reflexionar; ahora dedicaba toda su atención a cuestiones materiales e inmediatas. El cabo estaba cada vez más cerca y las grandes olas les llegaban de frente; había que doblarlo en esas condiciones, e incluso haciendo los cálculos más precisos, alguna contracorriente que llegara desde el acantilado podía hacerles volcar o desviarse a sotavento.

—¡Ahora, Bonden! —ordenó cuando apareció ante su vista el puesto de señales.

Las banderas de señales fueron izadas enseguida, se desplegaron y pudieron verse claramente. Jack observó el mar y las velas forzadas, luego miró hacia lo alto, donde estaba la bandera española, apenas movida por la brisa. Si la señal era la correcta, la bandera sería arriada. Estaba inmóvil allí arriba, inmóvil, tan rígida que desde lejos parecía de madera. Estaba inmóvil..., y por fin fue arriada y luego izada de nuevo.

—Admitidos —dijo Jack—. Rebujar los cabos. Permanecer junto a esas drizas.

Los marineros estaban silenciosos en sus puestos, mirando a veces el cielo, otras la tensa jarcia. Jack frunció los labios y viró con fuerza el timón; la cañonera orzó inmediatamente y el pasamanos de sotavento fue hundiéndose

cada vez más en la espuma; luego, con el viento de través siguió virando y virando, y por la amura de babor apareció el castillo de San Felipe. A proa, a un cuarto de milla de distancia, había una amplia franja de espuma que marcaba la zona de las ráfagas de viento; la cañonera la atravesó y, de repente, se encontró deslizándose suavemente por aguas tranquilas, al abrigo del cabo.

—¡Satisfacción, póngase al timón! —ordenó—. ¡Bonden, hazte cargo del gobierno del barco!

Las dos orillas del canal que llevaba al puerto se extendían paralelamente y casi llegaban a juntarse en la estrecha entrada, a cuyos lados se encontraban las baterías. Aunque algunas casamatas ya estaban encendidas, en la mar aún había bastante claridad y un observador podría distinguir que era un oficial quien llevaba el timón, lo que resultaría sumamente raro. Más cerca, cada vez más cerca; y por fin la cañonera atravesó la entrada, tan próxima a los cañones de cuarenta y dos libras de las orillas que casi podían tocarse las bocas con la mano. En la penumbra se oyó a alguien decir: «*¿Parlez vous français?*» y después reírse a carcajadas, y luego otra voz gritó: «¡Hijos de puta!». Más adelante, aproximadamente a una milla de distancia por la amura de estribor, se encontraba la extensa isla donde estaba el hospital, el lazareto. Los últimos destellos de la luz del día habían desaparecido de los picos de las montañas y el largo puerto quedó envuelto en una luz púrpura con matices negros; algunas ráfagas de la tramontana que soplabá fuera llegaban hasta allí, rizando la superficie del mar. Y más allá de las luces —más numerosas cada vez—, estaba el inmenso espacio entre las montañas donde el *Agamemnon*, a causa de una ráfaga como esas, había volcado a fines de 1798.

—¡Cargar las velas! ¡Sacar los remos! —ordenó.

Se quedó mirando la isla del lazareto y se le humedecieron los ojos. Por fin un bote comenzó a acercarse.

—¡Silencio de proa a popa! —gritó—. No quiero oír hablar ni gritar a nadie, ¡me han oído?

—Un bote por la amura de estribor, señor —le murmuró Bonden al oído y él asintió con la cabeza.

—Cuando mueva la mano así —dijo—, empezar a remar. Y cuando la mueva otra vez, ciar.

Iban aproximándose poco a poco. Aunque Jack estaba tranquilo y tenía la mente lúcida, notó que le faltaba la respiración; entonces aspiró profundamente, y en ese momento se oyó gritar desde el bote:

—¡Eh, la barca!

—¡Eh! —repitió él y agitó la mano.

El bote se abordó con la cañonera, se enganchó con el bichero, y un hombre saltó torpemente al pasamanos. Jack le cogió por los brazos, le terminó de subir y le miró a la cara: era Maragall. El bote se alejó; Jack le hizo a Bonden un

significativo gesto con la cabeza, agitó la mano y bajó con Maragall a la cabina.

—¿Cómo está? —susurró.

—Vivo..., todavía allí..., pero planean trasladarle. No le he enviado ningún mensaje, pero he recibido uno.

Tenía una expresión de cansancio y una palidez cadavérica, pero hizo un esfuerzo por sonreír y dijo:

—Ya veo que ha entrado usted sin problemas. Deberá atracar frente al muelle de avituallamiento; les han dado ese asqueroso lugar por ser franceses. Escúcheme, tengo cuatro guías y la iglesia estará abierta. A las dos y media prenderemos fuego al almacén de Martínez, que está cerca del arsenal: fue Martínez quien le denunció. Esto le permitirá mover las tropas a un amigo mío, un oficial. A las tres ya no habrá soldados ni policías en un cuarto de milla alrededor de la casa. Y los dos hombres de nuestra organización que trabajan allí estarán esperándole en la iglesia y le enseñarán cómo entrar. ¿De acuerdo?

—Sí. ¿Cuántos hombres habrá allí esta noche?

—Llaman desde el bote, señor —dijo Bonden, asomando la cabeza.

Ambos saltaron de sus asientos y Maragall salió y se puso a escudriñar el mar. Las brillantes luces de Mahón iluminaban todo el cabo, y sobre ese fondo se recortaba la silueta negra de un falucho, a unas cien yardas de distancia. Desde el falucho volvieron a gritar.

—Quiere saber cómo está el tiempo fuera del puerto —susurró Maragall.

—Hay viento fuerte, como para llevar las gavias con todos los rizos —le respondieron.

Maragall les gritó algo en catalán y el falucho empezó a alejarse de las luces. De vuelta en la cabina, se secó el rostro sin pronunciar palabra.

—¡Oh, cuánto desearía que tuviéramos más tiempo! ¿Qué cuántos hombres? Ocho soldados y un cabo, un intérprete probablemente y todos los oficiales, aunque tal vez no haya regresado el coronel, que fue a la ciudadela a jugar a las cartas. ¿Cuál es su plan?

—Desembarcar en pequeñas brigadas entre las dos y las tres, llegar a Santa Ana por las calles traseras, saltar al jardín por el muro posterior y entrar en la casita. Si él está allí, saldremos enseguida por donde mismo llegamos, si no, atravesaremos el patio, y registraremos la casa, cerrando antes todas las puertas. Lo haremos todo silenciosamente, si es posible, y luego volveremos a la cañonera. En caso de que haya lucha, nos iremos por el campo; tengo botes en Cala Blau y Rowley's Creek. ¿Puede proporcionarnos caballos? ¿Necesita dinero?

—No es sólo Esteban —dijo Maragall, sacudiendo la cabeza con impaciencia—. Si los demás prisioneros no son liberados, las sospechas recaerán sobre él. Será descubierto, y sólo Dios sabe cuántos más lo serán. Además, entre ellos habrá algunos de los nuestros.

—Comprendo.

—Él le diría lo mismo —susurró Maragall ansioso—. Esto debe parecer un levantamiento de todos los prisioneros.

Jack asintió con la cabeza, mirando por la ventana de popa, y observó:

—Casi hemos llegado. Venga a la cubierta mientras atracamos.

El viejo muelle de avituallamiento estaba cada vez más cerca, y también su hedor. Pasaron junto a la aduana, toda llena de luces, y volvieron a la oscuridad después. El bote del práctico de puerto les saludó y viró para volver al puerto. Maragall le respondió. Poco después, Bonden murmuró: « ¡Guardar los remos! » y muy despacio abordó la cañonera al muelle negro y grisiento. Amarraron en un par de norayes y permanecieron allí en silencio, mientras las olas acariciaban el costado de estribor y los ruidos difusos de la ciudad llegaban por el otro costado. Pasado el muelle de piedra había un indefinido montón de basura, bastante más lejos una fábrica abandonada, luego una cordelería y un astillero con palos rotos. Y se oía maullar a dos gatos que quedaban ocultos por la basura.

—¿Me ha comprendido? —insistió Maragall—. Él diría exactamente lo mismo.

—Tiene lógica —dijo Jack secamente.

—Él diría lo mismo —repitió Maragall—. ¿Sabe dónde se encuentra usted ahora?

—Esa es la iglesia de los Capuchinos. Y esa la de Santa Ana —respondió, señalando una torre con la cabeza.

La torre estaba mucho más alta que ellos. La razón era que desde ese extremo del puerto hasta la mitad de la ciudad se extendía un escarpado acantilado, de modo que esa parte de Mahón quedaba muy por encima del agua.

—Tengo que irme —dijo Maragall—. Volveré a la una con los guías. Por favor, piense detenidamente en lo que le he dicho. Deben ser liberados todos.

Eran las ocho. Echaron un anclote y, con los remos ya preparados, amarraron la cañonera por la popa y permanecieron en aquella sórdida soledad. Y cuando Jack mandó servir la comida, los hombres ya estaban apiñados en la cabina, sentados en grupos de seis, o bajo la reducida cubierta, pues debía haber sólo una luz, el menor movimiento y el menor ruido posibles, o sea, no debía notarse ninguna actividad.

¡Qué bien soportaban la espera! Sólo se oía el murmullo de sus voces, el *click* de los dados y al chino gordo roncando como un cerdo. Ellos confiaban en un líder omnisciente, que lo tenía todo —meticulosos preparativos, buen juicio, conocimiento del terreno, aliados seguros—, pero Jack no. Cada cuarto de hora se oían las campanas de las iglesias por todo Puerto Mahón, y una con un sonido muy agudo, casi a punto de quebrarse, era la de Santa Ana, que tan a menudo había oído desde la casita, en compañía de Molly Harte. Pasó un cuarto de hora..., media hora..., dieron las nueve. Las diez.

De repente abrió los ojos y vio a Killick, que le decía:

—Tres campanadas, señor. El caballero estará de regreso enseguida. Aquí tiene el café, señor, y una loncha de bacon. Tome algo, señor, por el amor de Dios.

Como cualquier otro marino, Jack se había dormido y se había despertado en todas las latitudes y a cualquier hora del día y de la noche. Además, tenía la capacidad de salir de un profundo sueño y estar enseguida listo para subir a la cubierta, una capacidad que había desarrollado durante muchos años de guerra. Pero esta vez era diferente, pues además de estar completamente despierto y listo para subir a la cubierta, era otro hombre; su desesperación y su tensión habían desaparecido, era otro hombre. Ahora el olor de aquel sucio lugar en que estaban anclados, un penetrante olor a polvo, era para él el olor de la inminente batalla. Desayunó con voracidad y después, bajo la débil luz de la luna, fue hacia proa para dirigirse a los tripulantes, que estaban agachados bajo la cubierta. Ellos estaban asombrados del contenido entusiasmo de Jack, tan diferente a la agresividad que solía mostrar tiempo atrás en las incursiones en la costa; y también estaban asombrados de que sonaran las campanadas de la una y la una y media sin que Maragall apareciera.

Eran casi las dos cuando oyeron fuertes pasos en el muelle.

—Discúlpeme —dijo, jadeando—. Hacer que la gente se mueva en este país... Aquí llegan los guías. Todo marcha bien. En la iglesia de Santa Ana a las tres, ¿verdad? Allí estaré.

—A las tres. Adiós —dijo Jack, sonriendo, y luego se volvió hacia los guías, que estaban entre las sombras—. Habrá cuatro grupos, y cada cinco minutos saldrá uno, ¿de acuerdo? Primero Satisfacción y luego Dick *El Javanés*; Bonden irá en la retaguardia.

Entonces bajó a tierra por fin, y notó el suelo sumamente rígido, pues había pasado muchos meses en la mar. Aunque pensaba que conocía Puerto Mahón, se encontró perdido después de cinco minutos de subir por aquellos oscuros callejones dormidos, donde sólo había oído el maullido de algunos gatos en los portales y a alguien tratando de acallar a un niño; y después de que él y sus hombres pasaron agachados por un túnel muy bajo y asqueroso, le sorprendió encontrarse en la conocida plaza de Santa Ana. La puerta de la iglesia estaba entreabierta y entraron silenciosamente. En una capilla de un costado había una vela encendida, y junto a ella, dos hombres con sendos pañuelos blancos en la mano. Hablaron en voz muy baja con el guía, un sacerdote o alguien vestido de sacerdote, y luego se adelantaron para hablar con él. No pudo entender lo que decían, pero advirtió que repetían varias veces la palabra *foc*, y cuando la puerta se abrió de nuevo, vio un resplandor rojo en el cielo. La sacristía se fue llenando a medida que llegaban los guías con los restantes grupos; los hombres se apiñaron allí en silencio, impregnados del olor a alquitrán. Otra vez el resplandor; entonces salió y vio que desde un incendio en el puerto se elevaba una luz roja y el humo

se alejaba rápidamente por el sur, y en ese momento oyó un grito de agonía que, de repente, se quebró. Había salido de una casa cercana.

Ya Bonden y el último grupo terminaban de atravesar la plaza.

—¿Ha visto eso, señor? Esos condenados han entrado en acción.

—¡Silencio, maldito tonto! —ordenó en voz muy baja.

El reloj rechinó al dar las tres. Maragall surgió de las sombras.

—¡Vamos! —dijo Jack, y corrió hasta un callejón que daba a una de las esquinas de la plaza.

Subieron por el callejón y bordearon el muro alto y liso hasta el lugar por donde sobresalía una higuera.

—Bonden, ayúdame a subir. —Enseguida llegó arriba—. ¡Dame los rezones!

—Los enganchó alrededor del tronco—. ¡Hay que dejarse caer suavemente! ¡Caer suavemente! —murmuró y se dejó caer hacia el patio.

Aquí estaba la casita, con sus ventanas llenas de luz. Y dentro de la alargada habitación había tres hombres inclinados sobre un potro de tortura, un civil sentado en un escritorio, escribiendo, y un soldado recostado a la puerta. Uno de los oficiales inclinados sobre el potro, que estaba gritando, se movió hacia un lado para descargar otro golpe y Jack vio que no era Stephen el que estaba allí con los miembros extendidos.

Detrás de él oyó que los hombres se dejaban caer del muro con un ligero impacto, y susurró:

—Satisfacción, vaya con sus hombres por el otro lado hasta la puerta. Dick *Javanés*, a ese arco iluminado. Bonden, conmigo.

Se oyó de nuevo el grito desgarrador, casi inhumano, intolerable. Dentro de la casita, aquel oficial joven y de gran atractivo se había dado la vuelta y miraba a los otros con una sonrisa triunfante. Tenía la chaqueta y el cuello desabrochados y llevaba algo en la mano. Jack desenvainó el sable y abrió la gran ventana. Los hombres volvieron sus rostros, y su expresión indignada dejó paso a otra de total asombro. Tres zancadas, y empuñando fuertemente el sable y agitándolo con furia hirió al joven con un golpe derecho y al hombre que estaba a su lado con un revés. Enseguida la habitación se llenó de horribles ruidos, movimientos rápidos y golpes. Se oyó el ruido sordo de cuerpos que caían, un grito del último oficial, el impacto de la silla y el escritorio al ser derribados; el civil vestido de negro lanzó un débil grito cuando dos marineros se abalanzaron sobre él. Un soldado disparaba desde fuera..., llegó desde allí un grito que no parecía humano y luego se hizo el silencio. El hombre que estaba en el potro de tortura tenía la mirada extraviada y el rostro descompuesto y cubierto de sudor.

—¡Desátenlo! —ordenó Jack, y el hombre, al sentir que desaparecía la tensión, dio un suspiro y cerró los ojos.

Esperaron unos instantes, aguzando el oído, pero no hubo ninguna reacción, sólo se oía a tres o cuatro soldados discutiendo en el piso de abajo de la casa y a

alguien silbando melodiosamente en el piso de arriba. Voces altas, con tono didáctico o exhortativo, seguían escuchándose sin interrupción.

—Ahora a la casa —dijo Jack—. Maragall, ¿cuál es la sala de los guardias?

—La primera a la izquierda, bajo el arco.

—¿Conoce sus nombres?

Maragall le preguntó a los hombres de los pañuelos y después le respondió:

—Sólo dos: Potier, que es el cabo, y Normand.

Jack asintió con la cabeza e inquirió:

—Bonden, ¿te acuerdas de la puerta que da al patio de entrada? Quédate vigilándola con seis hombres. Satisfacción, su brigada se quedará en este patio. Javanés, la suya se colocará a ambos lados de la puerta. Lee y sus hombres vendrán conmigo. Silencio, mucho silencio.

Jack atravesó el patio; se oía el choque de sus botas contra las piedras y a su lado pasos muy ligeros. Hizo una pausa momentánea, para una última comprobación, y gritó:

—¡Potier!

En ese mismo instante, como un eco, se oyó desde lo alto de la escalera el grito: « ¡Potier! », y el silbido, que había cesado, se escuchó de nuevo. Luego el silbido volvió a interrumpirse y se oyó otra vez, más alto: « ¡Potier! ». Los guardias dejaron de discutir para poder escuchar. Otra vez: « ¡Potier! ».

—*J'arrive, mon capitaine* —dijo el cabo y salió de la habitación, todavía hablando mientras cerraba la puerta.

Hubo un jadeo, un ahogado grito de asombro y luego silencio. Jack gritó entonces:

—¡Normand!

La puerta volvió a abrirse, pero esta vez se asomó un guardia de rostro huraño y mirada inquisitiva, casi recelosa, que cerró la puerta al verles.

—Muy bien —dijo Jack, y la empujó con toda la fuerza de sus doscientas veinticinco libras.

La puerta se abrió de golpe, estremeciéndose. En la habitación sólo quedaba un hombre que trataba de salir por la ventana y ellos le dieron alcance rápidamente. En el patio comenzaron a oírse gritos.

—¡Potier! —llamaron desde arriba, y el silbido empezó a oírse en la escalera, cada vez más abajo—. *¿Qu'est-ce que c'est ce remue-ménage?*

A la luz del gran farol que colgaba del arco, Jack vio a un oficial de rostro sonrosado y expresión alegre y campechana, vistiendo un impecable uniforme, y al comprobar que era un oficial superior se quedó pensativo unos instantes. Seguramente era Dutourd.

Dutourd, que iba a empezar otra vez a silbar, le miró con expresión incrédula y se llevó la mano a la funda del sable, que estaba vacía.

—¡Apresarle! —gritó Jack al grupo de marineros que se aproximaban en la

oscuridad—. Maragall, pregúntele dónde está Stephen.

—*¿Vous êtes un officier anglais, monsieur?* —preguntó Dutourd, haciendo caso omiso de Maragall.

—¡Que el diablo le lleve! ¡Responda de una vez! —exclamó Jack, temblando de ira.

—*Chez le colonel* —dijo el oficial.

—Maragall, ¿cuántos hombres quedan?

—Este hombre es el único que queda en la casa. Dice que Esteban está en la habitación del coronel. El coronel no ha regresado todavía.

—Vamos.

Stephen les vio entrar en su largo sueño; habían estado antes en él pero no juntos ni vestidos de colores apagados. Le sonrió a Jack, que había palidecido y tenía una expresión angustiada; pero cuando éste trataba de soltarle las ataduras, sintió un gran dolor que transformó la sonrisa en una mueca y le hizo volver a la realidad.

—Despacio, Jack, amigo mío —susurró mientras le pasaban con cuidado a una silla acolchada—. Dame algo de beber, por caridad. ¡Ah, Maragall —miraba por encima del hombro de Jack y sonreía—, *valga'm Deu!*

—Desaloje la habitación, Satisfacción —ordenó Jack al detenerse.

Varios prisioneros habían llegado hasta allí, algunos arrastrándose, y dos de ellos se abalanzaron contra Dutourd, que estaba en un rincón con el rostro extremadamente pálido.

—Ese hombre necesita hablar con un sacerdote —dijo Stephen.

—¿Debemos matarle?

Stephen asintió con la cabeza y dijo:

—Pero antes debe escribirle al coronel..., hacer que venga..., decirle que tiene una información muy valiosa, que el americano ha hablado... Sí, una información muy valiosa que debe conocer de inmediato.

—Dígale que tiene que escribir esa nota —dijo Jack volviendo la cabeza hacia Maragall, todavía con una expresión afectuosa en la cara—. Si el coronel no está aquí dentro de diez minutos, le mataré en ese artefacto.

Maragall condujo a Dutourd hasta el escritorio y le puso la pluma en la mano.

—Dice que no puede, que su honor..., que es un oficial.

—¿Su honor? —gritó Jack, mirando aquella cosa de donde había desatado a Stephen.

Entonces se oyeron gritos, pies que se arrastraban y el impacto de una caída en la escalera.

—Señor, este tipo entró por la puerta principal —dijo Bonden, mientras dos marineros de su brigada entraban en la habitación sosteniendo a un hombre—. Creo que los prisioneros le han hecho mucho daño mientras le subíamos.

Todos miraron al coronel moribundo..., muerto. Y en ese momento, Dutourd

se dio la vuelta, derribó la lámpara y saltó por la ventana.

—Mientras trataba de escapar —repitió Stephen cuando Dick *El Javanés* subió a informarles de lo ocurrido—. ¡Oh, esto es demasiado..., demasiado...! Jack, ¿qué vamos a hacer ahora? Ni tan siquiera puedo andar a rastras, desgraciadamente.

—Nosotros te llevaremos a la cañonera —dijo Jack

—Ahí, detrás de la puerta, está el tablón en que se llevan a los sospechosos que han muerto —observó Maragall.

—Joan —dijo Stephen—, todos los papeles importantes están en ese archivo a la derecha de la mesa.

Despacio, despacio, recorrieron las calles desiertas, mientras Stephen miraba las estrellas y el aire puro penetraba en sus pulmones. Sólo una figura vio pasar aquel cortejo, algo que ya resultaba familiar, y desvió rápidamente la mirada. Bajaron hasta el muelle y lo atravesaron hasta donde estaba la cañonera. La brigada de Satisfacción subió primero y tomó los remos; Bonden informó: « Todos los hombres presentes y sobrios » . Dijeron adiós a Maragall, deseándole que Dios le acompañara y que no tuviera problemas. Las negras aguas comenzaron a deslizarse cada vez más rápido por los costados; se oyó el ahogado sonido de un reloj bajo la cubierta, entre los bultos con el botín. Detrás de ellos todo era silencio; Mahón aún dormía profundamente.

La isla de Lazareto quedó atrás, a su izquierda, y entonces hicieron las señales con los faroles. Les contestaron desde la batería con las señales reglamentarias y el último grito de burla: ¡*Cochons!* Y con gran gozo advirtieron que la tramontana estaba amainando, como solía ocurrir al amanecer, y que la embarcación que tenían a sotavento era la *Lively*.

« Bien sabe Dios que haría lo mismo otra vez » , se dijo Jack, virando el timón para acercarse y sintiendo el impacto de las salpicaduras en sus ojos cansados y enrojecidos. « Sin embargo, creo que necesitaría todo el mar para lavar mis manos » .

Capítulo 4

—¿Tomará el caballero enfermo un poco de *posset*^[2] antes de irse? —preguntó la patrona del Crown—. Está muy pálido y, además, hace un día terriblemente frío y húmedo... Porstmouth no es Gibraltar.

Iba a decir que el ropaje que había preparado la camarera era más apropiado para un coche fúnebre que para una silla, pero pensó que tal vez eso haría parecer inadecuada la mejor silla de posta del Crown, ahora frente a la puerta.

—Por supuesto, señora Moss. Es una excelente idea. Se lo subiré yo mismo. Puso un calentador de cama dentro de la silla, ¿verdad?

—Dos, señor; han estado calentándose hasta hace menos de media hora. Pero aunque pusiera doscientos, él no debería viajar con el estómago vacío. ¿No podría convencerle de que se quedara a comer, señor? Hay pastel de ganso, y no hay nada que fortalezca más que el pastel de ganso, como todo el mundo sabe.

—Lo intentaré, señora Moss, pero es terco como una mula.

—Todos los enfermos lo son, señor —dijo la señora Moss, moviendo de un lado a otro la cabeza—. Todos son iguales. El señor Moss, cuando yo le cuidaba en su lecho de muerte, también era irritable y rebelde. No quería pastel de ganso, ni mandrágora, ni *posset*, nada de eso.

—Stephen —dijo, con fingida alegría—, bébete esto, por favor, y enseguida partiremos. ¿Te están calentando el abrigo?

—No me lo tomaré —dijo Stephen—. Es otro vaso de ese condenado *posset*. ¡Por el amor de Dios, no soy un niño pequeño al que hay que atormentar, martirizar, aniquilar con *caudle*!^[3]

—Sólo un poquito —insistió Jack—. Te dará fuerzas para el viaje. A la señora Moss no le parece muy conveniente que viajes, y creo que tiene razón. De todas formas, te he comprado una botella de Vigorizante instantáneo del doctor Mead, que contiene hierro. Le añadiré una gota al *posset*.

—La señora Moss... la señora Moss... el doctor Mead... hierro... ¡Válgame Dios! —exclamó Stephen—. Actualmente existe una fuerte tendencia a...

—El abrigo, señor —dijo Killick—. Calentito como una tostada. Póngaselo antes de que se enfríe.

Le abotonaron el abrigo y se lo colocaron bien; le bajaron por la escalera sosteniéndole por los codos, de manera que los pies sólo rozaban los escalones, y le llevaron hasta la silla, junto a la cual esperaba Bonden. Al introducirle en ella, en cuyo interior hacía un calor asfixiante, él comenzó a protestar a gritos —le estaban ahogando con aquellas malditas alfombras y pieles de cordero, parecía que querían enterrarle vivo, le habían puesto bajo los pies paja suficiente para alimentar a los caballos de un regimiento—, mientras ellos, por encima de su cabeza, se cruzaban expresivas miradas.

En tanto que Killick y Bonden metían los últimos manojos de paja, Jack se dispuso a entrar por la otra puerta, y entonces sintió que le tocaban en el hombro. Al volverse, vio a un hombre malencarado con una placa en forma de corona en la mano; luego echó un vistazo a su alrededor y vio a otros dos junto a los caballos y a un grupo de refuerzo compuesto por alguaciles armados de palos.

—¿Es usted el capitán Aubrey? —preguntó el hombre—. En nombre de la ley le pido que me acompañe. Debe responder ante la justicia por un asunto pendiente con Parkin y Clapp. No cause problemas, señor. Nos iremos tranquilamente, sin escándalo. Si lo prefiere, iré detrás de usted y Joe le precederá.

—Muy bien —dijo Jack, y se inclinó hacia la ventanilla—. Stephen, me han apresado. Estoy bajo arresto por ese asunto con Parkin y Clapp. Por favor, habla con Fanshaw. Te escribiré a Grapes y tal vez me reúna allí contigo. Killick, saca mi equipaje. Bonden, ve con el doctor y cuida de él.

—¿Adonde le llevan?

—A casa de Bolter^[4], en Vulture Lane —dijo el policía—, donde tendrá todos los lujos y comodidades y un trato respetuoso.

—En marcha —dijo Jack.

* * *

—¡Maturin, Maturin, mi querido Maturin! —exclamó sir Joseph—. ¡Estoy tan sorprendido, tan apenado, tan conmovido!

—Bueno —dijo Stephen en tono malhumorado—, mi apariencia impresiona bastante, sin duda, pero estas marcas son superficiales, no tengo ninguna lesión seria. Me pondré bien. Pero me vi obligado a pedirle que me visitara aquí porque no puedo subir las escaleras. Ha sido usted muy amable al venir y desearía poderle recibir mejor.

—¡Oh, no! —exclamó sir Joseph—. Me gusta mucho su posada..., parece de otra época..., es muy pintoresca..., digna de un cuadro de Rembrandt. Y tiene usted un fuego espléndido. Seguro que aquí consiguen que se sienta usted bien.

—¡Oh, sí! Aquí conocen mis gustos. Todo sería perfecto si la patrona de la casa no hiciera el papel de médico sólo porque me paso varias horas al día en la cama. Le digo: «No, señora, no me tomaré las gotas de Godfrey Cordial ni las de Ward. Yo no le digo a usted cómo tiene que preparar este salpicón, porque usted es una cocinera, así que, por favor, no me diga usted a mí qué tratamiento debo seguir, pues, como sabe, soy médico». Y ella me contesta: «No, señor, porque a Sara, que quedó en las mismas condiciones que usted cuando se cayó hace seis meses, mientras azuzaba osos, las gotas de Godfrey le sentaron muy bien. Así que, por favor, señor, tómese esta cucharada». Y Jack Aubrey era exactamente igual. Le dije: «Yo no pretendo enseñarte cómo gobernar tu corbeta o tu bergantín, o como le llames a esa condenada embarcación, por tanto, tú no debes pretender...». Pero es lo mismo. Me dan panaceas que venden los curanderos en las ferias y remedios de viejas... ¡Bah! Si la rabia pudiera unir mis tendones, ya estaría fuerte como un salsifi.

Sir Joseph iba a recomendarle las aguas de Bath, pero no lo hizo.

—Espero que su amigo esté bien —dijo—. Le estoy infinitamente agradecido. Su acción fue heroica, y mientras más pienso en ella, más admirable me parece él.

—Sí. Lo fue. Creo que estas acciones se llevan a cabo con éxito sólo de dos maneras, con previsión, enormes esfuerzos y muchos preparativos o con extrema rapidez. Y para esto último es necesario tener una cualidad muy especial, una virtud que no sé cómo denominar; los moros le llaman *baraka*. Él posee esa virtud; y la conducta que en otro hombre se calificaría de delictiva y temeraria, en él es normal. Y sin embargo, se ha quedado bajo la custodia de un alguacil en Portsmouth.

Asombro. Disgusto.

—Sí —continuó—. Parece que su virtud nada más es apreciable en la mar o afecta solamente a su comportamiento como marino. Le han arrestado por deudas a solicitud de un grupo de abogados. Según Fanshaw, su agente, la cuantía de la deuda es de setecientas libras. Aunque el capitán Aubrey sabía que el tesoro español capturado no iba a considerarse un botín, ignoraba que la noticia se hubiera extendido por Inglaterra; a decir verdad, yo también lo ignoraba, porque no ha habido ningún anuncio oficial. Pero no quiero importunarle con problemas privados.

—Mi querido Maturin, le ruego que me hable siempre como a un amigo íntimo, un amigo que le aprecia mucho, al margen de las cuestiones oficiales.

—Es muy amable, sir Joseph, muy amable. Entonces le confesaré una cosa: temo que sus otros acreedores se enteren de que está de nuevo en una situación difícil y consigan que se abran procesos contra él, procesos de los que no podrá salir bien. Mis recursos no me permiten sacarle de esa situación, y aunque con la paga *ex gratia* que usted mencionó podría saldar la mayor parte de su deuda, aún

le quedará por pagar una suma considerable. Y un hombre puede pudrirse en la cárcel tanto si debe unos cientos de libras como si debe diez mil.

—¿No le han pagado todavía?

—No, señor. Y además, Fanshaw se muestra reacio a darle un anticipo a cuenta, pues dice que estas cosas no son habituales ni son seguras ni se sabe cuánto pueden retrasarse y que el capitán Aubrey está ya demasiado endeudado.

—Esto no entra dentro de mis competencias, desde luego. Los pagos extraordinarios tienen que ser aprobados por la Junta de transporte, que es muy lenta, y por la Oficina de pagos, que es más lenta todavía. Pero le prometo que intentaré que todo sea rápido. Entretanto, el señor Carling hablará con Fanshaw y estoy seguro de que éste podrá proporcionarle la suma de que habló antes.

—¿Le gustaría que abriera una ventana, sir Joseph?

—Si a usted no le molesta... ¿No tiene demasiado calor?

—No. Lo que yo necesito es el calor del trópico y consigo algo parecido con varios celemines de carbón mineral. Pero reconozco que es casi insoportable para un cuerpo normal. Por favor, quítese la chaqueta..., aflójese la corbata. Yo no estoy de etiqueta, como puede ver, pues tengo el gorro de dormir y esta piel de gato como bufanda.

Empezó a tirar de un conjunto de cuerdas y palancas que estaba conectado a la ventana, pero enseguida volvió a reclinarse.

—¡Jesús, María y José! —murmuró—. No tengo fuerza, no tengo ninguna fuerza. ¡Bonden!

—¿Señor? —dijo Bonden, apareciendo inmediatamente en la puerta.

—Coge ese cabo, tira de él hacia atrás y amárralo, por favor —dijo Stephen, y miró a sir Joseph con mal disimulado orgullo.

Bonden se quedó boquiabierto, pero luego comprendió lo que quería el doctor y avanzó unos pasos. Sin embargo, cuando tenía la cuerda en la mano, se detuvo y dijo:

—No creo que la corriente le haga bien, señor. No tenemos muy buen tiempo esta mañana.

—Ya ve usted cuál es la situación, sir Joseph. No hay disciplina; ninguna orden se cumple sin que antes haya una discusión casi interminable. ¡Maldito Bonden!

Bonden, malhumorado, abrió la ventana una o dos pulgadas, atizó el fuego y salió de la habitación.

—Me parece que tendré que quitarme la chaqueta —dijo sir Joseph—. ¿Cree usted de verdad que un clima cálido podría convenirle?

—Mientras más caliente, mejor. En cuanto pueda me iré al sur, a Bath, para sumergirme en sus cálidas aguas sulfurosas...

—¡Justamente lo que iba a sugerirle! —exclamó sir Joseph—. Me alegra oírle. Eso es lo que le habría recomendado yo... —«si no estuviera usted tan

malhumorado e irritable ni fuera tan caprichoso y obstinado», pensó—, pero no soy quien para aconsejarle. Eso fortalece las fibras; mi hermana Clarges conoce un caso..., aunque tal vez no sea exactamente igual... —Tuvo la impresión de que estaba pisando un terreno peligroso y entonces tosió y, sin transición, habló de otra cosa—. Pero volviendo a su amigo, ¿no cree que el matrimonio mejorará su situación? He visto el anuncio en *The Times*, y tengo entendido que la joven es una rica heredera. Lady Keith me ha dicho que tiene muchas propiedades, entre ellas algunas de las mejores tierras de labranza del condado.

—Es cierto, pero todas están en manos de su madre; y su madre, gorda y estúpida como una bestia, es el ser más insensible que existe sobre la faz de la tierra. Jack, en cambio, no lo es; tiene una peculiar idea de lo que significa ser un don nadie y siente un gran desprecio por los cazadotes. Es un idealista, y también el peor mentiroso que uno es capaz de imaginar; cuando le dije que el tesoro español no sería considerado un botín y que, por tanto, era pobre otra vez, fingió que hacía mucho tiempo que lo sabía y se rió, luego me consoló con la misma ternura que una mujer y dijo que ya se había resignado a ello desde hacía meses y que no debía preocuparme, pues a él no le importaba. Pero sé que aquella noche le escribió a Sophie y estoy convencido de que la eximió de su compromiso, aunque eso no hará cambiar de idea a esa adorable criatura.

Bonden entró en la habitación, jadeando bajo el peso de dos sacos de carbón, y avivó el fuego.

—Sir Joseph, ¿le apetece una taza de café? ¿Tal vez un vaso de madeira? Aquí tienen un excelente vino, se lo recomiendo.

—Gracias, gracias. Preferiría un vaso de agua. Sí, me vendrá bien un vaso de agua fría.

—Un vaso de agua y una botella de madeira, Bonden, por favor. Y te advierto que si vuelvo a encontrar en la bandeja otro vaso de ron con un huevo crudo disuelto en él, te lo tiraré a la cabeza. Lo más doloroso de todo el viaje —decía entre sorbo y sorbo de vino— fue darle esa noticia. Más doloroso que el hecho de que el interrogatorio, llamémosle así, me lo hicieran los franceses, hijos de la nación que más admiro.

—¿Y qué hombre civilizado no la admira? Dejando aparte a sus gobernantes, sus políticos, sus revoluciones y ese horrible *engouement* por Bonaparte.

—Así es. Pero esos hombres no son nuevos en el poder. Dutourd pertenecía ya al ejército en el Antiguo Régimen y Auger formaba parte del cuerpo de dragones: los dos son antiguos oficiales. Fue un terrible golpe. Creía conocer muy bien esa nación, porque había vivido allí, había estudiado en París... Sin embargo, Jack supo cómo derrotarles. Sí. Como le dije, es un idealista; después del ataque tiró su sable al mar, a pesar del aprecio que me consta que le tenía. Le gusta hacer la guerra, ningún otro hombre lucha con mayor vehemencia, y sin embargo, después de la batalla parece rechazar la idea de que la guerra consiste

en matar al enemigo. Sus sentimientos son contradictorios.

—Me alegro mucho de que se vaya usted a Bath —dijo sir Joseph, a quien el conflicto interior de un capitán de fragata que no conocía le interesaba menos que el restablecimiento de la salud de su amigo. (A pesar de que el jefe de los servicios secretos, en sus relaciones profesionales, parecía un iceberg en vez de un ser humano, sentía un profundo y verdadero afecto por Maturin.)— Estoy encantado. Allí conocerá a mi sucesor y le visitaré de vez en cuando, pues es un gran placer para mí estar en su compañía. —Notó con satisfacción cómo a Stephen se le endureció la mirada cuando oyó la palabra *sucesor*—. Además, les ayudaré a ustedes a conocerse mejor. Me jubilaré dentro de poco y me dedicaré a estudiar los escarabajos, como Sabine; tengo una casita en la zona de los Fens, que es un paraíso para los coleópteros. Estoy realmente ansioso por jubilarme, aunque también siento un poco de pena, desde luego; pero me sirve de consuelo pensar que dejo mis intereses, nuestros intereses, en buenas manos. Usted conoce al caballero a que me refiero.

—¿Ah, sí?

—Sí. Cuando usted me pidió que le mandara a alguien de confianza para que escribiera su informe, debido al estado en que tenía las manos (ha sido una barbaridad, una enorme barbaridad haberle maltratado de esa manera), le rogué al señor Waring que fuera. Durante dos horas estuvo sentado con él —dijo con aire triunfante.

—Me sorprende usted —dijo Stephen con el ceño fruncido.

Pero inmediatamente se dibujó en su cara una sonrisa. El señor Waring, aquel hombre gris, insignificante, sería perfecto. Había hecho su trabajo con orden y eficiencia y sus únicas preguntas fueron muy directas; no había dejado traslucir nada, ni una información especial ni un determinado interés. Podría haber sido un sencillo y respetable funcionario que ocupaba un lugar intermedio en la jerarquía.

—Admira mucho su trabajo y su profundo conocimiento de la situación. El almirante Sievewright le representará (este sistema es mucho mejor), pero usted hablará directamente con él cuando me haya ido. Se llevarán muy bien, estoy seguro. Él es un gran profesional; se ocupó del asunto del difunto monsieur de la Tapetterie. Por cierto, creo que le indicó usted que tenía otros documentos u observaciones al margen de su informe.

—Sí. Tenga la bondad de pasarme ese objeto forrado de piel. Gracias. La Confederación quemó la casa (a esos tipos les encantan las llamas), pero antes de que nos fuéramos de allí le pedí a su jefe que sacara los documentos importantes, y de entre ellos le ofrezco éste como regalo por su jubilación. Le pertenece por derecho, pues en él aparece su nombre al referirse a *les agissements néfastes* de sir Blaine, en la página tres, y *le perfide* sir Blaine, en la página siete. Es un informe firmado por el coronel Auger pero redactado realmente por el brillante

Dutourd. Está dirigido a su homólogo en París y describe la actual situación de la red de servicios secretos del ejército en la parte oriental de la península, incluyendo Gibraltar, hace una valoración de los agentes, da detalles sobre los pagos y sobre muchas más cosas. No está terminado, porque el caballero fue interrumpido a mitad de redacción, pero es bastante completo y tan auténtico como sus propias manchas de sangre. Se encontrará con algunas sorpresas, sobre todo en relación con el señor *Judas Griffiths*, pero creo que, en conjunto, le será muy útil. ¡Ojalá tuviéramos un documento así para Inglaterra! En mi opinión, un documento como éste debía pasar directamente de mis manos a las suyas —dijo, entregándoselo.

Sir Joseph, lleno de curiosidad, se apresuró a coger el documento, luego se aproximó a la luz y, sentándose inclinado hacia ella, devoró las páginas, en las que aparecían listas y una información detallada.

« ¡Ese cerdo...! », dijo para sí. « ¡Ese cerdo despreciable...! ¡Ah, Edward Griffiths, Edward Griffiths, ponte a rezar! ¡En la propia embajada...! Así que Osborne tenía razón. ¡Ese cerdo...! ¡Que Dios me ayude! ».

Luego, en voz alta, dijo:

—Bien, tendré que comunicar esto a mis colegas de la Guardia montada y el Ministerio de Asuntos Exteriores, desde luego, pero me quedaré con el documento para recrearme con su lectura en mi tiempo libre. De modo que soy *le perfide* sir Blaine... Es un documento importantísimo. Le estoy muy agradecido, Maturin. Y ya verá cómo la sorpresa voy a darla yo.

Hizo ademán de estrecharle la mano, pero recordó cuál era la situación de Stephen y sólo se la tocó suavemente.

* * *

El cartero no era un visitante habitual en Mapes. La señora Williams vivía cerca de su administrador y recibía la visita de su agente financiero una vez a la semana, por lo que se relacionaba por carta con pocas personas, y esas pocas rara vez le escribían. Sin embargo, su hija mayor reconocía perfectamente los pasos del cartero y su forma de abrir la verja de hierro. Por eso al oírle salió corriendo de la salita, recorrió tres pasillos y bajó las escaleras hasta la entrada. Pero llegó demasiado tarde, porque el mayordomo ya había colocado *The Ladies' Fashionable Intelligencer* (El informador de la moda femenina) y una carta en la bandeja y se dirigía a la sala de desayuno.

—¿Hay algo para mí, John? —preguntó ella.

—Sólo han llegado una revista y una carta con un sello de tres peniques, señorita Sophie —respondió el mayordomo—. Voy a dárselas a la señora.

Sophie notó que trataba de ocultar algo y le dijo:

—Dame esa carta inmediatamente, John.

—La señora me ha dicho que le entregue todo a ella para evitar confusiones.

—Debes dármela a mí. Podrías ser apresado y ahorcado por apropiarte de las cartas de otras personas. Eso está en contra de la ley.

—¡Oh, señorita Sophie, en mi posición no puedo hacer otra cosa!

En ese momento, la señora Williams salió de la sala de desayuno, cogió el correo y se alejó, arqueando sus negras cejas. Sophie la siguió, oyó cómo rasgaba el sobre y dijo:

—Mamá, dame mi carta.

La señora Williams, con el rostro enrojecido, se volvió hacia su hija y le gritó:

—¿Acaso das tú las órdenes en esta casa? Deberías avergonzarte. Te he prohibido que mantengas correspondencia con ese criminal.

—No es un criminal.

—Entonces, ¿por qué está en prisión?

—Lo sabes perfectamente bien, mamá. Por no pagar las deudas.

—En mi opinión, eso es aún peor. Despojar a la gente de su dinero es peor que matarla, es un delito grave. Y en cualquier caso, te he prohibido que le escribas.

—Estamos prometidos, por tanto tenemos derecho a escribirnos. No soy una niña.

—¡Tonterías! Había dado mi consentimiento, pero era condicional. Ya no lo tienes, estoy cansada de repetírtelo. Tantas pretensiones y tantas palabras bonitas... Menos mal que pudimos escaparnos, pues muchas mujeres demasiado confiadas se han dejado llevar por bonitas palabras y grandes promesas, y cuando ha llegado el momento no han tenido ni siquiera el respaldo de una sólida inversión en bonos del Estado. Dices que no eres una niña, pero lo eres para estos asuntos y necesitas protección. Por esa razón, quiero leer tus cartas. Si no tienes nada de qué avergonzarte, ¿por qué te opones? En mi opinión, la inocencia es un escudo contra todo. ¡Cuánta rabia hay en tu mirada! Deberías avergonzarte, Sophie. Pero no voy a dejar que seas la víctima del primer hombre que se encapricha de tu fortuna. ¡Ni hablar, señorita! No permitiré correspondencia secreta en mi casa. Ya tenemos bastante con que tu prima sea una mantenida, o una amiguita, o como se diga hoy en día; cuando yo era joven, no había nada de eso. Tampoco en mis tiempos ninguna joven se habría atrevido a hablarle a su madre en un tono tan impropio, y estoy segura de que incluso la chica más descarada habría preferido morir antes que pasar esa vergüenza —la señora Williams pronunció esta frase más lentamente, pues estaba leyendo al tiempo que hablaba—. De todas formas, tu obstinación y tu furia han sido innecesarias y me has provocado la migraña otra vez inútilmente, porque la carta es del doctor

Maturin. No creo que tengas ningún motivo para sonrojarte si la leo:

Querida señorita Williams:

Le pido excusas por haber dictado esta carta, pero debido al mal estado en que tengo la mano, me resulta difícil escribir. He cumplido enseguida el encargo que tuve el honor de recibir de usted, y fui muy afortunado porque conseguí todos los libros de la lista por mediación de mi librero, el respetable señor Bentley, que me hace un descuento del treinta por ciento.

La señora Williams hizo un gesto de aprobación con la boca.

Además, he encontrado a un mensajero, el reverendo Hiksey, el nuevo párroco de Swiving Monachorum, que pasará por Champflower cuando vaya a la toma de posesión, o tal vez debería decir la investidura...

—Muy bien; nosotros le llamamos la «investidura» de un clérigo. ¡Ah, Sophie, seremos las primeras en verlo! —exclamó la señora Williams, cuyo humor cambiaba bruscamente.

... Posee un gran coche y, puesto que no tiene familia, se ha comprometido a llevar al párroco de Eldin, Duhamel, Falconer y a los demás de la sede. Eso le permitirá a usted ahorrarse la espera y, además, media corona, que no es una suma despreciable...

—Por supuesto que no: ocho hacen una libra. Pero parece que no todos los caballeros piensan así.

... He tenido una gran alegría al enterarme de que irán ustedes a Bath. Estaré allí desde el día veinte y podré tener el placer de presentar mis respetos a su mamá. Espero que esa visita no signifique que su salud es mala o que está aquejada otra vez de su antigua dolencia...

—Siempre se preocupa mucho por mis dolencias. Sería realmente conveniente para Cissy. Si ella pudiera atraparle, tendríamos un médico en la familia, siempre a mano. Después de todo, ¿qué importancia tiene el papismo? Al fin y al cabo, todos somos cristianos.

... Por favor, dígame que si puedo serle útil estoy a su disposición. Me hospedaré en casa de lady Keith, en Landsdowne Crescent. Estaré solo, pues el

capitán Aubrey ha sido arrestado en Portsmouth...

—Piensa como yo, por lo que veo. Ha cortado todos los lazos de unión porque es un hombre juicioso.

... Y sin más, querida señorita Williams, rogándole transmita mis saludos a su mamá, a las señoritas Cecilia y Frances...

—... y etcétera. Una carta muy bonita y respetuosa, muy bien escrita. Creo, sin embargo, que podría haber conseguido una exención de franqueo a través de sus conocidos. La letra es de hombre, no de mujer. Le ha dictado la carta a un caballero, no cabe duda. Puedes quedarte con ella, Sophie. No me opongo a que veáis al doctor Maturin en Bath, porque es un hombre sensato, no un despilfarrador. Sería muy conveniente para Cecilia. Nunca un caballero ha necesitado más a una mujer, y es obvio que tu hermana necesita un marido. Con tantos oficiales de la reserva rondando por ahí y con el ejemplo que ha tenido, no habrá quien la detenga, así que mientras más pronto se case, mejor. Quiero que en Bath les dejen solos lo más posible.

* * *

Bath. Las escalonadas terrazas bajo el sol, la abadía. Las aguas termales, cuyos vapores reflejaban la luz del sol. Sir Joseph Blaine y el señor Waring paseaban por la galería de los baños del Rey. Allí se encontraba Stephen, metido dentro del agua hirviendo y completamente relajado; parecía una figura gótica, pues vestía una especie de hábito de lienzo y estaba sentado en un nicho de piedra. A ambos lados de él estaban sentados otros hombres, afectados de escrófula, reuma, gota, tisis o, simplemente, demasiado gruesos, que miraban sin mucho interés hacia el otro lado, donde se encontraban las mujeres, en su mayoría aquejadas de los mismos padecimientos. Por otra parte, una docena de peregrinos caminaban a trompicones dentro del agua, sujetos por sirvientes. Apareció entonces la corpulenta figura de Bonden que, en calzoncillos de lienzo, atravesó la corriente y llegó junto al nicho de Stephen. Entonces le cogió en brazos y comenzó a abrirse paso diciendo: «Con su permiso, señora... Hagan sitio, compañeros...» con gran seguridad, pues ese era su elemento, independientemente de la temperatura que tuviera.

—Está mejor hoy —dijo sir Joseph.

—Mucho mejor —dijo el señor Waring—. Caminó casi una milla el jueves y hasta casa de Carlow ayer. Nunca creí que eso fuera posible. ¿Ha visto cómo

tiene el cuerpo?

—No, sólo las manos —respondió sir Joseph, cerrando los ojos.

—Debe de tener una extraordinaria fuerza de voluntad y una constitución igualmente extraordinaria.

—Sin duda, las tiene —dijo sir Joseph, y ambos continuaron paseando un rato más—. Ya regresa a la silla. Mire con qué agilidad sube, se nota que las aguas termales le han hecho mucho bien; yo se las recomendé. Dentro de pocos minutos partirá para Landsdowne Crescent. Tal vez podríamos ir hasta allí cruzando despacio la ciudad; estoy muy ansioso por hablar con él.

Luego, mientras pasaban entre la multitud, continuó:

—Es fuerte, sí, desde luego que es fuerte. Crucemos para el lado del sol. ¡Qué día tan espléndido! Casi es innecesario este abrigo. —Saludó con una inclinación de cabeza y besándole la mano a alguien que estaba del otro lado—. A sus pies, señora. Esa es una conocida de lady Keith; tiene muchas tierras en Kent y Sussex.

—¿De veras? La habría tomado por una cocinera.

—Sin embargo, tiene una considerable fortuna. Como le decía, es fuerte, aunque también tiene debilidades. El otro día tachaba de idealista a un amigo íntimo (el que va a casarse con la hija de esa señora que acabamos de ver) y si no me hubiera sentido tan apenado por su estado, me habría reído, porque precisamente él es un quijote: apoyó la Revolución hasta 1793, perteneció a Irlandeses Unidos hasta el levantamiento, fue consejero de lord Edward..., por cierto que eran primos...

—¿Es un Fitzgerald?

—De la rama menos afortunada. Y ahora defiende la causa de la independencia catalana. O tal vez la defendía desde antes, al mismo tiempo que las demás. En cualquier caso, vive siempre entregado en cuerpo y alma a alguna causa de la cual no puede obtener ningún beneficio personal.

—¿Es un idealista en todos los sentidos?

—No, pero era tan casto que llegamos a sentirnos inquietos; sobre todo nuestro amigo Subtlety estaba muy preocupado. No obstante, empezó a mantener una relación amorosa y eso nos tranquilizó. Era una joven de muy buena familia, pero la relación tuvo un final desgraciado, desde luego.

En la calle Pulteney les detuvieron dos grupos de amigos y luego un caballero tan importante que no era posible cortar la conversación, por lo que tardaron bastante en llegar a Landsdowne Crescent, y cuando preguntaron por el doctor Maturin les dijeron que tenía visita. Sin embargo, pasados unos momentos, les invitaron a subir. Al llegar arriba encontraron a Stephen en su lecho y a una joven sentada junto a él. Ella se puso de pie e hizo una reverencia; era una joven soltera. Los dos hombres apretaron los labios y apoyaron la barbilla contra el cuello blanco y almidonado, pensando que una joven tan hermosa no debía estar

sola en la habitación de un caballero.

—Querida, permíteme que te presente a sir Joseph Blaine y al señor Waring. La señorita Williams —dijo Stephen.

Ambos inclinaron otra vez la cabeza, sintiendo por el doctor Maturin otro tipo de respeto, pues cuando la joven se volvió hacia la luz vieron que tenía una belleza sin par, era realmente encantadora, dulce, cándida. Sophie no volvió a sentarse. Dijo que tenía que dejarles, desgraciadamente, porque debía reunirse con su madre en la sala del balneario donde se bebían sus aguas y el reloj ya había dado la hora. Les pidió que la disculparan porque antes tenía que... Se puso a revolver dentro de la cesta y sacó un frasco, una cuchara de plata envuelta en papel de seda y una caja de pastillas de color amarillo brillante. Entonces llenó la cuchara, se la acercó cuidadosamente a Stephen a la boca y vertió en ésta el líquido verdoso y puso dos pastillas; luego, con aire benevolente, esperó a que se las tragara.

—Bueno, señor —dijo sir Joseph cuando la puerta se cerró—, le felicito por el médico que tiene. No recuerdo haber visto nunca a una joven tan bella, y eso que en mi larga vida he visto a la duquesa de Hamilton y lady Coventry cuando aún eran solteras. Aceptaría volver a tener calambres si alguien como ella me diera las medicinas, y también yo me las tomaría como si fuera un cordero. —Él y el señor Waring sonrieron con afectación.

—Es usted muy amable al expresar su admiración —dijo Stephen secamente.

—Hablo en serio, se lo aseguro —dijo sir Joseph—, y con el máximo respeto hacia la señorita. Nunca antes había experimentado tanto placer al contemplar a una joven... Esa gracia, esa lozanía, ese color...

—¡Ja! —exclamó Stephen—. Debería usted verla cuando tiene su mejor apariencia..., debería usted verla cuando Jack Aubrey está cerca.

—¡Ah! ¡Entonces *esa* es la joven en cuestión! ¡*Esa* es la prometida del capitán! ¡Qué tonto he sido! Debí haberme fijado en el nombre. Eso explica todo —dijo e hizo una pausa—. Y dígame, querido doctor, ¿es cierto que está usted bastante recuperado?

—Mucho, gracias. Ayer caminé una milla sin fatigarme, hoy comí con un antiguo compañero de tripulación y esta tarde pienso hacer la disección del cadáver de un viejo vagabundo junto con el doctor Trotter. Dentro de una semana estaré de regreso en la ciudad.

—¿Y cree usted que un clima cálido le ayudaría a recuperarse del todo? ¿Puede soportar mucho calor?

—Soy una salamandra.

Ambos miraron a la salamandra. Su aspecto era lamentable, su cuerpo parecía deforme y muy diminuto en aquella enorme cama, y daba la impresión de que estaba más apto para viajar en un coche fúnebre que en una silla de posta

o un barco. A pesar de todo, asintieron con la cabeza, reconociendo su superioridad en esa materia, y sir Joseph dijo:

—En ese caso, no tendré escrúpulos en tomarme la revancha. Y creo que le sorprenderé tanto como usted a mí en Londres. A buen entendedor con pocas palabras basta.

A la irritada mente de Stephen acudieron otros refranes: « Palabras y plumas el viento las lleva » , « De tales bodas, tales costras » , « No mentar la sogá en casa del ahorcado » , « Vanse los amores y quedan los dolores » , « Dinero, amor y cuidado, difícil disimularlos » , pero sólo dio un suspiro.

—En el departamento —continuó sir Joseph con su voz monótona—, cuando el jefe se jubila, es costumbre otorgarle una serie de privilegios; lo mismo que ocurre con un almirante, que al arriar su insignia puede conceder ascensos. Pues bien, en Plymouth están armando una fragata para llevar a nuestro enviado, el señor Stanhope, a Kampong. El mando ha sido medio prometido a tres caballeros y ya existe la habitual... En resumen, seguramente podré disponer de él. Y me parece que si hace usted ese viaje con el capitán Aubrey, quedará demostrado que únicamente tiene intereses científicos. ¿No está de acuerdo, Waring?

—Sí —respondió Waring.

—También, y ruego porque así sea, se restablecerá su salud y, por otra parte, su amigo quedará alejado de los peligros que usted mencionó. A pesar de los numerosos aspectos positivos, existe un grave problema. Como usted sabe, todas, todas las decisiones de nuestros colegas en otros departamentos del Almirantazgo o el Ministerio de la Marina se toman tras interminables deliberaciones, si es que se llega a un acuerdo, o demasiado apresuradamente. El señor Stanhope subió a bordo con su comitiva en Deptford, hace mucho tiempo, y allí pasó quince días ofreciendo comidas de despedida; luego continuaron viaje hasta Nore, donde ofreció otras dos. Sus Señorías advirtieron que la *Surprise* tenía los fondos desgastados o le faltaban mástiles o velas y entonces bajaron al señor Stanhope a tierra, en medio de una tempestad, y enviaron la fragata a Plymouth para que la armaran de nuevo. Entretanto, él ha perdido a su secretario oriental, su cocinero y un ayuda de cámara, y el toro que iba a llevarle de regalo al sultán de Kampong ha enflaquecido. La fragata perdió a la mayoría de sus oficiales en activo porque fueron trasladados, y a un gran número de marineros porque fueron reclutados por el almirante del puerto. Pero ahora todo ha cambiado. Las provisiones se suben a bordo con rapidez día y noche. El señor Stanhope está a punto de llegar desde Escocia en silla de posta y la fragata debe zarpar esta semana. ¿Cree que está usted en condiciones de subir a bordo? ¿Está el capitán Aubrey en libertad?

—Estoy en magníficas condiciones, amigo mío —contestó Stephen, con nuevos bríos—. El capitán Aubrey salió de prisión en cuanto el ayudante de Fanshaw pudo liberarle, justo antes de que llegara una avalancha de mandatos

judiciales. Enseguida subió a bordo de un barco reclutador que lo llevó por el Támesis hasta Grapes.

—Volvamos a los detalles.

—¡Bonden! —gritó Stephen—. Coge la pluma y la tinta y escribe.

—¿Que escriba, señor?

—Sí. Siéntate, pon derecho el papel y escribe: « Landsdowne Crescent... ». Barret Bonden, ¿estás a sotavento?

—Sí, señor o, mejor dicho, a la deriva. Pero puedo leer muy rápido las letras grandes de imprenta y la lista de la guardia.

—No importa. Te enseñaré cuando estemos navegando. Es fácil, fíjate cuántos tontos se pasan escribiendo todo el día, y resulta muy útil en tierra. Sabes montar a caballo, ¿verdad?

—Bueno, sí que he montado a caballo, señor. He montado tres o cuatro veces cuando estaba en tierra.

—Bien. Quiero que tengas la amabilidad de ir, o mejor aún, dar un salto hasta la calle Paragon y decirle a la señorita Williams que si al dar su paseo de la tarde puede pasar por Landsdowne Crescent le estaré infinitamente agradecido. Luego quiero que vayas hasta el cabo Saracen y le transmitas mis saludos al señor Pullings y le digas que me gustaría verle en cuanto tenga un momento disponible.

—Sí, señor, a Paragon y luego al cabo Saracen. Deben venir enseguida a Landsdowne Crescent.

—Ve corriendo, Bonden, por favor. No hay ni un momento que perder.

La puerta de entrada se cerró de golpe y se oyeron pasos apresurados que bajaban la calle, alejándose por la izquierda, y después una larga, larga pausa. En los jardines del otro lado de la calle un mirlo cantaba débilmente, anunciando que se aproximaba la primavera. La triste voz de un cortacallos, cantando con monotonía: « Hago un buen trabajo... Hago un buen trabajo », se acercó y luego volvió a alejarse. Stephen pensó en la etiología de los callos y el conducto biliar de la señora Williams. Oyó de nuevo la puerta de entrada, cuyo eco se propagó por la casa vacía (los Keith y todos los sirvientes, excepto una vieja bruja, se habían ido), luego pasos en la escalera y una alegre conversación. Frunció el ceño. La puerta se abrió y entraron Sophie y Cecilia, mientras Bonden, detrás de ellas, hacía un guiño y un gesto con el pulgar.

—¡Dios santo! ¡Pero si está usted en la cama, doctor Maturin! Bueno, por fin estoy en el dormitorio de un hombre... Lo siento, no era « por fin » lo que quería decir. ¿Cómo está? Supongo que acaba usted de llegar de los baños y estará sudoroso. ¿Cómo se siente? Nos encontramos a Bonden cuando íbamos a salir, y enseguida dije que tenía que preguntar cómo estaba usted. ¡No le hemos visto desde el martes! Mamá estaba muy...

Llamaron estruendosamente a la puerta dos veces. Bonden bajó con rapidez. Se oyeron en la escalera potentes voces de marinos y una comparación con

«una pieza con estopa arriba» que sólo podía referirse a Cecilia y su pelo rubio muy cardado. Entonces apareció el señor Pullings, un joven bien parecido, alto y ágil, seguidor del capitán Aubrey, si podía decirse que un capitán tan desafortunado tenía seguidores.

—Creo que conocen ustedes al señor Pullings, de la Armada real —dijo Stephen.

Por supuesto que le conocían... Había estado dos veces en Melbury Lodge... Cecilia había bailado con él...

—¡Qué divertido fue! —exclamó Cecilia, mirándole complacida—. ¡Me encantan los bailes!

—Su madre me ha dicho que tiene usted gran sensibilidad para el arte —dijo Stephen—. Señor Pullings, por favor, enséñele a la señorita Cecilia el nuevo cuadro de Tiziano que tiene lord Keith; está en la galería, junto con muchos otros cuadros. Además, explíqueme la escena de la batalla del Glorioso Uno de Junio. Explíquesela con todo detalle —repitió mientras se alejaban—, por favor. Sophie, querida, coge rápidamente papel y pluma y escribe:

Querido Jack

Tenemos una fragata, la *Surprise*, con destino a las Indias Orientales. Debemos embarcar en Plymouth enseguida...

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué dirá cuando lea esto?

«*¡Surprise!*» fue lo que dijo, con tal vozarrón que las dos ventanas frontales de Grapes temblaron y a la señora Broad se le cayó un vaso en el bar.

—El capitán ha recibido una sorpresa —dijo ella tranquilamente, mirando los pedazos.

—Espero que sea agradable —dijo Nancy, recogidos—. ¡Es un caballero tan apuesto!

Pullings, muy cansado del viaje, se volvió discretamente hacia la ventana cuando Jack empezó a leer la carta y se dio la vuelta otra vez al oírle gritar:

—¡*Surprise!* ¡Bendito sea Dios! ¿Sabes lo que ha hecho el doctor, Pullings? Nos ha conseguido una fragata, la *Surprise*, con destino a las Indias Orientales. Hay que embarcar enseguida. ¡Killick! ¡Killick! ¡Mi baúl, mi capa, mi maleta pequeña! Y corre a la oficina de correo; nos iremos a Plymouth en el coche del correo.

—Usted no irá en el coche del correo, señor —dijo Killick—, ni en una silla de posta, con tantos sinvergüenzas que hay a lo largo de la costa. Llamaré a un coche fúnebre, a un hermoso coche de cuatro caballos.

—¡*Surprise!* —exclamó Jack otra vez—. No he subido a ella desde que era un guardiamarina.

La veía con nitidez en su mente, bajo la brillante luz de English Harbour, atracada a un cable de distancia de donde se encontraba él. Era una hermosísima embarcación de veintiocho cañones construida en Francia, de proa puntiaguda y suaves líneas, que navegaba bien de bolina y podía ser muy rápida si estaba bien gobernada. Era estable, espaciosa, estanca... Había navegado en ella bajo las órdenes de un capitán muy duro y de un primer oficial más duro aún. Había pasado horas y horas castigado en el tope, donde había leído mucho e incluso había grabado sus iniciales... ¿Podrían distinguirse todavía? Era vieja, no cabía duda, y necesitaba muchos cuidados, pero valía la pena estar al mando de ella... Por su mente cruzó la infeliz idea de que no podría encontrar ningún botín en el océano Índico (se habían acabado hacía tiempo), pero la rechazó. Entonces dijo:

—Navegando de bolina podríamos ser más rápidos que el *Agamemnon* con la vela mayor y las juanetes... Seguramente podré escoger a uno o dos oficiales. ¿Vendrás conmigo, Pullings?

—Por supuesto, señor —respondió asombrado.

—¿No pondrá la señora Pullings ninguna objeción?

—Me parece que la señora Pullings llorará, pero enseguida volverá a sonreír. Y seguro que se pondrá muy contenta cuando me vea regresar de esa misión, tal vez más contenta de lo que está ahora. Siempre estoy estorbando entre escobas y cazuelas. La vida a bordo de un barco no es igual que la de casado, señor.

—¿De veras, Pullings? —preguntó Jack, mirándole con aire pensativo.

Stephen siguió dictando:

La Surprise llevará a Kampong al enviado de Su Majestad. El señor Taylor, del Almirantazgo, está au courant y ya tiene preparados los papeles necesarios. Creo que si tomas el camino de Bath y te desvías en la bifurcación de Dayrolle pasarás por el cruce de Wolmer aproximadamente a las cuatro de la madrugada y podrás subir a bordo el domingo, el día en que los deudores no pueden ser apresados, según una medida de gracia. Te esperaré un rato en el cruce, en una silla de posta, y si no tengo la suerte de verte, seguiré el viaje con Bonden y te esperaré en Blue Posts. Parece que la fragata es pequeña; le faltan oficiales y marineros y, si sir Joseph no habló hiperbólicamente, tiene los fondos desgastados.

—Rápido. Date prisa, Sophie. Nunca te ganarás la vida como escribiente. ¿No sabes escribir «hiperbólicamente»? ¡Por fin está terminada! Enséñamela.

—¡Jamás! —exclamó Sophie, doblándola.

—Me parece que has escrito más de lo que te he dictado —dijo Stephen, entrecerrando los ojos—. Estás muy colorada. Espero que por lo menos hayas puesto exactamente todo lo referente a la cita.

—En el cruce de Wolmer a las cuatro de la madrugada del día tres. Estaré

allí, Stephen. Saldré por la ventana y saltaré por el muro del jardín; podrás recogerme en la esquina.

—Muy bien. Pero ¿por qué no vas a salir por la puerta principal como Dios manda? ¿Y cómo vas a regresar? Si te ven andando por Bath al amanecer, te encontrarás en una situación comprometida.

—Tanto mejor —dijo Sophie—. Entonces mi reputación será tan mala que tendré que casarme lo antes posible. ¿Cómo no se me había ocurrido esto antes? ¡Oh, Stephen, qué ideas tan estupendas tienes!

—Está bien. En la esquina, a las tres y media. Ponte una capa que abrigue mucho, dos pares de medias y ropa interior de lana gruesa. Hará frío, y tal vez tengamos que esperar mucho tiempo. Además, es posible que no le veamos, y en ese caso sentirás más frío todavía, porque debes tener en cuenta que la decepción junto con la sensación de humedad... Silencio... Dame la carta.

Las tres y media de la madrugada. Un fuerte viento del noreste aullaba entre las chimeneas de Bath, el cielo estaba despejado y la luna parecía inclinarse sobre la calle Paragon. La puerta de la casa número siete se abrió lo suficiente para que Sophie pasara; luego se cerró de golpe con un horrible estruendo, llamando la atención de un grupo de soldados borrachos que entonces empezaron a imitar los ladridos de los perros. Sophie se encaminó con aire decidido hacia la esquina, pero sintiendo una gran desesperación, pues no veía ni rastro del coche, sólo dos hileras de puertas extendiéndose hasta el infinito bajo la luna, con aspecto irreal, extraño, desolado y hostil. Detrás de ella unos pasos se acercaban cada vez más rápido. De repente, oyó un susurro:

—Soy yo, señorita, Bonden.

Enseguida doblaron la esquina. Allí, a una prudencial distancia de la casa había dos sillas de posta, y ellos subieron a la primera, que tenía un fuerte olor a cuero. Las chaquetas rojas de los cocheros parecían negras a la luz de la luna. El corazón de Sophie latía tan fuertemente que durante cinco minutos apenas pudo hablar.

—¡Qué extrañas son las cosas de noche! —exclamó mientras salían de la ciudad—. Da la impresión de que todos están muertos. Mira el río, está completamente negro. Nunca he salido a esta hora.

—No, querida, seguro que no has salido —dijo Stephen.

—¿Todas las noches son iguales?

—A veces son más suaves, pues este condenado viento es más cálido en otras latitudes. Pero siempre durante la noche el mundo parece cambiar. Escucha. ¿No la oyes? Debe de estar en el bosque cerca de la iglesia.

Se había oído el horrible grito de una raposa, capaz de helarle la sangre al más valiente, pero Sophie estaba muy ocupada tratando de ver a Stephen a la débil luz de la luna y arreglándole la ropa.

—¡Pero si nada más has venido con ese horrible abrigo viejo y roto! —

exclamó—. Stephen, ¿cómo puedes ser tan abandonado? Déjame que te envuelva con mi capa; está forrada de piel.

Stephen se resistió a ser envuelto en la capa, argumentando que cuando la piel conseguía cierta protección, cuando la epidermis tenía un grosor suficiente para evitar que se disipara el calor natural de la piel, cualquier otra envoltura no sólo era superflua sino dañina.

—Aun jinete, sin embargo, no le ocurre lo mismo —dijo—. Le recomendé a Thomas Pullings que antes de salir se pusiera un pedazo de seda untado con aceite entre la camisa y el chaleco, ya que el propio movimiento del caballo, independientemente de la velocidad del viento, hace desaparecer la protección de la piel y ésta pierde calor. En cambio, en un coche bien construido no hay que temer nada de eso. La protección contra el viento es fundamental; los esquimales, por ejemplo, viven felices y despreocupados de las tormentas al amparo de su casa de nieve y pasan allí confortablemente la larga noche invernal. Pero me he referido a coches bien construidos; no te recomendaría que fueras con el pecho descubierto o sólo con una camisa de algodón en un típico carruaje ruso a través de las estepas de Tartaria. Tampoco te recomendaría que lo hicieras en un típico coche irlandés.

Sophie le prometió que no lo haría nunca. Luego ambos, envueltos en la amplia capa, volvieron a calcular cuánto tardaría Pullings en ir de Bath a Londres y Jacken llegar a Bath.

—Trata de no sentirte decepcionada, querida —dijo Stephen—. Hay muy pocas probabilidades de que él tenga en cuenta mi sugerencia y menos aún de que acuda a la cita. Piensa en los accidentes que podría tener en tantas millas de camino (podría caerse, el caballo podría tirarle o romperse una pata) y en los peligros que le acecharán durante el viaje, como por ejemplo, los salteadores de caminos..., pero es mejor que me calle, no debo alarmarte.

Las sillas de posta aminoraron la marcha. Stephen miró por la ventanilla y dijo:

—Seguramente estamos cerca del cruce.

A partir de allí el camino subía, pasando entre los árboles; parecía una cinta blanca con grandes manchas oscuras. El viento del noreste silbaba. Siguieron avanzando y, de repente, en uno de los claros, apareció un jinete. El cochero refrenó en cuanto le vio y, volviéndose hacia la silla que iba detrás, gritó:

—¡Es Jeffrey *El Carnicero*!

—¡Detrás de nosotros hay otros dos malvados! ¡Son crueles asesinos! Quédate quieto y espera dócilmente a que se acerquen, Amos. Controla los caballos y no opongas resistencia.

Se oyó un fuerte ruido de cascos y Sophie susurró:

—No dispaes, Stephen.

Stephen, mirando por la ventanilla abierta, dijo:

—No tengo intención de disparar, cariño...

En ese momento, un caballo llegó tan cerca de la ventanilla que su cálido aliento penetró en el coche, y una oscura y corpulenta figura se inclinó sobre su lomo, impidiendo el paso de la luz de la luna por la ventanilla y susurrando en tono cortés:

—Señor, le ruego me disculpe por causarle molestias.

—¡Tenga piedad de mí! —exclamó Stephen—. ¡Llévese todo lo que tengo..., llévese a esta señorita..., pero tenga piedad de mí, tenga piedad de mí!

—Sabía que eras tú, Jack —dijo Sophie, dando una palmada—. Lo supe inmediatamente. ¡Oh, estoy tan contenta de verte, cariño!

—Te concedo media hora —dijo Stephen—, ni un minuto más; esta joven deberá estar de nuevo calentita en su cama antes del amanecer.

Se fue a la otra silla de posta, donde Killick, con infinita satisfacción, le contaba a Bonden cómo habían salido de Londres. Habían ido hasta Putney en un coche fúnebre, seguidos por el señor Pullings en el coche donde debían ir los familiares de luto. A ambos lados del camino habían visto a montones de alguaciles, y todos se quitaban el sombrero y saludaban respetuosamente con la cabeza.

—¡No me lo habría perdido por nada del mundo!

Stephen se paseó de un lado a otro y luego se sentó en la silla de posta. Volvió a pasearse, hablando con Pullings de los viajes del joven en un barco que hacía el comercio con las Indias, el calor aplastante en los ancladeros del río Hugli, la sofocante temperatura en tierra, el despiadado sol y el calor que incluso la luna despedía de noche.

—Si no llego pronto a un lugar donde el clima sea cálido —dijo—, me enterraréis y diréis: «He aquí quien pereció por una desgracia».

Apretó el botón de su reloj de repetición y cuando el viento se calmó se oyó sonar la pequeña campanilla de plata marcando las cuatro y luego los tres cuartos. No llegaba ningún sonido desde el coche de delante. Se detuvo, indeciso, y en ese momento la puerta se abrió y Jack ayudó a bajar a Sophie.

—¡Bonden! —gritó—. Regresa enseguida con la señorita Williams a Paragon y ven después en el coche del correo. Sophie, cariño, sube. Dios te bendiga.

—Dios te bendiga y te proteja, Jack. Cuida que Stephen se envuelva en la capa. Y recuerda que es para siempre, digan lo que digan, para siempre, para siempre.

Capítulo 5

El sol daba de plano en Bombay a mediodía, imponiendo silencio en la ciudad a pesar de que la gente hormigueaba por ella, e incluso en los más recónditos bazares podía oírse cómo rompían las olas del océano Índico, con un sonido acompasado, casi un jadeo, en cuyas aguas, de un apagado color ocre, se reflejaba un cielo demasiado ardiente para ser azul, un cielo que esperaba la llegada del monzón del suroeste. Y en ese mismo momento, mucho más al oeste, más allá de África, el mismo sol aparecía en el horizonte, lanzando sus rayos abrasadores sobre las flácidas juanetes y sobrejuanetes de la *Surprise*, que estaba al paio en una zona de tranquilas aguas algunos grados al norte del Ecuador y unos treinta grados al oeste del meridiano de Greenwich.

La brillante luz descendió hasta las gavias, luego hasta las mayores, y finalmente iluminó la cubierta; entonces se hizo de día. De repente se hizo de día en todo el este, y cuando la luz del sol llegaba a lo más alto del cielo, por la amura de estribor aún podía verse la noche, alejándose velozmente hacia América. Marte, que estaba a una cuarta del horizonte, por el oeste, desapareció de inmediato; la bóveda celeste se hizo más brillante y las oscuras aguas del mar recobraron su habitual color azul, un azul intenso.

—Por favor, señor —suplicó el jefe de la guardia de popa, inclinado hacia el doctor Maturin, que tenía la cabeza cubierta con el saco de dormir—. Se lo ruego, señor.

—¿Qué pasa? —preguntó Stephen por fin, en un horrible tono gruñón.

—Están a punto de dar las cuatro campanadas, señor.

—Bueno, ¿y qué pasa? Ya sé; ésta es una mañana de domingo y tienes que limpiar con piedra arenisca.

El saco, que usaba para protegerse de los rayos de la luna, amortiguó el sonido de sus palabras pero no alteró su tono malhumorado, el mismo que habría empleado cualquier otro hombre al ser sacado bruscamente de una total relajación y un sueño erótico. Y es que en la fragata, debido a la presencia del señor Stanhope y su séquito, había muchas más personas de lo habitual, y bajo la cubierta hacía un calor sofocante, así que Stephen había dormido sobre ésta, pisoteado por los marineros al cambiar de guardia.

—Hay manchas de brea —dijo el jefe de la guardia de popa en tono dulce,

tratando de ser convincente—. ¿Qué aspecto tendrá el alcázar si aún le quedan estas manchas cuando lo preparemos para el servicio religioso?

Pero entonces advirtió que el doctor Maturin tenía intención de seguir durmiendo y volvió a suplicarle:

—Por favor, señor. Por favor, se lo ruego.

Con el calor, el alquitrán de la jarcia se derretía y caía sobre la cubierta, y la brea con que estaban calafateadas las juntas se derretía también. Stephen asomó la cabeza por la abertura del saco y vio que a su alrededor toda la cubierta ya estaba limpia y pulida con arena y piedra arenisca. Se encontraba en una especie de isla salpicada de manchas, rodeado de marineros impacientes por terminar su trabajo para ir a afeitarse y ponerse su ropa de domingo. Había perdido el sueño irremediablemente, así que sacó la cabeza del saco y se puso de pie, murmurando:

—No hay paz en esta condenada carraca... ¡Qué persecución!... ¡Locos supersticiosos!... ¡Siempre cumpliendo con rituales de limpieza judaicos y primitivos!

Entonces se acercó a uno de los costados, caminando con dificultad. Permaneció allí mientras el calor del sol penetraba hasta sus huesos, produciéndole una agradable sensación y reanimándole. Un gallo, empinándose sobre las patas, cantó en el cercano gallinero; y una gallina cacareó para anunciar que había puesto un huevo... ¡un huevo! Estiró sus miembros, miró en torno suyo y se dio cuenta de que los hombres de la guardia de popa tenían una expresión adusta y le miraban con reproche. También notó que tenía las suelas pegajosas a causa del alquitrán, la brea y la resina de los zapatos, y que había ensuciado la cubierta, dejando un rastro de pisadas desde donde había dormido hasta el pasamanos junto al cual se encontraba ahora.

—¡Oh, le ruego que me disculpe, Franklin! —exclamó—. He ensuciado el suelo. Déme un cepillo..., arena..., una escoba.

—¡No, no! —exclamaron.

La expresión adusta había desaparecido de sus rostros. Dijeron que no era suciedad sino un poco de brea y que la quitarían en un momento. Pero Stephen había cogido una pequeña piedra arenisca y había empezado a frotar una mancha con mucho afán. Los marineros que le rodeaban, muy nerviosos y angustiados porque ya habían sonado las cuatro campanadas, sintieron todavía más angustia al ver proyectarse una enorme sombra sobre la cubierta: era el capitán, completamente desnudo y con toalla en la mano.

—Buenos días, doctor —dijo—. ¿Qué estás haciendo?

—Buenos días, amigo mío. Estoy tratando de quitar esta condenada mancha —contestó Stephen—. Tengo que eliminarla.

—¿Vienes a nadar conmigo?

—De mil amores. Dentro de un momento. Tengo una teoría... Un poco más

de arena ahí, por favor... Un cuchillo pequeño... No, mi hipótesis no era válida. Tal vez con agua regia o espíritu de sal...

—Franklin, enséñele al doctor cómo eliminamos las manchas en la Armada. Amigo mío, sería mejor que te quitaras los zapatos, pues así no habría que frotar la cubierta hasta el punto de dejar a Su Excelencia sin techo.

—Es una excelente sugerencia —dijo Stephen y, una vez descalzo, se acercó de puntillas a una carronada, se sentó en ella y se puso a observar las suelas de sus zapatos—. Marcial cuenta que, en sus tiempos, las mujeres de Roma llevaban grabada en la suela la frase *sequi me*, de lo cual se deduce que en la ciudad había mucho barro, pues la frase no quedaría impresa en la arena. Hoy nadaré desde una punta del barco a la otra.

Jack se subió al pasamanos de babor y miró hacia abajo. El agua era tan transparente que podía verse la luz pasar bajo la quilla de la fragata. También podía verse la sombra púrpura que el casco proyectaba hacia el oeste, bien definida en la parte de la proa y la popa y difuminada en la parte de abajo, debido a la gran acumulación de algas en los fondos, pues aunque la fragata tenía el revestimiento de cobre nuevo, había navegado mucho tiempo al sur del trópico. Sin embargo, no se veía ningún animal peligroso, sólo una manada de peces brillantes y algunos cangrejos.

—¡Vamos! —exclamó, tirándose de cabeza al agua.

Aunque el mar estaba más caliente que el aire, una refrescante sensación recorrió el cuerpo de Jack cuando las burbujas rozaron su piel, el agua separó sus cabellos y la sal impregnó sus labios. Desde las profundidades miró hacia la superficie, plateada y brillante como un espejo; por debajo de ella vio el casco de la *Surprise* y por encima las placas de cobre cercanas a la línea de flotación, cuyo reflejo daba al mar una tonalidad violeta. El espejo se hizo pedazos cuando Stephen se tiró de pie desde el portalón, a unos veinte pies de altura, con un fuerte impacto que lanzó al aire la blanca espuma. Se hundió mucho, debido a la fuerza de la caída, y mientras descendía mantenía la nariz apretada con los dedos; luego, aún con la nariz apretada, subió a la superficie, y al llegar allí la soltó y sacó la cabeza del agua de una forma característica, con movimientos convulsivos, los ojos cerrados fuertemente y la boca contraída. Alguna particularidad de la estructura de su cuerpo le hacía hundirse bastante en el agua, de manera que la nariz le quedaba justo encima de la superficie, pero había progresado mucho desde el día en que Jack le había bajado por el costado en un nudo corredizo, en un lugar a tres días de distancia de Madeira, a dos mil millas al norte y muchas semanas de viaje; o tal vez más que semanas de viaje habían sido de larga espera, orientando las velas hasta que pudieran tomar el viento en las sobrejuanetes y las sosobres. Desde aquel lugar, con ayuda de los vientos alisios del noreste que habían encontrado a la altura de Canarias, habían descendido veinticinco grados de latitud, navegando día tras día tan

apaciblemente que casi no tenían que tocar las escotas ni las brazas y avanzando doscientas millas de un mediodía a otro; y a medida que iban cambiando de latitud el sol era más brillante. Ahora estaban en una zona de vientos variables, al norte de la línea del Ecuador, pero todavía no habían encontrado los vientos alisios del sureste, a pesar de que en esa época del año soplaban muy por encima de ella. En las últimas trescientas millas a veces el viento se había encalmado y otras había soplado de forma caprichosa, imprevisible. Durante muchas semanas habían tratado de tomarlo virando a remolque la proa, cambiando la orientación de las vergas y lanzando chorros de agua desde las cofas, hacia arriba y hacia abajo, con el fin de mojar todas las velas, incluso las sobrejuanetes, y conseguir que se hincharan con facilidad; pero a pesar de todo el viento volvía a encalmarse o se alejaba y rizaba el mar apenas a diez millas de distancia. No obstante, la mayoría de los días había calma chicha y la *Surprise* se desviaba imperceptiblemente hacia el oeste con la corriente ecuatorial, girando despacio sobre sí misma. El mar parecía inmóvil, pero podía notarse su ligero movimiento porque desde la fragata, que se desplazaba sin ninguna vela que le diera estabilidad, se veía subir y bajar constantemente la línea del horizonte. Allí casi no había pájaros ni peces (el alcatraz que habían visto el día anterior y la tortuga que habían encontrado eran casos raros) ni tampoco se avistaba nunca ningún barco; el cielo siempre estaba despejado y el sol caía de plano doce horas al día. Se estaban quedando sin agua... Jack se preguntaba cuánto tiempo duraría el racionamiento, pero no quiso hacer cálculos en esos momentos. Se acercó nadando hasta el bote que estaba a remolque a popa, y Stephen, agarrado a la borda de éste, le gritó algo sobre el Helesponto que, a causa de su jadeo, a Jack le resultó incomprensible.

—¿Me has visto? —preguntó cuando Jack estuvo más cerca—. He nadado desde una punta del barco a la otra. ¡Cuatrocientas veinte brazadas sin parar!

—Muy bien, muy bien —dijo Jack, subiendo al bote de un salto y pensando que en cada brazada Stephen debía de haberse desplazado menos de tres pulgadas, ya que la *Surprise* era simplemente una fragata de sexta categoría, de 579 toneladas y veintiocho cañones, la clase de fragata que llamaban «carraca» los que no pertenecían a ella—. ¿Quieres subir a bordo? Te echaré una mano.

—No, no —respondió Stephen, apartándose—. Podré arreglármelas solo. Ahora estoy descansando. De todas maneras, gracias.

Detestaba que le ayudaran. Le había molestado que lo hicieran desde el principio del viaje, cuando sus miembros heridos apenas podían sostenerle. Por eso todos los días había caminado desde el coronamiento hasta la proa repetidas veces, y todos los días, desde que habían llegado a la altura de Lisboa, había subido hasta la cofa del palo de mesana, permitiendo solamente a Bonden que le ayudara, mientras Jack le miraba angustiado desde abajo y dos marineros se movían alrededor del palo con una tupida red para interceptar su caída. Y cada

tarde, con gran esfuerzo, pasaba la mano llena de heridas por las mudas cuerdas del violonchelo, mientras su cara se volvía aún más pálida. Verdaderamente había hecho progresos. No le habría sido posible nadar tanto un mes antes, y mucho menos cuando estaba en Portsmouth.

—¿Qué decías del Helesponto? —preguntó Jack.

—¿Qué anchura tiene?

—Pues, una milla más o menos. Desde un lado se alcanza el otro con un disparo.

—La próxima vez que naveguemos por el Mediterráneo —dijo Stephen—, nadaré en sus aguas.

—Claro que sí. Si otros han podido hacerlo, seguro que tú también.

—¡Mira, mira! ¡Una golondrina de mar justo sobre el horizonte!

—¿Dónde?

—¡Allí, allí! —exclamó Stephen, soltándose para señalarla.

Se hundió inmediatamente, entre burbujas, pero la mano con que señalaba quedó sobresaliendo de la superficie. Jack le agarró por la mano, le subió al bote, y dijo:

—Vamos. Subamos deprisa por la escala de popa. Ya se huele nuestro café y tenemos muchas cosas que hacer esta mañana.

Desató la boza y fue remando hasta la popa de la fragata. Entonces le acercó la escala a Stephen.

La campana sonó. El contramaestre empezó a tocar el silbato, y al oír su llamada los marineros subieron apresuradamente los coyes, alrededor de doscientos, para guardarlos con la rapidez del relámpago en la batayola, con los números hacia el mismo lado. Y de pie, en medio de aquella corriente de marineros, estaba Jack envuelto en una magnífica bata de seda floreada, mirando a su alrededor. El olor del café y el del bacon eran casi irresistibles, pero él quería presenciar toda la operación. Observó que no era tan rápida como deseaba y que algunos coyes no estaban bien tensos, y pensó que Hervey tendría que empezar a usar el látigo de nuevo. En la proa vio a Pullings, que tenía a su cargo la guardia de mañana, mandando atar otra vez un coy en tono áspero; seguramente era de su misma opinión. Jack solía invitar a desayunar al oficial de guardia y a un cadete, pero pensó en todas las actividades sociales en que participaría ese día y en que a Carrow, el cadete que sería invitado, le había brotado con fuerza el acné juvenil, lo cual era suficiente para que un hombre perdiera el apetito. Seguramente el bueno de Pullings iba a disculparle por no hacer la invitación.

Un civil se acercó al alcázar tambaleándose, a causa de un cambio brusco de la marea. Era el señor Atkins, el secretario del enviado del Rey, un hombrecillo raro que ya les había causado muchos problemas, pues tenía una extraña idea de su propia importancia, las posibilidades de alojamiento en una pequeña fragata, y

las costumbres marineras. Además, unas veces se mostraba distante u ofendido y otras se comportaba con excesiva familiaridad.

—Buenos días, señor —dijo Jack

—Buenos días, capitán —dijo Atkins.

Jack emprendió su paseo habitual y Atkins le siguió, ignorando que un capitán debía ser tratado como un ser sagrado. Pero Jack no podía decírselo, a pesar de tener suficiente malhumor para ello, como siempre antes de desayunar.

—Tengo buenas noticias para usted —continuó Atkins—. Hoy Su Excelencia se siente mucho mejor, mejor que ningún otro día desde el comienzo del viaje; seguramente vendrá a tomar el aire dentro de poco. Y me permito indicarle que —cogió a Jack por el brazo a pesar de su resistencia y le habló echándole el aliento a la cara— una invitación a comer sería bien acogida.

—Estoy encantado de saber que está mejor —dijo Jack, soltándose—. Y confío en que pronto podamos disfrutar de su compañía.

—¡Oh! No debe preocuparse. No es necesario que haga muchos preparativos, pues Su Excelencia no es un hombre orgulloso sino muy sencillo. Cualquier comida simple será apropiada. ¿Qué tal si le invita hoy mismo?

—No me es posible —respondió Jack, mirando con curiosidad al hombrecillo—. Los domingos como con los oficiales; esa es la costumbre.

—Sin embargo, capitán, no creo que un compromiso previo sea un obstáculo. ¡Él representa a Su Majestad!

—En la mar las costumbres de la Armada son sagradas, señor Atkins —dijo Jack, y volvió la cabeza hacia otro lado—. ¡Eh, los de la cofa del trinquete, cuidado con esa telera! Señor Callow, por favor, cuando el señor Pullings venga a popa transmítale mis saludos y dígame que me gustaría que desayunara conmigo. Y quisiera que usted también viniera, señor Callow.

Por fin llegó el desayuno y Jack recuperó su natural buen humor. Se habían reunido los cuatro en la cabina pequeña (la grande la ocupaba el señor Stanhope) y estaban apretados, pero el confinamiento formaba parte de la vida marinera. Jack se recostó en la silla, estiró las piernas y luego encendió un puro:

—Siga comiendo, jovencito. No tenga vergüenza conmigo. Debajo de esa tapa hay todavía un montón de lonchas de bacon y sería una pena desperdiciarlas.

Durante la pausa que siguió, sólo interrumpida por el ruido que hacía el guardiamarina al masticar una tras otra las veintisiete lonchas, oyeron repetirse por todo el barco los gritos: « ¡Oigan todos, de proa a popa! ¡Prepárense para pasar revista cuando suenen las cinco campanadas! ¡Todos con jersey marinero y pantalones blancos! ¡Han oído? ¡Todos con ropa limpia y afeitados cuando suenen las cinco campanadas!» . También oyeron claramente, a través del delgado mamparo, la voz metálica del señor Atkins tratando de animar al señor Stanhope y la voz de éste cuando le respondía en tono reposado. El enviado del

Rey era un hombre canoso, de cara lánguida, amable y muy bien educado, y resultaba asombroso que hubiera tomado a su servicio a un tipo tan bullicioso como Atkins. Desde el momento en que había subido a bordo se había sentido mal y había ido mareado hasta Gibraltar. Había vuelto a marearse cuando se dirigían a Canarias y de nuevo en la zona de las calmas del Ecuador, donde la fuerte marejada había arrastrado a la *Surprise* como un tronco y a menudo parecía que iban a caerse todos sus mástiles. Esto último había coincidido con un ataque de gota, acompañado de problemas estomacales, que le había obligado a quedarse en la cabina. Verdaderamente, todos habían visto muy poco al pobre caballero.

—Dígame, señor Callow —dijo Jack, en parte para evitar oír y en parte para ser amable con su invitado—, ¿cómo van de provisiones los guardiamarinas? Hace más de una semana que no veo al carnero que tenían. (El viejo animal, que un avisado proveedor había hecho pasar por un cordero, solía ir renqueando por la cubierta).

—Muy mal, señor —respondió Callow, separando la mano de la cesta del pan—. Nos lo comimos cuando estábamos en los setenta grados de latitud norte. Ahora nos queda la gallina. Le damos lo que podemos, señor, y es posible que ponga un huevo.

—¿Todavía no han comido *molineras*? —preguntó Pullings.

—¡Oh, sí las comemos! —exclamó el guardiamarina—. Ya han subido a tres peniques, lo cual es una maldita..., una verdadera vergüenza.

—¿Qué son las *molineras*?

—Ratas —contestó Jack—. Las llamamos *molineras* porque así nos resulta más fácil comerlas y quizás también porque adquieren un aspecto polvoriento al meterse dentro de la harina y los guisantes secos.

—Mis ratas sólo comen las mejores galletas, untadas ligeramente con mantequilla derretida, y están tan gordas que arrastran la barriga por el suelo.

—¿Ratas, doctor? —preguntó Pullings—. ¿Por qué cría usted ratas?

—Porque quiero ver cómo caminan, qué movimientos hacen... —respondió Stephen.

En realidad, llevaba a cabo un experimento que consistía en alimentarlas con rubia para comprobar cuánto tardaban los componentes de la planta en penetrar en los huesos, pero no dijo nada al respecto. Era muy reservado y cada vez mantenía más asuntos en secreto, incluido todo lo referente a aquellos animales rechonchos, casi del tamaño de gatos, que dormitaban en su cabina durante las cálidas noches y los ardorosos días.

—*Molineras* —dijo Jack, recordando su hambrienta juventud—. En un extremo de la camareta de babor había un agujero donde solíamos poner un pedazo de queso para cazarlas. Asomaban la cabeza por allí cuando iban de camino hacia donde se guardaba el pan, y entonces las cogíamos con un lazo.

Cazábamos tres o cuatro cada noche durante la guardia de media, en el puesto de las islas de Sotavento. Heneage Dundas —se dirigía a Stephen— se comía el queso después.

—¿Servía usted como guardiamarina en la *Surprise*, señor? —preguntó el señor Callow atónito, atónito, como si hubiera creído que los capitanes de navío venían directamente del Almirantazgo.

—Sí, así es —respondió Jack.

—¡Dios santo! Entonces la fragata debe de tener muchos años, señor. Tal vez sea la más vieja de toda la flota.

—Efectivamente —contestó Jack—, es muy vieja. La capturamos al principio de la pasada guerra (era francesa y su nombre era *Unité*), y ya entonces tenía algunos años. ¿Le apetece otro huevo?

Callow dio un salto en el asiento y estuvo a punto de caerse porque Pullings le dio una patada por debajo de la mesa. Cambió la respuesta: «Sí, señor, con su permiso», que tenía pensada, por: «No, señor, muchas gracias» y se puso de pie.

—En ese caso, tenga la amabilidad de decirle a sus compañeros que vengan a la cabina con sus tablillas.

Durante el resto de la mañana, hasta que dieron las cinco campanadas en la guardia de mañana, estuvo ocupado, primero con los guardiamarinas y luego escuchando los informes del contramaestre, el condestable, el carpintero y, por último, el contador. Según éste, el señor Bowes, aún había suficientes provisiones, mucha carne de vaca y de cerdo y guisantes y galletas para seis meses, pero los quesos y la mantequilla no debían comerse (a pesar de estar hecho a todo, Jack retrocedió al oler las muestras que le había llevado) y, lo que era aún peor, el agua era muy escasa. Por una operación fraudulenta se habían introducido en la *Surprise* una serie de toneles de cobre que perdían tanta agua como consumía toda la tripulación, y al nuevo tonel de hierro se le había salido toda el agua. Todavía Jack estaba revisando papeles cuando Killick entró con la chaqueta de su mejor uniforme en la mano y le hizo una señal con la barbilla.

—Señor Bowes, terminaremos esto más tarde —dijo Jack.

Mientras se vestía (con aquel calor aplastante parecía que la tela de la chaqueta tenía tres pulgadas de grosor) pensó en el agua y en la posición en que estaban. Se habían alejado tanto hacia el oeste durante las semanas en que navegaban sin rumbo fijo que cuando encontraran los vientos alisios del sureste seguramente les sería difícil doblar el cabo de San Roque, en Brasil. En la carta marina observó la posición exacta de la *Surprise* y la costa brasileña, a unas quinientas millas de ésta. Sus repetidos cálculos según la observación de la luna eran muy similares a los hechos con el cronómetro, los del segundo oficial y los del señor Hervey. Además, cerca del Ecuador los vientos alisios solían soplar desde el sur. Mientras se ocupaba de estos problemas y de abrocharse los botones

y el talabarte y anudarse la corbata, notó que la fragata escoró en la dirección del viento y luego, escorando un poco más, empezó a moverse despacio a la vez que se oía el agua deslizándose por sus costados. Levantó la vista hacia el compás soplón: OSO ½ O. Tal vez el viento dejaría de soplar muy pronto.

Cuando subió a la abarrotada cubierta, donde el calor era aún más sofocante, todavía el viento soplaba. La fragata había alcanzado suficiente velocidad para que se pudieran hacer maniobras y navegaba de bolina, con todas las vergas estremeciéndose y las velas como tablas. El señor Hervey, el pesado y miope primer oficial, que estaba muy nervioso y sudaba dentro de su uniforme, le miró con más seguridad de lo habitual y le sonrió. Seguramente todo iba bien.

—Muy bien, señor Hervey —dijo—. Esto es lo que esperábamos, ¿verdad? Ojalá que dure mucho. Tal vez deberíamos mantenerla un poco orientada hacia altamar, ajustando las escotas de la trinquete y la mayor, para hacerla ganar una braza.

Afortunadamente, Hervey no era uno de esos oficiales quisquillosos que querían mandar siempre. No tenía una gran opinión de sí mismo como marino (ni tampoco los demás) ni se ofendía por nada, mientras le trataran con amabilidad. Hervey pasó las órdenes y la *Surprise* empezó a avanzar como si tuviera la intención de cruzar el Ecuador oblicuamente antes de caer la noche. Entonces Jack dijo:

—Creo que debemos llamar a todos a formar.

El primer oficial se volvió hacia Nicolls, el oficial de guardia, y dijo:

—¡Llamar a todos a formar!

Nicolls le dijo a su ayudante:

—Señor Babbington, llame a todos a formar.

Babbington abrió la boca para dirigirse al infante de marina que tocaba el tambor, pero antes de que dijera nada el tambor atronó el aire con su tantararan-tan y todos los oficiales corrieron a sus puestos.

El toque del tambor era inútil como aviso, pues realmente no anunciaba nada nuevo ni inesperado. Los tripulantes ya llevaban algún tiempo alineados junto a los pasamanos del alcázar y el castillo, colocados en las consabidas marcas de la cubierta, mientras los guardiamarinas intentaban que se mantuvieran derechos y con la punta de los pies junto a la raya y les arreglaban los pañuelos y las cintas del sombrero. Para ellos pasar revista era una ceremonia formal, tan formal como un baile, en un baile que el capitán abría con toda solemnidad.

Y eso hizo el capitán en cuanto los oficiales informaron a Hervey que todo estaba listo y Hervey se lo comunicó a él. Se volvió primero hacia los infantes de marina. Aunque éstos, por estar situados al final del alcázar, no quedaban protegidos por el toldo, se mantenían erguidos formando un perfecto conjunto blanco y rojo, con sus rostros y sus mosquetes brillando al sol. Jack le devolvió el saludo al oficial que estaba al mando y empezó a caminar lentamente entre las

filas. No creía que importara su opinión sobre cómo se habían colocado la pechera de cuero, qué cantidad de polvos tenían en el pelo y el número y el brillo de sus botones; en cualquier caso, Etherege, el teniente, era un oficial muy competente y seguro que no encontraría motivo para criticarle. No obstante, el cometido de Jack era verlo todo, como Dios, y realizó su inspección objetivamente y con seriedad. Como hombre sentía pena al ver que los infantes de marina se estaban cociendo, como capitán debía permitir que siguieran allí sufriendo (el sol era cada vez más fuerte y el alquitrán ya se estaba derritiendo y caía sobre los toldos).

—Muy bien, señor Etherege —dijo.

Se volvió hacia el primer grupo de marineros, los del castillo, al frente de los cuales estaba el señor Nicolls, ayudante del primer oficial. Eran los mejores marineros de la fragata, todos de primera, la mayoría de mediana edad, aunque había algunos bastante mayores. Sin embargo, en todos los años que habían pasado en la mar, ninguno había aprendido a mantenerse en posición de atención. Tiraron al aire sus sombreros cuando le vieron acercarse y mantuvieron los pies lo más cerca posible de la raya, pero en eso consistió toda su formalidad, pues se alisaron el pelo con la mano, se subieron los amplios pantalones blancos hechos en casa, miraron a todas partes, sonrieron, tosieron y prestaron atención a otras cosas; se comportaron de forma muy diferente a los soldados. Jack, mientras avanzaba lentamente con el señor Hervey en medio del silencio, pensaba que era un grupo bastante bueno, eran marineros con la sal impregnada en los huesos, y a la luz atenuada por el toldo vio que algunos estaban casi calvos (sus cabezas parecían muy blancas en contraste con sus rostros bronceados) pero se recogían el escaso pelo que les quedaba en una coleta en la nuca, a veces aumentada con estopa. Formaban un grupo con un vastísimo conocimiento de la vida marinera; sin embargo, cuando Jack le devolvió el saludo de despedida al señor Nicolls, notó con asombro que estaba mal afeitado y sucio, y que tenía también sucios el uniforme y la camisa. Casi nunca había visto a un oficial en esas condiciones ni con una expresión como aquella, mezcla de indiferencia y cansancio.

Se acercó al grupo de gavieros encabezado por Pullings, quien le saludó como si nunca se hubieran visto, con la frase: «Presentes, limpios y correctamente vestidos, señor» y luego se colocó detrás de él y el primer oficial. Tenían elegancia y un censurable aire vanidoso. Todos vestían sus mejores ropas: pantalones blancos como la nieve y jerséis, marineros con cuello azul. Los más jóvenes llevaban cintas cosidas a los jerséis, hermosos pañuelos alrededor del cuello, como si fueran chales, largos rizos que les caían por los hombros y pendientes dorados.

—¿Qué le ocurre a Kelynach, señor Pullings? —preguntó Jack, deteniéndose.

—Se cayó desde el penol de la juanete el viernes, señor.

Sí, Jack recordaba la caída. Había sido espectacular, pero afortunadamente

sin malas consecuencias, pues debido al balanceo el marinero no había chocado con los palos ni los cabos al caer, sino que había ido a parar directamente al mar, de donde le habían rescatado sin ninguna dificultad. Sin embargo, eso no era motivo suficiente para que tuviera aquel aire taciturno y la mirada inexpresiva. Con sus preguntas no averiguó nada, sólo obtuvo la respuesta: «Estoy muy bien, señor, estupendamente». Pero ya había visto antes rostros como aquel, hinchados y con los ojos hundidos, los había visto con demasiada frecuencia. Al llegar junto al grupo de marineros del combés, con Babbington al frente, observó los mismos signos en la cara de Garland, un pobre hombre que en todos los años que llevaba navegando no había aprendido más que a manejar el lampazo, y ni siquiera bien, un tipo fornido y simplón que siempre sonreía tontamente o se reía cuando llamaban a todos a sus puestos.

—¿Qué piensa de ese hombre? —le preguntó a Hervey.

El primer oficial inclinó la cabeza hacia delante para mirar a Garland a la cara y luego respondió:

—Ese es Garland, señor. Es un buen hombre, y aunque no es muy brillante cumple con su deber.

Al oír este comentario, el marinero no se sonrojó ni mostró satisfacción sino que se quedó muy quieto, manso como un buey.

Jack se aproximó entonces al grupo de los artilleros, en su mayoría hombres rigurosos pero lentos. Había advertido en ellos la habitual falta de entrenamiento, pero no les dejaría en paz hasta que aprendieran a manejar las piezas de artillería tan bien como servían a su propio Dios. El último del grupo era Conroy, un joven de ojos azules y de la misma altura de Jack, pero mucho más delgado, de hermosas facciones, casi femeninas, y piel tersa y suave. Su hermosura no llamó la atención de Jack (no podía decirse lo mismo del resto de sus compañeros de tripulación), pero el aro de hueso con que sujetaba su pañuelo sí. Era una vértebra de tiburón, y en ella Conroy había grabado una imagen tan exacta de la *Sophie*, la primera embarcación al mando de Jack, que éste la reconoció enseguida. Probablemente Conroy tenía parentesco con alguien que había pertenecido a su tripulación. Sí, uno de sus oficiales de derrota tenía el mismo apellido, un hombre casado que siempre mandaba a su casa la paga y el dinero de los botines. ¿Estaría navegando con el hijo de un antiguo compañero de tripulación? ¡Cómo pasaban los años! Aquel no era un momento apropiado para hablar, y aunque lo fuera, Conroy estaba tan nervioso que seguramente empezaría a tartamudear o se quedaría mudo. Cuando tuviera un poco de tiempo, le echaría un vistazo al rol.

A continuación pasó al castillo, donde fue recibido por el contramaestre, el carpintero y el condestable, los oficiales permanentes de la fragata, que permanecían inmóviles y se sentían molestos dentro de aquellos uniformes que rara vez usaban. Y de repente desapareció la sensación de que tenía muchos

años, pues vio entre ellos a Rattray, uno de los primeros oficiales que había llegado a la fragata. Jack era ayudante del segundo oficial en la *Surprise* cuando Rattray era el contraestre, y ahora, bajo su mirada triste, afectuosa y llena de respeto, pero también penetrante, se sentía muchísimo más joven. Tuvo la impresión de que Rattray traspasaba con la mirada su charretera de capitán de navío y que lo que veía tras ella no le parecía gran cosa, que no se dejaba engañar por la pompa. Interiormente, Jack estaba de acuerdo con él pero, asumiendo su papel, adoptó un aire ceremonioso cuando intercambiaron los saludos formales. Luego, con alivio, se dirigió adonde estaban el maestro de armas y el grupo de los grumetes, tomándose una mezquina revancha al pensar que Rattray no había sido un buen contraestre, por lo que se refería al mantenimiento de la disciplina, ni ya conocía tan bien como antes los aparejos. Los grumetes parecían bastante listos, pero tenían más manchas de lo habitual y de lo tolerable. Uno de ellos tenía una enorme mancha oscura en el hombro: alquitrán.

—Maestro de armas, ¿qué significa esto? —preguntó Jack.

—Le ha caído de la jarcia hace un momento, señor. He visto cómo caía.

El grumete, un muchacho canijo y con adenoides que siempre tenía la boca abierta, miraba aterrorizado.

—Bueno, creo que esto podemos considerarlo un caso de fuerza mayor. Que no se repita otra vez, Peters —dijo Jack, con mirada grave, mientras por el rabillo del ojo veía cómo tres grumetes de la última fila hacían enormes y desesperados esfuerzos por contener la risa, retorciendo la boca.

Pasó rápidamente adonde estaban los marineros del combés de babor y la guardia de popa. Eran marineros de muy inferior categoría, en su mayoría ignorantes, estúpidos y torpes, aunque tal vez los campesinos llegados recientemente podrían mejorar. En general, parecían alegres y de buen carácter, a excepción de tres o cuatro tipos malencarados que procedían de las cárceles. Y entre ellos Jack volvió a ver caras demacradas y de color mortecino.

Ya había terminado de pasar revista a la tripulación. Opinaba que no estaba nada mal, y, por otra parte, era la primera vez que a él no le faltaban marineros. Pero la disciplina se había relajado durante los últimos días de vida de su predecesor, el pobre Simmons, y había empeorado durante los meses que la fragata había pasado en Portsmouth. Además, Hervey no era capaz de conseguir que la tripulación fuera eficiente. Era amable, concienzudo, una agradable compañía cuando podía vencer su timidez y un experto matemático, sin embargo, no veía de una punta a otra de la fragata, y aunque hubiera tenido ojos de lince, no era un auténtico marino. Peor aún, carecía de autoridad, y su benevolencia y su ignorancia habían perjudicado a la *Surprise*. De todas formas, habría hecho falta un oficial excepcional para resolver la situación en que se encontraba la fragata. La *Surprise* había perdido a la mitad de sus hombres

porque les había reclutado el almirante del puerto, y éstos habían sido reemplazados por tripulantes del *Racoon*, que fueron llevados en masa a la fragata cuando volvían de una misión de cuatro años en el puesto de América del Norte, sin que antes se les permitiera bajar a tierra. Los tripulantes del *Racoon*, los de la *Surprise* y el pequeño grupo de campesinos reclutados por la fuerza no se habían mezclado; había rivalidad entre ellos y muchas clasificaciones eran erróneas. Por ejemplo, el capitán de la cofa del trinquete no conocía su trabajo, y en cuanto a los artilleros... Pero no era eso lo que le preocupaba cuando se dirigía a la cocina. Tenía una fragata encantadora y bien equipada, a pesar de ser frágil y antigua, y también algunos oficiales competentes. En realidad, lo que le atormentaba era la idea de que el escorbuto había aparecido. Aunque tal vez estuviera equivocado, tal vez la languidez de aquellos rostros se debiera a otras muchas causas. Además, era extraño que apareciera ahora el escorbuto, pues llevaban muy poco tiempo de viaje.

El calor de la cocina le hizo pararse en seco. Aunque en cubierta el calor era sofocante, incluso con la oportuna brisa, al asomarse allí le pareció que entraba directamente al horno de un panadero. El cocinero tenía tres piernas; un cañonazo le había arrancado las suyas el Glorioso Uno de Junio, y, además de las dos que le habían puesto en el hospital, llevaba otra, sujeta ingeniosamente a su trasero, para impedir que se cayera en los calderos o sobre el fogón cuando había marejada. El fogón tenía ahora un color rojo cereza que resaltaba en la penumbra y la cara del cocinero brillaba por el sudor.

—Muy bien, Johnson. Estupendo —dijo Jack, retrocediendo un paso.

—¿No va usted a inspeccionar las ollas, señor? —preguntó el cocinero, y su luminosa sonrisa desapareció y también su cara iba desapareciendo en la oscuridad.

—Por supuesto que sí —respondió Jack, poniéndose el guante blanco necesario para la ceremonia.

Pasó la mano enguantada alrededor de las cazuelas, se miró los dedos como si realmente esperara verlos manchados por los restos de suciedad y grasa. Una gota de sudor temblaba en la punta de su nariz y muchas otras corrían por dentro de su chaqueta, pero echó un vistazo a la sopa de guisantes, los hornos y los dos quintales de pudding de pasas, el pudding de los domingos, antes de pasar a la enfermería, donde el doctor Maturin y su esquelético ayudante escocés le esperaban. Se detuvo junto a todos los coyotes (había un hombre con un brazo roto, cuatro con sífilis y uno con hernia y sífilis) pronunciando frases que le parecían alentadoras, como: «Tiene mejor aspecto», «Pronto se pondrá bien» y «Estará de nuevo con sus compañeros cuando crucemos el Ecuador», y luego se puso bajo el agujero de la manguera de ventilación para disfrutar del aire relativamente fresco, de 105°F, y le dijo a Stephen en tono confidencial:

—Por favor, haz un recorrido por la cubierta con el señor McAlister y

observa a todos los grupos de tripulantes mientras estoy abajo. He apreciado en algunos hombres síntomas parecidos a los del horrible escorbuto. Espero que esté equivocado, es demasiado pronto, pero son condenadamente parecidos.

Fue entonces al rancho. Un espantoso gato estaba allí echado con las patas delanteras dobladas y una mirada desafiante. A su lado estaba su amigo íntimo, un loro verde igualmente espantoso, postrado por el calor, que gritó una o dos veces: ¡*Erin go bragh!*^[5] cuando Jack y Hervey, agachando la cabeza, pasaban alrededor de las mesas, las bandejas, las cajoneras y los bancos resplandecientes, mientras la luz, al atravesar los enjaretados y las escotillas, formaba cuadrículas sobre el limpiísimo suelo. No encontró muchas faltas allí, ni en la camareta de guardiamarinas ni, por supuesto, en la sala de oficiales. Pero en el pañol de velas, donde el contraмаestre volvió a reunirse con ellos, algo le horrorizó: al inspeccionar una trinquetilla, observó que estaba cubierta de moho, y luego comprobó que también lo estaban las demás velas.

Este hecho se había producido por holgazanería y descuido y podía traer graves consecuencias. El pobre Hervey se retorció las manos y el contraмаestre, aunque era un hombre más curtido, pronto se encontró casi en sus mismas condiciones. Era ostensible la rabia de Jack, y su absoluto desdén hacia las excusas de Rattray: «Ocurre con mucha frecuencia cerca del Ecuador... No hay agua dulce para quitar la sal... La sal mantiene la humedad... Es difícil pegarlas bien entre todos estos toldos...». Tuvieron sobre éste un efecto devastador.

Jack hizo una serie de observaciones sobre la eficiencia necesaria en un navío de guerra usando un tono conversacional, en voz bastante baja pero no inaudible, por eso cuando subió a la cubierta, después de haber revisado el pañol de cabos y las bodegas, incluida la de proa, la expresión de los tripulantes era en parte regocijada y en parte aprensiva. Todos estaban muy contentos de que el contraмаestre las hubiera pagado todas juntas (es decir, todos los que no tendrían que emplear la sagrada tarde del domingo en «sacarlas todas, señor, hasta las alas, hasta las bonetas, hasta la última vela de capa, ¿entendido?») pero a la vez temerosos de que fueran descubiertas sus propias faltas y la próxima vez las pagaran ellos, pues el capitán era un tipo muy duro, una auténtica fiera.

Sin embargo, Jack regresó al alcázar sin haber mordido ni pegado a nadie en el camino y, tras mirar por entre los toldos hacia la pirámide de velas todavía tirante, le dijo al señor Hervey:

—Prepara la iglesia, por favor.

En el alcázar aparecieron sillas y bancos, y el mueble donde se guardaban los sables, adecuadamente cubierto por banderas de señales, se convirtió en un atril. La campana de la fragata empezó a tocar y los marineros fueron en tropel hacia la popa. Los oficiales y los miembros del séquito del señor Stanhope esperaban a éste de pie, junto a sus puestos. El enviado del Rey caminaba lentamente hacia su

silla, a la derecha del capitán, sostenido de un lado por el pastor y del otro por su secretario, y entre todas aquellas caras rojas como la caoba, la suya se veía tan pálida que parecía la de un fantasma. Nunca había deseado ir a Kampong, ni siquiera sabía dónde estaba Kampong antes de que le asignaran esa misión. Y además de eso, odiaba el mar. Sin embargo, ahora que la *Surprise* se movía con la suave brisa, el balanceo le resultaba mucho menos molesto (casi no se percibía si se mantenía la vista alejada del pasamanos y del horizonte) y, por otra parte, la ceremonia religiosa de la Iglesia de Inglaterra, que le era muy familiar, le servía de consuelo en aquel extraño complejo de cabos, madera y lienzo donde el aire estaba tan caliente que era casi irrespirable. Siguió la ceremonia con tanta atención como los marineros, y cuando empezó el canto de los salmos tan bien conocidos, se unió al grupo con su suave voz de tenor, que fue ahogada por el vozarrón del capitán, sentado a su izquierda, y seguida dulcemente en tonos más altos por la lejana voz angelical del serviola galés, desde lo alto de las crucetas del mastelerillo de proa. Pero cuando el pastor anunció el tema de su sermón, el señor Stanhope cerró los ojos y su pensamiento se fue muy lejos, hasta su parroquia, en cuyo interior el aire era fresco, los zafiros de la ventana del lado este daban una tenue luz y se sentía tranquilidad entre las tumbas familiares.

Todavía su pensamiento vagaba cuando el reverendo White dijo:

—Sexto versículo, salmo 75: *El ascenso no nos llega del este, ni del oeste ni del sur.*

Entonces los guardiamarinas, que estaban a sotavento, y los tenientes, que se encontraban a barlovento, sintieron reavivarse su devoción y se inclinaron hacia delante, con gran expectación. Por su parte, Jack, que tenía que dar los sermones cuando no había ningún pastor en su barco, pensó: «Es un tema verdaderamente apasionante».

No obstante, cuando estuvo claro para la mayoría que el ascenso tampoco llegaba del norte, como habían supuesto los más perspicaces guardiamarinas, sino que se conseguía por medio de una línea de conducta que, según el señor White, debía estar regida por diez puntos principales, todos fueron perdiendo poco a poco el interés. Y cuando descubrieron que aquel ascenso no se conseguía en este mundo, dejaron de prestarle atención y empezaron a pensar en la comida, la comida del domingo, en el pudín de pasas que, con muy pocas brasas, se cocía a fuego lento bajo el sol ecuatorial. Miraron hacia las velas, que gualdrapeaban porque el viento había amainado, pensaron en la conveniencia de poner un ala en uno de los costados para poder avanzar. Callow, que también había sido invitado a comer con los oficiales a las dos, pensó: «Si puedo sobornar a Babbington, comeré dos veces. Puedo bajar corriendo, en cuanto hayamos medido la altura del sol...».

—¡Cubierta! —gritó una voz desde lo alto—. ¡Cubierta! ¡Barco a la vista!

El pastor interrumpió su discurso y Jack preguntó:

—¿Dónde?

—A dos puntos por la amura de estribor, señor.

—Manténgase alejado, Davidge —le dijo Jack al timonel, que aunque estaba en medio de aquella congregación no pertenecía a ella ni de su boca había salido nunca ningún himno, salmo, oración o responso—. Continúe, señor White, por favor. Le ruego que me disculpe.

En el alcázar hubo una gran agitación; los hombres miraban a su alrededor y hacían conjeturas. Jack sentía cómo aumentaba la tensión en torno a él, pero siguió escuchando atentamente al pastor, con la cabeza ladeada y una mirada grave, y tan sólo se movió para mirar su reloj.

—Décimo y último... —dijo el señor White, hablando con más rapidez.

Abajo, en el espacioso comedor ahora vacío y con poca luz, Stephen caminaba de un lado a otro leyendo el capítulo sobre el escorbuto del libro *Diseases of Seamen* (Las enfermedades de los marineros) de Blane. Al oír aquel grito se detuvo, volvió a detenerse después y entonces le dijo al gato:

—¿Cómo es posible esto? Han avisado que hay un barco a la vista y no se ha armado un alboroto ni ha empezado una frenética actividad. ¿Qué pasará?

El gato frunció la boca. Stephen volvió a abrir el libro y siguió leyendo hasta que oyó doscientas voces corear: « ¡Amén! ».

En cubierta la improvisada iglesia iba desapareciendo entre un murmullo general, y los hombres, muy nerviosos, miraban unas veces al capitán y otras, por encima de la batayola, al horizonte, donde podía verse una mancha blanca cuando la fragata subía con las olas. Bajaron rápidamente las sillas y los bancos, y los sables recuperaron el valor simbólico que tenían en el Viejo Testamento. Pero antes de que se llevaran los libros de oración, ya habían subido a la cubierta los cuadrantes y sextantes, pues los primeros nueve puntos del sermón del señor White habían durado muchísimo tiempo, casi hasta mediodía. El sol estaba cerca de su cénit y se aproximaba el momento de medir su altitud. Su despiadada luz dio de lleno en el alcázar cuando el toldo que lo cubría se recogió, y el segundo oficial, sus ayudantes, los guardiamarinas, el primer oficial y el capitán, que ocupaban sus posiciones en espera de ese gran momento, el comienzo de un día de navegación en sentido estricto, sólo tenían una pequeña sombra a sus pies. Aquellos cinco minutos eran solemnes, sobre todo para los guardiamarinas (el capitán insistía en la importancia de una profunda observación), aunque no parecía que el sol le importara mucho a nadie. No lo parecía hasta que Stephen Maturin se acercó a Jacky y le preguntó:

—¿Qué historia es esa que cuentan sobre un barco extraño?

—Un momento —respondió Jacky y se acercó a la batayola.

Elevó el sextante para calcular la altura del sol sobre el horizonte, anotó la medición en la pequeña tablilla de mármol y luego dijo:

—¿Un barco? ¡Ah, sí! En realidad, son los picos de Saint Paul Rocks, ¿sabes?

No se escaparán. Si no amaina el viento, las veremos de cerca después de la comida. Son muy curiosas; tienen gaviotas, alcatraces y otras aves.

La noticia se propagó inmediatamente por toda la fragata (eran rocas, no barcos, cualquier maldito marinero inexperto que hubiera pasado de Margate conocía Saint Paul Rocks) y los hombres volvieron a pensar en la comida, que se serviría cuando terminara la medición de la altitud. Los marineros que servían las mesas esperaban cerca del fogón con las bandejas de madera y un ayudante del encargado de las bodegas mezclaba el grog bajo la atenta mirada de los oficiales de derrota y el dispensero del contador. El olor de la comida, mezclado con el del ron, se propagó por la cubierta provocando que ciento noventa y siete bocas se llenaran de saliva. El contraмаestre, de pie en el saltillo del castillo, estaba preparado para dar la voz de rancho. Junto al pasamanos, el segundo oficial bajó el sextante, se acercó al señor Herve y le dijo:

—Las doce en punto, señor, y cincuenta y ocho minutos norte.

El primer oficial se volvió hacia Jack, se quitó el sombrero y repitió:

—Las doce en punto, señor, con su permiso, y cincuenta y ocho minutos norte.

Jack se volvió entonces hacia el oficial de guardia y le comunicó:

—Señor Nicolls, son las doce.

El oficial de guardia llamó a su ayudante y le dijo:

—Son las doce.

El ayudante le dijo al oficial de derrota:

—Toque ocho campanadas.

El oficial de derrota le ordenó al infante de marina que estaba de centinela:

—Dé la vuelta al reloj y toque la campana.

En cuanto sonó la primera campanada, el señor Nicolls le gritó con todas sus fuerzas al contraмаestre:

—¡Dé la voz de rancho!

El contraмаestre dio la voz de rancho, por supuesto, pero apenas pudo oírse en el alcázar por el ruido de las bandejas al chocar, los gritos de los cocineros, el estruendo de las pisadas y los repetidos golpes que los marineros daban en sus platos. Cuando hacía aquel tiempo los marineros comían en cubierta, en medio de los cañones, y procuraban sentarse en la misma posición que ocupaban en las mesas de abajo.

Jack condujo a Stephen a su cabina y le preguntó:

—¿Qué piensas de esos hombres?

—Tenías mucha razón —dijo Stephen—. Es escorbuto. Todos los expertos coinciden en la descripción: debilidad, dolor muscular generalizado, petequias, encías sangrantes, mal aliento... Y además, McAlister, que es un tipo listo y ha visto muchos casos, no tiene ninguna duda. Basándome en una serie de observaciones, he llegado a la conclusión de que casi todos los afectados

proceden del *Racoon*. Llevaban meses navegando cuando les trajeron.

—¡Así que es esa la causa del problema! —exclamó Jack—. Pero no me cabe duda de que podrás curarles. ¡Oh, sí, tú les curarás enseguida!

—Desearía estar tan seguro como tú. Y me gustaría creer que nuestro zumo de lima no está adulterado. Dime una cosa, ¿hay vegetación en esas montañas rocosas?

—Ni una brizna de hierba, ni una sola brizna —dijo Jack—. Ni tampoco hay agua.

—Bueno —dijo Stephen, encogiéndose de hombros—. Haré todo lo que sea posible empleando lo que tengo.

—Seguro que lo harás, mi querido Stephen —dijo Jack, lanzando lejos su chaqueta y con ella una parte de su preocupación.

Tenía tanta fe en los poderes de Stephen que, a pesar de haber estado en un barco donde la mayoría de la tripulación había sido afectada por la enfermedad y casi no quedaban marineros para llevar anclas o izar velas, y mucho menos para entablar combate, a pesar de eso, se sentía tranquilo y pensó entonces en los cuarenta grados de latitud y los fuertes vientos del oeste que soplaban allí, mucho más al sur del Ecuador.

—Es un gran alivio tenerte a bordo —continuó—. Es como navegar con un pedazo de la Santa Cruz.

—¡Tonterías! ¡Tonterías! —exclamó Stephen—. Me gustaría que te quitaras esa idea de la cabeza. La medicina puede hacer muy poco y la cirugía menos. Todo lo más que puedo hacer yo es una purga, una sangría, socorrer en un caso de necesidad, componer una pierna o cortarla. ¿Qué podrían hacer Hipócrates, Galeno, Rhazes, qué podrían hacer Blane o Trotter frente a un carcinoma, un sarcoma o el lupus?

A menudo había tratado de que Jack perdiera su fe en él, pero Jack le había visto trepanar el cráneo del condestable de la *Sophie* y sacarle los sesos. Stephen le miró y, por su expresiva sonrisa, comprendió que tampoco esta vez lo había conseguido.

En la *Sophie*, todos los tripulantes sabían que si el doctor Maturin se lo proponía podía salvar a cualquiera, si los cambios de la marea no lo impedían, y Jack también, pues, como buen marino, tenía sus mismas ideas, aunque fueran un poco más elaboradas.

—¿Te apetece un vaso de madeira? —preguntó—. Creo que los oficiales mataron su cerdito para la comida de hoy y el madeira es una excelente base para la carne de cerdo.

El madeira sirvió muy bien de base, el borgoña de acompañamiento y el oporto de remate, pero habrían estado mejor si su temperatura hubiera sido inferior a la de la sangre. «No sé cuánto tiempo puede soportar este exceso el organismo humano», pensó Stephen, mirando a su alrededor. Estaba comiendo

una galleta untada con ajo y sólo había tomado café frío y muy diluido, por razones teóricas y a la vez por elección personal, pero al observar a los demás tuvo que admitir que, hasta ese momento, sus organismos soportaban el exceso bastante bien. Jack, con una gruesa capa de pudding sobre dos libras de carne de cerdo y tubérculos parecía más propenso a sufrir una apoplejía que otras veces, pero sus ojos azules, que resaltaban en su cara enrojecida, no estaban opacos, por tanto no había peligro inmediato. En las mismas condiciones estaba el grueso señor Hervey, que había comido y bebido más de lo habitual, y su cara redonda se parecía al sol del amanecer, excepto en las arrugas de risa. Todos los rostros, menos el de Nicolls, estaban muy rojos, pero el de Hervey tenía un color más intenso que los demás. El primer oficial era muy sencillo, sin pretensiones, no entablaba discusiones ni era agresivo. ¿Cómo se comportaría alguien así en una batalla cuerpo a cuerpo? Tal vez su cortesía (Hervey era todo un caballero) tendría consecuencias fatales para él. En cualquier caso, se encontraba fuera de lugar allí y era una persona mucho más adecuada para pertenecer a un gremio o al clero. Era una víctima de las circunstancias. Su influyente familia tenía muchas relaciones en el ámbito naval y estaba llena de almirantes, y puesto que su *summum bonum* era conseguir un buque insignia, trataba de que él obtuviera un mando lo más joven posible, mediante cualquier forma pasable de corrupción. El jurado que le había aprobado en el examen de teniente estaba compuesto por protegidos de su abuelo que, muy serios, informaron por escrito que habían examinado «al señor Hervey..., parece que tiene veinte años... Nos ha mostrado los certificados..., su disposición y seriedad. Sabe ayustar, hacer nudos y arrizar las velas, y puede gobernar un barco. Conoce las mareas; sabe calcular el rumbo del barco según datos de la navegación loxodrómica o de Mercator, hacer mediciones con referencia al sol y las estrellas y leer las variaciones del compás. Queda clasificado como marinero de primera y guardiamarina», pero todo era mentira, salvo lo referente a los cálculos matemáticos, pues casi no tenía experiencia como marino. Sería nombrado capitán en cuanto se reuniera con su tío, el almirante del puesto de las Indias Orientales, y pocos meses después sería un capitán de navío angustiado, inseguro e incompetente. Él y el contador habrían sido felices si hubieran intercambiado sus puestos. Bowes, el contador, no había podido hacerse a la mar desde niño, pero como le apasionaba la vida a bordo de un barco (su hermano era capitán), compró un puesto de contador. A pesar de que tenía un pie zopo se había destacado en algunos ataques rápidos y muy peligrosos. Siempre estaba en cubierta, por lo que conocía las maniobras perfectamente, y se enorgullecía de saber gobernar un bote. Sabía mucho sobre el mar, y a pesar de que no era muy buen contador, era honrado, lo que le convertía en un raro ejemplar. Pullings seguía siendo el mismo joven delgado y ágil de siempre y seguía teniendo la misma amabilidad. Estaba muy contento de ser un teniente, su mayor ambición, y muy contento de estar en el mismo barco

que el capitán Aubrey. Parecía increíble que pudiera mantenerse tan delgado comiendo con la avidez de un lobo. Harrowy era el segundo oficial. Tenía la cara ancha y siempre sonreía; sonreía ahora, con los labios unidos en el centro de la boca y las comisuras abiertas, como si fingiera la sonrisa. Pero nada más lejos de eso, pues aunque el segundo oficial era un ignorante y un presuntuoso, no era falso. Le faltaban los dientes; tenía grandes entradas y el pelo no muy largo. Su abultada frente, generalmente pálida, ahora estaba roja y perlada de sudor. Había ascendido a ese puesto gracias a Gambier, un almirante evangelista, a pesar de que no era un navegante destacado. Pertenecía a una secta del oeste del país y se dedicaba a predicar cuando estaba en tierra. A menudo iba a la enfermería a visitar a los enfermos (en una ocasión le había dicho a Stephen: « Hay algo bueno dentro de todos ellos. Debemos ayudarles a ser mejores » y cuando Stephen le había preguntado cómo pensaba conseguirlo él había respondido: « Confío en el fervor religioso y en el magnetismo personal »), les llevaba pollo y vino, les escribía las cartas y les prestaba o regalaba pequeñas cantidades de dinero. Estaba dispuesto y ansioso por dar y tal vez más dispuesto que otros a recibir. Era activo, aunque tal vez un poco nervioso, cumplidor de su deber, saludable y muy limpio. Al cruzarse sus ojos con los de Stephen, su sonrisa se hizo más amplia e inclinó la cabeza con cortesía.

Etherege, el teniente de marina, estaba rojo como su chaqueta y en ese momento se estaba desabrochando el cinturón con disimulo, mirando a su alrededor con una expresión amable. Era un hombre bajito que apenas hablaba. Sin embargo, no era una persona hosca, sino que su viva expresión y su risa frecuente reemplazaban sus palabras. Pero aunque tenía poco que decir, era bienvenido en todas partes.

Nicolls era muy diferente. Su cara, en comparación con las de aquel alegre conjunto, estaba casi pálida. Era un hombre de pelo negro, autosuficiente y de fuerte carácter, y habría aguado aquella fiesta tranquila y relativamente formal si no hubiera hecho evidentes esfuerzos por ser amistoso. Pero a pesar de eso, seguía teniendo el semblante triste, y recurrir insistentemente al oporto no le hacía mucho bien. Stephen le había visto a menudo en Gibraltar años atrás y recordaba aquella vez que ambos habían comido con la 42ª división de infantería en Chatham, cuando a Nicolls le habían llevado de regreso al barco cantando como un canario; pero eso había ocurrido justo antes de que se casara y seguramente se encontraba en un estado de gran tensión. A Stephen le parecía un típico oficial de marina, algo reservado pero una agradable compañía, alguien que combinaba de un modo natural la buena educación con la rudeza propia de la profesión, pero manteniéndolas separadas por un mamparo. Un típico oficial de marina... ¿Cómo podía definirse un típico oficial de marina? En todos los grupos de marineros se encontraban unos pocos con determinados rasgos comunes que, con variantes, parecían repetirse en todos los demás, pero tal vez eran demasiado

pocos para caracterizar toda una profesión, para representar todos sus aspectos distintivos. En ese momento, a pesar de que conocía cientos de ellos, le venían a la mente menos de una docena: Dundas, Riou, Seymour, Jack, Cochrane...

Pero no, Cochrane era demasiado presuntuoso en tierra para ser un oficial típico, estaba demasiado orgulloso de sí mismo, demasiado convencido de su propio valor, demasiado afectado por esa pasión escocesa por las afrentas y, por otra parte, aquel desafortunado título era un peso para él, una cruz. Jack tenía algo de Cochrane, su gran impaciencia por conseguir mayor autoridad y el convencimiento de que tenía razón, pero eso no era suficiente para descalificarle, ni mucho menos, y además, lo había ido perdiendo en los últimos años.

¿Cuáles eran los rasgos comunes? Mucho ánimo y resistencia, buena disposición, gran capacidad de comunicación y cierta ingenuidad. ¿Hasta qué punto se debían a la influencia de la mar y hasta qué punto al hecho de que elegían esa profesión quienes tenían una determinada manera de pensar?

—El capitán se retira —le susurró al oído su vecino de asiento, tocándole en el hombro.

—¡Oh, sí! —dijo Stephen, poniéndose de pie—. Ya ha levado el ancla.

Subieron despacio la escala de toldilla. En cubierta hacía mucho más calor ahora porque el viento ya no soplaba. Por el costado de babor habían bajado hasta el agua una vela sujeta por las puntas y le habían puesto un peso en el centro, formando una gran pila donde la mitad de la tripulación chapoteaba. Por estribor, a unas dos millas, estaban las montañas rocosas, elevándose sobre el mar azul intenso hasta unos cincuenta pies por encima de la superficie, y aunque ya no parecían barcos seguían teniendo una deslumbrante blancura, tanta que a su lado la espuma del mar parecía de color crema. Los alcatraces y las oscuras golondrinas, formando una nube, revoloteaban sobre ellas y de vez en cuando un alcaz se zambullía en el mar, provocando las mismas salpicaduras que una bala de cuatro libras.

—Señor Babbington, présteme su telescopio, por favor —dijo Stephen.

Y después de estar mirando un rato exclamó:

—¡Oh, cuánto me gustaría estar allí! ¿Puedo disponer de un bote, Jack, mejor dicho, capitán Aubrey?

—Mi querido doctor, estoy seguro de que no habrías preguntado eso si te hubieras acordado de que es domingo por la tarde.

La tarde del domingo era sagrada. Era el único tiempo libre de que disponían los marineros si el viento, las condiciones climáticas y la maldad del enemigo lo permitían, y se preparaban para ella afanosamente el sábado y el domingo por la mañana.

—Voy a bajar a inspeccionar ese condenado pañol de velas —continuó hablando mientras se alejaba de su decepcionado amigo—. Y no te olvides de que tenemos que visitar al señor Stanhope antes de llamar a todos a sus puestos.

—Puedo llevarle yo, si quiere —dijo Nicolls, un momento después—. Estoy seguro de que Hervey nos dejará usar el chinchorro.

—Es muy amable de su parte —dijo Stephen, observando que estaba ebrio pero aún tenía control de sí mismo—. Se lo agradezco muchísimo. Cogeré un martillo, algunas cajas pequeñas y un sombrero y enseguida volveré a reunirme con usted.

Pasaron a gatas por la barcaza, la lancha y uno de los cúters y por fin subieron al chinchorro (todos iban a remolque pues debían estar en el agua para que no se agrietaran por el calor) y comenzaron a alejarse remando. Las alegres voces quedaron atrás, la estela del chinchorro se hacía cada vez más larga sobre el agua cristalina. Stephen se quitó la ropa y se sentó encima de su sombrero de paja. Tomar el sol era un deleite para él y se había convertido en una práctica diaria desde que estaban a la altura de Madeira. Ahora tenía de pies a cabeza un color pardo vetado de marrón y gris. No tenía el hábito de lavarse a menudo (en cualquier caso, no se podía gastar agua dulce), y además, parecía estar cubierto de polvo porque la sal se le quedaba impregnada cuando nadaba.

—Hace un momento estaba haciendo reflexiones sobre los oficiales de marina —dijo— y trataba de determinar cuáles eran los rasgos que a uno le hacen decir: «Ese hombre es un marino en toda la extensión de la palabra». Llegué a la conclusión de que es tan raro encontrar un oficial de marina típico como un cadáver típico desde el punto de vista anatómico, es decir, que está rodeado de los que podríamos llamar ejemplares irregulares o subespecies. Por otra parte, me he dado cuenta de que si bien hay muchos guardiamarinas afables, hay menos tenientes, aún menos capitanes y poquísimos almirantes que lo sean. Una posible explicación sería ésta: además de su valía profesional, su capacidad de resignación, su excelente hígado, su natural don de mando y otras virtudes, deben tener una cualidad aún más rara, la de resistir los efectos del ejercicio de la autoridad, unos efectos deshumanizadores. La autoridad destruye la humanidad de la persona; en cada esposo, en cada padre de familia, puede notarse cómo la persona queda absorbida por el personaje, el individuo anulado por el papel que desempeña. Si aumentamos esa familia a cientos de personas y, consecuentemente, la autoridad, podremos imaginar esos efectos en un capitán y hasta en un monarca absoluto. No cabe duda de que el hombre nace para ser un solitario o para ser oprimido; en una de estas formas se manifiesta su carácter humano, a menos que sea inmune al veneno. En la Armada esa inmunidad no se detecta hasta muy tarde, pero es evidente que existe. Si no fuera así, ¿cómo podrían explicarse algunos casos raros de almirantes muy humanos y a la vez eficientes como Duncan, Nelson...?

Advirtió que la atención de Nicolls se había desviado y bajó la voz hasta emitir sólo un murmullo aparentemente inconcluso. Y puesto que en ese momento no había pájaros en el cielo, sacó un libro del bolsillo de la chaqueta y

se puso a leer. Los remos chirriaban al girar sobre los escálamos, las palas se hundían con un movimiento rítmico y el sol caía de plano; el bote parecía arrastrarse por el mar.

De vez en cuando Stephen levantaba la vista, y mientras repetía frases en urdu observaba la cara de Nicolls. El oficial tenía mal aspecto, y llevaba así algún tiempo. Lo tenía en Gibraltar y en Madeira, y había empeorado en Saint Jago. En su caso, el escorbuto quedaba descartado. ¿Tendría sífilis? ¿Tal vez lombrices?

—Discúlpeme —dijo Nicolls con una sonrisa forzada—. Me temo que he perdido el hilo. ¿Qué estaba diciendo?

—Estaba repitiendo frases de este libro. Es lo único que he conseguido, aparte de la gramática de Fort William que tengo en mi cabina. Es un libro de frases y me parece que han sido recopiladas por un hombre decepcionado. Escuche: *Un tigre, un leopardo y un león se comieron mi caballo. Quisiera alquilar un palanquín. No hay palanquines en esta ciudad, señor. Me han robado todo mi dinero. Quisiera hablar con el recaudador. El recaudador está muerto, señor. Me han golpeado unos hombres malvados.* Pero también parece un hombre salaz, porque incluye esta frase: *Mujer, ¿quieres acostarte conmigo?*

Nicolls, esforzándose por mostrar interés, preguntó:

—¿Es esa la lengua en que habla usted con Achmet?

—Sí, efectivamente. Todos nuestros marineros de las Indias Orientales la hablan, aunque proceden de distintas regiones; es su lengua común. He escogido a Achmet porque es un hombre servicial y paciente y porque esa es su lengua materna. Pero como no sabe leer ni escribir, uso mi gramática para poder diferenciar las expresiones coloquiales. ¿No le parece que si se habla una lengua y no se refuerza con la letra impresa pasaría por nuestra mente casi sin dejar rastro?

—No sé qué decirle, no se me dan los idiomas, nunca se me han dado. Me asombra oírle hablar con esos negros. Incluso en mi propia lengua, cuando tengo que hablar de un tema diferente a la navegación, me resulta...

Hizo una pausa, miró por encima del hombro y dijo que no deberían desembarcar por aquel lado porque era demasiado escarpado, que sería mejor hacerlo por el otro. El número de pájaros había aumentado a medida que se habían acercado a las rocas, y ahora que las rodeaban por el sur, una enorme cantidad de golondrinas y alcatraces las sobrevolaban en absoluto silencio y se sumergían y salían de los bancos de peces haciendo recorridos muy diversos y entrecruzándose de un modo desconcertante. Stephen, también en silencio, alzó la vista hacia ellos y, con gran admiración, estuvo contemplándolos hasta que el fondo del bote tocó las rocas cubiertas de algas. Entonces Nicolls condujo el bote hacia una entrada muy bien protegida, lo sacó del agua y ayudó a Stephen a bajar.

—Gracias, gracias —dijo Stephen, y empezó a subir con dificultad por la oscura franja bañada por el mar.

Al llegar a la blanca cima iluminada por el sol se detuvo en seco. Justo delante de él se había posado un alcatraz, tan cerca que casi podía tocarlo. Luego fueron dos, cuatro, seis, tan blancos como las rocas donde se posaban..., una alfombra de alcatraces, jóvenes y viejos, y entre ellos había muchísimas golondrinas. Observó que el alcatraz más próximo volvía hacia él su cara alargada con rasgos de reptil y le miraba sin mucho interés, y notó cierta irritación en sus ojos redondos y brillantes. Estiró los dedos para tocarlo y el pájaro hizo un movimiento de rechazo que fue seguido por un gran revuelo a todo alrededor. Entonces, en otra roca a pocos pies de distancia, se posó otro alcatraz que traía su abundante captura para alimentar a su enorme hijo que le esperaba con el pico abierto.

—¡Jesús, María y José! —murmuró al ponerse de pie y pasear la vista por la isla.

Era un conjunto montañoso de formas suaves que parecía un vasto molar gastado y todas sus hondonadas estaban llenas de pájaros. El aire caliente se llenaba con el sonido del ir y venir de los pájaros, el olor a amoníaco de sus excrementos y el olor a pescado podrido. Formaba sobre la superficie una masa luminosa tan deslumbrante que era difícil distinguir los pájaros en la cima, cincuenta yardas más arriba, y la cresta de las montañas parecía un grueso cabo que se tensaba y oscilaba. No había agua. El terreno era árido. No había ni una brizna de hierba ni algas ni líquen, sólo aquel hedor, la roca ardiente y el aire inmóvil.

—¡Esto es el paraíso! —exclamó Stephen.

—Me alegro de que le guste —dijo Nicolls, con semblante cansado, sentándose en el único lugar limpio que encontró—. ¿No le parece un poco desagradable para ser el paraíso? Además, es caliente como el fuego del infierno. Puedo sentir el calor de la roca a través de los zapatos.

—Tiene mal olor, desde luego —dijo Stephen—, pero al llamarle paraíso me refiero a la mansedumbre de las aves. Por cierto que no creo que sean ellas las que huelen así. —Agachó la cabeza, pues una golondrina pasó rozándole mientras aminoraba su velocidad para posarse en la roca—. Es como la mansedumbre de las aves antes del pecado original. Voy a oler este pájaro, seguro que se dejará. Creo que el hedor está provocado en gran medida por los excrementos, los peces muertos y las algas... —Y diciendo esto se acercó a uno de los pocos alcatraces que todavía estaban empollando sus huevos, se inclinó hacia él, le cogió con suavidad el pico y pegó la nariz a su lomo—, pero también en gran medida por las aves.

El alcatraz le miró entre indignado e incrédulo, erizó las plumas y lanzó un silbido, pero no se apartó. Entonces se movió un poco sobre el huevo que

empollaba y se puso a observar un cangrejo que, a unos dos pies de allí, robaba con gran esfuerzo un pez volador que una golondrina había abandonado cerca de su nido.

Desde lo alto de la isla pudo ver la fragata que, con las velas flácidas, permanecía inmóvil a dos millas de distancia. Había dejado a Nicolls tras de sí, a la sombra de un cobertizo construido con la ropa y los remos, la única sombra en aquellas espléndidas montañas rocosas. Había cazado dos alcatraces y dos golondrinas, aunque al principio era reacio a golpearlos, y uno de los alcatraces, el de las patas rojas, parecía pertenecer a una especie no descrita. Al menos había escogido pájaros que no estaban criando a sus hijos, y por otra parte, según sus cálculos, quedaban unos treinta y cinco mil más sólo en aquella montaña. En las cajas había recogido varios ejemplares de polillas, un escarabajo de un género desconocido, dos cochinillas aparentemente idénticas a las que había encontrado en un montón de turba en Irlanda, el cangrejo ladrón y un gran número de garrapatas e insectos sin alas que clasificaría a su tiempo. ¡Qué botín! Ahora golpeaba la roca con el martillo, pero no para obtener muestras geológicas, pues éstas ya se encontraban apiladas en el bote, sino para hacer más grande una grieta en la que un extraño arácnido se había refugiado. La roca era dura, la grieta profunda, el arácnido testarudo. De vez en cuando paraba para respirar el aire puro de aquellas alturas o mirar por el lado este de la isla hacia la fragata. En aquel lado había muchos menos pájaros, aunque de vez en cuando se veía algún alcazaz revolotear o tirarse en picado al mar con las alas cerradas. Pensó que al hacer la disección de esos ejemplares observaría con especial atención sus fosas nasales y trataría de conocer el proceso que evitaba la entrada del agua.

Nicolls se había franqueado con él. Lo había hecho de improviso y seguramente motivado por alguna palabra pronunciada al azar. Algo ya remoto que no podía recordar había dado pie a aquellas inesperadas palabras: «Estuve en tierra desde que fui despedido de la *Euryalus* hasta que me contrataron en la *Surprise* y, además, mi mujer y yo nos peleamos».

Los protestantes a menudo se confesaban a los médicos y Stephen ya había oído antes esa historia seguida de una ritual petición de consejo —la esposa profundamente herida, el malvado marido tratando de reconciliarse, la farsa de la vida matrimonial, las palabras veladas, la cortesía, el dominio, el resentimiento, la tremenda tristeza de las noches y los despertares, la progresiva pérdida de las amistades y la comunicación con otros— pero nunca había oído expresarla con aquella desgarradora pena, con aquella desolación. Nicolls había continuado: «Creí que me sentiría mejor cuando estuviera navegando, pero no fue así. No recibí ninguna carta en Gibraltar, aunque la *Leopard* había llegado antes que nosotros, y también la *Swiftsure*. Muchas veces, durante la guardia de media, paseaba de un lado a otro de la cubierta pensando en la respuesta que

daría a las cartas que me esperaban en Madeira. Pero no había cartas. El barco correo ya había llegado y había vuelto a marcharse hacia quince días, cuando estábamos todavía en Gibraltar, y sin embargo, no había cartas. Confiaba en que aún existía una posibilidad, pero no recibí ni siquiera una nota. Me negaba a creer que era cierto mientras atravesábamos la zona de los vientos alisios, pero ahora sé que lo es y, se lo aseguro, Maturin, no puedo soportarlo, no por mucho tiempo, estoy muriendo lentamente». Stephen había afirmado: « Seguro que habrá un montón en Río de Janeiro. Tampoco yo recibí ninguna en Madeira, bueno, casi ninguna. Seguro que las mandan a Río de Janeiro, confíe en ello, o tal vez a Bombay». Nicolls había dicho en tono débil pero seguro: « Ya no habrá más cartas. Le he aburrido demasiado con mis asuntos, perdóneme. Si construyo un cobertizo con mi camisa y los remos, ¿le gustaría sentarse debajo? Seguro que este calor le va a provocar dolor de cabeza». Stephen había respondido: « No, gracias. Hay poco tiempo y tengo que explorar esta arca cuanto antes, pues sólo Dios sabe cuándo volveré a verla» .

Stephen confiaba en que Nicolls no se arrepentiría de aquello más tarde. La confesión sacramental era mucho más formal, mucho menos detallada y extensa y mucho menos satisfactoria en sus aspectos no sacramentales, pero por lo menos el confesor era un sacerdote y actuaba como tal en todos los momentos de su vida; en cambio, un médico era como cualquier ser humano corriente la mayor parte del tiempo, alguien a quien resultaría difícil encontrarse cara a cara en la mesa después de contarle esas intimidades.

Volvió a su tarea. Tac, tac, tac. Una pausa. Tac, tac, tac. La grieta se iba agrandando. Stephen notó que unas gruesas gotas caían sobre la roca y se secaban inmediatamente. « No creía que aún me quedara sudor», pensó, sin dejar de martillear. Entonces advirtió que también en la espalda le caían gotas, enormes gotas de cálida lluvia, muy diferentes de los excrementos con que los innumerables pájaros le habían obsequiado.

Se puso de pie y miró a su alrededor. Por el oeste se veía una masa oscura en el cielo y justo debajo de ella, sobre el mar, una franja blanca que se acercaba con increíble rapidez. No había pájaros volando, ni siquiera en la parte oeste de la isla, donde eran tan numerosos. A corta distancia y a todo estaba borroso por la lluvia que caía. De la masa oscura brotaron destellos rojos que pudieron verse con nitidez. Poco después el sol quedó oculto y Stephen sintió la cálida lluvia caer con fuerza sobre él. La lluvia era torrencial y tan caliente como el aire, pero no caía en gotas sino a chorros casi horizontales que chocaban entre sí, dividiéndose infinitamente y salpicándole con fuerza, sin dejarle casi aspirar aire. Se protegió la boca y la nariz con las manos para poder respirar mejor, pero de manera que el agua pudiera pasar entre los dedos, y poco a poco se la iba bebiendo, una pinta tras otra. Aunque se encontraba en la cima de las montañas rocosas, el agua del diluvio le llegó a los tobillos, y las cajas, flotando, comenzaron a alejarse. Medio

agachado y tambaleándose por el viento pudo recuperar dos y se sentó sobre ellas, mientras la lluvia continuaba cayendo, con tanto ruido que casi ahogaba el estruendo de los truenos. Ahora estaba justo en el centro de la tempestad; el viento le derribó, y lo que pensaba que era el mayor de los cataclismos empeoró diez veces. Se puso las cajas entre las rodillas y se inclinó sobre ellas.

El tiempo parecía transcurrir de otra forma. Sólo estaba marcado por los sucesivos relámpagos que salían de los nubarrones y que, atravesando el aire, iban a chocar con las rocas y después volvían a la oscuridad. Algunos pensamientos inquietantes cruzaron por su mente: ¿Qué había sido de la fragata? ¿Podían los pájaros sobrevivir a esto? ¿Estaba Nicolls a salvo?

Se terminó. La lluvia cesó de repente y el viento alejó los nubarrones. Pocos minutos después, el sol volvía a brillar en el apacible cielo, cuyo azul parecía aún más intenso. Al oeste todo seguía igual, como siempre había estado, excepto por algunas motas blancas en el mar; al este, en el mismo lugar donde había visto la fragata por última vez, estaba ahora la tempestad.

Y en el espacio entre las rocas y aquella masa oscura, un espacio amplio e iluminado por el sol, la corriente arrastraba cientos de pájaros volantes muertos, a cuyo alrededor nadaban los tiburones, grandes y pequeños, saliendo de vez en cuando a la superficie para atraparlos.

Todavía se oía correr el agua por la montaña. Stephen bajó la pendiente chapoteando y gritando: «¡Nicolls, Nicolls!». Evitaba los pájaros al pasar; algunos todavía estaban sobre sus nidos con el cuerpo encogido, otros se arreglaban las plumas. En tres lugares diferentes encontró filas desordenadas de golondrinas y alcatraces muertos, con los cuerpos carbonizados a pesar de estar húmedos y con olor a quemado. Llegó al sitio donde se hallaba el cobertizo, pero el cobertizo no estaba, ni tampoco los remos.

Y en el lugar donde lo habían dejado, el bote ya no estaba.

Fue dando la vuelta a la isla y, aprovechando el viento, lanzaba su llamada al vacío. Y cuando llegó de nuevo al lado este y miró hacia el mar, la tempestad ya había cesado. La fragata no estaba. Subió a la cima y desde allí pudo distinguirla, aunque no se le veía el casco. Navegaba viento en popa con el velacho desplegado y había perdido el mastelero mayor y el de mesana. Estuvo observándola hasta que la última pincelada blanca desapareció. El sol se hundía en el horizonte cuando se dio la vuelta y comenzó a bajar. Los alcatraces ya se habían puesto a pescar otra vez; los de más arriba, todavía iluminados por el sol, parecían de color rosa cuando atravesaban la brillante luz para lanzarse al mar.

Capítulo 6

La barcaza, al mando de Babbington, fue a rescatarle por fin. Había tenido que navegar contra el viento y con dos tripulantes colocados en cada remo, para hacer más fuerza.

—¿Está usted bien, señor? —gritó Babbington en cuanto le vio allí sentado. Stephen no respondió, se limitó a hacerle una seña para que la barcaza fuera por el otro lado.

—¿Está usted bien, señor? —preguntó de nuevo, saltando a tierra—. ¿Dónde está el señor Nicolls?

Stephen asintió con la cabeza y con voz lastimera dijo:

—Estoy perfectamente bien, pero el pobre señor Nicolls... ¿Tienen agua en la barcaza?

—Traed el barril. Vamos, echad una mano.

El agua empezó a humedecer su boca ennegrecida y le corrió por la garganta hasta que llenó su cuerpo marchito y el sudor le brotó de la piel. Entretanto los hombres, muy preocupados, permanecieron junto a él, respetuosos, solícitos, haciéndole sombra con un trozo de lona. No esperaban encontrarle vivo; la desaparición de Nicolls era, en una situación como aquella, algo normal.

—¿Hay suficiente para todos? —preguntó en un tono más animado.

—Mucha, señor, mucha. Otros dos barriles —contestó Bonden—. Pero, señor, ¿cree que hace bien? ¿No reventará usted?

Siguió bebiendo y cerró los ojos para disfrutar más de aquel placer. «Un placer más intenso y más reconfortante que el amor», pensó. Luego, al abrirlos de nuevo, gritó:

—Dejen eso ahora mismo. Usted, señor, deje ese alcastraz ahí. Les he dicho que dejen eso, maldito atajo de torpes. ¡Qué vergüenza! Y no toquen esas piedras.

—¡O'Connor, Bogulavsky, Brown, y vosotros también, regresad todos a la barcaza! —ordenó Babbington—. ¿Quiere usted comer algo, señor? ¿Sopa? ¿Un sándwich de jamón? ¿Un pedazo de bizcocho?

—No, gracias. Por favor, haga que suban a bordo esos pájaros, y también las piedras y los huevos, y tenga la amabilidad de llevar usted mismo las dos cajas pequeñas. Luego podremos desatracar. ¿Cómo está la fragata? ¿Dónde está?

—A cuatro o cinco leguas al sur cuarta al este, señor. Tal vez haya podido ver nuestras juanetes ayer por la tarde.

—No, no las vi. ¿Ha sufrido daños? ¿Hay heridos?

—Está maltrecha, señor. ¿Están todos a bordo, Bonden? Ahora con cuidado, con cuidado. Plumb, enrolle esa camisa y forme una almohada. ¿Qué haces, Bonden?

—Trato de protegerle del sol, señor. Supuse que a usted no le importaría llevar el timón.

—¡Desatracar! —gritó Babbington—. ¡Ciar!

La barcaza se apartó con rapidez de la isla rocosa, viró en redondo y comenzó a alejarse hacia el sureste con la vela mayor y el foque izados.

—La fragata, señor —dijo, colocándose frente al compás y agarrando la caña del timón—, sufrió muchos daños y perdimos a algunos hombres: Tiddiman se cayó de la proa y a tres o cuatro grumetes se los llevó la corriente antes de que pudiéramos subirles a bordo. Estábamos observando el cielo, pero por el oeste, y no vimos los blancos nubarrones.

—¿Blancos? ¡Eran más negros que una tumba abierta!

—Esos eran los de la tempestad que vino después. Los primeros eran blancos e iban en dirección sur, llegaron pocos minutos antes que los otros; según dicen, estas tempestades se forman con frecuencia cerca del Ecuador, pero no suelen ser tan condenadamente fuertes. La realidad es que nos cogieron desprevenidos (el capitán estaba abajo en ese momento, en el pañol de velas) y el viento pasó a la altura de las gavias, sin apenas tocar la superficie, haciéndonos escorar tanto que la cubierta quedó casi en posición vertical. Todas las velas se desprendieron de las relingas antes de que pudiéramos tocar las escotas o las drizas y no quedó ni un trozo de lona.

—¿También perdieron el estandarte?

—Sí, hasta el estandarte. Fue asombroso. El mastelerillo de juanete de proa y el mastelero mayor y el de sobremesana cayeron sobre la cubierta, por sotavento, y a consecuencia de eso escoramos hasta quedar casi con la cubierta vertical, se abrieron todas las portas y se desataron tres cañones. Entonces apareció el capitán dando gritos, con un hacha en la mano, y tiró los palos por la borda y volvimos a ponernos derechos. Pero apenas habíamos acabado de enderezar la proa cuando llegaron los nubarrones negros. ¡Oh, Dios mío!

—Pusimos un pedazo de lona en el mastelero de velacho —dijo Bonden—. Tuvimos que correr a causa de los cañones que rodaban por la cubierta; el capitán tenía la esperanza de que no atravesarían los costados.

—Yo tenía la empuñadura de barlovento —comentó Plumb, que iba remando a popa—, y me llevó muchísimo tiempo pasarla. El viento soplaba tan fuerte que mi coleta llegó hasta la punta del botalón y dio dos vueltas alrededor de ella; Dick Turnbull tuvo que cortármela —volvió la cabeza para mostrar que la había

perdido— para que pudiera soltarme. Ese fue un momento terrible para mí, señor. Después de quince años de trenzar y peinar cuidadosamente mi pelo y fortalecerlo con el mejor aceite de Makasar, sólo me queda una coleta de tres pulgadas que parece un trozo de cabo.

—Pero al menos —dijo Babbington— pudimos llenar los toneles de agua. Luego aparejamos un mastelero mayor y un mastelero de sobremesana provisionales, y desde entonces navegamos sin problemas.

Infinidad de detalles..., las preguntas que, en voz baja y angustiada, Babbington hacía sobre Nicolls..., la asombrosa conformidad ante su muerte..., más detalles sobre las vergas desprendidas y cómo el bauprés había sido alcanzado por un relámpago, sobre los grandes esfuerzos que habían realizado día y noche... Entonces Stephen se durmió, sosteniendo en la mano el pedazo de bizcocho.

—Ahí está —dijo Bonden, y Stephen oyó su voz entre sueños—. Han izado una nueva juanete de proa. El capitán estará encantado de verle, señor; decía que usted no podría sobrevivir en esas rocas. Estaba en cubierta día y noche, y por todo el barco había hombres observando con sus telescopios. Bien sabe Dios que estaba muy preocupado —se reía entre dientes recordando las feroces órdenes, cómo los hombres eran obligados a trabajar duro aunque estaban casi muertos de fatiga.

En efecto, estaba muy preocupado, pero la noticia que le llegó desde la cofa de que la barcaza se acercaba y a bordo venía el doctor muy animado, le tranquilizó, a pesar de que sentía profunda angustia por la desaparición de Nicolls. Y cuando se inclinó sobre el pasamanos ambos sentimientos se reflejaron en su cara; tenía un aire grave pero poco a poco enrojeció de satisfacción y esbozó una sonrisa. Entonces Stephen subió por el costado ágilmente, casi como un marino.

—¡Estoy perfectamente bien! —exclamó—. No obstante, lamento decirte que el señor Nicolls y el bote desaparecieron. Les busqué por todas partes aquella tarde, al día siguiente y al otro, y no encontré ningún rastro de ellos.

—Lo siento mucho —dijo Jack, moviendo de un lado a otro la cabeza y bajando la vista—. Era un buen oficial. Pero vamos, baja y métete en la cama. El señor McAlister te atenderá. Señor McAlister, por favor, llévase al doctor Maturin abajo.

—Permítame llevarle, señor —dijo Pullings.

—Te ayudaré —dijo Hervey.

Todos los que se encontraban en el alcázar y la mayor parte de la tripulación observaban al doctor resucitado; sus compañeros más antiguos le miraban satisfechos, los otros muy asombrados. Pullings se atrevió incluso a meterse entre el capitán y el doctor para coger a éste del brazo.

—No tengo ni la más mínima intención de irme abajo —protestó Stephen, soltándose—. Todo lo que necesito es una taza de café. Su Excelencia —había

visto al señor Stanhope al echarse hacia atrás—, le ruego que me disculpe por no haber acudido a la cita del domingo.

—¡Cuánto me alegro de que haya sobrevivido! —dijo, avanzando y estrechándole la mano.

Hablaba con más comedimiento de lo habitual, pues Stephen estaba completamente desnudo. Y aunque él había visto a muchos hombres desnudos, nunca había visto ninguno con los ojos enrojecidos como cerezas a causa de la sal y el sol abrasador ni con la piel tan arrugada, ennegrecida y llena de costras ni con aspecto cadavérico.

—Me alegro de que le hayan rescatado —dijo el señor Atkins, el único hombre a bordo que no se alegraba de que la barcaza hubiera regresado.

Stephen estaba vagamente relacionado con la misión del enviado del Rey, porque en las instrucciones de éste se le ordenaba «pedir consejo al doctor Maturin». Sin embargo, en ellas no se hablaba del consejo del señor Atkins, ni siquiera se mencionaba su nombre, y él se consumía de celos.

—¿Quiere que vaya a buscarle una toalla o alguna otra prenda de vestir? —continuó, mirando el abdomen encogido y escrofuloso de Stephen.

—Es usted muy amable, señor, pero ésta es la ropa con que me presentaré ante Dios y me parece muy adecuada. Podría llamarse «traje de nacimiento».

—Ha dejado parado a ese estúpido —le susurró Pullings a Babbington sin mover ni un músculo de la cara—. Se lo tenía merecido.

Por la mañana, cuando sonó la primera campanada, fue a desayunar muy animado y arreglado.

—¿Seguro que no quieres quedarte en la cama? —preguntó Jack.

—Por nada del mundo, amigo mío —respondió Stephen, cogiendo la cafetera—. ¿No te he repetido un montón de veces que estoy perfectamente bien? Quisiera una loncha de ese jamón, por favor. Lo digo en serio, si el pobre Nicolls no hubiera estado conmigo, no me habría importado quedarme abandonado en una isla desierta. Es inhóspita, me estaba abrasando, pero en ella mis tendones han mejorado más que si me hubiera pasado cien años entre las aguas de Bath. ¡No he tenido dolores ni molestias! Podría bailar una giga, y muy bien, por cierto. Pero aparte de eso, ¿de qué otra forma podría tener la oportunidad de observar con detalle las cosas día tras día? Si se consideran solamente los artrópodos... Anoche, antes de dormirme, antes de meterme en la cama, escribí un montón de notas que tenía pensadas, y las relacionadas con los artrópodos solamente ocuparon veintisiete páginas. Deberías leerlas. Tendrás la primicia de mis observaciones.

—Será una gran satisfacción para mí. Gracias, Stephen.

—Después me froté varias veces de pies a cabeza con una esponja y agua dulce, el agua dulce que afortunadamente habéis recogido. Y después dormí... ¡Dormí! Me pareció que caía lentamente en un espacio vacío y sin fondo, tan

profundo que cuando me desperté esta mañana me resultó difícil recordar el pasado. Afloraron a mi mente recuerdos fragmentarios, y uniéndolos conseguí acordarme vagamente de la enfermería. Me temo que no te daré un buen informe cuando termine mi ronda matutina.

—Sin duda, hoy tienes menos aspecto de víctima de un holocausto que ayer —dijo Jack en tono afectuoso, escrutando su rostro con la mirada—. Tus ojos y a parecen casi los de un ser humano. Y podrán ver algo maravilloso en cubierta porque hemos tomado por fin uno de los vientos alisios del sureste.

—Tuvo la impresión de que eso no había sido muy cortés. —Está más al sur de lo que me gustaría, pero podremos doblar el cabo San Roque. En cualquier caso, cruzaremos el Ecuador antes de mediodía; llevamos una velocidad de siete u ocho nudos desde que comenzó la guardia de media. ¿Quieres otra taza? Dime una cosa, Stephen, ¿qué bebías en esas infernales rocas?

—Mierda hervida.

Stephen era comedido en su forma de hablar, rara vez juraba y no decía insultos ni palabras obscenas. Su respuesta sorprendió a Jack, que bajó inmediatamente la mirada hacia el mantel y pensó que tal vez aquel era un término científico que había entendido mal.

—Mierda hervida —repitió Stephen, y Jack sonrió con aparente naturalidad pero no pudo evitar sonrojarse—. Lo que oyes. Sólo quedó un charco de agua de lluvia en una hondonada y los pájaros defecaron en él abundantemente. No es que lo hicieran allí a propósito, toda la isla está siempre llena de sus excrementos, pero pusieron el agua tan sucia que daba náuseas. El día siguiente fue más caluroso, si eso era posible, y el agua alcanzó una temperatura altísima. No obstante, me la bebí hasta que se acabó. Entonces empecé a beber sangre. Mezclaba la sangre de los pobres alcatraces que cogía desprevenidos con agua de mar y el jugo de las algas marinas. Sangre..., Jack, ¿ese cabo San Roque del que hablabas con tanta ansiedad no está en Brasil, la tierra donde habitan los vampiros?

—Perdone que le interrumpa, señor —dijo Hervey, apareciendo en la puerta —, pero me había dicho que le avisara cuando la juanete mayor estuviera lista para ser guindada.

Al quedarse solo, Stephen se miró la mano sin uñas, la dobló satisfecho (tenía fuerza para agarrar y podía hacer movimientos precisos), le hizo una delicada operación al jamón con su lanceta y luego se dirigió a la enfermería pensando: «Puedo hacer eso, pero me he abrasado vivo, me he deshidratado y me he quedado como una momia. Bendito sea el poder del sol».

Cruzaron el Ecuador ese día, pero con ceremonias silenciosas, pues además de sentirse apenados por la pérdida de sus compañeros y del señor Nicolls (una pérdida más notoria aún porque se habían vendido sus ropas junto al cabrestante), faltaba animación en el barco. Neptuno apareció en cubierta con su tridente, rozó

levemente a los grumetes y los marineros más jóvenes, pidió a Stephen, el señor Stanhope y los hombres de su séquito ochenta y seis peniques de multa, salpicó el castillo y el combés con mucha agua y se marchó.

—Esa ha sido nuestra saturnal —dijo Jack—. Espero que no te haya disgustado.

—En absoluto. Estoy completamente a favor de la sana diversión. Sin embargo, dudo de que tú la hayas disfrutado, con tantos palos, velas y cabos esparcidos por ahí, medio destruidos, y con el tiempo, por lo que me has dicho, muy escaso.

—No se deben alterar las costumbres. Los hombres tendrán que trabajar doble jornada mañana y así tendrán mucha mejor disposición. Las costumbres...

—En la Armada estáis cargados de costumbres —dijo Stephen—. Campanadas, un lenguaje esotérico (en mi opinión no debe llamarse jerga) y ceremonias sin sentido. La venta de las ropas del pobre Nicolls, por ejemplo, me ha parecido una verdadera falta de piedad. Y al señor Stanhope también. Es una persona mucho más interesante de lo que uno puede imaginarse. Lee y toca muy bien la flauta. Pero no he venido aquí para hablarte del enviado del Rey, sino de algo mucho más serio. Los incesantes esfuerzos de la semana pasada han extenuado a los hombres y muchos de los que no presentaban signos de escorbuto en el último reconocimiento ahora están afectados por la enfermedad. Aquí está la lista. Incluye a casi todos los tripulantes del *Racoon*, muchos de la *Surprise* y cuatro campesinos. Pero aún hay algo peor: la tormenta afectó el pañol donde estaban las medicinas y ha formado con ellas y los restos del dudoso zumo de lima un extraño magma. Amigo mío, oficialmente te comunico que no soy responsable de lo que ocurra (si quieres lo pongo por escrito), a menos que se les dé a esos hombres vegetales verdes, carne fresca y, sobre todo, cítricos en los próximos días. Si te he entendido bien, tienes la intención de bordear la costa este de Brasil, y precisamente —miraba con avidez hacia el oeste por la porta abierta— la parte oriental de Brasil está llena de todo eso.

—Así es —afirmó Jack—. Y de vampiros.

—No pienses que no me he hecho un examen de conciencia —dijo Stephen, poniéndole la mano en el pecho a Jack—. No creas que no soy consciente de mis grandes deseos de pisar el Nuevo Continente cuanto antes. Pero ven a ver cómo ha empezado a supurar la herida de una amputación hecha hace cinco años, cómo se han abierto heridas ya curadas, cómo se han vuelto purulentas muchas encías, las fiebres poco altas, las pústulas, los casos de extravasación acompañada de lividez.

—No hablaba en serio —dijo Jack—. Pero lo cierto es que debo tomar en consideración muchas cosas.

Eran muchas, en efecto. Este viaje era muy largo y ya había perdido mucho tiempo. Puesto que el cabo de Buena Esperanza estaba de nuevo en manos de los

holandeses, tenía que bajar hasta los cuarenta grados de latitud para encontrar los fuertes vientos del oeste. Con esos vientos podría llegar al océano Índico recorriendo doscientas millas al día, de modo que podría alcanzar aún el monzón del suroeste a la altura de Madagascar. Tenía orden de hacer escala en Río de Janeiro, a unas mil millas de distancia, que no tardarían mucho en recorrer si se mantenían los vientos alisios que habían conseguido tomar con tanta dificultad; pero si se aproximaban a la costa podrían perderlos. Si hacían escala en Recife seguramente tendrían problemas con las autoridades portuguesas: en el mejor de los casos sufrirían un enorme retraso y, en el peor, se produciría algún incidente, habría detenciones e incluso actos violentos, porque en cualquier otro puerto que no fuera Río de Janeiro eran muy estrictos con los barcos de guerra extranjeros. Y además del retraso y el posible conflicto, no era seguro que pudieran conseguir provisiones. Stephen tenía buena fe, pero al fin y al cabo era un naturalista apasionado por los insectos, los vampiros...

—Déjame pensarlo, Stephen —dijo un momento después—. Quiero visitar la enfermería.

—Muy bien. Y mientras nos dirigimos allí piensa también en que mis ratas han desaparecido, pero no se las llevó la tempestad. La jaula está intacta y tiene la puerta abierta. ¡Vuelvo la espalda cinco minutos para tomar el aire en Saint Paul Rocks y mis valiosas ratas desaparecen! Si esa es una de vuestras costumbres navales, me gustaría veros crucificados en las vergas de sobrejuanete, y quisiera que os desollaran vivos antes de que os pusieran los clavos. No es la primera vez que me pasa esto. También me desaparecieron un áspid a la altura de Fuengirola y tres ratones en el golfo de León. He criado esas ratas, las he mimado desde que salieron del cabo Berry, las he alimentado con la mejor y más refinada raíz de rubia a pesar de su rechazo, y ahora todo se ha perdido, el experimento ha quedado sin valor, totalmente estropeado.

—¿Por qué las alimentabas con raíz de rubia?

—Porque, según Duhamel, el color rojo se concentra y se fija en sus huesos. Me interesaba conocer en qué proporción penetraba y si llegaba a la médula. Pero lo sabré con el tiempo, pues McAlister y yo haremos la disección de todos los sujetos que podamos y se verá ese mismo efecto en quienes las hayan comido. Y te advierto, Jack, muy en serio, que si te obstinas en seguir esta contraproducente carrera, en desplegar más velas para no perder ni un momento, la mayoría de los tripulantes pasarán por nuestras manos, incluyendo, por supuesto, a ese maldito ladrón cuyos huesos, para vergüenza suya, estarán teñidos de rojo.

Las últimas palabras las dijo cuando llegaban a la entrada de la enfermería, y levantó la voz para que le oyeran en la forja, donde el armero y sus hombres estaban haciendo un guindaste de hierro para reemplazar el que se había llevado la tormenta. Jack entró en la abarrotada enfermería y aspiró el aire fétido que la

manguera de ventilación era incapaz de eliminar. Se mantuvo impasible mientras Stephen y McAlister deshacían vendajes y le mostraban los efectos del escorbuto en las viejas heridas; no hizo ningún gesto cuando le llevaron a ver el caso que mejor servía de testimonio, el muñón de un miembro amputado hacía cinco años. Pero cuando le mostraron una caja llena de dientes y mandaron a buscar a los enfermos que aún se mantenían en pie para que viera lo fácilmente que se les caían las muelas y les palpara las sangrantes encías, dijo que eso era suficiente y se fue apresuradamente a popa.

—¡Killick! —gritó—. Hoy no voy a comer. Avisa al señor Babbington. —Se ocuparía de algo agradable que le hiciera olvidar aquel olor a osario—. ¡Ah, señor Babbington, está usted ahí! Supongo que sabrá por qué le he mandado llamar.

—No, señor —dijo Babbington enseguida, pensando que era mejor negarlo todo si era posible.

—¿Cómo le va en su carrera? Debe de llevar bastante tiempo de servicio.

—Cinco años, nueve meses y tres días, señor.

Después de llevar seis años inscrito en el rol, un guardiamarina podía ascender a teniente, es decir, dejaba de ser un cadete, una persona insignificante a quien podían echar o degradar a voluntad, para convertirse en un sagrado oficial. Y Babbington tenía contado el tiempo hasta la última hora.

—Pues bien, voy a nombrarte teniente en funciones para que sustituyas al pobre Nicolls. Cuando nos reunamos con el almirante ya habrá transcurrido el tiempo necesario para que puedas hacer el examen, y estoy seguro de que el Almirantazgo confirmará el nombramiento. No te suspenderán en nada relacionado con las tareas de un marino, pero sería conveniente pedirle al señor Hervey que te ayudara con la distancia angular.

—¡Oh, gracias, señor! —exclamó Babbington, lleno de alegría.

Aunque esperaba el nombramiento (se había comprado una chaqueta de Nicolls cuando habían vendido sus ropas) no tenía seguridad de obtenerlo, y a que Braithwaite, el otro guardiamarina que tenía bastante antigüedad (que había comprado dos chaquetas, dos chalecos y dos pares de calzones), tenía el mismo derecho al puesto que él. Además el capitán le había tratado con dureza en Madeira, diciéndole: «Este barco no es un burdel flotante», y le había reprendido con más dureza todavía por no llegar puntual al relevo de la guardia. Ese era un momento emocionante, y al oír las palabras con que Jack concluyó: «Buen comportamiento..., responsable..., aptitudes para ser oficial..., cuando está a cargo de la guardia me siento tan tranquilo como si lo estuviera un oficial», se le saltaron las lágrimas de los ojos. Pero en medio de su alegría empezó a remorderle la conciencia y, cuando llegó a la puerta, tras haberle dado las gracias, se volvió y balbuceó:

—Es usted tan amable conmigo, señor, siempre lo ha sido, que me parece

una canallada... Nunca me habría ascendido si... Pero no decía del todo mentira...

—¿Qué? —preguntó Jack asombrado.

Entonces supo que Babbington se había comido las ratas del doctor y que lo sentía mucho.

—¡No puede ser, Babbington! —exclamó—. ¿Cómo has podido hacer una cosa tan horrible? Te has comportado de un modo vergonzoso, despreciable. El doctor ha sido siempre bueno contigo, nadie podría ser mejor. Fue él quien te salvó el brazo cuando todos juraban que lo perderías. Fue él quien te llevó a su coy y permaneció sentado a tu lado toda la noche, curándote la herida.

Babbington no pudo más y se echó a llorar. A pesar de ser teniente en funciones, se limpiaba las lágrimas con la manga, y entre sollozos le contó todo a Jack: alguien había llevado esas estupendas *molineras* a la camarata de guardiamarinas de babor y, aunque él no las había matado (en realidad, habría evitado que lo hicieran, pues le tenía un gran afecto al doctor, tanto que había peleado con Braithwaite encima de un baúl porque había dicho que era un tipo estrafalario) como ya estaban muertas y aderezadas con salsa de cebolla y él tenía tanta hambre, pensó que era una lástima dejar que los otros se las comieran, y desde entonces había tenido cargo de conciencia y esperaba que le llamarían a rendir cuentas a la cabina.

—Y habrías sentido náuseas si hubieras sabido lo que tenían dentro. El doctor...

—Se me ocurre una idea, Jack... —dijo Stephen, entrando de repente—. ¡Oh, os ruego que me disculpéis!

—No importa. Quédate, Stephen. Quédate, por favor —respondió Jack.

Babbington miró a uno y a otro, se humedeció los labios con la lengua y dijo:

—Me he comido una de sus ratas, señor. Lo siento mucho y le pido que me perdone.

—¿Ah, sí? —preguntó Stephen tranquilamente—. Bueno, espero que le haya gustado. ¿Puedes echar un vistazo a mi lista ahora, Jack?

—Se la comió cuando ya estaba muerta —puntualizó Jack.

—Si lo hubiera hecho antes, la comida habría sido muy apresurada y agitada —dijo Stephen, mirando atentamente la lista—. Y dígame, señor, ¿por casualidad conserva alguno de sus huesos?

—No, señor, lo siento mucho. Generalmente nos los comemos, porque son como los de alondra. Algunos compañeros dijeron que les parecían muy oscuros.

—¡Pobrecillos! ¡Pobrecillos! —exclamó Stephen en voz baja.

—¿Quiere el doctor Maturin que quede constancia de este robo? —preguntó Jack.

—No, amigo mío, ni mucho menos. Me temo que la Naturaleza se encargará de eso.

Volvió a la enfermería y, después de hacer algunos vendajes, le preguntó a McAlister cuántos guardiamarinas vivían en la camareta de babor. Al saber que eran seis escribió una receta y le pidió a McAlister que la preparara y formara seis pastillas.

En cubierta Stephen tuvo la sensación de que le observaban desde algún lugar oculto. Por eso no le sorprendió que, después de la comida, cuando aparentemente tenía mejor humor, recibiera la visita de varios jóvenes en representación de los cadetes, todos bien lavados y con chaquetas a pesar del calor. También ellos sentían mucho haberse comido sus ratas, también ellos le pedían perdón y prometían no volver a hacerlo.

—Jovencitos —dijo—, estaba esperándoles. Señor Callow, tenga la amabilidad de presentarle mis respetos al capitán y entregarle esta nota.

Entonces escribió: «¿Podrías dispensar de sus tareas durante un día a los cadetes y al escribiente?». Dobló la nota y se la entregó. Entretanto, observó a los cadetes: Meadows y Scott, voluntarios de primera clase, de doce y catorce años respectivamente; el escribiente del capitán, de dieciséis años, un joven peludo, con las mangas de su chaqueta del año anterior muy por encima de las muñecas; Joliffe y Church, guardiamarinas de quince años. Todos estaban más altos y más hambrientos de lo que sus madres hubieran deseado. Todos le miraban de soslayo, tenían el rostro muy pálido y su habitual expresión alegre había dejado paso a otra solemne.

—El capitán le envía saludos, señor —dijo Callow—, y dice que no hay inconveniente, que les concede incluso una semana, si usted quiere.

—Gracias, Señor Callow. Hágame el favor de tomarse esta pastilla. Señor Joliffe, señor Church...

* * *

La *Surprise* permanecía en facha mientras los preciados vientos alisios pasaban por su jarcia susurrando y se alejaban sin ser aprovechados. Por estribor tenía el cabo San Roque, que se adentraba en el mar con su contorno extremadamente irregular. La vegetación tropical que lo cubría era tan espesa que no quedaba libre ni un pequeño espacio de tierra ni podía verse ninguna roca, a excepción de las que estaban al borde del mar, donde rompían las olas para extenderse después por la brillante orilla, salpicada aquí y allá por calas que llegaban hasta los árboles.

En una de esas calas había un riachuelo (se veían sus turbias aguas mezclándose con las azules aguas del mar y desplazándose hacia los lados de la estrecha corriente), y si se seguía su curso podían distinguirse los techos de un

pueblo bastante alejado de la costa. Aparte de aquellos techos no había nada más, ni una voluta de humo ni una cabaña ni un sendero; el resto del Nuevo Continente era una exuberante selva milenaria, un conglomerado de diferentes tonos de verde. Jack, con el telescopio colocado sobre la batayola, podía ver la selva muy de cerca. Vio troncos a medio caer, sostenidos por una maraña de gigantescas enredaderas, nuevos árboles abriéndose paso entre ellas, e incluso un pájaro de plumaje escarlata y, un poco más a la derecha, flores del color del fuego. Pero la mayor parte del tiempo, hora tras hora, observaba los techos y el riachuelo, esperando ver algún movimiento.

Aquella mañana, cuando la silueta de Brasil había aparecido al oeste, se le había ocurrido una idea que le pareció estupenda: no irían a Recife ni a ningún otro puerto, sino que bordearían la costa y mandarían la lancha a desembarcar en un pueblo de pescadores cercano, así no tendrían problemas con las autoridades ni perderían casi tiempo. Stephen estaba convencido de que cualquier trozo cultivado de esa costa le proporcionaría lo que necesitaba y, mirando hacia el cabo San Roque, había dicho: «Lo que necesitamos son vegetales. ¿Y en qué otro lugar, a excepción del valle de Limerick, podríamos encontrar más?». Entonces habían visto las canoas deslizándose rápidamente por el riachuelo y los techos más atrás. Puesto que Stephen era el único alto cargo que conocía el portugués y cuáles eran las necesidades de la enfermería, era lógico que bajara a tierra. Sin embargo, hubo que convencerle de que lo hiciera, y cuando se iba juró por su honor que los vampiros no habían influido en su decisión y que no traería ninguno a la fragata.

Jack permaneció de espaldas al barco, donde el trabajo continuaba. Aprovechaban esta pausa para ajustar los nuevos aparejos del palo mayor y volver a colocar las botavaras, pero el trabajo era lento, pues a pesar de que el contramaestre y sus ayudantes gritaban más de lo habitual, no conseguían que la escasa y desanimada tripulación fuera muy eficiente. Desde la bañera llegaban los gritos airados de los carpinteros y el señor Hervey también estaba muy furioso.

—¿Dónde se había metido, señor Callow? —gritó el señor Hervey—. Hace diez minutos que le mandé traer el compás para medir el acimut.

—Estaba en la proa, señor —respondió Callow muy nervioso, mirando hacia el capitán, que seguía de espaldas.

—¡En la proa! ¡En la proa! Todos los guardiamarinas me dan hoy la misma excusa poco convincente. Joliffe estaba en la proa, Meadows estaba en la proa, Church estaba en la proa. ¿Qué pasa con todos ustedes? ¿Algo que comieron les cayó mal o están haciendo una farsa? No toleraré este intento de zafarse del trabajo. No juegue con el deber o muy pronto se verá en el tope, se lo aseguro.

Sonaron seis campanadas. Jack se volvió y se encaminó a su cita para tomar el té con el señor Stanhope. Mientras mejor conocía al señor Stanhope más

agradable le parecía, a pesar de que era el hombre más inútil que había visto. Su preocupación por no causar problemas, su agradecimiento por todo lo que hacían para que se sintiera cómodo, su consideración desmedida por los marineros y su fortaleza (no se había quejado por la tormenta y sus desastrosas consecuencias) eran conmovedoras. Cuando descubrió que Jack y Hervey estaban relacionados con familias que conocía, empezó a tratarles como a seres humanos. A todos los demás les trataba como si fueran perros, pero perros buenos e inteligentes que formaban parte de una comunidad que sentía cariño por ellos. Era ceremonioso, amable por naturaleza y tenía un profundo sentido del deber. Al llegar Jack, le recibió con reiteradas disculpas por ocupar su cabina.

—Seguramente estará muy apretado. Es una dura prueba para usted estar confinado a un espacio tan reducido —dijo, mientras le servía una taza de té de una forma que a Jack le hizo recordar a su tía abuela Lettice, con sus mismos gestos clericales, su mismo movimiento de muñeca, su misma concentración y solemnidad.

Hablaron de la flauta de Su Excelencia, que daba un cuarto de tono más debido al extraordinario calor, de Río de Janeiro y las provisiones que esperaban encontrar allí, de la costumbre naval de considerar un año un período de trece meses.

—Siempre he deseado preguntarle, señor —continuó el señor Stanhope—, por qué algunos amigos míos y conocidos que son marinos, al referirse a la *Surprise*, la llaman *Nemesis*. ¿Ha cambiado su nombre? ¿Fue arrebatada a los franceses?

—Bueno, señor, es que en la Armada usamos apodos. Por ejemplo, a la *Britannia* le llamamos *Old Ironsides*. ¿Se acuerda usted de la *Hermione* y lo que le ocurrió en 1797?

—No, no recuerdo a ningún barco con ese nombre.

—Era una fragata de treinta y dos cañones que estaba en el puesto de las Indias Occidentales. Desgraciadamente, sus tripulantes se amotinaron, mataron a los oficiales y se llevaron la fragata a la Guayra, un lugar en territorio español.

—¡Oh, qué horrible! Me apena muchísimo.

—Fue algo espantoso, y además, los españoles no la devolvieron. Entonces, en pocas palabras, Edward Hamilton, que estaba al mando de la *Surprise*, la sacó de allí. Estaba amarrada por proa y popa en Puerto Cabello, uno de los puertos más cerrados del mundo, protegida por las baterías españolas, casi con doscientos cañones, y los españoles, que observaban todos los movimientos de la *Surprise* desde que se había acercado a la costa, se mantenían alerta. No obstante, aquella noche él y sus hombres entraron al puerto en los botes, la abordaron y se la llevaron. Mataron a ciento diecinueve tripulantes e hirieron a noventa y siete, y tuvieron muy pocas bajas, aunque él estaba muy magullado. ¡Oh, fue una acción extraordinaria! Habría dado mi mano derecha por estar allí. Así que el Almirantazgo cambió el nombre de *Hermione* por el de *Retribution* y a la

Surprise todos en la Armada empezaron a llamarla *Nemesis* porque...

Por la claraboya abierta oyó el grito del serviola del tope, que avisaba que la lancha se alejaba de la costa seguida de dos canoas. El señor Stanhope continuó hablando sobre la justicia, la recompensa, las desertiones, el inevitable castigo que recibían todas las transgresiones, pues los delitos llevaban en sí las semillas de la perdición del delincuente, y la lamentable depravación de los amotinados.

—Para atacar así a quienes tienen legalmente la autoridad, seguro que fueron incitados por algún maldito jacobino o algún radical que no dejaba de acosarles —dijo—. Espero que hayan sido severamente castigados.

—Con los amotinados acabamos rápido, señor. A todos los que pudimos ponerles las manos encima, los subimos enseguida a los penoles y los colgamos, con una marcha de fondo. Le aseguro que fue algo espantoso. (Jack había conocido al infame capitán Pigot, la causa del motín, y a algunos honestos marineros que habían sido empujados a él. Aquel era un horrible recuerdo). Y ahora, señor, si me disculpa, tengo que subir a la cubierta para ver qué nos trae el doctor Maturin.

—¿Ya vuelve el doctor Maturin? Me alegro de saberlo. Iré con usted, si me lo permite. Tengo en gran estima al doctor Maturin; es un caballero de talento, de gran valía. No hago objeciones a un poco de originalidad..., a mí mismo me critican los amigos por tenerla. ¿Le importaría darme su brazo?

Sería de talento y de gran valía, pensaba Jack, observándole con el telescopio, pero también era mentiroso, incluso perjuro. Por propia voluntad había jurado que no tenía ningún interés en los vampiros y, sin embargo, traía sobre el pecho algo peludo de color verdoso que lo rodeaba con un brazo, algo que parecía un tapete pero que seguramente era un horrible y enorme vampiro de la especie más venenosa. « Nunca lo habría creído de él », pensó. « Juré solemnemente esta mañana y, en cambio, ahora llena la fragata de vampiros. Y sólo Dios sabe lo que hay en esa bolsa. Sin duda, tuvo una fuerte tentación, pero debería de enrojecer de vergüenza por haber caído en ella ».

Pero no enrojeció. Parecía muy satisfecho y casi embobado cuando subía lentamente por el costado, inclinándose sobre la carga que llevaba y diciéndole palabras tranquilizadoras en portugués.

—Me alegra ver el éxito que ha tenido, doctor Maturin —dijo, mirando hacia la lancha y las canoas, cargadas de relucientes montones de naranjas y pomelos, carne, iguanas, plátanos y vegetales—. Sin embargo, no se permiten vampiros a bordo.

—Éste es un perezoso —dijo Stephen sonriente—. Un perezoso con tres dedos en las patas, la más buena y afectuosa criatura que puedas imaginar.

El perezoso volvió la cabeza hacia Jack y le miró fijamente, luego lanzó un desesperado gemido y volvió a esconder la cara en el pecho de Stephen, apretándole más fuerte, casi estrangulándole.

—Ven, Jack, separa su pata derecha, no tengas miedo. Y usted, Excelencia, tenga la amabilidad de separar la izquierda. Desenganchen las uñas con cuidado. Así, así, amiguito. Ahora lo llevaremos abajo. Despacio, despacio. No lo asusten, por favor.

El perezoso, sin embargo, no se asustaba con facilidad. Y en cuanto colocaron en la cabina un trozo de guindaleza tirante, se colgó de él con las garras y se quedó dormido, meciéndose al ritmo de las olas al igual que lo hacía al ritmo del viento cuando colgaba de las ramas en su bosque natal. En realidad, dejando aparte la angustia que sentía al ver la cara de Jack, era perfectamente apto para la vida en la mar. No se quejaba, no necesitaba aire fresco ni luz, podía desarrollarse en un lugar húmedo y cerrado y dormir en cualesquiera circunstancias, tenía ganas de vivir y podía soportar cualquier situación por mala que fuera. Además, aceptaba de buena gana galletas y papilla. Por las tardes caminaba por la cubierta, aunque con dificultad debido a sus garras, y se subía a la jarcia. Luego, colgado cabeza abajo, se desplazaba por ella, avanzando dos o tres yardas de una vez y haciendo pausas para dormir. Los marineros le habían tomado afecto desde el principio y lo subían a las cofas o incluso más arriba. Afirmaban que le daba suerte a la fragata, aunque era difícil comprender sus razones, pues desde hacía días casi no soplabla el viento del sureste o era muy flojo.

Los alimentos frescos tuvieron un efecto extraordinariamente rápido. En una semana la enfermería se quedó casi vacía, y la *Surprise*, con abundancia de tripulantes y muchos ánimos, lució de nuevo sus altos mástiles, recuperando su aspecto impecable. Se reanudaron las prácticas con los cañones, que se habían suprimido para hacer las urgentes reparaciones, y todos los días los vientos alisios arrastraban el humo de la pólvora. Al principio, las prácticas inquietaban al perezoso, que casi corriendo se iba abajo, y en medio del silencio que se producía entre una descarga y otra se oía el clac-clac-clac de sus garras. No obstante, cuando ya habían pasado justo bajo el sol y el viento había empezado a soplar con fuerza por fin, el perezoso dormía durante toda la práctica en su lugar habitual, por encima de las carronadas del alcázar, colgado de las jaretas del palo de mesana, y también dormía mientras los infantes de marina hacían prácticas con sus mosquetes y Stephen con su pistola.

Durante todo aquel tedioso recorrido, incluso con los vientos alisios del noreste, la fragata no había dado lo mejor de sí, pero ahora, con aquel viento fuerte y entablado, aquella gran masa de aire, volvía a ser la *Surprise* que Jack Aubrey había conocido en su juventud. Jack no estaba contento con la jarcia ni con la inclinación de sus mástiles ni con los propios mástiles, y mucho menos con las condiciones de los fondos, y sin embargo, puesto que la fragata tenía el viento por la aleta y podía llevar las alas desplegadas, se movía con la extraordinaria viveza y la energía de antaño, con una agilidad y un dominio del mar que él

habría reconocido enseguida aunque hubiera tenido los ojos vendados.

El sol se puso, despidiendo un rojo resplandor durante unos instantes; desde el este, la noche iba cubriendo el cielo sin luna, cuyo azul era más intenso cada minuto que pasaba, y las crestas de las olas empezaron a brillar como si las iluminara un fuego interior. El teniente en funciones, el tercero de a bordo, que se pavoneaba por el costado de barlovento del alcázar, se detuvo y, volviéndose hacia el costado de sotavento, gritó:

—Señor Braithwaite, ¿está listo con la corredera?

Babbington aún no se atrevía a tratar con demasiada superioridad a sus antiguos compañeros, aunque, para tranquilizar su conciencia, había impedido hacer muchas travesuras a los guardiamarinas de la camareta de estribor. Su innecesaria pregunta tenía como único propósito obligar a Braithwaite a responder:

—Preparado, señor.

La campana sonó. Braithwaite hizo bajar la corredera por el costado de la fragata hasta las fosforescentes aguas y el cordel se desenrolló del carretel. Al oír el grito del oficial de derrota midió el trozo desenrollado, tiró de la chaveta, subió la corredera a bordo y exclamó:

—¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido! ¡Once nudos!

—¡No puede ser verdad! —exclamó Babbington, con una gran alegría que dio al traste con su dignidad. Vamos a volver a medir.

Volvieron a sacar la corredera, observaron cómo desaparecía en la luminosa y turbulenta estela, que brillaba más ahora porque el cielo estaba más oscuro. Y el propio Babbington, que sostenía entre los dedos el cordel mientras se desenrollaba, cogió el nudo número once, y entonces gritó:

—¡Once!

—¿Qué están haciendo? —preguntó Jack, justo detrás del excitado grupo de guardiamarinas.

—Estaba comprobando la precisión del señor Braithwaite, señor —dijo el tercero de a bordo—. ¡Oh, señor, navegamos a once nudos! ¡Once nudos, señor! ¿No es estupendo?

Jack sonrió. Observó la burda, tan tensa que parecía de hierro, y se dirigió a proa. Stephen y el señor White, el pastor que acompañaba al enviado del Rey, estaban tumbados sobre el castillo, muy bien atados a la borda, y se agarraban de cualquier cosa, de las cornamusas, las vinateras e incluso del guindaste de hierro, a pesar de que abrasaba.

—¿No se ha resuelto aún? —preguntó.

—Estamos esperando el momento acordado, señor —respondió el pastor—. Tenga la bondad de quedarse un poco de tiempo, si le es posible, para comprobar que todo se hace como es debido; está en juego una botella de cerveza. En cuanto Venus se ponga, el doctor Maturin leerá una página elegida al azar alumbrado

solamente por la fosforescencia.

—Pero no las notas al pie de la página —dijo Stephen.

Jack alzó los ojos, y allí, en el estay del trinquete, junto a la juanete agitada por el viento y con la Cruz del Sur de fondo, estaba el perezoso balanceándose al ritmo del barco.

—No creo que las estrellas vayan a brillar mucho —dijo.

Las olas que se formaban a proa eran muy altas, debido a la velocidad de la fragata, y bañaban el pasamanos de sotavento, iluminándolo con una luz azul verdosa que parecía sobrenatural y lanzando sobre ellos gotas fosforescentes, más relumbrantes incluso que la estela que dejaban detrás, una franja de tres millas de longitud que brillaba como una barra de metal. Durante unos momentos, Jack estuvo observando cómo la espuma pasaba sobre la borda y, empujada por las corrientes que se formaban entre los foques y la trinetilla, llegaba hasta el trinquete; luego miró hacia el oeste y vio la estrella ya muy cerca del horizonte. El brillante círculo estaba justo sobre el mar, subió de nuevo al elevarse las olas y finalmente desapareció; la luz de las estrellas perdió muchísima intensidad.

—Ya se ha puesto —dijo.

Stephen abrió el libro y, volviendo la página hacia las olas de proa, leyó:

Alienta la comunicación entre las almas

y lleva por el aire un suspiro desde el Indo hasta el polo.

Y a continuación exclamó:

—¡Señor White, le he ganado! Reclamo mi botella. ¡Dios mío, qué bien me vendrá! ¡Tengo tanta sed! Capitán Aubrey, le invito a compartir la botella. —Miró hacia el cielo aterciopelado—. ¡Ven, Letargo!

—¡Oh, oh! —gritó el pastor, tambaleándose entre las botavaras—. ¡Un pez..., un pez me ha golpeado! ¡Un pez volador me ha golpeado la cara!

—Ahí hay otro —dijo Stephen, reconociéndolo—. He notado que esos peces, paradójicamente, vuelan con el viento. Creo que debe de existir una corriente de aire que sube. ¡Cómo brillan! ¡Y cómo vuelan! ¡Miren, miren, ahí llega el tercero! Voy a dárselo al perezoso después de freírlo ligeramente.

—No puedo comprender —dijo Jack, ayudando al pastor a incorporarse y guiándolo por el pasamanos—, qué tiene ese perezoso contra mí. Siempre he sido amable con él, muy amable, pero no ha servido de nada. No entiendo por qué dicen que es afectuoso.

Jack era alegre y optimista, y como simpatizaba con la mayoría de las personas, se sorprendía cuando no le caía bien a alguien. A pesar de haber perdido simpatía en los últimos años, la que sentía por los caballos, los perros y los perezosos se conservaba intacta, por eso le dolía ver que al pobre animal se le

saltaban las lágrimas cuando él entraba en la cabina, y para evitar molestarlo se quedaba fuera. Mientras se dirigían a Río de Janeiro se sentaba junto a él en sus momentos de ocio y le hablaba en portugués, o algo parecido, y le daba alimentos que a veces se tragaba y otras dejaba que se le escurrieran de la boca con las babas. Sin embargo, no obtuvo ninguna respuesta hasta que estuvieron cerca del trópico de Capricornio, con Río de Janeiro por la amura de estribor.

Había refrescado tanto que casi hacía frío, porque el viento rolaba cada vez más al este, hacia la zona de heladas corrientes entre Tristán da Cunha y El Cabo. El perezoso, desconcertado por el cambio, prefirió dejar la cubierta y pasar su tiempo abajo. Jack estaba en la cabina, marcando la carta marina menos satisfecho de lo que hubiera deseado (algún progreso, pero lento..., serios problemas con el palo mayor..., el fortísimo viento en contra durante la noche) y bebiendo grog, mientras Stephen, en la cofa del palo de mesana, enseñaba a escribir a Bonden y observaba el mar esperando ver algún albatros. El perezoso estornudó, y Jack, al levantar los ojos hacia él, observó que le estaba mirando y que en su rostro invertido había una expresión angustiada.

—Prueba esto, amigo —le dijo, e hizo una sopa con un trozo de bizcocho y grog y se la dio—. Seguro que te animará.

El perezoso cerró los ojos y suspiró, pero sorbió toda la sopa, y luego volvió a suspirar.

Minutos después Jack sintió que le tocaban la rodilla: era el perezoso. Había bajado sin hacer ruido y ahora estaba allí, a su lado, en actitud expectante, mirándole fijamente con sus ojos pequeños, redondos y brillantes. Más bizcocho, más grog; la confianza y el afecto aumentaron. Desde entonces, en cuanto el tambor tocaba retreta, el perezoso iba a buscarle, corriendo sobre sus irregulares patas. Tenía su propio tazón y, mientras lo sujetaba entre las garras, metía el hocico en él y bebía con los labios fruncidos (su lengua era demasiado corta para lamer). A veces se quedaba dormido en esa posición, con la cabeza sobre el tazón vacío.

—En este cubo —dijo Stephen, entrando en la cabina—, en este pequeño cubo medio lleno, tengo la población de Dublin, Londres y París reunidas: estos animalículos... ¿Qué le pasa al perezoso?

El perezoso estaba hecho un ovillo sobre las piernas de Jack, respirando pesadamente; su tazón y el vaso de Jack estaban vacíos sobre la mesa. Stephen lo cogió en brazos, observó su cara, que tenía una expresión tranquila y un tanto agotada, lo sacudió y lo colgó de su cuerda. El animalito se agarró con una pata delantera y una trasera, mientras las otras dos quedaron colgando, y se durmió.

Stephen vio la jarra. Después olió al perezoso y gritó:

—¡Jack, has pervertido a mi perezoso!

Al otro lado del mamparo de la cabina, el señor Atkins le dijo al señor Stanhope:

—El doctor está discutiendo con el capitán, señor. ¡Huy, huy! Me parece que ha ido demasiado lejos y dudo que un hombre de temperamento pueda soportar eso. Si fuera yo le daría una paliza.

Al señor Stanhope no le parecía bien escuchar detrás de los mamparos y no contestó. Sin embargo, no pudo evitar oír algunas frases sueltas como: «*tes mœurs crapuleuses... tu cherches à corrompre mon paresseux..., va donc, eh, salope..., espèce de fripouille*», pues la discusión siguió en francés después que entró Killick, con muy mala cara.

—Espero que no lleguen tarde a la partida de *whist* —murmuró.

Ahora que el aire era más respirable, el señor Stanhope había recuperado sus fuerzas y esperaba ansioso que llegaran las tardes en que se jugaba a cartas, la única forma de romper la indescriptible monotonía de un viaje transoceánico.

No llegaron tarde. Hicieron su aparición al sonar la hora. Sin embargo, tenían la cara enrojecida, y Stephen trató de hacer trampa para conseguir que el enviado del Rey fuera su compañero. Jack jugó de una manera abominable, y Stephen, con maliciosa concentración, sacó sus triunfos como si fuera una serpiente que clavaba los dientes y se lució con los comentarios al final de la partida, demostrándole a sus oponentes que quien estaba semifallo podía haber tirado el rey y que podían haber ganado la baza decisiva jugando el as; la tarde terminó sin que la tensión hubiera disminuido. Todos le miraban nerviosos mientras calculaban la enorme cantidad de puntos que había ganado, y entonces Jack, con fingida alegría, dijo:

—Caballeros, si los cálculos del segundo oficial son tan exactos como los del doctor Maturin en el juego de cartas y si este viento se mantiene, me parece que mañana se despertarán ustedes en Río de Janeiro. Ya siento la proximidad de la tierra..., la siento en los huesos.

En la quietud de la guardia de media subió a la cubierta en camisa de dormir, observó el tablero con las mediciones a la luz de la bitácora y le ordenó a Pullings que disminuyera vela al sonar las ocho campanadas. Volvió a rondar por allí, como un alma en pena, cuando sonaron las cinco campanadas, y cambió la orientación de las gavias durante un tiempo. Sus cálculos resultaron rigurosamente exactos, pues hizo llegar la fragata a Río de Janeiro justo cuando el sol asomaba por detrás de la ciudad, bañando con su luz dorada aquel maravilloso panorama. Pero esto no sirvió de nada, no consiguió cerrar la brecha. Stephen, a quien habían sacado de la cama para contemplar el panorama, dijo que era curioso cómo a veces la Naturaleza podía ser tan vulgar y engañosa e intentar producir efectos *ad captandum vulgus*, el mismo tipo de efectos que trataban de conseguir en Astley y Ranelagh^[6], pero que, afortunadamente, no lo lograba. Tal vez tenía la intención de hacer otros comentarios, y a que el perezoso se había pasado toda la noche mareado, pero, en

ese momento, la *Surprise* se llenó de llamaradas y humo al saludar al almirante portugués, que se encontraba a bordo de un navío de setenta y cuatro cañones color carmín, junto a Rat Island.

Jack bajó a tierra con el señor Stanhope después del desayuno. Sus remeros estaban afeitados y muy arreglados, con sombreros de paja y pantalones de brin blancos como la nieve, y él llevaba su mejor uniforme. Cuando volvió no había en su expresión ni el menor rastro de recelo, rencor o arrogancia. Bonden traía una bolsa, y por todo el barco se repitió el grito: « ¡Correo! » .

—El capitán le envía sus saludos y dice que le gustaría que le dedicara unos momentos —dijo Church *El Ratívoro*—. Y..., señor —apretó el brazo de Stephen y bajó la voz—, por favor, interceda en favor de Scott y de mí para que nos dejen bajar a tierra. Creo que nos lo merecemos.

Preguntándose cómo era posible que Church creyera merecer otra cosa que ser empalado, Stephen entró en la cabina. Allí encontró una dulce sonrisa, una gran alegría y olor a oporto. Jack estaba sentado a la mesa, sobre la cual había varias cartas de Sophie abiertas, dos vasos y una jarra.

—¡Ah, ya estás aquí, mi querido Stephen! —exclamó—. Ven, tómate un vaso del oporto con que nos han obsequiado los franciscanos irlandeses. He recibido cinco cartas de Sophie, y ahí hay algunas para ti..., creo que también son de Sussex. —Estaban encima de otro montón de cartas dirigidas al doctor Maturin y la letra era, sin lugar a dudas, la de Sophie—. Tiene una letra preciosa, ¿verdad? Puedes entender todas las palabras. ¡Y qué estilo! ¡Qué estilo! Me pregunto cómo habrá logrado tener ese estilo, seguramente esas cartas están entre las mejores que se han escrito jamás. Hay un fragmento que habla del jardín de Melbury y los perales que es tan bueno como el de una obra literaria, voy a leértelo... Pero si quieres leer tus cartas ahora, no te preocupes por mí, no te andes con ceremonias.

—No, ahora no —dijo Stephen, con aire ausente, metiéndoselas en el bolsillo y pasando una a una las demás, que eran de sir Joseph, Ramis, Waring y cuatro desconocidos—. Dime una cosa, ¿había cartas para Nicolls?

—¿Para Nicolls? No, ninguna. Pero había muchas para los demás oficiales. ¡Killick!

—¿Qué se le ofrece, señor? —preguntó Killick malhumorado, con una cuchara en la mano.

—Dale el correo al dispensero de la sala de oficiales. Y trae otra jarra. Stephen, mira esto, por favor.

Le entregó una carta en la que el señor Fanshaw presentaba sus respetos al capitán Aubrey y se complacía en comunicarle que ese día había recibido la suma de 9.755 libras, 13 chelines y 4 peniques enviada a su nombre por el Almirantazgo, que dicha suma era una paga *ex gratia* al capitán por haber apresado las fragatas *Clara*, *Fama*, *Medea* y *Mercedes*, de Su Majestad el Rey

Católico, y que Sus Señorías no tenían pensado dar recompensa por los tripulantes ni por los cañones que éstas llevaban a bordo ni tampoco por el número de embarcaciones y que la suma mencionada, menos diversas cantidades de reserva y su comisión, había sido depositada en la cuenta que el capitán tenía en el banco de los señores Hoare.

—No es lo que yo llamaría una gran suma —dijo Jack, sonriente—, pero más vale pájaro en mano que ciento volando, ¿no te parece? Y me alcanza para saldar mis deudas. Ahora lo que necesito es capturar un par de presas bastante grandes y entonces Mamá Williams no podrá hacer ninguna objeción. A este lado de Batavia, sin embargo, no queda ni rastro de ningún mercante, es decir, de ninguno que pueda considerarse presa de ley, y Dios me libre de volver a apresar un barco neutral; pero todavía hay barcos corsarios que salen de crucero desde Île de France^[7], y una escaramuza con uno o dos de ellos... —Volvía a tener aquella mirada ávida de pirata y parecía haber rejuvenecido cinco años—. A propósito, Stephen, he estado pensando en ti. Tengo que carenar la fragata y recolocar la carga (el equipaje y los regalos del señor Stanhope están amontonados en la bodega de popa) para que mueva la proa con más facilidad, tengo que moverlo todo, y se me ha ocurrido que, ahora que tienes tanta agilidad, quizás te gustaría tener una semana de permiso y hacer un recorrido por el interior. Hay jaguares, avestruces, unicornios...

—¡Oh, Jack, qué bueno eres! Tuve que obligarme a mí mismo a marcharme del cabo San Roque, a abandonar aquella espléndida vegetación. En la selva brasileña habitan el tapir, la boa y el pecarí. Posiblemente te resulte difícil creerlo, Jack, pero nunca he visto una boa.

* * *

Había visto boas (también las había tenido entre sus manos), colibríes, luciérnagas, un hermoso tucán en su nido, un oso hormiguero y su cría teñidos por la luz púrpura del amanecer sobre un desolado pantano, armadillos, tres especies de monos del Nuevo Continente y un tapir cuando regresó a Río de Janeiro para subir a la fragata, y había agotado a tres caballos y al señor White, su compañero. La *Surprise* estaba anclada con una sola ancla y su apariencia era sumamente extraña, pues tenía el palo mayor de una fragata de treinta y seis cañones, el palo trinquete y el de mesana muy inclinados hacia atrás y los costados pintados a cuadros en blanco y negro, los típicos cuadros de Nelson.

—Es una idea mía —le dijo Jack, dándole la bienvenida a bordo—, algo entre la *Lively* y la *Surprise* que conocí de joven. Esto conseguirá que se mueva con vientos flojos, porque la proa es estrecha, ¿lo ves? Y sobre todo le permitirá

conseguir un nudo más cuando el velamen haga mucha presión. Ya sé que no te gustará la superestructura. —Stephen miraba boquiabierto a un tímido loro que estaba en lo alto—, pero he tirado toda la arena que llevaba de lastre y la he sustituido por lingotes de hierro (no tengo palabras con que explicarte lo amable que ha sido el almirante) que hemos colocado muy abajo. La fragata está tan rígida como..., bueno, lo más rígida posible, y me sorprendería que no pudiéramos conseguir un nudo más. Puede que lo necesitemos, pues según los hombres de la *Lyra*, que estaba en el puerto, Linois ha pasado en un navío de línea rumbo al océano Índico, junto con dos fragatas y una corbeta. ¿Te acuerdas de Linois, Stephen?

—¿Monsieur de Linois, el que nos capturó cuando íbamos en la *Sophie*? Sí, sí, le recuerdo perfectamente. Un caballero alegre y cortés que vestía una chaqueta roja.

—Y también un extraordinario marino. Pero si puedo evitarlo, no nos volverá a capturar, no en su navío de setenta y cuatro cañones. Pero con las fragatas la cosa es diferente; la *Belle-Poule* es grande y pesada y tiene cuarenta cañones, mientras que nosotros sólo tenemos veintiocho, pero la *Sémillante* es más pequeña y tendríamos posibilidades de ganarle si lograra que nuestros hombres fueran rápidos y dispararan bien. Podría ser una presa, ¿verdad? ¡Ja, ja!

—¿Crees que nos aguarda algún peligro inmediato? ¿Han visto esas embarcaciones cerca de El Cabo?

—No, no, están a diez mil millas de distancia. Han entrado al océano Índico por el estrecho de Sonda.

—Entonces tal vez sea un poco prematuro...

—Ni lo más mínimo, ni lo más mínimo. Incluso si se piensa en la propia Armada, no hay ni un minuto que perder. La tripulación no está ni medianamente preparada; no está en las condiciones de la tripulación de la *Lively* ni mucho menos como la tripulación de la *Sophie*. Por otra parte, tengo muchas ganas de estar casado, ¿sabes? La idea de estar casado le sirve de impulso al hombre, bien lo sabe Dios, y no puedes imaginarte hasta qué punto. Por supuesto, casado con Sophie; te ruego que me disculpes si me he expresado inadecuadamente otra vez.

—Bueno, querido amigo, no soy muy partidario del matrimonio, como sabes, y a veces me pregunto si no se le da demasiado valor a un contrato que le obliga a uno a ser feliz y si una llegada tiene el mismo valor que muchos viajes o si sería mejor seguir viajando indefinidamente.

En sus cartas, Sophie hablaba de un horrible acoso. La salud de la señora Williams estaba realmente quebrantada (el presidente del Colegio de Médicos y sir John Butler no eran hombres que se dejaban engañar por la aprensión o la hipocondría, y además, algunos síntomas eran muy malos) pero su incansable mente parecía tener más energía. Unas veces estaba tan pálida y atormentada por el dolor que inspiraba lástima (soportaba el dolor con gran fortaleza), otras

estaba roja de rabia y martirizaba a su hija hablándole del señor Hincksey, el nuevo pastor. Con voz cansada, desde lo que ella llamaba su lecho de muerte, le rogaba a su hija que abandonara al capitán Aubrey, que nunca iba a hacerla feliz y que iba a la India por el motivo que todos conocían (iba a la India detrás de aquella mujer), le suplicaba que la dejara morir en paz, sabiendo que estaba bien casada y establecida en la cercana rectoral de Swiving, donde estaría cómoda y próxima a todos los amigos, no en las posadas de la costa en la otra punta de Inglaterra o en Perú. Quería verla casada con ese hombre, a quien todos sus amigos miraban con buenos ojos, un hombre con abundantes recursos económicos y un brillante porvenir, que podría mantenerla muy bien y cuidaría de sus hermanas cuando ella hubiera muerto (¡pobres huérfanas!), un hombre que no le era indiferente, dijera lo que dijera. El capitán Aubrey olvidaría todo enseguida, si no lo había olvidado ya en brazos de alguna ramera, pues, como decía el magnífico lord Nelson, después de pasar Gibraltar todos los hombres eran solteros, y la India estaba mucho más lejos que Gibraltar, si el atlas no estaba equivocado. Además, el almirante Haddock y todos los caballeros de la Armada que había conocido decían: «El mar y la distancia acaban con el amor»; todos tenían la misma opinión. Le hablaba así porque sólo deseaba lo mejor para Sophie y le imploraba que no le negara esa petición, la última, al menos por el bien de sus hermanas, si es que la felicidad de su madre no significaba nada para ella.

Stephen conocía a Hincksey, el nuevo pastor. Era alto, bien parecido, caballeroso y muy instruido. No tenía la rigidez de un clérigo, era divertido, agudo y amable. Por otra parte, Stephen le tenía más cariño a Sophie que al resto de las mujeres que conocía, pero no esperaba de nadie un comportamiento heroico; no era posible un comportamiento heroico cuando no se tenían aliados, y había entre ella y Jack una distancia de diez mil millas. Diez mil millas y ¿cuántas semanas, meses e incluso años? El tiempo era una cosa para quien tenía una vida activa y cambiante y otra muy distinta para una joven que vivía en una aislada casa de provincia, encerrada con una mujer de carácter fuerte y sin escrúpulos convencida de su divina autoridad.

El miedo y la aversión que la señora Williams sentía por las deudas eran genuinos, y eso le daba a sus argumentos una fuerza muy superior a la que ella normalmente conseguía imprimirles. En la tranquila y apacible región del país donde vivía, no existía el encarcelamiento —¡encarcelamiento!— por deudas, y en las horribles historias que le llegaban de las regiones circundantes o de la metrópoli frívola y disoluta sólo estaban envueltos chulos, aventureros o gente peor. Y sin embargo, recordaba que durante su niñez había oído susurrar muchas veces historias apocalípticas sobre personas abandonadas por Dios que habían perdido todo su dinero en la operación fraudulenta de los Mares del Sur. Con su propio esfuerzo, tanto la señora Williams como el resto de las personas que

conocía podían ganar hasta cinco peniques diarios escardando o cosiendo, aunque los hombres podían conseguir algo más en la recogida de la cosecha, de modo que reunir cien libras era algo inalcanzable, reunir diez mil inimaginable; por eso rendían culto al dinero con un profundo e inquebrantable fervor no exento de superstición.

Stephen había reflexionado sobre ello mientras leía las cartas de Sophie; había reflexionado cuando caminaba por la selva brasileña, mientras contemplaba enormes cataratas de orquídeas y mariposas del tamaño de platos soperos; reflexionaba ahora. El tiempo de los pensamientos era infinitesimal. Aquel intervalo había durado apenas lo bastante para que Jack cambiara su expresión desconcertada por otra un tanto ansiosa, mientras trataba de descubrir el motivo de las palabras de Stephen, y luego por otra satisfecha y relajada, al recibir el mensaje de que la lancha se alejaba de la costa con el señor Stanhope a bordo.

—Tenía miedo de que perdiéramos la marea —dijo, subiendo por la escala hasta la cubierta, que parecía un hormiguero.

Parecía un hormiguero, pero con orden; y aunque Jack decía que la tripulación no estaba ni medianamente preparada, lo cierto era que hacía los preparativos para zarpar con mucha diligencia. Ya el *Racoon* había quedado olvidado y los hombres de tierra adentro habían dejado muy atrás el arado y el telar; y cuando la tripulación se había enfrentado en tierra con los marineros de permiso de la *Lyra*, había peleado como un grupo unido, y no había ninguno de sus miembros que no llevara en su sombrero de paja una cinta con el nombre de *Surprise* bordado.

La ceremonia de recepción (el señor Stanhope nunca subía a bordo de incógnito), el ruido metálico cuando los infantes de marina presentaban armas, la orden largamente esperada: « ¡Levar anclas! », el silbato del contraataque y el crujir de las botas de los soldados cuando corrían a coger las barras del cabrestante.

El tiempo pasado en tierra, prolongado hasta el último momento posible, había levantado el ánimo del señor Stanhope, pensaba Stephen mientras le miraba, pero no había mejorado mucho su salud; también le había quitado la costumbre de caminar en un barco. Ambos estaban comentando las cartas oficiales que habían recibido de Inglaterra y de la India cuando la marea cambió, situándose en dirección contraria al viento, y la *Surprise* viró la proa hacia altamar y comenzó a moverse como un caballito de balancín.

—Discúlpeme, doctor Maturin —dijo—, pero voy a irme abajo para tumbarme. No creo que este movimiento me haga bien. Sé que dentro de una hora este frío y esta salivación llegarán a su punto máximo y me convertiré en un ser abominable, que no será una buena compañía durante algún tiempo, sólo Dios sabe cuánto.

Stephen se quedó con él durante unos momentos para tranquilizarle y luego le

dejó con su ayuda de cámara y un cubo.

—Se pondrá bien pronto, muy pronto. Se acostumbrará al movimiento mucho antes de lo que se acostumbró en el Canal o a la altura de Gibraltar o de Madeira. Sus sufrimientos acabarán en poco tiempo.

Sin embargo, no lo creía. Por lo que decían los libros de viajes y lo que contaba Pullings, quien había recorrido aquel trayecto varias veces en un mercante que hacía el comercio con China, conocía la fama de las altas latitudes del sur. Y es que en este viaje no seguían el camino más corriente para ir a la India: el cabo de Buena Esperanza había sido devuelto a los holandeses entre reverencias y sonrisas en 1802 (aunque, por supuesto, habría que volver a quitárselo), por lo cual la *Surprise* tenía que llegar mucho más allá del sur de África, a la horrible zona de los cuarenta grados de latitud, dirigirse al este y luego al norte, a las aguas donde soplaba el monzón de verano.

La fragata navegaba velozmente con los vientos alisios, como si intentara recuperar el tiempo perdido. La diferencia en su forma de navegar era evidente para todos, se movía con mucha más facilidad, más rapidez y más gracia. Jack estaba encantado y le explicó a Stephen que la fragata era como una yegua pura sangre, que necesitaba una mano delicada que la llevara con cuidado. Le dijo que había que gobernarla con suavidad, que tenía la estabilidad de un cúter y navegaba muy bien de bolina, pero no tan bien con el viento a la cuadra, como cualquier agudo observador podría advertir, ya que tenía cierta tendencia a dar bandazos, y por eso se debía prestar mucha atención al timón para evitar recibir un golpe de mar.

—Lamentaría de veras que recibiera un golpe de mar —dijo, sacudiendo la cabeza—. Si tuviera que virar a barlovento no sé lo que pasaría con esa condenada verga del trinquete ni tampoco con el propio trinquete, que fue lo único que no pude cambiar. Te acuerdas de los malletes, ¿verdad?

Stephen tenía un vago recuerdo de haber visto a Jack clavando un pasador en la madera mientras las astillas saltaban. También él, con una expresión grave, sacudió la cabeza. Y después de una breve pausa de cortesía, preguntó cuándo sería posible ver un albatros.

—¡Pobrecilla! —continuó Jack, pensando todavía en su fragata—. Creo que se está volviendo vieja, tiene todo el ánimo del mundo pero no puede vencer los años. ¿Un albatros? Bueno creo que podremos ver alguno antes de llegar a la altura de El Cabo. Incluiré en mis órdenes que te avisen en cuanto vean uno.

En la medición de la altura del sol a mediodía se obtenía cada día una cifra más alta: 26° 16', 29° 47', 30° 58' y cada día el aire era más frío. Se veían de nuevo los jerséis, de Guernesey y los sombreros de piel, que habían quedado en horribles condiciones tras su paso por el trópico, y el uniforme de los oficiales y a no era un tormento para ellos. También cada día llamaban a Stephen para que subiera a la cubierta a ver fardelas, petreles comunes y palomas de El Cabo,

pues ahora atravesaban las ricas aguas del sur del Atlántico, las aguas donde moraba Leviatán. Se le podía ver a menudo jugueteando en la distancia, y una noche, cuando la fragata dio una sacudida y se detuvo momentáneamente, tuvieron la certeza de que se habían encontrado con él.

Hacia el sur, siempre hacia el sur, más allá de donde nacían los vientos alisios, abriéndose paso entre innumerables vientos variables, muy, muy fríos, hacia la horrible zona de los cuarenta grados de latitud. Y desde allí el viento del oeste, que recorría sin pausa todos los océanos del globo, les llevaría hacia el este, del otro lado de la punta de África. Semana tras semana navegaron con resolución, y el sol, que brillaba pero no calentaba, estaba más bajo y parecía más pequeño cada mediodía, mientras la luna, aparentemente, aumentaba de tamaño.

Era curioso comprobar con qué rapidez este progreso pasó a considerarse un hecho normal. La *Surprise* no había recorrido aún mil millas cuando la rutina del barco, desde subir los coyes hasta tocar con el tambor «Corazón de Roble» anunciando la comida de los oficiales, desde llamar a todos a sus puestos hasta realizar incesantes prácticas con los cañones y hacer la guardia, había hecho olvidar tanto el principio como el fin del viaje, había hecho olvidar incluso el tiempo, y los marineros tenían la impresión de que iban a estar siempre navegando por aquel mar infinito y completamente desierto, viendo el sol disminuir y la luna aumentar.

Ambos estaban en el claro cielo un memorable jueves en que Stephen y Bonden volvieron a los puestos que solían ocupar en la cofa del palo de mesana y, sin hacer caso de sus ocupantes habituales, se sentaron sobre las dobladas. Bonden se había graduado en garabatos al norte del Ecuador, había arrojado por la borda su indigna pizarra al llegar a 3° S y ahora iba de penol a penol llevando pluma y tinta, y a medida que aumentaba la latitud sur, su letra se hacía más definida y más pequeña, más pequeña, más pequeña.

—Poesía —dijo Stephen.

A Bonden le producía una indescriptible satisfacción escribir versos, y con una sonrisa infantil abrió el tintero y, cuidadosamente, puso en él la pluma, una pluma de alcatraz.

—Poesía —repitió Stephen, mirando el inmenso mar azul grisáceo y la curva de la luna por encima de él—. Poesía:

Iremos hasta el confin del globo,
y veremos el océano unirse al cielo.
Entonces a nuestros vecinos del universo conoceremos
y en el mundo lunar seguros entraremos

» ¡Dios mío! Creo que ese es un albatros.

«... creo que ese es un albatros», repitió Bonden sólo moviendo los labios. Y entonces dijo:

—No rima. ¿Falta otro verso todavía? —Como no recibió respuesta de su riguroso maestro, miró hacia el lugar adonde éste dirigía la vista—. Bueno, señor, lo ha conseguido. Seguro que seguirá nuestra estela enseguida y nos alcanzará. Los albatros son pájaros muy hermosos pero saben un poco a pescado si uno no les quita la piel.

El albatros se acercaba cada vez más y seguía la estela de la fragata haciendo un sinuoso recorrido, sin mover las alas. Avanzaba a un ritmo muy rápido, pues cuando Stephen lo vio por primera vez era una pequeñísima mancha y cuando Bonden acabó de dar la receta de pastel de albatros se había convertido en una enorme figura, una enorme figura blanca con las puntas de las alas negras, a trece pies de la popa. Entonces se ladeó y se dirigió hacia un costado, desapareció tras la nube de velas y volvió a aparecer a cincuenta yardas de la popa.

Un mensajero tras otro subieron a la cofa del palo de mesana. Apenas Achmet le había dicho en urdu: «Señor, hay un albatros a dos grados por la aleta de babor» cuando tras su rostro melancólico apareció el de un grumete del alcázar, quien le comunicó: «El capitán le envía saludos, señor, y dice que le ha parecido distinguir el pájaro que usted quería ver». Y enseguida oyó: «¡Maturin! ¡Maturin! ¡Ahí tiene a su albatros!» . Era la voz de Bowes, el contador, que subía gracias a la fuerza de sus manos, arrastrando su pierna paralizada.

Después de un rato Bonden dijo:

—Me toca hacer guardia ahora, señor. Debo irme, con su permiso, si no el señor Rattray me azotará. ¿Quiere que le mande un chaquetón, señor? Hace un frío mortal.

—Sí, sí. Vaya, vaya —murmuró Stephen abstraído, sin escucharle.

La campana sonó, la guardia cambió. Una campanada, dos, tres. El tambor llamó a todos a sus puestos, luego tocó retreta (no hubo prácticas con los cañones ese día, gracias a Dios) y todavía él seguía mirando el albatros. Y ahora, en la penumbra, lo veía revolotear, descender hasta la popa, posarse a veces sobre el mar cuando algún objeto era lanzado por la borda y volver a subir, describiendo una larga serie de curvas suaves, perfectas.

Los días que siguieron fueron de los más fatigosos que Stephen había pasado en la mar. Algunos marineros del castillo, antiguos balleneros de los mares del Sur, eran apasionados cazadores de albatros. Después del primer enfrentamiento duro con ellos, no se atrevían a cazar los albatros cuando él estaba en cubierta, pero en cuanto bajaba largaban secretamente un cabo y los enormes pájaros se acercaban a él batiendo las alas y eran atrapados para ser convertidos en petacas, cañones de pipa, comida caliente, chalecos de plumas para usar pegados a la piel y amuletos para no ahogarse (porque nunca se había visto ningún

albatros ahogado, y de la media docena que seguía la fragata tampoco habían visto ahogarse ninguno, ni cuando el viento era flojo ni cuando era fuerte). Sabía que no tenía fuerza moral para impedirselo, porque había comprado y desollado los primeros ejemplares. Era reacio a pedir la intervención de quien tenía la autoridad, pero estaba muy ocupado en la enfermería (la apertura del tonel 113, con carne de un cerdo de tres años a quien le había llegado su hora en el puesto de las Indias Occidentales, había producido disentería y, sorprendentemente, dos casos de neumonía también) y muy cansado de tanto subir y bajar, así que al final recurrió a Jack.

—Bueno, Stephen —dijo—, daré esa orden si quieres, pero a ellos no les gustará, ¿sabes? Está en contra de la costumbre. Los marineros han cazado albatros y fardelas desde que los barcos cruzan estos mares. No les gustará. Habrá miradas malhumoradas y respuestas de mala gana, y la mitad de los marineros más viejos empezarán a profetizar desgracias como que dejaremos muchas viudas o chocaremos contra una montaña de hielo.

—Por lo que he leído y por lo que me ha contado Pullings, podrían acertar si predijeran que en los cuarenta grados de latitud sur habrá una terrible tempestad.

—Vamos —dijo Jack, cogiendo el violín—, toquemos algo de Boccherini antes de acostarnos. Es posible que no tengamos otra oportunidad de este lado de El Cabo a causa de tu deseo de alterar el orden natural de las cosas.

Las miradas malhumoradas y las frases en tono de reproche empezaron la mañana siguiente, y también las profecías. En el castillo, muchos movían su cabeza cana de un lado a otro y pronunciaban con profunda gravedad las palabras amenazadoras que a veces Stephen alcanzaba a oír: «Ya veremos lo que pasa».

Hacia el sur, siempre hacia el sur navegaba la fragata, atravesando el viento del oeste, completamente sola bajo el cielo gris, adentrándose en la inmensidad del océano. Las aguas eran más frías cada vez, y el frío, húmedo y penetrante, traspasaba las paredes de las bodegas, el rancho y las cabinas. Stephen subió a la cubierta pensando con satisfacción en el perezoso, que había sido acogido en el convento de los franciscanos irlandeses de Río de Janeiro, donde se bebía secretamente el vino del altar. Observó que el velamen hacía tanta presión sobre la fragata que la cubierta estaba inclinada como un techo y el pescante de sotavento estaba oculto por la espuma. Se desplazaba a doce nudos y medio, con el viento por la aleta de estribor, llevaba desplegadas casi todas las velas, incluidas las sobrejuanetes y las alas inferiores y superiores, y tenía las amuras de estribor recogidas, pues Jack quería que virara un poco más hacia el sur todavía. Allí, en el coronamiento, vio a Jack, mirando unas veces hacia el cielo, otras hacia la jarcia.

—¿Qué te parece este oleaje? —preguntó.

Stephen lo observó, parpadeando sin cesar a causa del viento fuerte y frío.

Las olas eran gigantescas, oscuras y con motas blancas; venían del oeste, en dirección oblicua al rumbo de la fragata, y la separación entre sus crestas era de doscientas yardas. Llegaban con precisa regularidad y pasaban por debajo de la aleta, levantando la fragata tan alto que el horizonte se ensanchaba veinte millas, luego seguían hacia delante y formaban un seno en el que ésta se hundía con las velas mayores, las más bajas, flácidas, debido a la calma que había en su interior. En uno de esos senos vio un albatros volando tranquilamente, sin ningún esfuerzo, y aunque era un pájaro enorme, parecía una pequeñísima gaviota comparado con el gran tamaño de las olas.

—Es impresionante —contestó.

—¿Verdad que sí? —dijo Jack—. Me encanta el vendaval.

Había satisfacción en su mirada, pero también intranquilidad, y mientras la fragata subía de nuevo lentamente él miraba las alas de la gavia. Cuando la fragata se elevaba, el viento ejercía la máxima fuerza sobre ella y las botavaras de las alas cedían, curvándose hacia delante más de lo conveniente; también se curvaban todas las vergas y los mástiles, con un fuerte crujido, pero ninguno tanto como las botavaras de las alas. Un abanico de espuma cubrió el combés, atravesó la jarcia y desapareció por la amura de babor, empapando al señor Hailes, el condestable, que iba con sus ayudantes de un cañón a otro, poniéndoles contrabragueros para atarlos más fuertemente al costado. Por su parte, Rattray estaba reforzando las botavaras y asegurando los botes. Todos los hombres responsables realizaban tareas sin que les hubieran dado órdenes, y mientras trabajaban observaban al capitán, que con su propia mano comprobaba la tensión de la jarcia, como hacía con frecuencia, y volvía la vista hacia el cielo, el mar y las velas superiores.

—Va a toda vela —observó Joliffe.

—Se romperá dentro de poco —dijo Church— si no recoge velas.

Durante mucho tiempo, los hombres de guardia en cubierta esperaron la orden de subir y disminuir vela antes de que Dios mismo la disminuyera, pero la orden no llegó. Jack quería avanzar hasta la última milla posible aquel espléndido día, y por otra parte, la vertiginosa velocidad de la fragata, el agudo canto de su jarcia, su majestuoso ascenso y su caída le producían un placer rayano en el éxtasis. Y aunque él no lo sabía, esto se le notaba a pesar de su expresión tranquila, incluso grave, y el tono áspero en que daba las órdenes mientras gobernaba la fragata con precisión, totalmente identificado con ella. Se encontraba en el alcázar, pero al mismo tiempo estaba atento a las botavaras de las alas y su excesiva curvatura, tratando de calcular exactamente el punto por donde iban a romperse.

—Sí —dijo, como si no hubiera pasado un largo período de tiempo—. Y será más impresionante antes de que acabe esta guardia. La arena del reloj cae con rapidez. Dentro de poco empezarán las ráfagas de viento y ya verás cómo sube

la marea y cómo se agita el mar. ¡Señor Harrowby! Señor Harrowby, mande a otro hombre al timón. Y despliegue el petifoque y sus alas.

Se oyó el silbato del contra maestre, luego apresuradas pisadas y la velocidad de la fragata disminuyó sensiblemente. El señor Stanhope, que bajaba por la escala de toldilla, se agarró a ella y dijo:

—Es asombroso que no se caigan todos, los pobres. Esto es estimulante, ¿no creen? Como el champán.

Así era. Todo el barco vibraba, un zumbido grave llegaba desde las bodegas y el penetrante viento llenaba los pulmones de los tripulantes. Y mucho antes del anochecer el viento llegó a ser tan fuerte que casi no podían respirar y la *Surprise* tuvo que navegar con las gavias y las mayores rizadas y los mastelerillos tumbados sobre la cubierta, aunque todavía se desplazaba a mucha velocidad y en dirección sureste.

Durante la noche, Stephen oyó varios golpes y gritos entre sueños y notó que habían cambiado el rumbo porque su coy ya no se mecía en la misma dirección, pero no esperaba encontrarse con lo que vio al subir a la cubierta. Bajo el amenazador cielo gris, arrastrando la lluvia y lanzando espuma, el mar estaba completamente blanco, como si una capa de crema lo cubriera hasta donde alcanzaba la vista. Había visto el golfo de Vizcaya en sus peores momentos y las fuertes ráfagas del viento del suroeste en la costa irlandesa, pero ninguna de las dos cosas tenían comparación con esto. Por un momento todo el conjunto podía haberse confundido con un paisaje natural con montañas extrañamente regulares, pero entonces entró en movimiento, un movimiento majestuoso que ocultaba su aterradora e increíble violencia. Ahora se formaban crestas y senos mucho mayores y mucho más separados entre sí y las olas encrespadas rompían provocando una avalancha de espuma blanca. La *Surprise* iba deslizándose con rapidez, casi justamente delante de ellas, en dirección este cuarta al sur. Habían conseguido quitarle el mastelero de sobremesana al amanecer (así disminuía la presión del viento en la popa y el riesgo de que el casco se partiera) y habían preparado guardamancebos a lo largo de la cubierta. Al volver los ojos hacia el alcázar, Stephen vio una ola que se elevaba como un muro gris verdoso, mucho más alto que el coronamiento, e inevitablemente se abalanzaba contra ellos. Inclínó la cabeza hacia atrás para ver su cresta, que se curvó hasta pasar la vertical y luego avanzó, balanceándose por la velocidad que llevaba, mientras el viento formaba una lengüeta con su espuma. Jack dio una orden al timonel y la fragata se desvió un poco de su rumbo y se elevó, con la popa tan inclinada hacia el cielo que Stephen se agarró a la escala que tenía detrás, y siguió elevándose; entonces la ola mortal pasó por debajo de la bovedilla, dividiéndose, cubrió el combés de agua y espuma y siguió avanzando hasta el horizonte, mientras la fragata se hundía en el seno y el chirrido de la jarcia bajaba de tono una octava porque la tensión había disminuido.

—¡Agárrate duro, doctor, con las dos manos! —gritó Jack.

Stephen avanzó sujetándose al andarivel, notando una mirada de reproche en los cuatro hombres que llevaban el timón, como si le dijeran: «Mira lo que has conseguido con tus albatros, compañero», y llegó hasta el candelero al que estaba amarrado Jack.

—Buenos días, señor.

—Muy buenos días. Está empezando el temporal.

—¿Qué?

—Está empezando el temporal —repitió Jack con más fuerza.

Stephen frunció el ceño y miró hacia popa, y a través de la neblina que formaba el mar al salpicar, vio dos albatros más blancos que la espuma acercándose con el viento. Uno se dirigió hacia la fragata, subió hasta la altura del coronamiento y luego se posó sobre un remolino a unos diez pies de distancia.

Stephen observó sus ojos pequeños y redondos, que estaban fijos en él, su cola y el cambio constante y sutil de las plumas de las alas; entonces el albatros se inclinó hacia un lado y se elevó con el viento, luego se precipitó hacia abajo y, con las alas levantadas, se cernió sobre un arrecife de agua que avanzaba, cogió algo y se alejó apresuradamente antes de que éste rompiera.

Killick apareció entonces, con una expresión triste y preocupada y muy molesto por el viento. Sacó de debajo de su chaqueta la cafetera y se la pasó a Jack, que puso la boca en el pitorro y empezó a beber.

—Deberías irte abajo —le gritó Jack a Stephen—. Baja y desayuna. Es posible que no vuelvas a comer caliente si esto se pone feo.

Los oficiales eran de la misma opinión. Tenían la mesa servida con jamón hervido, bistecs y pastel de carne, y aunque todo estaba bien sujeto con una doble barrera de cuerdas, las salsas se mezclaban al azar unas con otras.

—¿Pastel de carne, doctor? —le preguntó Etherge, sonriéndole—. Le he separado un pedazo.

—Sí, por favor.

Stephen le acercó el plato y recibió el pedazo de pastel cuando estaban en la cresta de ola; entonces la fragata descendió velozmente por la superficie de ésta y el pedazo quedó en el aire, pero Etherge, con gran habilidad, lo atrapó con el tenedor y lo retuvo hasta que llegaron al seno, donde la gravedad volvió a actuar.

Pullings le dio una galleta escogida y le dijo con una sonrisa que el tiempo pasaba y las cosas tenían que «ponerse peor antes de ponerse mejor», y le rogó que comiera «todo lo que pudiera».

El contador estaba explicándoles un método infalible para calcular la altura de las olas por simple triangulación cuando Hervey llegó a la sala de oficiales, echando agua como una fuente invertida.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —exclamó, arrojando a un lado la capa alquitrana y poniéndose los lentes—. Babbington, alcánceme una taza de té,

tenga la bondad. Tengo los dedos entumecidos y no puedo dar la vuelta a la llave.

—El té se cayó por la borda, señor. ¿Le da igual un poco de café?

—Cualquier cosa, cualquier cosa, con tal de que esté caliente. ¿Queda pastel de carne?

Le mostraron la fuente vacía y protestó:

—Eso sí que está bueno..., toda la noche en cubierta y no tengo pastel de carne.

Cuando el jamón le había apaciguado, Stephen le preguntó:

—¿Le importará decirme por qué pasó toda la noche en cubierta?

—El patrón no quiso bajar, aunque le rogué que fuera a acostarse, y tampoco podía acostarme yo si él se quedaba en cubierta, porque soy de naturaleza noble —contestó Hervey sonriente, satisfecho por el jamón.

—¿Entonces estamos en grave peligro? —preguntó Stephen.

Todos le aseguraron que sí con expresión grave y angustiada. Era enorme el riesgo de irse a pique, de que el casco se partiera y de virar bruscamente e ir a parar a Australia; en cambio, era remota la posibilidad de que chocaran con una montaña de hielo y quedaran encallados en ella, aunque así podría salvarse hasta media docena de hombres.

Después de que todos ejercitaran su mente durante tiempo considerable, Hervey dijo:

—El patrón está preocupado por el mastelero de velacho. Subimos a echarle un vistazo y, no se lo podrán creer ustedes, la fuerza del viento sobre nosotros, cuando estábamos allí arriba, hizo que la fragata se desviara un grado de su rumbo. Las clavijas que están justamente encima del tamborete no son lo que nuestros amigos desearían para nosotros, y si hay trapisonda y empezamos a balancearnos, me pondré a rezar.

—El señor Stanhope le ruega al doctor Maturin que le dedique un minuto cuando pueda —le murmuró Killick a Stephen.

En la oscura y fría cabina, a la luz de una vela de sebo, con los abrigos puestos y el cuello subido, estaban sentados el señor White, el señor Atkins y un joven agregado llamado Berkeley con los pies en el agua, que se movía de un lado a otro con un sonido apagado. El señor Stanhope estaba medio incorporado en su lecho y sus criados ocultos entre las sombras. Aparentemente no les habían dado de comer, y además, sus estufas de alcohol no funcionaban. Todos estaban silenciosos.

El señor Stanhope le expresó su agradecimiento al doctor Maturin por ir a verle tan pronto. No quería causarle ninguna molestia, pero le agradecería que le dijera si aquel era el fin. El agua estaba entrando por los costados, y un marinero le había dado a entender a su mayordomo que ese era el signo más grave de todos. Un cadete le había confirmado esto al señor Atkins y había añadido que tenían más probabilidades de que recibieran un golpe de mar que de irse a pique

o que el casco se partiera en dos, aunque ninguna posibilidad debía descartarse. ¿Qué significaba «recibir un golpe de mar»? ¿Podían ellos ayudar en algo?

Stephen le contestó que, por lo que él sabía, el peligro real consistía en que una ola de popa golpeará de lleno la parte trasera de la fragata, haciéndola girar y colocarse con el viento de través, de manera que recibiría la siguiente ola por el costado y se inundaría. Y para evitar esos golpes era necesario navegar a gran velocidad con el viento en popa, llevando desplegadas todas las velas posibles. También había que tener en cuenta que cuando el barco estaba en la cresta de la enorme ola quedaba expuesto a la máxima presión del viento, pero en la depresión, unos cincuenta pies más abajo, quedaba protegido de él, aunque la velocidad debía mantenerse para poder virar en la dirección deseada y reducir el impacto de la siguiente ola; y todo esto requería un perfecto ajuste de aquel complejo de velas y cabos. En su opinión, todo se hacía concienzudamente y con diligencia y, por su parte, estando en una embarcación como esa, con esa tripulación y ese capitán, no tenía motivos racionales para estar atemorizado. El capitán Aubrey había afirmado repetidamente en su presencia que, entre todas las fragatas de la Armada Real con su mismo tonelaje, la *Surprise* era la mejor. Y aunque el hecho de que el agua entrara era molesto y preocupante, era un fenómeno normal en aquellas circunstancias, especialmente en barcos viejos. Les aconsejaba que no tomaran al pie de la letra las palabras de los marineros, porque sentían un extraño placer en asustar a los hombres de tierra adentro.

En cuanto el señor Stanhope dejó de estar atormentado por la idea de una muerte inminente, volvió a sentir los horribles mareos que había tenido durante la noche. Y cuando Stephen y el pastor le ayudaban a meterse en su coy, dijo, intentando sonreír:

—Muchas gracias. No estoy preparado para viajar en barco. Nunca volveré a viajar así. Si no hay ninguna forma de regresar a mi país por tierra me quedaré en Kampong para siempre.

Pero los demás estaban indignados y hablaban a gritos. El señor White pensaba que era vergonzoso que el Gobierno les mandara a su destino en un barco tan pequeño al que, además, le entraba el agua. ¿Se daba cuenta el doctor Maturin de que en la mar hacía mucho frío, mucho más que en tierra? El señor Atkins dijo que los oficiales a quienes había hecho preguntas contestaban lacónicamente o ni siquiera contestaban y que el capitán debería haberle explicado a Su Excelencia todo eso. Además, la cena del día anterior había sido horrible, pues el asado estaba a medio hacer. Quería hablar con el capitán.

—Le encontrará en el alcázar —dijo Stephen—. Seguro que no tendrá ningún inconveniente en escuchar sus quejas.

En medio del silencio que siguió a estas palabras, el señor Berkeley dijo:

—Y se nos han roto todos los orinales.

Stephen fue hasta la enfermería, pasando por el rancho, empapado y

maloliente, donde, a pesar del cabeceo y el ruido, dormían completamente vestidos los marineros de uno de los turnos de guardia, porque se había llamado a toda la tripulación tres veces durante la noche. Encontró algunos casos de accidentes frecuentes en una violenta tormenta, como golpes y magulladuras; un hombre había sido lanzado contra la uña del ancla, otro se había caído de cabeza por la escotilla cuando estaban fijando sus encerados con listones y otro se había clavado el pasador con que trabajaba, nada que un cirujano no pudiera atender. Pero lo que le preocupaba era el peor de los casos de neumonía, un marinero viejo llamado Woods. La enfermedad se había mantenido más o menos igual antes del temporal, pero la intensa actividad y la falta de descanso la habían agravado. Stephen escuchó su respiración, le tomó el pulso, intercambió unas palabras con McAlister y terminó la ronda en silencio.

En cubierta todo había vuelto a cambiar. El viento soplaba con más fuerza y había rolado tres grados, y el aspecto del mar era diferente. Ahora, en vez de pasar en procesión, las inmensas olas se entrecruzaban en una gran confusión y rompían con furia, llenando los senos de espuma. Su forma era la misma de antes, pero las crestas estaban separadas un cuarto de milla y tenían mayor altura, aunque a veces esto no se apreciaba bien debido a la agitación del mar. No había ningún albatros a la vista. Y sin embargo, la fragata continuaba navegando rápidamente bajo el escaso velamen desplegado a proa, tan valioso en aquella situación, elevándose dócilmente con las enormes olas y apartando a su paso las turbulentas aguas con gran fuerza.

Todos los oficiales estaban en cubierta, metidos en los más extraños rincones. El señor Bowes, irreconocible bajo su capa alquitranada, cogió a Stephen cuando la fragata, al dar un bandazo a barlovento, le hizo perder el equilibrio, y luego le guió por todo el andarivel hasta donde estaba el capitán, aún atado al candelero. Stephen esperó mientras Jack le ordenaba a Callow que bajara a hacer la lectura del barómetro y luego le dijo:

—Woods, un marinero de la guardia de popa, se está muriendo. Si quieres verle antes de que muera tienes que venir enseguida.

Jack se quedó pensativo y mecánicamente dio algunas órdenes a los hombres que estaban al timón. ¿Correría el riesgo de dejar la cubierta en esos momentos? Callow llegó arrastrándose hasta proa.

—¡Está subiendo, señor! —gritó—. Ha subido dos rayas y media. Y me mandó decirle al señor Hervey que las estrelleras de refuerzo ya están colgadas.

Jack asintió con la cabeza.

—Eso significa que el temporal va a ser todavía más fuerte —dijo, mirando hacia el velacho (en los trópicos se había cubierto de moho, pero lo habían reforzado lo máximo posible) y hacia las velas de mal tiempo, que aún resistían—. Es mejor que baje ahora.

Se desató él mismo, llamó al segundo oficial y a Pullings para que ocuparan

su lugar y bajó dando tropezones. En su cabina se bebió un vaso de vino y flexionó los brazos.

—Estoy muy apenado por lo que me has dicho del pobre Woods —dijo con la misma voz fuerte de antes, que luego moderó—. ¿No hay esperanza? —Stephen negó con la cabeza—. Stephen, espero que el señor Stanhope y sus acompañantes no hayan sufrido demasiadas caídas ni estén demasiado indispuestos.

—No. Les he dicho que la *Surprise* era un barco excelente y que todo iba bien.

—Así es, desde luego, mientras que el velacho resista. Es el barco más fuerte que ha surcado los mares. Y si el barómetro está bien, el temporal seguirá un par de días más. Bueno, ¿nos vamos?

—No te apenes tanto, pues aunque el aspecto del enfermo y el ruido son horribles, él no siente nada. La muerte por esta causa es muy dulce.

Eran horribles. Woods tenía un color azul plumizo, y el ruido de su trabajosa respiración era espantoso y casi más alto que el gran estrépito que se oía alrededor. Tal vez pudo reconocer a Jack, tal vez no; apenas se observó algún cambio en él, su boca permaneció abierta y sus ojos semicerrados. Jack cumplió con su deber, pronunció las palabras que se esperaban de un capitán (se le partía el corazón), luego pasó unos minutos con los demás hombres y volvió deprisa junto al candelero.

¡Qué cambio, apenas en un cuarto de hora! Cuando había bajado, la fragata sólo tenía un balanceo de diez grados, ahora el pescante de babor se sumergía en el agua. Las gigantescas olas, más altas que nunca, increíblemente altas, seguían llegando desde el sombrío oeste, y su espuma llenaba el combés hasta una altura de cinco pies. La fragata hundía tanto la proa que el castillo desaparecía, pero volvía a subir, con el agua saliendo a chorros por los imbornales; siempre volvía a subir. ¿Sería más fuerte esta vez?

En la cabina del señor Stanhope, a uno de sus criados, medio borracho, le había explotado la estufa de alcohol. Estaba muy quemado y lleno de magulladuras porque había caído contra un cañón, y los cirujanos le estaban curando. Mientras tanto, el señor White, el señor Atkins y el señor Berkeley, que habían luchado con ahínco en Londres para conseguir su puesto, estaban sentados muy juntos en el coy, con los pies levantados para que quedaran fuera del agua y la vista fija al frente. Así hora tras hora.

En cubierta el día se desvanecía, si es que a aquel conjunto de sombras grises se le podía llamar día. No obstante, Jack veía aún cómo se acercaban las olas por popa, desde una distancia de media milla, y cómo elevaban sus blancas crestas hasta el cielo y parecían atravesarlo. Entonces, dos olas monstruosas, muy próximas una de otra, rompieron contra la popa y formaron una gran masa que avanzó con fuerza arrolladora, provocando un ruido atronador. Pero Jack, con su aguzado oído, distinguió en medio de aquel ruido un golpe seco, como un

cañonazo, en la proa. El palo trinquete cayó sobre la borda, y el velacho fue alejándose por proa, como una mancha en la oscuridad, hasta que desapareció.

—¡Todos a proa! ¡Todos a proa! —bramó.

La fragata había dado una guiñada, apartándose de su rumbo, y se movía sin control. Jack miró hacia atrás. Iban a caer en el seno, y a menos que lograra poner un poco de velamen en la proa para colocar la fragata con el viento a favor, ésta recibiría un golpe de mar, orzaría y le llegaría la siguiente ola por el costado.

—¡Todos a proa! —gritó tanto que le salió sangre de la garganta—. ¡Pullings, los hombres a los obenques de proa! ¡Se ha partido el tamborete! ¡La trinetilla, la trinetilla! ¡Vengan conmigo! ¡Traigan las hachas! ¡Las hachas!

En un breve momento de calma, cuando estaban en el profundo seno, corrió por la orilla de la cubierta seguido de veinte hombres. El agua estaba entrando por encima de la borda y les llegaba hasta la cintura, pero consiguieron alcanzar el castillo antes de que la fragata, ya con el viento de través, empezara a elevarse, antes de que la siguiente ola llegara a la mitad de la distancia que los separaba. Los marineros treparon por los flechastes de barlovento con gran esfuerzo, tratando de resistir el embate del viento, y con sus espaldas actuando como velas, contribuyeron a que la proa virara un poco justo antes de que el mar les embistiera, cubriéndoles por completo de agua y espuma; pero la proa había virado lo suficiente para que la ola llegara por la aleta y la fragata siguiera a flote. Las hachas cortaron la maraña de palos y cabos. Por fuera de la proa, sobre el bauprés, Bonden trataba de cortar el estay del mastelero de velacho, el cual, al estar todavía unido al palo que flotaba en el agua, hacía virar la fragata. Jack estaba detrás de él, aguantando la respiración y con la cabeza bajo la espuma, buscando a tientas los matafioles de la trinetilla, atados fuertemente por debajo del estay. Por fin los encontró, y sus manos, con muchas otras manos, trataron de soltarlos, pero estaban tan apretados que no se desataban, no se desataban.

« ¡Sujétese! », le gritó una voz al oído y una vigorosa mano le agarró por el cuello. Luego el mar arremetió con una fuerza inimaginable y él sintió un peso fuera de lo común: la tercera ola viró la fragata justamente a barlovento.

La presión disminuyó. Ya tenía la cabeza fuera del agua y pudo ver que había más marineros en los obenques. Nuevamente, la presión del viento sobre ellos hizo virar la proa, esta vez ayudada por una fortísima marejada; pero no podían permanecer allí por siempre, y si las cosas continuaban así unos minutos más, no quedaría ninguno colgado. La fragata hundió de nuevo la proa, y Jack, al pasar la mano por la vela, descubrió el problema: la candaliza se había enredado en el aro del puño de escota y en los garruchos había pedazos de cabos de los aparejos rotos.

—¡Un cuchillo! —gritó, irguiendo la cabeza.

Enseguida lo tuvo en la mano, dio un corte rápido y todo se soltó.

« ¡Sujétese, sujétese! » , gritó la voz de nuevo, y entonces oyó el estruendo de una ola descomunal. Una insoportable opresión en el pecho; la idea fija de que no debía soltar la vela que apretaba contra él; las piernas enroscadas en el bauprés para sujetarse..., sujetarse... Sus fuerzas flaqueaban... Pero pudo sacar la cabeza del agua y el aire entró de nuevo en sus pulmones cuando estaban a punto de estallar. Entonces gritó:

—¡Todos a las drizas! ¿Me oyen? ¡Todos a las drizas!

La vela subió despacio por el estay, dando sacudidas, luego se hinchó y los hombres amarraron las escotas. Pero la fragata se balanceaba casi hasta ponerse de costado. ¿La habrían desplegado a tiempo? Lentamente, con dificultad, la fragata fue virando a medida que la trinquetilla se ponía tirante. La enorme ola se acercaba..., y la fragata viró lo suficiente para que la alcanzara por la aleta, subió en la cresta y, cuando una ráfaga de viento alcanzó la trinquetilla, quedó colocada justo a favor de éste. Navegaba más y más rápido, y el timón se movía con facilidad, pues aunque el viento había apartado de él a los hombres, las estrelleras de refuerzo se mantenían firmes. La siguiente ola pasó por debajo de la popa inofensivamente.

Volvió a gatas a la proa, deteniéndose un momento y agarrándose fuerte a las columnas del bauprés cuando la fragata hundió de nuevo la proa, y enseguida llegó al castillo. Observó que ya no quedaban restos de los destrozos y que la vela tiraba bien. Entonces les ordenó a los hombres que bajaran de los obenques y siguió caminando por la orilla de la cubierta.

—¿Hemos perdido a algún marinero, Hervey? —inquirió, rodeando el candelero con los brazos.

—No, señor. Hay algunos heridos, pero todos han venido a popa. ¿Se encuentra bien, señor?

Jackasintió con la cabeza.

—Ahora responde mejor al timón —dijo—. Mande abajo a los hombres de guardia. Reparta grog a todos los marineros en la entrecubierta. Avise al contramaestre.

Toda la noche. Durante aquella interminable noche los oficiales permanecieron en cubierta o pasaron breves intervalos sentados en la sala de oficiales, medio dormidos, escuchando con atención y pendientes de aquel rígido triángulo de lona en la proa. Después de una hora, Jack advirtió que el temblor que tenía por todo el cuerpo había desaparecido, y también que su propio cuerpo le preocupaba menos. También notó que el timón se movía con más suavidad, cada vez con más suavidad. Constantemente daba órdenes con voz airada y, en dos ocasiones, mandó a proa a una brigada escogida para reforzar y ajustar los cabos lo más rápido que era posible en una noche tan desapacible. Poco antes del amanecer, el viento roló un grado, luego dos grados, y llegaba en ráfagas o se

detenia de repente, formando un vacío que a Jack le lastimaba los oídos. Jack oyó cómo su silbido alcanzaba un tono agudo que nunca antes había escuchado y sintió una gran preocupación por la trinquetilla y por la fragata, a la vez que lástima de sí mismo, y estuvo a punto de pronunciar el nombre de Sophie, que pugnaba por salir de sus labios. El silbido del viento bajó medio tono, después otro, y otro, lentamente, hasta convertirse en un monótono zumbido. Y a la débil luz que iba envolviéndolo todo pudo verse el mar, completamente blanco de un lado a otro del horizonte, con olas enormes y majestuosas que se sucedían con una frecuencia constante y en riguroso orden otra vez, y que a pesar de su tamaño ya no eran peligrosas. No había trapisonda, y la *Surprise*, con muy poco balanceo, se deslizaba rápidamente dejando atrás la desolación; las olas pasaban ahora bajo la bovedilla y el agua que se arremolinaba en el combés no alcanzaba más de un pie de altura. Un albatros se distinguía con claridad por el costado de estribor. Jack se desató y dio unos pasos extendiendo los miembros.

—Las bombas deben empezar a funcionar, señor Hervey, por favor. Y creo que podemos desplegar un poco la gavia mayor.

* * *

Paz, paz. Madagascar y las islas Comores habían quedado atrás. El casco destrozado que había navegado con dificultad hacia el norte del paralelo cuarenta, arrastrando trozos de cabos y bombeando día y noche, tenía el mejor aspecto que el ingenio y un poco de pintura habían podido darle. Pero unos ojos expertos habrían notado que tenía muchos cabos contrahechos en la jarcia y que, curiosamente, había muy pocos botes en las botavaras; se habrían sorprendido al ver los refuerzos del timón; habrían advertido que, aunque soplaba una brisa moderada, la fragata no llevaba desplegada ninguna vela encima de las gavias. En efecto, no las llevaba, porque a pesar de su hermoso aspecto, a tener un nuevo mastelero de velacho y estar recién pintada, había sufrido daños en la estructura interna. Jack hablaba con tanta frecuencia de las cuadernas de armar y los baos de batería que un día Stephen le dijo:

—Capitán Aubrey, por lo que me has dicho, no es posible intentar reparar las cuadernas de armar y los baos de batería hasta que no «hagas entrar en dársena» a la fragata a tres mil millas de aquí, así que te ruego que «pongas un estopor» al asunto y aceptes lo que es inevitable con una buena dosis de tranquilidad. Si la fragata se hace pedazos, pues se hace pedazos y se acabó. Por lo que a mí respecta, tengo la seguridad de que llegaremos a Bombay.

—Lo que yo sé y tú no sabes —argumentó Jack—, es que no queda ni una sola chaveta de diez pulgadas en el barco.

—Hasta Dios te ha oído decir que no tienes ni una chaveta de diez pulgadas, amigo mío —dijo Stephen—. Y por supuesto que yo lo sé; lo has repetido todos los días a lo largo de las últimas doscientas leguas, mencionando también los cabos y los cuadernales, y has hablado de eso incluso de noche, en sueños. Pensa en que existe la predestinación o ponte a rezar, pero en silencio.

—Ni una chaveta de diez pulgadas, ni una botavara ni un mástil, aparte de los que tenemos reparados —dijo Jack, sacudiendo la cabeza.

Así era, en realidad. Y le resultaba irritante que el señor Stanhope, su séquito e incluso el doctor Maturin, manifestaran complacidos que ahora el viaje era placentero..., ese era el mejor modo de viajar..., no tenía ni comparación con un viaje en silla de posta por un camino llano..., se lo recomendarían a todos sus amigos.

Indudablemente, navegar así era agradable para los pasajeros, pues el mar estaba en calma y la tonificante brisa les llevaba poco a poco hacia una zona de vientos más cálidos. Sin embargo, en la latitud donde se encontraba Île de France, Jack, el carpintero, el timonel y todos los oficiales miraban ansiosos a su alrededor esperando ver algún barco corsario francés. (¡Qué felices les habrían hecho uno o más masteleros de recambio, algunos palos y cien brazas de cuerda de una pulgada y media de grosor!). Miraron con gran atención, pero el océano Índico estaba tan vacío como el Atlántico Sur, y ni siquiera tenía ballenas.

Seguían avanzando por aguas más cálidas, pero vacías, como si fueran los únicos supervivientes del diluvio, como otro Deucalión, y les parecía que la tierra había desaparecido del planeta. Una vez más la rutina del barco distorsionaba el tiempo y la realidad; les parecía estar en un sueño interminable o repetitivo que se desarrollaba en un espacio donde el horizonte era inamovible, un sueño sólo interrumpido por el ruido atronador de los cañones que, diariamente, se preparaban para enfrentarse a un enemigo en cuya existencia real era imposible creer.

* * *

Stephen guardó las pistolas, les frotó el cañón con el pañuelo y cerró el estuche. Estaban calientes porque había estado practicando con ellas, y sin embargo, la botella que colgaba del penol de la trinquete estaba aún intacta. De esto no tenían la culpa las pistolas, pues eran de las mejores que fabricaba Joe Manton y, además, el contador había acertado el blanco tres veces con ellas, ni tampoco el hecho de que disparara con la mano izquierda porque la derecha había resultado más afectada en Puerto Mahón; un año atrás habría tirado la botella con cualquiera de las dos manos. ¿Tendría demasiada prisa? ¿Hacia

demasiado esfuerzo? Dio un suspiro y, reflexionando sobre la coordinación entre músculos y nervios, empezó a abrirse camino hacia la cofa del palo de mesana. El señor Atkins le siguió con la mirada, casi convencido de que sería más seguro pelearse con él cuando estuvieran en Bombay.

Al llegar a las arraigadas, Stephen tomó una repentina decisión, pensando que si su cuerpo no le obedecía de una manera le obedecería de otra. Se agarró de los cabos que bajaban desde el borde de la plataforma y, en vez de pasar retorciéndose entre ellos hasta llegar a la cofa, se colgó de ellos y empezó a subir de espaldas al mar, con una inclinación de cuarenta y cinco grados, jadeando por el esfuerzo, y llegó a su destino por el camino que un marinero habría seguido (un marinero, no un hombre de tierra adentro, acostumbrado a la fuerza de gravedad ordinaria). En ese momento Bonden estaba mirando hacia la boca de lobo, el lugar por donde Stephen llegaba siempre, siguiendo el camino más lógico, directo y seguro, pero a la vez ignominioso, y al volverse no pudo ocultar su asombro, lo cual fue una satisfacción para Stephen y puso al rojo vivo su vanidad. Reprimiendo su jadeo, que habría estropeado aquel impacto, dijo:

—Pasemos enseguida a la poesía.

Eso fue lo único que alcanzó a decir con una inspiración de aire, entonces hizo una pausa, como si estuviera pensando, hasta que su corazón empezó a latir con normalidad.

—Poesía —repitió—. ¿Estás preparado, Barret Bonden? Entonces, adelante.

A las ricas tierras de Oriente vamos, atravesando las tormentas,
pero ahora que hemos doblado El Cabo ya nada nos inquieta,
porque los vientos alisios no dejarán de soplar y despacio
hasta las costas llenas de especias nos van a llevar.

—Hermosos versos, señor —dijo Bonden—, muy hermosos. Son tan buenos como los de Dibdin. Pero si uno les busca faltas, y no es que sea esa mi intención, ve que el caballero estaba un poco confundido, porque esos no son vientos alisios sino los que nosotros en la mar llamamos monzones. Y en cuanto a riqueza, pues, esa es una licencia poética o lo que podríamos llamar pura invención. Puede que haya especias, no digo que no, y costas llenas de ellas (aunque la mayor parte de lo que hay en los puertos de la India es mierda, con perdón) pero riqueza..., permítame que me ría, señor, ¡ja, ja!, porque exceptuando algunos barcos corsarios de Île de France y Reunión, no encontraremos ninguna otra presa en todo el océano Índico, y mucho menos de aquí a Java, después de que el almirante Rainier acabó con todo en Trincomalee. Aunque tal vez podamos capturar al almirante Linois en su navío de setenta y cuatro cañones, aquel que nos persiguió sin piedad en nuestra querida *Sophie*. Era un caballero ya mayor, muy alegre, ¿le recuerda usted, señor?

Por supuesto que Stephen le recordaba, y también aquella horrible persecución en el Mediterráneo, su captura y la pérdida de la corbeta. Bonden dejó de sonreír, adoptó una expresión grave y se guardó el libro en el pecho cuando el inoportuno Callow se asomó por encima del pasamanos y, de parte del capitán, le saludó y le preguntó si pensaba cambiarse de chaqueta.

—¿Por qué razón iba a querer cambiarme de chaqueta? —preguntó Stephen —. Además, no tengo ninguna chaqueta puesta.

—Tal vez pensó que iba a ponerse una para asistir a la comida del señor Stanhope, señor, y aludió a ello de esa forma tan cortés. Será minutos después de que suenen las tres campanadas, señor, y ya queda poca arena en el reloj. El capitán le ruega que baje por la..., que baje por el lugar habitual.

—La comida del señor Stanhope —murmuró Stephen.

Se puso de pie y bajó la vista hasta el alcázar, donde estaban reunidos todos los oficiales de la fragata, a excepción del capitán, vistiendo de completo uniforme. Era cierto. Había olvidado la invitación. Observó el alcázar, en el que se distinguían numerosas chaquetas rojas y azules, media docena de chaquetas negras y, entre ellas, las camisas de cuadros de los atareados marineros; le parecía remoto, muy remoto, aunque no estaba a una gran distancia, sólo cincuenta pies más abajo. Conocía a todos esos hombres, simpatizaba con algunos y apreciaba mucho a Babbington y a Pullings, y sin embargo, tenía la sensación de estar viviendo en el vacío. La sensación se hizo más fuerte, a pesar de que muchos habían vuelto su rostro hacia él y le saludaban y le hacían guiños. Entonces deslizó las piernas por la boca de lobo y, con una expresión muy seria, inició el difícil descenso.

«En un barco tan lleno, formando un mundo tan hermético, siempre en rápido movimiento y rodeado por el vacío, cada hombre se encierra en sí mismo. Ayer, al releer mi diario, tuve esa impresión; comprendí que me había comportado como un ser egocéntrico que vive entre borrosas sombras, pues en sus páginas no se refleja la compleja y agitada vida de este abarrotado barco ni se menciona casi a mi anfitrión (a quien estimo) y sus hombres, ni aparece la sala de oficiales», pensaba Stephen durante uno de los intervalos de la conversación, sentado a la izquierda del enviado del Rey, después de haberse puesto los calzones, haberse peinado y haberse metido dentro de su mejor chaqueta, ayudado por las fuertes manos de Jack, en un minuto y veinte segundos, mientras el infante de marina, exponiéndose a la pena de muerte, mantenía oculto en la mano el reloj de arena de media hora para evitar que tocaran las campanadas. Y allí sentado, saboreaba los exquisitos manjares largamente conservados en la despensa del señor Stanhope y bebía clarete caliente como la leche a la salud del duque de Cumberland, porque era su cumpleaños. Sin embargo, tenía presente que aquel era un acto social y se había dado cuenta del gran malestar que había causado por llevar las manos y la cara

muy sucias, desacreditando al barco, por eso se esforzó por hablar y ser agradable, e incluso cantó, después de que el oporto diera varias rondas.

El señor Bowes, el contador, había obsequiado a sus acompañantes con una interminable balada sobre la batalla del Uno de Junio, en la cual había estado a cargo de un cañón. Tenía que empezar en el tono de *Soy un barquero del Támesis*, pero cantó toda la composición en un tono invariable, a medias entre un agudo y un chillido, próximo a *La menor*, mirando fijamente un nudo que había en el techo, encima del señor Stanhope. El enviado del Rey sonreía satisfecho, y cuando todos corearon: «Vamos a luchar o morir», quienes estaban sentados junto a él pudieron distinguir su aguda voz.

Aquella interpretación musical a bordo de la fragata no podía tener gran calidad. No sólo Etherege desconocía el tono de su graciosa canción, sino que ahora, además, turbado por el oporto del señor Stanhope, se estaba olvidando de la letra. Por fin dejó de cantar, después de dar tres notas falsas, y les aseguró que la canción, bien cantada, por ejemplo, por Kitty Pale, era muy divertida (¡Cómo se habían reído!), pero que a él, lamentablemente, no se le daba bien cantar, aunque amaba la música con pasión. Dijo que era una pieza más adecuada para el doctor, quien incluso podía imitar a los gatos a la perfección con su violonchelo y lograría engañar a cualquier perro que se encontrara a bordo.

El señor Stanhope volvió hacia Stephen su rostro amable y cansado, y en ese momento, al balancearse la fragata, un rayo de sol se filtró por el escotillón y le dio en los ojos, haciéndole parpadear. Stephen notó entonces, por primera vez, que bajo sus apagados ojos azules empezaba a aparecer un arco blanquecino, el *arcus senilis*. Desde la otra punta de la mesa el señor Atkins gritó:

—No, Su Excelencia, no debemos molestar al doctor Maturin. Es demasiado intelectual para ocuparse de estas simples diversiones.

Stephen vació el vaso, miró hacia el nudo apropiado, dio una palmada en la mesa y empezó:

Los mares nos revelan sus maravillas,
pero hay más en los ojos de Cloe.
Los tesoros que esconden
no pueden compararse con los míos en tierra.

Su voz chillona, que más que dar las notas se aproximaba a ellas, contribuyó muy poco a mejorar la reputación del barco. Entonces Jack empezó a acompañarle, tarareando con una voz de trueno que hacía vibrar los vasos, y él continuó más alto:

De la templada costa de mi nativa Irlanda,

alejadme más todavía,
para temblar donde el frío es eterno
o derretirme con el calor de la India.

En ese momento comprendió que el señor Stanhope no sería capaz de soportar otra estrofa. El calor, la falta de aire (la *Surprise* tenía el viento justo de popa y el aire casi no llegaba abajo), la aglomeración de personas en la cabina, los obligados brindis y el ruido habían hecho su labor; tenía un aire lastimoso y una sonrisa fija, y su cara se volvía cada vez más pálida, lo cual indicaba que iba a sufrir un síncope en los próximos compases.

—Venga conmigo, señor —le dijo, abandonando su asiento—. Venga. Un momento, por favor.

Le condujo a la cabina donde dormía, le acostó y le desabrochó la corbata y la banda de la cintura, y cuando vio que empezaba a volverle el color le dejó solo. Entretanto, el grupo se había dispersado sin hacer ruido, y Stephen, que no tenía ganas de contestar preguntas en el alcázar, fue hasta la proa, atravesando el rancho y la enfermería. Permaneció allí mientras en la fragata se realizaban los trabajos de la tarde, apoyado en el bauprés y observando milla tras milla cómo la tajamar cortaba las aguas del océano con un ruido como el de la seda al rasgarse, mientras éstas, formando suaves curvas, se deslizaban por los costados de la fragata hasta alcanzar su estela, arrastrada a lo largo de ocho mil millas. De pronto recordó la canción inacabada, y una y otra vez cantó para sí:

Su imagen llenará mis días de felicidad
y siempre mi sueño será.

Sueño; no era más que eso. Tenía quizás algún contacto con la realidad... Era un rayo de esperanza..., algo en potencia que era infinitamente mejor no convertir en realidad. Stephen había amado a Diana Villiers apasionadamente. Además, había sentido por ella un gran afecto, el afecto que une a un ser humano con otro, y ella le correspondía, no de igual manera pero, al menos, de la mejor que era capaz. ¿De qué manera? Diana le había tratado mal como amigo y como amante y él se había alegrado mucho de conseguir lo que llamaba su «liberación» de ella, aunque su libertad no le había durado. Poco después de haberla visto en un palco de la ópera «prostituyéndose» (aunque la palabra era fuerte, sólo significaba que ella usaba conscientemente sus encantos para gustar a otros hombres), la parte irracional de su mente había evocado vivas imágenes de sus encantos y la increíble gracia de sus movimientos cuando eran espontáneos. Pero enseguida la parte racional empezó a decirle que esa falta tenía que incluirse en la larga lista de defectos que él conocía y aceptaba, defectos que, a

su parecer, eran contrarrestados o incluso anulados por dos cualidades: inteligencia y valentía. A Diana nunca le faltaba agudeza ni actuaba con cobardía. Pero las consideraciones morales eran irrelevantes al juzgar a Diana, porque en ella la belleza física y el empuje sustituían a la virtud. Esto la situaba en un contexto muy diferente, en el que la falta de castidad, que en otra mujer era una deshonra, en ella tenía lo que él llamaría pureza, pero una pureza de otro tipo, pagana, por supuesto, perteneciente a otro código. Ella había arruinado parte de su belleza, pero aún le sobraba. La había destruido sólo en la periferia, pues estaba fuera de su alcance destruir su esencia, esa esencia que la diferenciaba de todas las demás mujeres, de todas las demás personas que él había conocido.

Esa era, al menos por el momento, su conclusión. Había navegado esas ocho mil millas con el deseo siempre creciente de volver a verla y, a la vez, con un miedo cada vez mayor a ese encuentro, pero con más deseo que miedo, por supuesto.

Sin embargo, bien sabía Dios que las posibilidades de que se engañara a sí mismo eran infinitas, pues era difícil desenmarañar los innumerables sentimientos que experimentaba y llamar a cada uno por su nombre, y era difícil también separar el deber del placer. A veces, dijera lo que dijera, le parecía estar perdido, rodeado por la espesa nube de lo desconocido; pero ahora, al menos, se sentía tranquilo en medio de esa nube, y deslizarse por las blanquecinas aguas con la posibilidad, aunque fuera remota, de encontrar el éxtasis a una distancia indefinida era para él el mayor gozo de la vida o, al menos, su sombra. Paz, una paz aún más profunda. La lánguida paz del mar de Arabia cuando soplaban el monzón del suroeste, un viento estable como los alisios, pero más suave. Tan suave era el viento que la deteriorada *Surprise* llevaba desplegadas las juanetes e incluso las rastreras porque necesitaba navegar mucho más deprisa de lo habitual. Sus provisiones eran tan escasas que desde hacía semanas los oficiales se alimentaban con las del propio barco, que consistían en carne de cerdo y de vaca salada, galletas y guisantes secos, y desde la camareta de guardiamarinas había llegado la noticia de que no quedaba ni una sola rata viva. Y ocurría algo peor todavía: Stephen y McAlister tenían otra vez pacientes con escorbuto.

Pero pronto iban a acabarse las vacas flacas. Al llegar a un determinado punto, Harrowby quiso desviarse hacia el canal Paralelo Nueve y las islas Lacadivas, pero Harrowby era un navegante mediocre y sin arrojo; Jack rechazó su idea y puso proa a Bombay directamente. Ahora llevaban mucho tiempo navegando en dirección noreste cuarta al este, tanto que, según cálculos aproximados, la *Surprise* se encontraba a cien millas al este de los Gates occidentales, entre los que se elevaba Poona, como otra arca perdida. Pero después de consultar a Pullings, repasar las mediciones lunares una y otra vez y hacer que los guardiamarinas más brillantes revisaran los cálculos repetidamente para encontrar cualquier posible error, después de comprobar los datos de los

cronómetros y hacer los necesarios cambios, Jack estaba casi seguro de su posición. Y por las aves marinas que encontraba, las embarcaciones típicas de aquellos mares que se veían a lo lejos, un mercante que apareció en el horizonte y huyó a toda vela sin esperar a saber si ellos eran franceses o ingleses (el primer barco que avistaban en cuatro meses) y, sobre todo, la arena blanca con abundantes trozos de conchas que el escandallo había recogido a once brazas y que probablemente pertenecía al banco de arena Dirección, por todo eso, llegó a tener la certeza de que estaba en 18° 34' N, 72° 29' E y de que al día siguiente avistarían tierra. Permaneció en el alcázar, mirando a veces hacia el mar y otras hacia el tope, donde los hombres con la vista más aguda y los mejores catalejos de la fragata miraban fijamente hacia el este.

La confianza de Stephen en el capitán Aubrey como navegante era absoluta, lo mismo que la del capitán en él como médico, por eso, despreocupado de los problemas a los que su amigo se enfrentaba ahora, se había sentado en el pescante, desnudo como Adán y casi de su mismo color, y había tirado un copo al mar.

Los pescantes, esos maderos que salen horizontalmente de la proa del barco y sirven de apoyo a los obenques cuando son extendidos, eran para Stephen un asiento increíblemente cómodo, y disfrutaba en ellos del sol, de la soledad (porque el pescante estaba muy por debajo del pasamanos) y del mar, cuyas aguas se agitaban bajo sus pies y a veces los rozaban suavemente como si los acariciaran y otras salpicaban su cuerpo produciéndole una agradable sensación. Y allí sentado cantaba:

*Asperges me, domine, hyssopo..., pero esas cualidades
desde luego
se apreciaban mejor cuando ella era pobre
y estaba sola y oprimida.
¿Qué encontraré ahora,
qué cambio encontraré
si llevo a visitarla? Hyssopo
et super nivem dealbabor.
Asperges me...*

Interrumpió su canto al ver pasar una serpiente marina, una de las muchas que había visto y no había logrado coger. Alejó más la caña, con la intención de que el animal entrara en el copo, pero un copo vacío no era capaz de atraer a la serpiente, así que ésta, casi sin vacilar, siguió nadando con sus característicos movimientos suaves y majestuosos.

Desde arriba le llegó la voz del señor Hervey que, en tono airado, muy diferente del tono conciliador que normalmente usaba, preguntaba si alguna vez

los lampaceros iban a llegar a la popa, si alguna vez aquel condenado desastre iba a parecer la cubierta de un barco de guerra. Oyó otra voz más baja, con un tono casi confidencial: era la de Babbington. Estaba leyendo un libro de frases en urdu que Stephen le había prestado y repetía una y otra vez en esa lengua: «Mujer, ¿quieres acostarte conmigo?» mientras miraba impaciente hacia el noreste. Como muchos otros marineros, sentía la presencia de la costa, y en esa costa había miles de mujeres que podrían acostarse con él.

—No habrá prácticas esta tarde, doctor —le gritó Pullings, inclinándose sobre el pasamanos—. Estamos limpiando y preparando todo para mañana. Creo que avistaremos el promontorio Malabar antes de que oscurezca, y el almirante está en Bombay. Tenemos que tener todo en orden cuando nos visite el almirante.

Bombay: fruta fresca para los enfermos, sorbetes helados para los marineros, grandes cantidades de comida. Verían las maravillas de Oriente, los palacios de mármol, las torres del silencio del pueblo parsi, los despachos de los comisarios para los asuntos de las antiguas zonas francesas, comercios y fábricas en la costa Malabar, la residencia del comisario Canning.

—¡Qué alegría me das, Pullings! —exclamó Stephen—. Ésta será la primera tarde, desde que pasamos los treinta grados sur, que no oímos ese infernal... ¡Silencio! ¡Silencio! ¡No se mueva! ¡Ya la tengo! ¡Ja, ja! ¡Por fin, amigo mío!

Entonces levantó la caña, y allí, en el copo, estaba la serpiente marina, un animal muy curioso, de cuerpo muy delgado y de color negro y amarillo brillante.

—¡No la toque, doctor! —gritó Pullings—. ¡Es una serpiente marina!

—Naturalmente que es una serpiente marina. He tenido el propósito de pescarla desde que llegamos a estos mares. ¡Qué criatura más hermosa!

—¡No la toque! —volvió a gritar Pullings—. ¡Es venenosa, vi a hombre morir en veinte minutos...!

—¡Tierra a la vista! —gritó el serviola—. ¡Tierra a la vista por la amura de estribor!

—Suba al tope, señor Pullings, por favor —ordenó Jack—, y dígame lo que ve.

Se oyó un atronador ruido de pisadas cuando toda la tripulación del barco corrió al costado para mirar hacia el horizonte y la *Surprise* se inclinó un listón hacia estribor. Stephen mantenía el copo a una distancia prudencial y la serpiente se retorció con furia y se enrollaba y se extendía con rapidez como un muelle.

—¡Cubierta! —gritó Pullings—. Es el promontorio Malabar, señor. Y puedo ver la isla con claridad.

La serpiente, ciega fuera de su elemento natural, se mordió a sí misma varias veces. Se murió enseguida, y antes de que Stephen consiguiera subirla a bordo, donde la esperaba un tarro con alcohol, sus colores comenzaron a apagarse. Cuando Stephen pasaba por encima del pasamanos, una ráfaga de aire movió

hacia atrás las velas de la *Surprise*, una ráfaga de aire caliente que llegaba desde tierra llena de mil aromas desconocidos, el olor de la húmeda vegetación y las palmas, el olor de una ingente masa humana, de otro mundo.

Capítulo 7

Fruta fresca para los enfermos había, sin duda, y también abundante comida para quienes tuvieran tiempo de comérsela. Sin embargo, aparte de los omnipresentes olores y un poco de arac que subieron a bordo furtivamente, las maravillas de Oriente y los palacios de mármol seguían siendo para la *Surprise* objetos distantes, sólo imaginarios. La fragata fue llevada directamente al astillero, donde la despojaron de todos los aparejos, le quitaron los cañones y vaciaron sus bodegas para ver el fondo; y encontraron éste en tales condiciones que el encargado del astillero mandó despejar enseguida el dique seco para llevarla allí antes de que se hundiera.

El almirante, un hombre sonrosado y alegre, la visitó personalmente e hizo grandes elogios de ella, pero de inmediato dejó a Jack sin su primer oficial, al nombrar al señor Hervey capitán de corbeta y asignarle una de dieciocho cañones. De esa forma, todo el trabajo de volver a armar la fragata recaía sobre su capitán.

El almirante, sin embargo, tenía conciencia y, además, sabía que el señor Stanhope era un hombre de cierta importancia, así que intercedió con el encargado en favor de ellos y todos los recursos de aquel astillero tan bien equipado quedaron a disposición de la *Surprise*. Los estragos causados por la sanguijuela borriquera no eran nada comparados con los del capitán Aubrey al pasar por un astillero de Tom Tiddler lleno de brea, cáñamo, estopa, aparejos, cabos, acres de lona, brillantes láminas de cobre, palos, poleas, botes y baos de batería naturales, y a pesar de que él también estaba deseoso de pasearse por la costa coralina bajo los cocoteros, le dijo a Stephen:

—Mientras esto dure, ningún hombre abandonará el barco. Hay que recoger la fruta cuando está madura, como decía nuestro amigo Christy-Pallièrè.

—¿No crees que los hombres se sentirán descontentos? ¿No crees que podrían ponerse todos de acuerdo para abandonar el barco?

—No se sentirán contentos, pero saben que debemos tomar el monzón con un barco bien equipado; y saben que pertenecen a la Armada. A quien lo quiere celeste, que le cueste.

—Querrás decir que no se puede repicar y estar en la procesión.

—No, no, tampoco es eso. Quiero decir..., me gustaría que no me

confundieras, Stephen. Quiero decir que tenemos más o menos una semana para coger todo lo que queramos, pues después llegarán la *Ethalion* y la *Revenge* pidiendo a gritos palos y cabos. Seguro que entonces podremos tomarnos las cosas con más calma, con la ayuda de los calafates nativos del astillero, y la tripulación podrá salir de permiso. Pero hay mucho trabajo que hacer... ¿Has visto el sobretrancanil? Tendremos que trabajar durante largas semanas y muy deprisa.

Desde que había entrado en contacto con la Armada, Stephen se había sentido agobiado por la prisa: prisa para ver lo que aparecía en el horizonte, prisa para llegar a un puerto determinado, prisa para alejarse de él si ocurría algo en un punto distante y prisa ahora no sólo para recoger la fruta sino para tomar el monzón. Si no llevaban al enviado del Rey a Kampong en cierta fecha, Jack se vería obligado a hacer todo el camino de regreso navegando contra vientos de proa y tardaría meses, un tiempo valioso durante el cual podría participar activamente en la guerra.

—La guerra podría acabarse antes de que dobláramos El Cabo si perdemos el monzón del noreste —continuó—, y eso sería desastroso.

Además, ahora tenía una incomparable oportunidad de conseguir que la *Surprise* volviera a ser lo que era y estuviera como debería estar. Pero a Stephen no le interesaba nada de eso, y el deseo que en vano empujaba a Jack a bajar a tierra era en él una llama ardiente, una fuerza arrolladora, irresistible.

Mientras observaba a Jack acariciar un grueso mástil de la mejor teca de la isla, le dijo:

—Mis pacientes están el hospital y el señor Stanhope se recupera en casa del gobernador; no tengo nada que hacer aquí. Debo pasar algún tiempo en tierra, diversos asuntos requieren mi presencia en tierra.

—Puedes bajar —dijo Jack con aire ausente—. ¡Señor Babbington! ¡Señor Babbington! ¿Dónde está ese maldito perezoso del carpintero? Puedes bajar, pero por muy ocupado que estés no te pierdas cómo plantamos los mástiles. Los traemos con la machina flotante, que puede elevarlos con una facilidad pasmosa; es la cosa más bonita del mundo. Te avisaré el día antes. Lamentarías no poder ver la machina flotante en acción.

Stephen iba a la fragata de cuando en cuando. Una vez fue con un matemático parsi que quería ver las cartas marinas de la fragata; otra vez con una niña de raza desconocida que le había encontrado perdido entre los búfalos acuáticos en la llanura de Aungier, corriendo el peligro de ser pisoteado por ellos, y le había sacado de allí de la mano, hablándole todo el camino en urdu, aunque adaptándolo para conseguir un mínimo de comprensión; y otra vez con un patrón de barco chino, un cristiano de Macao que en un tiempo había estudiado para sacerdote, con quien conversaba en latín mientras le enseñaba el funcionamiento de la bomba de cangilones. Y algunas veces iba a ver a Jack a su casa, donde, en

teoría, también él tenía alojamiento. Jack era demasiado discreto para preguntarle dónde dormía cuando no estaba allí con él y demasiado educado para hacer comentarios al verle aparecer unas veces envuelto en una toalla, otras vestido como un europeo y otras con una túnica y pantalones blancos, pero siempre con una expresión cansada y a la vez satisfecha.

Se quedaba a dormir donde le apetecía o donde el profundo cansancio le obligaba: bajo los árboles, en galerías, en un caravasar, en las escaleras de un templo o en el suelo, rodeado de filas de hombres que solían dormir allí, envueltos en una especie de sudario. En la abarrotada ciudad, donde habitualmente se mezclaban cientos de razas e innumerables lenguas, no llamaba la atención cuando se paseaba por los bazares y los palmares o visitaba las cuadras de caballos árabes, ni cuando entraba y salía de templos, pagodas, iglesias y mezquitas, ni cuando caminaba por la playa entre las piras funerarias hindúes o daba vueltas y más vueltas mirando a maratás, bengalíes, rajputas, persas, sijes, malayos, siameses, javaneses, filipinos, kirguis, etiopes, parsis, judíos de Bagdad, cingaleses y tibetanos; ellos también le miraban a él si no estaban ocupados en algo, pero sin mucha curiosidad, sin especial interés, sin ninguna animosidad en absoluto. A veces le miraban por segunda vez, inquisitivamente, porque les llamaban la atención sus asombrados ojos claros, que parecían tener menos color aún en contraste con su piel bronceada; a veces le tomaban por un religioso. Muchas veces le echaban aceite encima y, con una sonrisa, le ponían en las manos dulces calientes hechos de algún vegetal, fruta o un cuenco de arroz amarillo; también le ofrecían té con mantequilla derretida, savia de palma fresca y jugo de caña de azúcar. Por fin regresó a la casa, antes de que los malletes del palo mayor fueran reemplazados, llevando sobre los hombros desnudos una corona de flores que le habían dado como ofrenda un grupo de ramerías. Colgó la corona del respaldo de la silla y se sentó a escribir en su diario.

Esperaba encontrar maravillas en Bombay, pero las cosas que había imaginado, basándome en la lectura de Las mil y una noches y libros de viaje y en lo que había visto en las ciudades moras de África, eran un pálido reflejo de la realidad. He encontrado aquí una civilización que tiene avidez por los bienes materiales y se esfuerza por conseguirlos, y esos enormes y animados mercados donde se compra y se vende incesantemente son una prueba evidente. Sin embargo, no imaginaba que lo sagrado era omnipresente ni hasta qué punto otro mundo podía entrelazarse con el seglar. La suciedad, el mal olor, la enfermedad, la «crasa superstición», como le llaman en mi tierra, la repugnante promiscuidad, no afecta esta relación ni tampoco mi visión de este grupo humano que me rodea. ¡Qué agradable es una ciudad en la que un hombre, si lo desea, puede caminar desnudo porque tiene calor! Hoy, en las escaleras de una iglesia portuguesa, estuve hablando con un religioso hindú que estaba desnudo, un

parama-hamsa, un verdadero gimnosofista, y le expresé mi idea de que en un clima como éste la sabiduría y la ropa son inversamente proporcionales; entonces él, midiendo mi ropa con su mano, me dijo que yo carecía de sabiduría.

Nunca me he sentido tan dichoso de tener esta facilidad para aprender una lengua, al menos superficialmente. El uso de la gramática de Fort William, lo poco que sé de árabe y, sobre todo, mis conversaciones con Achmet y Butoo han dado fruto. Si fuera sordo, casi sería mejor que fuera ciego también, porque, ¿de qué vale poder ver un violín si no pueden oírse sus notas? Esa niña encantadora, Dil, me ha enseñado muchas cosas. Habla incansablemente, hace comentarios y narraciones sin parar y, cuando no entiendo, repite muchas veces las palabras; está empeñada en que llegue a entenderla, y las respuestas evasivas no la engañan. Pero no creo que el urdu sea su lengua materna, pues cuando habla con esa bruja con la que vive emplea una lengua muy diferente, de la que no me resulta familiar ninguna palabra. La vieja me ofreció a la niña por doce rupias, asegurándome que era virgen, y quería enseñarme la fibula que confirmaba su estado. Esto hubiera sido superfluo, ya que nada demuestra mejor la virginidad de esa frágil criatura que el hecho de que, sin ningún temor, me mire a la cara como si yo fuera un animal doméstico no muy inteligente y comparta conmigo sus ideas y opiniones en el momento en que se forman, como si yo también fuera un niño. Puede tirar piedras, saltar y trepar como un varón, pero no es un *garçon manqué*, porque además de ser comunicativa y afectuosa demuestra tener instinto maternal cuando intenta controlar, por mi bien, lo que hago y lo que como: desaprueba que fume hachís, que mastique opio y que use pantalones que sobrepasen determinada longitud. Pero también es violenta; el viernes le pegó a un muchacho de ojos bondadosos que quería unirse a nosotros en el palmar y amenazó a sus compañeros con un trozo de ladrillo, profiriendo blasfemias que les hicieron abrir desmesuradamente los ojos. Come con voracidad, pero ¿cuántas veces comerá a la semana? Tiene un gran pedazo de tela de algodón que a veces usa como una falda escocesa y otras como chal, una piedra negra ungida con aceite que venera sin demasiada convicción y la fibula su virginidad. Cuando ha comido creo que se siente completamente feliz, a pesar de que todavía suspira por conseguir, sin muchas esperanzas, una pulsera de plata. Aquí casi todas las niñas van cargadas de esas pulseras, que se oyen sonar cuando pasan. ¿Qué edad tiene? ¿Nueve? ¿Diez? Su primera menstruación no está lejos y ya tiene un poco abultados los pechos, pobrecilla. Estoy tentado de comprarla para que siga siendo como es ahora, no una persona asexuada sino que no tiene conciencia de su sexo, liberada de sí misma y de las calles y bazares de Bombay, con su profunda humanidad y su sensatez. Pero sólo Josué puede detener el sol. Dentro de un año o menos estará en un burdel. ¿Sería mejor una casa europea? ¿Sería mejor que fuera una sirvienta extenuada y aislada? ¿Podría tenerla conmigo como un animal doméstico? ¿Cuánto tiempo? ¿Debería darle una dote?

Es triste pensar que un espíritu jovial y vitalista como el suyo se hunda, se pierda entre la gente corriente. Consultaré a Diana; tengo la ligera impresión de que tienen alguna cualidad en común.

Esta ciudad está llena de hombres piadosos, pero también moran en ella los pecadores. He visto cadáveres de personas que han muerto de hambre, apaleadas, apuñaladas o estranguladas; como ya se sabe, en una ciudad mercantil, lo que es malo para una persona es bueno para otra. Sin embargo, este materialismo, que en Dublín o Barcelona no provocaría ningún comentario, escandaliza al extranjero en Bombay. Estaba sentado junto a las torres del silencio, en el promontorio Malabar, observando los buitres (¡qué espectáculo! Había llevado el catalejo de Jack, pero no me hizo falta; todos los pájaros eran muy dóciles, incluso el alimoche de pico amarillo, que, según el señor Norton, es muy raro encontrar al oeste de Hyderabad) y recogiendo huesos con anomalías cuando Khawasjee, un mercader parsí que ofrecía servicios funerarios, con un sombrero color ciruela, me habló. Como yo venía de visitar al señor Stanhope, vestía como un europeo, así que me preguntó en inglés que si yo no sabía que estaba prohibido coger los huesos. Le respondí que ignoraba las costumbres de su país, pero creía que los cuerpos de los muertos se exponían sobre esas torres para ser devorados, de una vez o poco a poco, por los buitres, y por tanto, se convertían en *bonus nullius*. Le dije que si existía la propiedad sobre la carne, había que atribuírsela a los buitres, los cuales, como era justo, me daban derecho a coger aquel fémur y aquel húmero curiosamente torcido; pero le aseguré que no quería ofender a ningún hombre, que me contentaba con contemplar los despojos y no iba a llevármelos, pues no era un profanador de tumbas ni un comerciante sino un filósofo.

Me dijo que él también era un filósofo, que cultivaba la filosofía de los números, y que si lo deseaba, me diría la raíz cúbica de cualquier cifra que yo escogiera. Sus cálculos eran asombrosos y las respuestas llegaban en cuanto terminaba de escribir las cifras en la tierra con una costilla. Estaba encantado, y habría continuado eternamente si yo no hubiera mencionado los bastones de Neper, las tablas de Gunter, la matemática aplicada a la navegación, las mediciones lunares y las indispensables cartas marinas. Pero me había salido de mi terreno y no podía describírselas satisfactoriamente, por eso le propuse llevarlo a la fragata, y a pesar de que sentía un evidente temor, su curiosidad fue más fuerte. Le complacieron mucho las atenciones y también los instrumentos, y al volver a tierra me invitó a tomar té en su oficina (es un mercader de considerable fortuna) y allí, a petición mía, hizo un sucinto relato de su vida. Me sentí decepcionado, aunque no sorprendido, al descubrir que era un tipo satisfecho de sí mismo, pragmático y materialista. No sé mucho de matemáticas ni de leyes, pero en los pocos matemáticos y abogados que conozco me ha parecido observar esa insensibilidad, que es proporcional a su brillantez;

posiblemente se sienten satisfechos con un mundo limitado y, en el caso de los abogados, casi totalmente artificial. Sea así o no, este hombre ha convertido su antiguo credo lleno de benevolencia en un árido sistema de prácticas mecánicas: dedicar una serie de horas a ceremonias preceptivas, separar una parte de los ingresos reconocidos para ayudar a las almas (no creo que esto sea caridad), expresar su odio por los khadmees, contrarios a su secta, y también por los shenshahees, aunque no debido a una cuestión doctrinal sino a la fijación de la fecha de su origen. Me dio la impresión de estar en medio de esa disputa. No me parece un típico parsi excepto por su enorme interés por los negocios y su dedicación. Entre otras cosas, es un asegurador, un asegurador marítimo, y me contó que las primas de seguros han subido desde que la escuadra del almirante Linois empezó a hacer ciertos movimientos, o al menos corrió el rumor de que los hacía, y esos preparativos no sólo han alarmado a la Compañía sino a todos los barcos del país; las primas son más altas ahora que en tiempos de Suffren. Su familia tiene innumerables negocios, se ocupa del comercio del bórax tibetano, la nuez moscada de Bencoolén y las perlas de Tuticorin, que yo recuerde. Tiene un primo cuya banca está estrechamente relacionada con los comisarios para los asuntos de las antiguas posesiones francesas. Podría haberme contado muchas cosas sobre ellos, si no hubiera sido por su sentido de la prudencia; a pesar de todo, me habló bastante de Richard Canning, por quien siente gran respeto y estima. Me dijo pocas cosas que no supiera ya y me confirmó que ellos tenían previsto regresar el día diecisiete.

No pudo decirme nada acerca de la ceremonia hindú que tendrá lugar a la orilla de la bahía la próxima luna nueva; no le interesaba ni la conocía. Tendré que pedirle información a Dil otra vez, aunque sus ideas religiosas proceden de diferentes doctrinas y esto le crea confusión. Afirma que Dios no será piadoso con el hombre que, por vanidad, usa pantalones largos (una idea de la religión musulmana) y, por otro lado, está convencida de que soy un hombre oso, un oso que pertenece a otro lugar y ha perdido su forma original, un torpe demonio rústico que se ha extraviado en la ciudad, y cree que puedo volar si quiero, pero que no podría hacerlo bien ni en la dirección adecuada; esta idea debe de haberla tomado de los tibetanos. Sin embargo, tiene razón al pensar que necesito la guía de alguien.

El día diecisiete. Si los cálculos de Jack son exactos, y en estas cuestiones nunca le he visto equivocarse, me quedan tres semanas libres antes de que la fragata esté preparada. Ahora estoy impaciente por que regresen, aunque temía un poco ese momento cuando desembarcamos. Este tiempo ha sido un maravilloso interludio, ha enriquecido mi vida...

—¡Ah, estás ahí, Stephen! —exclamó Jack—. ¡Por fin has vuelto!

—Así es —dijo Stephen con una mirada afectuosa, pues apreciaba mucho que Jack le dijera esa clase de frases—. Tú también, y más temprano que de costumbre. Pareces turbado. ¿Te afecta el calor? Quitate algo de tu espléndido atuendo.

—No, no me afecta más que otras veces —respondió Jack, quitándose el sable—, aunque hace un calor espantoso, húmedo y pegajoso. No. He pasado por aquí por si acaso... Tuve que ir a comer a casa del almirante, ¿sabes?, y allí me enteré de algo que me dejó helado y enseguida pensé que debía decírtelo: Diana Villiers está aquí, y ese tipo, Canning, también. Te juro que me gustaría que la fragata estuviera lista para hacerse a la mar. No podría soportar el encuentro. ¿No te sorprende, no te impresiona?

—No. Sinceramente, no. Y por mi parte, te diré que espero con ansia ese encuentro. Pero no están en Bombay, regresarán el día diecisiete.

—¿Sabías que ella estaba aquí? —gritó Jack

Stephen asintió con la cabeza.

—Eres una persona muy cerrada, Stephen —dijo Jack, desviando la vista.

Stephen se encogió de hombros.

—Sí, me temo que sí —dijo—. Tengo que serlo, ¿sabes? Por eso estoy vivo. Y la mente se acostumbra..., pero te pido disculpas por no haber sido franco contigo, como debía. Sin embargo, éste es un asunto delicado.

Hubo un tiempo en que ambos eran rivales, y Jack se sentía tan atraído por Diana que la situación llegó a ser muy peligrosa. Por causa de ella, Jack estuvo a punto de arruinar su carrera y su compromiso con Sophie, y ahora, al mirar hacia atrás, lo lamentaba profundamente, tanto como había sufrido por su infidelidad, a pesar de que ella no estaba obligada a serle fiel. En cierto modo, la odiaba. La consideraba malvada y peligrosa y temía encontrarse con ella..., lo temía más por Stephen que por él.

—No, no, amigo mío, no tienes que pedirme disculpas —dijo, sacudiéndole por el brazo—. Haces bien. Me refiero a lo de guardar los secretos.

Tras una pausa, Stephen comentó:

—Pero me sorprende que no hayas oído hablar de ellos ni en Inglaterra ni aquí. A mí me han entretenido con historias sobre su cohabitación ilícita cada vez que he ido a cenar o a tomar el té a casa de un europeo o cuando me he encontrado casualmente con alguno.

Así era. La llegada de Canning y Diana Villiers había sido una bendición del

cielo para Bombay, pues en la aburrida ciudad sólo se hablaba de la hambruna de Gujarat y de una posible guerra marata. Canning ocupaba un puesto oficial importante, tenía un gran poder dentro de la Compañía y vivía con esplendor. Era un hombre activo y desenvuelto, preparado e incluso deseoso de responder a cualquier desafío, y dejó claro que esperaba que su amancebamiento fuera aceptado. Los altos oficiales que conocían al padre de Diana y los que tenían concubinas indias no representaron ninguna dificultad, ni tampoco los solteros, pero las esposas europeas eran más difíciles de convencer. Pocas de ellas estaban en condiciones de tirar la primera piedra, pero la hipocresía no ha faltado nunca en la clase media inglesa, en ninguna latitud, así que, con gran satisfacción y desenfado tiraron muchas, desde pequeños guijarros a grandes rocas, limitadas en tamaño sólo por el miedo a que sus maridos no consiguieran el ascenso. La benevolencia y la discreción nunca habían estado entre las virtudes de la señora Villiers, y si lo que querían eran motivos para chismorrear, ella se los dio a carretadas. Canning pasaba mucho tiempo en las posesiones francesas y en Goa, y durante su ausencia las respetables señoras mantenían sus telescopios enfocados hacia la casa de Diana. Con gran aspaviento se lamentaron por la muerte del señor James, del 87º regimiento de infantería, muerto a manos del capitán Macfarlane, y también por la herida que había recibido un miembro del Consejo y por otros altercados de menor importancia, y hablaban de todos estos incidentes como si fueran sacrilegio, mientras que muchas otras peleas que ocurrían en aquella comunidad libertina, sobrealimentada y sofocada se pasaban por alto por considerarlas simples debilidades, consecuencia natural del calor. El señor Canning era muy celoso y recibía anónimos que le daban cuenta de los visitantes de Diana, reales e imaginarios.

—¡Señor, señor! —gritó Babbington desde la galería.

Jack respondió con su vozarrón:

—¡Aquí estoy!

La escalera tembló. La puerta se abrió de repente y la sonrisa de Babbington apareció en la oscuridad, aunque se desvaneció cuando vio la expresión malhumorada del capitán.

—¿Qué haces en tierra, Babbington? ¿Con dos pares de obenques rotos todavía y bajas a tierra?

—Bueno, señor, es que el *kolipar* del gobernador trajo el correo y pensé que le gustaría verlo enseguida.

—Sí, tienes razón —dijo Jack, mientras la oscura habitación se iluminaba.

Cogió la saca y se fue apresuradamente a la otra habitación. Al cabo de unos momentos volvió con un paquete de cartas para Stephen y luego desapareció otra vez.

—Bien, señor, no le haré perder más tiempo —dijo Babbington.

—Ni tampoco a esa fulana —dijo Stephen, mirando por la ventana.

—¡Oh, no, señor, no es una fulana! —exclamó Babbington—. Es la hija de un clérigo.

—Entonces, ¿por qué siempre le estás pidiendo prestadas importantes sumas de dinero a cierta persona del barco, la única lo bastante débil para dártelas? Dos pagodas la semana pasada y cuatro rupias y seis paísa la semana anterior.

—Es que ella deja a sus amigos..., a su amigo ayudarla a pagar el alquiler..., se ha retrasado un poco en el pago. Cuando bajo a tierra, que es en raras ocasiones, me alojo en su casa, ¿sabe? Verdaderamente, señor, usted ha sido muy bueno conmigo.

—¡Ah, te alojas allí! Bien, permíteme que te diga algo, señor Babbington: estas cosas pueden ser perjudiciales a la larga. Además, los clérigos no siempre son lo que parecen. ¿Te acuerdas de lo que te he dicho sobre esos tumores llamados gomas y la tercera generación? En los bazares puedes ver muchos ejemplos de ello. ¿Te gustaría tener un nieto raquítico que farfullara y que antes de los doce años estuviera calvo, desdentado y decrepito? Por favor, ten cuidado. Cualquier mujer es una fuente de peligros para un marinero.

—¡Oh, sí, señor, lo tendré! —exclamó Babbington, mirando disimuladamente a través de la persiana—. ¡Ah, señor! ¿Sabe que me ha pasado algo absurdo? He bajado del barco sin dinero en los bolsillos.

Stephen le oyó bajar estrepitosamente las escaleras, suspiró y volvió a sus cartas.

Sir Joseph se ocupaba casi únicamente de los insectos, de una clase o de otra. Le decía que le agradecería muchísimo que se acordara de él si, por casualidad, encontraba algún bupréstido. Pero en una enigmática posdata le daba la clave para entender la carta de Waring, que aunque parecía referirse a un grupo de conocidos estúpidos, pendencieros y polemistas, en realidad, le daban una visión general de la situación política: en Cataluña los servicios secretos militares apostaban por el caballo perdedor, como de costumbre, y en Lisboa, a través de la embajada, se mantenían conversaciones con otro dudoso representante de la resistencia. Existía el peligro de un cisma en el movimiento y estaban ansiosos por que volviera.

Una noticia de su agente de negocios: la señora Canning preparaba un viaje a la India para enfrentarse con su esposo. Los Mocatta habían averiguado que él estaría en Calcuta antes de las lluvias y ella embarcaría en el *Warren Hastings* con rumbo a ese desagradable puerto.

Por olvido de Sophie, tres de sus cartas sólo estaban fechadas con el día de la semana, y Stephen las leyó en el orden incorrecto. Su primera impresión fue que el orden cronológico estaba completamente alterado: Cecilia estaba esperando un hijo (« ¡Cuánto deseo ser tía!») sin haber perdido su virginidad y sin recibir las críticas de sus amigos; Francés vivía en la desolada costa de Lough Erne y temblaba de frío en compañía de una tal lady F. esperando el regreso de un tal sir

O. Una segunda lectura aclaró las cosas: las dos hermanas menores de Sophie se habían casado, Cecilia con un joven oficial del ejército y Frances, emulando a su hermana, con un primo de éste, mucho mayor, propietario de tierras en el Ulster y, además, representante del condado de Antrim en Westminster. Debido a esto último, Frances vivía con la madre de él, ya anciana, en Floodesville, brindando con vino de bayas de saúco por la perdición del Papa dos veces al día. Sophie estaba exultante de alegría ante la felicidad de sus dos hermanas (al menos a Cecilia le encantaba el matrimonio, lo encontraba más divertido de lo que creía, aunque estaban alojados provisionalmente en Gosport y allí permanecerían hasta que sir Oliver fuera inducido a hacer algo por su primo) y hacía una descripción detallada de las bodas que, con un tiempo espléndido, habían sido celebradas de forma impecable por el señor Hincksey, el vicario de su propia parroquia, tan estimado por ellas. Pero las cartas no eran alegres, no eran las cartas que a él le habría gustado leer.

Una tercera lectura le convenció de que el matrimonio de Cecilia había sido bastante apresurado. La señora Williams se había visto obligada a rendirse en todos los frentes porque el joven y determinado oficial había destruido su ciudadela. No obstante, había sabido manejar a sir Oliver Floode, un hombre adinerado y un insulso. Esa tercera lectura también confirmó su impresión de que la victoria frente al abogado del señor Oliver y la excitación por las bodas le habían levantado los ánimos a la señora Williams, pero ahora su salud estaba otra vez deteriorada y se quejaba de su soledad. Puesto que ella y Sophie se habían quedado solas, había reducido el número de sirvientes, había cerrado el ala de la casa donde estaba la torre y había dejado de invitar a sus amistades; casi su único visitante era el señor Hincksey que, por lo general, iba a verlas un día sí un día no y cenaba con ellas cuando sustituía al señor Fellows. Ahora que no tenía nada más en qué ocupar su mente, había empezado a acosar a Sophie de nuevo, hablando con fluidez cuando se sentía bien y entre jadeos cuando se veía obligada a guardar cama. «Y lo extraño es que, a pesar de que oigo su nombre tan a menudo, el señor Hincksey es un verdadero consuelo para mí. Es un hombre afable, y también un buen hombre, como estaba segura que sería, porque me lo habías recomendado tú. Tiene una gran opinión del *bondadoso y generoso doctor Maturin*, y seguro que enrojecerías si nos oyeras hablar de ti, cosa que hacemos muy a menudo. Nunca menciona sus sentimientos ni me molesta, y es muy amable con mamá, aun cuando no es muy discreta. Sabe predicar muy bien, sin entusiasmo ni palabras duras ni lo que podría llamarse elocuencia, y es un placer oírle, incluso cuando habla del deber, lo cual ocurre muy a menudo. Y, verdaderamente, hace lo que predica, porque es un hijo muy obediente. Eso me hace sentir culpable y avergonzada. Su madre...» . A Stephen no le interesaba la anciana señora Hincksey, que según ella era encantadora, muy dulce y amable, pero completamente sorda. Stephen pensó: «Cielo, esa

mujer puede oír cuando quiere. Se aprovecha sin escrúpulos de esas cosas, y de sus canas también». Saltó a la parte que le preocupaba más. Sophie encontraba muy extraño que Jack no le hubiera escrito. «Vamos, niña tonta, ¿no ves que un barco de guerra es más veloz incluso que el más rápido barco correo?». Estaba segura de que Jack nunca, nunca haría nada malo a propósito, pero aun los mejores hombres eran distraídos y olvidadizos a veces, sobre todo cuando tenían mucho que hacer, como le ocurría al capitán de un barco de guerra; además, según el conocido dicho, la distancia y el mar borran los sentimientos. Nada era más normal que un hombre se aburriera de una ignorante provinciana como ella y que incluso los más ardientes sentimientos se apagaran en un hombre que tenía muchas otras cosas en que pensar y tan grandes responsabilidades. Ella no quería ser un estorbo para Jack ni en su carrera (lord Saint Vincent estaba totalmente en contra del matrimonio) ni en ninguna otra cosa. Probablemente él tendría amigas en la India, y ella se sentiría muy mal si, por su causa, él se consideraba atado o retenido.

«El catalizador de todo esto ha sido el general», pensó Stephen, comparando la letra de la carta con la de otras anteriores. «Ha escrito deprisa, con cierta agitación. La ortografía es mucho peor de lo habitual». Sophie lo consideró un incidente sin importancia, pero su tono alegre era forzado y poco convincente: el general Aubrey, la madrastra de Jack, (joven alegre y vulgar, hasta hacía muy poco una lechera) y su pequeño hijo habían ido a Mapes. Y por fortuna la señora Williams estaba entonces en Canterbury con la señora Hincksey. Sophie les ofreció la mejor comida que pudo, acompañada, desgraciadamente, por varias botellas de vino. El general Aubrey pertenecía a otro grupo social, un grupo en el que no habían influido la Ilustración ni el desarrollo de la burguesía y que había desaparecido de los condados cercanos a Londres antes de que ella naciera, un grupo al que su respetable familia, urbana y de clase media, no había pertenecido nunca. Sophie se había criado en una casa muy seria, donde no había ningún hombre, y no sabía cómo interpretar sus galanterías ni el modo en que elogió el gusto de Jack (Cecilia se habría sentido más cómoda con él) ni el comentario de que Jack era y siempre había sido un tipo de cuidado, pero que ella no tenía que darle importancia a esas cosas, pues la madre de Jack no se las había dado. Y a esto había añadido que estaba seguro de que ella no le daría importancia a media docena de hijos naturales.

El general Aubrey no era un desvergonzado; era amable y educado, pero tenía la tosquedad propia del medio rural. Sin embargo, tenía la cabeza hueca y era impulsivo, y cuando estaba nervioso (Sophie se asombraba de lo elocuente que podía ser un hombre de casi setenta años) y bebido pensaba que debía estar hablando todo el tiempo. A Sophie le resultaban sumamente desagradables sus bromas groseras y atrevidas, sus jocosas chabacanerías, su falta de principios y su defensa de la vida disoluta y el libertinaje, y le parecía una burda caricatura

de su hijo. Su único consuelo era que el general y su madre no llegaron a encontrarse y que ésta no conoció a la segunda señora Aubrey.

Sophie recordaba la voz fuerte y clara del general, tan parecida a la de su hijo, cuando le había gritado desde la punta de la gran mesa que Jack no tenía «ni un *groat*^[8] de qué disponer» ni nunca lo tendría y que todos los Aubrey eran «desgraciados en las cuestiones de dinero», por eso tenían que ser «afortunados en el matrimonio». Recordaba la larga pausa después de la comida, durante la cual el niño hacía agujeros en la pantalla de la chimenea, y cuánto deseaba que el general terminara rápido la botella para poder pasar a la salita a tomar el té y conseguir que se fuera antes de que volviera su madre, que a esa hora ya debería haber llegado. Recordaba cómo entre ella y la señora Aubrey, que reía sin parar, le habían llevado hasta el coche. Una despedida interminable... El general contó una larguísima anécdota de aquella vez que había ido a la caza del zorro y se había perdido, mientras el niño arruinaba los macizos de flores chillando como una lechuza. Y diez minutos después, cuando todavía tenía los nervios destrozados, el regreso de su madre, la escena, los gritos, las lágrimas, el desmayo, la cama, la extrema palidez, los reproches.

—Stephen. Perdona, Stephen, no te he interrumpido, ¿verdad? —preguntó Jack, que había salido de su habitación con una carta en la mano—. Aquí hay algo muy extraño. Sophie me ha escrito una condenada sarta de disparates. No puedo enseñarte la carta porque tiene algunas cosas muy íntimas, ya me entiendes, pero dice, en sustancia, que si quiero ser libre ella lo aceptará con agrado. ¡Dios bendito! ¿Libre para qué? ¡Maldita sea! Estamos prometidos, ¿no? Si lo dijera cualquier otra mujer sobre la tierra creería que otro hombre la está rondando. ¿Qué querrá decir con eso? ¿Entiendes algo?

—Tal vez alguien ha inventado una historia..., tal vez alguien le ha dicho que venías a la India para ver a Diana Villiers —respondió Stephen, tratando de ocultar la cara, avergonzado, porque aquel era un claro intento de mantenerles alejados por su propia conveniencia..., al menos en parte por su propia conveniencia, y puesto que no era sincero con Jack como lo había sido hasta ahora, sentía una inmensa rabia que, sin embargo, no le impidió seguir adelante—. O que ibas a encontrarte con ella aquí.

—¿Ella sabía que Diana estaba en Bombay? —inquirió Jack.

—Claro que sí, eso era del dominio público en Inglaterra.

—¿Así que Mamá Williams lo sabía?

Stephen asintió con la cabeza.

—¡Ah, esa es la auténtica Sophie! —exclamó Jack, con una radiante sonrisa—. ¿Crees que se puede decir algo más noble? ¿Has visto a alguien con más humildad? Como si uno pudiera mirar a Diana después de... Sin embargo —miró a Stephen con aire avergonzado—, no es mi intención decir nada incorrecto ni descortés. Ya ves, Stephen, en toda la carta no hay ni un reproche ni una palabra

dura. ¡Dios mío, cuánto la quiero! —Sus brillantes ojos azules se llenaron de lágrimas y algunas se le escaparon y él se las secó con la manga—. Ni el menor indicio de que la tratan mal, aunque sé muy bien la clase de vida que lleva al lado de esa mujer, que le llena la cabeza de historias falsas. Una vida horrible, y el hecho de que Cecilia y Frances se hayan ido (se han casado, ¿sabes?) la hace aún peor. ¡Dios mío, haré todo lo que pueda para que el barco esté armado cuanto antes! Deseo con vehemencia regresar al Atlántico o el Mediterráneo; en estas aguas un hombre no puede encontrar ninguna forma de distinguirse ni mucho menos de hacerse rico. Si al menos hubiéramos capturado una presa importante cerca de Île de France, le escribiría pidiéndole que fuera a Madeira y seguro que... Unos cientos de libras bastarían para comprarnos una hermosa casa de campo. ¡Cuánto me gustaría tener una hermosa casa de campo, Stephen! Con patatas, coles y otras cosas.

—Sinceramente, no sé por qué no le escribes, con presa o sin ella. Tienes tu sueldo al menos.

—¡Oh, no! Eso no estaría bien, ¿sabes? He saldado casi todas mis deudas, pero aún quedan unas dos mil libras. No sería honorable pagarlas con su dinero. Además, sólo podría ofrecerle siete chelines al día.

—¿Pretendes enseñarme la diferencia que hay entre una conducta honorable y una no honorable?

—No, no, desde luego que no. Por favor, no te enfades conmigo, Stephen. He vuelto a expresarme mal. Lo que quiero decir es que eso no sería correcto por mi parte, ¿comprendes? No podría soportar que la señora Williams me llamara cazadotes. En Irlanda es diferente, lo sé... ¡Maldita sea, he vuelto a meter la pata! No he querido decir que tú eras un cazadotes, pero en tu país veis las cosas diferentes. *Autre pays, autre merde*. En cualquier caso, ella ha jurado que no se casará sin el consentimiento de su madre, y eso es una barrera.

—Ni hablar, amigo mío. Si Sophie va a Madeira, la señora Williams tendrá que dar su consentimiento o soportar los jocosos comentarios de sus vecinos. Me parece que se vio obligada a hacer lo mismo en el caso de Cecilia.

—¿No sería ese un comportamiento jesuítico, Stephen? —preguntó Jack, mirándole a la cara.

—De ninguna manera. La negación de un consentimiento sin motivos razonables justifica que sea obtenido por la fuerza. La felicidad de Sophie y la tuya me preocupan más que la señora Williams vea satisfecha su avaricia. Debes escribir esa carta, Jack. Tienes que pensar que Sophie es la mujer más bella del mundo, mientras que tú, aunque tienes cierto atractivo como marino, eres un poco mayor y lo serás más todavía, eres demasiado gordo y lo serás más todavía..., llegarás a ser obeso. —Jack se miró la barriga y sacudió la cabeza—. Tienes horribles heridas y cicatrices y te falta una oreja; amigo mío, no eres ningún Adonis. —Le puso una mano a Jack en la rodilla—. No te sientas ofendido

porque te diga que no eres un Adonis.

—Nunca pensé que lo fuera —dijo Jack

—Ni tampoco porque te diga que no eres ningún lince, que careces de una notable inteligencia que pueda compensar tu falta de gracia y atractivo, de juventud y de riquezas.

—Nunca me las he dado de listo —dijo Jack—, aunque a veces se me ocurren buenas ideas, con tiempo.

—Sophie, te repito, es una auténtica belleza, y hay muchos Adonis, Adonis listos y ricos, en Inglaterra. Además, lleva una vida horrible. Sus dos hermanas menores se han casado, y ya sabes la importancia que tiene el matrimonio para una mujer joven, pues le sirve para subir de posición social, de escape, de certificación de que no ha fracasado, y garantiza por completo su subsistencia. Tú estás muy lejos, a diez mil millas o más; en cualquier momento puedes resultar herido y la mayoría de las veces no te separa de la tumba más que un tablón de dos pulgadas de grosor. Te separa de ella la mitad del mundo y de Diana sólo media milla. Ella sabe poco o nada del mundo, poco o nada de los hombres aparte de lo que su madre le cuenta, que seguramente no será muy bueno. Y además, tiene un gran sentido del deber. Por lo tanto, aunque los sentimientos de Sophie sean muy puros, más que los de cualquier otra joven, ella es un ser humano y la afectan las consideraciones humanas. No digo que por ahora las analice fríamente, pero esas consideraciones existen, y también presiones muy fuertes. Debes escribir esa carta, Jack Coge pluma y tinta.

Jack le miró durante unos momentos con una expresión seria y preocupada, luego se puso de pie, dio un suspiro y encogió la barriaga.

—Tengo que ir al astillero —dijo—. Vamos a subir el nuevo cabrestante esta tarde. Gracias por lo que me has dicho, Stephen.

Fue Stephen quien escribió en su diario:

«Tengo que ir al astillero. Vamos a subir el nuevo cabrestante esta tarde», dijo. Si en la habitación hubiera habido humo de pólvora, prueba tangible de que un enemigo estaba cerca, no habría dudado ni se habría quedado tanto rato con la mirada fija, habría tomado una decisión y habría actuado enseguida, según un plan inteligente. Pero ahora está paralizado. Me parece odioso que le haya hablado con esa libertad, porque lo hice para lograr ocultar mi vergüenza; fue algo muy cruel y deshonesto por mi parte. En el instante que transcurrió desde que me preguntó si entendía algo hasta que le respondí, el diablo me dijo: «Si Aubrey está realmente enfadado con la señorita Williams, volverá junto a Diana otra vez. Y ya el señor Canning te ha puesto difíciles las cosas». Caí enseguida. Sin embargo, ya casi me he convencido a mí mismo de que las palabras que siguieron luego eran las mismas que habría pronunciado un hombre honesto, las que habría pronunciado yo mismo si no hubiera existido este vínculo. No puedo

llamarle unión, porque la unión implica una atracción mutua, y sólo tengo pruebas de que ésta existe por mi falible intuición. Deseo vehementemente que llegue el día diecisiete. Estoy empezando a matar el tiempo, como si fuera un joven ardiente. Con la ceremonia de la playa quizás pueda matar seis inocentes horas.

La ceremonia se celebraba a la orilla de la bahía Negra, desde el promontorio Malabar hasta el fuerte, y la amplia zona cubierta de hierba que estaba delante del fuerte, formando una especie de parque, era el mejor lugar para contemplar los preparativos. Como todas las ceremonias hindúes que había visto, ésta parecía prepararse con profundo entusiasmo, gran alegría y absoluta falta de organización. Ya había varios grupos en la playa, y sus principales representantes estaban metidos en el mar hasta la cintura y tiraban flores al agua. Parecía que la mayoría de los habitantes de Bombay se había reunido allí sobre la hierba; vestían sus mejores trajes, reían, cantaban, tocaban los tambores, comían dulces y platillos de comida que sacaban de unas casetas, y de vez en cuando formaban una irregular procesión y cantaban un himno con voz fuerte y chillona. Un gran calor, infinita variedad de olores y colores, el ronco sonido de las caracolas, el toque de las trompetas, multitud de personas; elefantes que se paseaban entre la gente llevando sobre el lomo torres abarrotadas, carros de bueyes, cientos y cientos de palanquines, jinetes, vacas sagradas, coches europeos...

Una cálida mano cogió la suya, y al bajar los ojos Stephen vio a Dil, que le sonreía.

—Estar vestido de forma muy extraña, Stephen —dijo—. Casi te había tomado por un *topi-wallah*. Tengo una fuente llena de *pondoo*, vamos a comerlo antes de que se derrame. Cuidado no te manches tu bonita túnica con los excrementos..., es demasiado larga tu túnica.

Le condujo por la pisoteada hierba hasta la explanada por donde se subía al fuerte y se sentaron en un lugar vacío que pudieron encontrar.

—Echa la cabeza hacia delante —le dijo, y desenvolvió la rebosante fuente y la puso entre los dos—. No, no, delante, más hacia delante. ¿No ver que estar chorreándote la camisa? Debería darte vergüenza. ¿Dónde te enseñaron? ¿Qué madre te trajo al mundo? Delante.

Desesperada por hacerle comer como un ser humano, se puso de pie, le limpió la camisa con la lengua y dobló sus piernas morenas y flexibles hasta quedar agachada.

—Abre la boca —le dijo, y con mano experta moldeó el *pondoo* en pequeñas bolas y empezó a dárselas—. Cierra la boca, Stephen. Traga. Abre. Así, maharajá. Otra. Así, mi jardín de ruiseñores. Abre. Cierra. —Stephen sentía pasar por su interior la masa dulce, arenosa y grasienta, mientras la voz de Dil

subía y bajaba de tono—. No saber comer mucho mejor que un oso. Traga. Ahora para y eructa. ¿No saber eructar? Así. Yo puedo eructar siempre que quiero. Eructa dos veces. ¡Mira, mira, los jefes maratás! —Era un espléndido grupo de jinetes vestidos de color carmesí con los turbantes y los sudaderos de encaje dorado—. Ese del medio es el *peshwa*^[9], y ahí está el rajá de Bhonsli. ¡*Har, har mahadeo!* Otra bola y se acabó. Abre. Tener quince dientes arriba y uno menos abajo. Ahí hay un coche europeo lleno de franchutes. ¡Uf! Siento su olor desde aquí, es más fuerte que el de los camellos. Se nota que comen vaca y cerdo. ¡Pobre Stephen, no comer con los dedos con más habilidad que un oso o un franchute! ¿No ser a veces como un franchute?

Ella le hizo la pregunta mirándole fijamente, con gran curiosidad, pero, antes de que él pudiera responderle, ya había desviado la vista hacia una fila de elefantes con silla. Iban tan cubiertos de gualdrapas, oropeles y pintura que por debajo sólo se les veían los pies deslizándose entre el polvo y por delante sólo la trompa, en continuo movimiento, y los colmillos adornados con cintas doradas y plateadas.

—Te cantaré el himno marwari dedicado a Krishna —anunció Dil, y empezó a entonar un canto lúgubre con su voz nasal, mientras cortaba el aire con la mano derecha.

Otro elefante pasó frente a ellos, y en la silla llevaba un palo con un gallardete ondeando al viento en el que se leía: *Revenge*. La mayoría de los gavieros de estribor de ese navío estaban allí, apretados unos contra otros, formando una masa compacta, mientras que sus compañeros de babor corrían detrás gritando que también tenían derecho, que ya estaba bien. Otro elefante en competencia con aquel, de la *Goliah*, casi oculto por una masa de alegres marineros vestidos con la ropa de bajar a tierra y sombreros de paja con cintas. En un camello iba el señor Smith, un oficial bajito y de cabeza redonda (el típico oficial activo, esmerado y bebedor de oporto) que había sido compañero de tripulación de Stephen en la *Lively* y ahora era segundo de a bordo de la *Goliah*; estaba sentado tranquilamente con las piernas dobladas sobre el cuello del animal como si estuviera acostumbrado desde la cuna. Pasó ágilmente entre el elefante y la pendiente, a unos quince pies de distancia de Stephen, pero con la cara a su altura. Los hombres de la *Goliah* le lanzaron gritos de saludo al señor Smith mientras agitaban botellas en el aire, y éste les devolvió el saludo. Podía verse cómo abría y cerraba la boca, pero no podía oírse nada con todo aquel ruido. Dil seguía cantando, hipnotizada por su monótono canto y la retahíla de palabras.

Cada vez aparecían más europeos y muchísimos más hindúes, pues ya estaba próximo el clímax. La playa estaba casi cubierta por figuras de piel morena y trajes blancos, y el sonido de las trompas ahogaba el ruido del mar; en la zona cubierta de hierba los grupos eran cada vez más numerosos y los coches

avanzaban al ritmo de los peatones, si es que avanzaban algo. Aumentaba el polvo, el calor, la alegría; y por encima de aquella masa en actividad, en el cielo despejado, los milanos y los buitres volaban describiendo círculos, elevándose cada vez más hasta desaparecer en lo alto del cielo. Dil seguía cantando. Stephen apartó los ojos de los buitres y el resplandor, y al bajarlos los posó casualmente en el rostro de Diana. Ella iba en un birlocho con tres oficiales, bajo la sombra de dos sombrillas de color de albaricoque, y estaba inclinada hacia delante, muy interesada en ver qué les había detenido. Justo delante del coche, dos carros de bueyes tenían las ruedas enganchadas entre sí; los conductores se gritaban mientras los bueyes, con los ojos cerrados, permanecían con los yugos apoyados uno contra otro, y detrás de los postigos de las ventanillas, encerradas para que no pudieran verlas los hombres, las mujeres protestaban, pedían consejo o daban órdenes. Con una interminable procesión de gente por el lado derecho y la pendiente por el izquierdo, era evidente que el birlocho tendría que esperar a que desengancharan los carros. Ella se levantó y se volvió a un lado y a otro con un movimiento que Stephen había olvidado, pero que conocía tan bien como los latidos de su corazón. Los sirvientes que estaban detrás sosteniendo las sombrillas las apartaron y se agacharon para que ella viera mejor, pero la muchedumbre no se retiró. Entonces volvió a sentarse, diciéndole algo al hombre que estaba frente a ella y él se echó a reír. La sombra de color de albaricoque volvió a cubrirles.

Estaba más hermosa, si eso era posible, que la última vez que la había visto. Aunque se encontraba bastante lejos, se notaba que aquel clima (el clima en que casi se había criado y que había puesto amarillenta la piel de tantos ingleses) la había favorecido, pues su tez tenía un color rosado que nunca le había visto en Inglaterra. Y sus movimientos seguían siendo perfectos, como él los recordaba; en su sinuoso giro no había nada estudiado, nada que pudiera afectar su juicio sobre ella.

—¿Qué te pasa? —inquirió Dil, levantando la vista hacia él.

—Nada —respondió Stephen, mirando fijamente hacia delante.

—¿Estar enfermo? —preguntó ella, y se puso de pie y le puso las manos en el corazón.

—No —contestó Stephen, y le sonrió mientras sacudía la cabeza con una expresión muy tranquila.

Ella se agachó, sin dejar de mirarle. En ese momento Diana miraba a su alrededor, respondiendo con una sonrisa mecánica a un comentario de su vecino de asiento. Empezó a recorrer la pendiente con la vista, la pasó por encima de Stephen y, de repente, se volvió para verle otra vez y se quedó mirándole fijamente, primero llena de duda, luego con gran asombro; y entonces la alegría se dibujó en su rostro, que enrojeció y poco después palideció. Abrió la portezuela y saltó al suelo, dejando a todos sorprendidos.

Subió corriendo por la pendiente. Stephen se puso de pie y, pisoteando a Dil, cogió sus manos tendidas.

—¡Stephen, qué sorpresa! —exclamó—. ¡Stephen, qué contenta estoy de verte!

—También yo estoy muy contento, amiga mía —dijo, riendo como un niño.

—Pero, por el amor de Dios, ¿cómo has llegado hasta aquí?

Por mar, por barco..., de la forma normal..., breves explicaciones interrumpidas una y otra vez por frases de asombro..., diez mil millas..., comentarios sobre la salud, la apariencia..., miradas atrevidas, sonrisas, intercambio de frases corteses: « ¡Qué moreno estás! », « ¡Tienes la piel más blanca que cuando te vi por última vez! » .

—Stephen —murmuró Dil.

—¿Quién es tu encantadora compañera? —preguntó Diana.

—Permíteme que te presente a Dil, una gran amiga y mi guía.

—Stephen, dile a la mujer que quite el pie de mi *khatta* —dijo Dil, con una fría mirada.

—¡Oh, hija mía, te ruego que me perdones! —suplicó Diana, agachándose y sacudiéndole el polvo de los harapos de Dil—. ¡Oh, cuánto lo siento! Pero si se te ha estropeado, te daré un sari de seda de Gholand con hilos de oro dobles.

Dil miró el trozo pisoteado y luego dijo:

—Puede pasar así. Oye, tú no oler como una franchute.

Diana sonrió y agitó su pañuelo frente a la niña para esparcir el olor de la esencia de Oudh.

—Quédate con él, te lo ruego, Dil-*gudaz*. Quédate con él, corazón, y sueña con la diosa Siva.

Dil volvió la cabeza y en su cara se notaba claramente el conflicto entre lo agradable y lo desagradable. Por fin venció lo agradable; Dil cogió el pañuelo haciendo una graciosa reverencia y, después de darle las gracias a la *begum lala*, aspiró su voluptuoso aroma. Oyeron el ruido de los carros de bueyes al desengancharse; el mozo de cuadra, empinándose, le gritó que el camino estaba libre, que les apremiaban y que los caballos estaban sudados y asquerosos.

—Stephen, no puedo quedarme. Ven a verme. Tengo que darte mi dirección. ¿Sabes dónde está el promontorio Malabar?

—Lo sé, lo sé —contestó Stephen, queriendo decir que sabía dónde vivía, que conocía bien su casa, pero ella, tan concentrada en sus pensamientos y con tanta prisa, no le prestó atención y continuó hablando—. No. Seguro que te vas a perder.

Se volvió hacia Dil y le preguntó:

—¿Sabes dónde está el templo de Jain, después de pasar la Pagoda Negra...? El palacio de Jaswant Rao y luego la torre Satara... —Una serie de complicadas indicaciones se sucedieron con rapidez, y Dil las escuchaba muy seria, con una

mirada astuta e insolente; era evidente que sólo la cortesía le impedía interrumpirlas y gritar como Stephen: « ¡Lo sé, lo sé! » — y entonces pasas por el jardín. Él se perderá sin una mano experta que le guíe. Tráelo mañana por la noche y podrás pedir tres deseos.

—Por supuesto que necesita quien le guíe.

La portezuela del birlocho se cerró, el mozo de cuadra levantó el pescante y los tres oficiales, a pesar de su comportamiento sumamente discreto, lanzaron miradas furtivas a la pendiente. El coche se incorporó a la incesante marea de formas; las sombrillas de color de albaricoque pudieron verse unos minutos más y luego desaparecieron.

Stephen sentía el peso de la mirada de Dil, que le observaba sin pestañear. Se rascó y permaneció callado, escuchando los fuertes latidos de su corazón.

—¡Oh, oh, oh! —exclamó ella por fin, poniéndose de pie y juntando sus delgadas manos como las bailarinas de los templos—. ¡Ya lo entiendo! —Empezó a retorcer el cuerpo, a dar golpes en el suelo con el pie, y a balancearse mientras cantaba—. ¡Oh, Krishna, diosa Krishna! ¡Oh, Stephen *bahadur*!

¡Oh, diosa Siva! ¡Oh, corazón! ¡Ja, ja, ja! —Reía tanto que no pudo seguir bailando y cayó al suelo—. ¿Entender?

—Tal vez no tan bien como tú.

—Te lo explicaré muy claro. Ella estar cortejándote, querer verte de noche. ¡Qué desvergonzada! ¡Ja, ja, ja! Pero ¿por qué si tiene tres esposos? Porque querer tener cuatro, como las tibetanas. Sí, las tibetanas tienen cuatro esposos, y las franchutes se les parecen mucho..., tienen costumbres muy extrañas. Ninguno de los tres esposos le ha dado un hijo, por eso tiene que tener otro más, y te ha escogido a ti porque ser muy diferente a ellos. Seguro que le revelaron en un sueño dónde podía encontrarte a ti, alguien tan distinto a los demás.

—¿Muy distinto?

—¡Oh, sí, sí! Ellos son estúpidos, lo llevan escrito en la frente. Son ricos y tú ser pobre; son jóvenes y tú ser viejo; son guapos y tienen la cara roja y tú..., la mayoría de los hombres santos son espantosos, aunque sean más o menos inocentes. ¡Trompas y trompetas! ¡Rápido! ¡Vamos, rápido, tenemos que bajar corriendo hasta el mar!

Stephen entró en el callejón de los plateros, uno de los callejones más estrechos, con toldos desplegados para evitar el ardiente sol del ocaso; en medio del calor se oían incesantes chirridos parecidos a los de un insecto. A cada lado del callejón los plateros hacían filigranas, narigueras, ajorcas, pulseras y petos en un pequeño taller abierto en el frente de su tienda; algunos tenían braseros con tubos para dirigir la llama, y el olor a carbón vegetal se extendía por todo el callejón.

Se sentó a observar cómo un joven pulía algo que había fabricado sobre una enloquecida rueda, salpicando la calle de un líquido rojo. « No quiero que Dil me

acompañe, y vestido de europeo menos aún», pensó. La sombra de un toro brahmán se proyectó sobre él y el taller, haciendo que el brasero tomara un color rosa; el toro pegó el hocico contra el pecho, resopló y siguió andando. « ¡Estoy tan cansado de las mentiras! He estado rodeado de mentiras y engaños de una forma u otra durante mucho tiempo. Disimulo y subterfugios..., una actividad peligrosa..., lo malo termina por salir. Hay algunas personas, y creo que Diana es una de ellas, que tienen una verdad propia; las personas corrientes, como Sophie y como yo, por ejemplo, no son nada sin la verdad común, nada en absoluto. Mueren sin la verdad, sin inocencia, sin candor. En realidad, la mayoría de ellas se matan mucho antes de que les llegue su hora. Son muy vivas en la niñez, languidecen en la adolescencia, reviven con el amor y mueren a los veinte y tantos años y van a juntarse con las pobres almas furiosas que vagan sin descanso por la Tierra. Dil está viva. Este joven está vivo». Desde hacía algún tiempo, aquel joven de ojos enormes le sonreía entre las pulseras; todos ya sabían lo que Stephen iba a decir.

—Muchacho, ¿cuánto cuestan esas pulseras?

—*Pandit* —dijo el joven, y sus dientes brillaron—, soy hijo de la verdad y no te mentiré. Hay pulseras para todo tipo de fortuna.

* * *

Encontró a Dil jugando a algo parecido al tejo, un juego de su infancia, y sintió la misma ansiedad de entonces mientras la piedra plana se deslizaba hacia el paraíso cruzando las rayas. Una de sus compañeras, con aire triunfante, llegó saltando hasta la meta, entre el ruido de las ajorcas. Pero Dil gritó que no valía porque no había saltado bien y que una hiena ciega habría visto que se había tambaleado y había tocado el suelo. Con los puños en alto miró a su alrededor clamando justicia al cielo y la tierra; entonces vio a Stephen y abandonó el juego, gritándole a sus compañeras que eran unas hijas de puta y que serían estériles toda su vida.

—¿Nos vamos? ¿Estar muy ansioso, Stephen? —inquirió. Creía que Stephen se sentía como un novio y eso le resultaba muy gracioso.

—No —respondió Stephen—. No. Conozco el camino, he estado allí varias veces. Tengo otro encargo que hacerte, que lleves esta carta al barco.

Su cara se ensombreció. Puso el labio inferior sobre el superior y con todo el cuerpo expresó su descontento y su oposición.

—¿Tienes miedo de llevarla de noche? —preguntó Stephen, mirando hacia el sol, a una distancia del mar igual a su propia anchura.

—¡Bah! —protestó, dando una patada a la tierra—. Quiero ir contigo.

Además, si no voy contigo, ¿cómo voy a conseguir mis tres deseos? No hay justicia en el mundo.

No era difícil saber cuáles eran los deseos de Dil, fuera cual fuera la cantidad. Desde el día en que se habían conocido, ella le había hablado de pulseras, de pulseras de plata, le había descrito detalladamente todos los tipos que había en Bombay, en la provincia vecina y en los reinos cercanos, precisando su tamaño, su peso y su calidad. Y la había visto dar patadas, por pura envidia, a más de una niña cargada de sonoros aros. Fueron hasta un cocotal desde donde se veía la isla Elefanta y él dijo:

—Nunca he visto las cuevas.

Sacó del pecho un paquete de tela, y Dil, como si también hubiera tenido una revelación en un sueño, se quedó inmóvil, mirándole fijamente, y sin poder respirar.

—Aquí está el primer deseo —continuó, sacando la primera pulsera—. Aquí está el segundo. —Sacó la segunda—. Y aquí está el tercero. —Sacó tres pulseras más.

Dil extendió la mano tímidamente y las tocó con delicadeza; su expresión alegre y decidida había dejado paso a otra muy grave. Sostuvo una durante unos momentos, volvió a dejarla con gesto solemne y miró a Stephen, que contemplaba la isla frente a la bahía. Se la puso en silencio, se agachó y se quedó mirando con asombro la brillante banda plateada alrededor de su brazo; luego se puso otra, y otra, y se sintió invadida por el extraordinario placer que produce la posesión. Se echó a reír estruendosamente, se las quitó y se las volvió a poner en diferente orden, empezó a hablarles, acariciándolas, y les puso nombres. Se levantó de un salto y comenzó a dar vueltas, agitando los delgados brazos para que las pulseras sonaran. De repente, se postró ante Stephen y durante un rato estuvo bendiciéndole y acariciándole los pies, dándole encarecidamente las gracias entre exclamaciones. Se preguntaba cómo lo había sabido... Su inteligencia era sobrenatural, no cabía duda... ¿Le parecía que estaban mejor de esta manera o de la otra?... ¡Cómo brillaban! ¿Podía quedarse con la tela en que estaban envueltas?... ¡Se deslizaban con tanta suavidad!... Se las quitó, las acarició y se las puso de nuevo. Luego se sentó, apoyándose contra sus rodillas, y se quedó contemplando la plata que envolvía sus brazos.

—Niña —dijo—, el sol se ha puesto. Se está haciendo de noche y tenemos que irnos.

—Enseguida —dijo—. Dame la hoja y me iré corriendo al barco, directamente al barco. ¡Ja, ja, ja!

Bajó la cuesta corriendo y saltando. Él estuvo mirándola hasta que desapareció en la penumbra, agitando sus brillantes brazos como alas y sujetando la carta con la boca.

Había visto la casa desde fuera muchas veces, y los muros, las ventanas y las entradas ya le resultaban familiares. Era una casa retirada, precedida de grandes patios y jardines amurallados. Le sorprendió lo amplia que era por dentro; en verdad, parecía un pequeño palacio, y aunque no era tan grande como la residencia del comisario, era más hermosa, pues estaba hecha de mármol blanco. El mármol estaba profusamente adornado con orlas en la habitación donde se encontraba, una habitación muy fresca, de forma octogonal, rematada por una cúpula y con una fuente en el centro.

Bajo la cúpula había una galería adornada con el mismo encaje de mármol, y desde allí, describiendo una curva, bajaba una escalera hasta donde estaba Stephen. En el quinto escalón había tres cazuelas pequeñas y un recogedor de basura de bronce; en el sexto había un cepillo corto hecho de hojas de palma atadas cuidadosamente y otro cepillo más largo que era casi como una escoba. Un escorpión se había escondido bajo el recogedor, pero, aparentemente, aquel refugio no le había parecido adecuado, porque ahora Stephen lo veía moverse despacio entre las cazuelas, balanceando las pinzas y la cola, erguido sobre sus patas con cierta gracia.

Oyó voces y miró hacia arriba. En la galería se veían unas sombras proyectándose a través de los arcos. Y en ese momento apareció Diana en lo alto de la escalera, seguida de otra mujer. La mayoría de las mujeres tienen peor aspecto si se miran desde abajo, pero Diana no; su figura no se veía recortada. Parecía muy alta y esbelta; vestía pantalones de muselina azul claro, ajustados en los tobillos, un fajín azul oscuro y una chaqueta sin mangas.

—¡Maturin! —exclamó, y bajó corriendo la escalera.

Tropezó con el recogedor con el pie derecho y con el mango del cepillo más grande con el izquierdo, y el impulso de la carrera la hizo saltar por encima de los otros objetos y los restantes escalones. Stephen la cogió al pie de la escalera, sosteniendo su frágil cuerpo entre los brazos. Luego la besó en las mejillas, y la bajó hasta el suelo.

—Por favor, tenga cuidado con el escorpión, señora —le gritó a la señora mayor que estaba en la escalera—. Está detrás de la escoba pequeña.

—¡Maturin! —exclamó Diana de nuevo—. Todavía estoy asombrada de verte, realmente asombrada. Me parece imposible que estés aquí de pie..., es mucho más sorprendente que haberte visto sentado allí, entre la muchedumbre que estaba junto al fuerte..., es como un sueño. Lady Forbes, permítame presentarle al doctor Maturin. Doctor Maturin, lady Forbes, que tiene la amabilidad de vivir conmigo.

Era una mujer regordeta y de cara ancha. Vestía descuidadamente y apenas

tenía adornos, pero había dedicado especial atención a su rostro, tan pintado que ya no parecía humano, y a su peluca, cuyos largos rizos caían en perfecto orden sobre su frente. Se incorporó de una profunda genuflexión y dijo:

—Es un horrible malvado. Creo que ha salido del cepillo para dar brea. ¡Maldita pierna! No me levantaré nunca. ¿Cómo está señor? Encantada. ¿Nació usted en la India, señor? Recuerdo algunos Maturin en la costa Coromandel.

Diana dio unas palmadas y una hilera de sirvientes entró en la habitación. Hubo exclamaciones lamentando el peligro que había corrido y aquel desorden; leves murmullos desaprobatorios y reverencias; ansiedad y silenciosa, firme obstinación. Por fin trajeron a un anciano para que se llevara el recogedor y cogieron al escorpión con unas pinzas de madera; luego otros dos sirvientes recogieron lo que quedaba.

—Perdóname, Maturin —dijo—. No puedes ni imaginarte lo que es llevar una casa con criados de tantas castas diferentes: uno no puede tocar esto, el otro no puede tocar aquello, y la mitad imita a los demás. ¡Qué tonterías! Pero, por supuesto, una *radha-vallabhi* puede tocar las cazuelas. Bueno, vamos a ver si nos traen algo con que mojarnos la garganta. ¿Has cenado ya, Maturin?

—No —respondió Stephen.

Ella dio de nuevo unas palmadas y apareció otro grupo de unos veinte sirvientes. Mientras daba órdenes (había más discusiones, ruegos y risas de los que Stephen esperaba encontrar fuera de Irlanda), él se volvió hacia lady Forbes y dijo:

—Es muy fresca esta habitación, señora.

—*Discutir, discutir, discutir* —dijo la señora Forbes—. *No sabe manejar a los criados, no ha sabido nunca.* Sí, señor, es que está enterrada con ese propósito, bastante enterrada, ¿sabe? ¡Dios mío! *Espero que pida champán, porque estoy reseca. ¿Creerá que este joven lo merece? Sí, esa es la cuestión. Canning es muy tacaño con los vinos.* Pero tiene el inconveniente de que se inunda. Recuerdo que en tiempos de Raghunath Rao, que era el dueño, ¿sabe?, el barro cubría el suelo hasta dos pies de altura. Pero el monzón no ha traído lluvia; no ha llovido apenas. Dentro de poco habrá otra hambruna en Gujarat y esas anodinas criaturas morirán a montones, y el paseo matutino a caballo resultará muy desagradable. —De estas frases, las que iban dirigidas a sí misma las decía en un tono más grave, pero el volumen no variaba.

—Villiers, ¿en qué lengua les hablabas? —preguntó Stephen.

—En banga-bhasa, la lengua que hablan en Bengala. Cuando fui a Calcuta traje a algunos antiguos sirvientes de mi padre. Pero ven, cuéntame cosas de tu viaje. ¿Fue bueno? ¿En qué has venido?

—En una fragata, la *Surprise*.

—¡Qué nombre tan bonito! No lo creerás, pero casi me caigo de espaldas cuando te vi en la pendiente con aquella horrible túnica. Era exactamente lo que

me imaginaba que usarías en este clima, mucho más apropiado que la ropa gruesa. ¿Te gustan mis pantalones?

—Muchísimo.

—La *Surprise*. Me dejás sorprendida. El almirante Hervey me habló de una fragata en la que venía un sobrino suyo, pero dijo que se llamaba *Nemesis*. ¿Está Aubrey al mando? Desde luego que lo estará, de lo contrario no habrías venido. ¿Se ha casado ya? Leí el anuncio en *The Times*, no he visto nada sobre la boda todavía.

—Creo que se celebrará de un momento a otro.

—Todas mis primas Williams estarán casadas —dijo, perdiendo un poco de su chispeante alegría—. Aquí está el champán por fin. ¡Oh, Dios, qué falta me hace una copa! Seguro que estás tan sediento como yo, Maturin. Brindemos por su salud y su felicidad.

—De mil amores.

—Y dime, ¿ha madurado? —preguntó Diana.

—No creo que puedas notar mucha más madurez —respondió Stephen y vació el vaso pensando: «Mientras más viejo, más rudo soy».

Un anciano con una maza de plata se acercó a Diana, hizo una reverencia y golpeó tres veces el suelo. Enseguida aparecieron mesitas bajas y grandes bandejas de plata con innumerables platos de comida, casi todos muy pequeños.

—Te pido que me disculpes, querida —dijo lady Forbes, poniéndose de pie—. Ya sabes que nunca ceno.

—Desde luego —dijo Diana—. Y por favor, al pasar por las habitaciones, ¿tendrías la amabilidad de comprobar si todo está listo? El doctor Maturin se quedará en la habitación de lapislázu.

Se sentaron en un diván, y frente a ellos estaban agrupadas las mesitas. Ella le describió los platos con todo detalle, comiéndoselos con los ojos.

—No te importará comer a la manera india, ¿verdad? A mí me encanta.

Tenía un excelente humor, reía y hablaba sin parar, como si hubiera pasado mucho tiempo sin compañía. Stephen pensó: «¡Cómo le favorece reírse! *Dulce loquentem, dulce ridentem*. La mayoría de las mujeres son serias como lechuzas. Además, pocas tienen dientes tan brillantes». Entonces le preguntó:

—¿Cuántos dientes tienes ahora, Villiers?

—Pues no lo sé. ¿Cuántos debería tener? En cualquier caso, los tengo todos. ¡Ja, ja, nos ha traído *bidpai chhatta*! De niña me gustaba mucho..., todavía me gusta. ¿Crees que a Aubrey le agradaría venir a comer aquí con sus oficiales? Podría pedirle al almirante que viniera. Es bastante desagradable, pero puede ser muy simpático si quiere. Su mujer es estúpida, pero eso no es extraño, ¿son tantas las mujeres de oficiales navales que son imposibles! Y también invitaría a los encargados del astillero; sólo a hombres.

—No puedo responder por él, desde luego, pero sé que está muy ocupado con

la fragata. Están reparándole el casco y reemplazando piezas vitales en su interior, porque sufrió grandes destrozos cuando estaba al sur de El Cabo. Jack ha rechazado todas las invitaciones, a excepción de la del almirante; tuvo ese día libre por obligación.

—Bueno, pues, al diablo Aubrey. No tengo palabras para expresar lo contenta que estoy de verte, Stephen. Me he sentido muy sola..., Justo antes de verte, tu recuerdo vino a mi mente con toda claridad. No eres muy hábil comiendo a la manera india, por lo que veo... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué te ha pasado en las manos?

—Nada de importancia —contestó Stephen, apartándolas—. Tienen algunas heridas..., quedaron atrapadas en una máquina. Pero no es nada de importancia, pronto se pasará.

—Te daré de comer yo.

Se sentó en un cojín frente a él, con las piernas cruzadas. Iba formando bolas con la comida de una docena de platos y cuencos y se las ponía en la boca. Stephen sentía que algunas le explotaban como bombas en el estómago y otras le refrescaban el paladar y le dejaban un sabor dulzón. Observaba sus piernas torneadas y firmes bajo la muselina azul y el movimiento de sus caderas cuando se inclinaba hacia los lados o hacia él.

—¿Quién era esa niña tan delgada que estaba contigo? —inquirió—. ¿Una dhaktari? Es demasiado pálida para ser una gond. Habla mal el urdu.

—Nunca le he hecho preguntas, ni ella a mí tampoco. Dime lo que debo hacer con ella, Villiers. Quiero que pueda comer todos los días sin que tenga que mendigar o robar la comida, como hace ahora. Podría comprarla por doce rupias, lo cual parece una solución fácil, pero no lo es. No puedo hacer que se gane la vida honradamente, como costurera, por ejemplo, porque no sabe coser ni siente la necesidad de aprender. Tampoco quiero confiársela a las monjas portuguesas para que la conviertan y la hagan vestir los hábitos. Pero estoy seguro de que tiene que haber una solución.

—Seguro que la hay —dijo Diana—. Pero antes de poder decir algo concreto tengo que saber mucho más sobre ella, por ejemplo, la casta y otras cosas. No te imaginas las dificultades que pueden surgir cuando uno intenta encontrar colocación para una niña. Puede que sea una intocable; lo más probable es que lo sea. Mándala aquí cuando tengas algún mensaje que envíarme y podré averiguarlo. Entretanto, puede venir siempre que tenga hambre. Encontraremos una solución, estoy segura. Pero eres muy tonto si pagas doce rupias, Stephen; tres es el precio más normal. ¿Quieres un poco más?

—Sí, por favor. Y no olvidemos la cerveza que está ahí, cerca de tu codo.

Cervezas, sorbetes, mangostanes, pasteles indios (el cielo palideció cuando hablaron de ellos); el viaje de la fragata y su propósito; el señor Stanhope, los perezosos, los grandes hombres de Bombay... Diana hizo referencia a Canning de forma indirecta cuando dijo: « En sus días buenos, lady Forbes puede ser una

entretenida compañía. Además, me ayuda a no perder la serenidad..., lo necesito, ¿sabes?» y «Cabalgué sesenta millas anteayer y otras sesenta el día anterior, atravesando los Gates, por eso regresé mucho más pronto de lo que esperaba. Había que tratar un aburrido asunto con el *nizam*^[10], y de repente sentí que no podía aguantar más y regresé sola, dejando atrás a los elefantes y los camellos. Llegarán el día diecisiete».

—¿Eran muchos elefantes y camellos?

—No. Treinta elefantes y unos cien camellos. Y carros de bueyes, naturalmente. Pero incluso una pequeña caravana tarda una eternidad en moverse, y no puedes evitar enfurecerte y empezar a gritar.

—¿De verdad que viajas con treinta elefantes?

—Este viaje era corto, sólo hasta Hyderabad. Cuando atravesamos todo el país llevamos cien, y todo lo demás proporcionalmente. Lo mismo que un ejército. ¡Oh, Stephen, quisiera que hubieras podido ver al menos la mitad de lo que he visto yo en este viaje! Leopardos por docenas, una pitón que se comió a un ciervo, pájaros y monos de todo tipo y un cachorro de tigre muy desarrollado, un hermoso ejemplar, aunque no puede compararse con los que tenemos en Bengala. Dime, Stephen, ¿qué quieres que te enseñe de este país? Es mi país, después de todo, y me gustaría servirte de guía. Seré mi propia dueña durante algunos días.

—Dios te bendiga, amiga mía. Quisiera ver las cuevas de Elefanta, un bosque de bambúes y un tigre.

—Puedo prometerte que iremos a Elefanta. Daremos una fiesta este fin de semana y se lo diremos al señor Stanhope, que es un hombre encantador y ha sido muy galante conmigo en Londres, y también al pastor. Podrás ver el bosque de bambúes. Sin embargo, no puedo asegurarte que verás el tigre. Seguro que el *peshwa* tratará de encontrarnos uno en las montañas de Poona, pero ha llovido mucho en esa zona y la selva es tan espesa que... No obstante, si no podemos encontrar un tigre allí, te prometo que verás media docena en Bengala, pues, según tengo entendido, después de dejar al respetable caballero en Kampong debéis ir a Calcuta.

Tal vez fue un error invitar al señor Stanhope. El día era horriblemente caluroso y húmedo y a él sólo le apetecía estar tumbado en la cama mientras el *punkah*^[11] con un leve rumor, movía el aire irrespirable. Sin embargo, pensó que era su deber presentar sus respetos a la señora Villiers y, además, tenía mucho interés en ver al doctor Maturin, que inexplicablemente había desaparecido durante los últimos días, así que, sobreponiéndose a las náuseas y con un poco de carmín en sus pálidas mejillas, subió al barco para cruzar las aguas densas y grasientas, y como no soplabla viento, hubo que atravesar remando las seis malditas millas de la bahía.

El señor Atkins iba sentado junto a él y, muy excitado, le contó rápidamente, en voz baja, las cosas que había descubierto; el señor Atkins siempre se enteraba de todos los chismorreos de una comunidad al poco tiempo de estar en ella. Le dijo que, según sus noticias, la señora Villiers no era una persona respetable, pues era la amante de un comerciante judío (« ¡Un judío! ¡Por amor de Dios!»), y su presencia era considerada una vergüenza en Bombay y despertaba indignación. Añadió que el doctor Maturin sabía que la pareja convivía ilícitamente y le había puesto a él en una difícil situación. ¡El representante de Su Majestad apoyaba una relación de ese tipo!

El señor Stanhope apenas respondió, pero cuando desembarcó estaba más serio y reservado que habitualmente, y a pesar de los innumerables cumplidos que le hizo a Diana y de los elogios del magnífico conjunto de tiendas, sombrillas y alfombras, en el que no faltaban las bebidas frías (esas cosas le recordaban Ascot), de la rudimentaria estatua del elefante y de la asombrosa cantidad de esculturas de las cuevas, a pesar de todo eso, su falta de cordialidad y alegría afectó a todo el grupo.

Llamó a Stephen aparte mientras caminaban hacia las cuevas y le dijo:

—Estoy muy preocupado, doctor Maturin. El capitán Aubrey me ha asegurado que zarparemos el día diecisiete y yo contaba con otras tres semanas por lo menos, porque el tratamiento del doctor Clowes a base de sangrías y baños de lodo dura tres semanas más.

—Seguro que ha hablado de la forma extravagante e hiperbólica en que se expresan los marinos. A menudo hemos leído la noticia de que unos pasajeros que habían sido llamados con urgencia para embarcar en Greenwich o los *downs* se encontraron con que los marinos no tenían ni la más mínima intención de zarpar por falta de ganas o incluso por falta de velas. Puede estar tranquilo, señor. Por lo que yo sé, hace muy poco tiempo la *Surprise* estaba aún sin mástiles, así que es materialmente imposible que pueda zarpar el día diecisiete. Me sorprende la precipitación de Jack

—¿Ha visto al capitán Aubrey recientemente?

—No. Ni tampoco he visitado al doctor Clowes desde el viernes, de lo cual me avergüenzo. ¿Ha notado mejoría con los baños de lodo?

—El doctor Clowes y sus colaboradores son excelentes médicos, sin duda, y muy atentos, pero parece que no aciertan con la enfermedad del hígado. Temen que pueda extenderse y afectar el estómago. No obstante..., mi propósito al rogarle su atención unos momentos era decirle que me han llegado varios despachos de ultramar y quisiera consultarle sobre ellos. Y al mismo tiempo deseo señalar, si me lo permite, que no ha ido usted a la oficina con la frecuencia que podría considerarse ideal. No hemos podido encontrarle durante los últimos días, a pesar de los repetidos avisos que le hemos enviado al barco y a su casa. No cabe duda de que sus pájaros le han seducido y le han hecho olvidar su

habitual puntualidad.

—Le ruego que me perdone, Su Excelencia. Iré esta tarde. Y al mismo tiempo podremos hablar de su hígado con el doctor Clowes.

—Se lo agradezco infinitamente, doctor Maturin. Pero estamos descuidando de un modo terrible nuestro comportamiento. ¡Señora Villiers! —Recorrió con sus cansados ojos el banquete que había preparado frente a las cuevas—. ¡Esto es magnífico, magnífico! ¡Es un banquete digno de Lúculo, se lo aseguro!

El señor White, el pastor, a quien Atkins le había contado enseguida lo que había averiguado, tenía un aire tan reservado como el jefe de éste. Además, le habían impresionado desagradablemente las esculturas femeninas y hermafroditas y le había picado en la nalga izquierda un desconocido insecto sobre el que se había sentado. Estuvo serio y taciturno durante todo el tiempo que duró la excursión.

Al señor Atkins y a los jóvenes del séquito del señor Stanhope les afectaba menos el tiempo, y por el ruido que hacían parecía que estaban disfrutando mucho, y Atkins más que ninguno. Tenía una actitud campechana, hablaba muy alto y sin cohibición, y durante el picnic le gritó a Stephen: «No se quede con la botella... No todos los días podemos beber champán». Después llevó a Diana al fondo de la segunda cueva para ver un destacado grupo escultórico y, sosteniendo en alto el farol, le dijo que se fijara en sus suaves curvas, su deliciosa armonía, su equilibrio, y señaló que parecía digno de Fidias, el famoso escultor griego. Ella se asombró de su desfachatez y de que la hubiera cogido por el codo y le hubiera susurrado al oído, pero no le dio demasiada importancia, porque supuso que estaba borracho. Entonces se soltó, lamentando haber sido tan tonta como para seguirle. Y se sintió muy contenta al ver a Stephen acercarse a ellos apresuradamente.

Sin embargo, el señor Atkins siguió muy animado y, cuando el grupo desembarcó en Bombay y se separó, metió la cabeza por la ventanilla del palanquín y dijo:

—Iré a verla una de estas tardes. —Arqueó las cejas y la miró de tal modo que ella se quedó sin habla—. Sé dónde vive.

Más tarde Stephen volvió a la casa del promontorio Malabar y le dijo a Diana:

—El señor Stanhope te envía sus más sinceras felicitaciones y te da las más encarecidas gracias por esta tarde deliciosa e inolvidable. Lady Forbes, servidor de usted. ¿No cree que hace demasiado calor, señora?

Lady Forbes esbozó una tímida sonrisa y abandonó la habitación.

—Maturin, ¿has visto alguna vez en tu vida un picnic tan horrible, tan rematadamente malo como ese? —preguntó Diana. Ahora tenía puesto un vestido azul muy feo, de tela gruesa y profusamente adornado de perlas, y llevaba al cuello una sarta de perlas más grandes con un nudo cerca de la cintura

—. Pero es muy amable por su parte enviarle sus felicitaciones a una mujer caída.

—¿De qué estás hablando, Villiers? —preguntó él.

—Debo de haber caído muy bajo para que un odioso reptil como ese tal Perkins se tome esas libertades. ¡Dios santo! ¡Maturin, esta vida es horrible! No puedo salir sin que exista el peligro de una afrenta; y estoy sola, encerrada todo el tiempo en este espantoso lugar. Sólo media docena de mujeres me reciben con agrado, y de ellas cuatro carecen de buena reputación y las otras dos son tontas que se dedican a hacer la caridad... ¡Menuda compañía! Y las otras mujeres que conozco, sobre todo las que conocía desde antes, cuando vivía en la India, saben muy bien adonde disparar sus dardos. No lo hacen de manera evidente, porque podría devolvérselos y Canning podría destruir a sus maridos, pero son bastante afilados, y muy venenosos. No puedes imaginarte lo malvadas que son las mujeres. Me pongo tan furiosa a causa de esto que no puedo dormir. Me enfermaré. Estoy llena de rabia y parece que tengo cuarenta años. Dentro de seis meses no estaré en condiciones de que me vea nadie.

—Claro que sí, amiga mía. Te engañas a ti misma. En cuanto te vi noté que tu piel tenía mucho mejor color que en Inglaterra. Y esa impresión se confirmó cuando vine aquí y pude observarla con tranquilidad.

—Es asombroso con qué facilidad se te puede engañar. Sólo es una buena cantidad de *trompe-couillon*, como lo llama Amélie, ella es la mejor pintora que ha habido desde..., ¿cómo es el nombre?

—¿Vigée Lebrun?

—No. Jezebel. Mira —dijo, pasándose un dedo por la cara y mostrándole la delgada capa rosada que había sobre él.

Stephen lo observó atentamente y, sacudiendo la cabeza, dijo:

—No. No es esa la causa. Y de paso te desaconsejo que uses cerusa, porque puede resecar y arrugar las capas más profundas de la piel. La manteca de cerdo es más apropiada. Realmente, tu ánimo, tu valor, tu inteligencia y tu alegría son la causa. Ninguna de estas cosas es fingida, y son ellas las que dan forma a tu rostro..., tú eres responsable de tu propio rostro.

—Pero ¿cuánto tiempo crees que puede conservar el ánimo una mujer con este tipo de vida? Cuando Canning está aquí nadie se atreve a tratarme mal, pero él se ausenta con frecuencia, porque tiene que ir a Mahé y otros lugares; pero también cuando está aquí peleamos constantemente. A menudo casi llegamos a romper. Y si rompemos, ¿te imaginas cuál será mi futuro? Quedarme en Bombay sin dinero. Eso es espantoso. Pero, por otra parte, seguir unida por cobardía también es espantoso. Él es amable, no digo que no, pero es tremendamente celoso. ¡Fuera! —Le gritó a un criado que estaba en el umbral de la puerta—. ¡Fuera! —Le gritó de nuevo, porque se había quedado allí haciendo gestos de desaprobación, y luego le tiró una jarra a la cabeza.

—¡Es tan humillante que sospechen de uno! —se lamentó—. Sé que los sirvientes tienen orden de vigilar me. Si no me resistiera, no tardarían en aparecer aquí un montón de eunucos negros, tan flácidos, los pobres. Por eso tengo a mis propios criados... ¡Oh, estoy tan cansada de esas peleas! Lo único que es medianamente tolerable es viajar, visitar otros lugares. Esta situación es insostenible para una mujer con ánimo. ¿Te acuerdas de aquello que te dije hace ya mucho tiempo, que los hombres casados eran el enemigo? Pues aquí me tienes, me he entregado al enemigo y estoy atada de pies y manos. Por supuesto, la culpa es mía, no es necesario que me lo digas, pero eso no hace que mi vida sea menos desgraciada. Vivir en la abundancia está muy bien, y, desde luego, me gusta tener una sarta de perlas tanto como a cualquier mujer, pero me conformaría con la casa de campo inglesa más fría y más húmeda.

—Lamento que no seas feliz —dijo él en tono grave—. Pero, al menos, eso me da un poco más de confianza y un buen motivo para hacerte mi proposición.

—¿También tú quieres que sea tu mantenida, Stephen? —preguntó con una sonrisa.

—No —contestó él, esforzándose por imitarla. Se encomendó a Dios y siguió hablando con frases un tanto desordenadas a causa de su agitación—. Nunca le he hecho una proposición de matrimonio a ninguna mujer y no conozco las fórmulas que se usan para ello. Disculpa mi ignorancia. Te ruego que tengas la bondad, la inmensa bondad de casarte conmigo.

Ella no respondió. Y entonces él añadió:

—Te lo agradecería mucho, Diana.

—¡Vaya, Stephen! —dijo ella por fin, mirándole todavía con gran asombro—. Te doy mi palabra de honor de que me has sorprendido. Casi no puedo hablar. Es la cosa más amable que podías haberme dicho. Pero te has dejado llevar por la amistad y el afecto; tu buen corazón y la lástima que sientes por una amiga son los que...

—No, no, no —dijo impetuosamente—. Mi declaración ha sido deliberada. He meditado mucho antes de hacerla, pues concebí la idea hace ya tiempo y la he madurado a lo largo de más de doce mil millas. Sé que, desgraciadamente, mi apariencia no me favorece —mientras hablaba se retorció las manos tras la espalda—, que hay muchas cosas que objetar en cuanto a mi persona, mi nacimiento y mi religión, y que mi fortuna no puede compararse con la de un hombre rico, pero ya no soy aquel don nadie sin dinero que era cuando nos conocimos y puedo ofrecerte un matrimonio digno, incluso espléndido. Y por lo menos tengo un sueldo decente para mantener a mi esposa, o a mi viuda, y asegurar su futuro.

—Mi querido Stephen, tus palabras me honran y no sé cómo agradeceréte las; eres el hombre más bondadoso que conozco y mi mejor amigo. Pero ya sabes que cuando me enfado hablo sin pensar, digo cosas que no quisiera decir, y tengo

mal genio. Canning y yo estamos muy unidos; él ha sido muy bueno conmigo... Además, ¿qué clase de esposa sería yo? Deberías haberte casado con Sophie; ella se habría contentado con muy poco y tú nunca te habrías sentido avergonzado de ella. Avergonzado... Piensa en lo que he sido y en lo que soy ahora. Y Londres no está lejos de Bombay, los chismorreos son los mismos en ambos lugares. Por otra parte, después de haber llevado esta vida, ¿crees que alguna vez podría...? Stephen, ¿te encuentras mal?

—Iba a decir que también están Barcelona, París, Dublín...

—No hay duda de que te encuentras mal. Estás muy pálido. Quitate la chaqueta, quédate en camisa y calzones.

—Nunca me había afectado tanto el calor —dijo, quitándose la chaqueta y la corbata.

—Bebe un poco de agua helada y baja la cabeza. Mi querido Stephen, quisiera poder hacerte feliz. Por favor, no te pongas tan triste. Bueno, tal vez si llegamos a romper...

—De todos modos —dijo él, como si no hubieran pasado diez silenciosos minutos—, no es tan pequeña si se compara con la generalidad de las europeas. Tengo diez mil libras aproximadamente, tierras por ese valor que incluso pueden llegar a valer más. Y también tengo mi sueldo: doscientas o trescientas libras al año.

—Y un castillo en España —dijo Diana, sonriendo—. Túmbate y háganme de ese castillo en España. Sé que tiene el baño de mármol.

—Sí, y el techo, donde lo conserva todavía. Pero no quiero engañarte, Villiers: no es como el que tienes aquí. Dispone de seis, no, cinco habitaciones donde se puede vivir, y la mayoría de ellas están ocupadas por ovejas merinas. Es una ruina llena de romanticismo, rodeada de montañas llenas de romanticismo, pero de romanticismo no se vive.

Había hecho el intento, pero había errado al lanzar su carga; ahora su corazón volvía a latir despacio. Hablaba en un tono amable y muy tranquilo sobre las ovejas merinas, las peculiaridades del alquiler de propiedades en España, los perjuicios de la guerra y las posibilidades que tenía un marino de conseguir botines, y en el momento en que trataba de coger la corbata ella le interrumpió.

—Stephen, lo que me has dicho me ha desconcertado tanto que casi no sabía qué contestar. Tengo que pensarlo. Hablaremos de ello otra vez en Calcuta. Necesito muchos meses para pensarlo. ¡Dios mío! ¡Qué pálido te has puesto otra vez! Ven, ponte una bata ligera y nos sentaremos en el patio para respirar aire fresco. Estas lámparas son insoportables dentro de casa.

—No, no. No te muevas.

—¿Por qué no? ¿Porque es una bata de Canning? ¿Porque Canning es mi amante? ¿Porque es judío?

—Tonterías. Tengo en gran estima a los judíos, si es que alguien puede hacer

una generalización de un grupo de hombres tan grande y heterogéneo.

Canning entró en la habitación. A pesar de ser un hombre corpulento, sus pisadas no eran fuertes. «¿Cuánto tiempo habrá estado ahí fuera?», pensó Stephen. Entonces Diana dijo:

—Canning, el doctor Maturin tiene demasiado calor. Estoy tratando de persuadirle de que se ponga una bata y se siente junto a la fuente en el patio de los pavos reales. ¿Te acuerdas del doctor Maturin?

—Perfectamente, y me alegro mucho de verle. Estimado amigo, lamento que no se sienta usted bien. Verdaderamente hoy hace un calor asfixiante. Por favor, déme su brazo y saldremos a tomar el aire; también yo lo necesito. Diana, ¿te importaría pedir una bata o un chal?

«¿Qué cosas sabe de mí?», se preguntaba Stephen mientras estaban sentados en aquel lugar relativamente fresco y Diana hablaba con Canning de su viaje, el *nizam* y un tal señor Norton. Por lo que decían, la mujer del señor Norton había huido con el mejor amigo de éste al territorio gobernado por el *nizam*.

«No deja traslucir nada», pensó Stephen, «pero eso es, en sí mismo, significativo. Y no ha preguntado por Jack, lo que es más significativo todavía. Es notorio su aire varonil y arrogante, muy parecido al de Jack, que refleja buena parte de su personalidad; pero también advierto el brillo de una inteligencia oculta. ¡Cuánto me gustaría que tuviera el don de la señora Forbes de revelar sus pensamientos!». En voz alta preguntó:

—¿El señor Norton, el ornitólogo?

—No —respondió Diana—, él está interesado en los pájaros.

—Tan interesado que se fue hasta Bikanir para ver una ortega —dijo Canning—, y cuando volvió la señora Norton había huido. Creo que no está nada bien seducir a la esposa de un amigo.

—Tiene usted razón —afirmó Stephen—. Sin embargo, ¿es eso realmente una ofensa? Una joven ingenua puede huir con un seductor, pero ¿puede hacer lo mismo una mujer casada? Por mi parte, pienso que nunca un matrimonio se rompe por una fuerza externa. Supongamos que a la señora Norton se le da a escoger entre el clarete y el oporto y ella comprueba que no le gusta el clarete pero sí le gusta el oporto. Desde ese momento se siente ligada a ese turbio vino y es inútil asegurarle que el clarete es mejor. Y no creo que la culpa sea de la botella elegida.

—¡Si al menos soplara un poco de brisa del mar! —exclamó Canning, riendo ruidosamente—. Podría hacer pedazos su analogía. Además no debería meterse en eso..., es un asunto enmarañado, si los hay. Lo que quería señalar es que Norton era íntimo amigo de Morton. Norton le llevó a su casa y él se metió en la cama de Norton.

—Eso no estuvo bien, debo admitirlo. Eso huele a deslealtad.

—No le he preguntado por nuestro amigo Aubrey. ¿Sabe algo de él? Tenemos

que brindar por su felicidad. Tal vez deberíamos hacerlo ahora.

—Está aquí, en Bombay. A su fragata, la *Surprise*, la están armando de nuevo en Bombay.

—Me asombra usted —dijo Canning.

«Lo dudo mucho, amigo mío», pensó Stephen. Se puso a escuchar los comentarios que hacía Canning sobre la Armada, su ubicuidad y sus innumerables compromisos y los elogios de Jack como marino, a quien deseaba sinceramente felicidad. Entonces se puso de pie y dijo que, con su permiso, quería retirarse, porque hacía algún tiempo que no iba a su casa y le esperaba mucho trabajo, añadiendo que su casa estaba cerca del astillero y le apetecía ir andando hasta allí.

—No puede ir andando hasta el astillero —dijo Canning—. Mandaré buscar un palanquín.

—Es usted muy amable, pero prefiero andar.

—Pero, amigo mío, es una locura pasear por Bombay a esta hora de la noche. Sin duda alguna, le matarán. Créame, ésta es una ciudad muy peligrosa.

Stephen no era fácil de convencer, pero Canning le obligó a aceptar una escolta, así que bajó las desiertas calles a la cabeza de un grupo de barbudos sijs armados de sables, no demasiado contento consigo mismo («Y sin embargo, él me agrada como persona y no le reprocho del todo la satisfacción de saber que estoy fuera del juego y que vivo sin esperanza»), y mientras bajaba veía el resplandor de las piras funerarias en la playa, que despedían un olor a carne quemada y a sándalo. Atravesaron calles llenas de vacas sagradas que dormían tranquilamente, vieron perros vagabundos y un árbol sin hojas donde dormían innumerables milanos, buitres y cuervos, formando un siniestro conjunto. Pasaron por los bazares, ahora llenos de figuras que yacían en el suelo envueltas en sudarios. Cruzaron el barrio de los burdeles, donde había actividad y se veían algunos músicos mal acoplados y grupos de marineros, entre los cuales, sin embargo, no había ninguno de la *Surprise*. Luego siguieron el largo camino junto al muro del astillero y, al doblar una esquina, toparon con un grupo de *moplahs* que formaban un corro. Los *moplahs* se levantaron, les miraron vacilantes, calculando sus fuerzas, y huyeron dejando un cadáver en el suelo. Stephen se inclinó sobre él con el farol de los sijs en la mano y, viendo que ya no podía hacer nada, siguió su camino.

A cierta distancia de la casa vio una luz en su interior y se sorprendió mucho. Pero aún se sorprendió más al entrar y ver a Bonden, que dormía inclinado sobre la mesa, con la cabeza apoyada sobre los brazos vendados; y la cabeza y los brazos los tenía cubiertos por una capa grisácea que parecía ceniza, pero que, en realidad, estaba formada por innumerables insectos voladores que la luz del farol había atraído. Y en la mesa había un grupo de salamanquesas preparadas para comerse las mariposas deslumbradas.

—¡Por fin ha llegado, señor! —exclamó, levantándose y esparciendo su cargamento de muertos y ahuyentando a las salamanquesas—. Me alegro mucho de verle.

—Eres muy amable, Bonden —dijo Stephen—. ¿Qué pasa?

—Hay un lío de todos los diablos, y perdone la expresión. El capitán ha intentado encontrarle desesperadamente, señor. Ordenó a los guardiamarinas y los grumetes que se turnaran para esperarle aquí y mandaba a un mensajero cada hora para preguntar si usted había vuelto. A todos les daba miedo regresar y decir que usted no había llegado y que tampoco había enviado ningún recado. A Babbington le mandó poner grilletes. Y a los cadetes Church y Callow les azotó con sus propias manos en la cabina. ¡Menudos golpes les dio! Se quejaban lastimosamente como gatos.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? Que ha habido protestas, señor. No hay permisos para bajar a tierra, los suspendieron todos, a la barca la llevaron a la dársena, no conseguimos nada de beber porque no dejan acercarse a los vivanderos, y todos los marineros trabajando doble jornada, y los oficiales también. No hay permisos, aunque prometió darlos hace semanas. ¿Se acuerda de que al *Caesar* le pusieron los mástiles nuevos en un santiamén en Gibraltar, antes de nuestra escaramuza con los españoles? Bueno, pues esto ha sido más o menos igual, sólo que un condenado día tras otro..., con todos los tripulantes que eran capaces de halar un cabo, enfermos o no, los marineros indios contratados por él personalmente, miembros de la dotación del buque insignia y aparejadores del astillero..., aquello parecía un jodido hormiguero, perdone la expresión, y siempre bajo el sol abrasador. ¡Sin pudín de pasas los domingos! No se permite a nadie bajar a tierra, excepto a esos renacuajos que son inútiles a bordo y a los mensajeros que vienen aquí corriendo. Yo mismo no estaría aquí si no fuera por mi brazo.

—¿Qué te ha pasado?

—Me quemé con alquitrán hirviendo, señor. Cayó desde la cofa. Pero eso no es nada comparado con lo que nos ha obsequiado el capitán. Suponemos que debe de saber algo sobre Linois, pero, en cualquier caso, no hemos hecho más que correr, correr y correr. No había ninguna vigota colocada el martes y ya hemos amarrado los obenques hoy y zarpamos mañana en la marea alta. El almirante no creía que eso era posible, yo no creía que era posible, ni tampoco el más viejo de los marineros del castillo. El señor Rattray se metió en la cama el lunes porque, según dicen, estaba enfermo y extenuado; y la mitad de la tripulación también haría lo mismo si se atreviera. Y todo el tiempo el capitán repetía: «¿Dónde está el doctor? ¡Maldita sea! ¿No puede usted encontrar al doctor, condenado inútil?». Estaba muy enfadado. El equipaje de Su Excelencia se subió a bordo el doble de rápido: se disparaban los cañones cada cinco minutos

de forma que las balas pasaran por encima de los botes y animaran a los hombres a remar. ¡Bendito sea Dios! Aquí tiene la hoja que me dio para usted.

Surprise

Bombay

Señor:

Por la presente se le ordena presentarse en la fragata de Su Majestad que se encuentra bajo mi mando inmediatamente que reciba esta orden.

Queda de usted,

Jack Aubrey

—Tiene la fecha de hace tres días —dijo Stephen.

—Sí, señor. Nos la hemos pasado unos a otros. Y Ned Hyde la manchó de ponche en la punta.

—Bueno, la leeré mañana. Ahora casi no veo y, además, tenemos que dormir al menos un par de horas antes de que amanezca. ¿Conque piensa realmente zarpar mañana en la marea alta?

—¡Oh, sí, señor! Estamos anclados en el canal sólo con un ancla. Su Excelencia está a bordo y también casi toda la pólvora, sólo faltaban por estibar algunos barriles cuando me fui.

—¡Oh, Dios mío! Entonces vete ahora a la fragata, Bonden, dale mis saludos al capitán y dile que me reuniré con él antes de que suba la marea. Pero ¿por qué te quedas ahí como una estaca, como una estatua, Barret Bonden?

—Señor, él me llamará torpe, estúpido y no sé cuántas cosas más si no regreso con usted, y le aseguro que enviará a un grupo de infantes de marina para que lo lleven a la fragata tan pronto se entere de que está aquí. Le conozco hace muchos años, señor, y nunca le he visto tan enfurecido; parece un león.

—Bueno, llegaré antes de que zarpe la fragata. No es necesario que vuelvas a ella corriendo, ¿sabes? —dijo mientras empujaba fuera de la habitación al pobre Bonden, ansioso y descorazonado, y cerraba la puerta.

El día siguiente era el diecisiete. Aunque podrían existir otros factores, estaba seguro de que la razón principal de aquella loca carrera era que Jack quería sacarle de Bombay antes de que Canning y Diana regresaran. No había duda de que tenía buenas intenciones: quería evitar que se enfrentara con aquel hombre. Su estratagema era muy ingeniosa, pero a pesar de que Stephen estaba sometido al derecho naval, nunca le habían gustado las leyes y no era fácil conseguir que las acatara.

Se quitó la ropa, se echó agua por encima y se sentó a escribirle una nota a Diana. No serviría; había usado un tono erróneo. Otra versión; el sudor de sus dedos emborronó las palabras. Canning era un temible enemigo —silencioso, inteligente, sagaz—, si es que podía llamarle así, con una peligrosa tendencia a

extralimitarse y capaz de formar astutamente complejos enredos. Las constantes sospechas e intrigas provocaban repugnancia y la desesperada nostalgia de mantener una relación sincera, limpia. Cogió otra hoja. Le dijo que el enemigo, aparentemente, estaba en alta mar..., pedía disculpas por no haberse despedido..., deseaba ardientemente verla en Calcuta..., rogaba que se acordara del tigre que le había prometido..., enviaba saludos al señor Canning..., estaba seguro de que podría confiarle a su pequeña protegida, a quien iba a comprar por...

«Eso me hace recordar mi bolsa», se dijo. Encontró la pequeña bolsa de tela y se la colgó al cuello, se puso una túnica y salió. Afuera el aire era más frío, más limpio. Atravesó de nuevo las calles, más concurridas ahora. Los hortelanos traían las frutas y los vegetales en carretillas, muías y carros tirados por buyes y camellos que, lentamente, se abrían paso entre la gris penumbra, seguidos por perros vagabundos. En los bazares se veían faroles por todas partes, los braseros resplandecían y había una gran actividad, pues la gente recogía su cama para guardarla dentro de la tienda o la convertía en un puesto. Cruzó el caravasar Gharwal, pasó la iglesia de los franciscanos, pasó el templo de Jain y llegó hasta el callejón donde vivía Dil.

El callejón estaba muy lleno; la gente lo ocupaba de lado a lado. Él consiguió que un toro brahmán que tenía delante avanzara y pudo llegar hasta la choza triangular hecha de tablones y sostenida por un puntal. La vieja estaba sentada a la entrada; a su derecha había un farol con una oscilante llama, a su izquierda un hombre vestido de blanco, y frente a ella el cadáver de Dil, parcialmente cubierto por un trozo de tela. Y en el suelo había una jofaina con algunas caléndulas y cuatro monedas de cobre. La gente se agolpaba ante la vieja formando un semicírculo y escuchaba con expresión grave su voz áspera y airada.

Stephen se sentó en la segunda fila (cayó al suelo como si le hubieran cortado las piernas, lanzando un gemido) y una inmensa tristeza se apoderó de él. Había visto la muerte tantas veces que no podía estar equivocado, pero a pesar de eso y de saber aceptar la dura realidad, tardó en resignarse. La vieja estaba pidiéndole dinero a la gente; entonces se interrumpió para decirle al brahmán que bastaría con muy poca leña y siguió discutiendo con él, insistiendo. Todos eran muy amables; expresaban su condolencia, decían palabras de consuelo, hacían alabanzas, y depositaban pequeñas ofrendas en la jofaina, pero aquel era un barrio desesperadamente pobre y las monedas no alcanzaban ni para media docena de troncos.

—Aquí no hay nadie de su casta —dijo el hombre que estaba al lado de Stephen.

Otros murmuraron que eso era lo lamentable de la cuestión, porque la gente de su propia casta se habría encargado del fuego, pero, con la hambruna que se

avecinaba, nadie quería ayudar a otra casta que no fuera la suya. Stephen tocó en el hombro al hombre que estaba delante de él y le dijo:

—Yo soy de su casta. Amigo, dile a la mujer que le compro a la niña y que me la llevará allí abajo y me encargará del fuego.

El hombre se volvió hacia él. Stephen tenía la mirada perdida, las mejillas hundidas, arrugadas y sucias, y el pelo le caía sobre la cara; daba la impresión de que estaba loco o absorto. El hombre miró a los demás y, al advertir la aprobación en sus serios rostros, dijo:

—Abuela, aquí hay un hombre santo de tu casta que por piedad comprará a la niña y la llevará allí abajo, y también se encargará del fuego.

Aumentó la conversación..., gritos..., y un silencio sepulcral. Stephen sintió cómo el hombre le colgaba de nuevo la bolsa en el pecho y le arreglaba el cuello de la túnica alrededor del cordón.

Después de unos momentos, se puso de pie. En el rostro de Dil había una infinita placidez. A veces, cuando se movía la llama del farol, parecía que sonreía misteriosamente, pero al acercarle la luz se notaba que era incapaz de sentir emociones, lo mismo que el mar. En los brazos tenía las marcas que le habían hecho al arrancarle las pulseras. Eran marcas superficiales: no había habido lucha ni desesperada resistencia.

La cogió en brazos y, seguido por la vieja, algunos amigos y el brahmán, la llevó hasta la playa, con la cabeza apoyada en su hombro. Amaneció cuando pasaban por los bazares, y cuando llegaron a la orilla del mar, ahora en calma, tras pasar junto a los vendedores de leña, otros tres grupos ya estaban allí.

Plegarias, purificación; cánticos, purificación. La puso cuidadosamente en la pira. El sol iluminaba las pálidas llamas y los troncos de sándalo ardían deprisa; una columna de humo subió y subió y luego se desvió y empezó a alejarse con la brisa del mar.

—... *nunc et in hora mortis nostrae* —repitió de nuevo mientras sentía las olas chocar suavemente contra sus pies.

Levantó la vista. Todos se habían ido. La pira se había convertido en una mancha negra y se escuchaba el siseo del mar al cubrir sus ascuas. Estaba solo. La marea subía muy rápido.

Capítulo 8

La *Surprise* estaba anclada sólo con un ancla cerca de la salida del canal. El viento era favorable y la marea alta. El capitán se encontraba junto al pasamanos mirando la lejana costa con expresión malhumorada. Tenía las manos tras la espalda y de vez en cuando las apretaba con fuerza. El joven Church salió de la camareta de guardiamarinas y, con una inexplicable alegría, subió dando saltos en medio del expectante silencio. Su compañero Callow, al verle, le advirtió en un murmullo:

—Prepárate para la tormenta.

Jack ya había visto el bote que se alejaba del buque insignia. Sin embargo, ese no era el bote que esperaba, era el cúter de un barco de guerra y en la popa estaba sentado un oficial con su baúl al lado: era su primer oficial, que el simpático almirante había decidido mandarle al volver de una cacería al norte del país. El bote que Jack esperaba era una embarcación típica de aquel lugar, probablemente mugrienta, y aún trataba de encontrarlo con la mirada cuando el cúter se enganchó al pescante y el oficial subió por el costado.

—Stourton, señor —dijo, quitándose el sombrero—. A sus órdenes, señor, con su permiso.

—Me alegra verle por fin, señor Stourton —dijo Jack y en su rostro ceñudo apareció una sonrisa forzada—. Vamos a la cabina. —Miró de nuevo hacia la costa antes de dirigirse a ella, pero no vio nada—. Estaban sentados en silencio. Jack leía la carta del almirante y Stourton miraba de soslayo a su nuevo capitán.

El último que había tenido era un hombre reservado y taciturno y un bebedor empedernido, y además estaba en guerra con los oficiales, siempre encontraba faltas y azotaba a los hombres seis días a la semana. Stourton y todos los demás oficiales que no querían ser degradados se habían visto obligados a comportarse como tiranos. Entre todos habían convertido la *Narcissus* en la fragata más hermosa de las que se encontraban al este de Greenwich, en la cual la colocación de las vergas superiores tardaba veintidós segundos; la habían convertido en una reluciente fragata con el mayor índice de castigo y desertión de toda la Armada.

Stourton era el primer oficial de la *Narcissus* y tenía fama de ser muy duro. Pero no parecía un negrero; tenía la piel sonrosada y estaba muy bien afeitado y daba la impresión de ser un joven animoso y concienzudo. A pesar de eso, Jack

sabía lo que el hábito de ejercer la autoridad podía provocar y, dejando a un lado la carta del almirante, le dijo:

—En cada barco hay costumbres diferentes, como usted sabe. No es mi intención criticar a ningún otro capitán, pero quiero que en la *Surprise* las cosas se hagan a mi manera. A algunos les gusta que la cubierta parezca una sala de baile; a mí también, pero una sala de baile bien preparada para el combate. La artillería y la navegación son lo primero, pero, por otra parte, un barco no puede luchar bien si no tiene armonía. Si los tripulantes manejan los cañones con destreza y dan en el blanco y podemos hacernos a la mar con rapidez, me importa un comino que a veces haya un montón de trozos de cabos metidos debajo de una carronada. Y voy a decirle algo que no deseo que se sepa públicamente: no creo que un hombre merezca ser azotado por un puñado de estopa. En realidad, en la *Surprise* no nos gusta mucho preparar el enjaretado. Una vez que los hombres aprenden a cumplir con su deber y a respetar en buena medida la disciplina, los oficiales que no logran que mantengan ese comportamiento sin golpearles o azotarles constantemente, no conocen su profesión. Detesto la suciedad y la negligencia, pero también detesto tener un barco limpio y reluciente que carezca de espíritu de lucha o esté incluso en peores condiciones. Podrá usted objetar que un barco descuidado no puede luchar tampoco, lo cual es cierto. Así que le ruego que encuentre el punto ideal, señor Strouton. Otra cosa que quisiera decirle, para que nos entendamos bien desde el principio, es que detesto la falta de puntualidad. —La expresión de Stourton era ahora mucho más angustiada. Había subido a bordo con un horrible retraso, aunque no por culpa suya—. No lo digo por usted sino por los cadetes, que llegan tarde a las guardias de media y de mañana y se demoran en desocupar la cubierta. En verdad, en este barco pocos tienen sentido del tiempo. Y precisamente ahora, cuando la marea está más alta, tengo que esperar...

Se oyó el sonido de un bote acercándose y luego, muy levemente, una fuerte discusión acerca del precio del viaje. Jack aguzó el oído y entonces se precipitó a la cubierta con el rostro encendido por la rabia.

Surprise, en alta mar

Amor mío:

Hemos encontrado el monzón, después de navegar con los vientos flojos e inestables que soplaban en las islas Lacadivas, y por fin puedo seguir escribiendo mi carta con la mente despejada. Estamos atravesando el canal Paralelo Ocho con las escotas sueltas y tenemos a Minicoy a cuatro leguas NNO. La tripulación se recupera del esfuerzo que hizo en Bombay para aprovisionar el barco, pues tengo que admitir que la apreté muy duro, y ahora nuestra querida fragata se desliza hacia el sureste con todas las velas desplegadas como un caballo pura sangre por Epsom Downs. No pude hacer en el astillero todo lo que me hubiera

gustado, porque estaba decidido a zarpar el día diecisiete, pero aunque no estamos muy contentos con los brandales, que no son muy fuertes, ni con su jarcia, creo que hicimos caso al refrán: « a la ocasión la pintan calva ». Y ahora, con el viento a dos puntos por la aleta, la fragata puede gobernarse tan fácilmente como un cúter; es una Surprise muy diferente de la embarcación en estado lamentable que trajimos, atada como la barca de San Pablo y con tanta agua que había que bombear día y noche. Recorrimos 172 millas ayer, y navegando a esa velocidad, en dirección sur, la semana próxima ya habremos bordeado Ceilán y habremos puesto rumbo a Kampong. Y será muy raro que en un trayecto de dos mil millas por el océano no logremos acabar con su ligerísima tendencia a cabecear, es mínima. Aun con la jarcia que tiene ahora, confío en que podremos adelantar a cualquier barco de guerra en estos mares. Puede soportar una gran presión de las velas, y con los fondos tan limpios, creo que podremos desplegar las sosobres y tal vez incluso un fofoque.

Es un verdadero placer sentir cómo responde a una suave brisa y cómo permanece erguida con un viento fuerte, y si navegáramos hacia el oeste en vez de hacia el este, mi felicidad sería completa. Si se dirigiera a nuestro país, también tendría desplegadas las sobrejuanetes y las alas, aunque sea domingo por la tarde.

Los tripulantes tuvieron un extraordinario comportamiento en Bombay, y les estoy muy agradecido. ¡Qué gran persona es Tom Pullings! El pobre Pullings trabajó como un esclavo, dirigiendo a los marineros día y noche, y cuando el almirante mandó al señor Stourton como primer oficial, pasando por encima de él (después que se había acabado el trabajo de aprovisionar la fragata) no protestó, no se quejó de que le habían tratado mal. Trabajó duro, sumamente duro, y puesto que el contraмаestre estaba enfermo, tenía una carga aún mayor. No creo que bajara del barco más de una vez; decía en su habitual tono alegre que conocía Bombay, que había estado allí muchas veces y para él era lo mismo que Gosport. Afortunadamente, corrió el rumor de que la escuadra de Linois estaba frente al cabo Comorín, y eso hizo que los hombres trabajaran con ahínco todo el tiempo. No lo contradije, por supuesto, aunque no creo que él haya avanzado tanto hacia el oeste todavía.

¡Dios mío! ¡Trabajamos tan duro bajo el sol abrasador! El señor Bowes, el contador, fue de gran ayuda. ¿No es sorprendente? Es un oficial con las mejores cualidades de un marino, y él y Bonden (hasta que Bonden se quemó con alquitrán) hacían el trabajo del contraмаestre, sustituyéndole admirablemente. También William Babbington es un joven excelente, aunque fue atrapado por una ramera en cuanto puso pie en tierra, y al final hubo que encerrarle. Sin embargo, cuando tuvimos que esforzarnos de verdad, a consecuencia de un maldito contratiempo que te contaré, tuvo un comportamiento ejemplar. Y ese horrible muchacho, Callow, hace progresos. Fue estupendo que los guardiamarinas

podieran ver en poco tiempo todas las operaciones para armar un barco, incluso algunas que rara vez se hacen cuando éste se encuentra realizando una misión; y les tuve conmigo todo el tiempo. Tampoco yo bajé muchas veces, aparte de ir a cenar con el almirante y hacer algunas visitas obligadas.

Ahora, mi querida Sophie, voy a entrar en aguas poco profundas sin llevar mapa y temo que pueda encallar; ya sabes que no se me da bien escribir. Sin embargo, trataré de hacerlo lo mejor que pueda, confiando en que podrás entenderlo bien gracias a tu intuición. Apenas una hora antes de recibir tu último paquete de cartas, con gran asombro me enteré de que Diana estaba en Bombay y también de que tú lo sabías y Stephen lo sabía. Dos ideas vinieron a mi mente enseguida. En primer lugar, pensé que te molestaría que bajara a tierra estando ella allí; en segundo lugar, sentí una gran preocupación por Stephen. Y no creo que traicione su confianza (ya que nunca me ha hablado de este asunto, es decir, no abiertamente) al decirte que ha estado muy enamorado de Diana y me temo que lo está todavía. Es muy reservado y no tengo la intención de invadir su intimidad, pero es la persona que más quiero después de ti, y el cariño profundo puede darnos lo que no nos da el intelecto: le he visto ruborizarse como un adolescente cuando llegamos a la zona de poca profundidad, eso me sorprendió mucho, y otra vez cuando mencioné el nombre de ella, aunque trató de ocultarlo. Desde el principio él sabía que ella estaba en Bombay. Cuando desembarcó, se enteró de que estaba de viaje por el norte del país pero que regresaría el día diecisiete. Tenía el firme propósito de verla; y por supuesto, a él no es posible hacerle cambiar de opinión. Después de darle muchas vueltas a todo eso en la cabeza, llegué al convencimiento de que o bien ella iba a maltratarle o él iba a batirse con Canning, o ambas cosas. Él está mejor, mucho mejor ahora, pero no se encuentra en condiciones de batirse ni de ser maltratado.

Así que decidí hacerme a la mar ese día, lo cual, además, me permitiría volver antes a Inglaterra. Y puesto que hice aprovisionar el barco con rapidez, me congratulaba de que había conseguido mi propósito. Pero debo confesar que tenía mis dudas. Estuvo ausente durante días y días, y me enfadé mucho con él porque no se presentó cuando pasamos revista ni se preocupó de las provisiones que necesitaba ni de la enfermería. No se le podía encontrar ni enviaba ningún mensaje. Y cuando el señor Stanhope subió a bordo y dijo que había estado con él y la señora Villiers en la isla Elefanta, pensé que le arrestaría si podía ponerle las manos encima, pero no pude. Estaba furioso y muy preocupado, y decidí que cuando subiera a bordo le reprendería como su superior y también como amigo.

Estábamos anclados con una sola ancla en el canal y con la bandera de salida izada en el trinquete, ya desde el amanecer, cuando apareció su bote. Y por el calor, la ansiedad, el cansancio de haber estado despierto toda la noche y una estúpida discusión con el secretario del enviado del Rey, que me estaba dando la lata, me encontraba preparado para lanzarle una descarga triple. Pero cuando le

vi se me partió el corazón; no puedes imaginarte cuánta tristeza se reflejaba en su rostro y qué aspecto más lamentable tenía. A pesar de que se ha puesto moreno como un nativo de esta tierra debido al sol, estaba pálido o, mejor dicho, gris.

Me parece que ella le ha tratado horriblemente, pues a pesar de que llevamos ya varios días de viaje, navegando con viento favorable por cálidas aguas, y hemos vuelto a nuestra rutina diaria, que es la mejor manera de dejar atrás las cosas desagradables de la vida en tierra, a pesar de todo eso él no se anima. A veces pienso que me gustaría que se declarara una epidemia benigna en el barco, porque eso le animaría. Pero por ahora sólo Babbington está en la lista de enfermos; el resto de los tripulantes están muy bien, aparte del señor Rattray y un par de hombres con insolación. Nunca le había visto tan deprimido. Ahora me alegro de no haberle reprendido, entre otras cosas porque le habría resultado embarazoso, ya que estamos todos muy juntos, muy apretados, a causa de que el señor Stanhope y su séquito ocupan todo el espacio. No obstante, espero que todo se haya acabado y la distancia y el mar lo borren todo. Está sentado frente a mí ahora, sobre la taquilla de estribor, leyendo un diccionario malayo, y te parecería muy viejo si le vieras. Me gustaría mucho encontrarme con una de las fragatas de monsieur Linois y poder pasar junto a ella a toca penoles, porque ahora nuestros cañones son muy rápidos y seguro que podríamos causarle daños. No hay nada como eso para levantar el ánimo.

Incluso un navío de guerra (con el que no se consigue mucho dinero como botín porque, en general, se le trata sin miramientos al tomar posesión de él) bastaría para que pudiéramos tener una hermosa casa de campo. ¡He pensado tanto en esa casa, Sophie! Pullings entiende todo lo relacionado con la tierra, porque su familia tiene una finca, y hemos hablado sobre cómo plantar y cuidar una huerta; creo que con una atención adecuada, dos personas, no acostumbradas al lujo, pueden alimentarse muy bien con un cuarto de acre de tierra. No me cansaré de comer verduras ni patatas después de tantos años alimentándome de galletas. En este dibujo verás cómo he dispuesto la rotación de las cosechas; en el cuadro A irán los tubérculos el primer año. Dios sabe cuándo verás este plano, pero con suerte nos encontraremos con la flota de la Compañía de Indias que va a China, y si es así, te enviaré esta carta y las otras que ya tengo preparadas en un paquete; y como muchos de los barcos que van de regreso a nuestro país no hacen escala ni en Calcuta ni en Madrás, las tendrás antes de Navidad. Sin embargo, puesto que los movimientos de la flota dependen de los de Linois, si él se encuentra cerca del estrecho, ella no se hará a la mar, y entonces tal vez sea yo mi propio cartero.

Se quedó ensimismado, viendo filas perfectas de coles, coliflores y puerros grandes y hermosos, a los que no atacaban ni las orugas ni los gusanos ni las tipúlas ni la temible cresa de la cebolla; y, al final de la huerta, un arroyo con

truchas por cuyas orillas se extendía un buen pasto, y en el pasto dos vacas, vacas de Jersey. Siguiendo el curso del arroyo vio el Canal, no muy distante, y algunos barcos que estaban allí; y a través de la fina niebla que había sobre sus aguas se dio cuenta de que Stephen le sonreía.

—¿Puedes decirme en qué estabas pensando ahora? —inquirió Stephen—. Seguramente en algo muy agradable.

—Estaba pensando en el matrimonio —respondió Jack—, y la huerta que lo acompaña.

—¿Debe uno tener una huerta cuando se casa? —preguntó Stephen—. No lo sabía.

—Por supuesto —dijo Jack—. Había conseguido un botín y mis coles ya brotaban a montones. No sé cómo voy a poder cortar la primera. —De repente cambió de tema—. Stephen, ¿te gustaría ver un recuerdo de mi juventud? Iba a enseñártelo cuando usamos la machina flotante, pero no apareciste; de todos modos, lo he conservado. Te levantará el ánimo, ya verás.

—Me gustaría mucho ver un recuerdo de tu juventud —contestó Stephen.

Subieron a la abarrotada cubierta, donde, sin embargo, reinaba la tranquilidad, la tranquilidad de los domingos por la tarde. El toldo de la improvisada iglesia todavía estaba desplegado, y bajo su sombra descansaban los oficiales, el séquito del señor Stanhope y la mayoría de los guardiamarinas, o al menos lo intentaban. Y es que al acabarse el servicio religioso habían reaparecido los gallineros de la cabina, la chupeta, la sala de oficiales y el rancho, y también los animales más pequeños, incluida la cabra del señor Stanhope, y ahora todos estaban amontonados bajo aquella sombra porque había muy poco aire (la fragata navegaba con el viento en popa) para atenuar el efecto del sol abrasador. Mientras tanto, el oficial de guardia daba sus rituales paseos de proa a popa con un telescopio bajo el brazo y su ayudante y el guardiamarina de guardia iban y venían por la parte del alcázar que quedaba libre en el otro costado; el timonel estaba al timón, el oficial de derrota gobernaba el barco y dos grumetes, los mensajeros de turno, permanecían en sus puestos mansos como corderos a pesar de que a veces les pisoteaban. Y una mangosta de Bombay revoloteaba entre todos ellos, asustando a las gallinas. Jack se detuvo para felicitar al señor White por su sermón (una contundente refutación del arminianismo) y para preguntarle por el señor Stanhope, quien había podido comer al menos una tostada y un poco de caldo y esperaba acostumbrarse de nuevo a caminar por el barco en uno o dos días.

Seguido por Stephen, avanzó hacia proa entre multitud de marineros vestidos con su ropa de los domingos, muchos de ellos con espléndidos pañuelos indios; unos estaban junto al pasamanos, mirando por encima de la batayola hacia el desierto mar o conversando con los compañeros que estaban en los pescantes, otros daban vueltas disfrutando de su tiempo de ocio. Llegó al castillo, también

repleto de marineros, entre otras razones, porque hacía demasiado calor para quedarse abajo y porque allí se jugaba a un antiguo juego del campo que consistía en meter la cabeza en una collera y hacer muecas, y ganaba el que tuviera el aspecto más horrible. En vez de una collera usaban el aro por el que se pasaban los coyotes, y el probable ganador, a juzgar por las carcajadas, era el joven ayudante del cirujano. Era un joven que, por su mala cabeza para los números, había sido un simple carnicero en las Bahamas, pero tenía la mano firme en la mesa de operaciones y no poca habilidad para la disección. Generalmente se mantenía a distancia de los ignorantes, pero ahora, por efecto del grog del domingo y el ímpetu de su juventud, hacía muecas como un mono, y su cara tenía un color violáceo por la presión. Pero en cuanto sus rojizos ojos se cruzaron con los de Stephen, dejó de hacer muecas y su rostro tomó un aspecto normal, sonrió forzosamente y en su mirada se reflejó una mezcla de tristeza y turbación; sin embargo, no fue lo bastante rápido para quitarse el aro.

Silencioso como un fantasma, sin ser visto, Jack subió lentamente por los obenques del palo trinquete, y al meter la cabeza por la boca de lobo, oyó el sonido de unos dados (el sonido de un juego ilegal y penado) y el grito de horror: « ¡Es el capitán! ». Miró hacia abajo para indicar a Stephen dónde poner las manos y cuando por fin llegó a la cofa, los marineros estaban agrupados junto a las vigotas de babor, en silencio. Ellos sabían que su capitán era extraordinariamente activo, pero subir a la cofa del trinquete, en domingo, pasando por la boca de lobo, superaba la imaginación de cualquier ser humano. Doudle *El Rápido*, el único de ellos capaz de actuar con sensatez a pesar de la tensión, se había metido los dados en la boca y miraba distraídamente hacia el horizonte con una expresión que delataba su acción ilícita. Jack les sonrió desde lejos y les dijo: « ¡Continúen, continúen! ». Entonces se sentó sobre un ala para ayudar a Stephen a subir, a pesar de sus insistentes protestas: « Puedo subir solo perfectamente... He subido muchas veces por las arraigadas..., docenas de veces... Por favor, deja de prodigarme tus innecesarios cuidados ».

Una vez que llegó arriba, también él se sentó sobre el ala y, debido al enorme esfuerzo que había hecho para subir, estuvo jadeando durante unos instantes, mientras el sudor corría por sus mejillas hundidas.

—Así que ésta..., ésta es la cofa del trinquete —dijo—. He subido a la cofa del palo de mesana y a la del mayor, pero nunca había venido aquí. Es muy parecida a las otras, realmente muy parecida. Tiene colocados de la misma forma ingeniosa los mástiles dobles, los tamboretos y esas cosas redondas... ¿Te has dado cuenta, amigo mío, que es casi idéntica a las demás?

—Una extraña coincidencia, ¿verdad? —dijo Jack—. Me parece que hasta ahora nunca había oído a nadie señalarla.

—¿Tu recuerdo está aquí?

—¡Oh, no! No precisamente aquí, sino un poco más arriba. No te importará

subir un poco más, ¿verdad?

—No —contestó Stephen, mirando hacia arriba, donde el mastelero, elevándose en medio de la luz difuminada, era el único objeto recto entre las blancas y onduladas formas rodeadas de cabos entrecruzados—. ¿Quieres decir que está en el siguiente piso, en la siguiente plataforma? Está bien. Pero en ese caso, me quitaré la chaqueta, los calzones y las medias; no hay que arriesgarse a romper así como así unas medias de lana de treinta y nueve peniques el par.

Se sentó, y mientras se quitaba los calzones observaba a los hombres que estaban junto al pasamanos.

—Doudle, ¿te ha sentado bien el ruibarbo que te receté? —preguntó—. ¿Cómo están tus intestinos, mi buen amigo? Déjame ver tu lengua.

—¡Oh, no, en domingo no, doctor! —protestó Jack, pensando que Doudle *El Rápido*, uno de los hombres que se ocupaba de las vergas superiores, era un excelente marinero y no le gustaría verle en el portalón—. Se te ha olvidado que hoy es domingo. Mellish, cuide de la peluca del doctor. Ponga el reloj y el dinero dentro y luego el pañuelo encima. Vamos, agárrate a los obenques, doctor, no a los flechastes, y mira siempre hacia arriba, nunca hacia abajo. No te preocupes, y o te seguiré y te iré colocando los pies.

Arriba, cada vez más arriba. Pasaron junto al serviola que estaba encaramado en el penol, que aparentó estar vigilando con gran atención. Aún más arriba. Jack rodeó el mástil, subió a las crucetas y ayudó a subir a Stephen, que ahora se dejaba llevar dócilmente. Entonces le pasó una cuerda alrededor y le dijo que abriera los ojos.

—¡Oh, esto es magnífico! —exclamó y, con gran nerviosismo, abrazó el mástil.

Se encontraban muy por encima de la superficie del mar. A través de las gavias y las mayores se veía una pequeña parte de la distante cubierta y en ella los hombres parecían muñecos dibujados en perspectiva, muñecos de piernas desproporcionadas que, al caminar, desplazaban exageradamente los pies hacia delante y hacia atrás.

—¡Magnífico! —volvió a exclamar—. ¡Qué gran extensión tiene el mar ahora! ¡Qué luminosidad!

Jack se rió al ver su enorme satisfacción y el brillo de su mirada curiosa, y dijo:

—Mira hacia arriba.

La fragata no tenía ninguna vela de proa desplegada, pues el viento venía por popa. Los estayes del trinquete, muy tensos, descendían en diagonal formando ángulos geométricamente perfectos, y debajo de ellos se veía la curva del pasamanos de proa y, más allá de ésta, el largo bauprés, extendiéndose sobre el infinito océano. A un ritmo rápido y constante, la proa se hundía en las aguas de color azul oscuro, separándolas y lanzando hacia los lados la brillante espuma.

Durante largo rato se quedó allí sentado, mirando hacia abajo. La proa subía y bajaba lentamente (sin balanceo); ellos se desplazaban por el aire cincuenta pies cuando la proa bajaba y luego volvían despacio a la vertical, y después de una pausa volvían a moverse hacia delante.

—El viento es mucho más fuerte aquí arriba, a tan gran altura —dijo por fin.

—Sí, siempre es así —dijo Jack—. Con vientos flojos, por ejemplo, las sobrejuanetes dan el mismo impulso que las mayores, o incluso mayor.

Miró hacia el palo de la sobrejuanete, ahora desnudo, elevándose hacia el cielo despejado. Y mientras una parte de su mente pensaba en lo conveniente que era la cuña del mastelero, la otra parte le dijo que era descortés con Stephen porque le había hecho una pregunta y esperaba su respuesta. Reconstruyó las palabras de Stephen lo mejor que pudo: «¿Has pensado alguna vez que el barco es una representación del presente y el mar inexplorado que se extiende ante él es el futuro..., que el cabeceo nos hace percibir nuestra existencia real?». Y entonces respondió:

—No, la verdad es que no. Pero me gusta mucho la metáfora; es muy hermosa, sobre todo si se piensa que ese mar es tan vasto y brillante como el que vemos ahora. Espero que te haya gustado verlo, Stephen.

—Mucho. Rara vez he estado tan gratamente impresionado, tan complacido. Te agradezco mucho que hayas tenido la amabilidad de traerme hasta aquí. Apuesto a que has venido a este lugar muchas veces.

—¡Oh, sí! Cuando era guardiamarina en este mismo barco, el viejo Fidge me mandaba subir como castigo por cualquier cosa. Era un excelente marino, pero un poco irritable; murió de fiebre amarilla en 1797. He pasado muchas horas aquí y, de todas las cosas que he leído, la mayoría las he leído aquí.

—Un lugar venerable.

—¡Oh, Dios mío! Si tuviera una guinea por cada hora que he pasado aquí, no tendría que preocuparme por los botines ni de descontar facturas del sueldo del próximo trimestre, y me habría casado hace mucho tiempo.

—La cuestión monetaria te preocupa. A mí también, a veces. ¡Qué agradable sería poder regalarle a la amada una sarta de perlas! Es curioso cómo muchos hombres realmente estúpidos pueden conseguir una fortuna sin esfuerzo, sin comerciar ni poseer siquiera mercancías, sólo anotando cifras en un libro. El parsi que conocí, por ejemplo, me dijo que si supiera de buena fuente dónde se encuentra Linoi, él y sus socios ganarían muchos *lakh*^[12] de rupias.

—¿Cómo lo harían?

—Mediante la especulación con diversos productos, sobre todo arroz. Bombay no se autoabastece de alimentos, y si Linoi estuviera frente a Mahé, por ejemplo, los barcos que transportan el arroz no podrían llegar. Como consecuencia de esto, el precio del arroz subiría muchísimo y el parsi vendería las miles de toneladas que posee nominalmente por una suma mucho mayor.

Además, se especula con los fondos públicos, o sus equivalentes indios, algo que no alcanzo a comprender. Incluso una frase falsa astutamente difundida y atribuida a un hombre honesto, serviría para activar el mercado, como dicen ellos.

—¿Ah, sí? Verdaderamente esos tipos son unos cerdos. Voy a enseñarte mi recuerdo. Logré conservarlo al sur de Madagascar y también en Bombay. Tienes que ponerte de pie.

Tranquilo..., sujétate al perno de la cachola. ¡Ahí está! —Señalaba el tamborete, un oscuro bloque de madera, desgastado y marcado por los cabos, que abrazaba los dos mástiles—. Lo sacamos del tronco de un laurel de Guayanas, en una cala situada en territorio español. Puede durar otros veinte años. Y aquí está mi recuerdo.

En el borde de la parte del bloque que descansaba sobre el extremo del mastelero, estaban grabadas, con una profunda incisión, las iniciales J. A., y a ambos lados unas formas toscas que podrían ser manatíes o tal vez sirenas, sirenas ebrias de cerveza.

—¿No te ha levantado el ánimo verlo? —preguntó Jack.

—Bueno, te agradezco mucho que me lo hayas enseñado —respondió Stephen.

—Pero te levanta el ánimo, digas lo que digas, ¿sabes? —dijo Jack—. Te lo levanta cien pies por encima de la cubierta. ¡Ja, ja, ja! Con tiempo, puedo encontrar una frase ingeniosa. ¡Ja, ja, ja!

Cuando Jack estaba tan contento como ahora, riéndose tanto que se le estremecía todo el cuerpo y se le movía la barriga, con aquella inmensa alegría reflejada en su cara enrojecida y aquel intenso brillo en sus ojos entrecerrados, era imposible resistirse, y Stephen, involuntariamente, curvó los labios, y el diafragma se le empezó a contraer y su respiración se hizo entrecortada.

—Amigo mío, te agradezco realmente que me hayas traído aquí, a este lugar maravilloso y a la vez peligroso, a esta cumbre cercana al ápex. Venir aquí ha reanimado mi espíritu y mi carne, y estoy decidido a volver a subir todos los días. Ahora desprecio la cofa del palo de mesana, que antes me parecía el punto más extremo del norte, e incluso aspiro a llegar a esa anilla de ahí arriba. — Señaló con la cabeza el racamento de la sobrejuanete—. Lo que un mono o un obeso capitán de navío pueden hacer, lo puedo hacer yo también.

Esas palabras y la convicción con que fueron pronunciadas borraron la sonrisa de la cara de Jack.

—Cada uno a lo suyo —dijo, muy serio—. Los monos y yo hemos nacido...

En ese momento fue interrumpido por el serviola, que gritó: « ¡Cubierta! » aunque miraba hacia arriba, hacia donde estaba el capitán.

—¡Barco a la vista! —continuó el serviola.

—¿Dónde? —preguntó Jack.

—A dos puntos por la amura de babor, señor.

—¡Señor Pullings! ¡Eh, señor Pullings! ¡Ordene que me traigan mi catalejo a las crucetas del trinquete!

Unos instantes después apareció el señor Callow, que había corrido desde la cabina hasta las crucetas sin hacer pausa. Entonces pudo verse más cerca aquella mancha blanca al sureste; era un barco que navegaba de bolina, lentamente, sólo con las gavias y las mayores desplegadas, y estaba dando una bordada a estribor. Ya se distinguía una parte de su oscuro casco cuando se elevaba con las olas. Se encontraba a unas cuatro leguas de distancia. Ahora la *Surprise* navegaba a siete u ocho nudos, aun sin tener mucho velamen desplegado, por tanto, llevaba ventaja. Había mucho tiempo.

Sin embargo, Jack tenía grabada en su mente la idea: «No hay ni un minuto que perder», y dijo:

—Suba hasta las crucetas del mastelerillo, señor Callow, y no mire la presa sino el mar que se extiende ante ella. Doctor, por favor, no te muevas.

Miró hacia la cubierta y, alzando la voz, ordenó que subiera su timonel. Luego empezó a bajar por los obenques a considerable velocidad y se encontró con Bonden, que subía.

—Baja al doctor con cuidado, Bonden. Tiene que terminar de vestirse en la cofa —le dijo y prosiguió su camino hasta llegar al alcázar.

—¿Qué han visto, capitán? —inquirió Atkins, corriendo a su encuentro—. ¿Es el enemigo? ¿Es Linois?

—Señor Pullings, todos a largar velas. Juanete mayor, alas y sobrejuanete. Y mover la verga del velacho para reducir su superficie.

—Sí, señor. Juanete mayor, alas y sobrejuanete, y mover la verga del velacho para reducir su superficie.

El contramaestre llamó a los marineros con urgencia, y por todo el barco se escuchó el ruido poco habitual de los zapatos de los domingos. Jack oyó la voz chillona del señor Atkins quebrarse de repente, cuando los hombres de la guardia de popa le derribaron. En pocos momentos se terminó la confusión y los hombres se separaron en grupos de proa a popa, situándose cada uno en el puesto que le correspondía. Las órdenes llegaron en medio de un silencio absoluto; las velas fueron cazadas en rápida sucesión, y a medida que se hinchaban con el viento estable, la fragata recibía un impulso mayor y se deslizaba por el mar con más rapidez. El sonido de su jarcia cambió, y también el ritmo de su cabeceo; ambos tenían ahora más fuerza, más viveza. Al oírse por última vez el grito: «¡Amarrar!», Jack miró su reloj. Lo habían hecho bastante bien; todavía no podían compararse con los tripulantes de la *Lively*, pues tardaban un minuto y cuarenta segundos, pero lo habían hecho bastante bien. Jack observó que el primer oficial tenía una expresión de asombro y se rió para sus adentros.

—Sursuroeste medio grado al sur —le dijo al timonel—. Señor Pullings, creo

que puede mandar abajo a los marineros de guardia.

Los marineros de guardia bajaron corriendo al rancho, pero sólo para quitarse sus mejores camisas adornadas con cintas, sus immaculados pantalones blancos y sus zapatos escotados con lazos. Pocos minutos después reaparecieron vistiendo su ropa de trabajo, se agruparon en el castillo, la proa y la cofa del trinquete y dirigieron su atenta mirada hacia la embarcación que se veía en el horizonte.

Para entonces Jack había comenzado su ritual paseo desde el saltillo del alcázar al coronamiento, y cada vez que se daba la vuelta miraba hacia la jarcia y hacia la distante presa (para la depredadora fragata la embarcación era una presa, a pesar de que ésta no huía, ni mucho menos, pues su rumbo parecía aproximarse al de la *Surprise* en vez de alejarse de él) que, en ese momento, era una mancha blanca junto al ala más baja de babor, y si orzaba desaparecería detrás de ésta. Ahora que el impulso de las velas recién desplegadas había llegado al casco, ahora que había cesado el momentáneo quejido de los palos situados más arriba y que los brandales estaban menos tensos, la fragata surcaba las aguas velozmente; tenía las velas del palo de mesana recogidas; en el palo mayor llevaba desplegadas la gavia, la juanete y sus dos alas y la sobrejuanete, y la vela mayor estaba levantada para que el viento llegara hasta la trinquete; en el palo trinquete estaban desplegadas la trinquete y sus alas bajas, pero no el velacho (la gavia mayor habría impedido que le llegara el viento), aunque su verga ya estaba en el tope y sus alas desplegadas. La fragata avanzaba entre las olas con un movimiento suave y a la vez decidido, sin desviarse mínimamente de la dirección que llevaba, y a esa velocidad, su rumbo y el de la presa se cruzarían dentro de una hora aproximadamente. Y si eso ocurría en menos tiempo, Jack tendría que reducir vela. Sin embargo, si la presa viraba en redondo y huía, él podía desplegar aún la cebadera y los foques y, además, tendría en todo momento una ventaja de dos o tres nudos.

Algunos civiles se quedaron allí, y se les pidió que estuvieran callados, mientras otros fueron llevados abajo. Había un profundo silencio; no se oía apenas ninguna voz ni el rumor del viento de popa, sólo el ruido del agua burbujeante que, a un ritmo rápido y constante, se deslizaba por los costados de la fragata hasta llegar a unirse con la turbulenta estela.

Seis campanadas. Braithwaite, el ayudante del oficial de guardia, se acercó al pasamanos con la corredera y preguntó:

—¿Está listo el reloj?

—Sí, señor —dijo el oficial de derrota.

Braithwaite dejó caer la corredera a popa.

—¡Ahora! —dijo, y el cordel comenzó a pasar entre sus dedos mientras el carretel daba vueltas con un agudo chirrido.

—¡Parar! —gritó el oficial de derrota, veintiocho segundos después.

—Once nudos y seis brazas, señor, con su permiso —le informó Braithwaite a Pullings, luchando inútilmente por mantenerse serio como debía a pesar de su alegría. Todos los marineros escuchaban muy atentos, y un murmullo de satisfacción recorrió toda la fragata.

—Muy bien —dijo Pullings, y se acercó al capitán.

—¿Cómo vamos, señor Pullings? —inquirió Jack

—Once nudos y seis brazas, señor, con su permiso —contestó Pullings con una sonrisa.

—¡Oh! —exclamó Jack—. No creía que fuera a tanta velocidad.

Con expresión satisfecha recorrió la cubierta con la vista y luego miró hacia la insignia, que ondeaba en la proa como una llama, una llama de cincuenta pies de largo. La fragata era verdaderamente una embarcación extraordinaria, siempre lo había sido, pero la corredera nunca había marcado once nudos y seis brazas cuando él era joven. Ahora la presa había desaparecido de su vista, y si mantenía su rumbo no volvería a verla hasta que estuviera al alcance de sus cañones, a menos que se fuera a proa. Stephen estaba sentado sobre el cabrestante, comiéndose un mangostán y observando cómo la mangosta jugaba con su pañuelo, lanzándolo hacia arriba, atrapándolo después y atacándolo como si quisiera matarlo.

—Navegamos a once nudos con seis —le dijo Jack.

—¡Oh! —exclamó Stephen—. Lo siento de veras..., lo lamento mucho. ¿No hay ninguna solución?

—Me temo que no —respondió Jack, sacudiendo la cabeza—. ¿Quieres venir a la proa?

Desde el castillo podía comprobarse que la presa estaba más cerca de lo que pensaba, pues ya se veía su casco, y, además, que tenía las mismas velas desplegadas y seguía el mismo rumbo.

—Puede que me equivoque —dijo Stephen cuando Jack enfocaba la presa con su catalejo—, pero creía que este progreso era satisfactorio, teniendo en cuenta que la fragata es débil y vieja, casi decrepita. Observa cómo lanza la espuma hacia los lados, cómo separa el agua cuando cabecea, parece que excavara un profundo canal. Y puede verse por lo menos una yarda del revestimiento de cobre; nunca la había visto inclinarse tanto hacia los lados. A juzgar solamente por el chorro de espuma que arroja (mi chaqueta está empapada) la velocidad me parecía adecuada, a menos que pretendamos avanzar al ritmo frenético de las embarcaciones modernas.

—Nuestra velocidad es satisfactoria —dijo Jack y bajó el telescopio, limpió el objetivo y volvió a enfocar el barco—, pero no lo es esa estúpida, horrible y entrometida carraca.

Sin duda, en el castillo había disminuido la tensión a medida que se veía más claro qué tipo de presa era. Casi con toda seguridad era un barco de la Compañía

de Indias que se dirigía a Bombay, pues ¿qué otro barco mantendría inalterable el rumbo cuando se le acercaba un navío de guerra con buena parte del velamen desplegado? Sus costados pintados a cuadros, sus diez portas y su aire marcial podrían engañar a los extraños, pero los miembros de la Armada supieron enseguida que era un miserable mercante, que no era un enemigo ni una presa.

—Bueno, me alegro de no haber sacado siquiera los cañones de proa — continuó Jack y empezó a caminar hacia la popa—. Habríamos quedado como imbéciles si hubiéramos pasado por su lado con la cubierta desalojada y los cañones como si fueran púas. Señor Pullings, puede recoger la sobrejuanete y las alas de la juanete.

Media hora después los dos barcos estaban detenidos con las gavias en facha y se balanceaban con las olas. El capitán del *Seringapatam* fue hasta la fragata como se acostumbraba en la Armada, en una elegante barcaza con la tripulación uniformada. Subió jadeante por el costado, seguido de un marinero indio que llevaba un paquete, saludó a los oficiales del alcázar y se acercó a Jack cojeando, con una sonrisa y la mano tendida.

—¿No me reconoce, señor? —preguntó—. Soy Teobaldo, de la *Orion*.

—¡Teobaldo! ¡Alabado sea Dios! —exclamó Jack y su recelo se desvaneció—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¡Killick, Killick! ¿Dónde estará ese maldito bribón?

—¿Qué pasa ahora, señor? —preguntó Killick malhumorado, apenas dos pies detrás de él.

—Ponche helado en la cabina de proa, y echa una mano.

—¿Cómo estás, Killick? —inquirió Teobaldo.

—Bastante bien, señor. Cumpliendo mi deber, a pesar de que es duro. Nos sentimos muy apenados al enterarnos de su desgracia, señor.

—Gracias, Killick. No obstante, es un ahorro en cuero, ¿sabes? —Entonces se volvió hacia Jack—. Avistamos la *Surprise* cuando tenía las gavias recogidas. Nunca me imaginé que volviera a ver erguido el viejo palo mayor.

—¿No pensaste que era un navío de Linois?

—¡Oh, no! Él estará ahora en Île de France o en El Cabo, muy lejos de estas aguas.

Fueron a la cabina de proa. Luego, cuando por fin salieron de ella, el rostro de Teobaldo tenía un intenso color rojo y el de Jack no estaba mucho más claro. Hablaban con voz fuerte, como la mayoría de los marinos, y se les podía oír en todo el barco. Teobaldo se agarró a los cabos del costado y bajó por ellos empleando solamente la fuerza de los brazos, y su rostro desapareció como el sol en el ocaso. Jack se quedó mirando cómo su amigo avanzaba por el mar y subía por el costado del *Seringapatam*, y cuando los barcos, después de una despedida cortés, empezaron a alejarse uno de otro, se volvió hacia Stephen y le dijo:

—Me temo que te has sentido decepcionado; no hemos conseguido nada. Ven,

ayúdame a acabar el ponche. Ya queda poco y, además, sólo Dios sabe cuándo volveremos a beber algo bueno de este lado de Java.

Cuando estaban en la cabina, continuó:

—Te ruego que me disculpes por no haberte llamado para que conocieras a Teobaldo, pero no hay nada más aburrido que estar sentado con dos antiguos compañeros de tripulación que se hacen preguntas: «¿Te acuerdas de la batalla del canal de la Mona que duró tres días? ¿Te acuerdas de Wilkins? ¿Qué fue del viejo Blodge?». Teobaldo es un tipo estupendo y un excelente marino, pero como no tiene ningún apoyo no ha podido conseguir un puesto de mando: ha sido primer oficial durante dieciocho años. Se las ingenió para perder una pierna en una explosión, pero eso tampoco le permitió conseguir un barco; entonces se enroló en la Compañía y ahí está, al mando de un barco que transporta té. ¡Pobre hombre! ¡Qué afortunado soy en comparación con él!

—Desde luego. Me da mucha pena ese caballero. No obstante, parece estar muy contento. Pullings me ha dicho que los capitanes de los barcos que hacen el comercio con las Indias se hacen muy ricos, es decir, sacuden el árbol de las pagodas como saben hacerlo los auténticos marinos británicos.

—¿Ricos? ¡Oh, sí! Nadan en oro. Pero él nunca izará su insignia. ¡Pobre hombre, nunca izará su insignia! Pero aparte de hablar de viejos tiempos, me dio malas noticias. La primera es que Linois se ha llevado la escuadra a Île de France para repostar (deben de tener una horrible escasez de provisiones, pues no hay ningún puerto donde puedan conseguirlas en esta parte del océano), así que no podrán regresar a estas aguas antes de que deje de soplar el monzón, si es que vuelven, y entonces ya estaremos a tres mil millas de aquí. La segunda es que la flota de la Compañía que hace el comercio con China ya ha zarpado; Teobaldo tuvo noticias de ella en el estrecho de Sonda. No podremos encontrarnos con ella.

—¿Y eso qué importa?

—Esperaba poder mandar un paquete de cartas a Inglaterra. Y seguro que a ti te hubiera gustado hacer lo mismo. Pero el mar borra la decepción lo mismo que otras cosas. A menudo me he asombrado de que unos cuantos días de navegación basten para hacernos olvidar. En cuanto dejamos de avistar tierra parece que estuviéramos navegando por el río Leteo^[13]. Digo que en cuanto dejamos de avistar tierra parece que estuviéramos navegando por el río Leteo.

—Ya te he oído. Sin embargo, no estoy de acuerdo. ¿Qué es ese objeto que está encima de la taquilla, detrás de ti?

—Es un estuche con pistolas.

—No, no, me refiero a ese paquete mal envuelto del que sobresalen plumas.

—¡Ah, ese! Te lo quería enseñar mucho antes. Teobaldo me lo trajo para que se lo diera a Sophie. Es un ave del Paraíso. Fue muy amable, ¿verdad? Siempre ha sido muy generoso. La cazó hace tiempo en las Molucas. Me dijo con toda franqueza que iba a dársela a su novia para que pusiera las plumas en el

sombrero, pero ella se enfadó con él y le dejó por un picapleitos, el subdirector de la cárcel Poultry Compter, me parece. ¿Qué otra cosa podía esperar un tipo con una pierna de madera? Me aseguró que no le importaba y brindó por su felicidad con este mismo ponche. Dijo que esperaba que el ave me trajera más suerte a mí. ¿No crees que un sombrero con estas plumas sería ostentoso? Tal vez sea más adecuado ponerlas en la pantalla o la repisa de la chimenea.

—¡Brillan como esmeraldas! ¡Qué hermoso collarín! (No sé si debo llamarle así). ¡Qué hermosa cola! Nunca había visto nada tan delicado, tan maravilloso. Es un macho, desde luego.

Se sentó junto a él y empezó a tocar las brillantes plumas de la cola, que ahora no estaban desplegadas. Jack estuvo pensando en la forma de hacer un chiste relacionando el ave con el picapleitos, pero abandonó su intento porque sería una desconsideración con Teobaldo.

Entonces Stephen preguntó:

—¿Has reflexionado alguna vez sobre el sexo?

—Nunca —respondió Jack—. Nunca he pensado en el sexo, en ningún momento.

—Me refiero a la carga del sexo. Esta ave, por ejemplo, tiene una gran carga, está casi abrumada por ella. Apenas podría volar o hacer su acostumbrada ronda diaria con satisfacción, pues se vería entorpecida por una yarda de cola y toda esta superestructura. Todas estas plumas estrafalarias no tienen más que una función: inducir a la hembra a acceder a sus insistentes peticiones. Si las plumas son (es muy probable que lo sean) un índice del ardor de su deseo, el pobre pájaro debe de haberse abrasado.

—Ese es un pensamiento muy profundo.

—Si fuera un capón, su vida habría sido mucho más fácil. Estas espuelas, que son para pelear, habrían desaparecido; se habría convertido en un animal tranquilo, sociable, dócil. Algo similar les pasaría a los tripulantes de la *Surprise* si yo les castrara, Jack engordarían y se volverían pacíficos. Entonces este barco ya no sería un navío de guerra que va de un lado a otro en una desenfrenada carrera; podría dar la vuelta al globo terráqueo sin que oyéramos una sola palabra desagradable. Nadie sentiría decepción por no encontrarse con Linois.

—No importa que haya decepción. El mar la borrará. Te asombrarás de ver que dentro de una semana a esto se le dará muy poca importancia y todo volverá a ser normal.

Eso era cierto. Una vez que la *Surprise* bordeó Ceilán y puso rumbo al mar de Java, todos quedaron atrapados en la rutina diaria: frotar con piedra arenisca, lampacear y tirar agua a la cubierta al rayar el día; guardar los coyotes; el desayuno y sus agradables olores; la invariable sucesión de las guardias; el mediodía y la medición de la altitud del sol, la comida, el grog; carne de vaca asada al estilo inglés para los oficiales, anunciada por el tambor, casi un

banquete; pasar revista, tocar retreta, el rugido de los cañones por la tarde, hacer rizos a las gavias, el cambio de la guardia. Y durante las noches largas y cálidas, iluminadas por la luna y las estrellas, Jack se reunía con dos brillantes guardiamarinas para explicarles la intrincada y maravillosa navegación astronómica. Esa vida, que seguía unas pautas fijas marcadas por el sonido agudo y apremiante de las campanas, parecía haberse convertido en eterna cuando descendían hacia el Ecuador, el cual cruzaron por un punto situado en los noventa y un grados de latitud al este de Greenwich. Las grandes ceremonias, como pasar revista, formar para pasar lista, celebrar misa y leer las Ordenanzas militares, indicaban una ordenada sucesión temporal más que el propio transcurso del tiempo, y antes de que se hubieran repetido dos veces, a la mayoría de los tripulantes el pasado y el futuro les parecían borrosos, casi inexistentes, y esa sensación se hacía más profunda por el hecho de que la *Surprise* se encontraba de nuevo en aguas solitarias, aguas de un intenso color azul que se extendían a lo largo de dos mil millas, donde no había ni una isla que quebrara su perfecto contorno ni olor a tierra firme, por muy fuerte que soplara el viento; la fragata era un universo aparte, moviéndose entre dos puntos constantemente cambiantes. Esa sensación se hacía más profunda también por otro motivo, porque ya los hombres no miraban impacientes hacia el este, oteando el horizonte, pues navegaban sin tener en cuenta ningún enemigo ni ninguna posible presa: los holandeses estaban controlados, los franceses habían desaparecido y los portugueses eran amigos.

Sin embargo, no permanecían ociosos. El señor Stourton cumplía con gran celo sus obligaciones como primer oficial. Sentía un gran horror por cualquier indicio de suciedad o los más mínimos restos de cabos. Se pasaba casi todo el tiempo con la bocina en la mano, y por todo el barco se le oía gritar:

« ¡Lampaceros, lampaceros!» tan a menudo como canta el cuco en mayo y casi con su mismo tono.

Había aceptado las ideas del capitán sobre la disciplina, y con gran alivio. Sin embargo, la fuerza de la costumbre era tan grande que la *Surprise* estaba en condiciones de recibir la visita de un almirante todos los días sin temor a avergonzarse. Stourton era mucho más eficiente que Hervey. Estaba claro que podía ocuparse de que se realizaran todas las tareas rutinarias del barco; en una fragata con una tripulación bien preparada y un capitán que conocía su profesión, cualquier oficial medianamente competente podría haberlo hecho, pero Stourton lo hizo admirablemente. Era cierto que muchas veces, al amanecer, los guardiamarinas deseaban que se fuera al infierno, pero su carácter alegre mejoraba aún más el agradable clima de la sala de oficiales.

La forma de navegar de la fragata preocupaba a Jack. El segundo oficial, Harrowby, no sobresalía por su habilidad como marino ni como navegante, y con las prisas de la partida, no se había preocupado de que el cargamento estuviera

bien colocado en la bodega. Por esa razón, la fragata movía su estrecha proa con la soltura de una potranca y cuando navegaba de bolina no se aproximaba a la dirección del viento tanto como Jack deseaba ni se movía con la suavidad y la rapidez con que podría hacerlo. Con el viento a la cuadra navegaba espléndidamente, nunca lo había hecho mejor, pero con el viento en popa dejaba mucho que desear, pues ofrecía cierta resistencia y avanzaba a un ritmo lento y con dificultad, y eso no podía contrarrestarse cambiando la combinación de velas desplegadas. Pero hasta que no llegaron al Ecuador, donde terminaron de pasar el agua a otro pañol y de cambiar miles de balas de sitio, Jack no se sintió tranquilo, a pesar de que esa era una medida provisional. Para solucionar realmente el problema debía esperar hasta que pudiera bajar a tierra una gran cantidad de provisiones, llegar hasta el fondo de la bodega, donde estaba el lastre, y recolocar el cargamento. No obstante, gracias a ese cambio, ahora era un placer gobernarla.

Tenía mucho que hacer, y también los tripulantes. Sin embargo, muchas tardes éstos bailaban y cantaban en el castillo y Jack y Stephen tocaban música en la pequeña cabina o en el alcázar, o incluso a veces, en la cabina grande, formando un trío con el señor Stanhope, quien tocaba la flauta suavemente, pero con emoción, y tenía muchas partituras.

La salud del enviado del Rey, aunque delicada, había mejorado mucho en Bombay. Y después de pasarse una semana mareado en el barco, se sentía mucho más fuerte y animado. A menudo se sentaba con Stephen y ambos repetían por turnos algunos verbos malayos o bien él ensayaba el discurso que pronunciaría ante el sultán de Kampong. Debía ser un discurso en francés, una lengua que el señor Stanhope no dominaba, y probablemente tampoco el Sultán, pero en Kampong había un residente francés, y el señor Stanhope pensaba que, por respeto a Su Majestad, tenía que hacer una alocución perfecta. Lo repitió una y otra vez, interrumpiéndose siempre en *roi des trente-six parapluies et très illustre seigneur de mille éléphants*, porque debido a su nerviosismo intercambiaba *seigneur* y *éléphants*. El discurso iba a ser traducido frase por frase al malayo por su nuevo secretario oriental, un caballero de Bencoolen, procedente de una familia de origen mixto, que le había recomendado el gobernador de Bombay. El señor Atkins recelaba del recién llegado y le odiaba. Trataba de hacerle la vida imposible, pero, al menos aparentemente, no lo conseguía, porque en el señor Ahmed Smyth seguía predominando el carácter malayo, y sus ojos negros, grandes y oblicuos brillaban de alegría.

El señor Stanhope trataba de poner paz entre ellos; sin embargo, con frecuencia se oía desde fuera de la cabina (casi no había intimidad en un barco de treinta yardas de largo con doscientas personas amontonadas en él) cómo Atkins, con su voz nasal, chillona, se quejaba de que Smyth intentaba usurpar su cargo, y después se oía cómo el enviado, en voz baja, empleando un tono

conciliador, le aseguraba que Smyth era un hombre muy bueno, amable, educado y serio y que no tenía intención de hacerle daño ni sabía siquiera lo que era la usurpación. Ahmed Smyth era popular en la fragata, aunque, por ser musulmán y padecer del hígado, no bebía vino, y cuando se terminó de recolocar el cargamento en la bodega y quedó un espacio libre lo bastante largo para colgar un coy, el señor Stourton ordenó transformarlo en una cabina para el caballero extranjero. Eso molestó tanto a Atkins, que se veía obligado a compartir la suya con el pobre señor Berkeley, con quien no se hablaba, que le rogó a Stephen que hiciera uso de su influencia sobre el capitán para terminar con aquella enorme injusticia, aquel horrible abuso de la autoridad.

—No puedo meterme en las cuestiones internas del barco —dijo Stephen.

—Entonces Su Excelencia tendrá que hablar con el propio Aubrey —dijo Atkins—. Esto es intolerable. Cada día ese negro encuentra una nueva forma de provocarme. Si no se anda con cuidado, seré yo quien le provoque, se lo aseguro.

—¿Quiere decir que va a batirse con él? —inquirió Stephen—. Nadie que le desee a usted el bien le aconsejaría que lo hiciera.

—Gracias, gracias, doctor Maturin —dijo Atkins, cogiéndole una mano. El pobre hombre era extremadamente sensible incluso a la más falsa demostración de afecto—. No obstante, no era eso lo que quería decir. ¡Oh, no! Una persona de abolengo como yo no puede batirse con un empleado negro, de una casta intermedia, que no es ni siquiera cristiano. Después de todo, *un gentilhomme est toujours un gentilhomme*.

—Tranquilícese, señor Atkins —le dijo Stephen, porque Atkins había dicho estas últimas palabras con tal excitación que la sangre había afluido a su nariz y sus orejas—. En estas latitudes, la excesiva excitación puede ocasionar calentura. No me gustan esas manchas que tiene en la cara. Además, come usted demasiado y bebe demasiado, y eso le convierte en una probable víctima.

Sin embargo, fue el señor Stanhope el que tuvo calentura. Una tarde en que Ahmed Smyth estaba comiendo con los oficiales, pudieron oírse en la cabina las quejas de Atkins. A pocos pies por encima de la claraboya abierta, el carpintero dejó el mazo y le dijo en voz baja a su compañero: «Si yo fuera Su Excelencia, pondría a ese cabrón en un chinchorro con una libra de queso y le mandaría que buscara otro lugar donde quedarse. ¡Cómo molesta con sus reproches al pobre caballero! Cualquiera diría que están casados. Me da mucha pena el pobre caballero, tan amable siempre».

Poco después el ayuda de cámara del señor Stanhope les transmitió los saludos de su señor y sus disculpas por no asistir a la partida de *whist*, así como su deseo de hablar con el doctor Maturin cuando éste juzgara oportuno. Cuando Stephen fue a verle, parecía cansado, envejecido y desanimado, y dijo que, aparentemente, su condenado hígado andaba mal otra vez, por lo cual le rogaba que le diera media píldora azul^[14] o lo que él creyera conveniente. El pulso era

débil e irregular y la temperatura alta. Tenía la piel seca, una expresión ansiosa y los ojos brillantes. Stephen le recetó quina, una poción hecha de limo, su favorita, y un placebo de color azul.

Todo eso tuvo cierto efecto, y por la mañana el señor Stanhope ya se sentía mejor. Sin embargo, no recuperó las fuerzas ni el apetito. A Stephen no le gustaban los síntomas del paciente, cuya temperatura subía y bajaba provocando que pasara de una gran excitación a una profunda languidez y viceversa, un cambio que él no había visto nunca. Al señor Stanhope le resultaba difícil soportar el calor, cada vez mayor porque la fragata se acercaba al Ecuador, y todos los días el viento se encalmaba desde las diez a las dos. Colocaron una manguera de ventilación para hacer llegar el aire a la cabina, donde él permanecía tumbado, cada vez más delgado y amarillo, sintiendo náuseas constantemente, pero siempre con una actitud amable, agradeciendo las atenciones y disculpándose.

Stephen y McAlister tenían bastantes libros sobre medicina tropical, y después de leerlos con afán admitieron —en latín— que estaban perdidos.

—Al menos una cosa podemos hacer —dijo Stephen—. Podemos eliminar una fuente externa de irritación.

Al señor Atkins, por orden del doctor, se le prohibió entrar en la cabina. Stephen pasaba la mayoría de las noches allí, generalmente acompañado por el ayuda de cámara o el señor White. Lo hacía porque sentía afecto por el enviado del Rey y le deseaba lo mejor, pero, sobre todo, por cumplir con su deber profesional. Aquel era un caso en que la meticulosa observación hipocrática reemplazaba las medicinas, pues el paciente estaba muy débil y la enfermedad era demasiado poco conocida para aplicar un tratamiento eficaz, así que Stephen permaneció sentado junto al lecho del señor Stanhope una guardia tras otra, mientras la fragata navegaba despacio por aguas fosforescentes. Pensó que era de eso de lo que debía ocuparse, no de perseguir con pasión autodestructora a una mujer que estaba fuera de su alcance. La medicina, en su opinión, era algo impersonal, aunque podía influir en ella el factor humano; sin duda, le habría prodigado a Atkins los mismos cuidados. ¿Cuál era su motivación, aparte del deseo de saber y el afán por clasificar, medir, denominar y anotar?

Su pensamiento se desvió por intrincados senderos. Y cuando, medio dormido, advirtió que le invadía una sensación de placer y tenía una sonrisa en su rostro, sacudió la cabeza, haciendo más claras sus vagas ideas. Entonces comprendió que, en el intervalo entre las dos y las tres campanadas, que acababan de sonar, había estado pensando en Diana Villiers o, mejor dicho, en su risa, tan alegre y retozona, tan musical, y en los rizos que su pelo formaba en la nuca.

—¿Leyó *Heautontimoroumenos*^[15] en la escuela? —murmuró el señor Stanhope.

—Sí —contestó Stephen.

—En la mar todo es diferente. Soñaba con el doctor Bulkeley, que estaba en la escuela, y veía su horrible cara negra; luego tuve la sensación de que le había visto realmente aquí, en la cabina. ¡Cómo me asustaba cuando era niño! Pero estamos en la mar; aquí todo es diferente. Es casi de día, ¿verdad? Me pareció oír tres campanadas.

—Falta muy poco. Por favor, levante la cabeza para darle la vuelta a la almohada.

Se cambiaron las sábanas. Le lavó con una esponja, le dio una cucharada de sopa y le quitó las costras de los labios, que parecían negros a la luz de las velas. Cuando sonaron cuatro campanadas, el señor Stanhope empezó a hablar sin ton ni son del protocolo de la corte del sultán: el señor Smyth le había dicho que los gobernantes malayos estaban muy interesados en obtener privilegios y él creía que un representante de Su Majestad no debía acceder a ninguna petición impropia y esperaba hacer las cosas bien...

Le lavó de nuevo. Le cambió de posición, y el señor Stanhope se sintió avergonzado como una joven porque se veían sus partes pudendas. Stephen notaba cambios en su estado día a día. Y después de dos semanas de constantes cuidados, con los ojos hundidos y rodeados por negras ojeras debido al cansancio, fue a la enfermería y le dijo al señor McAlister:

—Buenos días. Creo que podemos cantar victoria, al menos por lo que se refiere a la anorexia. A las cuatro el paciente tuvo una crisis con bastante exudación y poco después de las seis se tomó nada menos que once onzas de sopa. ¡La sopa merece ser alabada! ¡Que nunca falte la sopa! Su pulso continúa siendo débil y el hígado aún es palpable, pero creo que podemos confiar en que ganará peso y recuperará las fuerzas.

Durante el día colgaban su coy en el lado de barlovento del alcázar, y los tripulantes estaban contentos de tenerle de nuevo entre ellos. Aunque el señor Stanhope, su séquito, su equipaje, sus regalos y sus animales habían sido una molestia para ellos a lo largo de quince mil millas, pensaban que «la Excelencia», como ellos le decían, era un caballero muy cortés, siempre muy amable —a diferencia de otros cabrones soberbios— y se habían acostumbrado a su presencia. Y puesto que les gustaba conservar todo aquello a lo que estaban acostumbrados, se alegraban de ver que mejoraba a medida que la fragata se deslizaba hacia el sureste, a través de vientos más fuertes y más fríos.

Vientos mucho más fríos, y también más inestables, que a veces cambiaban completamente de dirección. Y no era raro que algunos días la *Surprise* llevara los mastelerillos sobre la cubierta, tuviera las mayores aferradas y navegara sólo con las gavias arrizadas.

Un día de esos, un domingo, cuando Jack estaba comiendo con los oficiales, como era costumbre, y la conversación giraba en torno a los animales salvajes que encontrarían en Java (a cuyo extremo occidental, en la entrada del estrecho

de Sonda, pensaban avistar el lunes), el ayuda de cámara del señor Stanhope entró corriendo en la sala horrorizado, con los ojos fuera de las órbitas. Stephen dejó la comida, y pocos minutos después mandó llamar a McAlister. Los rumores ya circulaban por la fragata: el enviado del Rey había tenido un ataque de apoplejía..., se había atragantado con el vino, y la sangre, muy espesa y negruzca, le salía a borbotones por la boca..., el cirujano iba a operarle enseguida y ya se estaban afilando los instrumentos..., estaba muerto.

Cuando Stephen regresó al banquete encontró silencio, aprensión y desaliento. No obstante, se sentó a comer sin dejar traslucir ninguna emoción y le dijo a Jack

—Hemos tomado algunas medidas y está bastante aliviado, pero su estado es muy grave y es vital que baje a tierra firme, al lugar que nos quede más próximo. Y hasta que hayamos llegado, el movimiento de la fragata debe ser el mínimo posible. Otras veinticuatro horas con este balanceo pueden tener consecuencias fatales. ¿Me pasas el vino, por favor?

—Señor Harrowy, señor Pullings, vengan conmigo —dijo Jack, arrojando la servilleta—. Señor Stourton, le ruego que nos disculpe.

Pocos momentos después, todos los oficiales se habían ido. Sólo quedaban Etherage y el contador, quienes le alcanzaron a Stephen el queso, el pudín y el vino y, turbados y silenciosos, le observaron mientras terminaba la copiosa comida.

* * *

Jack miraba las cartas marinas, y a su lado estaban Pullings y el segundo oficial. Habían cambiado el rumbo para que el viento llegara por la aleta, y la fragata se desplazaba ahora suavemente con muy poco velamen desplegado aparte del velacho. Según las últimas mediciones, su posición exacta era: 5° 13' S, 103° 37' E, con el cabo Java situado a 70 leguas al oestesuroeste.

—Podríamos llegar a Bencoleen si seguimos en esta dirección, pero no en veinticuatro horas. O tal vez podríamos ir a Telanjang... No, no con esta marejada. ¿Es necesario llevarlo a algún lugar civilizado, a un hospital, o cualquier lugar es adecuado? Es importante saberlo.

—Iré a averiguarlo, señor —dijo Pullings.

Y a su regreso le informó:

—Ha dicho que cualquier lugar.

—Gracias, Pullings. Puesto que conoce usted estas aguas y seguramente ha atravesado estos estrechos una docena de veces, ¿tiene alguna sugerencia?

—Pulo Batak, señor —respondió Pullings, señalando la costa con el compás

de punta fija—. La parte interior de Pulo Batak. En un viaje que hice en el *Lord Clive*, fuimos a repostar agua allí dos veces, a la ida y a la vuelta. Sus aguas son navegables hasta muy cerca de la costa, apenas a un cable^[16] de distancia hay cuarenta brazas de profundidad, y el fondo es liso. En un extremo de la bahía hay un manantial y el agua se puede llevar fácilmente a los botes. No es un lugar civilizado, sólo lo habitan unos hombrecillos negros que van desnudos y tocan tambores en la selva. Es muy tranquilo, y la isla lo protege de todo menos del viento del noroeste.

—Muy bien —dijo Jack, inclinado sobre la carta marina—. Muy bien. Señor Harrowy, ponga rumbo a Pulo Batak, por favor.

Subió a la cubierta para determinar el velamen que podría llevar la fragata sin perder la estabilidad. A medianoche todavía estaba allí, y también al amanecer. A medida que el viento amainaba, las velas iban abriéndose una a una como flores, hasta que formaron una pirámide blanca. Era necesario aprovechar hasta el más mínimo impulso para llegar a Pulo Batak en veinticuatro horas.

Por la altitud que el sol tenía a mediodía supieron que habían avanzado bastante en las últimas horas, y poco después de la comida, que no fue anunciada con silbatos ni tambores, avistaron tierra. Pullings estaba seguro de ello, pues desde las crucetas del mastelerillo de proa distinguía al noreste un cabo redondeado con dos elevaciones. La fragata se movía con suavidad por las tranquilas aguas, y gracias a las sosobres alcanzaba cuatro nudos de velocidad.

Avanzaba como si la tierra ejerciera una extraña atracción sobre ella. Por el este pudieron verse unas oscuras montañas que parecían barrotes en el cielo, y a medida que la fragata se acercaba a tierra tenían un color verde más intenso. La isla que protegía la pequeña bahía podía verse ahora claramente desde la cubierta, y en su costa oeste la mar estaba rizada. Todo parecía indicar que la *Surprise* podría echar el ancla en el tiempo previsto. Todavía faltaba una hora. La mejor ancla estaba ya lista en la serviola, y todos los preparativos hechos, cuando, inoportunamente, empezó a soplar el terral, en fuertes ráfagas, trayendo el penetrante y nauseabundo olor de la vegetación. Las velas se pusieron flácidas, gualdrapearon, y la velocidad empezó a disminuir. Jack mandó que largaran el cabo para comprobar la profundidad. A proa se oyó el chasquido del cabo cuando cayó al mar y luego llegó hasta popa la frase familiar: « ¡Atención, atención, soltar, soltar más! », en un inusual tono grave. Y por fin Jack recibió la respuesta que esperaba: « El fondo está a más de doscientas brazas, señor ».

* * *

—Baje todos los botes, señor Stourton —ordenó—. Tenemos que remolcarla.

Espero que lleguemos a un fondeadero antes de que cambie la marea y tengamos una fuerte corriente en contra. Señor Rattray, amarre otra cadena al ancla, por favor, y traiga la nueva guindaleza de ocho pulgadas.

La fragata avanzaba gobernada por Pullings desde el penol de la trinquete, y cuando la marea empezó a bajar, con un rápido movimiento en dirección contraria, y los botes ya no podían conseguir que ganara velocidad, echaron el ancla, a pesar de estar en un lugar muy profundo, de más de noventa brazas. Jack no había anclado nunca en aguas de tanta profundidad, y su ansiedad era tan grande que le preguntó dos veces a Thomas Pullings si estaba seguro de lo que hacía:

—Señor Pullings, ¿seguro que podemos anclar aquí?

Ambos estaban en la cubierta, justo por encima del escobén, y detrás de ellos había un grupo de experimentados marineros del castillo con semblante grave.

—Sí, señor —respondió Pullings—. Estuvimos aquí tres días con el *Clive*, reconozco el lugar. El fondo está tan liso como el del cabo Gurnard. Pueden soltar toda la cadena, asumo la responsabilidad.

—¡Eh, ahí abajo! —gritó Jack inclinándose sobre la escotilla—. ¡Pongan estopores dobles, aten dos cabos gancho y suelten la cadena hasta el final!

La *Surprise* retrocedía; la cadena se ponía tensa, subía a la superficie formando una pronunciada curva y arrastraba el ancla sobre el fondo del mar. Una uña del ancla se hundió en el fondo, luego se arrastró un poco más y por fin se quedó firmemente clavada. La cadena subió más a la superficie y se fue poniendo cada vez más tensa, hasta que, agitando el agua, quedó extendida al máximo, y entonces hizo virar despacio a la fragata.

Pullings, sintiendo el peso de la responsabilidad, no dejó de mirar hacia la cadena y la costa mientras duró la marea. Tomó como referencia tres árboles situados en línea para comprobar que la fragata no se movía, que no era empujada hacia alta mar, hacia la fuerte corriente que cruzaba al noroeste de la costa, lo que hubiera provocado que tardaran días en volver a la bahía. La marea bajaba rápido, cada vez más rápido, formando burbujas alrededor de la roda.

—Nunca he visto que un ancla se mantuviera firme con la cadena casi vertical ni en aguas de cien brazas de profundidad —dijo un marinero viejo—. Es lógico, por la compresión del volumen.

—Cállate, Wilks —dijo Pullings, volviéndose bruscamente hacia él—. ¡Tú y tus condenados volúmenes!

—Sólo era un comentario —dijo Wilks muy tranquilo.

¡Qué rápido bajaba la marea! Sin embargo, ahora parecía que el movimiento del mar era más lento, sí, no había duda de que era más lento. Babbington se reunió con él en el castillo.

—¿Qué pasa? —inquirió Pullings.

—Todavía quedan cinco minutos de marea menguante, pero el mar se mueve

cada vez más lentamente —dijo Babbington, mientras miraba junto con Pullings hacia la cadena, y éste sintió gratitud hacia él.

Después de unos instantes continuó:

—Tenemos que poner una boya en la cadena y luego recogerla en cuanto podamos remolcar la fragata de nuevo. Están haciendo una especie de camilla para bajarle a tierra.

La marea menguante cesó por fin. La barcaza se alejó con el cabo para el remolque y puso la boya en la cadena. Entonces Pullings se fue a popa, sintiéndose rejuvenecido.

—¿Están preparados ahí abajo, señor Stourton? —preguntó Jack.

—Todos preparados, señor. —Su voz parecía apagada.

—¡Recojan la cadena! Señor Pullings, vaya guiándonos en el chinchorro. ¡Todos los botes a remar y avanzar con rapidez! ¿Me han oído?

Avanzaron con rapidez, halaron con energía, y la fragata comenzó a moverse suavemente. Pero a pesar de todo, ya era de noche cuando dejaba atrás la isla y se acercaba a la resguardada bahía flanqueada por la jungla. Por el extremo más alejado se extendía un acantilado cubierto de vegetación en algunas zonas, y en él había una cala en forma de media luna de cuyas oscuras rocas caía una impresionante cascada, que era casi lo único que se oía en medio del aire casi irrespirable. Aquel lugar, que de lejos se veía tan verde y parecía tan agradable, tomaba una apariencia muy diferente mientras más se aproximaban a él, y a doscientas yardas de la orilla la fragata y los botes fueron invadidos por un enjambre de moscas que se posaron sobre los aparejos, las velas, la cubierta y la tripulación.

Treinta horas, no veinticuatro, habían pasado cuando por fin bajaron la camilla del señor Stanhope de la barcaza y la colocaron con cuidado en la arena.

La cala le pareció a Jack aún más pequeña cuando la recorrió. La jungla intentaba penetrar en ella por todas partes, haciendo sobresalir por encima de la arena su espeso follaje. El aire inmóvil, en aquel lugar perdido no soplaba el viento, estaba lleno del repugnante olor de la vegetación y el zumbido de los mosquitos. Mientras se acercaban allí, Jack había oído el sonido de un tambor en el bosque, y ahora que sus oídos se habían acostumbrado al ruido de la cascada, podía distinguirlo de nuevo, por el norte, aunque no podía calcular a qué distancia estaba.

Un grupo de murciélagos (con una envergadura de cinco pies) cruzaron la cala volando bajo y fueron a posarse en un árbol cubierto por una enredadera. Jack, que seguía con la vista su siniestro vuelo, creyó ver una oscura forma humana entre la verde fronda que rodeaba el árbol y se dirigió a ella con determinación, pero la jungla era impenetrable, los únicos senderos no eran otra cosa que túneles de dos o tres pies de altura. Entonces se volvió y se quedó mirando la playa y el mar. Habían montado dos tiendas y ya las llamas de la

hoguera brillaban en la oscuridad. Habían encendido también un gran farol y Etherge había empezado a apostar a los infantes de marina. Del otro lado de las tiendas estaba la fragata, apenas a un cable de distancia y, sin embargo, en aguas de veinte brazas de profundidad; la habían amarrado por proa y por popa a los árboles de un saliente de la costa y habían echado el ancla por el costado más próximo a alta mar. Parecía enorme en aquel reducido espacio. Tenía las portas abiertas, y a través de ellas se veían luces moviéndose por la cubierta principal. Más allá de la fragata estaba la isla, ocultando el mar. Estaba segura allí, aunque comenzara a soplar el viento, y con sus cañones impediría el acercamiento de cualquier embarcación. En ese momento Jack tuvo la impresión de que estaban observándole y se dirigió hacia las tiendas.

—Señor Smyth, ¿había estado aquí alguna vez? —le preguntó al secretario oriental.

—No, señor —contestó Smyth—. Los malayos no frecuentamos esta parte del país. ¡Oh, no! Pertenece a los Orang Bakut, una tribu de hombrecillos negros que van desnudos. ¡Escuche! Esos son sus tambores. Se comunican con tambores.

—Sí, eso parece... ¿Está el doctor con el paciente?

—No, señor. Está en la otra tienda preparando sus instrumentos.

—¿Puedo pasar, Stephen? —inquirió, asomándose a la tienda—. ¿Cómo van las cosas?

Stephen comprobó el filo de su bisturí afeitándose el antebrazo y le respondió:

—Operaremos en cuanto haya bastante luz, si se repone un poco durante la noche. Le he explicado las alternativas: por un lado, una operación como ésta es un riesgo para un organismo debilitado por la enfermedad, por otro lado, retrasarla tendría inevitablemente consecuencias fatales. Ha decidido someterse a la operación porque lo considera su deber. El señor White está con él ahora. Espero que su determinación no le abandone.

No fue la determinación del señor Stanhope la que le abandonó sino su espíritu vital. Durante la noche los ruidos de la jungla le impidieron dormirse, el sonido de los tambores a ambos lados de la bahía le produjeron un gran desasosiego y el calor era demasiado fuerte para que pudiera soportarlo. Alrededor de las tres de la madrugada murió, hablando tranquilamente de las ceremonias en la corte del sultán y la importancia de no ceder a ninguna petición impropia, mientras los tambores parecían servir de fondo a su recepción oficial. No tenía conciencia de que se estaba muriendo. Stephen y el pastor permanecieron sentados junto a él durante el resto de la noche, escuchando los ruidos que había fuera de la tienda: el croar y el cloquear de innumerables animales, infinidad de gritos, aullidos y gruñidos no identificados destacándose entre otros ruidos de fondo, el rugido de un tigre, repitiéndose a menudo desde diferentes lugares, y el constante retumbar de los tambores, unas veces cerca y

otras lejos. Le enterraron por la mañana en un extremo de la bahía. Los infantes de marina dispararon varias salvas junto a su tumba y la fragata le despidió con un ruido atronador, provocando que se formaran nubes de pájaros y murciélagos alrededor de la reverberante cala. Al funeral asistieron todos los oficiales de completo uniforme y con los sables del revés, y también la mayoría de la tripulación.

* * *

Jack aprovechó que la fragata estaba anclada en un lugar resguardado para arreglar los aparejos, y mientras esto se llevaba a cabo, el carpintero hizo una cruz de madera. La pintaron de blanco, y aún no se había secado la pintura cuando la fragata salía a alta mar, con las cadenas ya recogidas y guardadas en el pañol e impregnadas de un olor fétido.

Jack miró por la ventana de popa hacia la lejana tierra, ahora de color púrpura y azotada por una tempestad.

—Hemos terminado una absurda misión —dijo.

Y Stephen, en respuesta, recitó:

En todos los tiempos
el cazador ha perseguido una presa
las guerras no han servido de nada
los amantes han sido infieles.

—Por lo menos —dijo Jack después de una larga pausa—, por lo menos podemos regresar a nuestro país. ¡Regresar por fin! Me parece que tendré que hacer escala en Calcuta (Calcuta te gustará), pero será muy breve, y nos dirigiremos a Inglaterra a la mayor velocidad que la fragata pueda alcanzar. Se quedó pensativo un rato y luego añadió:

—Creo que si empezamos a navegar a toda vela desde ahora podremos alcanzar la flota que hace el comercio con China y enviar nuestras cartas. Los barcos de la flota son viejos y lentos como carracas, aunque pretendan que son como navíos de guerra, y navegan toda la noche con las gavias rizadas. No deberías haber dicho eso sobre los amantes, Stephen.

Capítulo 9

Fue en los noventa grados de latitud este donde la alcanzaron. Al final de la guardia de media vieron una hilera de luces, y cuando salió el sol la mayoría de los tripulantes de la *Surprise* estaban en la cubierta contemplando la nube de velas que flotaba en el horizonte: treinta y nueve navíos de diferentes tipos y un bergantín, divididos en dos grupos.

Se habían separado un poco durante la noche y ahora estaban reagrupándose, obedeciendo las señales del comodoro, y los rezagados navegaban con todas las velas desplegadas para aprovechar el moderado viento del noreste. La división de sotavento —si a un grupo tan desordenado, esparcido a lo largo de tres millas, se le pudiera llamar división— estaba integrada por mercantes de aquella zona que se dirigían a Calcuta, Madrás o Bombay, y algunos de otros lugares que se habían unido a ellos para protegerse contra los piratas y beneficiarse de su superioridad en materia de navegación. Sin embargo, el grupo de barlovento, compuesto por dieciséis de los mercantes más grandes de la Compañía de Indias, que viajaban directamente de Cantón a Londres, estaba colocado en un orden perfecto que no habría desacreditado a la Armada.

—¿Está usted totalmente convencido de que no son navíos de guerra? —preguntó el señor White—. Parece que lo son por esas filas de cañones que tienen; a cualquier hombre de tierra adentro le parecería que lo son.

—Se parecen mucho, ¿verdad? —dijo Stephen—. Su propósito es precisamente parecerse a ellos. No obstante, si los observa usted más atentamente, verá que hay toneles de agua colocados, almacenados, entre los cañones, y un montón de fardos en la cubierta, algo que nunca se permitiría en la Armada. Y las diversas banderas y banderines que ondean en los palos son muy diferentes; no sé cuál es exactamente la diferencia, pero un marino se da cuenta enseguida de que no son de la Armada real. Además, seguro que ha oído al capitán dar orden de acercarnos, y me extrañaría mucho que lo hubiera dicho si creyera que es una flota enemiga de gran magnitud.

—Gritó: « ¡Orzar! » y luego una blasfemia —dijo el pastor, entrecerrando los ojos.

—Es lo mismo —le aseguró Stephen—. Los marinos hablan usando tropos.

Desde su puesto, en las crucetas del palo mayor, Pullings llamó a William

Church, un jovencísimo guardiamarina que hacía su primer viaje, durante el cual parecía haberse encogido en vez de haber crecido.

—Bien, jovencito —dijo Pullings—, sé que siempre está diciendo que no ha visto las riquezas de Oriente ni en Bombay ni en ninguna zona próxima, que sólo ha visto barro y moscas y el mar desierto, por eso quiero que mire con el catalejo el barco que tiene el gallardete. Es el *Lushington*; hice dos viajes en él. El que está detrás es el *Warley*, de excelentes características para la navegación, casi navega solo, y muy rápido para ser un mercante de la Compañía de Indias; por sus hermosas formas, cualquiera que no hubiera estado a bordo lo tomaría por una potente fragata. Observe que tienen trinquetillas, como nosotros; son los únicos mercantes que llevan una trinquetilla. Algunos consideran eso una impertinencia. Y ese otro con la gavia recogida, donde están desplegando velas despacio. ¡Dios mío, qué desastre! Han olvidado pasar la escota de la vela de estay. ¿Ve al contraestre corriendo por cubierta enfurecido? Puedo oírle incluso. Siempre ocurre lo mismo con los marineros indios: son bastante buenos, pero a veces olvidan el abecé de la navegación. Además, no se puede conseguir que hagan rápido su trabajo, aunque siempre sea el mismo. Próximo a su aleta, con el contrafoque remendado, está el *Hope*, o quizás sea el *Ocean*, los dos se parecen mucho, salieron del mismo astillero y tienen el mismo calado. A todos los barcos de este grupo de barlovento les llamamos «mercantes de mil doscientas toneladas», aunque algunos tienen un arqueado de mil trescientas e incluso mil quinientas toneladas, según nuestro método de arqueado. Por ejemplo, el *Wexford*, ese que tiene en el castillo un reluciente cañón de bronce de ocho libras, tiene más, pero lo llamamos «mercante de mil doscientas toneladas».

—Señor, ¿no sería más sencillo llamarle «mercante de mil quinientas toneladas»?

—Tal vez sería más sencillo, pero no sería posible. No se pueden cambiar las viejas costumbres. ¡Oh, no, Dios mío! Si el capitán le oyera expresarse con esa liberalidad jacobina y esa falta de respeto, seguro que le abandonaría en el mar en un tablón de tres pulgadas con las dos orejas clavadas en él para que aprendiera a tener vergüenza, lo mismo que hizo con tres cadetes en el Mediterráneo. No, no, no se deben cambiar las viejas costumbres; los franceses lo hicieron y mire en qué lío se han metido. Pero le he mandado subir aquí para que viera las riquezas de Oriente. Observe los barcos que están entre el del comodoro y el que va al frente de la flota, el *Ganges*, si no me equivoco, y los que están detrás, hasta llegar a aquel rezagado, que se encuentra muy abatido a sotavento y ahora está desplegando las sobrejuanetes. Mírelos bien, porque probablemente no volverá a ver nada igual: ahí tiene usted seis millones de guineas, sin contar el dinero de los negocios privados de los oficiales. ¡Seis millones de guineas! ¡Dios mío, qué botín!

Los oficiales que llevaban este enorme tesoro por el océano, navegando sin

prisas, como se acostumbraba en las Indias Orientales, eran recompensados generosamente por ello. Eso les complacía, entre otras cosas, porque les permitía ser unos magníficos anfitriones; en realidad, eran los mejores anfitriones de toda la flota. Tan pronto como el capitán Muffit, el comodoro, distinguió a la luz del amanecer el altísimo palo mayor de la fragata, mandó buscar a su despensero, a su mejor cocinero chino y a su mejor cocinero indio, y en el *Lushington* aparecieron señales: una dirigida a la *Surprise*, con el mensaje: *Rogamos honor de la compañía de capitán y oficiales para cenar*, y otra dirigida al convoy con el mensaje: *A todos los barcos: rogamos jóvenes y hermosas pasajeras acudan cena con oficiales de fragata. Repetimos jóvenes. Repetimos hermosas.*

La *Surprise* se detuvo a un cable de distancia del *Lushington*. Los botes iban y venían entre los barcos de la flota llevando a bordo jóvenes con trajes de seda y ansiosos oficiales vestidos de azul y dorado. El espléndido camarote del comodoro estaba lleno de gente, lleno de alegres voces. Se oían noticias de Europa, de la India y del Lejano Oriente; noticias de la guerra y de amistades comunes; chismorreos, conversaciones triviales pero alegres e incluso acertijos. Se hicieron brindis por la Armada real, por la honorable Compañía británica de las Indias Orientales, por el aumento del comercio... Y los oficiales de la fragata se llenaron de excelente comida y de un vino estupendo. La joven que estaba sentada junto al señor Church, una encantadora criatura de cabellos dorados, le trató con la atención y el respeto debidos a su uniforme, animándole a que comiera un poco más de pato lacado, un trocito más de cerdo, más rodajas de piña, más panecillos de Cantón, e intercambió su tercer plato de pudín con él, diciéndole que nadie lo notaría. Pero a pesar de su buena voluntad, al final trató de evitar que siguiera cogiendo cosas. Un vano intento, pues Church ya tenía bien agarrada una tarta con la forma de la pagoda de Kwan-Yin. Todavía le faltaban por comer ocho pisos, pero seguía el lema de su querido capitán: «No hay ni un minuto que perder» y por eso no perdía ninguno hablando sino que comía sin parar. Ella miró ansiosa a su alrededor y fijó la mirada en el cirujano de la fragata, que estaba sentado enfrente, pero no consiguió ayuda. Cuando las damas se retiraron —seguidas inmediatamente por Babbington, que dijo haber olvidado su pañuelo en el bote— ella se detuvo junto al primer oficial del *Lushington* y le dijo:

—Por favor, señor, evite que ese niño del uniforme azul se haga daño.

Con expresión preocupada le observó bajar por el costado. Pero no pudo ver, ni siquiera imaginar, cómo corrió desde la cubierta de la fragata hasta la camareta de guardiamarinas, donde los que habían tenido que quedarse a bordo disfrutaban de la estupenda comida que les habían enviado del mercante.

Jack, por el contrario, no habría podido cenar por segunda vez cuando volvió a la *Surprise*, no habría podido ingerir nada sólido. Se quitó la chaqueta, la corbata,

el chaleco y los calzones y mandó que le trajeran los pantalones de nanquín y café.

—¿Compartirás conmigo otra cafetera, Stephen? —preguntó—. ¡Dios mío! ¡Qué maravilloso es tener espacio para moverse! —El séquito del enviado del Rey (menos el señor White, que era demasiado pobre para pagarse el pasaje) se había embarcado en un mercante, y la cabina grande era suya de nuevo—. ¡Y qué contento estoy de haberme deshecho de Atkins, ese tipo tan malvado y despreciable!

—Era un latoso, pero no un malvado. Además era débil y estúpido.

—Cuando dices que era débil, ya has dicho todo lo demás. Tienes una gran tendencia a disculpar a los tipos despreciables, Stephen. Protegiste a Scriven, aquel hombre perverso que había salido de la cárcel, le alimentaste en tu casa, le prestaste apoyo, ¿y quién pagó por eso? Jack Aubrey pagó por eso. Aquí está el café. Después de una cena como esa lo que el cuerpo le pide a uno es café. Una cena excelente, sin duda. El pato era de lo mejor que he comido en mi vida.

—Me sentí preocupado al ver que te servías por cuarta vez, pues el pato es malo para el hígado. En cualquier caso, la espesa salsa con que estaba bañado no es conveniente para una persona tan corpulenta como tú. La apoplejía se esconde en esa clase de platos. Te hice señas, pero no me prestaste atención.

—¿Por eso tenías esa expresión tan malhumorada?

—También porque las señoras que estaban sentadas a mi lado me resultaban desagradables.

—¿Esas ninfas vestidas de verde? Eran unas jóvenes encantadoras.

—Se nota que has pasado mucho tiempo en la mar, de lo contrario no llamarías así a esas mentecatas vulgares y libidinosas de pelo rojizo y facciones toscas, con la cara llena de granos, el cuello corto y los dedos gordos. ¡Menudas ninfas! Si son ninfas deben de haber estado en un estanque de agua sucia y maloliente; la que se encontraba a mi izquierda tenía mal aliento, y cuando me volví hacia la que estaba a mi derecha en busca de alivio, descubrí que su hermana lo tenía peor. Además, la parte superior de sus trajes tampoco era irreprochable, y seguramente la parte inferior era aún peor. Una le dijo a la otra: «¡Hola hermana!», echándome el aliento en la cara y mostrándome sus horribles dientes. Y la otra le contestó: «¡Hola hermana!» . Nunca había visto a dos hermanas que usaran los mismos vestidos, tan llamativos como los de las prostitutas, ni que llevaran los mismos rizos, esos espantosos rizos de Gorgona, cayéndoles sobre la frente, dándoles una apariencia horrorosa. Eso demuestra que tienen doble vulgaridad, tanto innata como adquirida. Y cuando pienso que, arrastradas por su lascivia, poblarán Oriente... Por favor, sírvenme otra taza de café. Son realmente estúpidas y presuntuosas.

Podría haber añadido que las dos jóvenes habían empezado a hablar enseguida de una tal señora Villiers de Bombay que acababa de llegar a Calcuta.

Suponían que él habría oído hablar de ella en Bombay y le dijeron que era una aventurera..., eso era una vergüenza..., la habían visto en casa del Gobernador vestida de forma extravagante..., no era hermosa ni mucho menos..., corrían extraños rumores sobre ella..., la gente se veía obligada a recibirla en su casa y fingir que no sabía nada, debido a que su *amigo* («Llámale protector», le dijo una hermana a la que hablaba) era una persona muy importante y vivía con magnificencia, casi como un príncipe..., se rumoreaba que ella le estaba arruinando. Le contaron que el caballero era muy amable, alto, de porte distinguido, casi como uno de los suyos, y... ¡cómo había mirado a Aggie! Ambas se taparon la boca con los sucios pañuelos hechos una bola, intentando disimular la risa, y chocaron las palmas por detrás de Stephen, que tenía la espalda arqueada hacia delante.

Estaba pensando en confesar: «Esas mujeres hablaron muy mal de Diana Villiers y eso me molestó. En Bombay le pedí a Diana que se casara conmigo y me dará su respuesta en Calcuta. Hace tiempo que quería decírtelo; dada la confianza que tenemos, debía haberte hecho antes esta confesión. Espero que me perdones por mi aparente falta de franqueza», pero en ese momento Jack dijo:

—Por lo que veo no te gustaron en absoluto. Lo siento. La persona que estaba sentada a mi lado y yo simpatizamos mucho; me refiero a Muffit. La joven que estaba del otro lado era una niña, no tenía pecho. Me imaginaba que las mujeres sin pecho se habían extinguido hace tiempo. Enseguida él y yo simpatizamos. Es un auténtico marino, no se parece en nada a los típicos capitanes de la Compañía, y con esto no quiero decir que los demás no sean buenos marinos, pero creo que lo son *pianissimo*, no sé si me entiendes.

—Entiendo lo que quiere decir *pianissimo*.

—Tiene la misma idea que yo de que debe colocarse el mastelerillo de sobrejuanete detrás del mastelerillo de juanete, con la base apoyada en el tamborete de la cofa; lo tiene colocado así, como seguramente habrás notado, y afirma que eso le permite conseguir un nudo más con viento moderado. Estoy decidido a hacer la prueba. Es un tipo estupendo; me prometió entregarle nuestras cartas a un barco mensajero en cuanto llegue a un fondeadero.

«Espero que le hayas pedido a Sophie que vaya a Madeira», dijo Stephen para sí.

—Y también entiende de artillería, lo cual es bastante raro incluso en la Armada. Hace todo lo que puede por entrenar a su tripulación, pero el pobre hombre no tiene un barco bien equipado.

—Me pareció que tenía formidables cañones, y más que nosotros, si no me equivoco.

—Pero no eran cañones largos, mi querido Stephen. Eran cañones de corto alcance.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que son cañones medianos, de dieciocho libras. ¿Cómo podría explicártelo? Sabes lo que es una *carronada*, ¿verdad?

—Desde luego, esos cañones cortos que están sobre una plataforma y que tienen pequeñas proporciones pero lanzan enormes balas. He visto varios en la fragata.

—Eres un lince, la verdad; no se te escapa nada. Y, por supuesto, sabes lo que es un cañón. Pues bien, imagínate que del cruce entre los dos saliera un espantoso híbrido que pesara veintiocho quintales nada menos, saltara por el aire y se le soltaran las retrancas cada vez que disparara y no diera en el blanco a quinientas yardas, ni siquiera a cincuenta: eso es un cañón de corto alcance. Pero incluso si la Compañía cuidara más sus intereses y le diera auténticos cañones, ¿quién los dispararía? Necesitaría trescientos cincuenta hombres. ¿Y cuántos tiene? Ciento cuarenta, y la mayoría de ellos cocineros y despenseros, y para colmo cocineros y despenseros indios. ¡Santo Dios, qué forma de llevar por el mundo seis millones de guineas! Y sin embargo, él tiene una idea muy acertada sobre cómo colocar un mastelerillo de sobrejuanete. Estoy decidido a hacer la prueba, al menos en el palo trinquete.

Dos días después, atravesando agitadas aguas y envuelta por la niebla, la *Surprise* hacía la prueba. El carpintero y su brigada habían trabajado toda la mañana, y ahora, apenas terminada la comida, el largo mastelerillo era izado entre la tracería de la intrincada jarcia. Aquella era una tarea peligrosa cuando había marejada, por eso Jack puso en facha la fragata. Pero además, decidió retrasar el grog de mediodía, porque así evitaría que los hombres estuvieran ebrios cuando halaran el virador y porque sabía que el retraso iba a animarles a trabajar: no perderían el tiempo ni harían una pausa —simulando que jadeaban a causa del calor asfixiante— por temor a lo que pudieran hacerles sus compañeros.

Subía y subía. Y Jack, con los ojos entrecerrados debido al resplandor del sol, oculto por la niebla, lo guiaba pulgada a pulgada, tratando de que los sucesivos tirones coincidieran con el cabeceo de la fragata. El último medio pie; todos los tripulantes contuvieron la respiración y fijaron la vista en la base del mastelerillo. Subió un poco más, mientras el nuevo virador crujía al pasar por la polea y dejaba caer una nube de hilachas, y luego siguió subiendo, estremeciéndose, hasta que la base quedó situada por encima del tamborete.

—¡Despacio, despacio! —gritó Jack. Se elevó un poco más, y entonces el contraatastre, desde el tope, levantó la mano—. ¡Bajar!

El virador se aflojó y la base del mastelerillo se encajó en la carlinga; todo había terminado.

Los tripulantes de la *Surprise* dieron un suspiro colectivo. La gavia mayor y la trinquete cayeron como un telón al final de un atormentado drama; los hombres cazaron las escotas y el contraatastre, con el silbato, dio la orden de amarrar. La

fragata respondió enseguida, y cuando Jack empezaba a notar el aumento de la velocidad, levantó la vista hacia el nuevo mastelerillo de sobrejuanete, que se elevaba por encima del mastelerillo de juanete, paralelo a él, y parecía combinar espléndidamente la robustez y la flexibilidad. Sintió una gran satisfacción, que no estaba motivada únicamente por la colocación del mastelerillo ni por el suave movimiento de la fragata —su propia fragata— ni por el hecho de que estaba navegando y tenía un puesto de mando. Tenía la agradable sensación de estar...

—¡Cubierta! —gritó el serviola, vacilante y avergonzado—. ¡Barco por la amura de babor! ¡Dos tal vez! —Vacilante porque era absurdo avisar por tercera vez que divisaba la flota de la Compañía que hacía el comercio con China y avergonzado porque debería haberlo hecho antes si no hubiera estado atendiendo al peligroso espectáculo de la colocación del mastelerillo.

Su aviso despertó poco interés o, mejor dicho, ninguno, porque iban a servir el grog en cuanto terminaran de asegurar el mastelerillo y colocar la verga en él. Los marineros, muy dispuestos, ya habían empezado a colocar en la verga los dos pares de obenques para sujetarla mucho antes de recibir las órdenes, y sus compañeros, en las crucetas, esperaban impacientes para amarrar las brazas. No obstante, Jack y el primer oficial miraban atentamente hacia los barcos envueltos por la niebla, a unas cuatro millas a proa. Parecían extraordinariamente grandes y podían verse con mayor nitidez a medida que se acercaba la fragata, que ahora alcanzaba una velocidad de cinco nudos con el fuerte viento del noreste.

—¿Quién será ese tipo anticuado que lleva colocada la vela de estay en el mastelero de sobremesana por debajo de la cofa del mayor? —inquirió Stourton—. Creo que hay otros dos detrás. Me asombra que nos hayan alcanzado con tanta rapidez. Después de todo...

—¡Stourton! ¡Stourton! —exclamó Jack—. ¡Es Linoi! ¡Virar a babor! ¡Virar a babor! ¡Rápido! ¡Largar la vela mayor! ¡Izar el gallardete! ¡Desplegar la trinetilla y la juanete mayor! ¡Atención, infantes de marina! ¡Atar la braza mayor! ¡Muévanse! ¡Muévanse! ¡Señor Etherege, coloque rápidamente a sus hombres!

Babbington se dirigió a proa corriendo para informar que ya estaba colocada la verga de la sobrejuanete de proa, y el brusco giro de la fragata, junto con el fuerte balanceo, le hicieron perder el equilibrio y cayó cuan largo era a los pies del capitán.

—¡Demonios! —exclamó Jack—. Señor Babbington, su deferencia es un poco exagerada.

—La verga está colocada, señor, con su permiso —dijo Babbington.

Y al ver la expresión regocijada de Jack y el intenso brillo de sus ojos, pensando en que hacía muchos años que le conocía, se atrevió a preguntarle:

—¿Qué pasa, señor?

—Ahí está Linois —dijo Jack con una sonrisa—. Señor Stourton, ponga estayes a ese mastelerillo enseguida, y contraestayes. Y no deje que tensen demasiado los obenques; hay que evitar que se parta. Despliegue el mayor número de velas posible. Y después ordene hacer zafarrancho de combate.

Se colgó el telescopio del hombro y subió al tope como un niño. La *Surprise* había virado en redondo y había tomado un nuevo rumbo; navegaba de bolina hacia el norte, escorando a babor a medida que aumentaba el velamen desplegado y con un cabeceo que hacía salpicar el agua a gran distancia. Los barcos franceses estaban casi ocultos por la niebla, pero él pudo ver cómo el más próximo hacía señales. Ambos habían seguido un rumbo convergente al de la *Surprise*, la habían visto primero, y ahora viraban para continuar la persecución. Sin embargo, no alcanzarían su estela a menos que dieran bordadas, pero aun así estaban demasiado alejados para conseguirlo. Pudo distinguir otro barco mucho más grande entre ambos, otro bastante alejado al suroeste y otro mucho más borroso en el horizonte, tal vez un bergantín. Esos tres todavía navegaban con el viento a la cuadra, y era evidente que la escuadra había estado formada en línea, abarcando veinte millas justo en la zona por donde debía pasar al otro día la lenta flota de la Compañía a su regreso de China.

Desde por la mañana se oían retumbar los truenos, y ahora, en medio del distante ruido, pudo oírse un cañonazo. Seguramente el almirante ordenaba a los barcos que estaban a sotavento que se acercaran.

—Señor Stourton —dijo—. Ice la bandera holandesa y dos o tres tiras de las primeras banderas de señales que encuentre y dispare un cañonazo por barlovento, no, dos cañonazos.

Las fragatas francesas navegaban a toda vela; llevaban desplegadas incluso las velas de estay de los mastelerillos, el foque y el fofoque. Tenían un fuerte cabeceo; la primera avanzaba posiblemente a ocho nudos y la segunda a nueve, y cada vez se distanciaban más del resto, lo cual no le gustaba nada. La principal preocupación de Jack era averiguar con qué tendría que enfrentarse.

La cubierta, allí debajo de él, parecía un hormiguero en el que se había perdido la tranquilidad, y desde la cabina podían oírse los golpes de mazo que daban los carpinteros al tumbar los mamparos. Pasarían algunos minutos antes de que terminara la aparente confusión y todo estuviera en perfecto orden de proa a popa: los cañones ya desatados, las brigadas de artilleros junto a ellos, todos los tripulantes en sus puestos, los centinelas en las escotillas, grandes trozos de lona mojada extendidos sobre la santabárbara y arena húmeda esparcida por las cubiertas. Los hombres habían dado todos esos pasos cientos de veces, pero nunca en una situación real. ¿Cómo se comportarían en la batalla? Muy bien, sin duda, como se comportaban la mayoría de ellos en el combate si se les guiaba adecuadamente. Además, los tripulantes de la *Surprise* eran muy dispuestos; disparaban los cañones con demasiada precipitación al principio, pero eso se

podía solucionar... ¿Cuánta pólvora tenían? Según el informe del día anterior, quedaban veinte cartuchos por persona y gran número de tacos. Hales era un magnífico condestable; lo más probable es que estuviera en ese momento en la santabárbara trabajando sin parar.

Aquel alejamiento no le gustaba nada; esperaría otros dos minutos y luego tomaría medidas. La segunda fragata había adelantado a la primera. Jack estaba casi seguro de que era la *Sémillante*, con treinta y seis cañones, de los cuales los que llevaba en la cubierta principal eran doce libras; la *Surprise* podría atraparla. Se colocó en el penol para poder ver mejor, pues las fragatas se aproximaban por la aleta y era difícil contar sus portas. Sí, era la *Sémillante*. Y la potente fragata que estaba detrás era la *Belle Poule*, con cuarenta cañones en total y cañones de dieciocho libras en la cubierta; si estaba bien gobernada era un hueso duro de roer. Las valoró desapasionadamente: ambas estaban bien gobernadas, eran un poco inestables —tal vez por la falta de carga— y lentas, desde luego, y a que después de pasar tantos meses en aquellas aguas calientes como el caldo seguramente arrastraban una gran capa de algas, lo cual hacía más difíciles las maniobras. Eran hermosas embarcaciones, sin duda. Y todo indicaba que sus tripulantes conocían su trabajo; en la *Sémillante* cazaron las escotas de la trinquetilla en un santiamén. En su opinión, la *Belle Poule* estaría mejor con menos velamen desplegado y la juanete de proa hacía demasiada presión, pero, indudablemente, el capitán de la fragata conocía mejor su jarcia.

Braithwaite apareció, dando resoplidos, y dijo:

—Señor, el señor Stourton le informa que ha terminado el zafarrancho de combate y pregunta si desea que llame a todos a sus puestos.

—No, señor Braithwaite —dijo Jack, pensando en que no había indicios de que la batalla fuera a empezar pronto y sería una lástima obligar a los hombres a esperar de pie—. No. Dígame que disminuya vela discretamente; puede subir un poco las bolinas y darle más o menos media braza a las escotas, pero no debe notarse nada, ya me entiende. Además, dígame que coloque el viejo velacho número tres en una guindaleza y que lo saque por la última porta de sotavento.

—Sí, sí, señor —dijo Braithwaite y desapareció.

Unos momentos después, la velocidad de la fragata empezó a disminuir; y cuando la vela rastrera recibió una gran presión y se abrió como un paracaídas bajo la superficie, la velocidad disminuyó mucho más.

Stephen y el pastor, apoyados en el coronamiento, miraban hacia atrás por el costado de babor.

—Me parece que se están aproximando —dijo el señor White—, porque veo claramente a los hombres que están en la punta de la más cercana, e incluso de la que va detrás. ¡Han disparado un cañonazo! ¡Y ahora aparece una bandera! Su telescopio, por favor. ¡Vaya! ¡Es la bandera inglesa! Le felicito, doctor Maturin, le felicito porque nos hemos salvado. Sinceramente, llegué a creer que

estábamos en una difícil situación, que existía un peligro real. ¡Ja, ja, ja! ¡Son nuestros amigos!

—*Haud crede colori* —dijo Stephen—. Mire hacia arriba, mi querido amigo.

El señor White levantó la vista y vio una bandera tricolor ondeando en la punta del palo de mesana.

—Es la bandera francesa —dijo—. No, la holandesa. ¡Navegamos bajo una bandera falsa! ¿Cómo es eso posible?

—Ellos también —dijo Stephen—. Ellos tratan de engañarnos a nosotros y nosotros tratamos de engañarles a ellos. La maldad está dividida en partes iguales. Es una práctica aceptada, creo yo, como ordenar a nuestro sirviente... —un disparo del cañón de proa de la *Sémillante* hizo saltar un penacho de agua cerca de popa y el pastor retrocedió— que diga que no estamos en casa cuando la verdad es que estamos comiendo panecillos con mantequilla junto al fuego y no queremos que se nos moleste.

—He hecho eso con frecuencia —dijo el señor White, cuyo rostro se había puesto de muchos colores—. Que Dios me perdone. Y ahora estoy aquí, en medio de una batalla. Nunca creí que una cosa así podría ocurrirme, porque soy un hombre pacífico. Sin embargo, no daré un mal ejemplo.

Una bala cayó en la cresta de una ola y, de rebote, atravesó los coyotes perfectamente apilados y llegó hasta el alcázar, pero no causó daños. Dos guardiamarinas corrieron a cogerla, y después de unos instantes de lucha el más fuerte logró quedarse con ella y la envolvió en su chaqueta.

—¡Cielo santo! —exclamó el señor White—. Es una barbaridad dispararle enormes balas de hierro a personas con las que uno ni siquiera ha hablado.

—¿Me acompaña a dar una vuelta, señor? —preguntó Stephen.

—Con mucho gusto, señor, si no cree que debería quedarme aquí para demostrar que no temo a esos rufianes. ¿Se va a quedar el capitán en lo alto del mástil, en ese lugar tan peligroso?

—Creo que sí —respondió Stephen—. Creo que está reflexionando sobre la situación.

Indudablemente estaba reflexionando. Estaba claro que su principal deber era alcanzar la flota de la Compañía y hacer todo lo posible por protegerla. No le cabía duda de que podía ir más rápido que los franceses, porque las fragatas tenían los fondos sucios. Pero aunque hubieran tenido los fondos limpios, habría podido adelantarlas, por muy buenas embarcaciones que fueran, no sólo porque la *Surprise* también había sido construida por los franceses sino porque estaba bajo su mando, y, naturalmente, un inglés sabía gobernar un barco mejor que un francés. No obstante, Linois era un zorro y no se le debía subestimar. Linois le había perseguido en el Mediterráneo, durante un largo día de verano, y le había atrapado.

La fragata de dos puentes estaba tan cerca ahora que no había dudas sobre su

identidad. Era la *Marengo*, de setenta y cuatro cañones, y llevaba la insignia de contraalmirante. Había virado en redondo y ahora navegaba de bolina escorada a babor, seguida por otro barco y el distante bergantín. El barco debía de ser la corbeta *Berceau*, de veintidós cañones; respecto al bergantín no sabía nada. Linois había virado en redondo, no había dado bordadas; eso significaba que quería facilitarle las cosas a su fragata. Las tres embarcaciones, la *Marengo*, la *Berceau* y el bergantín, se mantenían en el lado opuesto a las fragatas, con la clara intención de cortarles el paso a él si éstas conseguían desviarle; estaban dispuestas como una jauría en torno a la liebre.

La última bala había caído muy cerca, había sido un tiro excelente para una distancia tan grande. Sería una lástima que cortaran algún cabo.

—¡Señor Stourton! —gritó—. Quite un rizo del velacho y aballesté las bolinas.

La *Surprise* dio un tirón hacia delante, a pesar de llevar la vela rastrera. La *Sémillante* dejaba atrás a la *Belle Poule*, a sotavento. Jack sabía que podría atraerla un poco más y, virando de repente, obligarla a entablar un combate cuerpo a cuerpo; podría hacerle mucho daño con sus carronadas de treinta y dos libras y tal vez hundirla o capturarla antes de que sus compañeras llegaran. La tentación era tan fuerte que empezó a jadear. Conseguiría la gloria y la única presa del océano Índico... Ya veía la hermosa imagen de la batalla: los fognazos de los cañones, el humo dispersándose, los mástiles cayendo... Pero se desvaneció enseguida y su corazón volvió a latir al sosegado ritmo que imponían el raciocinio y el deber. No debía arriesgar ni un solo palo; su fragata debía alcanzar la flota de la Compañía a toda costa, y permanecer intacta.

Por el rumbo que iba ahora llevaría a Linois directamente a la flota, que se encontraba a medio día de navegación en dirección este, dispersa por un área de varias millas, sin sospechar nada. Indudablemente, tenía que alejar a los franceses con cualquier nimia estratagema, aun cuando eso significara perder su cómoda ventaja; les alejaría hasta que anoheciera, y entonces viraría y, confiando en la oscuridad y en la excelente capacidad de maniobra de la *Surprise*, se libraría de ellos y se reuniría con la flota a tiempo.

Podía cambiar de rumbo y navegar en dirección sureste más o menos hasta las diez; entonces ya se habría separado tanto de Linois que, aprovechando la oscuridad, podría virar y cruzar frente a él y luego volver a cambiar de dirección. No obstante, si lo hacía o mostraba su intención de hacerlo, Linois, que era un viejo zorro, podría ordenar a las fragatas que le perseguían que continuaran navegando rumbo norte, aproximándose a la *Surprise* por barlovento, para que llegaran a adelantarla al amanecer. Eso sería horrible, pues por muy rápida que fuera no podría adelantar a la *Sémillante* y la *Belle Poule* si navegaban con el viento a la cuadra, y tendría que cambiar de bordo repetidas veces para avisar a la flota.

Pero si Linois hacía eso, si le ordenaba a las fragatas seguir hacia el norte, se formaría una grieta en la disposición de su escuadra después de un cuarto de hora, y por esa grieta podría pasar la *Surprise*. Viraría de repente y, navegando con el viento en popa y la mayor cantidad de velamen desplegado que fuera posible, pasaría entre la *Marengo* y la *Belle Poule*, fuera del alcance de ambas, y a que Linois había dispuesto su escuadra considerando que la presa navegaría a nueve o diez nudos, lo máximo que podía alcanzar un barco europeo en esas aguas y, por tanto, también la *Surprise*. La *Berceau*, la corbeta, la más alejada por sotavento, podría tratar de ocupar ese espacio, pero no lograría retener a la *Surprise* hasta que llegara la *Marengo*, aunque derribara algunos palos. Si tenía un capitán tan determinado que intentara abordarles y dejara que a su barco lo cosieran a balazos o lo hundieran, entonces eso era diferente.

Observó la distante corbeta, y cuando ésta desapareció tras una cortina de lluvia, volvió los ojos hacia la fragata de dos puentes. ¿Qué pensaría Linois? Navegaba velozmente en dirección este-sureste con poco velamen desplegado y llevaba cargadas las gavias y la mayor. De una cosa estaba seguro: Linois tenía un interés infinitamente mayor en atrapar la flota de la Compañía que hacía el comercio con China que en destruir una fragata.

Los movimientos..., las respuestas a esos movimientos en ambos lados..., los diversos peligros..., y sobre todo la idea de Linois sobre la situación... Bajó a la cubierta, y Stephen, mirándole atentamente, pensó que tenía lo que él llamaba «cara de combate», es decir, una expresión que no sólo reflejaba su ardiente deseo de empezar inmediatamente la batalla y de aislar o abordar al enemigo, sino una mezcla de alegría y confianza, reserva y absoluta firmeza. Sin decir palabra —aparte de dar la orden de enganchar las poleas en los topes y poner contraestayes dobles— comenzó a pasearse por el alcázar con las manos tras la espalda, mirando unas veces hacia las fragatas más pequeñas y otras a la del almirante. Stephen vio al primer oficial acercarse, vacilar y luego retroceder, y pensó: «En ocasiones como ésta mi querido amigo parece aumentar de tamaño, parece crecer tanto espiritual como físicamente. ¿Será una ilusión óptica? ¿Cómo podría medirle? Su perspicacia, sin embargo, no se puede medir. Y se convierte en un extraño; también yo dudaría en acercarme a él».

—Señor Stourton —dijo Jack—. Vamos a virar.

—Sí, señor. ¿Desea que quite la vela rastrera?

—No. Y no quiero virar demasiado rápido, así que las órdenes deben espaciarse.

Cuando los silbatos transmitían la orden «¡Todos a virar!», Jack se puso de pie sobre los coyos y enfocó la *Marengo* con su telescopio, que después fue moviendo a medida de que la fragata viraba. Justo después del grito: «¡Tensar la mayor!» y el agudo pitido con que se ordenaba amarrar, vio que en la fragata del almirante aparecía una señal y salía de la popa el humo de un disparo. La

Sémillante y la *Belle Poule* habían empezado a virar para seguirle, pero la *Sémillante* se abatió a sotavento enseguida y volvió a la misma posición. La *Belle Poule*, en cambio, llegó a colocarse contra el viento, por eso cuando un segundo cañonazo confirmó la orden de seguir navegando en dirección norte y adelantar a la fragata, tuvo que virar en redondo para volver a tomar el rumbo anterior.

—¡Maldita sea! —murmuró Jack.

Aquel error reduciría la preciada grieta en un cuarto de milla. Miró hacia el sol y luego su reloj. Entonces dijo:

—Señor Church, tráigame un mango, por favor.

Los minutos pasaron; el jugo le caía por la barbilla. Las fragatas francesas navegaban con rumbo nortenoeste y se veían más pequeñas cada vez. Las dos cruzaron la estela de la *Surprise*, primero la *Sémillante* y después la *Belle Poule*, y conseguirían adelantarla; ahora no podía cambiar de opinión. La *Marengo* estaba a estribor, siguiendo una trayectoria paralela, y se veían claramente sus dos filas de cañones. No había ningún ruido excepto el rumor del viento en la jarcia y el choque de las olas contra la amura de estribor de la fragata. Los disgregados barcos apenas parecían moverse unos respecto a otros a medida que el tiempo pasaba; daba la impresión de que aquel era el lugar más tranquilo del mundo.

La *Marengo* bajó el velacho y el ángulo de visión aumentó un grado. Jack comprobó todas las posiciones otra vez, miró su reloj, luego el cataviento, y dijo:

—Señor Stourton, las alas están en la cofa, ¿verdad?

—Sí, señor.

—En diez minutos soltaremos la vela rastrera, viraremos, desplegaremos las sobrejuanetes, las alas superiores y las inferiores, si la fragata las soporta, y nos colocaremos con el viento dos grados por la aleta. Tenemos que hacer las maniobras más rápido que nunca, y, por supuesto, cargar la vela de mesana y arriar las velas de estay al mismo tiempo. Mande a Clerk y a Bonden al timón. Abra las portas de estribor. Prepare todo y espere a soltar la vela rastrera hasta que le dé la señal.

Los minutos seguían pasando; se acercaba el momento crítico, pero lentamente, lentamente. Jack, inmóvil entre el ajeteo de cubierta, miró hacia la distante fragata de Linois y empezó a silbar muy bajo. Luego observó con atención la suya y pensó que le gustaría que soplara un viento de moderada intensidad, propicio para las juanetes. Si el viento era más fuerte y se formaban grandes olas la fragata de dos puentes resultaría favorecida, porque era una embarcación alta y mucho más pesada; y él sabía por experiencia lo rápido que podían moverse las fragatas francesas de setenta y cuatro cañones.

La última mirada a barlovento: las fuerzas estaban perfectamente equilibradas, el momento había llegado. Respiró hondo, lanzó por la borda la hilachosa semilla de mango y dijo:

—¡Ahora! —Se oyó un impacto en el agua—. ¡Todo a babor!

La *Surprise* empezó a girar sobre la popa y entretanto las vergas cambiaban de orientación con admirable rapidez, unas velas se desplegaban al tiempo que otras desaparecían y la estela, llena de espuma, formaba una suave curva por la aleta de estribor. Avanzó con un impulso tremendo, mientras se oía el quejido de sus mástiles, y quedó situada justo en su nuevo rumbo, sin desviarse ni un cuarto de grado. Tenía la proa dirigida exactamente hacia el lugar que Jack quería, hacia donde podría formarse la grieta, y navegaba más rápido de lo que esperaba. Los palos más altos, doblados como el látigo de un cochero, estaban a punto de romperse.

—Señor Stourton, todo se ha hecho muy bien. Estoy muy satisfecho.

La *Surprise* surcaba las aguas cada vez con mayor rapidez y alcanzó los once nudos de velocidad. Entonces cesó el quejido de los mástiles y los brandales quedaron un poco menos tensos. Sin dejar de mirar la *Marengo*, Jack se inclinó hacia uno de ellos para comprobar su tensión y luego dijo:

—Despliegue las alas de la sobrejuanete de proa y de la sobrejuanete mayor.

La *Marengo* maniobraba rápidamente y estaba muy bien gobernada. Sin embargo, el cambio la cogió desprevenida, y cuando empezó a virar ya la *Surprise* había desplegado las alas de las sobrejuanetes. En la *Surprise* se oía de nuevo el quejido de los mástiles, que ahora arrastraban las quinientas toneladas de la fragata a una mayor velocidad. La cubierta se inclinaba tanto que la espuma cubría el pasamanos de proa por el lado de sotavento y el mar pasaba por sus costados con un ruido ensordecedor, mientras la tripulación permanecía callada; el silencio era absoluto de proa a popa.

Cuando la *Marengo* terminó de virar se colocó en su nuevo rumbo, con el viento por la aleta de estribor, el cual le daría a sus primorosas velas el impulso necesario para interceptar la *Surprise* en algún punto al suroeste, si no conseguía aumentar la velocidad uno o dos nudos. Entonces hizo una serie de señales: unas, indudablemente, iban dirigidas a la corbeta, que estaba a sotavento pero aún no era visible, y otras a la *Sémillante* y la *Belle Paule*, ordenándoles que siguieran a la *Surprise* a toda velocidad.

—No podrán, amigo mío —dijo Jack—. No subieron los contraestayes dobles hace media hora. No pueden llevar desplegadas las sobrejuanetes con este viento.

Sin embargo, mientras decía estas palabras tocaba un puntal, porque con sobrejuanetes o sin ellas la situación era bastante delicada. La *Marengo* se movía con más rapidez de lo que esperaba, y la *Belle Poule*, cuyo error la había alejado demasiado a sotavento, estaba más cerca de lo que deseaba. En la fragata de dos puentes y la fragata más grande estaba el peligro; no tenía ninguna posibilidad frente a la *Marengo* y muy pocas frente a la *Belle Poule*, y ambas se acercaban

con rapidez por rumbos convergentes al suyo. Cada una estaba rodeada por un círculo invisible de más de dos millas de diámetro: el área de alcance de sus cañones. La *Surprise* tenía que mantenerse fuera de esos círculos, sobre todo fuera del área donde se superpondrían dentro de poco, y el espacio vacío entre ambos iba reduciéndose rápidamente.

Observó el velamen con gran atención. Tal vez estaba haciendo una presión algo excesiva en la popa, tal vez había desplegado demasiadas velas y hacía moverse la fragata por la fuerza, sin cariño.

—Suban el puño de barlovento de la vela mayor —ordenó.

Efectivamente, así se movía con mucha más suavidad, con mucha más sultura. Pensó entonces que a su querida *Surprise* siempre le habían gustado las velas de proa y dijo:

—Babbington, vaya corriendo a proa y dígame si podrá soportar la cebadera.

—Lo dudo, señor —dijo Babbington al regresar a popa—. Tiene un cabeceo muy fuerte.

Jackasintió con la cabeza; había pensado lo mismo.

—Entonces la sobrecebadera —dijo, dando las gracias a Dios por el nuevo mastelerillo de sobrejuanete, que soportaría la presión.

¡Qué bien respondía la fragata! Se le podía pedir cualquier cosa. Pero el espacio vacío era realmente bastante reducido. Ahora la *Marengo* iba atagallada y la *Surprise* avanzaba a gran velocidad hacia la zona de máximo peligro.

—¡Señor Callow! —le gritó al guardiamarina encargado de las señales—. ¡Arrie la bandera holandesa y luego icle nuestra bandera y nuestro gallardete!

La bandera apareció en la punta del palo de mesana, y el gallardete, la marca de identidad de cada navío de guerra, empezó a ondear en el palo mayor un momento después. En la *Surprise* le daban mucha importancia al gallardete; lo habían renovado cuatro veces durante esa misión, añadiéndole una yarda o dos cada vez. Ahora, como una enorme llama, se extendió sesenta pies en dirección a la amura de estribor, y un murmullo de satisfacción recorrió la cubierta, donde los hombres esperaban tensos e impresionados por la gran velocidad de la fragata.

Ahora estaba casi al alcance de los cañones de proa de la *Marengo*. Si se desviaba, la *Belle Poule* y la *Sémillante* le alcanzarían. ¿Debía arriesgarse a seguir en ese rumbo?

—Señor Braithwaite —le dijo al ayudante del segundo oficial—, tire la corredera.

Braithwaite avanzó hasta el costado de sotavento y se inclinó sobre la aleta buscando con la vista una zona tranquila donde lanzarla, más allá de la fuerte corriente que pasaba junto al costado. La tiró lejos, a través de los chorros de espuma, y gritó:

—¡Girar!

El grumete que estaba sobre la batayola mantenía en alto el carretel. El cordel se soltó y un momento después se oyó un grito. El oficial de derrota sostenía al grumete por un pie y trataba de meterle dentro del barco, mientras el carretel, que se le había escapado de las manos al grumete, se alejaba rápidamente por popa.

—Traiga otra corredera, señor Braithwaite —dijo Jack con gran satisfacción—, y use un reloj de catorce segundos.

Había visto desenrollarse todo el cordel del carretel sólo una vez en su vida, cuando era guardiamarina en un paquebote que regresaba a Inglaterra desde Nueva Escocia. Y el *Flying Childers* presumía de que le había ocurrido una vez y afirmaba que había perdido al grumete. Pero no debía lamentarse de que hubieran conservado al atontado Ben Larsen, pues la velocidad que llevaban era suficiente para cruzarse sin problemas con la *Marengo* y empezar a aumentar la distancia que los separaba en pocos minutos. Sin embargo, estaban acercándose al punto de convergencia y siempre existía la posibilidad de equivocarse en varios cientos de yardas, y algunos cañones de bronce franceses de balas de ocho libras podían disparar con mucha precisión desde muy lejos.

¿Dispararía Linois? Sí; se vio el fogonazo y el humo. La bala no les alcanzó. La trayectoria era exacta, pero como la bala rebotó cinco veces se hundió a trescientas yardas de distancia. Y lo mismo hicieron las dos siguientes; y la cuarta cayó aún más lejos. Habían logrado pasar, y cada minuto que avanzaban quedaban más lejos de su alcance.

—No obstante, no debo desanimarle —dijo Jack, cambiando el rumbo para acercar un poco más la *Surprise*—. Señor Stourton, afloje la escota de la trinquete y aferre la sobrecebadera. Señor Callow, ice las banderas de señales con el mensaje: *Enemigo a la vista, barco de línea, corbeta y bergantín en dirección este, dos fragatas en dirección nortenoeste. Ruego órdenes*. Y dispare un cañonazo por barlovento. Manténgalas izadas y siga disparando un cañonazo cada treinta segundos.

—Sí, señor. ¿Puedo decir que la corbeta está virando ahora hacia el sureste, señor?

Efectivamente, estaba virando. Ahora que la lluvia era menos intensa podía verse por la amura de babor de la *Surprise*, muy por delante de la *Marengo*, por sotavento. Las ráfagas de viento de la tormenta la habían hecho desplazarse media milla hacia el oeste. Grave, muy grave.

La corbeta podría entablar combate con ellos, a menos que se desplazaran hacia la zona de máximo alcance de las fragatas (ahora la *Sémillante* había adelantado a la *Belle Poule* otra vez). Pero si la corbeta entablaba combate, tendría que soportar su fuego devastador, y se necesitaba un capitán muy

determinado para llevar a su barco a semejante desastre. Seguramente dispararía desde bastante distancia e intercambiaría una o dos descargas. Jack no tenía ninguna objeción contra eso, sino todo lo contrario, pues desde que la *Surprise* había puesto rumbo a aquella grieta, haciendo gala de todas sus cualidades y demostrando que podía alcanzar una gran velocidad, él había tratado de que Linois, esperanzado, iniciara una persecución que le alejara hacia el sur antes de que anoheciera. Las señales estaban apareciendo, pero no tendrían un efecto duradero; la vela rastrera no se podía volver a usar..., seguramente se habían dado cuenta de que la llevaban; pero si caía una verga como si hubiera sido derribada por un disparo..., eso sí que valdría. Podría dejar caer la perico o la gavia mayor.

—Señor Babbington, la corbeta entrará en combate con nosotros dentro de poco. Cuando le avise, deje caer de repente la gavia mayor, como si la hubieran derribado sus disparos. Pero ni la verga ni la vela deberán sufrir daños. Ponga alguna protección en el tamborete..., bueno, lo dejo en sus manos. Tiene que parecer que esto es Bedlam^[17] y, no obstante, debemos estar preparados para luchar.

Ese era el tipo de travesuras que a Babbington le encantaba. Jack estaba seguro de que sabría provocar un terrible caos. La *Berceau* se acercaba bajo una nube de velamen, con mayor rapidez que nunca, y Jack observó que largaba la sobrejuanete de proa. Estaba virando para cruzar por delante de la *Surprise*, en ese momento estaba próxima a la amura, y aunque podría haberla alcanzado con sus disparos, no hizo fuego.

—Señor Babbington —dijo Jack sin quitar los ojos de la *Berceau*—, ¿quiere que traigamos su coy aquí arriba?

Babbington bajó rápidamente, enrojecido por el esfuerzo.

—Siento mucho haber tardado, señor —se lamentó—. Todo está suelto y he dejado en la cofa a Harris y a El Fiable y les he dado orden de que se mantengan ocultos y la dejen caer con cuidado cuando les avise.

—Muy bien, señor Babbington. Señor Stourton, llame a todos a sus puestos.

Cuando los tambores empezaron a sonar, Stephen cogió por el brazo al atónito pastor y le llevó abajo con él.

—Éste es su lugar durante la batalla, mi querido amigo —le dijo en la oscuridad—. Esos son los baúles sobre los que McAlister y yo operamos y ahí están el algodón, la estopa y las vendas (acercó el farol a ellas) con que usted y Choles secundan nuestros esfuerzos. ¿Le causa malestar ver sangre?

—Nunca he visto derramarse la sangre, ni siquiera una pequeña cantidad.

—Entonces, aquí tiene un cubo, por si lo necesita.

Jack, Stourton y Etherage se encontraban en el alcázar. Harrowby estaba detrás de ellos, a corta distancia, gobernando la fragata. Los otros oficiales

estaban junto a los cañones, al frente de sus divisiones. Todos los tripulantes miraban silenciosamente cómo se acercaba la *Berceau*, una hermosa embarcación con un excelente velamen y el casco pintado de rojo. Ahora se aproximaba con la proa dirigida justo hacia el costado de la fragata, y Jack observándola por el telescopio, no vio ningún indicio de que intentara virar. El cañonazo que sonaba cada treinta segundos se oía una y otra vez, y mientras tanto la *Berceau* se acercaba con la certeza de que recibiría disparos destructores, mortíferos. Su determinación era mayor de lo que Jack creía. Él había hecho lo mismo en el Mediterráneo, pero se había enfrentado a una fragata española.

Otras doscientas yardas y sus potentes carronadas ya podrían alcanzar la *Berceau*. Otra vez el cañonazo de señal, y otra vez.

—¡Atentos! —gritó.

Subió aún más la voz y dijo:

—¡Señor Pullings! ¡Señor Pullings! ¡Fuego nutrido! ¡Espere a que el humo de un disparo se disipe antes de hacer el siguiente! ¡Apunte bajo, hacia el trinquete!

Una pausa. Y cuando la fragata subía con las olas, el cañón que estaba al mando del contador disparó y el humo se alejó por proa. Apareció un agujero en la cabecera de la corbeta y los tripulantes de la fragata dieron un viva que quedó ahogado por el disparo del segundo cañón.

—¡Continúen, continúen! —gritó Jack.

Pullings fue corriendo por el costado y apuntó el tercer cañón. La bala cayó cerca de la proa de la corbeta, y ésta, en respuesta, hizo un disparo con el cañón de proa que dio de lleno en el palo mayor. La batería volvió a disparar en rápida sucesión: dos balas cayeron en la proa de la corbeta, otra en el pescante y tres agujerearon la trinquete. La corbeta seguía aproximándose, y a medida que se reducía la distancia muchos más disparos podían alcanzarla o cruzar la cubierta de proa a popa; ya había dos cañones desmontados y varios hombres yacían sobre la cubierta. Una descarga tras otra; toda la fragata se estremecía, llena de un ruido atronador y llamaradas, y el humo se alejaba por proa. Todavía la *Berceau* se mantenía erguida, aunque perdía velocidad, y entonces sus cañones de proa respondieron lanzando balas de cadena, que atravesaron la jarcia rompiendo cabos y velas. «Unas cuantas más como éstas y no será necesaria ninguna travesura. ¿Tendrá la intención de abordarnos?», pensó Jack.

—Señor Pullings, señor Babbington, más rápido ahora. Usen metralla en la próxima ronda. Señor Etherage, los infantes de marina pueden...

Sus palabras fueron interrumpidas por un clamor general. El mastelero de velacho de la corbeta se estaba cayendo; se inclinó hacia delante bruscamente, se rompieron los estayes y los obenques, y fue a caer sobre los cañones de proa, que quedaron cubiertos por la destrozada vela.

—¡Seguir disparando! —gritó—. ¡Atentos en la cofa! ¡Soltar ahora!

La gavia mayor de la *Surprise* empezó a ondear y cayó. Y desde la destrozada corbeta oyeron un apagado viva como respuesta.

Un cañón de proa lanzó metralla contra la *Berceau* con gran estruendo, derribando a doce hombres sobre la cubierta y haciendo desprenderse su bandera.

—¡Cesad el fuego, maldita sea! —gritó Jack—. Atar esos cañones. Señor Stourton, todos los marineros a anudar y ayustar.

La *Surprise* siguió avanzando y, de repente, se oyó una voz gritar desde el combés:

—¡Se ha rendido!

La *Berceau*, con un fuerte cabeceo y la proa bastante hundida, empezó a virar en redondo pesadamente, y pudo verse una figura subir por los obenques del palo de mesana con una bandera nueva. Jack saludó con el sombrero a su capitán, que estaba de pie en el ensangrentado alcázar, a setenta yardas de distancia. El capitán francés le devolvió el saludo, pero cuando los cañones que le quedaban a babor estuvieron frente a la fragata, disparó una potente descarga, y cuando ésta llegaba al límite de su radio de alcance, disparó otra, haciendo el último intento de impedirle la huida. Un vano intento: ningún disparo dio en el blanco, y la *Surprise* estaba muy por delante de la *Marengo*, que se aproximaba por la aleta de babor, y de las dos fragatas, situadas a estribor.

Jack miró hacia el sol; lamentablemente, apenas faltaba una hora para que se pusiera. Dudaba que pudiera alejarlas mucho durante la noche sin luna e incluso que pudiera alejarlas más en lo que quedaba de día.

—Señor Babbington, lleve a su brigada a la cofa y trate de que parezca que están poniendo las cosas en orden; puede atar la verga, por ejemplo. ¡Señor Callow! ¿Dónde se ha metido ese guardiamarina?

—Se lo llevaron abajo, señor —respondió Stourton—. Tiene una herida en la cabeza.

—Entonces que venga el señor Lee. Ice las banderas con el mensaje: *Enfrentamiento parcial, grandes daños, necesitamos ayuda. Enemigo en dirección nornoreste y nornoroeste*. Y siga disparando un cañonazo cada medio minuto. Señor Stourton, un fuego con mucho humo en el combés no vendría mal. Puede servirle una caldera de cobre llena de grasa y estopa. Debe notarse una gran confusión.

Se acercó al coronamiento y contempló el amplio mar extendiéndose por popa. El bergantín había acudido en ayuda de la *Berceau*; la *Marengo* mantenía su posición por la aleta de babor, acercándose a una considerable velocidad que parecía aumentar ligeramente. Como esperaba, le hizo señales a la *Sémillante* y la *Belle Poule* (eran de una nación comunicativa y galante), y sin duda les ordenaba desplegar más velas, pues la *Belle Poule* largó la sobrejuanete mayor,

que inmediatamente se soltó. Por el momento todo iba bien.

Se fue abajo y preguntó:

—Doctor Maturin, ¿cuál es la lista de heridos?

—Hay dos hombres heridos por astillas, señor, pero me complace decirle que no es nada serio. Y una ligera conmoción.

—¿Cómo está el señor Callow?

—Ahí está, señor, tumbado en el suelo, es decir, en cubierta, justo detrás de usted. Una polea le cayó en la cabeza.

—¿Va a abrirle el cráneo? —inquirió Jack, con un vivo recuerdo de la trepanación de cráneo que Stephen le había hecho al condestable en el alcázar de la *Sophie*, dejando al descubierto los sesos, para admiración de todos.

—¡Oh, no! No, su estado no justificaría dar un paso así. Se pondrá bien sin necesidad de eso. Aquí tiene a Jenkins; se le clavó un trozo de madera y escapó de milagro. Cuando McAlister y yo se lo sacamos...

—Cayó de la encapilladura del palo mayor, señor —dijo Jenkins, sosteniendo en alto un trozo de madera de dos pies de largo con una punta extremadamente afilada.

—... vimos que la punta estaba rozando la arteria innominada. Un veinteavo de pulgada más o la falta de atención inmediata y William Jenkins se habría convertido involuntariamente en un héroe.

—Me alegro de que haya salido bien, Jenkins —dijo Jack—. Me alegro mucho.

Entonces fue a preguntarles a los otros dos por su salud. Uno de ellos tenía una profunda incisión en el antebrazo y el otro una horrible herida en el cuero cabelludo.

—¿Es ese el señor White? —preguntó, al ver a otra persona.

—Sí. Se sintió mareado cuando levantamos el cuero cabelludo a John Saddler y le pedimos que lo sujetara mientras se lo cosíamos, a pesar de que casi no había sangre. Fue un desmayo, nada de importancia; se repondrá con un poco de aire fresco. ¿Puede ir a la cubierta ahora?

—¡Oh, ahora mismo si quiere! Tuvimos una escaramuza con la corbeta. Su capitán es un tipo estupendo, se acercó de una forma asombrosa hasta que el señor Bowes hizo caer por la borda su mastelero de velacho. Pero ahora estamos navegando viento en popa, muy lejos de su alcance. Puede subir a la cubierta cuando quiera.

En cubierta, desde el combés, se elevaba una nube de humo negro que luego se desviaba hacia proa, y los grumetes corrían de un lado a otro con lampazos, cubos y una bomba de agua; en la cofa Babbington gritaba y maldecía, agitando los brazos; y todos los marineros parecían satisfechos de sí mismos y tenían una mirada astuta. Sus perseguidores habían ganado un cuarto de milla.

Lejos, por estribor, el sol iba bajando entre la neblina color rojo sangre, y

siguió bajando y bajando hasta que desapareció. Ya la noche llegaba desde el este, una noche sin estrellas ni luna, y en la estela de la fragata había empezado a aparecer una luz fosforescente.

Después del crepúsculo, cuando los barcos franceses no eran más que tenues manchas blancas a lo lejos, por popa, y sólo podían localizarse por el farol encendido en la cofa de la fragata del almirante, la *Surprise* lanzó varias señales luminosas azules, colocó la gavia mayor, que no había sufrido daños, y fue alejándose en dirección suroeste a una velocidad cada vez mayor.

Cuando sonaron las ocho campanadas en la guardia de prima, orzó en medio de la negra oscuridad. Jack, después de dar las órdenes para la noche, le dijo a Stephen:

—Debemos acostarnos y dormir lo que podamos, pues mañana será un día muy atareado.

—¿Piensas que no has engañado a monsieur Linois?

—Espero que sí. Estoy casi seguro de que lo he conseguido, pues no ha dejado de perseguirnos, pero es un viejo zorro, y también un perfecto marino. Desearía no ver nada por el este cuando nos reunamos con la flota mañana por la mañana.

—¿Quieres decir que podría acercarse con rapidez e interponerse entre nosotros, guiado por su intuición? Si eso ocurre, hay que suponer que el almirante tiene una presciencia que supera los límites del conocimiento humano. Un perfecto marino no es necesariamente un adivino. La atención a la adecuada colocación de las velas es una cosa, el vaticinio es otra. Sinceramente, Jack, si roncas tan fuerte Sophie pasará más de una mala noche. Creo... —se volvió hacia su amigo que, según una vieja costumbre, enseguida se había sumido en un profundo y agradable sueño del que sólo lo sacaría el aviso de que había un barco a la vista o el cambio del viento—, creo que nuestra raza tiene cierta propensión a la fealdad. Tú no eres un hombre mal parecido, incluso eras atractivo antes de que los golpes y los disparos del enemigo te dejaran tan marcado y antes de exponerte tanto a los elementos, y vas a casarte con una joven verdaderamente hermosa. Sin embargo, estoy seguro de que entre los dos tendréis niños corrientes que, como todos, van a lloriquear y chillar de forma irritante, extremadamente vulgar y monótona para atraer la atención y van a babear y echar los dientes y cuando crezcan van a convertirse en unos mentecatos. Una generación sucede a otra, sin ganar en belleza ni en inteligencia. Por analogía con los perros, o incluso con los caballos, los mejores individuos deberían llegar a una altura de nueve pies, mientras que los más pequeños no sobrepasarían la de una mesa, si bien eso no es así. Pero a pesar de que no se produce ninguna mejora, los hombres no dejan de desear la compañía de mujeres hermosas. Claro que ese no es mi caso, pues cuando pienso en Diana no cruza por mi mente la idea de tener hijos. Nunca contribuiría a la infelicidad del mundo trayendo más personas a él, y aunque

tuviera esa idea, me parece absurdo pensar en Diana como madre. No tiene instinto maternal; sus virtudes son de otra clase.

Bajó la mecha del farol hasta que la llama se redujo a una línea azul y subió sigilosamente a la inclinada cubierta. Se metió entre un rollo de cabos y la amurada y se puso a contemplar el mar, agitado y oscuro, y el cielo, entre cuyas nubes empezaban a asomar las brillantes estrellas. Y allí permaneció, pensando en las virtudes de Diana Villiers y tratando de definirlas, oyendo las sucesivas campanadas y el grito: « ¡Todo bien!» repitiéndose por la fragata, hasta que comenzó a iluminarse el cielo por el este.

—Le he traído una taza de café, doctor —dijo Pullings, que había aparecido de repente a su lado—. Y cuando se la haya bebido iré a llamar al capitán. Se pondrá muy contento. —Todavía hablaba en voz muy baja, como solía hacerse durante la guardia de noche, aunque ya habían llamado a los marineros del cámbe y estaba aumentando la actividad en la fragata.

—¿Por qué va a ponerse muy contento, Thomas Pullings? Has sido muy amable al traerme esta bebida tan reconfortante, tan estimulante. Te lo agradezco mucho. ¿Por qué va a ponerse muy contento?

—Pues porque las luces de cofa de los mercantes se ven desde hace un rato, y seguro que cuando amanezca los veremos exactamente donde él calculó que estarían, quitando los rizos de las gavias. ¡Casi es imposible creer que se pueda navegar con tanta precisión! Ha seguido una ruta sinuosa, como Tom Cox, para alejarse de Linois.

Cuando Jack apareció ya había luz suficiente para ver las cuarenta jarcias de los mercantes, que ocupaban una amplia zona al oeste. Sonrió y abrió la boca para decir algo, pero en ese momento la misma luz hizo que la *Surprise* fuera visible desde una lejana embarcación situada al este, que empezó a disparar furiosamente como si estuviera en una solitaria batalla.

—Suba al tope Braithwaite —ordenó—, y dígame lo que ve.

La respuesta llegó flotando en el aire.

—Es el bergantín francés, señor. Está haciendo un montón de señales. Y me parece distinguir otro barco al norte de él.

Era justamente lo que temía. Linois había mandado el bergantín hacia el norte, y ahora éste comunicaba a sus amigos, más allá del horizonte, dónde estaba la fragata y tal vez incluso la flota de la Compañía.

La estratagema cuidadosamente preparada había fracasado. Durante la noche, Jack había intentado alejar mucho a Linois hacia el suroeste, con el fin de que la *Surprise* virara y fuera al encuentro de la flota en la oscuridad y ya no pudieran verla por la mañana. Con la gran velocidad de la fragata (¡habían ido a toda vela!) podría haberlo conseguido, pero no había sido así. O bien alguno de los componentes de la escuadra había visto el brillo de sus velas cuando se dirigía hacia el norte pasando entre sus perseguidores, o bien Linois había intuido que

ocurría algo o que intentaban engañarle y, dando por terminada la persecución, había enviado al bergantín de regreso a su zona de cruce y lo había seguido con el resto de la escuadra una hora después a toda velocidad, para encontrar el rastro de la flota de la Compañía. No obstante, su estratagema no había fracasado totalmente, pues le había permitido ganar un tiempo precioso. ¿Pero cuánto tiempo? Jack puso rumbo hacia donde estaban los mercantes y subió a las crucetas. El maldito bergantín estaba a unas cuatro leguas de distancia y disparaba todavía, como si fuera la noche de Guy Fawkes^[18]; la otra embarcación se encontraba más o menos a la misma distancia de éste y no la habría visto de no haber sido por la brillante luz del horizonte a aquella hora, que hacía destacarse la punta de las sobrejuanetes en el cielo. Estaba seguro de que era una de las fragatas y de que todos los componentes de la escuadra de Linois, menos la corbeta, estaban alineados en la probable zona de paso de los mercantes, y puesto que el monzón no variaba no había posibilidad de evitarlos. Podían navegar más rápido que la flota de la Compañía, pero no mucho más rápido, y Linois tardaría la mayor parte del día en concentrar su fuerza y alcanzarla.

Los capitanes de más antigüedad subieron apresuradamente a bordo de la *Surprise* encabezados por el señor Muffit, el comodoro. La señal que ondeaba en la punta del palo mayor de la fragata y la urgente llamada del comodoro a los rezagados, les habían dado una idea general de la situación. Estaban muy serios, ansiosos y preocupados, aunque algunos, lamentablemente, no cesaban de hablar, hacer exclamaciones, culpar a las autoridades por no protegerles y aventurar hipótesis sobre dónde había estado realmente Linois todo ese tiempo. La sección naval de la Compañía de Indias era un organismo disciplinado y competente, cuyas normas exigían al comodoro reunirse en consejo con los capitanes y escuchar su parecer antes de llevar a cabo una acción trascendente; y como en muchos otros consejos para decidir acciones de guerra, en éste hablaban demasiado, divagaban y había tendencia al pesimismo. Jack nunca había echado tanto de menos la superioridad y el rigor de la Armada real como al oír el discurso del señor Craig, que trataba de explicar cuál habría sido la situación si no hubieran esperado por el barco de Botany Bay y los dos portugueses.

—Caballeros —dijo Jack por fin, dirigiéndose a los tres o cuatro hombres que estaban sentados a la mesa—, éste no es momento para discutir. Sólo se pueden hacer dos cosas: huir o luchar. Si huyen, Linois atrapará uno a uno todos los barcos de la flota, pues, por una parte, sólo puedo detener una de sus fragatas, y por otra, la *Marengo* puede avanzar cinco leguas por cada tres que avancen ustedes y puede volar dos de sus barcos de una sola vez. Por el contrario, si luchamos, si agrupamos nuestras fuerzas, podremos responder a sus disparos uno a uno.

—¿Quién va a disparar los cañones? —dijo una voz.

—Ya hablaré de eso, señor. Además, hace un año que Linois no va a un astillero y está a tres mil millas de distancia de Île de France, así que tendrá escasez de provisiones, y un palo o cincuenta brazas de cabo de dos pulgadas son mucho más valiosos para él que para nosotros; probablemente no habrá ni un solo mastelero de recambio en toda la escuadra. No debe exponerse a sufrir graves daños, no debe llevar adelante el ataque si la resistencia es muy fuerte.

—¿Cómo sabe que no ha repostado en Batavia?

—Dejaremos eso por el momento, por favor —dijo Jack—. No hay ni un minuto que perder. Les explicaré mi plan. Ustedes tendrán tres navíos más de los que Linois supone, pues los tres navíos mejor armados llevarán gallardetes de navíos de guerra y la bandera azul...

—No estamos autorizados a llevar la bandera de la Armada.

—¿Me deja continuar, señor? Asumo esa responsabilidad y me encargaré de darles el permiso necesario. Los mercantes más grandes se alinearán al frente y llevarán a bordo a todos los hombres disponibles en el resto del convoy para disparar los cañones; los barcos más pequeños deberán alejarse por sotavento. Mandaré a un oficial a cada uno de los falsos navíos de guerra y les enviaré a todos los artilleros de los que pueda prescindir. Si formamos una perfecta línea y nos colocamos cerca unos de otros, puesto que somos más numerosos, podremos atacarle por el frente o por la retaguardia y vencerle; con uno o dos de los mercantes por un lado y la *Surprise* por el otro seguro que lo conseguiremos si podemos darle a la fragata de setenta y cuatro cañones, y ya no digamos si le damos a las otras fragatas.

—¡Escúchenle! ¡Escúchenle! —exclamó el señor Muffit, cogiendo la mano de Jack—. ¡Válgame Dios, así se habla!

En medio de aquella confusión de voces se oía claramente a algunos apoyarle con firmeza y con verdadero entusiasmo (un capitán incluso golpeaba la mesa y gritaba: « ¡Les pegaremos una y otra vez! »). Sin embargo, también se oía a otros que no tenían su misma opinión: « ¿Ha oído alguien alguna vez que un mercante con las cubiertas repletas y pocos marineros haya resistido siquiera cinco minutos el ataque de un potente navío de guerra?... La mayoría sólo tenemos miserables cañones cortos de dieciocho libras... Un plan mucho, mucho mejor sería separarnos; algunos seguramente podríamos escapar... La *Dorsetshire* puede navegar a más velocidad que los franceses... ¿Pueden citar los caballeros algún caso en que un barco cuyas descargas eran de 270 libras hubiera resistido el ataque de un enemigo que podía lanzar 950? » .

—Señor Craig —dijo Muffit antes de que Jack pudiera responder—, ¿no sabe usted que el capitán Aubrey es el caballero que iba al mando de la corbeta *Sophie* cuando ésta capturó la *Cacafuego*, una fragata de treinta y dos cañones? Y, según tengo entendido, señor, la *Sophie* no lanzaba grandes descargas.

—Veintiocho libras, señor —dijo Jack, enrojando.

—Bueno —dijo Craig—, he hablado teniendo en cuenta los intereses de la Compañía. Admiro al caballero, desde luego, y lamento no haberme acordado de su nombre. Espero que no me considere un cobarde. He hablado así pensando en la Compañía y en mi cargamento, no en mí mismo.

—Me parece, caballeros —dijo Muffit—, que la opinión general del consejo es favorable al plan del capitán Aubrey, y la mía también. No oigo a nadie oponerse. Caballeros, les ruego que vuelvan a sus barcos, preparen la pólvora, saquen los cañones y atiendan a las señales del capitán Aubrey.

* * *

En la *Surprise* Jack llamó a sus oficiales a la cabina y dijo:

—Señor Pullings, usted se irá al mercante *Lushington* con Collins, Haverhill y Pollyblank. Señor Babbington, usted al *Royal George* con los hermanos Moss. Señor Braithwaite, usted al bergantín para repetir las señales; llévese el conjunto adicional de banderas. Señor Bowes ¿cómo podría persuadirle de que se ocupara de los cañones del *Earl Camden*? Sé que usted puede apuntarlos mejor que cualquiera de nosotros.

El contador se puso rojo de satisfacción y, sonriendo, dijo que si el capitán lo deseaba, él abandonaría el queso y las velas, aunque no sabía si le gustaría, y pidió que le acompañaran Evans y Joe Fresa.

—Entonces todo está arreglado —dijo Jack—. Bien, caballeros, éste es un asunto delicado. No debemos ofender a los oficiales de la Compañía, y algunos de ellos son muy sensibles; el más mínimo malestar sería desastroso. Los marineros deben entender bien esto: no habrá orgullo ni distancia ni ninguna referencia a los carritos de té ni hablarán del modo en que hacemos las cosas en la Armada. Nuestro único objetivo es conseguir que sus cañones hagan fuego con rapidez y dispararle de cerca a Linois para dañar sus palos y sus aparejos lo más posible. No hay necesidad de hundirlo ni de matar a sus hombres; él daría a su contramaestre a cambio de un botalón de ala. Además, ni aun con el mejor propósito del mundo hundiríamos una fragata de setenta y cuatro cañones. Debemos disparar como franceses por una vez. Señor Stourton, usted y yo haremos una lista de los artilleros que podemos enviarles, y mientras distribuyo a los hombres en los mercantes, usted llevará la fragata hacia el este y observará los movimientos de Linois.

Al cabo de una hora ya estaban alineados quince formidables mercantes con las velas en facha, a un cable de distancia uno de otro, y un rápido bergantín que repetiría las señales. Los botes iban y venían entre los barcos más pequeños y

traían voluntarios para los cañones. Y durante toda la mañana Jack fue de un lado a otro de la línea en su barcaza, distribuyendo a los oficiales y los artilleros y dando ánimos y discretos consejos y derrochando simpatía. Esa simpatía no era forzada en casi ningún caso; la mayoría de los capitanes eran buenos marinos, y puesto que el entusiasta comodoro ejercía una gran influencia sobre ellos, se habían puesto a trabajar con tanto empeño que Jack estaba encantado. Las cubiertas se despejaban con rapidez; los tres barcos escogidos para llevar los gallardetes, el *Lushington*, el *Royal George* y el *Earl Camden*, empezaban a parecer navíos de guerra, transformados por el blanqueador que cubría los costados y las vergas sobrejuanetes cruzadas; y los cañones rodaban hacia afuera y hacia adentro sin pausa. No obstante, había algunos capitanes raros, apáticos, pesimistas y reservados, y dos de ellos eran tímidos y atontados. Pero los pasajeros representaban la mayor dificultad; con Atkins y los otros miembros del séquito del señor Stanhope no había ningún problema, pero las mujeres y los civiles importantes pedían entrevistas personales y explicaciones. En una ocasión una mujer salió de improviso de una escotilla y le dijo que no apoyaba ninguna forma de violencia..., a Linois se le debía convencer con razones..., seguro que podrían hacerle entrar en razón... Jack estuvo muy ocupado, y sólo de vez en cuando —como ahora, al sentarse en la barcaza junto a Church, su solemne ayudante de campo— tuvo tiempo de pensar en aquella observación: «¿Cómo sabe que no ha repostado en Batavia?».

No lo sabía, y sin embargo, toda su estrategia estaba apoyada en esa suposición. No lo sabía, pero aun así estaba dispuesto a arriesgar todo basándose en una intuición, aunque de cierta lógica. Sí, tuvo aquella intuición al ver la forma cautelosa en que Linois gobernaba su barco y mil detalles que apenas podría describir, pues todo eso contrastaba con la actitud despreocupada de Linois en el Mediterráneo, cuando tenía Tolón y su astillero a pocos días de navegación. Pero incluso una certeza absoluta podía quedar sin valor: él no era infalible y Linois había pasado por muchas guerras y era un contrincante astuto y peligroso.

La comida con el capitán Muffit en el *Lushington* fue un alivio, no sólo porque Jack estaba muerto de hambre, ya que no había desayunado, sino porque Muffit era un hombre con quien se avenía muy bien. Ambos estaban de acuerdo sobre la disposición en la línea de batalla y la manera de llevar a cabo el combate —con tácticas agresivas en vez de defensivas— y sobre cuál era la comida más adecuada para reanimar un espíritu cansado y aturdido.

Church apareció cuando estaban tomando el café.

—La *Surprise* está haciendo señales, señor, con su permiso —dijo—. La *Sémillante*, la *Marengo* y la *Belle Poule* siguen rumbo este cuarta al sur a unas cuatro leguas; la *Marengo* ha puesto en facha las gavias.

—Linois está esperando a que llegue la *Berceau* —dijo Jack—. No le veremos hasta dentro de una o dos horas. ¿Qué le parece si damos una vuelta por

la cubierta, señor?

Cuando se quedó solo, el guardiamarina devoró silenciosamente los restos del pudding y se metió en el bolsillo dos panecillos. Luego corrió a alcanzar a su capitán, que estaba con el comodoro en la popa, observando los últimos botes que se alejaban de la línea llevándose a los pasajeros a la división de sotavento, hipotéticamente más segura.

—No tengo palabras para expresar la paz que siento al verles marchar, una paz inmensa, profunda —dijo en voz baja Muffit—. En el caso de ustedes, los almirantes, los comisarios, y también el enemigo, pueden hacer que se sientan abatidos; pero los pasajeros... «¡Capitán, hay ratones en este barco! Se han comido mi sombrero y dos pares de guantes. Me quejaré a los directivos; mi primo es un directivo». «Capitán, ¿por qué no puedo conseguir un huevo pasado por agua en este barco? Le dije al cocinero indio que mi hijo no podía digerir una yema dura». «Capitán, no hay armarios ni cajones en mi cabina, no hay ningún espacio para colgar nada, no hay espacio, no hay espacio, no hay espacio, ¿me oye usted, señor?». Tendrá el espacio que se merece cuando esté a bordo de un barco modesto donde van diez arpías encerradas en una cabina. ¡Ja, ja! Me encanta verles marchar; esa distancia aún me parece poca.

—Entonces vamos a aumentarla. Déles permiso para separarse y dé la señal de volver a cambiar de bordo en sucesión; así habrá matado dos pájaros de un tiro. Un corazón que no se alegra es un corazón enfermo.

Aparecieron las banderas de señales. Los barcos que estaban a sotavento, obediéndolas, se hicieron a la vela y los que formaban la línea de batalla se prepararon para virar. Primero el *Alfred*, luego el *Coutts*, después el *Wexford* y ahora el *Lushington*. Y cuando éste se acercaba a la turbulenta estela donde el *Wexford* había comenzado a girar, el señor Muffit tomó el lugar del timonel y viró suavemente y con extrema precisión. El *Lushington* viró noventa grados y la *Surprise* apareció por la amura de babor. Al ver el casco cuadriculado y los altos mástiles de la fragata Jack se animó y su expresión seria dejó paso a una radiante sonrisa. Pero después de este instante de indulgencia miró hacia el horizonte, por detrás de la fragata, y allí pudo ver claramente las juanetes de la escuadra de Linois.

El *Lushington* tomó su nuevo rumbo. El señor Muffit se alejó del pasamanos frotándose la cara, pues ahora que el mercante había virado, el sol daba de lleno en la popa, en la cual el toldo había sido reemplazado hacia tiempo por una red que protegía contra la caída de trozos de madera, no contra los ardientes rayos del sol. Se dirigió rápidamente al costado y desde allí observó los barcos del centro y de la retaguardia. Otra vez los barcos habían formado la línea, una línea de milla y media de longitud, y tenían la proa hacia el sureste y el viento por la aleta de babor. La línea de barcos se extendía entre el enemigo y el resto del convoy, y puesto que el conjunto de sus cañones no era muy potente, su fuerza

estribaba en que eran numerosos y podían apoyarse unos a otros por estar situados muy próximos. Además, era una línea muy ordenada; el *Ganges* y el *Bombay Castle* tendían a desviarse un poco hacia sotavento, pero mantenían la distancia correcta. Los capitanes de la Compañía de Indias sabían gobernar sus barcos, de eso no había duda. Ya habían hecho esa maniobra tres veces y ninguna habían vacilado ni cometido errores. Una maniobra lenta, si se comparaba con las de la Armada, pero hecha con extraordinaria seguridad. Sabían gobernar sus barcos, pero ¿sabían también entablar combate con ellos? Esa era la cuestión.

—Admiro el perfecto orden de esta línea, señor —dijo Jack—. La flota del Canal no podría formarla mejor.

—Me satisface oírle decir eso —dijo Muffit—. Aunque no tenemos expertos tripulantes como ustedes, tratamos de hacer las cosas como los buenos marinos. Pero aquí entre nosotros y la bitácora —lo llevó aparte—, creo que la presencia de sus hombres tiene algo que ver con eso. No hay ninguno de nosotros que no se dejara arrancar un diente antes que perder los estayes en presencia de un oficial del Rey.

—Eso me recuerda una cosa —dijo Jack—. ¿Le molestaría a usted ponerse la chaqueta que usan los oficiales del Rey, le molestaría a los caballeros al mando de los barcos con gallardetes? Linois es condenadamente astuto, y si logra ver con su catalejo el uniforme de la Compañía en barcos que aparentan ser navíos de guerra, descubrirá lo que ocurre, y eso le animará a lanzar un ataque más fuerte que lo previsto.

Era una sugerencia ofensiva y no muy bien expresada. Muffit pensó en ella con detenimiento. Consideró la posible ventaja, la extrema gravedad de la situación, y después de unos momentos dijo que se sentiría muy honrado, muy satisfecho.

—Entonces mandaré venir la fragata y le enviaré en un bote todas las chaquetas que tenemos.

La *Surprise* se acercó navegando con el viento, rodeó la línea y se detuvo poniendo el velacho en facha, con la agilidad y la gracia de un pura sangre.

—Adiós, capitán Muffit —dijo Jack, estrechándole la mano—. No creo que volvamos a vernos antes de que ese caballero esté con nosotros, pero sé que estamos de acuerdo en todo. Y permítame añadir que estoy muy contento de tener un colega como usted.

—Señor —dijo el capitán Muffit, dándole un férreo apretón—, me honra usted inmerecidamente.

La enorme satisfacción de estar a bordo de su propia fragata otra vez..., la vivacidad y la rápida reacción de ésta en contraste con la torpeza y la lentitud del mercante..., sus cubiertas despejadas, completamente limpias de proa a popa..., todos los detalles que le resultaban tan familiares, incluyendo el tenue sonido del

violonchelo de Stephen que llegaba de abajo, una improvisación sobre un tema que él conocía muy bien pero cuyo nombre no recordaba...

La fragata se colocó al frente de la línea, y en el alcázar, rara vez tan vacío como ahora (sólo quedaban en él los cadetes menos espabilados y el segundo oficial, aparte de Etherege y el señor Stourton), Jack escuchó el informe de su primer oficial sobre los movimientos de Linois. El informe confirmó su propia impresión: el almirante había agrupado sus fuerzas, y su aparente retraso era, en realidad, un intento de conseguir ventaja y conocer bien la situación antes de comprometerse.

—Creo que virará en cuanto alcance nuestra estela —dijo—, y entonces empezará a moverse con más rapidez. Pero aun así, dudo que nos alcance antes del crepúsculo.

Mandó recoger todas las chaquetas de oficiales que hubiera a bordo y se acercó al coronamiento, donde se encontraba el señor White solo, triste y desconsolado.

—Tengo entendido que ésta es la primera vez que participa en la guerra, señor —dijo—. Debe de encontrarla fastidiosa porque no tiene usted una cabina ni comidas apropiadas.

—¡Oh, no, señor, eso no me importa en lo más mínimo! —afirmó el pastor—. Pero debo confesar que, por ignorancia, esperaba algo más, ¿cómo le diría...? Más emocionante. Estas maniobras sumamente lentas y esta prolongada y ansiosa anticipación no formaban parte de la idea que tenía de una batalla. Tambores y trompetas, gallardetes, apasionadas exhortaciones, gritos de guerra, entablar combate enseguida, los gritos del capitán, todo eso formaba mi idea, no esta interminable espera en completa inmovilidad, con una enorme desazón. No interprete mal mis palabras, pero le aseguro que me asombro de que pueda soportar este aburrimiento.

—Es la costumbre, sin duda. La guerra tiene nueve partes de aburrimiento, y en la Armada nos acostumbramos a él. Pero la última hora compensa todo lo demás, créame. Seguro que mañana pasará algo emocionante, o tal vez esta noche. Me temo que no habrá trompetas ni exhortaciones, pero en cuanto a los gritos, haré todo lo que pueda, y me atrevería a decir que los cañones acabarán con su aburrimiento. Su sonido le gustará, estoy seguro, es algo que levanta el ánimo de una forma asombrosa.

—Su observación es muy interesante, no cabe duda, y me recuerda cuál es mi deber. ¿No sería conveniente una preparación espiritual además de la física?

—Bueno —dijo Jack pensativo—, agradeceríamos mucho un tedeum cuando todo haya acabado, pero en este momento me temo que no es posible preparar la iglesia. —Había servido a las órdenes de capitanes beatos y había empezado sangrientas batallas con salmos de fondo, lo que le resultaba extremadamente desagradable—. Pero si fuera posible, y no lo digo con ligereza, rezaría por una

marejada, una marejada muy fuerte. Señor Church, haga la señal de cambiar de bordo en sucesión. Todos los hombres a virar.

Se subió a la batayola para observar el bergantín, que estaba apartado de la línea, en un lugar donde podían verlo todos sus barcos; era de gran importancia que Braithwaite repitiera las señales con rapidez. Las banderas de señales fueron izadas y por barlovento se disparó un cañonazo. « Les concederé un momento para que lo piensen », se dijo. Esperó hasta que cesó la actividad en el castillo del *Alfred*, justo a popa, y entonces gritó:

—¡Preparados! ¡Timón a sotavento!

Con este movimiento los mercantes giraban hacia el lugar donde la *Surprise* había virado. Mientras tanto, la *Surprise*, ahora en dirección contraria, iba pasando junto a cada uno de ellos en el momento en que viraban, y la línea se convirtió en una pronunciada curva que parecía seguir a su líder. Jack los miraba con gran atención al pasar. El *Alfred* y el *Cloutts*, donde iban sus oficiales de derrota; con la prisa al *Cloutts* se le había trabado la botavara en el coronamiento del *Alfred*, pero ambos se separaron sin más daños que palabrotas y airadas protestas en un dialecto indio. Luego el *Wexford*, una embarcación de extraordinarias cualidades; podía darles a los otros su gavia mayor y aún mantener su posición. Tenía un capitán excelente, muy determinado, que había escapado al ataque de un grupo de piratas en Borneo el año anterior. Después el *Lushington*, en cuyo alcázar podía ver a Pullings junto al señor Muffit, y distinguía incluso su sonrisa. También se veían otras chaquetas del uniforme de la Armada real. Luego el *Ganges*, el *Exeter* y el *Avergavenny*. Éste último tenía todavía toneles de agua en la cubierta. ¿En qué estaba pensando su capitán? Era Gloag, un hombre débil y viejo. « ¡Dios mío! No permitas nunca que mi cuerpo sobreviva a mi mente », pensó. En el centro estaba el espacio para la *Surprise*. Luego el *Addington*, una embarcación rápida pero horrible. El *Bombay Castle*, que estaba un poco desviado a sotavento; a bordo el contramaestre y El Fiable todavía estaban ajustando las retrancas de los cañones. Después el *Camden*, donde vio a Bowes acercarse a popa con rapidez, aunque cojeaba, para quitarse el sombrero cuando pasaba la *Surprise*. Nunca había hecho a ningún hombre tan feliz como al contador cuando le había confiado los cañones del *Camden*, aunque Bowes no era una persona violenta en absoluto. El *Cumberland*, una embarcación enorme y pesada que no navegaba bien de bolina y estaba atagallada para poder mantenerse en su posición. El *Hope*, que tenía al mando a otro estúpido apático y quisquilloso. Luego el *Royal Beauty*, que era una belleza. Cualquiera podría jurar que era un navío de la Armada. Podía ver en el alcázar una de sus mejores chaquetas con la charretera brillando al sol. Tal vez le quedaba un poco grande al capitán, pero merecía llevarla, pues era el mejor de todos después de Muffit.

Estaba junto a Babbington detrás de los pescantes y los dos reían. El *Dorset*, con más tripulantes europeos que lo habitual pero sólo con una miserable fila de cañones de juguete. El *Ocean*, de comportamiento dudoso.

—Señor —dijo Stourton—, con su permiso, Linois está virando.

—¿Ah, sí? —dijo Jack mirando hacia atrás—. Por fin ha alcanzado nuestra estela. Es hora de tomar posiciones. Señor Church, haga la señal de disminuir vela. Señor Harrowby, tenga la amabilidad de situar la fragata entre el *Addington* y el *Avergavenny*.

Hasta ese momento Linois había estado maniobrando para aprovechar el viento y agrupando sus fuerzas, y sólo hacía bordadas cortas, unas veces en dirección a los mercantes y otras en dirección contraria. Pero por fin había formado una línea, y ese movimiento indicaba la persecución inmediata.

Mientras la *Surprise* volvía a su puesto Jack enfocó la escuadra francesa con el catalejo, aunque no lo necesitaba para ver las posiciones de los barcos, pues ya se veían sus cascos, sino para fijarse en los detalles de la jarcia, que le permitirían saber lo que pensaba Linois. Lo que vio no le sirvió de consuelo: los barcos franceses estaban desplegando velas como si no tuvieran ninguna preocupación. Al frente estaba la *Sémillante*, que ya desplazaba bastante agua con la proa; la *Marengo*, justo detrás, desplegaba las sobrejuanetes; y en la *Belle Poule*, todavía un cuarto de milla más atrás, ya se estaban hinchando todas las velas. Después estaba la *Berceau*. Jack no podía entender cómo había podido desplegar tanto velamen después de la paliza que había recibido..., eso era una gran hazaña. Indudablemente, había excelentes marinos en la *Berceau*.

Ahora los mercantes navegaban con pocas velas desplegadas y el viento a dos grados por estribor, y Linois se encontraba a cinco millas de distancia y se aproximaba a ellos por el este, siguiendo su misma dirección. Jack podría retrasar el ataque si orzaba; podría retrasarlo hasta por la mañana, a menos que Linois se arriesgara a luchar de noche. Un retraso tenía muchas ventajas: el descanso, la comida, una mayor preparación; además, el orden en que se encontraban los mercantes no era el que deseaba. Pero, por otra parte, actuar con resolución era fundamental. Había que hacer creer a Linois que la flota tenía una escolta, tal vez no muy potente, pero sí lo bastante para causarle serios daños con ayuda de los mercantes armados, en caso de que pasara de ciertos límites en su ataque. Y en cuanto al orden de los mercantes, podría formarse mucha confusión si lo cambiaba ahora, pues no estaban acostumbrados a esas maniobras, y después de todo, una vez que empezara la lucha, una vez que el humo, el ruido y la confusión de la batalla acabaran con la rígida formación y la comunicación, los capitanes que verdaderamente quisieran acercarse al enemigo lo harían, los otros no.

La táctica que él y Muffit habían acordado emplear, y que les habían explicado a los capitanes, consistía en acercarse al enemigo y hacer un

movimiento envolvente. Debían seguir formando la línea de batalla hasta el último momento, y entonces rodear los barcos franceses y atacar cada uno con dos o tres baterías; podrían derrotarles por ser superiores en número, a pesar de que los disparos de los mercantes no fueran muy potentes. Si no era posible virar ordenadamente, cada capitán debía de hacer lo que juzgara conveniente para colocarse de esa manera; debía haber un grupo de mercantes alrededor de cada barco francés cortando sus velas y sus aparejos desde la distancia más corta posible.

Ahora, después de horas de reflexión, seguía pensando que esa era la mejor idea: la distancia corta era fundamental para que fueran efectivos los disparos de sus imprecisos cañones. Y si él estuviera en el lugar de Linois, le disgustaría mucho verse rodeado de un enjambre de barcos que obstaculizaran sus movimientos y le dispararan con determinación, sobre todo si entre ellos había navíos de guerra. Su principal temor, aparte de la duda sobre la capacidad de los mercantes para luchar, era que los potentes cañones franceses, bien apuntados, podían darle a sus barcos desde una distancia de mil yardas.

Linois desapareció detrás de la trinquete del *Addington* cuando la *Surprise* se colocaba en su puesto, en el centro de la línea. Jack miró hacia el tope y sintió de pronto un gran cansancio. Tenía la mente muy clara, y representaba en ella la variación constante de las fuerzas opuestas con puntos en un gráfico, pero no tenía fuerza en los brazos ni las piernas. « ¡Dios mío, me estoy haciendo viejo! », pensó. « La escaramuza de ayer y hablar con todas esas personas me ha agotado. Pero Linois es todavía más viejo. Si se acerca ahora puede que cometa un error ».

— ¡Bonden! —gritó—. Sube al tope y dime cuál es su posición.

Estaban a tres grados por la aleta; a dos grados y medio por la aleta; la *Belle Poule* había desplegado la trinetilla y se había aproximado a la fragata de dos puentes; navegaban muy juntas. Se oían los gritos de las órdenes a intervalos y el sol descendía cada vez más por el oeste. Cuando Bonden comunicó por fin que la *Sémillante* estaba muy lejos de la línea, Jack le dijo al guardiamarina encargado de las señales:

— Señor Lee, haga la señal de desviarse un grado y prepare las banderas para indicar: *Prepararse para virar en redondo todos juntos al oír cañonazo; rumbo sureste cuarta al este; los primeros atacar por barlovento, los del centro y la retaguardia por sotavento.*

Esa era la audaz maniobra de un capitán deseoso de llevar a cabo una gran acción de guerra. Al virar en redondo se invertiría el orden de los mercantes y, siempre en línea, éstos irían rápidamente al encuentro de la escuadra francesa, que navegaba de bolina en dirección contraria. La línea se rompería cuando estuvieran cerca de ellos y tratarían de atraparlos entre dos fuegos. Aunque de esta forma no aprovecharían el viento, él no se atrevía a ordenar que viraran

todos por avance porque, al estar tan juntos, la maniobra sería demasiado peligrosa. Incluso virar en redondo simultáneamente era bastante peligroso, aunque el hecho de desviarse unos minutos antes conseguiría que fuera más seguro. Posiblemente Linois consideraría esto un signo de confianza.

Ahora se habían desviado de la dirección del viento; la línea se inclinó más hacia el sur, con el viento por la amura.

—Adelante, señor Lee —dijo, y miró de nuevo hacia el bergantín, donde enseguida aparecieron muy claras las señales repetidas—. Debo dar tiempo a los mercantes para interpretarlas.

Se paseaba de un lado a otro, y mientras tanto, el humo acre que salía de la mecha retardada para el cañonazo de señal se dispersaba por la cubierta. Notó que su respiración era entrecortada; sabía que todo, todo dependía de que esa maniobra se hiciera correctamente. Si no se mantenían en orden, si les faltaba resolución, Linois descubriría su juego y en cinco minutos estaría allí, pasando entre ellos mientras disparaba por ambos costados con sus cañones de treinta y seis y veinticuatro libras. Una vuelta más; otra. Y entonces gritó:

—¡Fuego! ¡Todos a virar!

De una punta a otra se oían sucesiones de órdenes y los agudos pitidos de los contramaestres. Los barcos empezaron a virar, colocándose de forma que tenían el viento justo en popa, luego por la aleta de babor, de través y más adelante, y sus vergas giraron y giraron, cada vez con más dificultad, hasta que todos, apenas con alguna irregularidad, quedaron situados con el viento por la amura de babor. Cada uno había virado en su puesto, y ahora el *Ocean* estaba al frente y el *Alfred* al final.

Fue una maniobra muy bien ejecutada, casi sin ningún error.

—Señor Lee, haga la señal de desplegar más velas e izar la insignia.

Sería una insignia azul, porque el almirante que estaba en Bombay era Hervey, un contraalmirante de la escuadra azul. La *Surprise*, en cambio, la usaría blanca, pues estaba bajo las órdenes del Almirantazgo. Eran unas hermosas insignias e imponían respeto; pero la velocidad de los mercantes no aumentaba.

—Haga la señal que indique: *Ocean desplegar más velas; repito, Ocean desplegar más velas* —dijo Jack—. Y dispare dos cañonazos.

Frente a ellos, por la amura de babor, estaba la escuadra francesa formando una línea recta, con las banderas ondeando y la insignia del almirante en el palo de mesana. Las velocidades a que se acercaban las dos líneas sumaban catorce nudos, y en menos de cinco minutos estarían una al alcance de la otra.

Jack corrió hacia proa, y cuando llegó al castillo Linois disparó un cañonazo. Pero era un disparo de foguero, de señal, y apenas el humo se había dispersado cuando los barcos franceses orzaron, poniendo rumbo nornoroeste y declinando el enfrentamiento. Al regresar al alcázar, Jack hizo la señal de virar de bordo en sucesión. Todos los mercantes viraron y se situaron en dirección al sol, que ya se

ocultaba.

Desde lo profundo de la fragata llegaba todavía el sonido grave y quejumbroso del violonchelo. Y de repente Jack recordó el nombre de la melodía: era la Suite en re mayor de Boccherini. Sonrió, y su amplia sonrisa reflejaba muchas clases de felicidad.

—Caballeros —dijo—, los mercantes lo han hecho muy bien, ¿no les parece?

—Casi no podía creerlo, señor —respondió Stourton—. Ningún barco chocó con otro. Fue así porque se les dio tiempo para desviarse, no cabe duda.

—A Linois no le gustó —afirmó Etherege—. Pero hasta el último minuto no creí que se retiraría, no estaba claro si lucharía de noche o no.

—Los oficiales de la Compañía tienen buen comportamiento. Muchos de ellos son hombres serios —dijo Harrowby.

Jack se rió. Por temor o por superstición no se atrevía a dar forma a su pensamiento: «Se ha hecho una falsa idea de la situación; ha cometido un error», y mucho menos a expresarlo con palabras. Tocó un puntal y dijo:

—Pasará la noche navegando de bolina mientras nosotros nos mantendremos al pairo. Sus tripulantes estarán rendidos cuando entren en combate por la mañana. Los nuestros deberán descansar lo más posible, y comer. Señor Stourton, puesto que el contador no está, le ruego que se ocupe de la distribución de las provisiones. Los hombres deben cenar abundantemente; hay algunos jamones en mi despensa. ¿Dónde está mi despensero? Avisen a...

—Estoy aquí, señor. Estoy aquí de pie junto a las bitas desde hace tiempo —se lamentó Killick con su desagradable voz chillona— aguantando este sandwich y esta jarra de vino.

El borgoña le reconfortó como nunca lo había hecho ningún otro vino, le levantó el ánimo y le quitó el cansancio.

—Entonces, ¿no habrá batalla al final? —preguntó el pastor, acercándose entre las sombras y dirigiéndose a Etherege y al segundo oficial—. Parece que se alejan a gran velocidad. ¿Es por cobardía? He oído que los franceses son cobardes.

—No, no, no piense eso, señor White —dijo Jack—. Me han dado muchas palizas, se lo aseguro. No, no. Linois sólo está retrocediendo *pour mieux sauter*, como diría él. No debe decepcionarse; casi puedo asegurarle que habrá cañonazos por la mañana. Por eso tal vez sea mejor que vaya a acostarse enseguida y duerma todo lo que pueda. Yo haré lo mismo en cuanto me haya entrevistado con los capitanes.

Pasaron toda la noche al pairo; había faroles de popa encendidos y luces en la cofa en toda la línea, los grupos de guardia bajaron a descansar por turnos y cincuenta telescopios de noche se mantuvieron dirigidos hacia las luces del almirante Linois, que seguía navegando de bolina. En la guardia de media Jack estuvo despierto unos minutos y notó que la fragata cabeceaba mucho; sus

plegarias habían sido escuchadas, pues había una fuerte marejada que venía del sur. No tenía que temer a los disparos de los franceses a larga distancia, pues la precisión, el largo alcance y el mar en calma eran insolubles.

Empezó a amanecer, y la suave luz, difundiéndose lentamente sobre el mar agitado, hizo visibles las escuadras británica y francesa, separadas por tres millas. Por supuesto, Linois había pasado toda la noche preparándose y ahora, indudablemente, tenía la ventaja y podía empezar la batalla cuando quisiera. Tenía el poder, pero no parecía decidido a usarlo. Su escuadra estaba en facha, balanceándose y cabeceando con la marejada. Después de un rato, la *Sémillante* abandonó su puesto y se acercó para observarlos de cerca, llegando a situarse al alcance de los cañones, y luego volvió atrás. Los barcos franceses se mantenían lejos, a babor de los ingleses, con la proa en dirección noroeste. Y mientras tanto el calor aumentaba.

La marejada, provocada por alguna distante tempestad al sur, se entrecruzaba con el invariable monzón del noreste, y cada pocos minutos llegaban al alcázar de la *Surprise* las agradables salpicaduras del mar. «Si entablamos combate por sotavento», pensó Jack, con la vista fija en la *Marengo*, «le costará mucho abrir las portas inferiores». La *Marengo* tenía los cañones inferiores bastante altos, como todos los barcos franceses, pero aun así, con aquel viento ejerciendo tanta presión sobre el costado y el mar tan agitado, la cubierta inferior se inundaría; y el hecho de que fuera un poco inestable y tuviera tendencia a inclinarse hacia un lado, seguramente por falta de provisiones en la bodega, aumentaba las probabilidades de que ocurriera. Si Linois no podía usar los cañones inferiores, los más potentes, las fuerzas estarían casi igualadas. ¿Sería esa la razón por la cual permanecía allí en facha teniendo un convoy de un valor de seis millones de guineas a sotavento y a pesar de ser el dueño de la situación? ¿Sería simplemente incertidumbre? Tal vez estaba muy impresionado por haber visto durante toda la noche la hilera de luces de los barcos británicos, que habían permanecido al paio invitándoles a combatir por la mañana en vez de dispersarse silenciosamente en la oscuridad, como habrían hecho si la audaz maniobra del día anterior hubiera sido una estratagema.

—Llamar a los marineros a desayunar —dijo—. Y usted, señor Church, dígame a Killick que si no está en la cubierta con mi café dentro de quince segundos será crucificado a mediodía. Buenos días, doctor. Hace un día muy hermoso, ¿verdad? Aquí está el café por fin... ¿Te apetece una taza? ¿Has dormido? ¡Ja, ja, ja! ¡Es estupendo dormir!

Jack había dormido cinco horas en su coy forrado de lana y de nuevo tenía muchos bríos. Sabía que se había comprometido a llevar a cabo una empresa extremadamente peligrosa y sabía que si no tenía éxito perdería credibilidad. Aunque podría terminar mal, no creía que se había lanzado con su barco y mil quinientos hombres a una empresa temeraria; su ansiedad desapareció. Una de

las razones para creerlo era que ahora las cosas habían mejorado en la línea de batalla, pues además de que los capitanes conocían bien sus barcos y sabían gobernarlos, el éxito de su maniobra y la retirada de Linois había animado a luchar a los más reacios. Ahora había unanimidad y disposición para seguir el plan de ataque, y eso le encantaba. Pero como sabía que tanta locuacidad a primera hora de la mañana podía molestar a su amigo, se contentó con pasear de un lado a otro, balanceando la taza de café para contrarrestar el movimiento característico de los barcos al paíro y dándole mordiscos a una galleta untada de ghee^[19].

El desayuno terminó, y todavía la escuadra francesa no había hecho ningún movimiento.

—Debemos ayudarle a decidirse —dijo Jack.

Las señales aparecieron enseguida y los barcos británicos orientaron las velas para tomar el viento por estribor y viraron hacia el oeste, con las gavias y las mayores desplegadas. Enseguida la fragata empezó a moverse más suavemente, casi a deslizarse; y enseguida, allí a lo lejos, los barcos franceses viraron en redondo y empezaron a navegar en dirección sur para ir al encuentro de los mercantes.

—¡Por fin! —exclamó—. ¿Qué hará ahora?

Estuvo observándolos el tiempo suficiente para asegurarse de que aquel no era un movimiento sin objetivo sino el verdadero inicio de los acontecimientos y entonces dijo:

—Stephen, es hora de que te vayas abajo. Señor Stourton, llame a todos a sus puestos.

El tambor llenaba el aire con un ruido atronador, mucho más fuerte que el de una trompeta. Pero ya no había nada que hacer en la *Surprise*, pues desde hacía tiempo la cubierta estaba libre de estorbos para el combate, las vergas protegidas y aseguradas con cadenas, las redes protectoras colocadas, los cartuchos llenos de pólvora, esperando, las balas de todas clases preparadas, las mechas humeando en pequeños cuencos de metal por toda la cubierta; los hombres corrieron a sus puestos y allí permanecieron, de pie o arrodillados, mirando al enemigo por encima de los cañones. Los franceses se acercaban con pocas velas desplegadas, y la *Marengo* iba al frente. No estaba claro lo que intentaban hacer, pero la opinión general entre los marineros más viejos era que enseguida cambiarían de bordo, tomarían un rumbo paralelo al de los mercantes y los atacarían por el centro y la retaguardia en la forma habitual, aprovechando que su velocidad era mayor; en cambio, otros pensaban que Linois cruzaría su estela y orzaría para atacarles por sotavento, con el fin de poder usar los cañones inferiores, aún ocultos por las portas, contra las cuales chocaban las olas. En todo caso, tanto ellos como el resto de los tripulantes de la fragata estaban convencidos de que el tiempo de las maniobras lentas se había terminado y que dentro de un

cuarto de hora empezaría el jaleo; y todos guardaban silencio, un profundo silencio no exento de angustia, deseando con vehemencia que empezara.

Jack estaba demasiado ocupado en observar su propia línea de batalla y en interpretar los movimientos de Linois para sentir la misma impaciencia, pero también deseaba que llegara el momento de luchar cuerpo a cuerpo, el momento de la verdad, porque sabía que se enfrentaba a un terrible adversario capaz de utilizar tácticas audaces y poco comunes. El siguiente movimiento de Linois le cogió por sorpresa: el almirante, considerando que el frente de la línea de batalla estaba lo bastante adelantado para sus propósitos y sabiendo que los mercantes no podían cambiar de bordo ni navegar a mayor velocidad, desplegó de repente todas las velas. Fue una maniobra bien coordinada. En todas las fragatas francesas, e incluso en el bergantín, se desplegó a la vez una gran cantidad de velamen: aparecieron las sobrejuanetes y se extendieron las alas, duplicando el ancho de las embarcaciones y dándoles un aspecto muy hermoso, que ahora, cuando se acercaban a los mercantes, era amenazador. Al principio no entendía la evolución ni por qué tomaban ese rumbo, pero de repente lo comprendió todo.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Trata de romper la línea de batalla! Lee, haga la señal de cambiar de bordo en sucesión y desplegar todas las velas posibles.

Cuando apareció la señal, pudo advertirse más claramente que esa era su intención. Linois estaba situando su potente fragata en dirección a la abertura que había entre el *Hope* y el *Cumberland*, dos de los barcos menos potentes. Intentaba cruzar la línea de batalla, separar la retaguardia, ocasionar daños con sus disparos a uno o dos barcos para mantenerles ocupados y entonces orzar y pasar a lo largo de la línea por sotavento, disparando su batería.

Jack le arrebató de las manos a Stourton la bocina, corrió al coronamiento y le gritó con toda su fuerza al barco que tenía a popa:

—¡*Addington*, gire la gavia! ¡Voy a salir de la línea!

Entonces se volvió y dijo:

—¡Todos los hombres a virar! ¡Rápido! Harrowby, vamos a situarnos en dirección al escobén de la *Marengo*.

Ahora pudo apreciarse el largo y duro entrenamiento: la fragata viró describiendo una suave curva sin detenerse ni un momento, y fue aumentando de velocidad a medida que se desplegaban sus velas. Surcaba las aguas con el pescante de sotavento cubierto por la espuma, navegando de bolina hacia un punto donde su rumbo se cruzaría con el de la *Marengo*, que quedaría cerca de la línea de batalla británica si podía mantener esa velocidad. Tenía que mantener alejada a la *Marengo* y retenerla hasta que los barcos que iban en vanguardia pudieran seguirle y reunirse con él para apoyar la *Surprise*. A esa velocidad podría conseguirlo, si no perdía ningún palo importante; eso significaba que tenía que avanzar justo hasta el costado de la *Marengo*, pero era necesario hacerlo,

sobre todo con el mar en esas condiciones. No obstante, si lo hacía, si no perdía los mástiles, ¿cuánto tiempo podría retenerla? ¿Cuánto tiempo tardaría la vanguardia en reunirse con él? No se atrevía a romper la línea de batalla, ya que la seguridad de los mercantes dependía enteramente de que permanecieran unidos y se apoyaran unos a otros con su armamento.

Subió al saltillo del alcázar y observó las posiciones una vez más. La *Surprise* ya había pasado tres barcos, el *Addington*, el *Bombay Castle* y el *Camden*, que navegaban en dirección contraria, acercándose al punto donde se haría el viraje decisivo, y estaban desplegando velas; la abertura se había cerrado. Por la amura de babor, a una milla de distancia por el noreste, estaba la *Marengo*, cuya proa era azotada por las olas. Por la aleta de babor, todavía a una milla de distancia, estaban el *Alfred* y el *Coutts*, que habían virado y ahora estaban desplegando las sobrejuanetes; el *Wexford* estaba virando, y daba la impresión de que el ansioso *Lushington* iba a chocar con él. Jack asintió con la cabeza: podrían conseguirlo. Además, no había alternativa.

Bajó de un salto y corrió a hablar con los artilleros de las brigadas. Les habló muy amablemente, casi con familiaridad, pues ya eran viejos compañeros de tripulación; los conocía a todos y simpatizaba con la mayoría. Les dijo que estaba seguro de que no iban a malgastar ninguna bala..., debían disparar alto durante un tiempo, en el momento en que la fragata estuviera arriba al balancearse..., debían usar balas normales y cuando fuera conveniente balas de cadena..., la fragata recibiría algunos impactos a medida que se acercara, pero eso no debía preocuparles, porque la fragata francesa no podía abrir las portas inferiores y ellos le darían su merecido cuando lograran estar muy próximos a ella y colocados perpendicularmente a la proa..., sabía que dispararían sin parar..., debían tomar ejemplo de El Fiable, que no había desperdiciado ni una sola bala en esta misión..., y debían tener cuidado al cebar los cañones. El Fiable guiñó el único ojo que tenía y se echó a reír.

El primer disparo de la *Marengo* cayó en el mar, a unas cien yardas del combés de babor, formando un gran penacho que el viento dispersó. El siguiente cayó más cerca, por estribor. Una pausa. Y enseguida el costado de la *Marengo* desapareció tras una nube de humo blanco que lo cubría desde la proa a la aleta; cuatro balas de aquella terrible descarga dieron en el blanco, tres en la proa y una en la serviola.

Jack miró su reloj y le dijo al escribiente que anotara la hora. Después siguió paseándose de un lado a otro con el reloj en la mano, acompañado por Stourton, hasta que se oyó el horrible estruendo de otra descarga. Fue mucho más exacta; las salpicaduras llegaron a la altura del mastelero y tantas balas de veinticuatro libras dieron en el blanco que el casco se estremeció. La fragata perdió velocidad momentáneamente y se tambaleó; en la vela mayor y la trinquete aparecieron

numerosos agujeros y un conjunto de poleas cayó en la red protectora que cubría el combés. «Casi dos minutos. No muy rápido», se dijo. (La *Surprise* no tardaba más de un minuto veinte segundos entre una descarga y otra). «Pero gracias a Dios que las portas inferiores están cerradas». Antes de que la *Marengo* disparara la siguiente descarga, la fragata estaría un cuarto de milla más cerca.

La *Sémillante*, justo detrás de la *Marengo*, abrió fuego con sus cañones de proa. Jack vio una bala acercarse a popa y pasar a cierta distancia de él cuando, en su ritual paseo, llegaba hasta el coronamiento; era una bala peculiar, con una especie de halo alrededor.

—Señor Stourton, el cañón de proa puede empezar a disparar.

No les afectaría dispararlo, podrían incluso acertar a esa distancia, y además, el ruido consolaría a los silenciosos marineros. Pasaron los dos minutos; pasaron unos segundos más. Y entonces llegó la certera descarga de la *Marengo*, golpeando la *Surprise* como un martillo, y casi ninguna bala erró el blanco. Inmediatamente después llegaron seis cañonazos de la *Sémillante*, todos muy altos.

Stourton informó:

—Los estobos de la verga cebadera se han soltado, señor. El carpintero ha dicho que hay tres pies de agua en la sentina y está taponando dos agujeros bajo la línea de flotación, no muy abajo.

Mientras hablaba se oyó el rugido del cañón de proa, y el humo de la pólvora, con su olor embriagador, estimulante, llegó hasta popa.

—Se complica el trabajo, señor Stourton —dijo Jack, sonriendo—. Pero al menos la *Sémillante* no podrá alcanzarnos otra vez. Ahora el ángulo es demasiado reducido. Cuando la *Marengo* empiece a lanzar metralla, deje que los hombres se tumben en el suelo junto a los cañones.

Por la amura de babor pudo ver cómo sacaban los cañones de la *Marengo*; estaban esperando a que la fragata se balanceara. Recorrió con la vista el alcázar casi desierto antes de reanudar sus paseos. Bonden y Carlow estaban al timón, y detrás de ellos se encontraba Harrowby, que gobernaba la fragata; Stourton, en el pescante, daba orden a los veleros de revisar la bolina de la gavia; a sotavento se encontraban el guardiamarina encargado de las señales, luego Callow, con la cabeza vendada, y el joven Nevin, el escribiente, con la tablilla en la mano; Etherege observaba los mercantes con su telescopio de bolsillo; sólo había un infante de marina de centinela en la escotilla, los demás estaban dispersos entre las brigadas de artilleros.

El estruendo de la descarga, el del cañonazo de proa, y el de las veinte balas chocando contra la fragata se oyeron simultáneamente..., el ruido era ensordecedor. Jack vio desintegrarse el timón y a Harrowby saltar hacia atrás,

hacia el coronamiento, partido en dos; y en la proa se oyó un grito. Inmediatamente se inclinó sobre un tubo que descendía por el interior de la fragata y comunicaba con los marineros que manejaban las poleas de refuerzo para reemplazar el timón.

—¡Atención, ahí abajo! ¿Se puede gobernar?

—Sí, señor.

—Muy bien. Manténganla así, ¿me oyen?

Tres cañones habían sido desmontados, y sobre la cubierta, desde la proa hasta el palo mayor, quedaron esparcidos pedazos de metal de las cureñas, astillas, trozos del pasamanos, botavaras, fragmentos de los botes y montones de coyes que habían sido arrancados de la batayola; el botalón había sido atravesado por una bala y daba bandazos. Las balas de cañón se habían caído de los soportes y las relingas y cuando la cubierta se inclinaba rodaban por ella. Pero mucho más peligrosos que éstas eran los cañones sueltos que se desplazaban en todas direcciones: enormes pesos letales moviéndose con furia. Jack pasó entre los destrozos para llegar a proa (había pocos oficiales y escasa coordinación) y mientras corría tropezó con un coy sangriento. El que fuera su querido cañón de babor, ahora simplemente dos toneladas de metal, permanecía inmóvil mientras la fragata se elevaba con el balanceo, pero estaba listo para cruzar la cubierta y atravesar el costado de estribor. Jack le puso un coy debajo, le pasó un cabo alrededor de la parte más gruesa de la boca y llamó a los marineros para que lo ataran a un puntal. Y mientras les llamaba, una bala de treinta y seis libras que rodaba por allí le golpeó en el tobillo, derribándole. Stourton trataba de fijar con un espeque la carronada más próxima, aún montada en la cureña, que estaba a punto de caer por la escotilla de proa y podría llegar a atravesar el fondo de la fragata; la brazola que rodeaba la escotilla se doblaba como si fuera de cartón. Entonces la fragata cabeceó, y al inclinarse hacia delante cesó la presión y la carronada rodó hacia proa y lograron volcarla cuando ganó velocidad. Pero el mismo cabeceo y la misma inclinación hicieron que el cañón que estaba suelto en la parte central de la fragata, bajo el portalón, avanzara rápidamente hacia el desconcertado grupo de hombres; y puesto que cada uno tenía una idea diferente sobre cómo detenerlo, cruzó hasta el otro costado, lo atravesó por detrás del pescante de proa y se hundió en el mar. ¡Ah, si hubieran estado allí sus oficiales! La férrea disciplina habría acabado con la iniciativa de esos hombres. Pero los oficiales que había dejado estaban trabajando muy duro: Rattray, corriendo un gran peligro, se encontraba con dos ayudantes en el bauprés, trincando el botalón para evitar que se desprendiera; Etherage junto con media docena de infantes de marina tiraban las balas por la borda o las colocaban en un lugar seguro; Callow y la tripulación del bote quitaban los fragmentos de la lancha que habían caído sobre los cañones.

Miró hacia la *Marengo*. Todos sus cañones, excepto dos, estaban fuera otra

vez.

—¡Al suelo! —gritó.

Mientras la fragata se elevaba con las olas, en cubierta había un profundo silencio que sólo rompían el viento, el mar agitado y una bala que rodaba cerca del portalón. La descarga llegó y la metralla cayó con gran estruendo sobre cubierta, pero fue demasiado alta y un poco apresurada.

Rattray y sus hombres seguían en el mismo lugar trabajando afanosamente y pedían a gritos diez brazas de cuerda de dos pulgadas y más espeques. La *Surprise* todavía navegaba con rapidez, aunque la velocidad había disminuido un poco porque había perdido el fofoque y tenía las velas agujereadas. En ese momento los mercantes de la retaguardia abrieron fuego desde media milla de distancia. Aparecieron agujeros en el velacho de la *Marengo*. Jack dudaba que ésta disparara otra descarga antes de que la *Surprise* estuviera tan cerca de la proa que los cañones no podrían apuntar hacia ella, es decir, no podrían adelantarse lo suficiente para alcanzarla. Si la *Marengo* se desviaba de su rumbo para tener a la *Surprise* al alcance de sus disparos, el plan de Linois fracasaría, porque al dar una guiñada a esa velocidad, la fragata de dos puentes se desplazaría hacia el este de la línea de batalla.

Regresó cojeando al alcázar y allí se encontró a Nevin a gatas, porque se había mareado.

—¿Va todo bien, Bonden? —preguntó y se arrodilló junto al tubo—. ¡Atención, ahí abajo! ¡Desviarla medio grado! ¡Otro medio grado! ¡Basta! —La fragata era difícil de gobernar ahora.

—Muy bien, señor —contestó Bonden—. Sólo me torcí el brazo izquierdo. Carlow la palmó.

—Échame una mano con este otro, entonces —dijo Jack, y ambos tiraron a Harrowby por encima del coronamiento.

Por popa, mucho más allá de donde había caído el cuerpo, seis mercantes ya habían virado en redondo y se acercaban con bastante velamen desplegado, aunque todavía se encontraban a gran distancia. La *Marengo* ya estaba casi a su alcance por la amura de babor.

—¡Preparados los cañones! ¡No malgastar ni una bala! ¡Esperar! ¡Esperar!

—Cinco pies de agua en la sentina, señor —le informó Strouton

Jackasintió con la cabeza.

—¡Medio grado! —gritó otra vez, inclinado sobre el tubo.

Y otra vez una voz fantasmal le respondió:

—Medio grado, sí, señor.

Iba a ser difícil maniobrar; fue difícil. No obstante, a menos que la fragata se fuera a pique en los próximos minutos, él lograría hacerle mucho, mucho daño a la *Marengo*, pues cuando la *Surprise* cruzara la proa de la *Marengo* su silenciosa

batería entraría por fin en acción, y a muy corta distancia.

Desde el castillo de la *Marengo* los mosquetes empezaron a disparar; los infantes de marina estaban amontonados en la proa y en la cofa del trinquete. Otras cien yardas y acribillaría a la *Marengo*, a menos que ésta diera una guiñada; y en caso de que lo hiciera y ambas quedaran paralelas, lucharía hasta que se agotaran sus fuerzas.

—Señor Stourton, mande a algunos marineros a cargar las velas y poner en facha el velacho. Callow, Lee, Church, vayan rápidamente a proa.

Más cerca, cada vez más cerca. La *Marengo* todavía navegaba a gran velocidad; la *Surprise* se movía más lentamente. La *Surprise* cruzaría la proa de la *Marengo* a unas doscientas yardas de distancia; estaba tan cerca de ella que los mercantes habían dejado de disparar por miedo a alcanzarla. Todavía más cerca, preparándose para atacar con fuerza; los artilleros, muy tensos y con gran concentración, estaban inclinados sobre los cañones ya dirigidos hacia el blanco y los movían ligeramente para apuntar con más precisión, indiferentes a las balas de los mosquetes.

—¡Fuego! —gritó Jack cuando la fragata se elevaba con el balanceo.

Los cañones dispararon con un terrible rugido. El humo se dispersó y pudo verse que la proa y el castillo de la *Marengo* estaban desiertos; los cabos colgaban sobre ellos y una trinquetilla medio suelta era agitada por el viento.

—¡Demasiado bajo! —gritó—. ¡Súbanlos! ¡Súbanlos! ¡Callow, Church, súbanlos!

Era inútil matar franceses; los aparejos, las vergas, los mástiles eran lo importante, no la roja sangre que ahora salía por los imbornales de proa de la *Marengo*, contrastando con sus rayas blancas. Entre jadeos, con furia, metieron los cañones, los limpiaron, los cargaron y atacaron la carga y luego volvieron a sacarlos. Y el cañón número tres, el más rápido, fue el primero en disparar.

—¡Cargar las velas! —gritó en medio de aquel ruido atronador—. ¡Poner en facha el velacho!

La *Surprise* perdió velocidad y por fin se detuvo. Y desde su posición, justamente perpendicular a la proa de la *Marengo*, y envuelta en su propio humo, le lanzaba descargas con mayor rapidez que nunca. La tercera descarga se juntó con la cuarta; ahora el fuego era continuo y Stourton y los guardiamarinas corrían de un lado a otro de la batería moviendo y apuntando los cañones, traduciendo las feroces órdenes de su capitán en certeros disparos, en una tempestad de balas de cadena. Después de las descargas recibidas, los hombres estaban un poco nerviosos y le disparaban a los franceses sin mucha precisión a veces y demasiado bajo por lo general, pero a tan corta distancia no erraban ni un solo disparo. Los grumetes servidores de pólvora corrían y los cartuchos llegaban unos tras otros con rapidez; los artilleros, desnudos hasta la cintura y

bañados en sudor, gritaban como locos, saboreando su venganza, disparándoles con los cañones llenos hasta la boca. Pero aquello era demasiado bueno para que durara. Por lo que podía ver a través del humo, estaba claro que Linois pretendía acabar con la *Surprise*: arremetería contra la pequeña fragata para hundirla o abordarla.

—¡Largar la trinquete! ¡Virar el velacho! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

Luego, inclinado sobre el tubo, gritó de nuevo:

—¡Desviarla dos grados!

A toda costa tenía que mantenerse a proa de la *Marengo* y continuar disparándole, pues aunque en la proa de ésta había habido una matanza, no había perdido nada de vital importancia. La *Surprise* viró lentamente, con dificultad, y pudo verse el costado de la fragata de dos puentes, que en ese momento, a pesar de la marejada, abría las portas inferiores para sacar los grandes cañones de treinta y seis libras. Un solo movimiento del timón para apuntar a la *Surprise* con los cañones y ésta tendría a tiro de pistola la destructora batería. Entonces podrían cerrar las portas inferiores, porque la fragata estaría hundida.

Etherege, con cuatro mosquetes y un ayudante para cargarlos, disparaba sin parar contra la cofa del trinquete de la *Marengo*, derribando a todos los hombres que aparecían allí. A media milla, por popa, los barcos británicos que iban en vanguardia abrieron fuego contra la *Sémillante* y la *Belle Poule*, que en los últimos cinco minutos se habían aproximado a ellos peligrosamente; había humo por todas partes y el ruido atronador de las descargas silenciaba el viento.

—¡A babor, a babor, virar a babor! —gritó en la boca del tubo y se puso de pie—. ¡Desplegar la mayor!

¿Qué había sido de la velocidad de la pobre *Surprise*? A duras penas se mantenía justo delante de la *Marengo*, y para ello tenía que desviarse tanto de la dirección del viento que sus cañones no podían apuntarle y su popa quedaba frente a la proa de ésta. El fuego fue disminuyendo y finalmente cesó. Los hombres miraban hacia la *Marengo*; dos golpes de timón situarían el costado de la fragata francesa frente a ellos..., ya podían ver cómo las dos filas de cañones asomaban las bocas por las portas. ¿Por qué no viraba? ¿Por qué estaba haciendo señales?

Un rugido de cañones a estribor les hizo comprender por qué. El *Royal George* y los dos mercantes que iban detrás se habían separado de la línea de batalla, la línea sagrada, y se acercaban velozmente para atacar a la *Marengo* por el otro costado, mientras la vanguardia se aproximaba por el oeste; entre todos podrían rodearla, y esa era precisamente la maniobra que Linois temía.

La *Marengo* orzó. Ahora la *Surprise* podía apuntarle de nuevo con sus cañones, y abrió fuego. La fragata de dos puentes respondió inmediatamente con

una devastadora descarga de los cañones superiores de estribor, y estaba tan cerca que las balas pasaron muy altas por encima de la cubierta y los tacos encendidos cayeron sobre ella, tan cerca que pudieron verse los rostros iluminados por el resplandor. Durante unos momentos ambas fragatas permanecieron con los costados muy próximos. A través de un agujero en el costado de la *Marengo*, Jack pudo ver al almirante sentado en una silla en el alcázar, con una expresión grave, señalando hacia arriba. Jack se había sentado a su mesa con frecuencia y reconoció enseguida su característica forma de ladear la cabeza. La *Marengo* siguió virando y se apartó considerablemente; disparó otra descarga con sus carronadas de popa y terminó de virar en redondo, colocándose contra el viento. Entonces la fragata le lanzó una descarga con los cañones que le quedaban (había otros dos desmontados y uno había explotado), destrozando el mirador de popa. Le lanzó otra descarga cuando empezó a alejarse y a ganar velocidad y se oyeron entusiastas vivas cuando cayó la verga mesana, seguida del mastelero de sobremesana y el mastelerillo de perico. La fragata de dos puentes ya estaba fuera del alcance de la *Surprise*, pero ésta, aunque lo deseaba ardientemente, no podía virar ni moverse con la rapidez suficiente para alcanzarla de nuevo.

Todos los barcos franceses habían virado juntos. Pasaron navegando de bolina entre las líneas convergentes que formaban los mercantes y ahora se alejaban.

—Señor Lee, haga la señal de: *Iniciar persecución*.

Fue inútil. Los mercantes persiguieron la escuadra francesa a toda vela, e incluso se les llegaron a desprender las sosobres, pero ésta seguía llevándoles ventaja; y cuando Linois viró hacia el este, Jack les ordenó volver.

El *Lushington* fue el primero en reunirse con la *Surprise* y el capitán Muffit subió a bordo. Tenía la cara roja de satisfacción, como un sol naciente, y una expresión triunfante cuando subía por el costado, pero al llegar al sangriento alcázar su expresión se transformó en otra horrorizada.

—¡Oh, Dios mío! —gritó, mirando los destrozos que había de proa a popa: siete cañones desmontados, cuatro portas convertidas en una sola, los botes colgados de las botavaras completamente destruidos, fragmentos de palos por todas partes, el agua saliendo por los imbornales de sotavento a medida que era bombeada desde abajo, marañas de cabos, grandes trozos de madera en el combés, enormes agujeros en los costados, el palo mayor y el trinquete casi totalmente cortados por varios sitios, balas de veinticuatro libras encajadas en el suelo—. ¡Dios mío! ¡Han sufrido ustedes daños terribles! —Cogió la mano de Jack entre las suyas—. Le felicito por la victoria, pero han sufrido ustedes daños terribles. El número de bajas debe de ser espantoso.

Jack estaba extenuado y el pie se le había hinchado y le dolía terriblemente.

—Gracias, capitán —dijo—. Nos pegó fuerte, y si no hubiera sido por el *George*, que se acercó tan valientemente, creo que nos hubiera hundido. Pero a

pesar de que hay gran cantidad de heridos, hemos perdido a muy pocos hombres: el señor Harrowby, desgraciadamente, y dos hombres más. Es una cantidad muy reducida para una batalla tan dura. Pero le devolvimos los golpes. Sí, sí, le devolvimos los golpes, ya lo creo.

—Ocho pies tres pulgadas de agua en la sentina, señor, con su permiso —dijo el carpintero—. Y el nivel está aumentando.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —inquirió Muffit—. ¿Necesita a nuestros carpinteros o nuestros contramaestres o acaso marineros para bombear?

—Le agradecería que enviara de regreso a mis oficiales y el resto de mis hombres y también cualquier tipo de ayuda que pueda prestarme. La fragata no podrá navegar más de una hora.

—¡Enseguida, señor, enseguida! —exclamó Muffit y empezó a caminar hacia el costado, ahora muy hundido en el agua, pero se detuvo para echar el último vistazo—. ¡Dios mío, qué destrucción!

—Sí —dijo Jack—. Y no sé dónde voy a reemplazar todo lo dañado, pues estoy lejos de Bombay. No hay ni un palo en la fragata. Mi consuelo es que Linoi está peor.

—¡Oh! En cuanto a mástiles, vergas, botes, cabos y otras provisiones no tiene que preocuparse. La Compañía estará encantada..., todos en Calcuta sentirán gran admiración por usted, señor... Nada les parecerá demasiado, se lo aseguro. Su gran hazaña ha salvado la flota, y yo me encargaré de decírselo. ¡Luchar penol a penol con una fragata de setenta y cuatro cañones! ¿Quiere que le remolque, señor?

Jack sintió un horrible latigazo en el pie.

—No, señor —contestó secamente—. Les escoltaré hasta Calcuta, si lo desea, porque supongo que no se quedarán ustedes en alta mar estando cerca Linoi, pero no iré a remolque, no mientras me quede un mástil en pie.

Capítulo 10

En la Compañía todos sintieron gran admiración por él, en efecto. Hubo fuegos artificiales y le obsequiaron con espléndidos banquetes y los tesoros de los astilleros. Además, prodigaron tantas atenciones a los tripulantes mientras la *Surprise* era reparada que casi ningún hombre estuvo sobrio o sin compañía desde el día que echaron el ancla hasta el día que la levaron y se convirtieron en un grupo violento, pendenciero, disipado y lascivo.

Le expresaron gratitud con comidas, recepciones fastuosas con todo el esplendor oriental y muchos, muchos discursos llenos de palabras de elogio, y eso contribuyó a que Jack se encontrara enseguida con Richard Canning. En la primera cena oficial Canning estaba a su derecha, lleno de gran admiración y deseoso de demostrar que ya se conocían. Jack se asombró de verle, pues desde que había salido de Bombay apenas había pensado dos veces en Canning, y después de la batalla con Linois, ninguna. Había estado muy ocupado en cuidar a la pobre *Surprise*, maltrecha y débil, mientras surcaba los mares, a pesar de que el tiempo era favorable y de que los mercantes le habían enviado a todos los tripulantes que podían caber en ella para ayudarle. Además, como Stephen tenía la enfermería llena y algunas operaciones delicadas que realizar, incluyendo la operación de la cabeza del pobre Bowes, casi no habían hablado extraoficialmente, sólo habían intercambiado una docena de palabras que podrían haberle recordado a Diana o a Canning.

Pero allí estaba Canning, a su derecha, afable y locuaz —aparentemente sin tener conciencia de que existían motivos para recelar uno de otro—, y le rindió honores y propuso un brindis a su salud en un discurso bien estructurado y de lenguaje erudito, un discurso muy gratificante en el que aludió a Sophie veladamente al hablar de la inminente, enorme y perdurable felicidad del capitán Aubrey. Después de los primeros momentos de desconfianza y turbación, a Jack le fue imposible sentir antipatía por él, y él tampoco daba pie para ello, sobre todo porque parecía llevarse muy bien con Stephen. Por otra parte, aunque aquella ofensa hubiera sido más grave y mucho más reciente, no podía tener un comportamiento frío y reservado en una reunión pública porque se habría notado mucho y habría sido muy incorrecto y descortés. Y probablemente Canning ni siquiera sabía que le había dejado a la deriva hacia tiempo, hacia mucho tiempo,

en otro mundo.

Banquetes, recepciones, un baile al que no asistió porque ese día enterraban a Bowes..., así pasó una semana sin que volviera a ver a Canning. Y un día, cuando estaba sentado ante su escritorio en la cabina, con el pie herido metido en un cubo con aceite de sésamo templado, y le escribía a Sophie: «... el sable que he tenido el honor de recibir como regalo es muy hermoso, de estilo indio, me parece, y lleva una inscripción sumamente halagadora. En realidad, si los halagos fueran monedas de medio penique yo sería un *nabab*, un *nabab* casado, amor mío. La Compañía, los mercaderes parsis y los aseguradores han reunido una cuantiosa suma de dinero para los hombres y yo la distribuiré. Además, han tenido la delicadeza de...», anunciaron a Canning.

—Dígale que baje —dijo, colocando un colmillo de ballena sobre la carta, mientras aspiraba la brisa que traía el fétido olor del Hugli—. Buenos días, señor Canning. Por favor, siéntese. Perdóneme por recibirle tan informalmente, pero Maturin me desollaría si me levantara sin permiso.

Tras las preguntas corteses sobre el estado de su pie («Mucho mejor, gracias», fue la respuesta), Canning dijo:

—He dado la vuelta a la fragata y le aseguro que no comprendo cómo pudo llegar hasta aquí. He contado cuarenta y siete grandes agujeros entre lo que quedó de la tajamar y la destrozada serviola de babor, y muchos más en la amura de estribor. ¿Qué movimientos hizo la *Marengo* entonces?

Pocos hombres que no fueran marinos querrían conocer más detalles de los que proporcionaba el resumen de los hechos, pero Canning había estado en la mar, era propietario de barcos corsarios y había participado con uno de ellos en una batalla breve pero dura. Jack le explicó los movimientos de la *Marengo*, y al observar que Canning seguía con gran atención cada uno de ellos, cada cambio del viento, también le explicó qué movimientos habían hecho la *Sémillante* y la *Belle Poule* y cuáles había tratado de hacer la valerosa *Berceau*, haciendo dibujos con aceite de sésamo sobre la mesa.

* * *

—Le admiro, se lo aseguro —dijo Canning y exhaló un suspiro—. Fue una acción extraordinaria. Hubiera dado mi mano derecha por estar allí... Pero nunca he sido un hombre afortunado, excepto en los negocios. ¡Oh, Dios mío, cuánto me gustaría ser un marino y estar muy lejos de tierra! —Parecía deprimido y viejo, pero enseguida se reanimó—. Fue una acción extraordinaria, como las de Nelson.

—¡Oh, no, señor! —exclamó Jack—. En eso se equivoca. Nelson habría

capturado la *Marengo*. Hubo un momento en que pensé que podríamos lograrlo. Si el valiente McKay, del *Royal George*, hubiera acercado la retaguardia con más rapidez o si Linois hubiera mantenido su posición un minuto más para lanzarnos otra descarga y la retaguardia hubiera llegado, lo habríamos atrapado entre dos fuegos. Pero no pudo ser. No fue más que una escaramuza, después de todo; fue otra batalla irrelevante. Y seguro que está repostando en Batavia en este momento.

Canning sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Sin embargo, no fue un completo fracaso —dijo—. Una flota valorada en seis millones de libras se ha salvado y el país, por no hablar de la Compañía, estaría en una difícil situación si se hubiera perdido. Eso me recuerda el propósito de mi visita. He venido porque mis socios me han encargado averiguar con mucho tacto y delicadeza si pueden agradecerle lo que ha logrado con algo más, digamos, tangible que con discursos, montañas de *pilaf* y un insulso borgoña, con algo negociable, como decimos en la City. Espero no haberle ofendido, señor.

—No, en absoluto, señor —dijo Jack.

—Entonces, puesto que los caballeros como usted consideran inaceptable cualquier forma directa de gratificación...,

«¿De dónde ha sacado usted esa absurda idea?», pensó Jack, mirándole con ansiedad.

—... algunos miembros sugirieron un juego de bandejas de plata o un palanquín con incrustaciones de oro como el de Surajah Dowlah. Pero les dije que las bandejas del tipo que sugerían no iban a llegar a su mesa hasta dentro de un año o más y que sabía que usted ya poseía unas espléndidas bandejas de plata. —Jack tenía seis bandejas, pero estaban empeñadas—, y también que el palanquín, aunque era magnífico, no le serviría de mucho a un oficial de marina. Entonces se me ocurrió que la solución a nuestros problemas era el flete. ¿Soy demasiado rudo al hablarle con tanta franqueza?

—¡Oh, no, no! —contestó Jack—. No haga ceremonias, se lo ruego.

Pero estaba perplejo. El flete, ese maravilloso chorro de oro que se conseguía sin esfuerzo, casi sin hacer nada, sólo lo recibían los afortunados capitanes de navíos de guerra que llevaban valiosos cargamentos del Gobierno o bien monedas o lingotes de oro de personas que no se atrevían a transportar sus riquezas por medios menos seguros, y suponía el dos o el tres por ciento del valor total del cargamento..., y era siempre bienvenido. Aunque sólo se daba en raras ocasiones, a diferencia del botín (lo único que recibía un oficial de marina que pudiera comparársele), era más seguro, no estaba afectado por cuestiones legales ni ningún hombre tenía que arriesgar su barco, su vida o su carrera para conseguirlo. Como cualquier otro marino, Jack sabía todo acerca del flete, pero nunca lo había cobrado... Sintió una gran simpatía por Canning. Sin embargo, tenía algunas dudas: los lingotes de oro siempre iban hacia la India, no regresaban

a Inglaterra. Las riquezas que la Compañía enviaba a Inglaterra eran té, muselina, chales de Cachemira... Nunca había oído que nadie mandara lingotes de oro.

—Tal vez sepa usted que el *Lushington* llevaba uno de nuestros envíos de piedras preciosas, llevaba rubies de Borneo —dijo Canning—. Y nos han encargado un envío de perlas de Tinnevely y dos paquetes de zafiros. Creo que su valor total no es muy alto, apenas llega a un cuarto de millón, pero tampoco ocupan sitio, no le molestarán. ¿Aceptaría esto, señor?

—Sí, señor —respondió Jack—, y le agradezco mucho la forma delicada y caballerosa en que me ha hecho la oferta.

—No tiene que agradecerme nada, estimado Aubrey; no tiene que agradecerme nada a mí personalmente, pues sólo soy el portavoz de la Compañía. Sin embargo, me gustaría mucho poder prestarle algún servicio. Me encantaría poder ayudarle en algo. ¿Le gustaría mandar un mensaje a Inglaterra? Si invirtiera algunos miles de libras en té de Bohea o lana de Angora, ya habrá recuperado un treinta por ciento cuando llegue allí; mis primos y yo mantenemos un servicio de correo por tierra a través de Suez y el mensajero está a punto de marcharse.

—Invertir en lana de Angora —dijo Jack, pensativo—. Me temo que en ese terreno estoy perdido. Pero le agradecería infinitamente que le diera a su mensajero una carta personal. La tendrá dentro de diez minutos. Es usted muy amable, muy amable.

Le encargó a Pullings que llevara a Canning a dar una vuelta por el barco, recomendándole a éste que se fijara sobre todo en la parte anterior del trancanil y en las bitas, y se puso a terminar su carta:

Sophie, cariño, ha ocurrido lo más maravilloso del mundo: John Compañía va a llenar el barco de tesoros. A ti y a mí nos pagarán el flete, como le llamamos nosotros; más tarde te explicaré todo. Es como el botín, pero no se comparte con los tripulantes, y en este caso tampoco con el almirante, ya que estoy bajo las órdenes del Almirantazgo. ¿No te parece maravilloso? No es una enorme suma, pero gracias a ella saldaré mis deudas y podremos tener una hermosa casa de campo con uno o dos acres. Por la presente te pido que salgas inmediatamente para Madeira y adjunto una nota para Heneage Dundas, que estará encantado de llevarte en la *Ethalion* si hace ese itinerario y si ya no lo hace buscará a alguno de nuestros amigos que vaya hasta allí. No pierdas ni un momento, puedes hacerte el vestido de novia en el barco. Con mucha prisa y mucho más amor, Jack

P. S. Stephen está muy bien. Tuvimos una escaramuza con Linoís.

* * *

Querido Heneage:

Por el aprecio que me tienes, lleva a Sophie a Madeira. Y si no puedes, habla con Clowes, Seymour, Rieu, cualquiera de nuestros amigos que sean serios y fiables. Y si puedes llevar a una respetable mujer que la sirva te lo agradeceré infinitamente.

Con todo mi afecto,

Jack Aubrey

P. S. La *Surprise* fue vapuleada por la *Marengo*, de 74 cañones, pero le devolvió los golpes con más fuerza. En cuanto terminen de poner los baos de batería de proa me haré a la mar. Te envío esta nota por tierra, y seguramente llegará dos meses antes que yo.

* * *

—Aquí tiene, señor —dijo, cuando el fornido cuerpo de Canning apareció en la puerta, oscureciendo la cabina—. Firmada, sellada y entregada. Y muchísimas gracias.

—No se merecen. Enseguida se la daré a Atkins y él se la entregará al mensajero antes de que se vaya.

—¿Atkins? ¿El secretario del señor Stanhope?

—Sí, el doctor Maturin le mandó a verme con una recomendación. Parece que al morir el enviado del Rey en tan penosas circunstancias quedó en una situación difícil. ¿Le conoce?

—Sí, por supuesto, viajó hasta aquí en la *Surprise*, pero le vi muy pocas veces.

—¿Ah, sí? Eso me recuerda que hace días que no tengo el placer de ver a Maturin.

—Ni yo y tampoco. Nos encontramos en esas espléndidas cenas, pero se pasa el resto del tiempo en el hospital o corriendo por el país buscando insectos y tigres.

* * *

—Ve a traerme un elefante, por favor —dijo Stephen.

—Sí, *sahib*, enseguida. ¿Prefiere el *sahib* un elefante macho o hembra?

—Macho. Me sentiré más a gusto con un elefante macho.

—Si el *sahib* lo desea, puedo llevarle a una casa de muchachos jóvenes, muchachos limpios, dulces como gacelas, que cantan y tocan la flauta.

—No, Mahomet. Solamente trae el elefante, por favor.

El enorme animal de color gris se arrodilló y Stephen vio de cerca su pequeño ojo, bien abierto, brillando entre la pintura y los encajes.

—Ponga el pie aquí, *sahib*, encima del animal.

—Discúlpame —murmuró Stephen, inclinándose hacia su inmensa oreja, y luego subió.

Pasearon por el abarrotado Chowringhee, y mientras tanto Mahomet iba señalándole cosas de interés.

—Ahí vive Mirza Shah; está decrepito y ciego. Los reyes temblaban al oír su nombre. Ahí Kumar *El Rico*, un descreído. Tiene mil concubinas. Al *sahib* eso le repugna. El *sahib* piensa, como yo, que las mujeres son chismosas, enredadoras, mentirosas, alborotadoras, despreciables, mezquinas, malvadas, inconstantes, insensibles, inhumanas; le traeré un joven que huele a miel. Ésta es la *maidan*^[20]. Mire, *sahib*, que Dios le conserve la vista, los dos pipales que están cerca del puente; ahí es donde los caballeros europeos vienen a luchar unos contra otros con sables y pistolas. El edificio que está del otro lado del puente es un templo pagano; está lleno de ídolos. Hemos cruzado el puente. Ahora el *sahib* está en Alipur.

En Alipur había vastos jardines y casas aisladas. Aquí unas ruinas góticas sobre las que se erigía una pagoda, allí la torre redonda de un irlandés que añoraba su tierra. El elefante subió por un camino empedrado que llevaba a un pórtico, un pórtico muy similar al de una casa de campo inglesa excepto por los profundos huecos que tenía a ambos lados para los tigres y el olor de las fieras llenando el espacio. Los tigres salieron y le dirigieron una mirada despiadada; sus cadenas todavía se arrastraban por el suelo. Tenían las caras tan juntas que sus bigotes se entrelazaban, y era imposible saber de qué pecho salía aquel ruido cavernoso, persistente, que retumbaba en el pórtico. El hijo del guardián se despertó al oír aquel sonido tan grave como el de un órgano, giró un torno e inmediatamente los tigres quedaron aislados.

—Niño, dime cómo se llaman estas fieras y qué edad tienen.

—Padre de los pobres, sus nombres son *Bueno* y *Malo*. Deben de vivir desde tiempos inmemoriales porque estaban en este pórtico ya antes de que yo naciera.

—¿El territorio de uno se superpone al del otro?

—Maharajá, no alcanzo a comprender la palabra *superpone*, pero creo que así es.

—Niño, acepta esta moneda.

Stephen fue anunciado.

—*Aquí está otra vez ese médico* —dijo lady Forbes, mirándole desde lejos, haciéndose sombra sobre los ojos con la mano—. *Hay que reconocer que tiene cierta elegancia..., ha sido bien educado..., pero nunca me fiaría de la gente de castas intermedias.* Buenas tardes, señor. *Espero que esté bien, Romeo Matasanos. Ellos se han tirado los trastos a la cabeza. Ella me hubiera hecho llorar si me quedaran lágrimas que derramar.* Me encuentra usted tomando el té, señor. ¿Le apetece una taza? Yo le echo unas gotas de ginebra, señor; esa es la única forma de combatir este calor húmedo y asfixiante. ¡Kumar! ¿*Dónde está ese negro sodomita?* Otra taza. He oído que habían enterrado ustedes al señor Stanhope. Bueno, todos tenemos que llegar a ello; ese es mi consuelo. ¡Dios mío, cuántos jóvenes he visto enterrar aquí! La señora Villiers bajará enseguida. Le serviré otra taza e iré a ayudarla a vestirse. *Estará tumbada completamente desnuda bajo el punkah, sudando. Seguro que a usted le gustaría ir a ayudarla, joven, aunque tenga esa expresión seria. No me diga que no ha...* ¡Oh, soy una vieja grosera! ¡Ay de mí! ¡Y pensar que fui joven en otro tiempo!

—¡Stephen, mi héroe! —exclamó Diana, que vino sin compañía—. ¡Qué alegría ver tu *phiz* al fin! ¿Dónde has estado todos estos días? ¿Recibiste mi nota? Siéntate, por favor, y quítate la chaqueta. ¿Cómo puedes soportar este horroroso calor? Nosotros estamos desesperados con este calor tan pegajoso y molesto y tú pareces tan fresco como... ¡Cuánto te envidio! ¿Es tuyo ese elefante que está ahí fuera? Mandaré ponerlo a la sombra inmediatamente. Nunca debes dejar un elefante al sol.

Llamó a un sirviente, un hombre estúpido que no entendió sus instrucciones enseguida, y su voz alcanzó un tono que Stephen conocía bien.

—Cuando vi el elefante subiendo por el camino —dijo, volviendo a sonreír—, pensé que era ese aburrido de Johnstone, que me visita tanto. Bueno, en realidad, no es aburrido..., es un hombre interesante. Es americano; seguro que simpatizarías con él. ¿Conoces a algún americano? Yo tampoco conocía a ninguno antes que a él. Es muy educado, ¿sabes? Eso que dicen de que escupen en el suelo es un cuento. Y además, es inmensamente rico. Pero su presencia es comprometedora y una de las causas de esas horribles peleas tan frecuentes. Detesto que un hombre se enzarce en una pelea, sobre todo con este calor, cuando el más mínimo esfuerzo hace que uno se llene de un sudor asqueroso. Todo el mundo se pone furioso en este tiempo. Pero ¿por qué has venido en un elefante y con una chaqueta de un color tan vivo?

Para cualquier hombre con muchos menos conocimientos de morfología que

Stephen era evidente que Diana no llevaba nada debajo del vestido. Stephen, frunciendo el entrecejo, miró por la ventana; quería tener la mente muy clara.

—El elefante representa el esplendor y la confianza —dijo—. Durante las últimas semanas, desde que el barco regresó de la costa de Sumatra, he notado que tengo una expresión muy ansiosa. Cuando me afeito la veo, y también me miro con atención los rasgos de la cara, la cabeza, el cuello, los hombros..., las partes expresivas. De vez en cuando vuelvo a mirarme, y compruebo que la expresión refleja un temor profundo, indefinido..., casi horror. Y aunque cambio la expresión por otra alegre, animada y segura, a los pocos minutos vuelve a aparecer. El elefante puede influir en ello. ¿Recuerdas que la última vez que nos vimos te pedía que me hicieras el honor de casarte conmigo?

—Lo recuerdo, Stephen —dijo, ruborizándose. Nunca la había visto ruborizarse, y eso le conmovió—. Lo recuerdo muy bien. Pero ¿por qué no me lo dijiste hace tiempo...? En Dover, por ejemplo. Habría sido diferente entonces, antes de que pasara todo esto. —Cogió un abanico de encima de la mesa, se puso de pie y comenzó a agitarlo nerviosamente—. ¡Dios mío! ¡Qué calor hace hoy! —Su expresión cambió—. ¿Por qué esperaste hasta ahora? Cualquiera diría que he caído tan bajo que te he empujado a hacer algo quijotesco. En realidad, si no te tuviera tanto cariño, y te tengo mucho cariño, eres un gran amigo, lo consideraría una impertinencia, una ofensa. Ninguna mujer de mi temperamento toleraría una ofensa. No me he degradado. —Su barbilla empezó a arrugarse, pero ella logró distenderla—. No me he rebajado hasta...

Pero a pesar de su orgullo, se le saltaron las lágrimas. Apoyó la cabeza en el hombro de Stephen y las lágrimas cayeron sobre su llamativa chaqueta.

—En todo caso —continuó entre sollozos—, tú no quieres casarte conmigo realmente. Hace tiempo me dijiste que el cazador no quería el zorro.

—¿Qué demonios hace usted, señor? —gritó Canning desde el umbral de la puerta.

—¿Y eso a usted qué le importa? —preguntó Stephen, volviéndose bruscamente hacia él.

—La señora Villiers está bajo mi protección —dijo Canning, pálido por la ira.

—No tengo que darle explicaciones a ningún hombre por besar a una mujer, a menos que sea su esposa.

—¿Ah, no?

—No, señor. ¿Y en qué consiste su protección? Sabe usted muy bien que la señora Canning llega en el *Hastings* el día dieciséis. Entonces, ¿dónde está su protección? ¿Qué clase de protección es esa?

—¿Es verdad eso? —inquirió Diana.

Canning enrojeció.

—Ha estado hurgando en mis documentos, Maturin. Atkins, su enviado, ha estado hurgando en mis documentos.

Lleno de rabia, dio unos pasos hacia delante y le dio una sonora bofetada a Stephen.

Inmediatamente Diana interpuso una mesa entre ellos y empujó a Canning hacia atrás, gritando:

—No le haga caso, Stephen. No era su intención hacerlo... Es el calor..., está borracho... Te pedirá disculpas. Vete de esta casa enseguida, Canning. ¿Qué te propones con esta grotesca pelea? ¿Acaso eres mi prometido? Eres ridículo.

Stephen permanecía con las manos tras la espalda. También él tenía una gran palidez, menos donde estaba la marca roja que la mano de Canning había dejado.

Ya en la puerta, Canning cogió una silla y la estrelló contra el suelo. Se quedó solamente con el respaldo en las manos, lo lanzó a un lado y salió corriendo.

—Stephen —dijo Diana—, no le haga caso. No debes batirte con él. Te pedirá disculpas, seguro que te pedirá disculpas.

—Tal vez lo haga, cariño —dijo Stephen—. Se encuentra en un estado lamentable, el pobre hombre. —Abrió la ventana—. Creo que saldré por aquí, si puedo. No me fio de tus tigres.

—Capitán Etherege —dijo—, ¿podría hacerme un favor?

—De mil amores —respondió Etherege, apartando su cara redonda y risueña del escotillón del costado, adonde la había acercado para aprovechar el aire que entraba.

—Hoy ha ocurrido algo que me ha molestado mucho. Le ruego que visite al señor Canning y le diga que deseo recibir una satisfacción por la bofetada que me ha dado.

—¿Una bofetada? —preguntó Etherege, y en su cara apareció una expresión muy preocupada—. ¡Oh, Dios mío! Me temo que no valen las disculpas en este caso. ¿Pero dijo usted Canning? ¿No es un judío? No debe batirse con un judío, doctor. No debe arriesgar su vida por un judío. Deje que un grupo de infantes de marina le den una paliza y le metan un trozo de bacon en la garganta y dé por terminado el asunto.

—Vemos las cosas de forma diferente —dijo Stephen—. Siento gran devoción por Nuestra Señora, que era judía, y no creo que mi raza sea superior a la suya. Además, respeto a ese hombre. Me batiré con él de buena gana.

—Le da usted demasiado valor —dijo Etherege descontento y molesto—. Pero usted entiende mejor que nadie sus asuntos, desde luego. Y no puede tolerar una bofetada. Sin embargo, batirse con un comerciante es como verse obligado a formar una pareja desigual o a casarse con la criada porque uno la ha dejado embarazada. ¿No preferiría batirse con otra persona? Bueno, me pondré mi uniforme completo. No haría esto por nadie más que por usted, Maturin, no con este condenado calor. Espero que él pueda encontrar a un padrino que entienda estas cosas, un cristiano, claro.

Se fue a su cabina, preocupado y disgustado, y reapareció vestido con su chaqueta roja, ya empapada en sudor. Asomó la cabeza por la puerta e hizo el último intento:

—¿Está seguro de que no preferiría batirse con otra persona? Por ejemplo, con alguien que hubiera estado presente allí y hubiera visto que le daba la bofetada.

—No tendría el mismo efecto —respondió Stephen, negando con la cabeza—. Y sobre todo, Etherge, confío en su discreción.

—Sé lo que es correcto, por supuesto —dijo Etherge malhumorado—. Supongo que usted querrá que sea cuanto antes. ¿Le parece bien al amanecer?

Y mientras se dirigía al portalón Stephen le oyó decir: «Obstinado..., no atiene a razones..., testarudo...».

—¿Qué le pasa a La Langosta? —preguntó Pullings, entrando en la sala de oficiales—. Nunca le había visto tan rabioso. ¿Tendrá sarpullido?

—Estará más tranquilo y sosegado por la tarde.

A su vuelta, Etherge estaba más tranquilo, y casi satisfecho.

—Bueno, al menos tiene algunos amigos respetables —dijo—. He hablado con el coronel Burke, de la flota de la Compañía, todo un caballero, y hemos acordado que será con pistolas y a veinte pasos. Espero que le parezca bien.

—Desde luego. Le estoy muy agradecido, Etherge.

—Lo único que me ha quedado por hacer es inspeccionar el terreno. Hemos acordado reunirnos allí después de la fiesta del Presidente del Tribunal, porque el tiempo estará más fresco.

—¡Oh, no se preocupe por mí, Etherge! Me contento con cualquier terreno apropiado.

Etherge frunció el entrecejo y dijo:

—No, no. Detesto las irregularidades en un asunto de esta clase. Ya es bastante raro, y lo será más todavía si los padrinos no inspeccionan el terreno.

—Es usted muy amable. Le he preparado un bol de ponche helado; tómese un vaso, o más, por favor.

—También ha estado preparando sus pistolas —dijo Etherge, señalando con la cabeza el estuche abierto—. Le recomiendo que muela la pólvora muy fina... Pero a usted no puedo enseñarle nada sobre la pólvora y los disparos. El ponche es excelente; podría seguir bebiéndolo siempre.

Stephen entró en la cabina grande.

—Jack —dijo—, hace semanas que no tocamos ni una nota. ¿Qué te parece si tocamos un poco esta tarde, si no estás demasiado ocupado con la proiza y las barras del cabrestante?

—¡Por fin has llegado, amigo mío! —exclamó Jack, levantando la vista de las cuentas del contramaestre y volviendo hacia Stephen su rostro radiante—. Tengo muy buenas noticias. Vamos a transportar un tesoro y con el flete saldaré mis

deudas.

—¿Qué es el flete?

—Eso significa que estoy libre de deudas.

—Esa es realmente una buena noticia. ¡Ja, ja! Te felicito de corazón. Estoy encantado, sorprendido.

—Te lo explicaré con cifras en cuanto termine las cuentas. Pero basta de papeleo por hoy. ¿Tienes alguna pieza en mente?

—¿Te gustaría el Concierto en do mayor de Boccherini?

—¡Vaya, esto sí que es curioso! El adagio me ha estado dando vueltas en la cabeza desde hace más de una hora, aunque no estoy melancólico. Nada más lejos de eso, ¡ja, ja! —Empezó a frotar con colofonia el arco del violín—. Stephen, he seguido tu consejo: le he escrito a Sophie pidiéndole que vaya a Madeira. Canning enviará la carta por tierra.

Stephen asintió con la cabeza, sonriendo. Tarareó unas notas y luego las buscó en el violonchelo. Ambos afinaron los instrumentos, hicieron una inclinación de cabeza y, con los ojos fijos el uno en el arco del otro, golpearon tres veces el suelo con el pie y se lanzaron al brillante y apasionado primer movimiento.

Continuaron tocando, enajenados por la música, un hermoso conjunto de sonidos entrelazados; pasaron al adagio, casi desesperado, y siguieron con furia hasta el punto culminante y el majestuoso y triunfante final.

—¡Dios! Nunca habíamos tocado tan bien, Stephen —dijo, echándose hacia atrás y dejando a un lado su violín con cuidado.

—Es una bellísima pieza. Admiro a ese hombre. Escúchame, Jack quiero confiarte estos documentos..., asuntos corrientes. Voy a batirme con Canning por la mañana, por desgracia.

Inmediatamente una gruesa cortina les separó, interrumpiendo toda comunicación entre ellos excepto la formal. Después de una pausa, Jack dijo:

—¿Quién es tu padrino?

—Etherege.

—Iré contigo. Por eso se oían tantos disparos en el alcázar, desde luego. ¿Te importaría que hablara con él?

—No, en absoluto. Pero ha ido a la fiesta del Presidente del Tribunal, y después se reunirá con el coronel Burke para inspeccionar el terreno. No te preocupes por mí, Jack. Estoy acostumbrado a estas cosas..., más acostumbrado que tú, me parece.

—¡Oh, Stephen, qué final tan horrible para un día tan maravilloso! —exclamó Jack

—Aquí es donde habitualmente solucionamos nuestros conflictos en Calcuta —dijo el coronel Burke, guiándoles a través de la *maidan* iluminada por la luna—. Ese es el camino que lleva al puente de Alipur, ¿lo ven? Es una ventaja que esté tan cerca. Y sin embargo, la parte que está detrás de esos árboles queda aislada y es muy discreta.

—Coronel Burke —dijo Jack—, por lo que tengo entendido, la ofensa no ocurrió en público. Creo que una disculpa puede solucionar el asunto. Aprecio mucho a su jefe, y digo esto por consideración a él. Por favor, haga todo lo que pueda..., mi amigo es peligroso.

Burke le miró con los ojos muy abiertos.

—El mío también —dijo en tono ofendido—. Hizo caer a Harlow como a un pájaro en Hyde Park. Pero aunque no lo fuera, eso no tendría ninguna importancia. No le gusta echarse atrás, lo sé muy bien, de lo contrario yo no estaría aquí. Pero desde luego, si su amigo decide tolerar una bofetada y poner la otra mejilla, no tengo nada que decir. ¡Benditos sean los hombres pacíficos!

Jack tuvo que contenerse. Y aunque tenía pocas esperanzas de traspasar la estupidez de Burke, continuó:

—Seguramente Canning estaba borracho. Si al menos admite eso, aunque sea de forma vaga, bastará. Sí, eso sería satisfactorio, y en caso necesario, haría valer mi autoridad para que así fuera.

—¿Quiere decir que obligaría a su amigo a permanecer en el barco? Bueno, veo que ustedes en la Armada tienen sus propias costumbres. Eso no sería posible entre nosotros. De todos modos, transmitiré su mensaje, pero no sé si servirá de algo. Nunca he tenido un jefe tan dispuesto a dar satisfacción en la forma habitual. Tiene un valor fuera de lo común.

Stephen escribió en su diario:

En la mayoría de los casos, el que escribe un diario cree que se dirige a sí mismo en un tiempo futuro, pero lo realmente importante de un diario es lo que se escribe sin un propósito, tal vez como esto. ¿Por qué el duelo de mañana me afecta de esta manera? Me he batido muchas, muchas veces. Es cierto que mis manos ya no son lo que eran y que, al hacerme mayor, perdí la profunda aunque ilógica convicción de que era inmortal, pero la verdadera razón es que ahora tengo mucho que perder. Voy a batirme con Canning; creo que era inevitable puesto que somos de la manera que somos, pero lo lamento profundamente. No puedo sentir animadversión hacia él, y aunque en su estado actual —decepcionado y lleno de rabia y vergüenza— no me cabe duda de que intentará matarme, no creo que tampoco él la sienta hacia mí; sólo soy el catalizador de su infelicidad. Por mi parte, sub Deo, nada más le rozaré el brazo. El bueno del señor White opinará que al decir sub Deo he blasfemado, y creo que más

adelante haré algunas observaciones al respecto, pero peccavi nimis cogitatione, verbo, et opere. Tengo que ver al pastor y acostarme a dormir enseguida. Dormir es lo importante, dormir sin preocupaciones.

Durmió, pero turbado por sueños breves e inconexos, y Jack le despertó cuando sonaron las dos campanadas en la guardia de mañana. Mientras ambos se vestían, oyeron a Babbington cantando dulcemente *Lovely Peggy* en la cubierta, con la misma alegría que el día que despuntaba.

Salieron de la cabina, y enseguida les llegó el hedor del río Hugli y las interminables marismas. En el portalón encontraron a Etherage, McAlister y Bonden.

Bajo los pipales, en la desierta *maidan*, un silencioso grupo les esperaba: Canning, dos amigos, un cirujano y algunos hombres para vigilar el terreno. A cierta distancia había dos coches. Burke se adelantó.

—Buenos días, caballeros —dijo—. No hay posibilidad de zanjar la disputa. Etherage, si le parece suficiente esta luz, creo que podemos situar a los contendientes, a menos que su amigo prefiera retirarse, claro.

Canning tenía una chaqueta negra, y se la había abotonado hasta arriba, cubriendo incluso la corbata. Ahora había suficiente luz —de color gris claro— para verle perfectamente. Estaba muy tranquilo y serio, pero tenía la cara pálida y arrugada como un viejo.

Stephen se quitó la chaqueta y la camisa y las dobló cuidadosamente.

—¿Qué haces? —murmuró Jack

—Siempre me bato en calzones. Es malísimo que haya fragmentos de tela en una herida, amigo mío.

Los padrinos contaron los pasos sobre el terreno, examinaron las pistolas y situaron a los contendientes. Llegó otro coche cerrado.

En el momento en que Stephen tuvo en la mano la culata que le resultaba tan familiar y sintió su peso, una gran frialdad se reflejó en su rostro. Sus ojos claros miraron con letal intensidad a Canning, que ya se había colocado en posición de tiro, con el pie derecho delante y el cuerpo muy recto. Todos permanecían inmóviles, silenciosos y tan atentos como si fuera a celebrarse un sacramento.

—Caballeros —dijo Burke—, pueden hacer fuego cuando dé la señal.

Canning subió su arma. Por encima del cañón de su pistola, Stephen vio el fogonazo e inmediatamente quitó el dedo del gatillo. En ese mismo momento recibió un enorme impacto en el costado y una bala le atravesó el pecho. Se tambaleó, cambió la pistola, aún sin disparar, a la mano izquierda, y adoptó una postura diferente. Cuando el humo se dispersó en el aire cargado, pudo ver con claridad a Canning, que con la cabeza erguida, ligeramente echada hacia atrás, tenía aire de emperador romano. Apuntó la pistola; el cañón osciló unos instantes y después se quedó inmóvil. Apretó los labios y disparó. Canning se desplomó,

después se puso a gatas, mientras pedía la segunda pistola, y se cayó de nuevo. Sus amigos corrieron hacia él y Stephen volvió la cabeza.

—¿Estás bien, Stephen?

Asintió con la cabeza, todavía tan impasible como siempre, y le dijo a McAlister:

—Dame esas gasas.

Se secó la herida, y mientras McAlister la examinaba, murmurando: «La bala dio en la tercera costilla..., la rompió..., se desvió por detrás del esternón..., se ha alojado en un lugar profundo... Ese cerdo quería matarle... Le pondré una venda alrededor», observaba al distante grupo. Se le cayó el alma a los pies, y su mirada malevolente, viperina, dejó paso a otra triste y desesperada. El oscuro charco de sangre a los pies de los hombres que rodeaban a Canning sólo podía indicar una cosa: había errado el tiro.

McAlister, sosteniendo con la boca el extremo de la venda, siguió su mirada y asintió con la cabeza.

—Subclavia o aorta —murmuró, todavía con la venda en la boca—. Terminaré de atar este extremo e iré a hablar con nuestro colega.

Regresó y asintió de nuevo con la cabeza, muy serio.

—¿Muerto? —inquirió Etherege, y miró a Stephen desconcertado, dudando si felicitarlo, pero guardó silencio al verle tan abatido.

Bonden guardó las dos pistolas en sus estuches, después de sacar la carga de la segunda. Entretanto, Etherege se acercó a Burke y ambos intercambiaron algunas palabras, se despidieron formalmente y se separaron.

Ya la gente iba de un lado a otro de la *maidan* y al este el cielo se había puesto rojo.

Jack dijo:

—Tenemos que llevarlo al barco enseguida. Bonden, llama al coche.

Capítulo 11

Los tigres ya no estaban y los sirvientes se llevaban cosas descaradamente.

—Buenos días, señora —dijo Jack, poniéndose de pie. Diana hizo una reverencia—. Le he traído una carta de Stephen Maturin.

—¿Cómo está? —inquirió.

—Muy mal. Tiene mucha fiebre y la bala está alojada en un lugar muy profundo. Y una herida en este clima..., Bueno, usted ya sabe lo que ocurre con las heridas en este clima.

A Diana se le llenaron los ojos de lágrimas. Esperaba dureza, pero no esa profunda rabia. Era más alto de lo que recordaba, y mucho más corpulento. Su cara había cambiado, el niño que había en él ya no estaba, había desaparecido sin dejar rastro; su mirada era dura, penetrante. Lo único que reconoció, aparte del uniforme, fue su pelo rubio, que llevaba recogido en una coleta. Pero incluso el uniforme había cambiado: ahora él era capitán de navío.

—Discúlpame, Aubrey —dijo ella y abrió la carta, que consistía en tres líneas torcidas e irregulares: «Diana, debes volver a Europa. El *Lushington* zarpa el día catorce. Permíteme que me ocupe de las cuestiones materiales. Cuenta conmigo siempre, siempre. Stephen».

La leyó despacio, y otra vez, con los ojos nublados por las lágrimas, mientras Jack permanecía de pie, con las manos tras la espalda, mirando por la ventana.

Además de la rabia y la repugnancia que Jack sentía por estar allí, experimentaba otro sentimiento que le era difícil identificar, y su mente estaba llena de dudas y preguntas. No estaba acostumbrado a juzgar las cosas, excepto los errores en las maniobras de un barco o las violaciones de la disciplina naval. ¿Era tan ruin que tenía animadversión contra una mujer que había perseguido? ¿Acaso aquella profunda gravedad era odiosa hipocresía, una forma de obligarle a mostrar su dignidad? Había estado a punto de arruinar su carrera por ella, pero ella había preferido a Canning. ¿Acaso su tremenda indignación era, en realidad, un horrible resentimiento? No, no lo era. Ella había herido profundamente a Stephen, y Canning, un buen hombre, estaba muerto. No era buena, no era buena en absoluto. Sin embargo, en aquel encuentro bajo los árboles le había parecido una de las mujeres más virtuosas que había en el mundo, según él lo veía en ese momento. Virtud; reflexionaba sobre ella mientras miraba distraídamente a un

jinete que zigzagueaba entre los árboles. Había atacado su «virtud» con toda la fuerza que había podido... Entonces, ¿cuál era realmente su posición? No le valía como excusa la frase común: «Los hombres son diferentes». El jinete apareció de nuevo ante su vista, y ahora podía ver muy bien su caballo. Probablemente era el animal más hermoso que había visto: una yegua alazana de proporciones perfectas, ágil, con brío. Se asustó al ver una serpiente en el camino y se encabritó, pero el jinete permaneció tranquilo, dándole palmaditas en el cuello. Virtud; la que más apreciaba era el valor, y seguramente esa incluía a todas las demás. En el cristal de la ventana podía ver la imagen fantasmal de Diana. Ella tenía valor, no cabía duda. Allí estaba, muy erguida, tan delgada y frágil que podría romperla con una mano... Jack sintió de nuevo una ternura y una admiración que creía muertas.

—El señor Johnstone —dijo un sirviente.

—No estoy en casa.

El jinete se alejó.

—Aubrey, ¿podrías llevarme a Inglaterra en tu barco?

—No, señora. Las normas no lo permiten. Además, no es adecuado para llevar a una señora y aún falta más de un mes para terminar de armarlo.

—Stephen me ha pedido que me case con él. Podría hacer de enfermera.

—Lo siento muchísimo, pero mis órdenes no me lo permiten. No obstante, el *Lushington* zarpa esta semana, y si puedo ayudarla en algo, estaré encantado de servirla.

—Siempre supe que eras un hombre débil, Aubrey —dijo ella, mirándole con desprecio—, pero no sabía que eras tan ruin. Eres como todos los hombres que conozco, a excepción de Maturin: falso, débil y, a la hora de la verdad, un cobarde.

Jack hizo una inclinación de cabeza y salió de la habitación aparentemente sereno. Se cruzó en el camino con un cocinero que empujaba una carretilla llena de ollas y sartenes de cobre. «¿Soy ruin en realidad?», se preguntó. Y la pregunta le atormentó hasta que llegó a Howrah, donde estaba la fragata. En el momento en que vio su palo mayor sobresaliendo entre la masa de barcos, empezó a caminar más deprisa. Subió apresuradamente al portalón, pasó entre los oficiales, que estaban esperándole, y los carpinteros y se fue abajo.

—Killick —dijo—, averigua si el señor McAlister está ocupado con el doctor. Si no lo está, quiero verle.

Stephen estaba en la cabina grande, el lugar más ventilado e iluminado del barco, y en ella había mucha actividad. McAlister salió de allí con un dibujo en la mano, seguido por el contramaestre, el carpintero y algunos ayudantes de éste. Parecía angustiado y triste.

—¿Cómo está? —inquirió Jack

—La fiebre es demasiado alta, señor —respondió McAlister—, pero espero

que baje cuando le hayamos extraído la bala. Ya casi estamos listos, pero la bala está en un lugar muy malo.

—¿No sería mejor llevarlo al hospital? Los cirujanos podrían echarle una mano. Podemos preparar una camilla en un momento.

—Ya se lo sugerí cuando comprobamos que la bala estaba justo debajo del pericardio, está aplastada y torcida, ¿sabe?, pero no tiene muy buena opinión de los cirujanos militares ni del hospital. Ellos mandaron a decir que ofrecían su ayuda hace apenas media hora, y le confieso que la hubiera recibido de buena gana, el pericardio es sumamente delicado, pero insiste en realizar la operación él mismo y no me atrevo a contradecirle. Discúlpeme, señor, pero el armero está esperando para hacer este extractor que ha dibujado.

—¿Puedo verle?

—Sí, pero, por favor, procure que no se moleste ni se excite.

Stephen estaba tendido sobre una fila de baúles, reclinado sobre un trozo de pallette enrollado y envuelto en una vela. En el techo, justo sobre él, había colgado un gran espejo mediante poleas y cabos, y a su lado, a su alcance, una mesa en la que había vendas, estopa e instrumentos quirúrgicos: pinzas, retractores y una sierra en forma de media luna.

Miró a Jacky dijo:

—¿La has visto?

—Sí.

—Te agradezco mucho que hayas ido. ¿Cómo está?

—Bastante bien. Tiene grandeza de ánimo. ¿Y tú, cómo te sientes, Stephen?

—¿Qué llevaba puesto?

—¿Qué llevaba puesto? Pues un vestido de alguna clase, supongo. No me fijé.

—¿No era negro?

—No. Eso lo habría notado. Stephen, parece que tienes mucha fiebre. ¿Quieres que mande abrir la claraboya para que entre el aire?

Stephen negó con la cabeza.

—Tengo fiebre, desde luego, pero no tanta para preocuparme lo más mínimo. Puede que eso ocurra más tarde. Espero que Bates se dé prisa con mi sacabala.

—¿Me dejas traer al cirujano de Fort William, sólo para que permanezca a tu lado? Podría estar aquí en cinco minutos.

—No, señor. Lo haré con mi propia mano.

Se miró la mano atentamente y añadió como para sí:

—Si ha podido encargarse de una cosa, tiene que encargarse de la otra; es lo justo.

McAlister regresó con unas pinzas alargadas, recién salidas de la fragua del armero. Stephen las cogió, comprobó si tenían la misma forma curva que el dibujo, separó las puntas y dijo:

—Muy bien hechas, estupendas. McAlister, vamos a empezar. Por favor,

llame a Choles, si está sobrio.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Jack—. Me gustaría mucho poder ser de utilidad. Podría sostener la jofaina o secar con la estopa.

—Puedes sustituir a Choles, si quieres. Tienes que sujetar mi vientre y apretarlo con fuerza, así, cuando te lo diga. ¿Pero eres capaz de resistir este tipo de cosas? ¿No te afecta ver sangre? Choles era carnicero, ¿sabes?

—Mi querido Stephen, he visto sangre y heridas desde que era niño.

Había visto sangre, por supuesto, pero no así, brotando con fuerza a medida que avanzaba el escalpelo y penetraba la sonda. Tampoco había oído nada parecido al ruido de la sierra cortando el hueso, un ruido que sentía a pocas pulgadas de su oído, pues estaba inclinado sobre la herida con la cabeza muy baja para no impedir a Stephen ver el espejo.

—Tendrá que subir la costilla, McAlister —dijo Stephen—. Agárrela bien con el retractor cuadrado. Arriba, más fuerte, más fuerte. Corte el cartilago con las tijeras.

El ruido metálico de los instrumentos..., órdenes..., el rápido y constante taponamiento... Tenía la impresión de que actuaba sobre él una fuerza tremenda, una fuerza mayor de lo que podía imaginar. Todo aquello se prolongaba, se prolongaba...

—Ahora, Jack, empuja con fuerza hacia abajo. Bien. Quédate así. Dame el sacabala y límpiame con algodón, McAlister. Empuja, Jack, empuja.

En lo profundo de la palpitante cavidad Jack vio un punto gris, que desapareció enseguida. Y en esa dirección penetraban poco a poco las pinzas alargadas. Cerró los ojos.

Stephen aspiró hondo, contuvo la respiración y arqueó la espalda. En medio del silencio Jack podía oír el tic-tac del reloj de McAlister muy cerca de su oído. Se escuchó un jadeo y Stephen dijo:

—Aquí está. Muy aplastada. ¿Está entera, McAlister?

—Entera, señor, entera, gracias a Dios. No le falta ni un pedazo.

—Deja de hacer presión, Jack. Despacio con el retractor, McAlister. Dame un poco de algodón. Ya puedes empezar a coser. Espera. Atiende al capitán mientras me limpio. Amoniacó... Bájale la cabeza.

McAlister le arrastró hasta una silla. Jack sintió cómo sus propias rodillas le oprimían la cabeza y el penetrante olor del amoniacó. Levantó la cabeza y miró a Stephen, que tenía la cara de color gris, brillante por el sudor, con un aspecto casi inhumano y una expresión muy seria pero triunfante. Observó su pecho, en el que había una profunda abertura de lado a lado que dejaba a la vista los blancos huesos... Entonces McAlister comenzó su trabajo y su espalda le impidió a Jack seguir viendo la herida; era una espalda amplia, moviéndose con una agilidad que aseguraba el triunfo. Trabajo experto..., breves observaciones técnicas... Y allí estaba Stephen, con el pecho rodeado por una venda blanca,

limpio, relajado, echado hacia atrás con los ojos medio cerrados.

—¿Has contado el tiempo, McAlister?—inquirió.

—Veintitrés minutos exactamente.

—Lento... —Su voz se apagó, y al cabo de unos instantes volvió a oírse—. Jack, llegarás tarde a la cena.

Jack empezó a protestar y dijo que debía quedarse. Entonces McAlister, poniéndose un dedo sobre los labios, le llevó sigilosamente hasta la puerta. Afuera había más tripulantes de los que era conveniente, y parecían haber olvidado la disciplina.

—Se acabó la fiesta —dijo—. Pullings, que no se oiga ningún ruido cerca del palo mayor, ningún ruido en absoluto.

—Está muy pálido, señor —dijo Bonden—. ¿Quiere tomar algo?

—Tendrá que cambiarse la chaqueta, Su Señoría —dijo Killick—. Y también los calzones.

—¡Oh, Bonden! —exclamó Jack—. Se abrió él mismo, con sus propias manos, lentamente, hasta llegar al corazón; he visto su corazón latiendo.

—La operación le ha afectado, señor —dijo, dándole el vaso—. Sin embargo, a los antiguos tripulantes de la *Sophie* no les parecería sorprendente sino muy corriente. ¿Se acuerda del condestable, señor? No deje de asistir a la cena por eso. No se preocupe por él, volverá a estar fuerte como un roble.

Fue una espléndida cena entre reflejos dorados. Y sin pensarlo, Jack engulló una libra o dos de algún animal bañado en una salsa picante. Sus compañeros de mesa eran afables, pero después que agotaron los tópicos más comunes le dejaron a un lado, y él comió en silencio el resto de los platos, cada uno con su propio vino. En aquel relativo silencio podía oír la conversación de los dos civiles que estaban enfrente: uno era un juez viejo y sordo, de voz ronca, que llevaba unas gafas verdes, el otro era un miembro del Consejo, un hombre muy corpulento, y ambos, al final de la cena, estaban enrojecidos y apenas se tenían en pie. El tema de su conversación era Canning, su impopularidad, su atrevimiento y su independencia.

—Por lo que he oído, caballeros —dijo el juez—, ustedes estarían dispuestos a regalarle al superviviente un par de pistolas con incrustaciones de oro o un juego de bandejas de plata.

—No hablo por mí mismo —dijo el miembro del Consejo—, porque mi territorio es Madrás, pero creo que en algunos coches de los que irán al entierro no se derramarán lágrimas por él.

—¿Y qué pasa con la mujer? ¿Es cierto que quieren expulsarla por ser una persona no grata? Preferiría que la pasearan en un carro azotándola, como se hacía antiguamente; hace muchos años que no tengo el placer de ver eso. ¿No le gustaría tener el látigo en la mano? Podría tenerlo, porque la consideración de persona no grata es sólo de tipo administrativo en este caso.

—La esposa de Buller fue a visitarla para ver cómo sobrellevaba la desgracia, pero no fue recibida.

—Estará abatida, sin duda, muy abatida. Pero hableme de ese matasanos irlandés, de ese traghombres. ¿La mujer era su...?

Un ayudante de campo se les acercó por detrás y les susurró algo.

—¿Qué? —gritó el juez—. ¿Eh? ¡Oh, no lo sabía!

Entonces se bajó un poco las gafas y miró a Jack.

—Está hablando usted de mi amigo, el doctor Maturin, señor. Espero que la mujer a la que se ha referido no sea la dama que nos honra a Maturin y a mí con su amistad.

Le aseguraron que no..., no querían ofenderle en lo más mínimo..., estaban dispuestos a retirar cualquier frase inoportuna..., nunca se les ocurriría hablar irrespetuosamente de una dama que el capitán Aubrey conociera..., querían que bebiere con ellos un vaso de vino. Jack les dijo que lo haría con mucho gusto. Y unos instantes después se llevaron al juez.

Al día siguiente, en el silencioso alcázar de la *Surprise*, Jack recibió a Diana con menos frialdad de lo que ella esperaba. Le dijo que Maturin estaba durmiendo en ese momento, pero que si quería podía hablar con McAlister para que le informara sobre su estado, y que si Stephen se despertaba, McAlister la dejaría entrar. Mandó abajo todos los tipos de refresco que la *Surprise* podía ofrecer, y cuando ella se marchó por fin, después de esperar en vano, le dijo:

—Espero que tenga mejor suerte la próxima vez. Ha sido una bendición que se durmiera; hasta ahora no había dormido.

—Mañana no puedo salir, porque hay muchas cosas que hacer. ¿Puedo venir el jueves?

—Por supuesto. Y si alguno de mis oficiales puede serle útil, estaríamos encantados de servirla. Ya conoce a Pullings y a Babbington. O si lo prefiere, Bonden puede servirle de escolta. Estos muelles no son un lugar apropiado para las damas.

—Muy amable. Me encantaría tener la protección del señor Babbington.

—¡Oh, Braithwaite, cuánto amo a la señora Villiers! —dijo el Babbington de los viernes, afeitado dos veces y resplandeciente con su sombrero adornado con una cinta dorada.

Braithwaite suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Ella hace que todas las demás, desde el cabo Portsmouth, parezcan horribles.

—Nunca volveré a mirar a ninguna otra mujer, estoy seguro. ¡Ahí viene! Veo su coche por detrás del *dhow*^[21].

Corrió a ayudarla a entrar por el portalón y la condujo hasta el alcázar.

—Buenos días, señora —dijo Jack—. Stephen está mucho mejor, y me complace comunicarle que se ha comido un huevo. Sin embargo, aún tiene

mucha fiebre. Le ruego que evite causarle intranquilidad o irritación. McAlister dice que es muy importante no irritarle.

—¡Querido Maturin! —exclamó ella—. ¡Cuánto me alegro de verte ya sentado! Aquí tienes unos mangostanes; son lo mejor que hay para la fiebre. ¿Pero crees que estás suficientemente bien para recibir visitas? Aubrey, Pullings, el señor McAlister e incluso Bonden me han asustado tanto, diciéndome que no debo inquietarte ni molestarte, que pienso que debería irme enseguida.

—Soy fuerte como un toro, querida —dijo—, y al verte a ti me siento infinitamente mejor.

—De todos modos, trataré de no ponerte nervioso ni disgustarte. En primer lugar, quiero darte las gracias por tu nota; me ha servido de consuelo y estoy siguiendo tus indicaciones.

Stephen sonrió y dijo en voz baja:

—¡Qué feliz me haces! No obstante, Diana, hay otra cuestión menos noble: lo necesario para vivir, el pan de cada día. En este sobre...

—Stephen, cariño, eres la mejor de las criaturas, pero tengo pan y aún más cosas por el momento. Vendí una enorme esmeralda que el *Nizam* me había regalado y he reservado la única cabina decente del *Lushington*. Abandonaré todo lo demás, lo dejaré tal como está. Esos vulgares espantajos de Calcuta podrán insultarme, pero no podrán decir que soy interesada.

—No. Realmente, no —dijo Stephen—. El *Lushington* es muy cómodo y espacioso, casi el doble que nuestra fragata, y tiene el mejor jerez que he bebido, pero me hubiera gustado que volvieras a Inglaterra en la *Surprise*. Eso hubiera significado esperar otro mes más o menos, pero... ¿No se te ha ocurrido pedirselo a Jack?

—No, cariño —dijo ella con ternura—. No se me ha ocurrido. ¡Qué tonta he sido! Pero allí tienen sirvientas, ¿sabes? Y además, no me gustaría que me vieras mareada, pálida, sucia y con una actitud egoísta. Pero eso, a la larga, no tiene importancia. Probablemente nos daréis alcance y podremos vernos en Madeira. Si no, de todas formas, nos veremos en Londres. No perderemos mucho tiempo. Debes de tener sed, voy a darte algo de beber. Esto es hordiate, ¿verdad?

Hablaron tranquilamente del hordiate, los huevos, los mangostanes, los tigres de Sundarbans... o, mejor dicho, habló ella mientras él permaneció tumbado, muy pálido, con el semblante grave pero inmensamente feliz, y sólo dijo una o dos palabras.

—Aubrey cuidará muy bien de ti, no me cabe duda —dijo ella—. ¿Será tan buen marido como amigo? Lo dudo, porque no sabe absolutamente nada sobre las mujeres. Pareces muy cansado, Stephen. Debo irme ahora. El *Lushington* zarpa por la mañana a una hora imposible, con la marea alta. Gracias por el anillo. Adiós, cariño. —Le besó y sus lágrimas cayeron sobre el rostro de Stephen.

Las fétidas aguas del Hugli dejaron paso a las aguas transparentes de la bahía de Bengala y éstas a las de color azul oscuro del océano Índico. La *Surprise*, por fin de regreso a su país, desplegó las alas para tomar el monzón y se dirigió velozmente hacia el suroeste, siguiendo el rumbo del *Lushington*, que le llevaba dos mil millas de ventaja.

A bordo de la fragata iba una tripulación débil, empapada y malhumorada, una caja de acero llena de perlas en bolsas de gamuza, rubíes y zafiros, un cirujano delirante y un capitán angustiado.

Desde que a Stephen le había subido la fiebre de forma alarmante, Jack pasaba toda la noche sentado junto a su coy. McAlister o cualquier otro oficial podrían haberle sustituido, pero Stephen descubría sus secretos en el delirio, y aunque muchas cosas las decía en francés o en catalán o sólo tenían sentido en su propia pesadilla, otras muchas eran muy claras y específicas. Posiblemente un hombre con menos secretos no habría sido tan comunicativo; desde el inconsciente sus secretos salían en torrente por su boca.

Además de los secretos oficiales, había cosas que Jack no quería que ninguna otra persona oyera y que él mismo se avergonzaba de oír. Para un hombre tan orgulloso como Stephen (ni siquiera el propio Lucifer lo era tanto), significaría la muerte saber que otro, aunque fuera su más íntimo amigo, le había oído expresar sin tapujos sus deseos y que sus debilidades habían quedado al descubierto como el día del juicio final. Exponía sus ideas sobre el adulterio y la fornicación, hablaba imaginariamente con Richard Canning sobre los lazos del matrimonio, y de repente dirigía apostrofes, por ejemplo, a Jack « Jack Aubrey, me temo que tú también vas a herirte con tu propia arma. En cuanto tengas dentro una botella de vino te acostarás con la primera prostituta que encuentres y lo lamentarás el resto de tu vida. No conoces la castidad» . Además decía insultos, como: « *Judío* es una distinción impuesta; *bastardo* es otra. Ambas palabras podrían ser hermanas; las dos son, cuando menos, amigas —aunque poco o nada recomendables— porque las dos podrían calificar a la mayoría de los seres despreciables» .

Jack permanecía allí sentado y le secaba con una esponja de vez en cuando, mientras las guardias cambiaban y la fragata seguía avanzando rápidamente. Agradecía a Dios tener oficiales a quienes podía confiar los trabajos de rutina. Permanecía allí sentado y, mientras le secaba con una esponja y le abanicaba, le escuchaba en contra de su voluntad y se sentía triste, angustiado, aburrido y a veces herido.

No tenía carácter para permanecer sentado y sin hablar una hora tras otra.

Además, oír aquellas palabras dolorosas le provocaba una gran tensión y ya hacía tiempo que era insensible a cualquier estímulo. Sintió de repente un cansancio insoportable y enormes deseos de que Stephen dejara de hablar. Pero Stephen, tan callado normalmente, era locuaz en el delirio, y el tema sobre el que hablaba era la naturaleza del ser humano. Demostró también tener una prodigiosa memoria, pues Jack le oyó recitar capítulos enteros de Molina y casi toda la *Ética a Nicómaco*.

El desconcierto y la vergüenza que sentía por tener ventaja sobre él eran horribles, pero aún peor era su confusión de ideas. Consideraba a Stephen un filósofo, un hombre fuerte al que apenas afectaban los sentimientos comunes, seguro de sí mismo y con razones para estarlo, y nunca había respetado más a un hombre que no era marino. Por eso al conocer a este Stephen apasionado, subyugado por Diana, lleno de dudas de todo tipo, se sintió horrorizado; su desconcierto no habría sido mayor si hubiera descubierto que la *Surprise* no llevaba anclas ni lastre ni brújula.

—*Arma virumque cano* —empezó a decir Stephen con voz chillona, en la oscuridad, al recordar al primo loco de Diana.

—Bueno, gracias a Dios que vuelve a hablar en latín —dijo Jack—. Ojalá que dure.

Duró mucho, efectivamente; duró hasta que pasaron el Ecuador. Durante la guardia de mañana pudieron oírse, como un presagio, sus palabras:

—... ast illi solvuntur frigore membra
vitaque cum gemitu fugit indignata sub umbras.

Y las siguió un indignado grito con el que pedía té:

—¡... té verde! ¿No hay nadie en este maldito barco que sepa cómo curar una calentura? Les he estado llamando y llamando.

El té verde o el cambio del viento (roló al noroeste) cerca de Saint Stephen hicieron bajar la fiebre hora tras hora, y McAlister la mantuvo baja con quina. Pero a la fiebre le siguió un período de malhumoradas protestas que a Jack le provocaban el mismo cansancio que la *Eneida*. Y se sorprendía de ver cómo le resistían los demás, que no tenían, como él, la experiencia de haber soportado pacientemente, durante largo tiempo, a su compañero de tripulación. A Killick, hosco y malhumorado pero firme, se le oía decir a veces: «ese condenado babuino», pero corría cuanto podía para ir a buscarle una cuchara; Bonden aguantaba con paciencia su ataque con una fuente; los más veteranos y feroces marineros del castillo, que trataban de calmarle mientras llevaban cuidadosamente su silla a los mejores lugares de la cubierta, recibían sus maldiciones fuera cual fuera su elección y la brisa que soplara allí.

Stephen era un paciente horrible. A veces consideraba a McAlister un ser omnisciente que podía preparar la mejor de las medicinas, otras retumbaba en la cubierta el grito: « ¡Charlatán! » y se veían caer por el escotillón los frascos de medicinas. El pastor sufría más que nadie; la mayoría de los oficiales solían irse a otras partes de la fragata cuando el convaleciente Maturin estaba en el alcázar, pero el señor White no podía subir por la jarcia, y además, su deber era visitar a los enfermos e incluso jugar al ajedrez con ellos. Una vez, dejándose llevar por el erastianismo, aplicó con esmero todos sus conocimientos y ganó, y no sólo tuvo que soportar las miradas reprobatorias del timonel, el oficial de derrota que iba al gobierno del barco y todos los oficiales, sino un reproche indirecto del capitán —que pensaba que era « una mezquindad retrasar la recuperación de un enfermo por un momento de satisfacción »— y sus propios remordimientos de conciencia. El señor White estaba en una situación desesperada, porque si perdía el doctor Maturin probablemente se quejaría de que no prestaba atención y se pondría furioso.

La férrea constitución de Stephen prevaleció. Y una semana después, cuando la fragata se encontraba frente a una remota isla deshabitada del océano Índico —cuya longitud era diferente en todas las cartas marinas— bajó a tierra. Allí, un día que debía quedar señalado en un monolito blanco, hizo el descubrimiento más importante de su vida.

El bote pasó por una abertura del arrecife de coral y llegó hasta una playa con mangles en el lado izquierdo y una franja de tierra cubierta de palmeras en el lado derecho. Jack y sus oficiales habían colocado allí sus instrumentos y, como un grupo de nigromantes que hacían sus prácticas de día, observaban la pálida luna, por encima de la cual se veía claramente Venus.

Choles y McAlister le bajaron y le dejaron sobre la arena seca. Stephen se tambaleó un poco, y ellos le llevaron al otro lado de la playa, hasta un árbol enorme y muy viejo cuyas raíces, cubiertas de helechos, formaban un cómodo asiento, y en cuyas ramas podían verse orquídeas de catorce tipos diferentes. Se quedó a la sombra del árbol con un libro y papel de fumar mientras se comprobaba el anclaje y proseguían las observaciones astronómicas, que tardaban varias horas.

Los instrumentos estaban colocados en una zona donde habían aplanado cuidadosamente la arena, y cuando se acercaba el gran momento la tensión pudo advertirse incluso desde el árbol. Todo el grupo quedó en completo silencio, y sólo se oía la voz de Jack dándole una serie de números al escribiente.

—Dos, siete, cuatro —dijo, irguiéndose por fin—. ¿Cuál es su medición, señor Stourton?

—Dos, siete, cuatro, exactamente.

—Ésta es la medición más precisa que he hecho —dijo Jack y, subiendo el telescopio, miró a Venus, que podía distinguirse en lo alto del cielo si se sabía

hacia dónde mirar—. Ahora podemos guardar todo y volver a la fragata.

Cruzó la playa, y cuando estaba llegando al árbol dijo:

—¡Qué estupenda medición, Stephen! Siento que te hayamos hecho esperar tanto, pero valió la pena. Todos nuestros cálculos coinciden, y los cronómetros indicaron una diferencia de veintisiete millas. Hemos situado la isla con la exactitud... ¡Dios mío! ¿Qué es esa cosa tan monstruosa?

—Una tortuga, amigo mío. La tortuga terrestre más grande del mundo, una nueva especie. Es desconocida para la ciencia, y en comparación con ella las tortugas gigantes de la isla Rodríguez y de las Aldraba son insignificantes reptiles. Debe de pesar una tonelada. Creo que nunca he estado tan contento. ¡Me siento tan alegre, Jack! No sé cómo vas a llevarla al barco, pero nada es imposible para la Armada.

—¿Debemos llevarla al barco?

—¡Oh, sin duda! Inmortalizaré tu nombre; la llamaremos *Testudo aubreei*. Y cuando el héroe del Nilo haya sido olvidado, el capitán Aubrey será recordado gracias a esta tortuga y vivirá eternamente cubierto de gloria.

—Bueno, te lo agradezco mucho, Stephen. Creo que podríamos sacarla de la playa atada con una tiravira. ¿Cómo la encontraste?

—Estaba paseando por el interior de la isla, buscando ejemplares de animales..., esa caja está llena..., hay tanta variedad que podría hacer media docena de monografías..., y entonces la encontré, en una zona con pocos árboles, comiendo las hojas de un pipal. Arranqué algunos brotes altos, que ella se esforzaba por alcanzar, y me siguió hasta aquí comiéndoselos. Es un animal muy confiado, no es receloso en absoluto. ¡Qué Dios la proteja a ella y también a su especie cuando otros hombres encuentren esta isla! Esta tortuga me ha devuelto el ánimo —dijo, y le pasó el brazo alrededor del enorme caparazón.

La tortuga hacía inclinarse la balanza, como dijo McAlister, a quien el sol tropical aguzaba el ingenio. Su presencia tenía un efecto más tonificante que toda la quina y el bezoar guardados en el baúl de medicinas de la fragata. Stephen se sentaba junto a *Testudo aubreei* cerca de los gallineros todos los días, mientras la fragata navegaba con rapidez hacia el sur. Aumentaba de peso y cada vez tenía mejor humor, más serenidad, más benevolencia.

La *Surprise* había hecho el viaje de ida bastante bien —salvo cuando había tenido problemas o había encontrado vientos desfavorables— y eso podía atribuirse al celo de los tripulantes. Ahora regresaba a su país, y esas palabras tenían un efecto mágico sobre ellos —a muchos de los cuales les esperaban sus esposas y novias— pero especialmente sobre su capitán, porque iba a contraer matrimonio (eso esperaba), y tenía en perspectiva no sólo convertirse en un hombre casado sino llegar al teatro de la guerra, donde tendría la posibilidad de distinguirse y ocupar todas las páginas de un ejemplar de la *Gazette* y también de obtener botines. Además, la Compañía la había tratado de una forma muy

especial, no como en un astillero real, donde habrían regateado hasta medio penique de alquitrán, y le había proporcionado estupendas provisiones, nuevas velas, nuevas placas de cobre y un excelente cordaje de Manila, lo cual le había devuelto buena parte de sus antiguas cualidades. Y aunque no habían sido eliminados algunos defectos estructurales muy marcados —producidos por el paso del tiempo y el ataque de la *Marengo*—, todo estaba bien por el momento y avanzaba rápidamente hacia el sur, como si estuviera persiguiendo un galeón.

Ahora la tripulación estaba muy bien entrenada; la batalla había contribuido a ello, pero ya mucho antes los marineros formaban un grupo compacto y armonioso y ejecutaban las órdenes apenas acababan de recibirlas. El viento fue favorable hasta mucho después de que pasaran el trópico de Capricornio, y día tras día la fragata recorría doscientas millas navegando a toda velocidad, mientras todos los marineros aprovechaban al máximo sus cualidades; esa era una hermosa imagen de la vida naval, la que añoraban y consideraban auténtica los oficiales con media paga, alojados en oscuras posadas. Durante el viaje de ida no habían visto ni un solo barco desde el cabo de Buena Esperanza hasta las islas Lacadivas; en éste habían visto cinco y se habían comunicado con tres: un barco corsario inglés con jarcia de corbeta, uno americano que se dirigía al mar de China y un barco abastecedor que iba rumbo a Ceilán. Todos les dieron noticias del *Lushington*, que ahora, según el barco abastecedor, les llevaba unas setecientas millas de ventaja.

Las cálidas aguas se volvían cada vez más frías; las chaquetas aparecieron en las guardias nocturnas y las constelaciones del hemisferio norte dejaron de verse. Y cuando cruzaban aguas de cincuenta brazas de profundidad, cerca del banco de arena Otter, les sobresaltaron los gritos de los pingüinos en la niebla. Al día siguiente encontraron el perpetuo viento del oeste y un verdadero cambio de clima.

Ahora usaban chaquetones y gorros de piel, mientras la *Surprise* cambiaba de bordo y navegaba de bolina con las velas de mal tiempo o seguía en línea recta hacia el sur, tratando de encontrar vientos favorables, o estaba al paio sólo con la mayor de capa, luchando por avanzar hacia el oeste milla a milla contra la barrera que formaba el fuerte viento. Los petreles y los albatros les hacían compañía; en la camareta de guardiamarinas, en la sala de oficiales y en la propia cabina volvieron a comer carne de vaca salada y galletas (en la cubierta inferior nunca habían dejado de comer eso) y seguía soplando el viento del oeste. Hacía tan mal tiempo que durante interminables días no se hicieron mediciones.

A la tortuga la habían llevado a la bodega hacía mucho, y estuvo durmiendo sobre una manta acolchada durante el largo tiempo que tardaron en rodear El Cabo. Mientras tanto, su amo también dormía mucho, comía, recobraba fuerzas y clasificaba los numerosos ejemplares recogidos en Bombay y el pequeño número de ellos recogidos —con demasiada prisa, lamentablemente— en otros

lugares. Tenía poco que hacer, pues las enfermedades que inevitablemente los marineros habían traído de Calcuta las había tratado McAlister antes de que él se recuperara, y por otra parte, la fragata estaba tan llena de puro jugo de lima que los hombres gozaban de buena salud; además, la esperanza, el deseo vehemente y la alegría habían causado su efecto habitual y todos en la *Surprise* estaban satisfechos y felices. Había terminado con los coleópteros y había avanzado bastante en la clasificación de las criptógamas vasculares cuando la fragata puso rumbo al norte por fin.

Cinco días con viento débil e inestable, mucho más caliente. Se colocaron por primera vez en largas semanas los mastelerillos de la *Surprise*. Y una noche cálida, iluminada por la luna, cuando Stephen estaba sentado junto al coronamiento observando cómo el señor White dibujaba la jarcia —negras sombras, manchas oscuras sobre la fantasmal cubierta— una ráfaga de viento escoró la fragata, derramando la tinta india, y el agua fosforescente comenzó a correr por el costado de babor. La escora aumentó y el sonido de las burbujas subió de tono y se convirtió en un canturreo.

—Si éstos no son los benditos vientos alisios, yo soy un holandés —dijo Pullings.

No era un holandés. Aquellos eran, efectivamente, los vientos alisios del sureste, suaves pero estables, con una variación de apenas un grado. La *Surprise* desplegó bastante velamen y continuó avanzando hacia el trópico de Capricornio; los hombres se habían recuperado de su lucha contra El Cabo y ahora cantaban en el castillo, y se oía el caramillo tocando *La Surprise es una delicia*. Pero esta vez no se pusieron en facha para nadar un rato, ni siquiera cuando ya habían dejado muy lejos el trópico de Capricornio.

—Avistaremos Santa Elena por la mañana —dijo Jack.

—¿Vamos a hacer escala? —inquirió Stephen.

—No —respondió Jack.

—¿Ni siquiera para conseguir una docena de bueyes? ¿No estás cansado de la cocina?

—No. Y si crees que puede existir un ardid, una estratagema que te permita bajar a tierra para recoger insectos, debes seguir pensando.

A la luminosa luz del amanecer pudo verse un punto negro en el horizonte, un punto negro con una nube flotando sobre él. Ahora se veía con más claridad, y Pullings enumeró los principales atractivos de la isla: Holdfast Tom, Stone Top, el cabo Old Joan. Había desembarcado allí varias veces y le dijo al doctor que le hubiera gustado enseñarle un pájaro que habitaba en Dianas's Peak y tenía un pico muy curioso, un cruce entre un búho y un loro.

La fragata le dio su nombre al elevado puesto de señales e hizo la pregunta: ¿Hay órdenes para *Surprise*? ¿Hay correo?

El puesto de señales respondió: *No hay órdenes para Surprise*. Y después de

un cuarto de hora dijo por fin: *No hay correo. Repetimos: no hay órdenes, no hay cartas para Surprise.*

—Por favor, pregúntale si el *Lushington* ya ha pasado —dijo Stephen.

El puesto respondió: *El Lushington* vino y zarpó hacia Madeira hace siete días. Todo bien.

—En marcha —dijo Jack, y la fragata cambió de orientación las velas y siguió su rumbo—. Muffit debe de haber tenido mucha suerte al doblar El Cabo. Llegará antes que nosotros al cabo Lizard y hará el viaje en menos de seis meses. ¿Se habrá atrevido a pasar por el canal de Mozambique, el muy bribón?

* * *

Otro amanecer, tan puro y hermoso que inspiraba temor, porque todo lo perfecto es susceptible de estropearse y desaparecer. Esta vez fue el aviso de que había un barco a la vista el que hizo subir a los marineros muy rápido, más rápido que el silbato del contramaestre. El barco navegaba hacia el sur, en dirección contraria, y muy probablemente era un navío de guerra. Media hora después se supo con seguridad que era una fragata y que se estaba acercando. Todos los marineros empezaron a hacer zafarrancho de combate y la *Surprise* hizo la señal secreta. La fragata le respondió y le dio su nombre: *Luchesis*. La tensión fue sustituida por una gran expectación.

—Por fin tendremos noticias —dijo Jack.

Por mientras hablaba, aparecieron otras banderas de señales que indicaban: *Llevamos mensajes oficiales urgentes*. Entonces la fragata orzó; no podría detenerse ni aunque se hubiera encontrado con un almirante.

—Pregunte si lleva correo —ordenó Jack.

Y pudo leer la respuesta con su telescopio antes que el guardiamarina encargado de las señales: *No hay correo para Surprise.*

—¡Maldita sea esa carraca esmirriada! —exclamó cuando se separaban.

Luego, a la hora de la comida, le dijo a Stephen:

—¿Sabes una cosa? Me gustaría que ese pastor no estuviera a bordo. White es un buen tipo; no tengo nada contra él, me cae simpático y me complacería servirle en lo que pueda en tierra, pero dicen que llevar a un pastor a bordo siempre trae mala suerte. No soy supersticioso en lo más mínimo, como sabes, pero la tripulación está muy inquieta por eso. No llevaría a ningún pastor en mi barco si pudiera evitarlo. Además, los pastores están fuera de lugar en un navío de guerra, porque su deber es decirnos que pongamos la otra mejilla, y eso no tiene sentido en una batalla. Tampoco me gustó ese horrible pájaro que cruzó la

proa.

—Era simplemente un alcastraz común, sin duda venía de la isla de Ascensión. Este grog es la bebida más espantosa del mundo, a pesar de que le he echado un poco de carmín y jengibre. Me muero de ganas de tomar vino otra vez..., un vino tinto con mucho cuerpo. Te diré una cosa: mientras más conozco la Armada, más me asombra que sus hombres, con una educación liberal, sean tan simples que crean en supersticiones. A pesar de que estabas ansioso por regresar a Inglaterra, no quisiste zarpar un viernes, dando la ridícula excusa de que le pasaba algo al cabrestante. Aseguras que no hablas por ti sino por los hombres, pero a eso respondo: ¡ja, ja!

—Podrás decir lo que quieras, pero esas cosas son ciertas. Podría contarte algunas historias que te pondrían de punta hasta los pelos de la peluca.

—Todos los presagios de los marineros anuncian desgracias. Naturalmente, si los hombres, como en este caso, están tristes, forman un grupo demasiado numeroso y dedican todo su tiempo libre y su esfuerzo a atormentar a sus compañeros, es probable que algún mal augurio se cumpla, pero ni los cadáveres ni los pastores ni el fuego de San Telmo son los causantes de la tragedia.

Jack no estaba convencido y negó con la cabeza. Masticó durante un rato la carne de vaca que parecía de madera y luego dijo:

—En cuanto a la educación liberal, yo también respondo: ¡ja, ja! Los marinos apenas tenemos educación. La única forma de hacer que alguien llegue a oficial de marina es mandarle a navegar, y mandarle muy joven. Yo mismo he estado navegando desde que tenía doce años, más o menos, y la mayoría de mis amigos sólo asistieron a clases elementales que alguna dama de la localidad impartía en su casa. Lo único que conocemos es nuestra profesión, si es que conocemos algo..., debería haber pasado por el canal de Mozambique. No, no pertenecemos a ese tipo de hombres por los cuales las jóvenes educadas, inteligentes y de buenos modales recorren miles de millas por el mar. Les gustamos mucho cuando estamos en tierra y son amables y nos llaman buenos marinos cuando hemos conseguido una victoria, pero no se casan con nosotros a menos que lo hagan de inmediato, a menos que las abordemos envueltos en nuestro propio humo. Si tienen tiempo de pensárselo, como ocurre a menudo, se casan con pastores o brillantes abogados.

—Respecto a eso, Jack, tengo que decir que infravaloras a Sophie —dijo Stephen—. Quererla a ella es una demostración de tu educación liberal; al menos en ese aspecto eres un hombre educado. Además, los abogados son muy malos maridos, porque tienen la costumbre de estar siempre hablando; en cambio, los marinos están habituados a obedecer en silencio.

Y para alejar los tristes pensamientos de la mente de Jack, añadió:

—Giraldus Cambrensis afirma que los habitantes de Ossory pueden convertirse en lobos a voluntad.

Volvió a sus criptógamas, pero su conciencia no le dejaba tranquilo. Había estado pensando tanto en sus propios anhelos —la esperanza de Madeira y la certidumbre de Londres— que no había advertido la ansiedad de Jack, una ansiedad que, al igual que la suya, había aumentado a medida que el prometedor futuro estaba más definido, más próximo al presente. También él se sentía angustiado, porque presentía que pronto iba a perder la gran alegría de navegar —un mes tras otro— con rumbo a un espléndido final. No era un presentimiento de que se produciría un desastre inminente sino cierta intranquilidad, algo muy difícil de definir.

—Esa fue la observación más desafortunada —dijo, pensando en la frase de Jack «... se casan con pastores» y en que nombrar personas era la más arraigada de sus ocultas supersticiones o ideas ancestrales—. *Absit, o absit omen*.

Encontró al pastor solo en la sala de oficiales, haciendo una jugada de ajedrez.

—Por favor, señor White —dijo Stephen—, ¿podría decirme si entre los caballeros de su profesión conoce a alguno llamado Hincksey?

—¿El señor Charles Hincksey? —preguntó el pastor, inclinando cortésmente la cabeza.

—Exactamente, el señor Charles Hincksey.

—Sí, conozco muy bien al señor Hincksey. Estuvimos juntos en Magdalen y solíamos jugar a cartas y caminar grandes distancias. Era un estupendo compañero, no trataba de rivalizar, y le querían mucho en la universidad; me sentía orgulloso de conocerle. También era un gran helenista. Tenía muy buenas relaciones, tan buenas que ahora ocupa dos cargos eclesiásticos, los dos en Kent: uno es el más provechoso del condado y el otro puede mejorar aún. Y sin embargo, no creo que ninguno de nosotros sienta envidia ni resentimiento hacia él, ¿sabe?, incluso los que no tienen beneficios eclesiásticos. Es un predicador excelente, parsimonioso, nunca exaltado. Creo que será obispo pronto, y nuestra iglesia saldrá beneficiada.

—¿No tiene defectos el caballero?

—Supongo que sí —respondió el señor White—, pero le doy mi palabra de que no puedo recordar ninguno. Aunque fuera otro Chartres, estoy seguro de que a la gente le seguiría siendo simpático. Es un hombre alto y atractivo, no demasiado ingenioso ni divertido, pero siempre una buena compañía. No me explico cómo se ha escapado del matrimonio, porque podría llenarse un almacén con el tocado de las mujeres que miran hacia él. No le tiene aversión al estado de casado, lo sé, pero me parece que es difícil de complacer.

Los días pasaban volando; cada uno de ellos parecía largo, pero rápidamente formaron una semana..., una quincena. Los vientos inestables y débiles del viaje de ida actuaron esta vez impulsando hacia el norte la fragata, que cruzó el Ecuador y, casi sin pausa, encontró de nuevo los vientos alisios. Ahora, casi a cien millas de distancia, podía verse por estribor el pico que dominaba Tenerife, un brillante triángulo bajo su nube particular.

El enorme deseo de llegar a Madeira no había disminuido en lo más mínimo; en ningún momento Jack dejó de llevar la frágil embarcación con todo el velamen desplegado, lo que era casi una temeridad. Pero tanto Aubrey como Maturin sentían una tensión cada vez mayor, una mezcla de placer y temor a lo que ocurriría.

Al norte, la isla se recortaba sobre el cielo amenazador, y antes del crepúsculo quedó oculta por la lluvia, una fuerte lluvia que caía desde nubes bajas y formaba surcos en los costados recién pintados de la fragata. Por la mañana entraban al puerto de Funchal —lleno de barcos— tras el cual se veía la ciudad, blanca y brillante, en medio del aire luminoso. Había una fragata, la *Amphion*, una corbeta, la *Badger*, varios barcos portugueses, uno norteamericano, innumerables botes, barcos de pesca y otras embarcaciones pequeñas. Y en un extremo estaban tres mercantes de la Compañía de Indias con sus excelentes vergas sobre la cubierta, pero el *Lushington* no estaba entre ellos.

—Dispare, señor Hales —dijo Jack.

Los cañones saludaron al castillo, el castillo disparó, devolviendo el saludo, y el humo comenzó a dispersarse por la bahía.

—¡Atención en la proa! ¡Soltar!

El ancla cayó al mar y el cable bajó corriendo tras ella, pero antes de que se clavara y sacudiera el barco, volvieron a oírse cañonazos. Jack se volvió hacia alta mar para ver si venía otro barco, y entonces se dio cuenta de que los mercantes de la Compañía estaban saludando a la *Surprise*. Seguramente el *Lushington* les había informado de la escaramuza con Linois y estaban muy contentos.

—Dispare siete, señor Hales —dijo—. Y luego baje la barcaza.

Stephen iba a ser el primero en bajar por el costado. Sin embargo, cuando estaba en el portalón se mostró indeciso, y Bonden, pensando que tenía inseguridad por sus condiciones físicas, murmuró:

—Tranquilo, doctor. Déme su pie.

Jack le siguió. Entonces se oyó el silbato del contra maestre y los marineros empezaron a remar para llevarles a tierra. Iban sentados uno junto al otro, con sus mejores uniformes, de frente a los remeros, que estaban afeitados y llevaban jerséis, blancos y anchos sombreros también blancos con largas cintas con el nombre de *Surprise*. La única palabra que Jack pronunció fue: «Avanzar».

Fueron directamente a ver al corresponsal de su agente, un inglés de Madeira.

—¡Bienvenido, señor! —exclamó el corresponsal—. En cuanto oí a los mercantes de la Compañía supe que era usted. El señor Muffit estuvo aquí la semana pasada y nos contó su noble hazaña. Permitame que le felicite, señor, y que estreche su mano.

—Gracias, señor Henderson. Dígame, ¿sabe si hay en la isla alguna joven que espera por mí, que ha llegado en un barco del Rey o un mercante de la Compañía?

—¿Una joven, señor? No, que yo sepa, no. Desde luego, no ha venido en ningún barco del Rey. Pero los mercantes de la Compañía llegaron hace poco, el lunes, tras sufrir serios daños en el golfo de Vizcaya, y podía estar en alguno de ellos. Aquí están las listas de pasajeros.

Jack leyó rápidamente los nombres. Enseguida le llamó la atención uno: *señora Villiers*, y luego, dos líneas más abajo, otro: *señor Johnstone*.

—¡Pero ésta es la lista del *Lushington*! —exclamó.

—Sí —dijo el corresponsal—. Las otras, las del *Mornington*, el *Bombay Castle* y el *Clive* están detrás.

Jack las leyó dos veces, y luego, lentamente, por tercera vez. No había ninguna señorita Williams.

—¿Hay correo? —preguntó con voz apagada.

—¡Oh, no, señor! Nadie hubiera preguntado en la isla por la *Surprise* hasta dentro de muchos meses. Probablemente en Inglaterra no sabían que había zarpado. Me parece que su correo lo tendrá la *Bellerophon*, que va hacia el sur con el último convoy que ha pasado. Pero ahora que lo pienso, en la oficina dejaron un mensaje para un tal doctor Maturin, que viaja a bordo de la *Surprise*. Lo dejó una señora que iba en el *Lushington*. Aquí está.

—Mi nombre es Maturin —dijo Stephen. Reconoció la letra, por supuesto, y notó el anillo al palpar el sobre—. Jack, voy a dar un paseo. Buenos días, señor.

Empezó a subir la montaña. Siguió el camino por dondequiera que atravesaba, por pequeños cañaverales, huertas, viñedos sembrados en terrazas y un bosque de castaños, entre los árboles hasta donde éstos se acababan y aparecían arbustos, luego hasta donde los arbustos se terminaban y comenzaba una zona reseca y de escasa vegetación. Y después de acabarse el camino continuó subiendo hasta un lugar cubierto de rocas volcánicas, las mismas que, dispuestas en capas, formaban la cordillera central de la isla. En las partes que estaban a la sombra había un poco de nieve blanda, y se comió varios puñados; había llorado y sudado tanto que ya no le quedaba agua en el cuerpo y tenía la boca y la garganta tan secas como la áspera roca donde estaba sentado.

Se había convencido de que todo debía serle indiferente, y aunque todavía sus mejillas estaban húmedas y el viento frío las azotaba ahora, no sentía ningún

dolor. Abajo se veía un atormentado paisaje: en primer lugar una gran extensión de tierra estéril, luego bosques, y más allá diminutos campos, algunos pueblos y por último la costa sur de la isla. A la derecha estaba Funchal, lleno de barcos que parecían manchas blancas, y mucho más allá el océano se unía con el cielo. Lo observó todo con cierto interés. Al oeste, del otro lado del enorme cabo, estaba Cámara de Lobos, un lugar habitado por focas, según decían.

El sol estaba apenas a un palmo del horizonte, y la sombra, casi tan oscura como la noche, cubría totalmente los innumerables barrancos.

—Bajar..., ese será el problema —dijo en voz alta—. Cualquier hombre puede subir, casi indefinidamente, pero bajar, sobre todo bajar con paso firme, es algo diferente por completo.

Tenía que leer la carta, por supuesto, y cuando la luz del día estaba a punto de acabarse, la sacó del bolsillo. Rasgó el sobre (un ruido atroz) y la leyó con gran frialdad, aunque no pudo evitar que al final sintiera una mezcla de ternura y desesperación. Pero eso no servía de nada, la debilidad no servía de nada. Con la misma aparente indiferencia, miró a su alrededor buscando en las rocas un hueco donde poder tumbarse.

Cuando salió la luna, relajó su cuerpo contraído y exhausto y quedó sumido por fin en la oscuridad, en un profundo sueño, y así, totalmente ausente, permaneció varias horas. El sol, en su trayectoria circular, después de haber iluminado Calcuta y luego Bombay, apareció en la otra parte del mundo y le dio de lleno en la cara, obligándole a despertarse. Entonces se sentó, todavía amodorrado, y aunque experimentaba un doloroso sentimiento, no podía identificarlo. Los dispersos recuerdos volvieron a su mente; asintió con la cabeza, enterró el antiguo anillo de hierro que aún tenía en la mano (la carta se la había llevado el viento) y se frotó la cara con un poco de nieve que quedaba.

Llegó al pie de la montaña por la tarde, y cuando iba camino de Funchal se encontró con Jack en la plaza de la catedral.

—Espero no haberte retrasado —dijo.

—No, en absoluto —dijo Jack, cogiéndole por el codo—. Estamos cargando el agua. Ven a beber un vaso de vino.

Se sentaron. Estaban demasiado desalentados y aturridos para sentirse molestos.

—Tengo que decirte una cosa —dijo Stephen—. Diana se ha ido a América con un tal señor Johnstone, de Virginia. Van a casarse. No estaba comprometida conmigo; simplemente me trató con amabilidad en Calcuta y yo me hice demasiadas ilusiones, perdí la razón. No me siento agraviado. Brindo por ella.

Terminaron la botella, y otra más, pero eso no les hizo ningún efecto, pues cuando regresaban a la fragata en la barcaza estaban tan silenciosos como cuando habían venido.

Cuando acabaron de cargar el agua y las provisiones, la *Surprise* levó el ancla

y salió a alta mar, bordeando la parte este de la isla y adentrándose en una noche de perros. La alegría de la proa contrastaba fuertemente con el silencio de la popa; Bonden había dicho que la fragata «parecía tener hundida la popa». Los hombres sabían que al capitán le pasaba algo; habían navegado con él mucho tiempo y se habían esforzado por aprender a interpretar su expresión, porque en la mar el capitán de un navío de guerra era un monarca absoluto, quien decidía si habría sol o lluvia. Y también les preocupaba el doctor, porque estaba muy pálido. La opinión general era que ambos habían comido alguna comida extraña de la isla y que en uno o dos días, con enormes dosis de ruibarbo, estarían mejor. Además, puesto que no habían oído palabras duras en el alcázar, habían cantado y reído mientras levaban el ancla y se hacían a la mar. Estaban muy animados porque ese era el último tramo del viaje y el viento era favorable para navegar hacia el cabo Lizard. Allí iban a licenciarse y a encontrarse con sus esposas y novias... ¡Por fin tenían Fiddler's Green^[22] a la vista!

En la cabina, a Stephen le invadió una gran pesadumbre. No sentía tristeza sino un profundo cansancio por volver a la rutina diaria, a una vida monótona que no tenía mucho sentido, a una vida gris. Visitó a los enfermos y durante largo tiempo estuvo reunido con McAlister revisando los libros de la enfermería, pues dentro de una semana más o menos, cuando el barco tuviera que rendir cuentas, ellos tendrían que presentar las suyas y justificar, bajo juramento, el gasto de cada dracma y cada escrúpulo^[23] de medicinas y calmantes durante los últimos dieciocho meses, y McAlister tenía muy mala memoria. Cuando se quedó solo, comprobó cuánto láudano —su fortaleza embotellada— le quedaba aún para su uso personal; en otro tiempo había tomado mucho, hasta cuatro mil gotas diarias, pero esta vez ni siquiera quitó el corcho de la botella. Ya no necesitaba fortaleza; ahora no sentía nada, de modo que no tenía sentido conseguir una ataraxia artificial. Se durmió sentado en la silla y permaneció dormido mientras los cañones hacían prácticas y durante casi toda la guardia de media. De repente se despertó y vio por debajo de la puerta la luz que llegaba desde la cabina grande. En ella encontró a Jack, todavía levantado, revisando las notas que le entregaría al hidrógrafo del Almirantazgo: innumerables datos sobre las mediciones con sonda, las corrientes de las costas y la posición de fondeaderos, todas ellas observaciones cuidadosas y valiosas. Jack se había convertido en un marino científico.

—Jack —dijo Stephen de improviso—, he estado pensando en Sophie, sobre todo mientras estaba en la montaña, y se me ha ocurrido algo tan simple que no sé cómo no habíamos pensado en ello antes: no es seguro que el mensajero haya llegado. Por una parte, tenía que recorrer muchas, muchas millas por tierra, a través de desiertos y países incivilizados, y por otra parte, es probable que la noticia de la muerte de Canning se haya difundido con rapidez y se le haya adelantado, e indudablemente habrá afectado a los socios de Canning y sus

planes. Hay muchos motivos para creer que ella nunca recibió tu mensaje.

—Es muy amable por tu parte decir eso, Stephen —dijo Jack, mirándole afectuosamente—, y tu conclusión es muy razonable, pero sé que el mensaje llegó a las oficinas de la Compañía de Indias hace seis semanas. Brenton me lo dijo. Solían llamarme Jack *El Afortunado*, ¿te acuerdas? Y era realmente afortunado en otro tiempo, pero ahora no lo soy tanto. Lord Keith me dijo que la suerte se acababa, y la mía ya se terminó. Me hice demasiadas ilusiones, eso es todo. ¿Qué te parece si tocamos algo?

—Me parece estupendo.

Mientras la lluvia caía y el farol se balanceaba a causa de la marejada, ellos tocaron con entusiasmo obras de Corelli y Hummel, y cuando Jack tenía preparado el arco del violín para una pieza de Boccherini, lo bajó, haciendo chirriar las cuerdas, y dijo:

—Eso ha sido un cañonazo.

Se quedaron inmóviles, con la cabeza en alto. Un guardiamarina empapado llamó a la puerta y entró.

—El señor Pullings le presenta sus respetos, señor —dijo—, y dice que le parece haber visto un barco por sotavento.

—Gracias, señor Lee. Subiré a la cubierta enseguida —dijo, cogiendo la capa de agua—. Dios quiera que sea un barco francés. Preferiría encontrarme con un francés que...

Entonces desapareció y Stephen guardó los instrumentos.

En la cubierta, la fría lluvia y el viento del suroeste le cortaron la respiración, pues contrastaban con el aire de la cabina, adonde todavía llegaba el calor del trópico desde la bodega, donde se encontraba almacenado. Se colocó detrás de Pullings, que estaba inclinado sobre el pasamanos mirando por el telescopio.

—¿Dónde está, Tom? —le preguntó.

—Justamente por la aleta, señor, en ese sendero que forma la luz de la luna. Vi el fogonazo y me pareció ver un barco que viraba. ¿Quiere mirar usted, señor?

Pullings podía verlo bastante bien. El barco estaba a tres millas de distancia, con las gavias desplegadas, y había hecho una señal a otro barco que no podía verse, o tal vez a algún convoy, indicando que iba a virar. Sin embargo, Pullings sentía un gran afecto por su capitán y le apenaba verle triste, por eso quería ofrecerle esa pequeña satisfacción.

—¡Dios santo! Tienes razón, Pullings —murmuró—. Es un barco y navega de bolina escorado a estribor. Vamos a virar y a cargar las gavias. Alcanzaremos su estela y veremos hasta dónde nos deja acercarnos. Ahora no hay prisa.

Entonces, levantando la voz, exclamó:

—¡Todos a virar!

El sonido del silbato y los gritos de los ayudantes del contramaestre despertaron a los marineros, que aún dormían abajo, y unos minutos más tarde la

Surprise se acercaba con rapidez a la estela del desconocido sólo con las mayores desplegadas, seguramente invisible en aquella oscuridad. Tenía el viento a dos grados por la aleta, ganaba cada vez más velocidad y se aproximaba al desconocido con los cañones preparados y la cubierta principal iluminada por faroles con pantalla. No sonaban las campanadas y las órdenes se daban en voz baja. Jack y Pullings permanecían en el castillo, observando el barco a través de la lluvia; ahora ya no era necesario el telescopio. Por un claro entre las nubes vieron que era una fragata.

Si era la embarcación que él esperaba que fuera, iba a dispararle una fuerte descarga en cuanto pudiera, y antes de que se repusiera de la sorpresa cruzaría su popa y le lanzaría dos, o tal vez tres, y luego se situaría junto a la aleta. Más cerca, más cerca. Oyó su campana. Sonaron las siete campanadas en la guardia de media y aún no se oyó ningún grito. Más cerca... El cielo comenzó a iluminarse por el este.

—Preparados con los chafaldetes —ordenó en voz baja—. Preparen la carga. Aún más cerca. Su corazón latía con fuerza.

—¡Soltar! —ordenó.

Las gaviotas se desplegaron y enseguida fueron atadas las empuñaduras. Entonces la *Surprise* avanzó rápidamente hasta situarse cerca de la aleta del desconocido.

Se oyeron gritos y ruidos confusos.

—¿Qué barco es ese? —gritó—. ¿Qué barco es ese?

Y por encima del hombro dijo:

—Poner en facha el velacho. Marineros a los palanquines.

La *Surprise* estaba ahora a tiro de pistola, y todos sus cañones le apuntaban. Entonces se oyó la respuesta:

—¡*Euryalus*! ¿Qué barco es ese?

—¡*Surprise*! ¡Ponerlo en facha o lo hundiremos! —gritó Jack, aunque ya no era posible disparar.

«Maldito atajo de marineros inexpertos», pensó. Pero creía que podría tratarse de una estratagema y permaneció allí de pie, mientras las dos fragatas orzaban; parecía dos veces más grande de su tamaño natural y estaba resplandeciente.

Sin embargo, era verdaderamente la *Euryalus*. En el alcázar apareció Miller, un capitán de mucha más antigüedad que él, en camisa de dormir. Le riñó al oficial de guardia y a los servilotes. Dijo que pagarían caro por aquello y que habría muchas espaldas sangrientas por la mañana.

—¡Aubrey! —gritó Miller—. ¿De dónde demonios viene usted?

—De las Indias Orientales, señor. Bueno, ahora vengo de la isla.

—¿Por qué demonios no hizo la señal nocturna como un cristiano? Si ésta es una broma, señor, es de muy mal gusto, no me hace gracia. ¿Dónde está mi capa

de agua? ¡Me estoy empapando! ¡Señor Lemmon! ¡Señor Lemmon! Usted y yo tenemos que hablar ahora mismo, señor Lemmon. Aubrey, no debería aparecer como un muñeco de una caja de sorpresa, lo que debería hacer es decirle a la *Ethalion* que aumente la velocidad. Buenos días.

Desapareció dando un terrible gruñido. Entonces, desde la proa, justo a los pies de Jack, se oyó una voz gritar:

—¡*Euryalus*!

—¿Qué? —dijo otra voz desde la popa de la *Euryalus*.

—¡Cabrones!

La *Surprise* viró, se acercó despacio a la *Ethalion*, que estaba rezagada —a una enorme y vergonzosa distancia— y después de hacer la señal secreta repitió la orden del capitán Miller.

La *Ethalion* indicó que había recibido el mensaje, y cuando Jack estaba poniendo rumbo a Finisterre, el inexperto guardiamarina que se encargaba de las señales durante esa guardia, dijo:

—Han aparecido señales otra vez, señor.

Entonces las miró a través del telescopio, pasó una y otra vez las páginas del libro y, con ayuda del oficial, leyó el mensaje lentamente: *Capitán Surprise, tengo dos mujeres para usted. Y luego otro: Una joven. Por favor, ven a desayunar.*

Jack cogió el timón mientras gritaba:

—Desplieguen velas, muévanse, muévanse, muévanse, deprisa.

La *Surprise* cruzó la proa de la *Ethalion* y se detuvo junto a ella por sotavento. Jack la observó con expresión temerosa, dudando si creer o no que el mensaje era cierto. Y en ese momento, desde el alcázar, Heneage Dundas dijo:

—Buenos días, Jack. Aquí está la señorita Williams. ¿Quieres venir?

El bote cayó al mar, llenándose de agua hasta la mitad, debido a la marejada, y atravesó la distancia que les separaba. Jack saltó al costado de la fragata y subió rápidamente. Saludó a los oficiales del alcázar llevándose la mano al sombrero, estrechó a Dundas entre sus brazos y fue conducido a la cabina sin afeitarse, sin lavarse, empapado y radiante de alegría.

Sophie hizo una reverencia, Jack hizo una inclinación de cabeza, y ambos se sonrojaron. Dundas dijo que iba a ocuparse del desayuno y les dejó solos.

Palabras de cariño..., un beso apasionado. Explicaciones interminables, incesantemente interrumpidas y empezadas de nuevo: el capitán Dundas era muy considerado y se había cambiado a ese barco..., había estado de crucero..., se habían visto obligados a perseguir un barco corsario casi hasta las Bahamas y habían estado a punto de atraparlo... ¡Habían disparado varios cañonazos!

—Voy a decirte una cosa, Sophie —dijo Jack—. Llevo un pastor a bordo. He estado maldiciéndole y casi termina como Jonás, pero ahora estoy muy contento

de que esté con nosotros, porque podrá casarnos esta mañana.

—No, amor mío —dijo Sophie—. Si es como Dios manda, en nuestra tierra y con el consentimiento de mamá, sí, cuando tú quieras. Ella no se opondrá ahora, y se lo prometí. En cuanto lleguemos a Inglaterra podremos casarnos en la iglesia de Champflower, si realmente lo deseas. Pero si no quieres, recorreré el mundo contigo, cariño mío. ¿Cómo está Stephen?

—¿Stephen? ¡Oh, cariño, qué torpe y egoísta he sido! Ha pasado algo horrible. Stephen creía que ella iba a casarse con él; me parece que era algo sobreentendido. Ella iba de regreso a Inglaterra en un mercante de la Compañía y al llegar a Madeira desembarcó y se fue con un americano, un americano muy rico, según dicen. Eso es lo mejor que le ha podido ocurrir, pero está tan deprimido que daría mi mano derecha con tal de que ella volviera. Cuando le veas se te caerá el alma a los pies. Pero sé que le tratarás con dulzura.

A Sophie se le llenaron los ojos de lágrimas, pero antes de que pudiera responder, entró su sirvienta, saludó a Jack con una inclinación de cabeza y dijo que el desayuno estaba listo. A la sirvienta no le gustaba nada aquella situación, y a juzgar por la mirada terriblemente asustada del despensero, que estaba detrás de ella, tampoco le gustaban los marineros.

El desayuno fue muy largo. Dundas le contó a Jack detalladamente su cambio y la persecución del barco corsario e insistió en que le explicara cómo había sido la batalla contra Linois. Pusieron los platos a un lado y representaron los barcos con pedazos de pan tostado, y Jack los movía con la mano izquierda —mientras cogía la mano de Sophie con la derecha por debajo de la mesa— mostrando cuál había sido la disposición de la línea de batalla en las diferentes fases del combate. Ella escuchaba con gran atención y comprendía perfectamente quién tenía la ventaja. Fue un desayuno largo y exquisito, al cual pusieron fin los furiosos e insistentes cañonazos del capitán Miller.

Subieron a la cubierta y Jack pidió que prepararan una guindola. Mientras esperaban, Stephen y Sophie no pararon de sonreír y saludarse con la mano. Y se preguntaron: « ¿Cómo estás, Stephen? » . « ¿Cómo estás, querida? » .

—Heneage, te estoy muy agradecido, profundamente agradecido —dijo Jack—. Ahora sólo me resta llevar a Sophie y el tesoro a nuestro país y el futuro será como el Paraíso.

FIN.

Glosario de términos navales

Abatir

Separarse un buque del rumbo al que tiene la proa por causa del viento, corrientes o de la mar.

Adrizar

Enderezar, poner derecho un objeto. Lo contrario de escorar.

Aduja

Vuelta o rosca circular u oblonga de todo cabo.

Aferrar

1. Enganchar en un sitio el bichero, ancla u otro utensilio semejante.

2. Agarrar el ancla en el fondo.

3. Plegar y sujetar velas bajo las vergas cuando no se iba a utilizar.

Ala

Vela de fortuna que con buen tiempo se larga por una o las dos bandas de las velas de cruz de gaviás y juanetes, la baja del trinquete se llama rastrera.

Alcázar

Espacio que media en la cubierta superior de los barcos entre el palo mayor y la popa o la toldilla, donde está el puente de mando.

Aletas

Maderas curvadas que forman la última cuaderna de popa y van unidas a las extremidades de los yugos.

Amantillo

Cada uno de los dos cabos que sirven para mantener horizontal una verga.

Ampolleta

Reloj de arena.

Amura

Nombre o indicación de la dirección media del casco entre la proa y el través.

Amuras

Ancho del buque en la octava parte de la eslora a partir de la proa y parte extrema del costado en ese sitio.

Andana

Fila de cañones de una batería.

Aparejar

Poner jarcias y velas a un barco.

Aparejo

Conjunto de la arboladura, la jarcia y las velas de un buque; si tiene vergas y velas cruzadas se llama de cruz, y si todas las velas están en el plano diametral es de cuchillo.

Araña

Grupo de cabos delgados que parten de un punto en donde están hechos firmes y abriendo en abanico van a terminar a varios puntos de un objeto: coy, vela (para la bolina), cumbre de un toldo, estay, etc.

Arboladura

Conjunto de palos y vergas de un buque.

Arbolar

Poner los palos a una embarcación.

Arfar

Levantar la proa el buque impelido por las olas, debiendo después bajarla, lo que es cabecear.

Armada

Grupo de buques de guerra que en el siglo XVI acompañaban a un convoy. Modernamente conjunto de las fuerzas navales de un país.

Arribar

Meter el timón a la banda conveniente para que el navío gire a sotavento, aumentando el ángulo de la proa con el viento.

Arrizar

Tomar rizos. Colocar alguna cosa en el barco de modo adecuado para que se sostenga a pesar del balanceo.

Atagallar

Navegar un barco muy forzado de vela.

Atarazana

Desde el siglo XIII, lugar en donde se construyen y reparan naves.

Avante

Adelante; tomar por avante: dar el viento por la cara de la proa de las velas de cruz.

Babor

Banda o costado izquierdo de un barco, mirando de popa a proa.

Balas

En el siglo XVIII había los siguientes tipos de munición:

Rasa: esfera sólida de hierro fundido, bolaño (piedra).

Metralla: saquete con varias balas pequeñas.

Roja: esfera de hierro, calentada al rojo, usada desde 1613.

Encadenada: eran pesadas balas unidas por una cadena. Se enredaban en el

aparejo y lo destrozaban.

Bao

Cada una de las piezas que unen los costados del barco y sirven de asiento a las cubiertas.

Barcalonga

Cierto barco de pesca.

Barloventear

Avanzar contra la dirección del viento.

Barlovento

Lado de donde viene el viento.

Batayola

Caja cubierta con encerados que se construye a lo largo del borde de los barcos en la que se recogen los coyotes de la tripulación. Barandilla de madera sobre las bordas del barco que servía para sostener los lios de ropa que se colocaban como defensa al ir a entrar en combate.

Batería

Espacio interior entre dos cubiertas y la fila o andana de cañones, que había en los navíos en cubierta corrida de proa a popa.

Batiportar

Trincar el cañón contra el costado, apoyando su boca en el borde alto de la porta.

Batiporte

Cada una de las piezas que forman los cantos alto y bajo de las portas.

Bauprés

Palo grueso que sale de proa con inclinación de 30° a 50° según las épocas, que sirve para hacer firmes los estays de trinquete, para laborear las bolinas o montar las cebaderas y foques; sobre él se monta el botalón y a finales del siglo XVII el tormentín.

Bergantín

Buque de dos palos —mayor y trinquete— de velas cuadradas y de estay, foques, con gran cangreja como vela mayor en el siglo XVIII.

Bergantina

Buque propio del Mediterráneo, mixto de jabeque y polacra o bergantín con palos triples.

Bichero

Asta larga con un hierro con punta y gancho en el extremo, que sirve en las embarcaciones menores para ayudar a atracar y desatracar.

Bolaño

Bala de piedra esférica.

Bolina

1. Cabo con que se cobra la relinga de barlovento de una vela, hacia proa,

cuando se ciñe el viento.

2. La disposición del buque ciñendo el viento.

Bombarda

Pequeño buque al que en lugar de palo trinquete se monta uno o dos morteros en un pozo de cubierta muy reforzado, teniendo un palo mayor cruzado, y un mesana con cangreja.

Bombero

Cañón corto y de grueso calibre, para disparar bombas o granadas.

Bordada

También bordo. La parte navegada por un buque cuando va ciñendo alternativamente por cada banda.

Bornear

Girar el buque sobre sus amarras estando fondeado.

Botalón

Palo o percha redonda que se arma en prolongación hacia afuera de las vergas, bauprés o costados.

Botavara

Palo redondo que asegurado por popa al mesana sirve para cazar la cangreja.

Bracear

Tirar de las brazas para hacer girar las vergas y orientar las velas.

Braguero

Cabo grueso o guindaleza, con sus extremos afirmados en la amurada; envolvía a la cureña y al cañón, y sujetaba a éste en su retroceso.

Brandal

Cada uno de los cabos largos sobre los que se forman las escalas de viento. Cabo con que se afirman los obenques.

Braza

1. Unidad de longitud igual a seis pies.

2. Cabo que sirve para mantener fijas las vergas y hacerlas girar horizontalmente.

Brazalote

Cabo que une el pie de la verga con la polea por la que pasa la braza doble.

Brocal

El reborde alrededor de la boca del cañón.

Burda

Cabo o cable que hace el oficio de obenque de un mastelero y se hace firme en la borda o en la mesa de guarnición.

Cabecear

Bajar la proa el buque por las olas después de arfar, y también al conjunto de los dos movimientos.

Cabo

Todas las cuerdas que se emplean a bordo y en los arsenales; por eso hay el dicho de que en los buques sólo hay dos cuerdas, la del reloj y la de la campana.

Calado

De un buque, medida desde la flotación a la parte baja de la quilla.

Calcés

Parte superior de los palos mayores comprendida entre la cofa y el tamborete.

Cangreja

Vela de cuchillo trapezoidal sujeta por dos relingas que se iza en el palo mesana.

Capear

Disponer el buque de forma que se aguante sin retroceder; se emplea en temporales, si el buque es de vela; sin éstas, a palo seco.

Carbonera

Nombre vulgar de la vela de estay mayor.

Carraca

Antiguo barco de transporte, de hasta dos mil toneladas, inventado por los italianos.

Carronada

Cañón corto, de poco peso y mucho calibre; nombre originario de Carron (Escocia).

Castillo

Parte de la cubierta superior desde el palo trinquete hasta la roda, y también a la construcción por encima de dicha cubierta en esa parte, y a veces también en la popa.

Cataviento

Pequeño cabo con rodajas de corcho con plumas clavadas o pequeño embudo de tela ligera para indicar el viento, sujeto en la jarcia o en el mastelerillo.

Cazar

Atirantar la escota hasta que el puño de la vela quede lo más cerca posible de la borda.

Cebadera

Vela que se envergaba en una percha cruzada bajo el bauprés, fuera del buque.

Ceñir

En un buque de vela, navegar en contra de la dirección del viento en el menor ángulo posible.

Ciar

Ir hacia atrás el buque.

Cofa

Plataforma colocada en algunos de los palos de barco, que sirve para maniobrar desde ella las vergas altas y para vigilar, etc.

Combes

Espacio entre el palo trinquete y el mayor, en la cubierta superior o de la batería más alta.

Compás soplón

O simplemente soplón. Aguja náutica de techo o cámara. Antes fueron usadas para que los capitanes pudieran conocer el rumbo que seguía el navío, sin necesidad de salir de la cámara.

Condestable

Antiguo título de dignidad equivalente a capitán general. Desde el siglo XVII, suboficial de marina, especialista en artillería.

Corbeta

Buque de guerra parecido a la fragata, pero sólo con menos de 32 cañones (siglo XVIII). Las hubo mercantes de 150 y 300 toneladas, con trinquete y mayor cruzados y el mesana sólo con cangreja, llamándose entonces barca.

Corredera

Cordel sujeto por un extremo a un carretel y por el otro a la barquilla, junto con la cual sirve para medir lo que anda el barco.

Coy

Hamaca que sirve de cama a la marinería.

Cruceta

Meseta de los masteleros, semejante a la cofa de los mayores.

Cruz

Denominación de las velas cuadriláteras envergadas a vergas simétricas. Aparejo de cruz. Aparejo de un buque con vergas de uno o dos palos, e incluso cuatro.

Cuaderna

Cada una de las piezas curvas que arrancando de la quilla forman la armadura del barco.

Cuadra

Dirección del viento de través.

Cuarta

Cada uno de los rumbos o vientos en que está dividida la rosa náutica y vale $360^\circ/32 = 11^\circ 25'$.

Cúter

Lancha; una de las que llevan a bordo los barcos, menor que la chalupa y mayor que el chinchorro.

Chafaldete

Cabo que sirve para cargar los puños de las gavias y juanetes llevándolos al centro de sus vergas.

Chinchorro

Pequeño bote de remos y la red debajo del bauprés para aferrar los foques.

Derivar

Caer a sotavento, cuando se produce por la acción de una corriente.

Derrota

Rumbo o distintos rumbos que hace un buque para trasladarse de un puerto a otro.

Descuartelar

A un...: navegar con el viento abierto a $78^{\circ} 30'$ (siete cuartas) del rumbo.

Descubierta

Reconocimiento que se hace del horizonte desde lo alto de los palos al amanecer o anochece. También el que hacen los gavieros y juaneteros del estado de la jarcia.

Driza

Cabo con que se suspenden o izan las velas, vergas, picos.

Efemérides

Almanaque náutico o tablas astronómicas que dan día a día la situación de los planetas y circunstancias de los movimientos celestes.

Empuñadura

Cada uno de los cabos firmes en los puños altos o grátil de las velas y en los extremos de las fajas de rizo con que se sujetan a las vergas.

Escobén

Agujero en la roda (proa) para dar paso a los cables de un barco.

Escorar

Inclinarse un barco hacia una de las bandas. Lo contrario de adrizar.

Escota

Cabo sujeto a los puños bajos de las velas que permite cazarlas.

Espejo de popa

Superficie exterior de la popa de un barco.

Espiche

Estaquilla que sirve para tapar un agujero en una barca o en una cuba.

Esquife

Barco pequeño de los que se llevan en los grandes para saltar a tierra.

Estacha

Cable con que se sujeta un barco a otro fondeado o a un objeto fijo.

Estay

Cabo que sujeta un mástil para impedir que éste caiga sobre popa.

Estribor

Banda o costado derecho de un barco, mirando de popa a proa.

Estrobo

Pedazo de cabo que se emplea para cualquier uso.

Fachear

Mantener un buque casi parado, si es de vela disponiendo éstas de forma que se contrarresten sus efectos.

Falúa

Pequeña embarcación usada en los puertos por los jefes y autoridades de marina.

Falucho

Embarcación costera que lleva una vela latina.

Flechaste

Cada uno de los cordeles que, ligados a los obenques, sirven de escalones para subir a ejecutar maniobras en lo alto de los palos.

Foque

Vela triangular que se larga a proa del trinquete, amurándola en el bauprés.

Fragata

Buque de guerra de los siglos XVII y XVIII menor que el navío, pero con aparejo similar de tres palos cruzados con cofas y crucetas y una sola batería corrida, que es la del combés, con 40 o 60 cañones. Las hubo mercantes de más de 300 toneladas.

Fresco

Se dice del viento que en los veleros permite llevar todas las velas.

Galerna

Viento recio del SO al NO que se desencadena inesperadamente en la costa N de España y el golfo de Vizcaya.

Gata

Bote noruego.

Gavia

Vela que va en el mastelero mayor de una nave.

Gaviero

Marinero a cuyo cuidado está la gavia y el registrar cuanto se pueda alcanzar a ver desde ella.

Goleta

Pequeño buque raso y fino de dos palos, con velas cangrejas.

Grátil

Borde de la vela por donde se une al palo.

Guindola

Andamio que rodea un palo. Salvavidas colgando de un cabo largo, colgando por la popa de un barco.

Guiñada

Giro o desvío brusco de la proa del buque con relación al rumbo que debe seguir.

Heur

Barcaza o gabarra de carga. Embarcación cubierta aparejada de balandra que en las costas del mar del Norte solía llevar correspondencia y carga a los grandes buques.

Jabeque

Pequeño buque, en general de cabotaje, de 30 a 60 toneladas, con tres palos: el trinquete en latina, el mayor casi vertical y el mesana con cangreja.

Jarcia

Conjunto de todos los cabos de un buque. Jarcia firme o muerta: la que está siempre fija para sujetar los palos; según su posición y forma de trabajar se llaman: obenques, estais, brandales, burdas o barbiquejos y mostachos del bauprés.

Jarciar

Poner la jarcia a una embarcación, enjarciar.

Jardín

Obra exterior en voladizo que sobresalía a popa en cada banda, en forma de garita, muy decorada exteriormente y que albergaba los retretes de los oficiales superiores.

Juanete

Nombre del mastelero, verga y vela que van por encima de las gavias en las fragatas, en palos trinquete y mayor; en el mesana se llama perico. La vela más alta.

Juanetero

Marinero especialmente encargado de la maniobra de los juanetes.

Largar

Aflojar o soltar un cabo, vela, etc.

Largar velas

Para aumentar la velocidad del barco, los gavieros y juaneteros (que eran quienes subían a los palos) desplegaban las velas para que tomaran más viento. A la voz « ¡Largar! » soltaban el paño, cuidando de largarlo primero por los penoles (extremos de la verga) y después por la cruz (centro).

Largo

Aplicase al viento que recibe un buque, cuya dirección abre con la quilla un ángulo desde la proa mayor de las seis cuartas de ceñir.

Lastre

Peso formado por lingotes de hierro y piedras que iban en el fondo del barco para aumentar su estabilidad.

Laúd

Embarcación pesquera semejante al falucho, sin foque, en el Mediterráneo.

Levar

Arrancar y levantar el ancla del fondo.

Mastelerillo

El palo menor que va sobre el mastelero a partir de la cruceta.

Mastelero

La percha o palo menor que va sobre los palos machos desde la cofa.

Mayor

El palo principal en los veleros de tres o más palos, situado hacia el centro del buque. Las velas del citado palo, especialmente la más baja.

Meollar

Cuerda fina que se emplea para hacer otras más gruesas, para forrar cabos, etc.

Mesa de guarnición

En los buques de vela, conjunto de tablones unidos por sus cantos, y de esta forma con el costado, formando en el costado una meseta horizontal, desde cada palo hacia popa, para sujetar en ella los obenques, burdas y brandales, abriéndolos lo más posible del palo.

Mesana

Palo más próximo a la popa en una buque de tres. Vela envergada en un cangrejo de este mástil.

Milla

Unidad de longitud marina equivalente a 1.852 metros.

Mostacho

Cabo grueso o cadena que sujeta lateralmente el bauprés a las amuras.

Navío

Gran buque de guerra de la segunda mitad del siglo XVII y del XVIII con más de 60 cañones y con tres palos cruzados y bauprés; tenían dos o tres baterías y popa redonda con espejo plano.

Nudo

Unidad de velocidad de un barco que equivale a una milla por hora. Lazo hecho de forma tal que, cuando más se hala de sus chicotes, más se aprieta.

Obenque

Cabo o cable grueso con que se sujeta un palo macho o mastelero desde su cabeza a la cubierta, mesa de guarnición o cofa a banda y banda; los del mastelero se llaman obenquillos.

Orzar

Hacer girar el buque, llevando su proa desde sotavento hacia barlovento. Es lo contrario de arribar. Orza: La posición de ir el buque navegando ciñendo.

Palo

Cada uno de los principales de un buque: trinquete, mayor, mesana y bauprés, a los cuales se agregan los masteleros, todos destinados a sostener las vergas, a que están unidas las velas. Se llama macho al trozo principal hasta la cofa especialmente.

Penol

Cada una de las puntas o extremos de toda verga o botalón.

Percha

Cualquier palo cilíndrico de madera.

Pingue

Cierto barco de carga que se ensancha por la parte de la bodega para aumentar su capacidad.

Polacra

Buque de dos o tres palos sin cofas.

Popa

La parte trasera del barco donde se coloca el timón y están las cámaras principales.

Porta

Abertura o tronera de las que hay en los costados del buque para ventilar y dar luz y para el juego de la artillería.

Proa

La parte delantera del barco.

Quadra o cuadra

Parte del buque a un cuarto de la eslora; viento por la cuadra: el recibido en dicha dirección.

Rizo

Tomar rizos: disminuir la superficie de las velas amarrando una parte de ellas a las vergas.

Roda

Pieza robusta de madera colocada a continuación y encima de la quilla que forma la proa del barco.

Saetía

Cierto barco de tres palos y una sola cubierta que se empleaba para corso y transporte.

Santabárbara

Pañol destinado en los barcos a guardar la pólvora. Cámara por donde se pasa a él.

Semáforo

Aparato instalado en las costas para comunicarse con los barcos por medio de señales hechas con banderas, según un código internacional.

Serviola

Robusto pescante que sale de las bordas del castillo, por fuera a ambas caras para manejar anclas. Estar de serviola: marinero de guardia en el sitio de la serviola durante la noche.

Singladura

Distancia recorrida por un buque en veinticuatro horas, contadas desde un mediodía al siguiente.

Sirvientes de un cañón

Para simplificar las órdenes, a los sirvientes se les numeraba. Eran seis. El capitán cebaba, apuntaba y disparaba el cañón. El primero embicaba y elevaba la caña del cañón; el segundo lo cargaba; el tercero mojaba las pavesas antes de recargar; el cuarto ronza (movía) el cañón y pasaba munición; el quinto era el encargado de suministrar la pólvora.

Sobrejuanete

Verga cruzada sobre los juanetes. Vela que se pone en ella.

Sotaventear

Irse o inclinarse el barco a sotavento.

Sotavento

Costado de la nave opuesto al barlovento, o sea opuesto al lado de donde viene el viento.

Tabla de jarcia

Conjunto de obenques de un palo con sus flechastes.

Tamborete

Trozo de madera con que se empalma un palo con otro.

Tartana

Barco de vela latina de un solo palo perpendicular a la quilla en su centro, empleado para pesca y cabotaje.

Timonear

Manejar el timón.

Traca

Hilada de tablas o planchas del fondo del barco.

Través

La dirección perpendicular al costado del buque, y se dice de todos los objetos que se hallen en esa dirección.

Treo

Vela cuadra o redonda que se utiliza en los barcos de vela latina para navegar en popa con vientos fuertes.

Trincar

Amarrar o sujetar una cosa con cabo; en el siglo XVII los cañones se trincaban en la mar batiportándolos o abretonándolos.

Trinquete

Palo inmediato a la proa en los barcos que tienen más de uno. Verga mayor que cruza ese palo. Vela que se pone en esa verga.

Vela

Conjunto de varios paños de lona unidos por costuras, rebordeado por un cabo (relinga) y que se larga en una verga, palo o estay.

Velacho

La gavia del palo trinquete.

Velas mayores

Las tres velas principales del navío y otras embarcaciones, que son la mayor, el trinquete y la mesana.

Verga

Elemento longitudinal de madera o metálico que sirve para envergar una vela, se cuelga y sujeta de cualquiera de los palos o masteleros, tomando el nombre del palo de la vela.

Virar

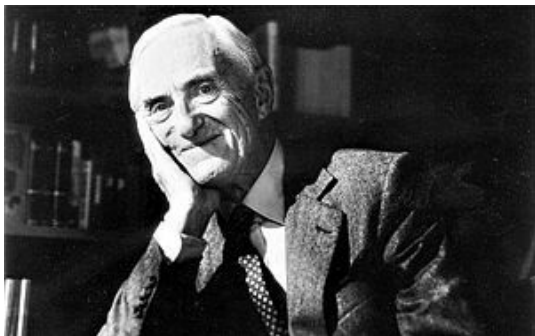
Cambiar el rumbo o lado por donde se recibe el viento yendo ciñendo. Virar por avante cuando se cambia haciendo pasar el viento por la proa. Virar por redondo cuando se hace pasar el viento por la popa. Modernamente, cambiar de rumbo al opuesto.

Yola

Barco muy ligero movido a remo y con vela.

Zafarrancho

Acción de desembarazar las cubiertas y baterías en el siglo XVIII, colocando los cois en las batayolas para protección de la tripulación.



PATRICK O'BRIAN (12 de diciembre de 1914 - 2 de enero de 2000). De nacimiento Richard Patrick Russ, fue un novelista y traductor británico, conocido ante todo por su serie de novelas Aubrey-Maturin que nos trasladan a la Royal Navy durante las Guerras Napoleónicas, centradas en la amistad del capitán Jack Aubrey y el médico, naturalista y espía catalano-irlandés Stephen Maturin. La serie de 20 novelas resulta notable por sus bien documentadas descripciones y sus retratos de la vida de inicios del siglo XIX, así como por el empleo de un vocabulario y lenguaje genuinos.

Bibliografía de la serie Aubrey-Maturin

1. *Master and Commander*, 1969. (Capitán de mar y guerra. Edhasa. 1994)
2. *Post Captain*, 1972. (Capitán de navío. Edhasa. 1994)
3. *H. M. S. Surprise*, 1973. (La Fragata Surprise. Edhasa. 1995)
4. *The Mauritius Command*, 1977. (Operación Mauricio. Edhasa. 1995)
5. *Desolation Island*, 1978. (Isla Desolación. Edhasa. 1996)
6. *The Fortune of War*, 1979. (Episodios de una guerra. Edhasa. 1996)
7. *The Surgeon's Mate*, 1980. (El ayudante del cirujano. Edhasa. 1996)
8. *The Ionian Mission*, 1981. (Misión en Jonia. Edhasa. 1997)
9. *Treason's Harbour*, 1983. (El puerto de la traición. 1997)
10. *The Far Side of the World*, 1984. (La costa más lejana del mundo.

Edhasa. 1998)

11. *The Reverse of the Medal*, 1986. (El reverso de la medalla. Edhasa. 1998)
12. *The Letter of Marque*, 1988. (La patente de corso. Edhasa. 1999)
13. *The Thirteen Gun Salute*, 1989. (Trece salvas de honor. Edhasa. 1999)
14. *The Nutmeg of Consolation*, 1991. (La goleta Nutmeg. Edhasa. 2000)
15. *The Truelove*, 1993. (Clarissa Oakes, polizón a bordo. Edhasa. 2000)
16. *The Wine-Dark Sea*, 1993. (Un mar oscuro como el oporto. Edhasa. 2001)
17. *The Commodore*, 1994. (El comodoro. Edhasa. 2002)
18. *The Yellow Admiral*, 1996. (Almirante en tierra. Edhasa. 2002)
19. *The Hundred Days*, 1998. (Los cien días. Edhasa. 2003)
20. *Blue at the Mizzen*, 1999. (Azul en la Mesana. Edhasa. 2003)
21. *The Final Unfinished Voyage of Jack Aubrey*, 2004. (No publicado en español).

Notas

[1] *Downs*: Colinas calizas situadas en la costa sureste de Inglaterra, de poca altitud, aunque muy escarpadas. Se extienden de este a oeste en dos cadenas paralelas a través de los condados de Surrey, Kent y Sussex y forman el acantilado de Dover. (*N. de la T.*)<<

[2] *Posset*. Bebida hecha con leche caliente, cuajada con cerveza o vino, azúcar y especias. (*N. de la T.*)<<

[3] *Caudle*: Bebida caliente que se da a los enfermos, hecha con vino o cerveza, huevos, migas de pan, azúcar y especias. (*N. de la T.*)<<

[4] Cuando un hombre era apresado por deudas, en vez de ir a la cárcel podía quedar bajo la custodia de un alguacil en su propia casa, disfrutando de todas las comodidades. Y cuando saldaba sus deudas debía pagar al alguacil por su estancia. (*N. de la T.*)<<

[5] ¡*Erin go bragh!*!: Frase en irlandés que significa « ¡Viva Irlanda!» . Era el grito con que los soldados irlandeses iniciaban una batalla. (*N. de la T.*)<<

[6] Astley y Ranelagh: Ambos eran lugares de entretenimiento en Londres. Astley era una especie de circo y Ranelagh un lugar donde había conciertos y exposiciones. (*N. de la T.*)<<

[7] *Île de France*: Actualmente es la isla Mauricio. (*N. de la T.*)<<

[8] *Groat*: Antigua moneda inglesa de plata, equivalente a cuatro peniques. (*N. de la T.*)<<

[9] *Peshwa*: Nombre de los antiguos gobernantes brahmanes de la India que, al debilitarse el imperio marata, se mantuvieron en el poder en Puna. (*N. de la T.*)

<<

[10] *Nizam*: Nombre de los antiguos gobernantes de Hyderabad. (*N. de la T.*)<<

[11] *Punkah*: En la India, ventilador de techo de grandes aspas que era movido por un sirviente. (*N. de la T.*)<<

[12] *Lakh*: Palabra en urdu que indica un conjunto de 100.000 unidades. Se usa sobre todo para expresar cantidades de dinero. (*N. de la T.*)<<

[13] *Leteo*: En la mitología greco-romana, río del Averno (morada de los muertos). Las almas erraban por sus orillas y eran obligadas a beber de sus aguas, que hacían olvidar el pasado. (*N. de la T.*)<<

[14] *Píldora azul*: Antiguo preparado farmacéutico entre cuyos componentes estaba el mercurio, que le daba su color azul. (*N. de la T.*)<<

[15] *Heautontimoroumenos*. Título de una obra de teatro griega. (*N. de la T.*)<<

[16] *Cable* (Marina): Medida de longitud igual a 120 brazas, o sea, 185,19 metros.
(*N. de la T.*)<<

[17] *Bedlam*: Bethlehem Royal Hospital. Primer manicomio inglés y el primero de Europa. Tristemente famoso por la forma brutal en que eran tratados los locos. Actualmente se emplea para hacer referencia a cualquier manicomio. (*N. de la T.*)<<

[18] *Noche de Guy Fawkes*: El cinco de noviembre de 1605, los católicos fracasaron en su intento de volar el Parlamento inglés, en respuesta a las leyes dictadas contra ellos y como parte de un complot (Conspiración de la pólvora) para acabar con Jacobo I. Su cabecilla, Guy Fawkes, fue capturado y ejecutado. Los protestantes conmemoran esa fecha quemando por la noche un muñeco de paja que le representa. (*N. de la T.*)<<

[19] *Ghee*: Mantequilla líquida usada en la India, hecha con leche de vaca o búfalo y diluida mediante ebullición. (*N. de la T.*)<<

[20] *Maidan*: En la India, explanada cercana a la ciudad, donde generalmente se establecía el mercado. (*N. de la T.*)<<

[21] *Dhow*. Embarcación árabe. (*N. de la T.*)<<

[22] *Fiddler's Green*: Paraíso al que se creía que iban los hombres de mar al morir. (N. de la T.)<<

[23] *Escrípulo*: Antiguo peso utilizado en farmacia, equivalente a 24 gramos. (*N. de la T.*)<<